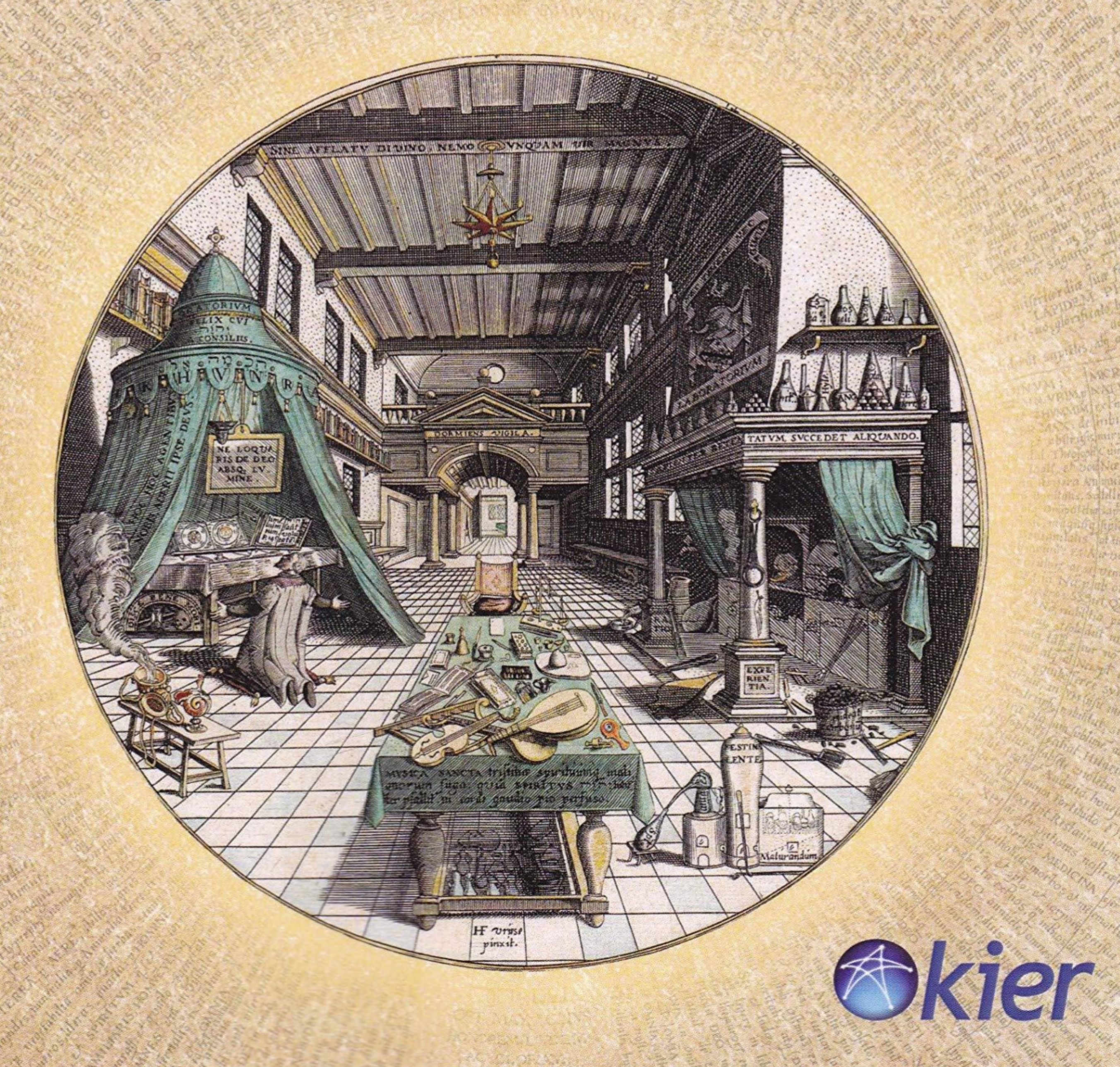
ELIPHAS LEVI

# HISTORIA de la MAGIA

## Sus procedimientos, ritos y misterios



ELIPHAS LEVI (Alphonse Louis
Constant)

# DE LA

# MAGIA

Versión española de
HÉCTOR V. MOREL

TERCERA EDICIÓN

EDITORIAL
KIER, S.A.
AVDA. SANTA FE 1260 (1059) BUENOS AIRES

Título original francés
*Histoire de la Magie*
Ediciones en español
Editorial KIER S.A., Buenos Aires
años: 1978, 1983, 1988
Tapa:
Horacio Cardo
Libro de edición argentina
ISBN: 950-17-0902-7
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Durante mucho tiempo la Magia ha sido confundida con prestidigitación de saltimbanquis, alucinaciones de mentes perturbadas y delitos de ciertos malhechores fuera de lo corriente. Por el contrario, hay muchos que se apresurarían a explicar que la Magia es el arte de producir efectos con ausencia de causas; y basándose en tal definición el vulgo dirá —con el buen sentido que caracteriza a la gente común, en medio de mucha injusticia— que la Magia es un absurdo. Pero de hecho no puede tener analogía con las descripciones de quienes nada saben sobre el tema; además, nadie la habrá de representar como esto o aquello: es lo que es, surge de sí misma solamente, tal como la matemática, pues' se trata de la ciencia exacta y absoluta de la Naturaleza y sus leyes.

La Magia es la ciencia de los antiguos magos; y la religión cristiana, que silenció los falsos oráculos y puso coto a las ilusiones de los falsos dioses, reverencia, no obstante, a aquellos reyes místicos que llegaron de Oriente, guiados por una estrella, para adorar al Salvador del mundo en Su cuna. La tradición los elevó al rango de reyes, porque la iniciación mágica constituye una verdadera realeza; asimismo, porque todos los adeptos caracterizan al gran arte de los magos como el Arte Regio, como el Reino Santo —*Sanctum Regnum*. La estrella que condujo a los peregrinos es la misma Estrella Flamígera que se halla en todas las iniciaciones. Para los alquimistas es el signo de la quintaesencia, para los magos es el Gran Arcano, para los cabalistas es el pentáculo sagrado. Nuestro propósito es demostrar que el estudio de este pentagrama guió a los magos hacia un conocimiento del Nuevo Nombre que debía ser exaltado sobre todos los nombres, haciendo que se arrodillasen todos los seres capaces de adoración. Por tanto, la Magia combina en una sola ciencia lo que es muy cierto en filosofía, lo que es eterno e infalible en religión. Reconcilia perfecta e irrefutablemente esos dos términos, tan opuestos a primera vista: la fe y la razón, la ciencia y la creencia, la autoridad y la libertad. Proporciona a la mente humana un instrumento de certidumbre filosófica y religiosa tan exacta como la matemática, dando incluso razón de la infalibilidad de la matemática misma.

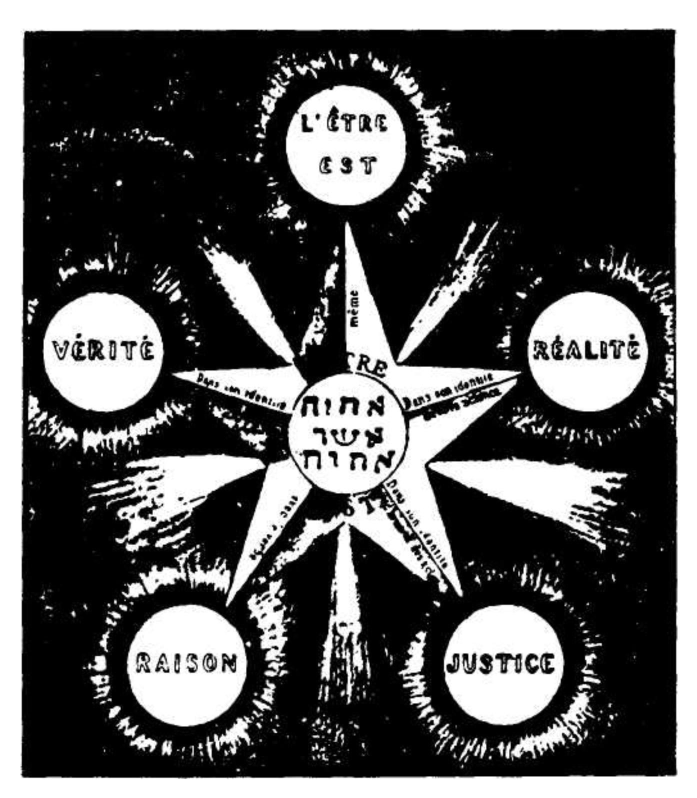
Por ello, existe un Absoluto en los reinos del entendimiento y la fe. La Razón Suprema no dejó que las luces de la inteligencia humana oscilasen al azar. Hay una verdad irrebatible; hay un método infalible de cono-

cer esa verdad; y quienes logran este conocimiento, y lo adoptan como norma de vida, pueden dotar su voluntad de un poder soberano capaz de convertirlos en amos de todas las cosas inferiores, de todos los espíritus errantes, o, en otras palabras, en arbitros y reyes del mundo.

Si el hecho es así, ¿cómo es posible que una ciencia tan sublime no esté aún reconocida? ¿Cómo es posible dar por sentado que un sol tan resplandeciente se oculte en un cielo tan tenebroso? A la ciencia trascendental sólo la conocieron siempre las flores del intelecto, que comprendieron la necesidad del silencio y la paciencia. Si un diestro cirujano abriese a medianoche los ojos de un ciego de nacimiento, le resultaría imposible hacer comprender a aquél la naturaleza o la existencia de la luz diurna hasta que llegase la mañana. La ciencia tiene sus noches y sus días, porque la vida que comunica al mundo de la mente se caracteriza por modalidades regulares de movimientos y fases progresivas. Con las verdades sucede lo mismo que con las radiaciones lumínicas. Nada oculto se pierde, pero al mismo tiempo nada de lo que se descubre es absolutamente nuevo. Dios impuso el sello de la eternidad a esa ciencia que es el reflejo de Su gloria.

La ciencia trascendental, la ciencia absoluta, es con seguridad la Magia, aunque esta afirmación resulte cabalmente paradójica a quienes jamás cuestionaron la infalibilidad de Voltaire —ese prodigioso superficial que creía saber tanto porque nunca perdía ocasión de reirse en vez de aprender. La Magia fue la ciencia de Abraham y Orfeo, de Confucio y Zoroastro, y Enoc y Trismegisto grabaron en tablas de piedra las doctrinas mágicas. Moisés las purificó y quitó el velo: este es el sentido del vocablo "revelar". El nuevo disfraz que les brindó fue el de la Santa Cabala: exclusiva herencia de Israel e inviolable secreto de sus sacerdotes. Los misterios de Eleusis y Tebas preservaron entre los gentiles algunos de sus símbolos, pero en forma degradada, y la clave mística se perdió en medio del aparato de una superstición en constante crecimiento. Jerusalén, asesina de sus profetas y prostituida una y otra vez ante los falsos dioses asirios y babilónicos, concluyó perdiendo, a su vez, la Palabra Sagrada, cuando un Salvador, manifestado a los magos por la santa estrella de la iniciación, llegó para desgarrar el raído velo del viejo templo, para dotar a la Iglesia de una nueva red de leyendas y símbolos, ocultando siempre a los profanos y preservando siempre para los elegidos esa verdad que es eternamente la misma.

Si el erudito e infortunado Dupuis hubiese hallado esto en los planisferios de la India y en las tablas de Denderah, no habría terminado rechazando la religión verdaderamente católica o universal y eterna en presencia de la unánime afirmación de toda la Naturaleza al igual que de todos los monumentos de la ciencia a lo largo de todas las edades. El recuerdo de este absoluto científico y religioso, de esta doctrina resumida en una palabra, de esta palabra alternadamente perdida y recobrada, fue transmitido a todos los elegidos de las iniciaciones antiguas. Preservado o profanado en la célebre Orden del Templo, este mismo recuerdo fue transmitido a las




*El pentagrama del absoluto*

asociaciones secretas de rosacruces, *illuminati* y francmasones, y dio significado a sus extraños ritos, a sus signos más o menos convencionales, y una justificación, sobre todo, a su devoción en común, al igual que una clave de su poder.

No es nuestra intención negar que sobrevino la profanación de las doctrinas y misterios de la Magia; ese abuso reiterado una época tras otra, fue grande y terrible lección para quienes dieron a conocer imprudentemente las cosas secretas. Los gnósticos hicieron que los cristianos prohibieran la Gnosis, y el santuario oficial fue clausurado para la alta iniciación. Así, la intervención de la ignorancia usurpadora comprometió la jerarquía del conocimiento, mientras los desórdenes dentro del santuario se reprodujeron en el estado pues, de buen grado o no, el rey siempre depende del sacerdote, y los poderes terrenales siempre buscan en el *adytum* eterno de la instrucción divina la consagración y la energía para asegurar su permanencia.

La llave de la ciencia fue arrojada a los niños; como era de esperar, en la actualidad está extraviada y prácticamente perdida. No obstante

ello, un hombre de elevada intuición y gran valor moral, el conde José de Maistre, que también era decidido católico, reconociendo que el mundo estaba vacío de religión y no podía quedar así, volvió sus ojos instintivamente hacia los últimos santuarios del ocultismo y rogó, con fervorosas plegarias, por el día en que la afinidad natural que subsiste entre la ciencia y la fe las combine en la mente de un solo hombre de genio. "Esto será grandioso", dijo; "concluirá con el siglo XVIII que aún está con nosotros... Entonces hablaremos de nuestra actual estupidez como ahora nos extendemos sobre la barbarie de la Edad Media".

La predicción del conde José de Maistre está en vías de cumplirse; la alianza de la ciencia y la fe, realizada hace largo tiempo, al fin se manifiesta aquí, aunque no a través de un hombre genial. No es necesario genio para ver el sol y, además, éste jamás demostró nada salvo su rara grandeza y sus luces inaccesibles para la multitud. La gran verdad sólo exige que se la encuentre; entonces el más simple será capaz de comprenderla y de demostrarla también, si es necesario. Al mismo tiempo, esa verdad no se tornará vulgar, porque es jerárquica y porque la anarquía sólo complace las inclinaciones de la muchedumbre. Las masas no necesitan verdades absolutas; si no fuese así, el progreso se habría detenido y habría cesado la vida en la humanidad; el flujo y reflujo de ideas contrarias, el choque de opiniones, las pasiones del momento, siempre impulsados por sus sueños, son necesarios para el crecimiento intelectual de los pueblos. Las masas esto lo saben muy bien y por eso abandonan con tanta presteza la cátedra de los doctores para congregarse en torno de los tablados de los saltimbanquis. Hay incluso algunos que se suponen preocupados por la filosofía, y eso quizás especialmente, que con demasiada frecuencia se parecen a niños jugando a las charadas, que se apresuran a expulsar a quienes ya conocen la respuesta, no sea que el juego se arruine al despojar al acertijo de todo su interés.

"Bienaventurados los puros de corazón, pues ellos verán a Dios", dijo la Sabiduría Eterna. La pureza de corazón, por tanto, purifica la inteligencia, y la rectitud de la voluntad propende a la precisión del entendimiento. Quien prefiera la verdad y la justicia ante todo, tendrá justicia y verdad como recompensa, porque la Providencia suprema nos dotó de libertad para que logremos la vida; y en verdad, no obstante su exactitud, sólo interviene con suavidad, jamás irrumpe con violencia sobre los errores de nuestra voluntad cuando ésta es seducida por los señuelos de la falsedad.

Sin embargo, según Bossuet, existe el hecho de que, precediendo a algo que halague o disguste a nuestros sentidos, hay una verdad, y nuestra conducta debe ser gobernada por esto, no por nuestros apetitos. El Reino de los Cielos no es un imperio caprichoso respecto del hombre ni respecto de Dios. "Una cosa no es justa porque Dios la quiera", dijo Santo Tomás, "sino que Dios la quiere porque es justa". La Balanza Divina rige y exige, una matemática eterna. "Dios creó todas las cosas con número, peso y medida"; aquí está hablando la Biblia. Mídase un ángulo de la

creación, efectúese una multiplicación proporcionalmente progresiva, y toda la infinitud multiplicará sus círculos, poblada por universos, pasando en segmentos proporcionales entre los simbólicos brazos extendidos del compás. Supóngase ahora que, desde un punto cualquiera del infinito que está encima de nosotros, una mano empuña otro compás o escuadra; entonces las líneas del triángulo celestial se encontrarán necesariamente con las del compás de la ciencia y formarán allí la misteriosa estrella de Salomón.

"Con la vara que midiéreis, seréis medidos", dice el Evangelio. Dios no pugna con el hombre para aplastarlo con Su grandiosidad; jamás pone pesos desiguales en Su balanza. Cuando se propuso comprobar la fuerza de Job, asumió forma humana; el patriarca resistió el ataque una noche entera; al final hay una bendición para el vencido; además de la gloria de haber sostenido tal lucha, recibe el título nacional de Israel, nombre que significa: "Fuerte contra Dios".

A cristianos más celosos que instruidos les hemos oído aventurar una extraña explicación sobre el dogma relativo al castigo eterno, sugiriendo que Dios puede vengar infinitamente una ofensa que, en sí misma, es finita, porque si el ofensor es limitado, la grandiosidad del ofendido no lo es. Un emperador del mundo, basado en un pretexto similar, podría sentenciar a muerte a un niño que no razona por haber manchado accidentalmente el borde de su púrpura. Muy distintas son las prerrogativas de la grandeza, y San Agustín las entendió mejor cuando dijo que "Dios es paciente porque es eterno". En Dios todo es justicia, al ver que todo es bueno; jamás perdona a la manera humana, pues jamás se enoja como los hombres; pero como el mal, por su naturaleza, es incompatible con el bien, igual que la noche con el día, y la discordia con la armonía, y por ser además inviolable la libertad del hombre, todo error es expiado y toda maldad castigada mediante sufrimiento proporcional. Es en vano invocar la ayuda de Júpiter cuando nuestro carro está empantanado; a no ser que tomemos pico y pala, como el carretero de la fábula, el Cielo no nos sacará del lodazal. Ayúdate, y Dios te ayudará. Así, de un modo racional y totalmente filosófico se explica la posible y necesaria eternidad del castigo, con una senda estrecha, expedita para que el hombre escape de allí: esa senda es el trabajo y el arrepentimiento.

De conformidad con las normas del poder eterno el hombre puede unirse a la energía creadora y convertirse en creador y preservador a su vez. Dios no limitó estrictamente la cantidad de peldaños de la escala luminosa de Jacob. La Naturaleza se constituyó en inferior al hombre y, por ende, le está sujeta: corresponde al hombre extender su dominio en virtud del ascenso continuo. La prolongación e incluso perpetuidad de la vida, la extensión del aire y sus tormentas, la tierra y sus vetas metálicas, la luz y sus prodigiosas ilusiones, la oscuridad y sus sueños, la muerte y sus fantasmas.. . todo esto obedece, por tanto, al cetro regio de los magos, al cayado pastoril de Jacob y a la vara terrible de Moisés. El adepto se convierte en rey de los elementos, en transmutador de metales, en intérprete

de visiones, en controlador de oráculos, en amo de la vida, según el matemático orden de la Naturaleza y de acuerdo con la voluntad de la Inteligencia Suprema. Esto es Magia en todo su esplendor. ¿Pero hay alguien, en esta época, que se atreva a dar crédito a tales palabras? La respuesta es: quien estudie con lealtad y logre el conocimiento con franqueza. No intentamos ocultar la verdad bajo el velo de parábolas ni signos jeroglíficos; ha llegado el tiempo en que ha de decirse todo, y nos proponemos decir todo. En pocas palabras, nuestra intención es revelar la ciencia siempre secreta que, como indicáramos, se oculta detrás de las sombras de los antiguos misterios, que los gnósticos delataron torpemente, o más bien desfiguraron indignamente, lo cual se vislumbra bajo la oscuridad que envuelve los pretendidos crímenes de los templarios, y que se descubre nuevamente bajo los impenetrables enigmas actuales de los Ritos Masónicos Supremos. Además, nos proponemos sacar a la luz del día al fantástico Rey del Sabbath, exhibir las raíces mismas de la Magia Negra y sus espantosas realidades, sometidos desde hace largo tiempo al ludibrio de los nietos de Voltaire.

Para una gran cantidad de lectores, la Magia es la ciencia del demonio, tal como la ciencia de la luz se identifica con la de la oscuridad. Confesamos decididamente, desde el principio, que el demonio no nos aterroriza. "Temo por quienes le temen", dijo Santa Teresa. Pero también atestiguamos que no nos mueve a risa y que el ridículo de que se le hace objeto nos parece excesivamente fuera de lugar. Sea como fuere, nuestra intención es exponerlo a la luz de la ciencia. Mas el demonio y la ciencia —paralelo de dos nombres tan extrañamente incongruentes— aparentemente debería haber patentizado lo que nos proponemos. Si se sacase así a la luz la mística personificación de la oscuridad, ¿eso no sería aniquilar el fantasma de la falsedad en presencia de la verdad? ¿Eso no sería dispersar a la luz del día todos los monstruos amorfos de la noche? Los superficiales pensarán así y condenarán sin oir. Los cristianos mal instruidos sacarán en conclusión que estamos minando el dogma fundamental de su ética al desacreditar al infierno; y otros cuestionarán la utilidad de combatir un error en el que, como imaginan, nadie cree más. Por ello es importante enunciar nuestro objetivo con claridad y establecer nuestros principios con solidez.

Por tanto, decimos a los cristianos que el autor de este libro también lo es. Su fe es la de un católico convencido vigorosa y profundamente; por esta razón no se adelanta a negar los dogmas sino a combatir la impiedad bajo sus formas más perniciosas, que son las de la falsa creencia y la superstición. Llega para sacar de la oscuridad al negro sucesor de Ahrimán, a fin de exhibir, en pleno día, su colosal impotencia y formidable miseria. Llega para someter el prolongado problema del demonio a las soluciones de la ciencia, para quitarle la corona al rey del infierno e inclinar su cabeza al pie de la cruz. La ciencia virginal y maternal —la ciencia de la cual María es la imagen dulce y luminosa— ¿no está destinada, como ella, a aplastar la cabeza de la vieja serpiente?

El autor, por otra parte, diría a la pretendida filosofía: ¿Por qué buscas negar lo que no puedes entender? Ante lo desconocido, ¿la incredulidad no se declara más apresurada y menos consoladora que la fe? ¿La forma horrible del mal personificado sólo te impulsa a la risa? ¿No oyes el incesante sollozo de la humanidad que se retuerce y llora bajo los aplastantes pliegues del monstruo? ¿ Jamás oíste la atroz carcajada del maligno que persigue al justo? ¿Nunca experimentaste la apertura de los abismos infernales que el genio de la perversidad socava en cada alma? El mal moral existe; esa es la triste verdad; reina en ciertos espíritus; encarna en ciertos hombres; está, por tanto, personificado, de manera que los demonios existen; pero el más maligno de estos demonios es Satán. No pido al lector que admita nada más que esto, y le resultará difícil concederme menos.

Por lo demás, quede entendido claramente que la ciencia y la fe préstanse recíproco apoyo sólo en la medida en que sus respectivos reinos permanecen inviolablemente diferenciados. ¿Qué es lo que creemos? Lo que no conocemos en absoluto, aunque lo anhelamos con todas nuestras fuerzas. El objeto de la fe no es más que una hipótesis indispensable para la ciencia; las cosas que se hallan en el dominio del conocimiento jamás deben ser juzgadas por los fenómenos de la fe, ni, al revés, las cosas de la fe según las medidas de la ciencia. El fin de la fe no es científicamente discutible. "Creo porque es absurdo", dijo Tertuliano; y esta expresión —paradójica como es en la superficie— pertenece a la razón suprema. De hecho, más allá de todo lo que podemos suponer racionalmente, hay un infinito al que aspiramos con fe inextinguible, y que incluso elude nuestros sueños. ¿Pero el infinito mismo no es un absurdo para nuestra apreciación finita? Todos creemos que existe; el infinito nos invade, nos anega, nos marea en sus abismos y nos aplasta con su peso horroroso.

Todas y cada una de las hipótesis científicamente probables son las últimas vislumbres o sombras de la ciencia; la fe comienza donde la razón cae exhausta. Más allá de la razón humana está la Razón que es Divina —para mi debilidad, un absurdo supremo, pero un absurdo infinito que me confunde, y en el que creo.

Sólo el bien es infinito; el mal no lo es; y por ende, si Dios es el objeto eterno de la fe, entonces el demonio pertenece a la ciencia. ¿En cuál de los credos católicos hay una cuestión que se le refiera? ¿No sería una blasfemia decir que creemos en él? En las Sagradas Escrituras se le nombra pero no se le define. El Génesis no hace alusión a una célebre rebelión de los ángeles; atribuye la caída de Adán a la serpiente, como el más sutil y peligroso de los seres vivientes. Estamos familiarizados con la tradición cristiana a este respecto, pero si esa tradición es explicable por una de las máximas y más difundidas alegorías de la ciencia, ¿qué puede significar tal solución para la fe que sólo aspira a Dios, que desdeña las pompas y las obras de Lucifer?

Lucifer —Portador de la Luz—, ¡cuan extraño nombre atribuido al espíritu de la oscuridad! ¿El portador de la luz enceguece, empero, a las

almas débiles? Incuestionablemente, la respuesta es sí; pues las tradiciones rebosan revelaciones e inspiraciones divinas. "Satán se transformó en un ángel de luz", dice San Pablo. Y Cristo dijo: "Vi a Satán caer de los cielos como un relámpago". En igual sentido se expresa el profeta Isaías: "¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana?" Lucifer es, entonces, una estrella caída, un meteoro en eterna ignición, que arde cuando no brilla más. Pero este Lucifer, ¿es una persona o una fuerza, un ángel o un rayo a la deriva? La tradición supone que es un ángel, mas el Salmista dice: "Quien convierte a sus ángeles en espíritus, y a sus ministros en fuego llameante". El vocablo "ángel' se aplica en la Biblia a todos los mensajeros de Dios —emisarios o nuevas creaciones, reveladores o azotes, espíritus radiante u objetos brillantes. Las ígneas flechas que el Altísimo dispara a través de las nubes son los ángeles de Su ira, y ese lenguaje figurado es familiar para todos los lectores de poesía oriental.

Luego de ser terror del mundo durante la Edad Media, el demonio se convirtió en su irrisión. Heredero de las formas monstruosas de todos los falsos dioses derribados sucesivamente de sus tronos, el grotesco espantajo se convirtió en un cuco deforme y horrendo. Empero, obsérvese al respecto que sólo se atreven a reírse del demonio quienes no conocen el temor de Dios. ¿Es posible que para muchas imaginaciones enfermas sea la sombra de Dios, o que a menudo sea el ídolo de las almas degeneradas que sólo entienden el poder sobrenatural como el ejercicio impune de la crueldad ?

Sin embargo, es importante determinar si la noción de este poder maligno puede conciliarse con la de Dios —en una palabra, si el demonio existe, y en tal caso qué es. Ya no es cuestión de superstición ni de invención ridicula; es cuestión de religión únicamente, y por ende, de todo el futuro (con todos los intereses) de la humanidad.

En verdad, cuan extraños razonadores somos: nos llamamos racionalistas capaces cuando somos indiferentes a todo, salvo a los beneficios materiales, como, por ejemplo, el dinero; y dejamos libradas a sus recursos las ideas que son madres de opiniones y pueden, por su súbita desviación, trastornar todas las fortunas. Un triunfo científico es mucho más importante que el descubrimiento de una mina de oro. Dada la ciencia, el oro se utiliza al servicio de la vida; dada la ignorancia, la fortuna sólo provee armas destructivas.

Por lo demás, ha de entenderse absolutamente que nuestras revelaciones científicas se detienen en presencia de la fe, que —como cristianos y católicos— nuestra obra se somete enteramente al juicio supremo de la Iglesia. Una vez dicho esto, a quienes cuestionan la existencia del demonio, les señalaríamos que cuanto tiene nombre, existe; el lenguaje puede expresar en vano, pero en sí mismo no puede ser vano, e invariablemente tiene un significado. La Palabra jamás está vacía, y si está escrito que está en Dios, como asimismo que es Dios, esto es porque es la expresión y la prueba del ser y de la verdad. El demonio es nombrado y personificado en el Evangelio, que es la Palabra de la verdad; por tanto, existe y puede

ser considerado persona. Pero aquí el cristiano disiente: que hable la ciencia o la razón; ambas son una sola.

El mal existe; es imposible dudarlo; podemos obrar bien o mal. Hay seres que obran mal a sabiendas y deliberadamente. El espíritu que anima a estos seres y los acucia a obrar mal se delata, se desvía del camino recto y se cruza en el sendero del bien como un obstáculo; este es el significado preciso del vocablo griego *diábolos*, que traducimos como demonio. Los espíritus que aman el mal y lo ejecutan son accidentalmente malos. Por tanto, hay un demonio que es el espíritu del error, de la ignorancia intencional, del vértigo; sometidos a su obediencia hay seres que son sus enviados, emisarios, ángeles; y es por esta razón que el Evangelio habla de un fuego eterno que está preparado y, en un sentido, predestinado para el demonio y sus ángeles. Estas palabras constituyen una revelación; busquemos pues su significado, dando, en primer lugar, una concisa definición del mal. El mal es la ausencia de la rectitud en el ser. El mal moral es falsedad en la acción, como la mentira es un crimen en el lenguaje. La injusticia pertenece a la esencia de la mentira, y cada mentira es una injusticia. Guando lo que decimos es justo, no hay falsedad. Cuando lo que hacemos es equitativo y verdadero, no hay pecado. La injusticia es la muerte del ser moral, como la mentira es el veneno de la inteligencia. Por ello, el espíritu falso es espíritu de muerte. Quienes lo escuchan se convierten en sus incautos y él los envenena. Mas si debiéramos asumir seriamente su personificación absoluta, él estaría absolutamente muerto, y absolutamente engañado, lo cual significa que la afirmación de su existencia debe implicar una patente contradicción. Jesús dijo que el demonio es un embustero como su padre. ¿Quién es, entonces, el padre del demonio? Quienquiera le dé una existencia personal viviendo según sus inspiraciones. El hombre que se endemonia es padre del espíritu encarnado del mal. Pero hay un concepto temerario, impío y monstruoso, tradicional como el orgullo de los fariseos y, en última instancia, una creación híbrida que armó la mezquina filosofía del siglo XVIII con una defensa aparente. Se trata del falso Lucifer de la leyenda heterodoxa —el ángel bastante orgulloso como para creerse Dios, bastante valiente como para comprar su independencia al precio de un tormento eterno, bastante bello como para adorarse en la Luz Divina absoluta; bastante fuerte como para reinar incluso en las tinieblas y lamentaciones, y convertir en trono su fuego inextinguible. Este es el Satán del Milton herético y republicano, el falso héroe de las negras eternidades, calumniado como deforme, adornado con cuernos y garras que mejor sentarían a su implacable atormentador. Este es el demonio que es rey del mal, como si el mal fuese un reino, más inteligente que los hombres de genio que temen sus argucias. Es a) la luz negra, la oscuridad con ojos, el poder que Dios no quiso pero que ninguna criatura caída podría crear; *b)* el príncipe de la anarquía, servido por una jerarquía de espíritus puros; c) el exilio de Dios que, como El, parece ubicuo en la tierra, pero es más tangible, más evidente para la mayoría, y es servido mejor que Dios mismo; *d)* el vencido,

a quien el vencedor brinda sus hijos para que los devore; e) el artífice de los pecados de la carne, para quienes la carne es nada, y que, por tanto, nada puede ser para la carne, a no ser que, en verdad, sea su creador y amo, como Dios; f) la mentira inmensa, realizada, personificada y eterna; g) la muerte que no puede morir; *h)* la blasfemia que la Palabra de Dios jamás silenciará; *i)* el envenenador de las almas, a quien Dios tolera por una contradicción de Su omnipotencia, o preserva como los emperadores romanos cuidaban a Locusta entre los trofeos de su reino; *k)* el criminal condenado, que todavía vive para maldecir a su Juez y todavía tiene un juicio pendiente, puesto que jamás se arrepentirá; *1)* el monstruo aceptado como verdugo por el Poder Soberano, y que, según la enérgica expresión de un viejo autor católico, puede llamar a Dios el Dios del demonio al describirse como un demonio de Dios.

Tal es el fantasma irreligioso que blasfema de la religión. ¡Fuera este ídolo que oculta a nuestro Salvador! ¡Abajo el tirano de la falsedad, el dios negro de los maniqueos, el Ahrimán de los viejos idólatras! ¡Viva Dios y Su Verbo encarnado, que vio a Satán caer de los cielos! ¡Viva María, la Madre Divina, que aplastó la cabeza de la serpiente infernal!

Así gritan al unísono las tradiciones de los santos, así gritan los corazones fieles. Atribuir grandeza alguna a un espíritu caído es calumniar a la Divinidad; atribuir realeza alguna al espíritu rebelde es estimular la rebelión y ser culpable, al menos con el pensamiento, del delito que el horror de la Edad Media denominó hechicería. Pues todas las transgresiones que, en los viejos hechiceros, merecieron muerte, fueron crímenes reales y, en verdad, crímenes máximos. Robaron el fuego de los cielos, como Prometeo; cabalgaron sobre dragones alados y la serpiente voladora, como Medea; envenenaron el aire respirable, como la sombra del manzanillo; profanaron las cosas sagradas e incluso el cuerpo del Señor en obras destructivas y malévolas.

¿Cómo es posible todo esto? Porque hay un medio compuesto, un medio natural y divino, a un tiempo corpóreo y espiritual, un dúctil mediador universal, un receptáculo común de las vibraciones móviles y las imágenes formales, un fluido y una fuerza que, en un sentido al menos, puede llamarse imaginación de la Naturaleza. Por mediación de esta fuerza cada aparato nervioso se comunica secretamente; de allí derivan la simpatía y la antipatía, los sueños, los fenómenos de la segunda visión y de la visión extranatural. Este medio universal de las obras de la Naturaleza es el *Od* de los judíos y de Reichenbach, la Luz Astral de los martinistas, denominación ésta que preferimos como la más explícita.

La existencia y empleo posible de esta fuerza constituyen el gran secreto de la Magia Práctica; es la Vara Taumatúrgica y la Clave de la Magia Negra. Es la Serpiente Edénica que transmitió a Eva las seducciones de un ángel caído. La Luz Astral calienta, ilumina, magnetiza, atrae, rechaza, vivifica, destruye, coagula, separa, interrumpe y une todo, bajo el ímpetu de voluntades poderosas. Dios la creó el primer día cuando dijo: "Hágase la luz". Esta fuerza es ciega, de por sí, pero la dirigen los

*Egrégores*, es decir, los jefes de las almas o, en otras palabras, los espíritus energéticos y activos.

He aquí la completa teoría explicativa de los prodigios y milagros. ¿De hecho, cómo podrían el bien y el mal, por igual, obligar a la Naturaleza a revelar sus fuerzas ocultas? ¿Cómo podrían existir milagros divinos y diabólicos? ¿Cómo podría el espíritu réprobo e involuntariamente revelado tener más poder en ciertos modos y casos que el espíritu justo, que en verdad es tan potente en simplicidad y sabiduría, a no ser que postulemos un instrumento que todos pueden usar, bajo ciertas condiciones, pero algunos para el gran bien y otros para el gran mal?

Los magos del Faraón realizaron, al principio, los mismos milagros que Moisés. El instrumento que empleaban era, por tanto, el mismo: sólo difería la inspiración; cuando se declararon vencidos, proclamaron que, para ellos, los poderes humanos habían alcanzado su límite, y que en Moisés debía existir algo sobrehumano. Esto tuvo lugar en Egipto, madre de iniciaciones mágicas, tierra donde todo era ciencia oculta, instrucción jerárquica y sagrada. Sin embargo, ¿era más difícil hacer aparecer moscas que ranas? Con seguridad, no; pero los magos sabían que la proyección fluídica mediante la cual los ojos pueden ser magnetizados no puede avanzar más allá de ciertos límites, y estos ya habían sido superados por Moisés.

Ocurre un fenómeno particular cuando el cerebro está congestionado o sobrecargado por la Luz Astral; la vista se vuelve hacia adentro, en vez de hacia afuera; cae la noche sobre el mundo externo y real, mientras brilla un resplandor fantástico sobre el mundo de los sueños; hasta los ojos físicos experimentan un leve temblor y se vuelcan hacia arriba debajo de los párpados. Entonces el alma percibe, por medio de imágenes, el reflejo de sus impresiones y pensamientos. Esto equivale a decir que la analogía subsistente entre la idea y la forma atrae, en la Luz Astral, un reflejo que representa esa forma, siendo la configuración la esencia de la luz vital; se trata de la imaginación universal, de la cual cada uno de nosotros se apropia una parte menor o mayor según nuestro grado de sensibilidad y memoria. Allí está el origen de todas las apariciones, de todas las visiones extraordinarias y de todos los fenómenos intuitivos peculiares de la locura o el éxtasis.

La apropiación o asimilación de la luz por parte de la sensibilidad clarividente es uno de los máximos fenómenos que la ciencia puede estudiar. En un tiempo venidero podrá entenderse que ver es, en realidad, hablar, y que la conciencia de la luz es un crepúsculo de la vida eterna del ser, la palabra de Dios Mismo, Quien crea la luz, y que es pronunciada por toda inteligencia que concibe las formas *y* busca visualizarlas. "Hágase la luz". La luz en forma de resplandor sólo existe para los ojos que la miran, y el alma enamorada del desfile de la belleza universal, fijando su atención en el luminoso escrito del libro interminable que se llama las cosas manifiestas, parece gritar, por su parte, como Dios en la alborada del primer día, las palabras sublimes y creadoras: *Fiat lux*.

No todos vemos con los mismos ojos, y la creación no es para todos la misma en color y forma. Nuestro cerebro es un libro impreso por dentro y por fuera, y ante el mínimo grado de excitación, el escrito se borronea, como ocurre continuamente en casos de embriaguez y locura. Entonces, la ensoñación triunfa sobre la vida real y hunde a la razón en un sueño que no sabe de despertar. Este estado de alucinación tiene sus grados; todas las pasiones son embriagueces; todos los entusiasmos son manías comparativas y graduadas. El amante sólo ve perfecciones infinitas en torno del objeto que lo fascina. Pero, ¡oh infeliz infatuación de los voluptuosos!, mañana este olor a vino que hoy los seduce se convertirá en repugnante recuerdo, causante de miles de aversiones y ascos.

Comprender el uso de esta fuerza, sin jamás ser obsesionado ni poseído por ella, es pisotear la cabeza de la serpiente, y esto es lo que aprendemos de la Magia de la Luz; en tales secretos están contenidos todos los misterios del magnetismo, y ese nombre puede aplicarse, en verdad, a toda la parte práctica de la antigua Magia Trascendental. El magnetismo es la vara de los milagros, pero sólo para los iniciados; pues para los irreflexivos e ignorantes que se divirtieran con él o lo convirtieran en juguete de sus pasiones, es tan peligroso como consumir la gloria que, según la fábula alegórica, destruyó a la demasiado ambiciosa Semele en los abrazos de Júpiter.

Uno de los grandes beneficios del magnetismo es que demuestra, mediante hechos irrebatibles, la espiritualidad, la unidad y la inmortalidad del alma; y una vez certificadas estas cosas, Dios se manifiesta a todas las inteligencias y a todos los corazones. De allí en más, desde la fe en Dios y desde las armonías de la creación, somos conducidos hasta la gran armonía religiosa que no existe fuera de la jerarquía milagrosa y legítima de la Iglesia Católica, pues ésta es la única que preservó las tradiciones de la ciencia y la fe.

La prístina tradición de la revelación única fue preservada bajo el nombre de Cabala por el sacerdocio de Israel. La doctrina cabalística, que es la de la Magia Trascendental, está contenida en el *Sepher Yetzirah*, el *Zohar* y el *Talmud.* Según esta doctrina, el absoluto es el Ser, y allí está la Palabra, que expresa la razón del Ser y de la vida. Por tanto, el principio es que el Ser es el ser, **אהיה אשר.** En el principio era el Verbo, que significa el que es, fue y será; y esta es la razón que habla. En el principio era el Verbo. El Verbo es la razón de la fe, y allí está también la razón de esa fe que da vida a la ciencia. El Verbo, o Logos, es el manantial de la lógica. Jesús es el Verbo Encarnado. La concordancia entre razón y fe, entre ciencia y credo, entre autoridad y libertad, se convirtió en estos tiempos modernos en el real enigma de la esfinge. Coincidentemente con este gran problema se planteó el concerniente a los respectivos derechos del hombre y la mujer. Esto es inevitable, pues entre los diversos términos de una cuestión grande y suprema, hay una constante analogía, y las dificultades, como las correspondencias, son invariablemente las mismas. El aflojamiento de este nudo gordiano de la filosofía y la política se

torna aparentemente paradójico, porque a fin de efectuar un acuerdo entre los términos de la ecuación requerida hay siempre una tendencia a confundir uno con otro. Si hay algo que merezca llamarse absurdo supremo es indagar cómo la fe se convierte en razón, la razón en credo, y la libertad en autoridad; o, recíprocamente, cómo la mujer se convierte en hombre, y el hombre en mujer. Hasta las definiciones se suman a tal confusión, y sólo manteniendo una perfecta distinción entre los términos podemos llevarlos a un acuerdo. La distinción perfecta y eterna entre los dos términos prístinos ¿el silogismo creador, para la demostración de su armonía en virtud de la analogía de los opuestos, es el segundo gran principio de esa filosofía oculta, velada bajo el nombre de Cábala e indicada por todos los jeroglíficos sagrados de los viejos santuarios, y por los ritos, incluso ahora tan poco comprendidos, de la Masonería antigua y moderna.

Leemos en las Escrituras que Salomón construyó dos columnas de bronce frente a la puerta de su Templo; una de ellas se llamó *Jachin* y la otra, *Boaz*, que significa el fuerte y el débil. Estos dos pilares representaban al hombre y la mujer, a la razón y la fe, al poder y la libertad, a Caín y Abel, al derecho y el deber. Eran pilares del mundo intelectual y moral, el jeroglífico monumental de la antinomia inevitable respecto de la gran ley de creación. El significado es que toda fuerza postula una resistencia sobre la que pueda trabajar; toda luz, una sombra como su contraste; toda convexidad, una concavidad; todo influjo, un receptáculo; todo reinado, un reino; todo soberano, un pueblo; todo obrero, una materia apta; todo conquistador algo que vencer. La afirmación se apoya en la negación; el fuerte sólo puede vencer debido a la debilidad; la aristocracia no puede manifestarse sino encumbrándose sobre el pueblo. Para el débil convertirse en fuerte, para el pueblo adquirir una posición aristocrática, es una cuestión de transformación y progreso, pero esto sin perjuicio de los primeros principios; el débil será siempre débil y nada importa si no se trata siempre de la misma persona. El pueblo, de manera similar, seguirá siendo siempre el pueblo, la masa que es gobernada y no es capaz de gobernar. En el vasto ejército de los inferiores, toda emancipación personal es una deserción automática que, felizmente, es imperceptible porque es reemplazada, también automáticamente; una nación regia o un pueblo de reyes presupondría la esclavitud del mundo y la anarquía en una sola ciudad, fuera de toda disciplina, como en Roma en la época de su máxima gloria. Una nación de soberanos sería inevitablemente tan anárquica como una clase de expertos o eruditos que se considerasen amos; nadie los escucharía; todos dogmatizarían y darían órdenes simultáneamente.

La emancipación radical de la mujer cae dentro de la misma categoría. Si la mujer abandona integral y radicalmente el estado pasivo e ingresa en el activo, abdica de su sexo y se convierte en hombre, o más bien, como tal transformación es físicamente imposible, logra la afirmación mediante una doble negación, ubicándose fuera de ambos sexos, como un estéril y monstruoso andrógino. Estas son estrictas consecuencias del gran




*El gran símbolo de Salomón*

dogma cabalístico respecto de la distinción de los opuestos que alcanza la armonía por la analogía de sus proporciones. Una vez reconocido este dogma, y universalizada la aplicación de sus resultados por la ley de las analogías, significará un descubrimiento de los máximos secretos relativos a la simpatía y antipatía maternas; significará también un descubrimiento de la ciencia del gobierno en lo político, en el matrimonio, en todas las ramas de la medicina oculta, ya se trate de magnetismo, homeopatía o influencia moral. Además, y como se pretende explicar, la ley del equilibrio en la analogía conduce al descubrimiento de un medio universal, otrora Gran Secreto de los alquimistas y magos de la Edad Media. Se ha

dicho que este medio es una luz de vida por la que los seres animados se tornan magnéticos, siendo la electricidad sólo su accidente y su perturbación, efímera, por así decirlo. La práctica de esa Cábala maravillosa a la que volveremos luego, para satisfacción de quienes buscan, en las ciencias secretas, más bien emociones que sabias enseñanzas, reposa enteramente en el conocimiento y uso de este medio.

La religión de los cabalistas es, a la vez, hipótesis y certidumbre, pues avanza de lo conocido a lo desconocido con el auxilio de la analogía. Reconoce a la religión como una necesidad de la humanidad, como un hecho evidente y necesario, y esto solo es lo que para ellos es revelación divina, permanente y universal. No discuten sobre nada de lo que existe sino que aportan la razón de todo. De igual modo, su doctrina, al distinguir claramente la línea demarcatoria que debe existir siempre entre la ciencia y la fe, proporciona una base para la fe en la razón suprema, garantizando su duración irrefutable y permanente. Después de esto siguen las formas doctrinarias populares que pueden variar solas y de igual modo destruirse recíprocamente; al cabalista no sólo no lo perturban las trivialidades de esta índole sino que de inmediato puede suministrar una razón respecto de las fórmulas más asombrosas. De esto se desprende que su plegaria puede unirse a la de la humanidad en general, para dirigirla mediante ilustraciones de la ciencia y la razón, e introducirla en cauces ortodoxos. Si se menciona a María, reverenciará en ella la realización y todo lo que es divino en los sueños de la inocencia, todo lo que es adorable en el entusiasmo sagrado de todo corazón maternal. No será él quien rechace las flores que adornan los altares de la Madre de Dios, ni los blancos estandartes de sus capillas, ni siquiera las lágrimas por sus ingenuas leyendas. No será él quien se burle del Dios recién nacido que llora en el pesebre, ni de la lacerada víctima del Calvario. No obstante, desde el fondo de su corazón, repite como los sabios de Israel y los fieles creyentes del Islam: No hay Dios sino Dios. Para los iniciados en la ciencia verdadera esto significa: No hay sino un solo Ser, y este es el Ser. Pero todo lo que es apropiado y conmovedor en las creencias (el esplendor de los ritos, el desfile de las creaciones divinas, la gracia de las oraciones, la magia de las esperanzas celestiales) ¿no es el resplandor de la vida moral en toda su juventud y belleza? Si algo puede separar al verdadero iniciado de las plegarias en público y de los templos, si algo puede suscitar su repugnancia o indignación contra las formas religiosas de toda clase, eso sería la manifiesta incredulidad de sacerdotes o pueblo, la falta de dignidad en las ceremonias del culto; en una palabra, la profanación de las cosas santas. Dios está verdaderamente presente cuando lo adoran las almas recogidas y los corazones tiernos; está ausente, sensible y terriblemente, cuando se lo discute sin luz ni celo, es decir, sin comprensión ni amor.

El concepto adecuado sobre Dios según el cabalismo instruido es el revelado por San Pablo cuando dijo que, para llegar a Dios, debemos creer que El existe y recompensa a quienes Le buscan. De modo que no hay nada fuera de la idea del ser en combinación con la idea del bien

y la justicia: estos solos son absolutos. Decir que no hay Dios, o definir lo que El es, constituye igual blasfemia. Toda definición de Dios aventurada por la inteligencia humana es una receta de empirismo religioso, de donde la superstición extraerá subsiguientemente un demonio.

En el simbolismo cabalístico Dios está siempre representado mediante una imagen duplicada: una derecha, la otra invertida; una blanca, y la otra, negra. De esa manera los sabios buscaron expresar los conceptos inteligentes y vulgares de la misma idea: la del Dios de la luz, y la del Dios de la oscuridad. La comprensión errónea de este símbolo debe referirse al Ahrimán persa, el antepasado negro, pero divino, de todos los demonios. El sueño del rey infernal no es sino una falsa noción de Dios.

La luz carente de sombra sería invisible para nuestros ojos, puesto que produciría un brillo superpotente, igual a la máxima oscuridad. En las analogías de esta verdad física, entendidas y consideradas adecuadamente, se hallará una solución de uno de los problemas más terribles, el origen del mal. Pero captar esto plenamente, junto con todas sus consecuencias, no compete a la multitud, que no debe penetrar tan prestamente en los secretos de la armonía universal. Sólo después que el iniciado de los Misterios eleusinos atravesaba victoriosamente todas las pruebas, y veía y tocaba las cosas santas, y si era considerado lo bastante fuerte como para soportar el último y más terrible secreto, un sacerdote velado le aprobaba y, a paso rápido, pronunciaba en su oído las palabras enigmáticas: Osiris es un dios negro. Así era Osiris —cuyo oráculo es Tifón— y así era el divino sol religioso de Egipto, súbitamente eclipsado, que se convirtió en la sombra de la grande e indefinible Isis que es todo lo que fue y será, y cuyo velo eterno nadie levantó.

La luz es el principio activo de los cabalistas, mientras la oscuridad es análoga al principio pasivo, por cuya razón consideraban al sol y la luna emblemas de los dos sexos divinos y de las dos fuerzas creadoras. De igual modo atribuían a la mujer las primeras tentaciones y el pecado, y subsiguientemente el primer parto, el maternal alumbramiento de la redención: la luz renace del vientre de la oscuridad. El vacío atrae al *plenum*, y así el abismo de la pobreza y la miseria, el falso mal, semejante a la nada, y la efímera rebelión de las criaturas, atraen eternamente un océano de ser, riqueza, misericordia y amor. Esto interpreta el símbolo del Cristo que desciende en el infierno luego de derramar sobre la cruz toda la inmensidad del perdón más maravilloso.

Mediante la misma ley de la armonía en la analogía de los opuestos los cabalistas explican también todos los misterios del amor sexual. ¿Por que esta pasión es más permanente entre dos naturalezas desiguales y dos caracteres contrarios? ¿Por qué en el amor existe siempre uno que inmola y otro que es víctima? ¿Por qué las pasiones más obstinadas son aquellas cuya satisfacción parecería imposible? Asimismo, mediante esta misma ley habrían decidido de una vez y para siempre la cuestión de la precedencia entre los sexos, como la adelantara con plena seriedad el Saint-Simonismo en nuestro tiempo. Al ser la fuerza natural de la mujer la de

la inercia o resistencia, habrían dispuesto que la modestia es el más imprescindible de sus derechos, y por ende que ella no debe realizar ni desear nada que exija una especie de temeridad masculina. Por el otro lado, la Naturaleza proveyó a este fin dotándola de voz suave para que no se la oiga en las grandes asambleas, a no ser que la eleve a un tono ridiculamente discordante. Por ello, quienes aspiran a las funciones del sexo opuesto deben falsificar las prerrogativas del propio. No sabemos a qué punto puede llegar en el gobierno de los hombres, pero es cierto al menos que, cuando llegue a eso, perderá el amor de los hombres y, lo que será más cruel para ella, el amor de sus hijos.

La ley conyugal de los cabalistas proporciona además, por analogía, una solución del problema más interesante y difícil de la filosofía moderna: el acuerdo entre razón y fe, entre autoridad y libertad de conciencia, entre ciencia y credo. Si la ciencia es el sol, el credo es la luna: un reflejo del día en medio de la noche. La fe es el suplemento de la razón en la oscuridad dejada por la ciencia delante y detrás de sí. Emana de la razón pero no puede ser confundida con ella ni llevarla a confesión. Las intrusiones de la razón en la fe o de la fe en la razón son eclipses de sol o luna. Cuando ocurren, la fuente lumínica y el reflector se inutilizan.

La ciencia perece a causa de sistemas que no son sino creencias, y la fe sucumbe ante la razón. A fin de sostener el edificio, los dos pilares del templo deben estar paralelos y separados. Cuando se los junta a la fuerza, como lo hiciera Sansón, se desmoronan, y todo el edificio se derrumba sobre el ciego fanático o revolucionario, cuyo resentimiento personal o nacional lo destinó de antemano a morir. Las luchas entre los poderes espirituales y temporales, en todos los períodos de la humanidad, fueron disputas sobre manejos domésticos. El Papado ha sido una madre celosa, queriendo suplantar un marido en el poder temporal, y ha perdido la confianza de sus hijos, mientras el poder temporal, en su usurpación del sacerdocio, no es menos ridículo que el hombre que pretende saber mejor que la madre cómo dirigir el hogar y los niños. Los ingleses, por ejemplo, desde el punto de vista moral y religioso, semejan niños arropados por hombres, como podemos apreciarlo por su melancolía y embotamiento.

Podríamos comparar la doctrina religiosa con el cuento que narra una nodriza, y que es ingenioso y beneficioso en lo moral. Para el niño es perfectamente verdadero y el padre sería muy necio refutándolo. Dése por tanto a las madres el monopolio de los cuentos de hadas, de los cánticos y cuidados hogareños. La maternidad es un carácter del sacerdocio, y debido a que la Iglesia debe ser solamente madre, el sacerdote católico renuncia al derecho masculino y le transfiere de antemano su derecho de paternidad. Jamás debe olvidarse que el Papado o no es nada o es la madre universal. Incluso puede ser que la Papisa Juana de la que los protestantes elaboraron un cuento escandaloso, sea sólo una ingeniosa alegoría, y cuando los soberanos Pontífices utilizaron mal a los Emperadores y Reyes, fue la Papisa Juana que trataba de golpear a su marido,

para gran escándalo del mundo cristiano De igual manera los cismas y las herejías fueron disputas conyugales: la Iglesia y el Protestantismo hablan mal una del otro y viceversa, se lamentan recíprocamente, dan muestras de evitarse y estar mutuamente fatigados, como esposos que vi\ en separados.

Sólo mediante la Cabala todo se explica y reconcilia. Todas las demás doctrinas se vivifican y fructifican por ella; la Cabala nada destruye y, por el contrario, da razón de todo lo que existe. Así todas las fuerzas del mundo están al servicio de esta ciencia única y suprema, mientras el cabalista verdadero puede usar a su antojo, sin hipocresía ni falsedad, la ciencia poseída por los sabios y el celo de los creyentes. Ese cabalista es más católico que Maistre, más protestante que Lutero, más judío que el Rabino supremo, y más profeta que Mahoma. ¿No se halla por encima de los sistemas y pasiones que oscurecen la verdad? ¿No puede reunir a voluntad sus dispersos rayos, reflejados de modos tan variados en todos los fragmentos del espejo roto que es la fe universal, fragmentos tomados por los hombres para tantos credos opuestos? Hay un solo ser, una sola ley y una sola fe, como hay una solo raza humana: — **אהיה אשר אהיה.**

En tales alturas intelectuales y morales la mente y el corazón humanos entran en la paz profunda. "Paz profunda, hermanos míos", tal es la palabra clave de la Masonería del Grado Supremo, que es la asociación de los iniciados cabalistas.

La guerra que la Iglesia se \io obligada a entablar contra la Magia la exigieron las profanaciones de los falsos gnósticos, pero la ciencia verdadera de los Magos es esencialmente católica, basando toda su realización en el principio jerárquico. Ahora bien, la única jerarquía seria y absoluta se halla en la Iglesia Católica, y es por ello que los adeptos verdaderos le demostraron siempre respeto y obediencia profundísimos. Sólo Enrique Khunrath fue decidido protestante, pero en esto era un alemán de su época más bien que un ciudadano místico del Reino eterno.

La esencia del anti-cristianismo es exclusión y herejía; es la partición del cuerpo de Cristo, según la bella expresión de San Juan: *Omnis spiritus qui solvit Christum hic Antichristum est.* La razón es que la religión es caridad y que no hay caridad en la anarquía. La Magia también tiene sus anarquistas, sus creadores y sectarios, sus taumaturgos y hechiceros. Nuestro propósito es vindicar la legalidad de la ciencia respecto de las usurpaciones de la ignorancia, el fraude y la locura; más especialmente respecto a esto nuestra obra será útil, como asimismo enteramente nueva. Hasta ahora la Historia de la Magia ha sido presentada como anales de una cosa prejuzgada, o como crónicas —más o menos exactas— de una secuencia de fenómenos, viendo que nadie creía que la Magia perteneciera a la ciencia. Una relación seria de esta ciencia en su redescubrimiento, por así decirlo, debe poner en evidencia su evolución o progreso. Caminamos por un santuario abierto en vez de hacerlo entre ruinas, y descubrimos que los Lugares Santos, tanto tiempo sepultados bajo escombros de cuatro civilizaciones, se han conservado más maravillosamente que las

momificadas ciudades que la excavación desenterró, con toda su belleza muerta y majestad desolada, debajo de la lava del Vesubio.

En su magnífica obra, Bossuet nos presentó a la religión ligada por doquier con la historia; ¿pero qué habría dicho si hubiese sabido que una ciencia que, en un sentido, nació con el mundo, proporciona una explicación de los dogmas prístinos, que pertenecen a la religión única y universal, en virtud de su combinación con los más irrefutables teoremas de la matemática y la razón? La Magia dogmática es la clave de todos los secretos, no sondeados aún por la filosofía de la historia, mientras la Magia Práctica sola abre el Templo Secreto de la Naturaleza, al poder de la voluntad humana que es siempre limitada, pero siempre progresista.

Distamos de cualquier pretensión impía de explicar 'os misterios de la religión por medio de la Magia, pero nuestra intención consiste en indicar de qué manera la ciencia está obligada a aceptar y reverenciar aquellos misterios. Ya no se dirá que la razón debe humillarse en presencia de la fe; por el contrario, debe honrarse creyendo, puesto que la fe salva a la razón de los horrores del vacío al borde del abismo, y es el eslabón de unión con el infinito. La ortodoxia en religión es respeto por la jerarquía como único guardián de la unidad. No temamos, por tanto, repetir que la Magia es esencialmente la Ciencia de la Jerarquía, recordando claramente que, antes que todo lo demás, condena a las doctrinas anárquicas, mientras demuestra, mediante las leyes mismas de la Naturaleza, que la armonía es inseparable del poder y la autoridad.

El principal atractivo de la Magia para la gran cantidad de curiosos consiste en que ven en ella un medio excepcional para satisfacer sus pasiones. El horizonte del incrédulo es del mismo orden. El avaro negará que haya secreto alguno de Hermes relativo a la transmutación de los metales, pues de lo contrario lo compraría y así disfrutaría de la riqueza. Pero son necios quienes creen que tal secreto se vende. ¿De qué serviría el dinero a quienes pudieran fabricar oro? Eso es cierto, dice el escéptico, pero si tú, Eliphas Levi, lo poseyeras, ¿no serías más rico que nosotros? ¿Quién te ha dicho que soy pobre? ¿Te pedí que me dieras algo? ¿Dónde está el soberano del mundo que puede jactarse de haberme adquirido algún secreto de la ciencia? ¿Dónde está el millonario a quien di razón para que creyera que pondría mi fortuna contra la suya? Cuando miramos desde abajo la riqueza terrena podemos anhelarla como la felicidad soberana, pero la desdeñamos al observarla desde arriba y comprendemos cuan pequeña es la tentación de recobrar lo que se dejó caer como un hierro caliente.

Pero aparte de esto, un joven exclamará que si los secretos mágicos fuesen ciertos, los lograría para que todas las mujeres lo amasen. Nada de eso; día vendrá, pobre criatura, en que será demasiado ser amado por una sola de ellas, pues el deseo sensual es una orgía dual, cuya embriaguez hace que rápidamente sobrevenga la repugnancia, luego de lo cual se suceden la ira y la separación. Una vez hubo un idiota que quiso ser mago para asombrar al mundo. Pero si tú fueses mago, héroe mío, no

serías imbécil, y ante el tribunal de tu conciencia no hallarías circunstancias atenuantes si te convirtieses en criminal.

El epicúreo, por su parte, pide las recetas de la Magia para disfrutar eternamente y no sufrir para nada. En este caso la ciencia misma interviene y dice, como también lo dice la religión: Bienaventurados los que sufren. Pero esa es la razón de porqué el epicúreo perdió la fe en la religión. "Bienaventurados los que lloran", pero el epicúreo se burla de esa promesa. Habrá que prestar atención a lo que dice la experiencia y la razón. Los sufrimientos prueban y despiertan los sentimientos generosos; los placeres promueven y fortalecen los bajos instintos. Los sufrimientos arman contra el placer; el goce engendra debilidad en el sufrimiento. El placer disipa; el dolor almacena. El placer es la roca del peligro en el hombre; el dolor de la maternidad es el triunfo en la mujer. El placer fecunda, mas el dolor concibe y da a luz. ¡Ay de quien no puede ni quiere sufrir! ¡El dolor le avasallará! La Naturaleza maneja sin lástima a quienes rehusan caminar; los arroja en la vida como en alta mar: debemos nadar o ahogarnos. Así son las leyes de la Naturaleza, como las enseña la Magia Trascendental. Reconsideremos ahora si uno puede convertirse en mago para disfrutarlo todo y no sufrir nada. Empero, el mundo preguntará: ¿De qué sirve la Magia en ese caso? ¿Qué habría respondido el profeta Balaam a su burra si el paciente bruto le hubiese preguntado de qué sirve la inteligencia? ¿Qué habría contestado Hércules si un pigmeo le hubiese preguntado de qué sirve la fuerza? No comparamos a la gente del mundo con los pigmeos y mucho menos con la burra de Balaam: eso sería falta de urbanidad y buen gusto. Decimos, por tanto, con toda la delicadeza posible, a esa gente brillante y amistosa, que para ella la Magia es absolutamente inútil, dando por sentado que nunca la tomarán en serio. Nuestra obra está dirigida a las almas que trabajan y piensan. Ellas hallarán aquí una explicación de cuanto quedó oscuro en nuestra *Doctrina y Ritual*. Basados en los lincamientos de los Grandes Maestros, hemos seguido el orden natural de los números sagrados en el plan y división de nuestras obras, por cuya razón esta Historia de la Magia está ordenada en siete libros con siete capítulos en cada uno. El primer libro está dedicado a los Orígenes de la Magia; es la génesis de esa ciencia; lo hemos dotado de la clave de la letra *Aleph*, que expresa cabalísticamente la unidad original y prístina. El segundo libro contiene fórmulas históricas y sociales de la palabra mágica de la antigüedad; su sello es la letra *Beth*, que simboliza la diada como expresión de la palabra que realiza, el rasgo especial de la gnosis y del ocultismo. El tercer libro se refiere a las realizaciones de la ciencia antigua en la sociedad cristiana. Demuestra de qué manera, incluso para la ciencia misma, la palabra se hace carne. El número tres es el de la generación, la realización, y la clave es la letra *Gimel*, jeroglífico del nacimiento. En el cuarto libro penetramos en el poder civilizador de la Magia entre las razas bárbaras, en las producciones naturales de esta ciencia entre pueblos aún en la infancia, en los misterios de los druidas y sus milagros, en las leyendas de los bardos, y se demuestra de qué manera




*La cabeza mágica del Zohar*

concurrieron estas cosas a la formación de las sociedades modernas preparando así una victoria brillante y permanente para el cristianismo. El numero cuatro expresa la Naturaleza y la fuerza, mientras la letra *Daleth,* que lo significa en el alfabeto hebreo, está representada en la de los cabalistas por un emperador en su trono. El quinto libro está consagrado a la era sacerdotal de la Edad Media, y estamos presentes en las disensiones y luchas de la ciencia, en la formación de las sociedades secretas, en sus logros desconocidos, en los ritos secretos de los grimorios, en los misterios de la *Divina Comedia,* en las divisiones dentro del santuario, que debían conducir después a una gloriosa unidad. El número cinco es el de la quintaesencia, la religión y el sacerdocio; su rasgo es la letra *He,* repre-

sentada en el alfabeto mágico por el símbolo de un sumo sacerdote. El sexto libro demuestra la intervención de la Magia en la obra de la Revolución. El número seis es el del antagonismo y la disputa como preparación para la síntesis universal, y la letra correspondiente es *Vau,* símbolo del *lingam* creador y de la guadaña de la muerte. El séptimo libro es sintético, y contiene una exposición de obras y descubrimientos modernos, nuevas teorías sobre la luz y el magnetismo, la revelación del gran secreto rosacruz, la explicación de los alfabetos misteriosos, la ciencia de la palabra y sus obras mágicas; en fin, el resumen de la ciencia misma, incluyendo una apreciación de lo que realizaron los místicos contemporáneos. Este libro es complemento y culminación de la obra, como el septenario es la corona de los números, uniendo el triángulo de la idea con el cuadrado de la forma. Su letra correspondiente es *Zain,* y el jeroglífico cabalístico es un vencedor sobre un carro, tirado por dos esfinges.

Lejos de nosotros está la ridicula vanidad de posar como vencedor cabalístico; sólo la ciencia es la que debe triunfar; y lo que exponemos ante el mundo inteligente, montados sobre el carro cúbico y arrastrados por esfinges, es la Palabra de la Luz, el Divino Realizador de la Cabala Mosaica, el Sol humano del Evangelio, el Dios-hombre que otrora llegó como Salvador y pronto se manifestará como Mesías, es decir, como rey definitivo y absoluto de las instituciones temporales. Este es el pensamiento que estimula nuestro coraje y sostiene nuestra esperanza. Pero ahora sólo resta someter todos nuestros conceptos, todos nuestros descubrimienos y todos nuestros afanes al juicio infalible de la jerarquía. Que los autorizados hombres de ciencia se ocupen de lo que a la ciencia pertenece, pero que las cosas relacionadas con la religión queden aparte, sólo para la Iglesia y la única jerarquía eclesiástica, preservadora de la unidad, que ha sido católica, apostólica y romana desde los días de Cristo Jesús hasta ahora. Para los estudiosos, nuestros descubrimientos; para los obispos, nuestras aspiraciones y creencias. ¡Ay del niño que se cree más sabio que sus padres! ¡Ay del hombre que no reconoce maestros! ¡Ay del soñador que piensa y reza por sí! La vida es una comunión universal y en tal comunión hallamos la inmortalidad. Quien se aisla se abandona a la muerte, y una eternidad de aislamiento sería la muerte eterna.

*ELIPHAS LEV1*

# Libro I

# LAS DERIVACIONES DE LA MAGIA

## א — ALEPH

## Capítulo I

## LOS ORÍGENES FABULOSOS

El apócrifo *Libro de Enoc* dice que hubo ángeles que consintieron en caer de los cielos para tener contacto con las hijas de la tierra. "Pues en aquellos días los hijos de los hombres se habían multiplicado, naciéndoles hijas de gran belleza. Y cuando los ángeles, o hijos de los cielos, las vieron, se llenaron de deseos; entonces se dijeron: 'Vamos, escojamos esposas entre la raza del hombre, y engendremos hijos'. Su jefe, Samyasa, respondió entonces, diciendo: 'Tal vez os falte el valor necesario para cumplir esta decisión, y entonces yo solo deberé responder por vuestra caída'. Pero ellos juraron que de ningún modo se arrepentirían y que llevarían a cabo totalmente su propósito. Fueron 200 los que descendieron sobre el Monte Armón, y fue desde entonces que esa elevación recibió su designación, que significa Monte de Juramento. De allí en adelante siguen los nombres dé aquellos ángeles jefes que descendieron con este objeto: Samyasa, jefe supremo, Urakabarameel, Azibeel, Tamiel, Ramuel, Danel, Azkeel, Sarakuyal, Asael, Armers, Batraal, Anane, Zavebe, Sansaveel, Ertrael, Turel, Jomiael y Arazial. Tomaron esposas, con las que tuvieron contacto, y a las que también enseñaron la Magia, el arte del encantamiento y las diversas propiedades de las raíces y los árboles. Amazarac instruyó sobre todos los secretos de los hechiceros; Barkaial fue maestro de quienes estudian las estrellas; Akibeel reveló los signos; y Azaradel enseñó los movimientos de la luna".

Esta leyenda del Libro cabalístico de Enoc es un relato distinto de la misma profanación de los Misterios que hallamos bajo otra forma simbólica en la historia del pecado de Adán. Aquellos ángeles, los hijos de Dios, de quienes habla Enoc, fueron iniciados en la Magia, y la comunicaron a los profanos, empleando mujeres incautas como instrumentos. Hendieron la roca del atractivo sensual, se enamoraron del sexo femenino

y les fueron sonsacados desprevenidamente los secretos de la realeza y el sacerdocio. La civilización primitiva se derrumbó como consecuencia de ello; los gigantes, símbolo de fuerza bruta y apetito indomable, lucharon juntos por el mundo, que sólo se libró por inmersión en las aguas del Diluvio; simbolizaba la confusión universal a que fue llevada necesariamente la humanidad al ignorar y menoscabar las armonías de la Naturaleza. Hay afinidad entre la caída de Samyasa y la de Adán; a ambos los sedujo la lujuria; ambos profanaron el Arbol del Conocimiento; y ambos fueron apartados del Arbol de la Vida. No es menester discutir aquí las opiniones, o más bien la simplicidad, de quienes encaran todo literalmente y creen que el conocimiento y la vida manifestáronse otrora bajo forma de árboles: más bien reconozcamos solamente el hondo significado de los símbolos sagrados. Cuando se come su fruto, el Arbol del Conocimiento inflige realmente muerte; ese fruto es el adorno de este mundo; las manzanas doradas son el resplandor de la tierra.

En la Biblioteca del Arsenal hay un curiosísimo manuscrito titulado *El Libro de la Penitencia de Adán,* y allí la tradición cabalística se presenta bajo el disfraz legendario de este tenor: "Adán tuvo dos hijos: Caín, que significa la fuerza bruta, y Abel, el tipo de inteligencia y suavidad. Era imposible que concordaran; se mataron mutuamente; y su herencia pasó a un tercer hijo, llamado Seth". He aquí el conflicto de dos fuerzas opuestas desviadas para beneficio de una fuerza sintética y unida. "Ahora bien, a Seth, que era justo, le estaba permitido acercarse hasta la entrada del Paraíso Terrenal, sin que le amenazase el Querube de espada flamígera". En otras palabras, Seth representaba la iniciación prístina. "De esta manera sucedió que Seth vio el Arbol del Conocimiento y el Arbol de la Vida, asociados de tal manera que formaban un solo árbol", que significa la armonía de la ciencia y la religión en la Cabala trascendental. "Y el ángel le dio tres semillas que contenían el poder vital de dicho árbol". Aquí se hace referencia a la tríada cabalística. "Cuando Adán murió, Seth, acatando las directivas del ángel, puso las tres semillas en la boca de su padre, como prenda de vida eterna. Los brotes nacidos de aquéllas se convirtieron en la Zarza Ardiente, en medio de la cual Dios comunicó a Moisés su Nombre Eterno: אהיה אשר אהיה— que significa El Que es y El Que vendrá. Moisés arrancó una rama triple de la zarza sagrada y la utilizó como su vara milagrosa. Aunque separada de su raíz, la raza siguió viviendo y floreciendo, y luego fue preservada en el Arca. El Rey David plantó la rama en el Monte Sión, y Salomón tomó madera de cada parte del triple tronco para confeccionar los dos pilares, *Jachin* y *Boaz,* que fueron ubicados a la entrada del Templo. Fueron cubiertos con bronce, y la tercera parte fue insertada en el umbral de la puerta principal. Era un talismán que impedía que las cosas inmundas penetrasen. Pero ciertos inicuos levitas quitaron durante la noche este obstáculo para su libertad impía y, cargado de piedras, lo arrojaron al fondo del depósito de agua del Templo. De allí en adelante un ángel de Dios agitó las aguas del estanque, impartiéndoles valor mila-

groso, para que de ese modo los hombres se distrajesen y no buscasen el árbol de Salomón en el fondo. En la época de Jesucristo el estanque fue limpiado y los judíos, al hallar el tronco, que para sus ojos parecía inútil, lo llevaron fuera de la ciudad y lo cruzaron sobre el río Cedrón. Nuestro Salvador pasó por este puente luego de ser arrestado por la noche en el Huerto de los Olivos. Sus verdugos le arrojaron de allí al agua; luego, en su precipitación para preparar el instrumento principal de Su pasión, se llevaron el tronco, que era de tres clases de madera, y con él formaron la cruz."

Esta alegoría abarca todas las grandes tradiciones de la Cabala y la doctrina cristiana secreta de San Juan, ahora totalmente desconocida. Dice también que Seth, Moisés, David, Salomón y Cristo obtuvieron del mismo Arbol cabalístico sus cetros reales y cayados pontificios. De esta manera podemos entender porqué Cristo fue adorado por los Magos en Su pesebre. Sin embargo, recurramos al *Libro de Enoc,* pues a éste puede atribuírsele mayor autoridad que a un manuscrito desconocido; el primero es citado en el Nuevo Testamento por el Apóstol San Judas. La tradición refiere la invención de las letras a Enoc, y es por tanto a él a quien debemos retrotraer las doctrinas incluidas en el *Sepher Yetzirah,* que es la obra elemental de la Cabala, cuyo recopilador —según los rabinos— fue el patriarca Abraham, heredero de los secretos de Enoc y padre de la iniciación de Israel. Así, Enoc parecería idéntico al Hermes Trismegisto egipcio, mientras el famoso *Libro de Thoth,* escrito integralmente en jeroglíficos y números, sería la Biblia oculta, anterior al libro de Moisés y llena de misterios, a la que el iniciado Guillermo Postel alude con tanta frecuencia en todas sus obras, bajo el título de *Génesis de Enoc.*

La Biblia dice que Enoc no murió y que Dios lo trasladó de una vida a otra. Debe volver para confundir al Anticristo al fin de los tiempos; entonces será uno de los últimos mártires, o testigos de la verdad, mencionados en el Apocalipsis de San Juan. Lo dicho sobre Enoc a este respecto fue también expresado sobre todos los grandes iniciadores registrados en el cabalismo. El mismo San Juan, según los cristianos primitivos, fue salvado de la muerte, y durante mucho tiempo se enseñó que era posible verle respirar en su tumba. La explicación es que la ciencia absoluta de la vida preserva contra la muerte, como lo indujera siempre a adivinar el instinto del pueblo. Sea esto como fuere, las constancias de Enoc están contenidas en dos libros, uno jeroglífico y el otro alegórico. El primero abarca las claves hieráticas de iniciación, el segundo es la historia de una gran profanación que provocó la destrucción del mundo y el reino del caos después del de los gigantes.

San Metodio, obispo de los primeros tiempos del cristianismo, cuyos escritos se hallan en la colección de los Padres de la Iglesia, dejó un Apocalipsis profético que desarrolla la historia del mundo en una serie de visiones. No está incluido entre los escritos reconocidos del santo, pero los gnósticos lo preservaron y fue impreso en el *Liber Mirabilis* bajo el nombre supuesto de *Bermechobus,* que editores ignorantes substituyeron en lu-

gar de *Bea-Methodius,* abreviación de *Beatus Methodius.* En diversos aspectos este libro guarda correspondencia con el tratado alegórico titulado *La Penitencia de Adán.* Narra cómo Seth emigró hacia el Este con su familia y llegó a una montaña en la vecindad del Paraíso Terrenal. Este, fue el país de los iniciados, mientras la posteridad de Caín inventó una Magia espuria o vil en la India, tierra del fratricidio, y puso la brujería en manos de los audaces.

San Metodio predice, en un pasaje posterior, las luchas y prodominio sucesivo de los ismaelitas (nombre atribuido en su Apocalipsis a los que vencieron a los romanos), de los francos, que vencieron a los ismaelitas: y luego, de una raza del Norte cuya invasión precederá al reino personal del Anticristo. De allí en adelante será fundado un reino universal y caerá en manos de un príncipe francés, después de lo cual existirá el reino de la justicia durante un largo período de años. Aquí no nos interesa la profecía, pero es deseable señalar la diferencia entre la Magia buena y la Magia mala, entre el Santuario de los Hijos de Seth y la profanación de la ciencia por parte de los descendientes de Caín. De hecho, el conocimiento trascendental está reservado a quienes dominan sus pasiones, y la Naturaleza virgen no entrega las llaves de su cámara nupcial a los adúlteros.

Hay dos clases: libres y esclavos; el hombre nace en la esclavitud de sus pasiones pero puede lograr emanciparse a través de la inteligencia. Entre los que ya son libres y los que aún no lo son no hay igualdad posible. El papel de la razón consiste en gobernar, y el del instinto en obedecer. Por otra parte, si se impone al ciego el oficio de guiar a otro ciego, ambos caerán en el abismo. Jamás debemos olvidar que la libertad no consiste en la licenciosidad de la pasión emancipada de la ley, pues esa licenciosidad se manifestará como la más horrenda tiranía; la liberación consiste en obediencia voluntaria a la ley; lo correcto es cumplir con el propio deber, y sólo los justos pueden llamarse libres. Ahora bien, los libres deben gobernar a los esclavos, y éstos están llamados a ser liberados, no del gobierno de los libres sino del yugo de las pasiones, y como consecuencia de ello no pueden existir sin amos.

Reconozcamos ahora, por un momento, la verdad de las ciencias trascendentales. Supongamos que realmente existe una fuerza que puede ser dominada y por la cual los milagros de la Naturaleza son sometidos a la voluntad del hombre. Digamos, en tal caso, si los secretos de la riqueza y los vínculos de la simpatía pueden confiarse a la codicia brutal; si el arte de la fascinación puede confiarse a los libertinos; si la supremacía sobre otras voluntades puede confiarse a quienes no logran gobernar su propio yo. Es terrible reflexionar sobre los desórdenes que pueden sobrevenir de tal profanación; es necesario algún cataclismo para borrar los crímenes de la tierra cuanto todos están saturados de lodo y sangre.
Ahora bien, este es el estado de cosas señalado por la historia alegórica de la caída de los ángeles, según *El Libro de Enoc;* este fue el pecado de Adán y estas son sus fatales consecuencias. Lo mismo ocurrió con el

Diluvio y su destrucción; y en un periodo posterior, la maldición de Canaán. La revelación de las ciencias ocultas se caracteriza por la insolencia del hijo que exhibe la desnudez de su padre. La embriaguez de Noé es una lección para el sacerdocio de todos los tiempos. ¡Ay de quienes desnudan el secreto de la generación divina ante la vista impura de la muchedumbre! ¡Mantened cerrado el santuario, quienes queráis ahorrar a vuestro padre dormido la burla de los imitadores de Cam!

Tal es la tradición de los hijos de Seth respecto de las leyes de la jerarquía humana; mas la familia de Caín no las reconoció. Los cainitas de la India inventaron un Génesis para consagrar la opresión de los fuertes y perpetuar la ignorancia de los débiles. La iniciación se convirtió en privilegio exclusivo de las castas elevadas, y razas enteras de la humanidad fueron condenadas a interminable servidumbre so pretexto de nacimiento inferior: salieron, como se dijo, de los pies o rodillas de Brahma. Ahora bien, la Naturaleza no engendra esclavos ni reyes; todos los hombres nacieron, sin diferencias, para trabajar. Quien pretenda que el hombre es perfecto al nacer, y lo degrada y pervierte la sociedad, es el más salvaje de los anarquistas, aunque se trate del más poético de los maniáticos. Pero en vano Juan Jacobo fue un sentimental y un soñador: su honda misantropía implícita, al manifestarse a través de la lógica de sus fanáticos sectarios, dio frutos de odio y destrucción. Los arquitectos coherentes de la Utopía imaginada por su susceptible filósofo de Ginebra fueron Robespierre y Marat.

La sociedad no es una personalidad abstracta a la que pueda responsabilizarse por separado de la testarudez del hombre; la sociedad es la asociación de hombres; es defectuosa en razón de sus vicios y sublime respecto de sus virtudes; pero en sí misma es santa, como la religión con la que está ligada inseparablemente. De hecho, ¿la religión no es una asociación de aspiraciones supremas y generosísimos esfuerzos? De esta manera, la blasfemia de la igualdad antisocial y del derecho en oposición al deber responde a la mentira sobre las castas privilegiadas por la Naturaleza; sólo el cristianismo resolvió el problema al asignar supremacía a la abnegación y al proclamar como máximo a quien ofrenda su orgullo en pro de la sociedad y sus apetitos por la ley.

Aunque depositarios de la tradición de Seth, los judíos no la preservaron en toda su pureza, y se infectaron con las ambiciones injustas de la posteridad de Caín. Al considerarse pueblo escogido, juzgaron que Dios les había asignado la verdad más bien como un patrimonio que como una seguridad confiada para la humanidad en general. Junto a las sublimes tradiciones del *Sepher Yetzirah* encontramos curiosísimas revelaciones entre los talmudistas. Por ejemplo no vacilan en atribuir la idolatría de los gentiles al patriarca Abraham; dicen que éste legó a los israelitas su herencia, a saber, el conocimiento de los verdaderos Nombres Divinos; en una palabra, la Cabala fue propiedad legítima y hereditaria de Isaac; pero el patriarca, como nos cuentan, dio algunos presentes a los hijos de sus concubinas; y por tales presentes entienden dogmas

velados y nombres crípticos, que se materializaron rápidamente, transformándose en ídolos. Falsas religiones y sus absurdos misterios, supersticiones orientales, con todos sus horribles sacrificios... ¡qué regalo de un padre a su desposeída familia!, ¿No bastó llevar a Agar con su hijo al desierto? ¿A su hogaza y vasija con agua debía añadirse el agobio de la falacia, como tormento y veneno en su exilio?

La gloria del cristianismo consiste en que convocó a todos los hombres a la verdad, sin distinción de razas ni castas, aunque no sin distinción respecto de inteligencia y virtud. "No arrojéis perlas a los cerdos", dijo el Divino Fundador del cristianismo, "no sea que vuelvan sobre sus pasos, y os pisoteen y destrocen". El Apocalipsis o Revelación de San Juan, que abarca todos los secretos cabalísticos concernientes a la doctrina de Cristo Jesús, es un libro no menos oscuro que el *Zohar.* Está escrito jeroglíficamente con lenguaje de números e imágenes, y el Apóstol apela con frecuencia al conocimiento de los iniciados. "Quien tenga conocimiento, entienda... quien entienda, cuente", dice con frecuencia, luego de pronunciar una alegoría o dar un número místico. San Juan, el discípulo amado y depositario de todos los secretos del Salvador, no escribió, por tanto, para que le entendiera la multitud.

El *Sepher Yetzirah*, el *Zohar* y el *Apocalipsis* son piezas maestras del ocultismo; contienen más significados que palabras; su método de expresión es figurado, como la poesía, y exacto, como las fórmulas numéricas. El Apocalipsis resume, completa y excede toda la ciencia de Abraham y Salomón, como lo demostraremos al explicar las Claves de la Cabala trascendental.

No es menos asombroso observar al comienzo del *Zohar* la profundidad de sus nociones y la sublime simplicidad de sus imágenes. Expresa lo siguiente: "La ciencia del equilibrio es la clave de toda la ciencia oculta. Las fuerzas desequilibradas perecen en el vacío. Así pasaron los reyes del mundo prístino, los príncipes de los gigantes. Cayeron como árboles sin raíces, y su tumba no existe más. A través del conflicto de las fuerzas desequilibradas, la tierra devastada estaba vacía y amorfa hasta que el Espíritu de Dios formó para sí un sitio en los cielos y redujo la masa de las aguas. Todas las aspiraciones de la Naturaleza dirigiéronse entonces hacia la unidad de la forma, hacia la síntesis viviente de las fuerzas equilibradas; la faz de Dios, coronada de luz, surgió sobre el vasto mar y se reflejó en sus aguas. Sus dos ojos se manifestaron, radiantes de esplendor, lanzando dos rayos de luz que se cruzaron con los del reflejo. La frente de Dios y Sus ojos formaron un triángulo en el cielo, y su reflejo formó un segundo triángulo en las aguas. Así fue revelado el número seis, que es el de la creación universal."

El texto, ininteligible en una versión literal, se traduce aquí a modo de interpretación. El autor aclara que la forma humana que atribuye a la Deidad es sólo una imagen de su significado y que Dios trasciende la expresión del pensamiento humano o la representación por cualquier figura. Pascal dijo que Dios es un círculo, cuyo centro está por doquier y

la circunferencia en ninguna parte. ¿Pero cómo imaginar un círculo aparte de su circunferencia? El *Zohar* adopta la antítesis de esta imagen paradojal y respecto del círculo de Pascal más bien diría que la circunferencia está en todas partes y el centro en ninguna. Sin embargo, compara el equilibrio universal de las cosas con una balanza y no con un círculo. Afirma que el equilibrio está en todas partes y lo mismo ocurre con el punto central donde la balanza pende en suspensión. Así descubrimos que el *Zohar* es más contundente y profundo que Pascal.

Su autor continúa de la manera siguiente su sueño sublime: La síntesis de la palabra, formulada por la figura humana, ascendió lentamente y emergió del agua, como el sol al salir. Al aparecer los ojos, se hizo



*El gran símbolo cabalístico del* Zohar

la luz; al manifestarse la boca, nació la creación de los espíritus y se expresó la palabra. Al revelarse la cabeza entera, se completó el primer día de la creación. Surgieron los hombros, los brazos y el pecho; entonces empezó el trabajo. Con una mano, la Imagen Divina hizo retroceder al mar, mientras con la otra elevó los continentes y las montañas. La Imagen creció cada vez más; apareció el órgano generativo, y todos los seres empezaron a crecer y multiplicarse. La forma se puso de pie en toda su talla, con un pie sobre la tierra y otro sobre las aguas. Se contempló integramente en el océano de la creación, respiró sobre su propio reflejo y convocó su semejanza a la vida. Dijo: "Hagamos al hombre", y así el hombre fue hecho. Nada hay tan bello en la obra maestra de ningún poeta como esta visión de la creación realizada por el prototipo de la humanidad. El hombre es tan sólo la sombra de una sombra; empero, es la imagen del poder divino. También puede extender sus manos de Este a Oeste; recibió la tierra como dominio. Tal es Adán Kadmon, el Adán primordial de los cabalistas. Tal es el sentido en que es descripto como gigante; y es por ello que Swedenborg, asediado en sus sueños por reminiscencias de la Cabala, dice que la creación entera es sólo un hombre titánico y que estamos hechos a imagen del universo.

El *Zohar* es una génesis de luz; el *Sepher Yetzirah* es una escalera de la verdad. Allí están expuestos los treinta y dos símbolos absolutos del lenguaje —que son números y letras. Cada letra produce un número, una idea y una forma, de modo que la matemática es aplicable a las formas y las ideas, incluso respecto de los números, en virtud de una proporción exacta y de una correspondencia perfecta. Mediante la ciencia del *Sepher Yetzirah* la mente humana se arraiga en la verdad y la razón; explica todo el progreso posible para la inteligencia por medio de la evolución de los números. Así, el *Zohar* representa la verdad absoluta, mientras el *Sepher Yetzirah* proporciona el método de su adquisición, discernimiento y aplicación.

Capítulo II

# LA MAGIA DE LOS MAGOS

Es probable que Zoroastro sea un nombre simbólico, como el de Thoth o Hermes. Según Eudoxo y Aristóteles, vivió 6000 años antes del nacimiento de Platón, pero otros dicen que antecedió al sitio de Troya en unos 500 años. A veces se lo representa como un rey de los bactrios, mas la existencia de dos o tres Zoroastros es sólo una de las conjeturas. Sólo Eudoxo y Aristóteles parecerían haber comprendido que su personalidad era mágica, y es por ello que ubicaron la época cabalística de un mundo entero entre el nacimiento de la doctrina y el reinado teúrgico de la filosofía platónica. De hecho, hay dos Zoroastros, es decir, dos expositores de los misterios; uno, hijo de Ormuz y fundador de la instrucción iluminada; el otro, hijo de Ahrimán y autor de la revelación profanatoria de la verdad. Zoroastro es la palabra encarnada de los caldeos, medos y persas; su leyenda se lee como una profecía relacionada con la de Cristo, y de ahí que se suponga que también tuvo su Anticristo, según la ley mágica del equilibrio universal.

Al falso Zoroastro debe referirse el culto del fuego material y la impía doctrina del dualismo divino que produjo, en un período posterior. la monstruosa Gnosis de Manes y los falsos principios de la masonería espuria. El Zoroastro en cuestión fue padre de la Magia materializada que llevó a la masacre de los Magos, e indujo primero la proscripción de su doctrina verdadera, y luego el olvido. Inspirada siempre por el espíritu de la verdad, la Iglesia se vio obligada a condenar —bajo las denominaciones de Magia, Maniqueísmo, Iluminismo y Masonería— todo lo que guardaba afinidad, remota o aproximada, con la profanación primitiva de los misterios. Un ejemplo característico es la historia de los Caballeros Templarios, erróneamente interpretada hasta ahora.

Las doctrinas del Zoroastro verdadero son idénticas a las del Cabalismo puro, y sus conceptos sobre la divinidad nada difieren de los Padres de la Iglesia. Sólo varían los nombres; por ejemplo, la tríada de Zoroastro es la Trinidad de la doctrina cristiana, y cuando postula la Triada como subsistiendo sin disminución ni división en cada una de sus unidades, expresa de otra manera lo que nuestros teólogos entienden como *circumincesión* de las Personas Divinas. En su multiplicación de la Tría-

da por sí misma, Zoroastro llega a la razón absoluta del número 9 y a la clave universal de todos los números y formas. Pero a las que denominamos tres Personas Divinas, Zoroastro las llama las tres profundidades. La primera, o la del Padre, es la fuente de la fe; la segunda, la del Verbo, es el pozo de la verdad; y la tercera, o la acción creadora, es la fuente del amor. Para cotejar lo adelantado aquí, el lector puede consultar el comentario de Pselo sobre la doctrina de los antiguos asirios: se hallará esto en la obra de Francisco Patricio sobre *Magia Filosófica,* página N° 24, edición de Hamburgo, aparecida en 1593.

Zoroastro estableció la jerarquía celestial y todas las armonías de la Naturaleza en su escala de nueve grados. Explica por medio de la tríada cuanto emana de la idea, y por medio de la tetrada todo lo perteneciente a la forma, llegando así al número 7, como tipo de la creación. Aquí termina la primera iniciación y comienzan las hipótesis escolásticas; los números son personificaciones y las ideas pasan a ser emblemas, que en un período posterior se convirtieron en ídolos. Los sinocos, los teletarcas y los Padres, ministros de la triple Hécate; los tres Amilictes y el triple rostro de Hypezocos.. . todos estos intervienen: los ángeles siguen en su orden, los demonios y, por último, las almas humanas. Las estrellas son imágenes y reflejos de los esplendores intelectuales; el sol material es un emblema del sol de la verdad, que en sí mismo es una sombra de la primera fuente de donde emana toda gloria. Es por eso que los discípulos de Zoroastro saludaban al sol naciente y así fueron considerados adoradores del sol entre los bárbaros.

Tales eran las doctrinas de los Magos, que además poseían los secretos que les dieron dominio sobre los poderes ocultos de la Naturaleza. La suma de estos secretos podría denominarse pirotecnia trascendental, pues estaba íntimamente relacionada con el profundo conocimiento del fuego y su manejo. Es cierto que los Magos no sólo estaban familiarizados con la electricidad sino que también eran capaces de generarla y dirigirla de maneras actualmente desconocidas. Numa, que estudió sus ritos y fue iniciado en sus misterios, poseía, según Lucio Pisón, el arte de producir y controlar el rayo. Este secreto sacerdotal, que el iniciador romano habría reservado para los reyes de Roma, lo perdió Tulio Hostilio, quien manejó equivocadamente la descarga eléctrica y fue destruido. Plinio relata estos hechos basado en la autoridad de una antigua tradición etrusca y menciona que Numa dirigió su batería con buen éxito contra un monstruo llamado Volta, que asolaba el distrito en torno de Roma. Al leer esta historia nos sentimos tentados a pensar que Volta, el descubridor, es un mito, y que el nombre de las pilas voltaicas se remonta a los tiempos de Numa.

Todos los símbolos asirios se conectan con esta ciencia del fuego, que fue el gran secreto de los Magos; por todos lados encontramos al encantador que mata al león y controla a las serpientes. El león es el fuego celestial, y las serpientes son las corrientes eléctricas y magnéticas de la tierra. A este mismo gran secreto de los Magos pueden referirse todas las

maravillas de la Magia hermética, cuyas tradiciones, subsistentes aún, dan testimonio de que el misterio de la Gran Obra consiste en el manejo del fuego.

El erudito Patricio publicó en su *Magia Filosófica* los Oráculos de Zoroastro, recogidos de las obras de autores platónicos: de Proclo sobre la Teurgia; de los comentarios sobre el *Parménides,* de comentarios sobre el *Fedro,* y de las notas de Olimpiodoro sobre el Filebo y Faidón. Estos Oráculos son, en primer término, una formulación clara y precisa de la doctrina aquí expuesta, y en segundo lugar, las prescripciones del ritual mágico expresado en los términos siguientes:

## Demonios y sacrificios

"Induciéndolo de la Naturaleza, hemos aprendido que hay demonios incorpóreos y que los gérmenes del mal que existen en la materia vuelven al bien y la utilidad comunes. Pero estos son misterios que deben sepultarse en los meandros del pensamiento. El fuego, siempre agitado y brincando en la atmósfera, puede asumir una configuración semejante a la de los cuerpos. Vayamos más adelante y afirmemos la existencia de un fuego que abunda en imágenes y reflejos. Llámalo, si quieres, luz superabundante que irradia, que habla, que retorna a sí misma. Es el corcel llameante de la luz, o más bien el bravo niño que vence y somete al corcel celestial. Descríbelo revestido de llamas y con áurea coraza, o desnudo como el amor, portando las flechas de Eros. Mas si tu meditación se prolonga, combinarás todos estos emblemas bajo la forma del león. De allí en adelante, cuando las cosas ya no sean visibles, cuando la Bóveda de los Cielos y la extensión del universo se disuelva, cuando las estrellas hayan cesado de brillar y la lámpara de la luna se vele, cuando la tierra tiemble y el rayo juguetee en torno de ella, no invoques el fantasma visible del alma de la Naturaleza, pues de ningún modo deberás contemplarla hasta que tu cuerpo haya sido purificado mediante las pruebas santas. Los enervadores de las almas, que distraen de los quehaceres sagrados, los demonios cinocéfalos salen de los confines de la materia y exhiben a los mortales ojos semejanzas de cuerpos ilusorios. Trabaja en torno de los círculos descriptos por el rombo de Hécate. Nada cambies de los nombres bárbaros de la invocación, pues son títulos panteístas de Dios; están magnetizados por la devoción de las multitudes y su poder es inefable. Cuando después de todos los fantasmas contemples el brillo del fuego incorpóreo, el fuego sagrado cuyos dardos penetran en todas direcciones a través de las profundidades del mundo.. . escucha las palabras del fuego."

Estas frases asombrosas, tomadas del latín de Patricio, incluyen los secretos del magnetismo y de cosas mucho más profundas, que no penetraron en el corazón de personas como Du Potet y Mesmer como para que pudieran concebirlos. Descubrimos a) la Luz Astral descripta perfectamente, junto con su poder de producir formas fluídicas, de reflejar

el lenguaje y de reproducir la voz; 6) la voluntad del adepto significada por el valiente niño montado en un caballo blanco, símbolo que se halla en una antigua carta del Tarot conservada en la *Bibliotéque Nationale; c)* los peligros de la alucinación, que surgen de las operaciones mágicas mal dirigidas; *d)* la razón de ser de los acontecimientos cumplidos mediante el uso de nombres y palabras bárbaros; e) el instrumento magnético denominado *rhombos,* comparable a un trompo zumbador infantil; f) el término de la práctica mágica, que es el aquietamiento de la imaginación y los sentimientos en un estado de completo sonambulismo y lucidez perfecta.

De esta revelación del mundo antiguo se desprende que el éxtasis clarividente es una aplicación voluntaria e inmediata del alma al fuego universal, o más bien a la luz —abundante en imágenes— que irradia, habla y circula en torno de todos los objetos y toda esfera del universo. Esta aplicación es operada mediante la persistencia de la voluntad liberada de los sentidos y fortalecida por una sucesión de pruebas. En esto consistía el comienzo de la iniciación mágica. Una vez obtenido el poder de lectura directa en la luz, el adepto se convertía en vidente o profeta; luego, una vez establecida la comunicación entre esta luz y su propia voluntad, aprendía a dirigir la primera, tal como la punta de una flecha es puesta en cierta dirección. Comunicaba a voluntad pugna o paz a las almas de los demás; establecía relación a distancia con los adeptos cofrades que eran sus pares; y, en fin, se valía de la fuerza que es representada por el león celestial. Aquí radica el significado de las grandes figuras asirias que sostienen en sus brazos leones vencidos. La Luz Astral es también representada con esfinges gigantescas con cuerpos de leones y cabezas de Magos. Considerada como instrumento sujeto al poder mágico, la Luz Astral es la áurea espada de Mitra utilizada en su inmolación del toro sagrado. Y es la flecha de Febo que traspasó a la serpiente Pitón.

Reconstruyamos ahora con el pensamiento las grandes ciudades metropolitanas de Asiria, Babilonia y Nínive; restauremos en su propio lugar los colosos de granito; armemos los templos macizos, sostenidos por elefantes y esfinges; alcemos una vez más los obeliscos desde los que los dragones miran hacia abajo con ojos brillantes y alas extendidas. Templos y palacios se destacan sobre estas cosas prodigiosas. Allí moran, eternamente ocultos, pero también eternamente manifiestos por sus milagros, el sacerdocio y la realeza, como divinidades visibles de la tierra. El templo está rodeado de nubes o resplandece con brillo sobrenatural, al arbitrio de los sacerdotes; ahora es de día y hay oscuridad, y nue\amente la noche se ilumina; las lámparas del templo se encienden por sí solas; los dioses están radiantes; resuenan los truenos; y ¡ay del impío que haya invocado sobre su cabeza la maldición de los iniciados! Los templos protegen a los palacios, y los servidores reales luchan por la religión de los Magos. El monarca mismo es sagrado; es un dios sobre la tierra; el pueblo se prosterna a su paso; y el maniático que intente cru-

zar el umbral de su palacio cae muerto de inmediato, por intervención de un mano invisible, sin golpe de maza ni de espada. Muere como por un rayo, destruido por el fuego del cielo. ¡Qué religión y qué poder! ¡Cuan poderosas son las sombras de Nimrod, de Belus, de Semíramis! ¿Qué puede superar a estas ciudades casi fabulosas, donde están entronizadas esas potentes realezas... estas capitales de gigantes, capitales de magos, de seres identificados por la tradición con ángeles y hasta denominados hijos de Dios o príncipes de los cielos? ¿Qué misterios se hicieron dormir en estos sepulcros de naciones del pasado? ¿Superamos a los niños cuando exaltamos nuestra ilustración y progreso, sin recordar estos asombrosos monumentos?

En su obra sobre Magia, Du Potet afirma, con cierta timidez, que es posible doblegar a su ser viviente mediante una corriente de fluido magnético. El poder mágico se extiende más allá de este límite, pero no se reduce dentro de las medidas del supuesto fluido magnético. La Luz Astral en conjunto (el elemento de la electricidad y el rayo) puede ponerse a disposición de la voluntad humana. Sin embargo, ¿qué debe hacerse para adquirir este poder formidable? Precisamente, Zoroastro nos dijo: debemos conocer las misteriosas leyes del equilibrio que subyugan los poderes mismos del mal ante el imperio del bien. Debemos purificar nuestros cuerpos mediante pruebas sagradas, debemos vencer a los fantasmas de la alucinación, y apoderarnos audazmente de la luz, imitando a Jacob en su lucha con el ángel. Debemos vencer a los perros fantásticos que aullan en la noche de los sueños. En una palabra, y para usar una contundente expresión del Oráculo, debemos oír hablar a la luz. Entonces somos sus amos y podemos dirigirla, como lo hiciera Numa, contra los enemigos de los Santos Misterios. Pero si en ausencia de pureza perfecta, y bajo el gobierno de una pasión animal, por la que aún estamos sujetos a las fatalidades de la vida tempestuosa, procedemos a esta clase de operación, el fuego que encendamos nos consumirá; caeremos víctimas de la serpiente que liberamos, y pereceremos como Tulio Hostilio.

No está de acuerdo con las leyes de la Naturaleza que el hombre sea devorado por las bestias salvajes. Dios le armó con poder de resistencia; sus' ojos pueden fascinarlas, su voz puede reprimirlas, su ademán, hacerlas detener. Sabemos, como un hecho literal, que los animales más salvajes se acobardan ante una mirada humana firme y parecen temblar ante la voz humana. La explicación consiste en que se paralizan y aterrorizan mediante proyecciones de Luz Astral. Cuando Daniel fue acusado de impostura y falsa Magia, tanto él como sus acusadores fueron sometidos por el rey de Babilonia a la prueba de los leones. Estas bestias sólo atacan a quienes los temen o a aquellos por los que sienten temor. Es cabalmente cierto que el tigre retrocede ante la mirada magnética de un hombre valiente, aunque éste esté desarmado.

Los Magos utilizaron este poder y los reyes de Asiria tenían tigres, leopardos y leones domesticados en sus jardines. Otros se conservaban en bóvedas, debajo de los templos, para usarlos en las pruebas de las iní-

daciones. Los bajorrelieves simbólicos son prueba de esto; representan pruebas de fuerza entre hombres y animales, y el adepto, vestido con ropaje sacerdotal, controla a los brutos con una mirada y los contiene con su mano. Cuando tales animales son representados en una de las formas atribuidas a la esfinge, sin duda son simbólicos, pero en otras muestras el bruto es del orden natural, y entonces la lucha parece ilustrar una teoría de encantamiento real.

La Magia es una ciencia; abusar es perderla, y es también destruirse. Los reyes y sacerdotes del mundo asirio eran demasiado grandes como para librarse de este peligro; de hecho, los dominó el orgullo y, por tanto, cayeron. La gran época mágica de Caldea es anterior a los reinados de Semíramis y Nino. Entonces la religión había empezado ya a materializarse, y a reinar la idolatría. El culto de Astarté sucedió al de la Venus celestial y la realeza se arrogó atributos divinos bajo los nombres de Baal y Bel, o Belus. Semíramis sometió la religión a la política y las conquistas, reemplazando los viejos templos misteriosos con monumentos ostentosos e imprudentes. No obstante esto, la idea mágica continuó prevaleciendo en el arte y la ciencia, sellando las construcciones de la época con características de poder y grandiosidad inimitables. El palacio de Semiramis era un edificio síntesis de todo el dogma zoroastriano, y recurriremos a él al explicar el simbolismo de las siete obras maestras de la antigüedad, llamadas las Maravillas del Mundo.

El sacerdocio pasó a ser secundario para el imperio como resultado de un intento de materializar su propio poder. La caída de uno implicaba la del otro, y esto ocurrió bajo el reinado del afeminado Sardanápalo. Este príncipe, entregado al lujo y la indolencia, redujo la ciencia de los Magos al nivel de una de sus cortesanas. ¿De qué servían los prodigios si no lograban suministrar placer? ¡Obligad, oh encantadores, obligad al invierno a que produzca rosas; duplicad el sabor del vino; aplicad vuestro poder a la luz para que la belleza de las mujeres resplandezca como la de las divinidades! Los Magos obedecieron y el rey pasaba de una embriaguez a otra. Pero se declaró la guerra, y el enemigo ya estaba en marcha. Ese enemigo significaría poco para el sibarita transido de placeres. Pero eso fue la ruina, la infamia y la muerte. Ahora Sardanápalo no temía la muerte, puesto que para él ésta era un sueño interminable, y sabía cómo evitar los trabajos y humillaciones de la servidumbre. Llegó la última noche; el vencedor ya estaba en el umbral; la ciudad no podía resistir más; el reino de Asiria debe terminar por la mañana. El palacio de Sardanápalo se encendió y resplandeció con tal esplendor que iluminó a toda la ciudad consternada. En medio de montones de telas preciosas, de joyas y copas de oro, el rey llevó a cabo su orgía final. Le rodeaban sus mujeres, sus favoritas, sus cómplices, sus sacerdotes degenerados; la algazara de la ebriedad se mezclaba con la música de mil instrumentos; los leones domesticados rugían; y un humo de perfumes, ascendiendo desde las bóvedas del palacio, envolvió todo el edificio en una pesada nube. Pero lenguas de fuego empezaron a penetrar por los

paneles de cedro; las frenéticas canciones fueron reemplazadas por gritos de terror y gemidos de agonía. La magia que, en manos de sus adeptos degradados, no podía salvaguardar el imperio de Nino, al menos mezcló sus maravillas para cubrir las terribles memorias de este titánico suicida. Un vasto y siniestro esplendor, como jamás lo viera la noche de Babilonia, pareció retroceder de repente y agrandar la bóveda del cielo; un ruido, como todos los truenos del mundo resonando al unísono, conmovió la tierra, y los muros de la ciudad se derrumbaron. Después descendió una noche más profunda; el palacio de Sardanápalo se disolvió y, cuando llegó la mañana, su conquistador no halló vestigios de su riqueza, ni rastros siquiera del cadáver del rey y todos sus lujos.

Así terminó el primer imperio de Asiria, y la civilización fundada desde antiguo por el verdadero Zoroastro. Así terminó también la Magia, propiamente dicha, y empezó el reinado de la Cabala. Cuando Abraham salió de Caldea, llevó consigo sus misterios. El pueblo de Dios creció en silencio, y muy pronto encontraremos a Daniel confundiendo a los miserables encantadores de Nabucodonosor y Baltasar.

Capítulo III

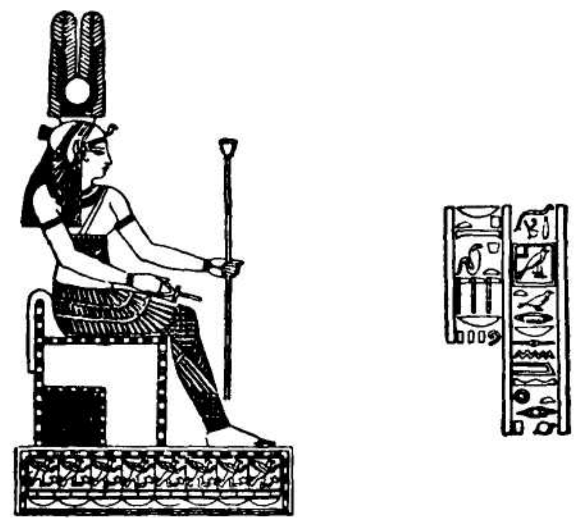
# LA MAGIA DE LA INDIA

La tradición cabalística nos narra que los descendientes de Caín poblaron la India y, en un período posterior, emigraron allí los descendientes de Abraham y Keturah; en cualquier caso, por sobre todos los demás, es el país de la Goecia y los prodigios ilusorios. Allí se perpetuó la Magia Negra al igual que las tradiciones originales del fratricidio, impuestas por los poderosos sobre los débiles, continuadas por las castas dominantes, y expiadas por los parias. Los dogmas de sus gimnosofistas serían las claves de la sabiduría suprema si no abriesen con mayor facilidad las puertas que conducen a la degradación y la muerte. La asombrosa riqueza del simbolismo de la India parece sugerir que es anterior a todo lo demás, y esto es apoyado por la prístina frescura de sus ideaciones poéticas. Pero la raíz de su árbol parece haber sido devorada por la serpiente infernal. La deificación del demonio, contra la que ya lanzamos una enérgica protesta, se manifiesta en toda su torpeza. La terrible Trimurti de los brahmanes abarca un Creador, un Destructor y un Preservador. Su Adhi-Nari, que representa a la Madre Divina, o Naturaleza Celestial, se llama también Bohani, a quien los salteadores y estranguladores presentan las ofrendas votivas de sus crímenes. Vishnú, el preservador, sólo encarna para destruir a un demonio inferior, que siempre vuelve a la vida por intervención de Siva, o Rudra, el dios de la muerte. Se advierte que Siva es la apoteosis de Caín, pero en toda esta mitología no hay nada que recuerde la mansedumbre de Abel. No obstante, los misterios de la India son grandiosos en su poesía y singularmente profundos en sus alegorías; pero son la Cabala profanada, y por ende, lejos de sostener al alma y conducirla hasta la sabiduría suprema, el brahmanismo, con sus eruditas teorías, la hunde en los abismos de la locura.

Del falso cabalismo de la India, los gnósticos tomaron sus ensoñaciones horribles y obscenas; asimismo, la Magia de la India, que se manifiesta en el umbral de las ciencias ocultas con mil deformidades, aterroriza a las mentes razonables y provoca los anatemas de todas las iglesias. Este conocimiento falso y peligroso, confundido tan a menudo por ignorantes y superficiales con la ciencia verdadera, envolvió todo lo que lleva el nombre de ocultismo en una condena general, a la que hasta el

autor de estas páginas suscribiera antes de conseguir la llave del santuario mágico. Para los teólogos de los Vedas, Dios sólo se manifiesta como fuerza; todo progreso y todas las revelaciones son determinadas por conquista; Vishnú encarna en monstruosos leviatanes marinos y en enormes jabalíes, que moldean la tierra prístina con sus hocicos.





*El misterio del equilibrio universal, según la mitología de la India y el Japón, junto con el lince pantomórfico del Egipto primitivo*

Empero, existe una maravillosa génesis panteísta, y los autores de sus fábulas son, al menos, lúcidos en su sonambulismo. Los diez Avatares de Vishnú corresponden numéricamente a los *Sephiroth* de la Cabala. El dios en cuestión asumía sucesivamente tres formas animales o elementales de vida, luego de lo cual se convertía en lince y en ser humano. Aparecía después como Brahma y, con un disfraz de falsa humildad, poseía toda la tierra. En otra ocasión era un niño, y como tal, el ángel consolador de los patriarcas. Después de esto asumía la máscara de un guerrero y batia a los opresores del mundo. Nuevamente se corporizaba como diplomacia, oponiéndola a la violencia, y parece que a esta altura abandonaba la forma humana para asumir agilidad simiesca. La diplomacia y la violencia se consumían mutuamente, y el mundo guardaba un redentor intelectual y moral. Entonces Vishnú encarnaba como Krishna. Era proscripto incluso en su cuna, junto a la cual vigilaba el asno simbólico. Se le llevaba muy lejos para salvarle del poder de sus enemigos; llegaba a la edad viril y predicaba su doctrina de misericordia y buenas obras. Descendía al infierno, ataba a la serpiente infernal y retornaba gloriosamente al cielo. Su festividad anual tiene lugar en agosto, bajo el signo de Virgo. Esta es una asombrosa intuición respecto de los misterios cristianos y tanto más impresionante cuando recordamos los libros sagrados de la India, escritos muchos siglos antes de la era cristiana. A la revelación de Krishna sucedió la de Buda, que ligó la religión purísima con la filosofía más excelsa. La felicidad del mundo estaba así asegurada y nada quedaba por esperar, estando pendiente la encarnación décima y final, cuando Vishnú regrese en su propia forma, conduciendo el corcel del juicio final, cuyo casco, siempre en alto, atemorizará al mundo al caer.

Podemos notar aquí la presencia de los números sagrados y de los cálculos proféticos de los Magos. Los gimnosofistas y los iniciados zoroastrianos se nutrieron en las mismas fuentes, pero fue el Zoroastro falso y negro quien quedó en la India como maestro de teología. Los secretos finales de esta doctrina degenerada son el panteísmo y su legítima consecuencia, el materialismo absoluto, enmascarado como la negación absoluta de la materia. Pero puede preguntarse: ¿qué significa si el espíritu se materializa o la materia se espiritualiza mientras se postule la igualdad e identidad de los términos? Sin embargo, la consecuencia de tal panteísmo es mortal para la ética: no hay crímenes ni virtudes en un mundo donde todo es Dios. Es dable esperar, después de tales doctrinas, una degradación progresiva de los brahmanes en un quietismo fanático; pero aún no se llegó al final. Como gran ritual mágico les quedó el libro de ocultismo de la India, el *Oupnek'hat* para proveer los medios físicos y morales para consumar la obra de su amodorramiento y llegar a un método graduado en la delirante locura que sus hechiceros denominan el Estado Divino. La obra en cuestión es madre de todos los grimorios y la más curiosa entre todas las antigüedades de la Goecia. Se divide en cincuenta partes y es una oscuridad tachonada de estrellas. Las máximas su-

blimes están mezcladas con falsos oráculos. A veces parece el Evangelio de San Juan, como, por ejemplo, en los siguientes extractos de las partes o números 11 y 48:

"El ángel del fuego creador es la palabra de Dios; esa palabra produjo la tierra y la vegetación que de ésta brota, junto con el calor que la madura. La palabra del Creador es el Creador y, asimismo, Su Hijo único." Ahora bien, por el otro lado, estas ensoñaciones son dignas tan sólo de los más extravagantes heresiarcas: "Al ser la materia solamente una apariencia engañosa, el sol, las estrellas y hasta los mismos elementos son genios, mientras los animales son demonios, y el hombre es un espíritu puro, engañado por las ilusiones de las formas". Tal vez estemos suficientemente "edificados" con estos extractos respecto de cuestiones doctrinales y podamos pasar al Ritual Mágico de los encantadores de la India.

"A fin de llegar a ser Dios, debe retenerse la respiración —es decir, debe inhalarse lo más posible, hasta dilatar bien el pecho— y en segundo lugar, debe repetirse interiormente el *OM* divino cuarenta veces, durante ese estado. En tercer lugar, la expiración sigue muy lentamente, dirigiendo con la mente la respiración a través de los cielos para establecer contacto con el éter universal. Quienes triunfen en este ejercicio deben estar ciegos, sordos e inmóviles como un tronco. La postura es sobre las rodillas y los codos, con el rostro vuelto hacia el Norte. Se tapa una fosa nasal, se inhala aire con la otra, que luego también se tapa; la acción se acompaña fijando el pensamiento en la idea de que Dios es el Creador, que El está en todos los animales, tanto en la hormiga como en el elefante. La mente debe enfrascarse en estos pensamientos. Primero se recita el *OM* doce veces y después veinticuatro veces durante cada inspiración, y luego lo más rápidamente posible. Este ejercicio debe continuar durante tres meses —sin temor, sin remisión, comiendo y durmiendo poco. Al cuarto mes se manifestarán los Devas, al quinto mes se habrán adquirido todas las cualidades de los Devatás, al sexto mes el operador se habrá salvado, convirtiéndose en Dios."

Lo que parece cierto es que, al sexto mes, el fanático, suficientemente imbécil como para perseverar en esta práctica, estará muerto o loco. Sin embargo, si sobreviviera realmente a este ejercicio de respiración mística, el *Oupnek'hat* no lo deja en el feliz estado mencionado sino que le hace pasar a otras experiencias.

"Clausura el ano con la punta del dedo, y luego lleva la respiración de abajo hacia arriba por el lado derecho; hazla circular tres veces en torno del segundo centro del cuerpo; de allí llévala hasta el ombligo, que es el tercer centro; luego al cuarto, que es la mitad del pecho; subsiguientemente, a la garganta, que es el quinto; y finalmente al sexto, que es la base de la nariz. Retén allí la respiración: se ha convertido en la el alma universal."

Este parece simplemente un método auto-hipnótico de inducir cierta congestión cerebral. Pero el autor del tratado continúa:

"Piensa, por tanto, en el gran OM, que es el nombre del Creador y es la voz universal, pura e invisible, que llena todas las cosas. Esta voz es el Creador Mismo, quien se torna audible para los contemplativos de diez maneras. El primer sonido semeja el de un gorrioncillo; el segundo es el doble del primero en volumen; el tercero parece el sonido de un címbalo; el cuarto es como el murmullo de una gran concha; el quinto es comparable al canto de la lira de la India; el sexto es como el son del instrumento llamado *tal;* el séptimo parece el son de una flauta *bacabou,* sostenida junto al oído; el octavo es como el del instrumento llamado *Pakaoudj,* que se golpea con la mano; el noveno es como el son de una trompetilla, y el décimo como el de un trueno. En cada uno de estos sonidos el contemplativo atraviesa diferentes estados, y en el décimo se convierte en Dios. En el primer sonido, se erizan todos los pelos de su cuerpo; en el segundo, sus miembros se entumecen; en el tercero, siente en toda su estructura esa clase de agotamiento que sigue a la relación amorosa; en el cuarto, su cabeza se marea y está como ebrio; en el quinto, la fuerza vital fluye hacia atrás, dentro de su cerebro; en el sexto, esta fuerza desciende en él y con ella se nutre; en el séptimo, se convierte en dueño de la visión, puede ver dentro de los corazones de los demás, y oir las voces más distantes; en el noveno, se torna tan etéreo que puede pasar por donde lo desee y ver sin ser visto, como los ángeles; en el décimo, se convierte en la voz universal e indivisible. Es el gran creador, el ser eterno, exento de todo y, el convertirse en la paz perfecta, dispensa paz al mundo."

Lo notable de estos curiosísimos extractos es su exhaustiva descripción de los fenómenos que caracterizan al sonambulismo lúcido, combinado con una completa práctica de autohipnosis; este es el arte de inducir el éxtasis por tensión de la voluntad y fatiga del sistema nervioso. Recomendamos, por tanto, a los mesmeristas un cuidadoso estudio de los misterios del *Oupnek'hat.* El uso graduado de narcóticos y de una escala de discos coloreados producirá efectos análogos a los descriptos por el hechicero de la India. Ragon suministró la receta en su obra *La Masonería Oculta.* El *Oupnek'hat* da un método más simple de perder la conciencia y llegar al éxtasis; consiste en mirar con ambos ojos la punta de la nariz y mantener este acto, o más bien esta mirada, hasta que sobrevenga la parálisis del nervio óptico. Todas estas prácticas son igualmente dolorosas, peligrosas y ridiculas; lejos estamos de recomendarlas a alguien; pero no cuestionamos que un lapso mayor o menor, según la sensibilidad de los sujetos, inducirá el éxtasis, la catalepsia e incluso un desmayo mortal. A fin de obtener la visión y los fenómenos de segunda visión, debe llegarse a un estado similar al de sueño, muerte y locura. En esto los de la India se destacan, y tal vez debamos referir a sus secretos el extraño poder de ciertos *médiums* norteamericanos.

La Magia Negra puede ser definida como el arte de inducir una manía artificial en nosotros y en los demás; pero es asimismo, y sobre todo, la ciencia de envenenar. Sin embargo, lo que generalmente se des-

conoce, (y el descubrimiento en nuestros días se debe a Du Potet), es que es posible destruir la vida mediante la súbita congestión o retiro de la Luz Astral. Esto puede tener lugar cuando, a través de una serie de ejercicios casi imposibles, similares a los descriptos por el hechicero de la India, nuestro sistema nervioso, habituado ya a todas las tensiones y fatigas, se convirtió en una especie de pila galvánica viviente, capaz de condensar y proyectar potentemente la luz que intoxica o destruye.

Sin embargo, no llegamos al final del *Oupnek'hat* y sus prodigios mágicos; hay un arcano final que el tenebroso hierofante confía a sus iniciados como secreto supremo; en realidad es la sombra y el revés del gran misterio de la Magia Trascendental. Ahora bien, esta última es absoluta en la moralidad y, consiguientemente, en la dirección de la actividad y en la libertad. Por el otro lado, la del *"Oupnek'hat* es absoluta en inmoralidad, en fatalidad y en quietismo letal; el autor de esa obra de la India se expresa así: "Es legítimo mentir para facilitar los matrimonios, exaltar las virtudes de un Brahmán o las buenas cualidades de una vaca. Dios es verdad, y en El sombra y luz son una sola cosa. Quien esté familiarizado con esta verdad, nunca miente, pues su misma falsedad se convierte en verdad. Cualquier pecado que cometa, cualquier maldad que ejecute, jamás es culpable; si cometiere un doble parricidio, si matara a un Brahmán iniciado en los misterios de los Vedas; en una palabra, cualquier cosa que hiciere, su luz no se desvirtuará, pues Dios dice: Yo soy el Alma Universal; en Mí están el bien y el mal, que se moderan mutuamente; quien conoce esto, no puede pecar, pues es tan universal como Yo Mismo."

Tales doctrinas son incompatibles con la civilización, y además, al estereotipar su jerarquía social, la India sedimentó la anarquía en las castas, mientras la vida social es cuestión de intercambio. Ahora bien, el intercambio es imposible cuando todo pertenece a unos pocos, y nada a los demás. ¿Qué significan los niveles sociales en un estado civil supuesto donde nadie puede caer ni elevarse? Aquí está el largamente demorado castigo del fratricidio, que abarca a toda su raza y la condena a muerte. Si interviene alguna nación extranjera, orgullosa y egoísta, sacrificará a la India, tal como las leyendas orientales nos cuentan que Caín fue muerto por Lamec. No obstante, ¡ay del asesino de Caín! —así dicen los oráculos sagrados de la Biblia.

Capítulo IV

# LA MAGIA HERMÉTICA

En Egipto, la Magia alcanza un nivel acabado como ciencia universal, y se formula como doctrina perfecta. Como resumen de todos los dogmas en boga en el mundo antiguo, nada supera ni iguala a los pocos párrafos grabados por Hermes en una piedra preciosa, denominada la Tabla de Esmeralda. La unidad del ser y la unidad en la armonía de las cosas, según las escalas ascendentes y descendentes; la evolución progresiva y proporcional de la Palabra; la ley inmutable del equilibrio y el progreso graduado de las analogias universales; la correspondencia entre la idea y su expresión, proporcionando una medida de semejanza entre el Creador y lo creado; la matemática esencial del infinito, demostrada por las dimensiones de un solo ángulo en lo finito: todo esto está expresado por una sola proposición: "lo que existe arriba es como lo que existe abajo, y lo que existe abajo es como lo que existe arriba, para la realización de las maravillas de la cosa única". A esto se añade la revelación y la descripción iluminadora del medio creador, el fuego pantomórfico, el gran medio de la fuerza oculta: en una palabra, la Luz Astral.

"El sol es su padre y la luna, su madre; el viento le llevó en sus entrañas". Se desprende que esta luz emanó del sol y recibió forma y movimiento rítmico de las influencias de la luna, mientras la atmósfera es su receptáculo y prisión. "La tierra es su nodriza", es decir, es equilibrada y puesta en movimiento por el calor central de la tierra. "Este es el principio universal, el TELESMA del mundo".

Hermes sigue expresando de qué manera esta luz, que también es una fuerza, puede ser aplicada como palanca, como disolvente universal y como medio formativo y coagulativo; asimismo, cómo esta luz debe ser extraída de los cuerpos en los que está latente a fin de imitar todos los artificios de la Naturaleza con el auxilio de sus diversas manifestaciones como fuego, movimiento, esplendor, gas radiante, agua hirviente o, finalmente, tierra ígnea. La Tabla de Esmeralda contiene toda la Magia en una sola página. Las otras obras atribuidas a Hermes, *(El Divino Pimandro, Asclepio, Minerva del Mundo,* etc.) son consideradas generalmente por los críticos como producciones de la Escuela de Alejandría; no obstante, contienen las tradiciones herméticas preservadas en los san-

tuarios teúrgicos. Para quienes poseen las claves del simbolismo, las doctrinas de Hermes jamás se perderán; en medio de toda su ruina, los monumentos de Egipto son tantas hojas dispersas que pueden ser recogidas, reconstruyéndose así íntegramente el libro de estas doctrinas. En ese vasto libro, las letras mayúsculas son los templos, y las frases son las ciudades puntuadas con obeliscos y con la esfinge.

La división física de Egipto fue una síntesis mágica, y los nombres de sus provincias correspondieron a las cifras de los números sagrados. El reino de Sesostris estaba dividido en tres partes; de éstas, el Egipto Superior, o la Tebaida, era un tipo de mundo celestial y la tierra del éxtasis; el Egipto Inferior era el símbolo de la tierra, mientras el Egipto Medio o Central era la tierra de la ciencia y de la alta iniciación. Cada una de estas partes se subdividía en diez provincias, llamadas Nomas, y estaba ubicada bajo la particular protección de un dios. Por tanto, había treinta dioses, agrupados de a tres, que expresaban simbólicamente de esta manera todas las ideaciones posibles de la tríada dentro de la década, o de otro modo, el triple significado material, filosófico y religioso de las ideas absolutas atribuidas primitivamente a los números. Así tenemos la triple unidad, o la primera tríada; el binario triple formado por la primera tríada y su reflejo, que es la Estrella de Salomón; la tríada triple, o la idea completa bajo cada una de sus tres formas; el cuaternario triple, que es el número cíclico de las revoluciones astrales, y así sucesivamente. La geografía de Egipto bajo el reinado de Sesostris es, por tanto, un pentáculo o resumen simbólico de todo el dogma mágico originado con Zoroastro y redescubierto o formulado más precisamente por Hermes.

De esta manera, la tierra de Egipto pasó a ser como un gran volumen y las instrucciones allí contenidas se multiplicaron al traducirse en cuadros, esculturas y arquitectura, a lo largo y a lo ancho de las ciudades y en todos los templos. Hasta el desierto tuvo sus enseñanzas eternas, y su palabra de piedra fue fijada firmemente en los cimientos de las pirámides. Estas mismas se alzaron como fronteras de la inteligencia humana, en cuya presencia la colosal esfinge meditaba una edad tras otra, hundiéndose gradual e insensiblemente en las arenas del desierto. Incluso en la actualidad, su cabeza, borrada por obra del tiempo, emerge aún de su sepulcro, como si aguardase expectantemente la señal de su inhumación completa con la llegada de una voz humana que revele a un mundo nuevo el problema de las pirámides.

Desde nuestro punto de vista, Egipto es cuna de la ciencia y la sabiduría, pues revistió con imágenes el antiguo dogma del primer Zoroastro con mayor exactitud y pureza (si es que no con mayor riqueza) que los de la India. El Arte Sacerdotal y el Arte Regio crearon en Egipto adeptos por iniciación, y ésta no se restringió a los límites egoístas de casta. Sabemos que un esclavo judío no sólo logró la iniciación sino también el rango de ministro en jefe, e incluso tal vez de Gran Hierofante, pues desposó a la hija de un sacerdote egipcio, y hay evidencias de que el sacer-

docio de ese país no toleraba uniones inconvenientes. José concretó en Egipto su sueño de comunión; estableció el sacerdocio y el estado como únicos propietarios y, de esa manera, únicos arbitros del trabajo y la riqueza. De este modo abolió la aflicción y convirtió a todo Egipto en una familia patriarcal. Es cuestión de común conocimiento que su elevación se debió a su destreza en la interpretación de los sueños, ciencia a la que en la actualidad hasta los cristianos devotos rehusan dar crédito, aunque reconocen que la Biblia, que narra las prodigiosas adivinaciones de José, es la palabra del Espíritu Santo. La ciencia de José no era sino comprensión de las analogías naturales que subsisten entre las ideas y las imágenes, o entre la Palabra (el Verbo) y sus símbolos. Sabía que el alma, inmersa por el sueño en la Luz Astral, percibe los reflejos de sus pensamientos más secretos, y hasta de sus presentimientos; sabía además que el arte de traducir los jeroglíficos del sueño es la clave de la lucidez universal, puesto que todos los seres inteligentes tienen revelaciones en sueños.

La base de la ciencia jeroglífica absoluta era un alfabeto en el que las deidades estaban representadas con letras, las letras representadas con ideas, las ideas eran convertibles en números, y los números eran signos perfectos. Este alfabeto jeroglífico fue el gran secreto que Moisés encerró en su Cabala; su origen egipcio es conmemorado en el *Sepker Yetzirah*, en el que se lo refiere a Abraham. Ahora bien, este alfabeto es el famoso Libro de Thoth, y el Conde de Gebelin fue quien adivinó que había sido preservado hasta nuestros días en forma de cartas del Tarot. Después pasó a manos de Etteilla, quien lo interpretó equivocadamente, pues ni siquiera un estudio de más de treinta años pudo expiar su falta de sentido común ni suplir las deficiencias de su educación. El documento existe aún entre los escombros de los monumentos egipcios; y su clave más curiosa y completa se halla en la gran obra sobre Egipto, perteneciente a Atanasio Kircher. Es copia de una tabla isíaca que perteneciera al célebre Cardenal Bembo. La tabla en cuestión es de cobre, con figuras esmaltadas; lamentablemente se perdió. Sin embargo, la copia suministrada por Kircher es exacta. El erudito jesuíta adivinó que contenía la clave jeroglífica de los alfabetos sagrados, aunque no pudo desarrollar la explicación. Está dividida en tres compartimientos iguales; arriba están las doce casas del cielo, y debajo están las correspondientes distribuciones del trabajo en todo el año, mientras en el medio están los veintiún signos sagrados que responden a las letras del alfabeto. En medio de todos está una figura sentada de la IYNX pantomórfica, emblema del ser universal y correspondiente, como tal, al *Yod* hebreo, o a la letra única de la que fueron formadas todas las demás letras. La IYNX está circundada por la tríada ofita, que responde a las Tres Letras Madres de los alfabetos egipcio y hebreo. A la derecha están las tríadas ibimórficas y serápicas; a la izquierda están las de Neftis y Hécate, que representan el fuego fructificador, activo y pasivo, fijo y volátil, y el agua generadora. Cada par de triadas en conjunción con el centro produce un septenario, y un septena-

rio está contenido en el centro. Los tres septenarios proveen el número absoluto de los tres mundos, al igual que el número completo de las letras primitivas, al que se añade un signo complementario, como cero a los nueve números. Los diez números y las veintidós letras se denominan, en el cabalismo, los Treinta y dos Senderos de la Sabiduría, y su descripción filosófica está sujeta al venerado libro prístino conocido como *Sepher Yetzirah,* cuyo texto se hallará en la colección de Pistorio y en otras partes. El alfabeto de Thoth es el original de nuestro Tarot, sólo de manera indirecta, puesto que el último es de origen judío en las copias que se conservan y sus dibujos no se remontan más allá del reinado de Carlos VII. Las cartas de Jacquemin Gringonneur son los primeros Tarots de los que tenemos conocimiento, pero reproducen símbolos pertenecientes a la más remota antigüedad. El juego en su forma moderna fue un experimento por parte de los astrólogos para devolver la razón al rey ya citado. Los oráculos del Tarot dan respuestas tan exactas como la matemática y tan medidas como las armonías de la Naturaleza. Tales

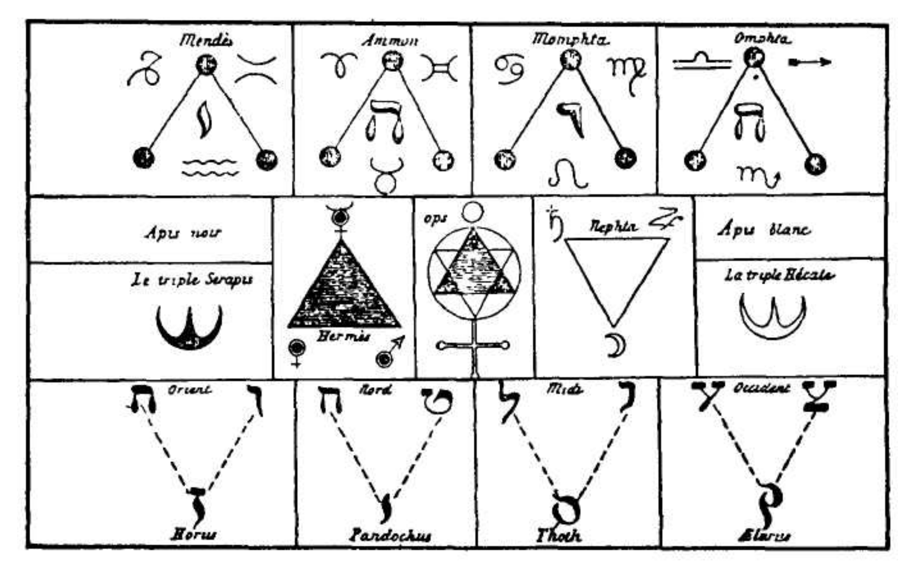



*Diagrama explicativo de la tabla astronómica y alfabética de Bembo*

respuestas son resultado de la variada combinación de los diferentes signos. Pero requiere considerable ejercicio de la razón utilizar un instrumento perteneciente a la razón y la ciencia; el pobre rey, en su estado infantiloide, sólo vio los juguetes de un niño en las figuras del artista, y convirtió el misterioso alfabeto cabalístico en un juego de cartas.

Moisés nos cuenta que los israelitas se llevaron los vasos sagrados de los egipcios al abandonar la tierra de la esclavitud. El relato es ale-

górico, pues es difícil que el gran profeta haya estimulado en su pueblo un acto de latrocinio; los vasos sagrados en cuestión eran los misterios del conocimiento egipcio, adquiridos por el mismo Moisés en la corte del Faraón. De ningún modo estamos sugiriendo que los milagros de este hombre de Dios pueden referirse a la Magia; mas por la autoridad de la Biblia sabemos que Jannes y Mambres, magos del Faraón y consiguientemente grandes hierofantes de Egipto, en virtud de su arte empezaron a obrar prodigios similares a los de Moisés. Transformaron varas en serpientes y viceversa, lo que puede explicarse por *prestigio* o fascinación; cambiaron el agua en sangre; produjeron infinidad de ranas en un instante; pero no pudieron hacer aparecer moscas ni otros insectos parásitos (por las razones que ya explicamos) cuando se vieron obligados a confesarse vencidos.

Moisés triunfó y guió a los israelitas fuera de la tierra de la esclavitud. Fue en esa época cuando la ciencia verdadera se perdió en Egipto, pues los sacerdotes, abusando de la confianza implícita del pueblo, permitieron que el conocimiento degenerase en embrutecedora idolatría. Ese es el escollo de la ciencia esotérica; la verdad debe ser velada pero no escondida al pueblo; el simbolismo no debe ser deshonrado haciéndolo caer en el absurdo; el velo sagrado de Isis debe ser preservado en su belleza y dignidad. En esto fracasó el sacerdocio egipcio; el vulgo y los necios entendieron las formas jeroglíficas de Isis y Hermanubis como cosas reales; así se interpretó a Osiris como un buey, mientras que el sabio Hermes era un perro. El Osiris transformado se enmascaró bajo el disfraz del toro de Apis; los sacerdotes no impidieron que el pueblo adorase la carne dispuesta para sus cocinas. Era tiempo de salvar las tradiciones santas; Moisés fundó una nueva nación y prohibió todo culto de imágenes; pero lamentablemente el pueblo había vivido largo tiempo entre idólatras, y el recuerdo del toro de Apis permaneció con ellos en el desierto. Conocemos la historia del Becerro de Oro al que los hijos de Israel fueron siempre un poco adictos. Sin embargo, Moisés no quiso que fuesen olvidados los jeroglíficos sagrados y los santificó, consagrándolos al culto purificado del Dios verdadero. Veremos cómo todos los objetos que entran en el culto de Jehová fueron de carácter simbólico, recordando los signos venerables de la revelación prístina. Pero primero debemos concluir con los gentiles, siguiendo a través de la civilización pagana el relato de la materialización de los jeroglíficos y de la degeneración de los antiguos ritos.

Capítulo V

# LA MAGIA EN GRECIA

Pasemos ahora al período en el que las ciencias exactas de la Magia asumieron su forma natural externa, que es la de la belleza. En el *Zohar* vemos cómo el prototipo humano surgió en los cielos y se reflejó debajo de las aguas del ser. Este hombre ideal, esta sombra del dios pantomórfico, este fantasma viril de forma perfecta, no estaba destinado a morar solo en el mundo del simbolismo. Recibió una compañera bajo el cielo benéfico de la Hélade. La Venus celestial, la casta y fértil Venus, la madre triple de las tres Gracias, surgió a su vez, no ya de los aletargados abismos del caos sino de las olas vividas y fluidas del sonoro archipiélago de la poesía, donde las islas recamadas con glaucos árboles y flores semejan cráteras de los dioses.

El septenario mágico de Caldea penetra en la música con las siete cuerdas de la lira órfica. Su armonía transforma los bosques y desiertos de Grecia. Ante las melodiosas canciones de Orfeo las rocas se pulen, los robles se mecen rítmicamente y las bestias salvajes se someten al hombre. Con esa magia, Anfión erigió las murallas de Tebas, la ciudad de la sabiduría de Cadmo, la ciudad de la iniciación, ella misma un pentáculo como las siete maravillas del mundo. Tal como Orfeo dio vida a los números, Cadmo ligó el pensamiento a los sellos de las letras. Uno fundó una nación consagrada a todo lo bello; a esa misma nación, el otro le proveyó una tierra natal, que correspondiese a su genio y amor.

En las antiguas tradiciones helenas Orfeo integra el número de los héroes del Vellocino de Oro, primeros conquistadores de la Gran Obra. El Vellocino de Oro es el atavío del sol; es la luz aplicada a las necesidades del hombre; es el gran secreto de las operaciones mágicas; es, en fin, la iniciación como debe ser entendida esencialmente; y su búsqueda llevó a aquellos héroes alegóricos hasta la mística Asia. Por el otro lado, Cadmo era desterrado voluntario de la gloriosa Tebas de Egipto; él introdujo en Grecia el conocimiento de las letras y de la armonía de la que éstas son imágenes. La nueva Tebas, la típica ciudad de la sabiduría, fue construida según las medidas de esa armonía, pues la ciencia consiste en la correspondencia rítmica entre los caracteres jeroglíficos, fonéticos y numéricos, cuyo movimiento inherente responde a las leyes eter-

nas de la matemática. Tebas es circular y su ciudadela es cuadrada; como el cielo de la Magia, tiene siete puertas, y su leyenda estaba destinada a convertirse en la epopeya del ocultismo y en la presagiada historia del genio humano.

Todas estas alegorías misteriosas, todas estas tradiciones inspiradas, son el alma de la civilización griega; pero debemos disuadirnos de buscar la historia real de sus héroes poéticos de otro modo que no sea en las transformaciones de la historia oriental introducidas en Grecia por hierofantes desconocidos. Los grandes de aquellos tiempos sólo escribieron la historia de las ideas, y a duras penas estaban familiarizados con las luchas humanas pertenecientes al nacimiento de los imperios. Hornero siguió sus pasos, guiando a los dioses, que son los tipos inmortales del pensamiento; fue en este sentido que sobrevino un alzamiento del mundo en el entrecejo de Júpiter. Si Grecia introdujo en Asia fuego y espada, fue para vengar las profanaciones de la ciencia y la virtud que tributaban sacrificios a la lujuria; fue para restaurar a Minerva y Juno en el imperio del mundo, a despecho de la Venus sensual que arruinó a sus amantes devotos. Tal es la sublime misión de la poesía, que sustituye a los dioses por los hombres, o las causas por los efectos, y los conceptos eternos por las tristes encarnaciones de la grandeza sobre la tierra. Se alzan las ideas y ellas también pueden abatir imperios; algún tipo de fe se halla en la raíz de toda grandeza, y a fin de que la fe sea poesía, o en otras palabras, creadora, debe fundarse en la verdad. La única historia digna de ocupar a los sabios es la de la luz que triunfa eternamente sobre la oscuridad. Lo que se llama civilización es un gran día de este sol.

La fábula del Vellocino de Oro conecta la Magia hermética con las iniciaciones griegas. El Vellocino de Oro del carnero solar, que obtendrán quienes posean soberanía universal, representa la Gran Obra. El bajel de los argonautas, construido con la madera de los robles proféticos de Dodona, el bajel parlante, es la nave de los misterios de Isis, el arca de la fuerza vital y la renovación, el cofre de Osiris, el huevo de la regeneración divina. El aventurero Jasón es quien está preparado para la iniciación, pero sólo es héroe por su valentía; tiene toda la inconstancia y todas las flaquezas de la humanidad, pero lleva consigo las personificaciones de todo poder. Hércules, que significa fuerza bruta, no cumple un papel real en la obra, pues pierde el camino al perseguir amores indignos. Los demás llegan a la tierra de la iniciación, a Cólquida, donde aún se conserva el resto de los secretos zoroastrianos. La cuestión es cómo obtener la clave de estos misterios, y nuevamente la ciencia es traicionada por una mujer. Medea entrega a Jasón los arcanos de la Gran Obra, con el reino y la vida de su padre; pues es una ley fatal del santuario oculto que la revelación de sus secretos implica la muerte de quien se mostró incapaz de preservarlos. Medea informa a Jasón sobre los monstruos con los que debe combatir y sobre los que le asegurará la victoria. Primero está la alada serpiente de la tierra, el fluido astral que debe ser atrapado y asegurado; hay que arrancarle los dientes y sembrarlos en un erial, arado previamente por los

toros de Marte. Los dientes del dragón son los ácidos que disuelven la tierra metálica luego de preparársela con doble fuego y fuerzas magnéticas de la tierra. Sobreviene una fermentación, comparable a una gran batalla; lo impuro es devorado por lo puro, y el espléndido Vellocino es la recompensa del adepto.

Así concluye el relato mágico de Jasón y sigue el de Medea, pues la antigüedad helena procuró incluir en esta historia la epopeya completa de la ciencia oculta. La Magia hermética es seguida por la *goecia*, el parricidio, el fratricidio, y el infanticidio, sacrificando todo a sus pasiones, sin disfrutar jamás la cosecha de sus crímenes. Medea traiciona a su padre como Cam, y asesina a su hermano como Caín. Apuñala a sus hijos, envenena a su rival y recoge el odio de aquél cuyo amor codicia. Superficialmente puede asombrar que Jasón no gane en sabiduría al dominar el Vellocino de Oro, pero ha de recordarse que debe el descubrimiento de sus secretos solamente a la traición. Es un ladrón como Prometeo y no un adepto como Orfeo; busca más bien riqueza y poder que conocimiento. Por eso muere miserablemente, pues las virtudes inspiradoras y soberanas del Vellocino de Oro jamás las entenderá nadie, salvo los discípulos de Orfeo.

Prometeo, el Vellocino de Oro, la Tebaida, la Ilíada y la Odisea —cinco grandes epopeyas, llenas de misterios de la Naturaleza y del destino humano— constituyen la biblia de la antigua Grecia, un monumento ciclópeo, una montaña sobre otra, una obra maestra sobre otra, una forma sobre otra, algo bello como la luz misma y entronizado sobre pensamientos eternos, en verdad sublimes. Sin embargo, por su propia cuenta y riesgo los hierofantes de la poesía confiaron a los griegos estas ficciones maravillosas en las que está encerrada la verdad. Esquilo, que se atrevió a describir las luchas titánicas, las miserias sobrehumanas y las esperanzas divinas de Prometeo —Esquilo, el poeta terrífico de la familia de Edipo— fue acusado de traicionar y profanar los misterios y se libró apenas de rigurosa condena. No podemos comprender ahora su designio integral, que era una trilogía dramática que abarcaba toda la historia simbólica de Prometeo. Se colige que mostró al pueblo reunido cómo Prometeo fue liberado por Alcides y cómo Júpiter fue apartado de su trono. La omnipotencia del genio y su sufrimiento, y la victoria decisiva de la paciencia sobre el poder, son delicadas, sin duda, pero la muchedumbre vería allí el triunfo futuro de la impiedad y la anarquía. Prometeo venciendo a Júpiter podría entenderse como el pueblo destinado a liberarse un día de sus sacerdotes y reyes; y esas culpables esperanzas valdrían mucho en el prodigo aplauso acordado a quien reveló imprudentemente esta perspectiva. A las tendencias del dogma hacia la poesía debemos las obras maestras en cuestión, y por tanto no hemos de ser incluidos entre los austeros iniciados que desearían, como Platón, coronar y luego desterrar a los poetas; pues los poetas de verdad son embajadores de Dios sobre la tierra y quienes los rechazan no merecen la bendición de los cielos.

El gran iniciador de Grecia y quien primero la civilizó fue también su primer poeta, pues, incluso admitiendo que Orfeo fue una personalidad

mítica o fabulosa, debemos creer en la existencia de Museo y atribuirle los versos que llevan el nombre de su maestro. Por lo demás, poco nos importa si uno de los argonautas se llamó Orfeo o no, pues el creador poético hizo más que vivir; vive en la inmortalidad, para siempre. La fábula órfica es un dogma acabado, una revelación de los destinos sacerdotales, una nueva forma ideal del culto de la belleza. La regeneración y la redención del amor ya están allí indicados. Orfeo desciende al infierno, buscando a Eurídice, y debe llevársela de vuelta, sin verla; así el hombre puro debe crear a su compañera, elevarla hacia sí mediante la devoción, si desearla. Merecemos poseer el objeto del amor verdadero, renunciando al objeto de la pasión. Ya estamos en la atmósfera de los sueños puros de la caballería cristiana. Pero el hierofante es un hombre todavía; titubea, interroga y mira. *Ah miseror Eurydicem.* Orfeo enviuda y se afirma en su pureza; el matrimonio con Eurídice no se consumó, y como viudo de una virgen, se mantuvo en la virginidad. El poeta no tiene dos corazones, y los hijos de la raza de los dioses aman una vez, una sola vez. Las inspiraciones paternas, los anhelos de un ideal que se hallará más allá de la tumba y la viudez se santifican en su consagración a la Musa sagrada. ¡Qué revelación como adelanto de inspiraciones aún por venir! Orfeo, llevando en su corazón una herida que nada podrá curar salvo la muerte, se convierte en médico de almas y cuerpos; al final muere, víctima de su castidad: la muerte que sufre es la de los iniciadores y los profetas. Perece proclamando la unidad de Dios y, asimismo, la unidad del amor: esto, en un período posterior, fue la raíz de los Misterios Orficos.

Luego de manifestarse tan por encima de su época, Orfeo ganó, a su debido tiempo, la reputación de hechicero y encantador. Igual que a Salomón, se le atribuyó el conocimiento de cuerpos simples y minerales, de la medicina celestial y de la piedra filosofal. Sin duda, estaba familiarizado con esto, puesto que personifica la iniciación primitiva, la caída y reparación en su leyenda: las tres divisiones de la gran obra de la humanidad.

Según Ballanche, la iniciación órfica puede resumirse de la siguiente manera: "Sujetándose en primer lugar a la influencia de los elementos, la propia influencia del hombre puede después gobernarlos. La creación es el acto de una magia divina que es continua y eterna. La verdadera existencia reside para el hombre en el auto-conocimiento. La responsabilidad es para él una conquista y hasta el castigo por el pecado es otra ocasión de victoria. Toda la vida se funda en la muerte, y la palingenesia es la ley de la separación. El matrimonio es la reproducción en la humanidad del gran misterio cosmogónico. Ha de ser uno solo, como Dios y la Naturaleza son un solo. Esta es la unidad del Arbol de la Vida, mientras la perversión es la división y la muerte. La astrología es una síntesis porque el Arbol de la Vida es un solo árbol y porque sus ramas —esparcidas por los cielos y con las flores de las estrellas— están en correspondencia con sus raíces, que están ocultas en la tierra. El conocimiento de las virtudes médicas y mágicas existentes en las plantas, los metales y cuerpos dotados

de variados grados de vida, es también un conocimiento sintético. La capacidad de organización en sus diversos grados es revelada también por una síntesis. Las asociaciones y afinidades de los metales, como el alma vegetativa de las plantas y todos los poderes de asimilación, también se hacen conocer mediante una síntesis."

Se ha dicho que la belleza es el esplendor de la verdad, y por tanto a esta gran luz de Orfeo debemos atribuirle la perfección de la forma que se manifiesta por primera vez en Grecia. A él solamente —como origen— puede referirse la escuela del divino Platón, aquel pagano, padre de toda la alta filosofía cristiana. Pitágoras y los iluminados de Alejandría derivan de él sus misterios. La iniciación no sufre vicisitudes; es la misma y única iniciación dondequiera la hallemos a lo largo de las edades. Los últimos discípulos de Martines de Pasqually son todavía hijos de Orfeo; pero adoran al Realizador de la filosofía antigua, que es el Verbo encarnado de los cristianos.

Hemos dicho que la primera parte de la fábula relativa al Vellocino de Oro encarna los secretos de la Magia órfica y que la segunda parte se dedica a juiciosas advertencias contra los abusos de la Goecia o Magia de la oscuridad. La Magia falsa, o *goética,* conocida en la actualidad bajo el nombre de hechicería, jamás podrá asumir el rango de ciencia; es el empirismo de la fatalidad. Toda pasión excesiva produce una fuerza artificial imposible de dominar, pero esa fuerza obedece a la tiranía de la pasión. Por eso Alberto Magno nos aconseja no maldecir a nadie cuando estamos encolerizados. Es el relato de Hipólito maldecido por Teseo. La pasión excesiva es locura real, y ésta, a su vez, es embriaguez o congestión de Luz Astral. Por eso la locura es contagiosa y las pasiones en general operan como verdadera brujería. Las mujeres son superiores a los hombres en hechicería porque se dejan llevar más fácilmente por el exceso de pasión. La palabra "hechicero" designa claramente a las víctimas del azar y, por así decirlo, de los empozoñados hongos de la fatalidad.

Los hechiceros griegos, pero especialmente los de Tesalia, experimentaron horribles preceptos y se entregaron a abominables ritos. En su mayoría eran mujeres desgastadas por placeres que ya no podían satisfacer, viejas cortesanas, monstruos de inmoralidad y fealdad. Celosas del amor y la vida, aquellas perversas criaturas sólo hallaban amantes en las tumbas, o más bien violaban sepulcros para devorar con sucias caricias los helados cuerpos de mancebos. Robaban niños y ahogaban sus gritos apretándolos contra sus pechos flaccidos. Se las conocía como *lamiae, stryges y empusae;* los niños eran objeto de su envidia y odio, y por esta razón los sacrificaban. Algunas, como la Canidia que mencionara Horacio, los enterraban hasta la cabeza y los dejaban morir de hambre, poniéndoles alrededor comida que no podrían alcanzar; otras les cortaban cabeza, manos y pies, y hervían su grasa en vasijas de cobre hasta que adquiría la consistencia de un ungüento que después mezclaban con zumo de beleño, belladona y amapolas negras. Con este ungüento untaban sus órganos. irritados incesantemente por sus deseos detestables; también frotaban sus

sienes y sobacos, y luego caían en un letargo lleno de sueños desenfrenados y lujuriosos. Hablemos con claridad: estos son los orígenes y esta es la práctica tradicional de la Magia Negra; estos son los secretos legados a la Edad Media; y a su tiempo esas son las supuestas víctimas inocentes a las que la execración pública, mucho más que el fallo de los inquisidores, condenó a las llamas. Fue en Italia y España, sobre todo, donde abundó la raza de las *stryges, lamiae* y *empusae*, incluso en un período posterior; quienes lo duden deberían consultar a los más experimentados criminólogos de estos países, recopilados por Francisco Torreblanca, Abogado Real de la Cancillería de Granada, en su *Epitome Delictorum*.

Medea y Circe son los tipos de Magia Maléfica entre los griegos. Circe es la hembra viciosa que embruja y degrada a sus amantes; Medea es la descarada envenenadora que se atreve a todo y convierte a la misma Naturaleza en instigadora de sus crímenes. Existen realmente las criaturas que encantan como Circe y cuya proximidad corrompe. Sólo pueden inspirar pasiones brutales; agotan a su víctima y luego la desdeñan. Deben ser tratadas de acuerdo con la política de Ulises, sometiéndolas a la obediencia por miedo y con capacidad para abandonarlas, al final, sin pesadumbre. Son monstruos bellos, sin corazón, y su vanidad es toda su vida. Los antiguos las describieron con forma de sirenas.

En cuanto a Medea, ésta es la perversidad encarnada, que quiere y realiza el mal. Es capaz de amar, el miedo no la detiene, pero su amor es más terrible que su odio. Es mala madre y destructora de niños; ama de noche, y bajo los rayos de la luna recoge hierbas nocivas para preparar venenos. Magnetiza el aire, trae dolor a la tierra, infecta el agua y emponzoña hasta el fuego. Los reptiles le suministran sus pieles; musita palabras espantosas; la huella de la sangre la sigue; y de sus manos caen miembros mutilados. Sus consejos enloquecen, sus caricias engendran horror.

Esa es la mujer que buscó elevarse por encima de los deberes de su sexo, familiarizándose con las ciencias prohibidas. Los hombres la evitan, los niños se esconden cuando pasa. Está vacía de razón, está vacía de amor verdadero, y las estratagemas de la Naturaleza en revuelta continua contra ella son el tormento siempre renovado de su orgullo.

## Capítulo VI

# LA MAGIA MATEMÁTICA DE PITAGORAS

Quien inició a Numa (de la pericia mágica de aquél ya hemos dicho algo) fue un personaje conocido como Tarcón, discípulo de un caldeo llamado Tages. Entonces la ciencia tenía sus apóstoles que recorrían el mundo, creando sacerdotes y reyes. No era raro que, en cumplimiento de los designios de la Providencia, se desatase la persecución; así sucedió que, hacia la 72ª Olimpíada, o cuatro generaciones después del reinado de Numa, Pitágoras de Samos buscó refugio en Italia para librarse de la tiranía de Polícrates. El gran promotor de la filosofía de los números había visitado todos los santuarios del mundo, visitando incluso Judea, donde sufrió la circuncisión a costa de su admisión en los misterios de la Cabala que, aunque no sin cierta reserva, le fue comunicada por los profetas Ezequiel y Daniel. Luego, pero nuevamente no sin dificultad, obtuvo la iniciación egipcia, siendo recomendado por el rey Amasis. La capacidad de su genio complementó las imperfectas revelaciones de los hierofantes, de modo que se convirtió en un maestro y en uno de los expositores de los misterios.

Pitágoras definió a Dios como verdad viviente y absoluta, revestida de luz; definió al Verbo como número manifestado por la forma; y derivó todas las cosas de la *Tetractys*, es decir, de la tetrada. Según él, la religión es la expresión suprema de la justicia; la medicina, la práctica más perfecta de la ciencia; la belleza, armonía; la fuerza, la razón; la felicidad, la perfección; mientras la verdad aplicada consistía en desconfiar de la flaqueza y perversidad de los hombres.

Cuando se radicó en Crotona, los magistrados de esta ciudad, al ver que ejercía tan grande influencia sobre las mentes y los corazones, al principio se mostraron preocupados respecto de su persona; pero al final buscaron su consejo. Pitágoras les aconsejó que cultivasen las Musas y mantuviesen el más perfecto acuerdo entre ellos, porque las disputas entre maestros fomentaban la rebelión entre los siervos. Después les enseñó su gran precepto religioso, político y social: "No hay mal que no sea preferible a la anarquía," axioma de aplicación universal y de profundidad casi infinita, pero que ni siquiera nuestra época está lo suficientemente ilustrada como para entenderlo.

Fuera de las tradiciones de su vida, lo que queda de Pitágoras son sus Versos Áureos y sus Símbolos; los primeros se convirtieron en lugares comunes de la moralidad popular, tan grande fue su repercusión a través de las edades. Fueron traducidos de esta manera:

"Adora primero a los dioses inmortales como la Ley lo establece y ordena. Reverencia al juramento y luego a los héroes, llenos de bondad y de luz... Honra de modo similar a tus padres y a tus seres más íntimos. De todo el resto de la humanidad, convierte en tu amigo a quien se distinga por su virtud. Escucha siempre sus suaves exhortaciones, y toma como ejemplo sus acciones virtuosas y útiles. Evita en la mayor medida posible detestar a tu amigo por una falta leve. Comprende que el poder es vecino cercano de la necesidad... Vence y domina estas pasiones: la gula, la pereza, la sensualidad y la ira. No obres mal, ni en presencia de otros ni en privado y, por sobre todas las cosas, respétate. A continuación, observa justicia en tus acciones y palabras... Los bienes de la fortuna son inciertos; tal como se adquieren, de modo similar se pierden. Formúlate siempre esta reflexión: el destino ha dispuesto que todos los hombres mueran... Soporta tu suerte con paciencia, sea cual fuere, y no estés jamás descontento con ella; pero esfuérzate, en la medida de tus posibilidades, por remediarla. Considera que el destino no envía la máxima porción de estos infortunios a los hombres buenos. .. Que ningún hombre te seduzca con sus palabras ni sus actos, ni te tiente a decir o hacer lo que no es provechoso para ti. Consulta y delibera antes de actuar, para no cometer acciones necias, pues el papel del hombre miserable consiste en hablar y actuar sin reflexionar. Pero haz lo que no te aflija después, ni te obligue a arrepentirte. No hagas nada que no entiendas: pero aprende todo lo que tienes obligación de conocer, y por ese medio llevarás una vida muy placentera. De ningún modo descuides la salud de tu cuerpo; pero bríndale bebida y alimento con la debida medida, y asimismo el ejercicio que necesita.. . Acostúmbrate a un modo de vida limpio y decente, sin lujos. .. Haz sólo las cosas que no te lesionen, y delibera antes de realizarlas. Jamás consientas dormirte al cerrar los párpados, después de acostarte, hasta que hayas examinado con tu razón todas tus acciones del día. ¿En qué me equivoqué? ¿Qué hice? ¿Qué omití de lo que debía hacer?"

Hasta aquí los Versos Áureos parecen ser solamente instrucciones de un maestro de escuela. Sin embargo, importan una interpretación diferente. Son las leyes preliminares de la iniciación mágica, que constituyen la primera parte de la Gran Obra, es decir, la creación del adepto perfecto. Esto es demostrado por los versos siguientes:

"Juro por quien transmitió en nuestras almas el Sagrado Cuaternio, origen de la naturaleza, cuya causa es eterna. Jamás empezarás a poner tu mano en obra alguna hasta que hayas rezado a los dioses para que realicen lo que vas a empezar. Una vez que te hayas familiarizado con este hábito, conocerás la constitución de los Dioses Inmortales y de los hombres. Incluso cuan diferentes son los seres, y qué los contiene y une. . .

y nada de este mundo te será oculto... ¡Oh Júpiter, Padre nuestro! Si quieres librar a los hombres de todos los males que los oprimen, muéstrales de qué demonio hacen uso. Pero ten valor; la raza de los hombres es divina... Una vez despojado de tu cuerpo mortal, cuando llegues al Éter purísimo, serás un dios, inmortal, incorruptible, y la muerte no tendrá más dominio sobre ti."

Pitágoras dijo también: "Así como hay tres conceptos divinos y tres reinos inteligibles, de igual modo hay una palabra triple, porque el orden jerárquico es manifestado siempre por la tríada. Hay o) un lenguaje simple, 6) un lenguaje jeroglífico, y c) un lenguaje simbólico. En otros términos, existe la palabra que expresa, existe la que oculta y, finalmente, existe la palabra que significa: toda la inteligencia hierática está en la ciencia perfecta de estos tres grados."

De este modo encerró la doctrina en símbolos, pero evitando personificaciones e imágenes que, en su opinión, engendraban idolatría más tarde o más temprano. Incluso se le imputó que detestaba a los poetas, pero fue a los poetastros a los que prohibió el arte: "Tú, que no tienes arpa, procura no cantar con métrica", dice en sus símbolos. Un hombre tan grande como él jamás podría descuidar la correspondencia exacta entre los pensamientos sublimes y las bellas expresiones figuradas; en verdad, sus propios símbolos rebosan poesía: "No desparrames las flores con que están confeccionadas las coronas" Con tales términos exhorta a sus discípulos a no rebajar jamás la gloria ni burlarse de lo que a menudo le parece bueno honrar.

Pitágoras fue casto pero, lejos de ordenar el celibato a sus discípulos, contrajo matrimonio y tuvo hijos. En el recuerdo queda una bella expresión de su esposa: se le preguntó si no era un requisito en la mujer que se purificase luego de tener relación con un hombre, y en ese caso después de qué lapso podía considerarse suficientemente purificada para acercarse a las cosas sagradas. Replicó: —Inmediatamente, si fue con el marido; pero si fue con otro, jamás.

Igual severidad de principios, igual pureza de costumbres calificaban en la escuela de Pitágoras para ser iniciado en los misterios de la Naturaleza y así se lograba el imperio sobre el yo por el que podían gobernarse los poderes elementales. Pitágoras poseía la facultad que denominamos segunda visión, luego conocida como adivinación. Un día estaba con sus discípulos en la playa y apareció una nave en el horizonte.

—-Maestro, —dijo uno de sus acompañantes, —¿significaría riqueza que me diesen el cargamento de ese barco?

—Para ti sería más que inútil, —respondió Pitágoras.

—En ese caso, lo dejaría para mis herederos.

—¿Desearías legarles dos cadáveres?

El barco llegó a puerto y quedó demostrado que transportaba el cadáver de un hombre cuya voluntad había sido ser enterrado en su propio país.

Además, se cuenta que las bestias obedecían a Pitágoras. Una Vez,

en medio de los Juegos Olímpicos, señaló a un águila que se desplazaba en el cielo; el ave descendió, en círculos, y nuevamente emprendió rápido vuelo cuando el maestro hizo la señal de despedirla. En Apulia también había un gran oso que asolaba la región; Pitágoras lo puso a sus pies y le dijo que abandonase el país. La bestia desapareció y cuando se le preguntó a qué conocimiento debía ese poder maravilloso, contestó: "A la ciencia de la luz". De hecho, los seres animados son encarnados de la luz. De la oscuridad de la fealdad las formas emergen y se desplazan progresivamente hacia los esplendores de la belleza; los instintos guardan correspondencia con las formas; y el hombre, que es la síntesis de esa luz, de la que los animales pueden denominarse el análisis, es creado para mandarlas. Sin embargo, sucedió que en lugar de gobernarlas como su amo, se convirtió en su perseguidor y destructor, por lo que le temen y se rebelan contra él. En presencia de una voluntad excepcional que es, a la vez, benévola y autoritaria, son magnetizadas por completo, y un conjunto de modernos fenómenos puede y debe capacitarnos para entender la posibilidad de milagros como los de Pitágoras.

Los fisonomistas han observado que los hombres, en su mayoría, tienen cierto parecido facial con uno u otro animal. Tal vez sea cuestión de imaginación solamente, producida por la impresión a la que dan pábulo diversas fisonomías, y que revelan algunas características personales destacadas. Así, el hombre despacioso recuerda al oso, el hipócrita tiene mirada felina, y así con el resto. Estas clases de juicios se magnifican en la imaginación y se exageran aún más en los sueños, cuando las personas que nos afectaron desagradablemente durante la vigilia se transforman en animales y nos hacen experimentar todas las agonías de una pesadilla. Ahora bien, los animales —tanto como nosotros, y más aún que nosotros— son gobernados por la imaginación, mientras carecen del juicio por el que podemos controlar sus errores. Por eso es que responden frente a nosotros según simpatías o antipatías excitadas por nuestro magnetismo. Además, no tienen consciencia de lo que subyace en la forma humana y nos consideran sólo como otros animales por los que son dominados, tomando el perro a su amo como un can más perfecto que él. El secreto del dominio sobre los animales radica en el manejo de este instinto. Hemos visto a un famoso domador de bestias salvajes fascinar a sus leones mostrando terrible aspecto y actuando como si fuese un león enfurecido. He aquí una aplicación literal del proverbio popular que nos dice que aullemos con los lobos y balemos con las ovejas. También ha de comprenderse que cada animal manifiesta un instinto, una aptitud o un vicio particulares. Si permitimos que el carácter de un animal predomine en nosotros, tenderemos a asumir su apariencia externa en grado siempre creciente y hasta llegaremos a imprimir su imagen perfecta en la Luz Astral; más que esto, cuando caigamos en ensoñaciones o éxtasis, nos veremos como nos verían los extáticos y sonámbulos y como deben aparecer indudablemente a la vista de los animales. Si en esos casos la razón se apaga y los sueños persistentes se convierten en locura, pasaremos a ser bestias como ocurrió con

Nabucodonosor. Esto explica los relatos de lobizones, algunos de los cuales fueron documentados legalmente. Los hechos están fuera de discusión, pero los testigos no estaban menos alucinados que los mismos lobizones.

Los casos de coincidencia y correspondencia en el estado onírico no son raros ni extraordinarios. Las personas en estado de éxtasis magnético pueden verse y hablarse desde extremos opuestos de la tierra. Nosotros mismos podemos encontrar a alguien por primera vez y él (o ella) parece ser un viejo conocido porque lo hallamos frecuentemente en sueños. La vida está llena de estas curiosas coincidencias, y respecto de la transformación de seres humanos en animales las evidencias están por doquier. ¿Cuántas viejas cortesanas y mujeres glotonas, reducidas casi a la idiotez después de pisar todos los albañales de la existencia, no son sino viejas gatas egregiamente enamoradas de su macho?

Pitágoras creía, por sobre todas las cosas, en la inmortalidad del alma y en la perpetuidad de la vida. La interminable sucesión de veranos e inviernos, de días y noches, de sueños y vigilias, ilustraban para él ampliamente el fenómeno de la muerte. Se dice que tenía conciencia de sus anteriores encarnaciones, y si el informe es verdad, sus reminiscencias algo sugirieron pues un hombre como él no pudo ser un impostor ni un necio. Es probable que se remontase a sus recuerdos anteriores en sueños, mientras la simple especulación y la hipótesis fueron elaboradas como afirmación positiva de su parte. Sea esto como fuere, su pensamiento fue grande, pues la vida real de nuestra individualidad consiste sólo en la memoria. Las aguas del Leteo, descriptas por los antiguos, eran la verdadera imagen filosófica de la muerte. La Biblia parece sancionar divinamente esta idea cuando en el Libro de los Salmos se dice que "el justo estará en memoria eterna".

## Capítulo VII

## LA SANTA CABALA

Remontémonos ahora al origen de la ciencia verdadera, recurriendo a la Santa Cabala, o tradición de los hijos de Seth, tomada de Caldea por Abraham, comunicada por José al sacerdocio egipcio, conservada por Moisés, oculta por los símbolos en la Biblia, revelada por el Salvador a San Juan, y corporizada en su plenitud en imágenes hieráticas, análogas a las de toda la antigüedad, en el Apocalipsis del Apóstol.

Cuanto tenía afinidad con la idolatría era detestado por los cabalistas, no obstante lo cual representaban a Dios bajo figura humana, pero puramente jeroglífica. Dios es para ellos el infinito inteligente, amante y viviente. No es la totalidad de todos los seres, ni existe en la abstracción, ni es un ser filosóficamente definible. Está en todas las cosas, es más y mayor que todo. Su nombre mismo es inefable; empero, sólo expresa el ideal humano de Su divinidad. No es posible que el hombre entienda a Dios en Sí Mismo. Dios es lo absoluto de la fe, pero lo absoluto de la razón es el Ser. El Ser es auto-existente y es porque es. La causa del Ser es el Ser mismo. Es cuestión de legítima especulación porqué esto o aquello existe, pero sería absurdo indagar porqué Dios es, puesto que ello sería postular al Ser como antecediendo al Ser.

La razón y la ciencia demuestran que las modalidades de existencia en el Ser están equilibradas de acuerdo con las leyes armónicas y jerárquicas. Ahora bien, la jerarquía se gradúa sobre una escala ascendente, monarquizándose cada vez más. Al mismo tiempo, la razón no puede detenerse en presencia del único jefe absoluto sin ser avasallada por las alturas que discierne por encima de este rey supremo; por tanto, se refugia en el silencio y da lugar a la fe adoradora. Lo cierto, para la fe y la razón por igual, es que la idea de Dios es la más grande, santa y perdurable de todas las aspiraciones del hombre; que la mortalidad y su sanción eterna reposan en esta creencia. Por ello, en la humanidad es el fenómeno más real del ser, y si fuese falsa, la Naturaleza formularía el absurdo, el vacío afirmaría la vida, y podría decirse al mismo tiempo que hay Dios y no hay Dios. Es a esta realidad filosófica e indiscutible, o de otro modo, a la noción de Dios, que los cabalistas dieron un nombre, y todos los demás nombres están allí contenidos. Las cifras de este nombre producen

todos los números y las formas jeroglíficas de sus letras expresan todas las leyes de la Naturaleza, con todo lo que allí existe. No volveremos aquí sobre lo ya tratado respecto del Tetragrama divino en *Dogma y Ritual de Alta Magia,* pero puede añadirse que los cabalistas lo inscriben de cuatro maneras principales: 1) como יהוה, JHVH, que se deletrea pero no se pronuncia. Las consonantes son YOD, HEI, VAU, HEI, y las traducimos JEHOVA en oposición a toda analogía, pues el Tetragrammaton así desfigurado está compuesto por seis letras. 2) אדני, ADNI, que significa Señor y pronunciamos ADONAI. 3) אהיה, AHIH, que significa Ser y pronunciamos ¡EIEIE!. 4) אגלא, AGLA, que se pronuncia como se escribe y abarca todos los misterios jeroglíficos de la Cábala.

La letra *Aleph,* א, es la primera del alfabeto hebreo, y al expresar, como la hace, la unidad, representa jeroglíficamente el dogma de Hermes: lo que está arriba es análogo a lo que está abajo. En consonancia con esto, la letra tiene dos brazos, uno que señala la tierra y otro que señala el cielo con gesto idéntico. La letra Guimel, ג, es la tercera del alfabeto; expresa numéricamente la tríada, y significa jeroglíficamente alumbramiento, fertilidad. Lamed, ל, es la duodécima letra y es expresión del ciclo perfecto. Considerada como signo jeroglífico representa la circulación del movimiento perpetuo y la relación del radio con la circunferencia. El *Aleph* duplicado representa la síntesis. Por tanto, el nombre AGLA significa: 1) la unidad, que mediante la tríada realiza el ciclo de los números, retrotrayendo a la unidad; 2) el principio fructífero de la Naturaleza, que es uno con ella; 3) la verdad primordial que fecunda a la ciencia y la restablece en la unidad; 4) la silepsis, el análisis, la ciencia y la síntesis; 5) las Tres Personas Divinas que son un solo Dios; el secreto de la Gran Obra, que es la fijación de la Luz Astral mediante un acto soberano de la voluntad y es representada por los adeptos como una serpiente atravesada con una flecha, formando así la letra *Aleph;* 6) las tres operaciones de la disolución, la sublimación y la fijación, correspondientes a las tres sustancias esenciales, la Sal, el Azufre y el Mercurio, todo lo cual es expresado por la letra *Guimel;* 7) las doce claves de Basilio Valentino, representadas por *Lamed;* y, finalmente, 8) la obra cumplida de conformidad con su principio y que reproduce dicho principio.

Este es el origen de la tradición cabalística que abarca toda la Magia en una sola palabra. Saber cómo se lee esta palabra y también cómo se pronuncia, o entender sus misterios y traducir el conocimiento en acción, es tener la clave de los milagros. Se dice que al pronunciar la palabra AGLA hay que volverse hacia el Este, lo cual significa unión de la intención y el conocimiento con la tradición oriental. Además, hay que recordar que, según la Cábala, la palabra perfecta es la realizada con actos, de donde deriva la expresión que reitera frecuentemente la Biblia: *facere verbum,* hacer una palabra, es decir, en el sentido de realizar un acto. Por tanto, pronunciar la palabra AGLA cabalísticamente es aprobar las pruebas de iniciación y cumplir todas sus operaciones.

En *Dogma y Ritual de Alta Magia* se ha dicho que el nombre Jehová se resuelve en setenta y dos nombres explicativos, llamados *Shemahamphorash*. El arte de emplear estos setenta y dos nombres, y de descubrir allí las claves de la ciencia universal es el arte al que los cabalistas llaman las Claves de Salomón. De hecho, al final de las colecciones de plegarias y evocaciones que llevan este título, habitualmente se hallan setenta y dos círculos mágicos, que constituyen treinta y seis talismanes, o cuatro veces nueve, que es el número absoluto multiplicado por la tetrada. Cada uno de estos talismanes lleva dos de los setenta y dos nombres, el signo emblemático de su número y el de las cuatro letras del Tetragrammaton al que corresponden. Allí se originaron los cuatro palos emblemáticos del Tarot: el Cetro, que representa a *Yod;* la Copa, que responde a *Hei;* la Espada referida a *Vau;* y el Pentáculo, correspondiente al *Hei* final. El complemento del denario se añadió en el Tarot, repitiendo así, sintéticamente, el carácter de la unidad.



*Pentáculo de letras cabalísticas*

Las tradiciones populares de la Magia afirman que todo el que posea las Claves de Salomón puede comunicarse con los espíritus de todos los grados y obtener obediencia de parte de todas las fuerzas naturales. Estas Claves, tan a menudo perdidas, y tan frecuentemente recuperadas, no son otras que los talismanes de los setenta y dos nombres y los misterios de los treinta y dos senderos jeroglíficos, reproducidos por el Tarot. Con el

auxilio de estos signos y mediante sus combinaciones infinitas, que son como las de números y letras, es posible llegar a la revelación natural y matemática de todos los secretos de la Naturaleza, y es en este sentido que se establece comunicación con toda la jerarquía de la inteligencia.

En su visión, los cabalistas estuvieron en guardia contra los sueños de la imaginación y las alucinaciones del estado de vigilia. Por tanto, evitaron en particular todas las insalubres invocaciones que perturbasen el sistema nervioso e intoxicasen la razón. Quienes realizan curiosos experimentos con fenómenos de visión extranatural no son mejores que quienes ingieren opio y haxix. Es posible que nos toque intoxicarnos; podemos llegar incluso a olvidarnos voluntariamente para buscar la experiencia de la ebriedad, pero para el hombre que se respeta un solo caso basta. El conde José de Maistre dice que uno de estos días nos burlaremos de nuestra actual estupidez, tal como lo hacemos con la barbarie de la Edad Media. ¿Qué pensaría entonces si viese a los que hacen bailar mesas o escuchase las hipótesis relativas al mundo de los espíritus? Pobres criaturas como somos, huímos de un absurdo corriendo hacia su opuesto. El siglo XVIII juzgó que protestaba contra la superstición negando la religión, y nosotros, a la vez, damos fe de la impiedad de esa época creyendo en cuentos de comadres. ¿Es imposible ser mejor cristiano que Voltaire y aún no creer en los espíritus? Los difuntos no pueden volver más a visitar esta tierra que abandonaron, como un niño no puede regresar al vientre de su madre. Lo que denominamos muerte es nacimiento en una nueva vida. La Naturaleza no repite lo hecho en el orden de la progresión necesaria a través de la escala de la existencia, y no puede quebrantar sus propias leyes fundamentales. Limitada por sus órganos y servida por éstos, el alma humana puede entrar en comunicación con cosas del mundo visible sólo por intermedio de estos órganos. El cuerpo es una envoltura ajustada al medio físico circundante en el que el alma habita aquí. Al reducir la acción del alma, hace posible su actividad. En ausencia del cuerpo, el alma estaría por doquier, pero en un sentido tan atenuado que no podría actuar en parte alguna, y, perdida en el infinito, sería tragada y aniquilada en Dios. Imagínese una gota de agua fresca encerrada en un globito y arrojada al mar; mientras la envoltura se mantenga intacta, la gota de agua subsistirá en su forma separada, pero dejemos que el globito se rompa y entonces, ¿dónde buscaríamos la gota en la vastedad del mar?

Al crear los espíritus, Dios pudo dotarlos de una personalidad autoconsciente sólo mediante su restricción en una envoltura, para centralizar así su acción y, mediante restricción, evitarle que se pierda. Cuando el alma se separa del cuerpo, cambia necesariamente de medio circundante, puesto que cambia de envoltura. Sólo sigue revestida de forma astral, o vehículo de luz, ascendiendo en virtud de su naturaleza por encima de la atmósfera, como el aire se eleva del agua al escapar de un vaso roto. Decimos que el alma asciende porque el vehículo asciende y porque la acción y la consciencia están allí unidas. El aire atmosférico se solidifica para los cuerpos luciformes que son infinitamente más raros que él, y sólo

podrían descender asumiendo un vehículo más denso. ¿Dónde obtendrían esto en la región existente encima de nuestra atmósfera? Sólo podrían regresar a la tierra por medio de otra encarnación, y tal retorno sería una caída, pues renunciarían al estado de espíritu libre, renovando el noviciado. La posibilidad de tal retorno no es admitida, además, por la religión católica.

La doctrina aquí expuesta es formulada por los cabalistas en un solo axioma: El espíritu se viste para descender y se desnuda para ascender. La vida de la inteligencia es ascensional. En el cuerpo de su madre, el niño tiene vida vegetativa y se alimenta a través de un cordón al que está unido, como el árbol está unido a la tierra por su raíz y también por ese medio se nutre. Cuando el niño pasa de la vida vegetativa a la vida instintiva y animal, el cordón se rompe y de allí en adelante tiene libre movimiento. Cuando el niño se convierte en hombre, escapa de las redes del instinto y puede actuar como un ser racional. Cuando el hombre muere, se libera de la ley de gravedad, por la que antes estaba atado a la tierra. Cuando el alma expió sus faltas, se fortalece lo suficiente como para emerger de la oscuridad exterior de la atmósfera terrestre y ascender hacia el sol. Allí empieza el interminable ascenso de la escalera sagrada, pues la eternidad de los elegidos no puede ser un estado de ociosidad; pasan de una virtud a otra, de una bienaventuranza a otra, de una victoria a otra, de una gloria a otra. La cadena no se interrumpe y los de grado superior pueden aún ejercer influjo sobre los de abajo, pero en armonía con el orden jerárquico y según la misma norma con que un rey que gobierna sabiamente hace bien hasta al más humilde de sus subditos. Las plegarias se elevan de un estadio al otro, y las gracias se derraman, sin equivocar jamás el camino. Pero los espíritus que una vez ascendieron no pueden descender más, pues en la proporción de su ascenso, las zonas debajo de ellos se solidifican. El gran abismo se fija, dice Abraham en la parábola del hombre rico, de modo que quienes pasaron no pueden llegar de aquí hasta ti.

El éxtasis puede exaltar de tal modo los poderes del cuerpo astral que lleve detrás de sí el cuerpo material, demostrando de esa manera que el destino del alma es ascender. Los relatos de levitación aérea son posibles, pero no existe el ejemplo de un hombre capaz de vivir bajo tierra o en el agua. No sería menos imposible para el alma separada del cuerpo subsistir un solo momento en la densidad de nuestra atmósfera. Por tanto, los seres que partieron no están entre nosotros, como suponen los espiritistas. Aquellos a quienes amamos pueden vernos y muchos se nos manifiestan, pero sólo por espejismo y reflejo en el espejo común de la Luz Astral. Además, no pueden interesarse más por las cosas mortales; sólo se ligan a nosotros por lo que es supremo en nuestros sentimientos y en correspondencia con su modalidad eterna.

Tales son las revelaciones del Cabalismo, inscriptas en el misterioso libro de Zohar; para la ciencia son, por supuesto, hipotéticas, pero se

apoyan en una serie de inducciones exactas y estas inducciones son extraídas de hechos que la ciencia no discute.

A esta altura entramos en contacto con uno de los más peligrosos secretos en el dominio de la Magia, que es la hipótesis más que probable concerniente a la existencia de las *larvas* fluídicas, conocidas en la antigua teurgia con el nombre de espíritus elementales. Algo se ha dicho sobre el particular en *Dogma y Ritual de Alta Magia,* y el infortunado Abate de Villars, que chanceaba con estas terribles revelaciones, pagó su imprudencia con la vida. La razón de que el secreto es peligroso consiste en que linda con el gran arcano mágico. La verdad es que la invocación de espíritus elementales implica el poder de coagular fluidos mediante una proyección de la Luz Astral, y este poder, así dirigido, puede producir solamente trastornos e infortunios, como se demostrará después. Mientras tanto, he aquí las bases de la hipótesis y la evidencia de su probabilidad: el espíritu está en todas partes y es el que anima la materia; vence la fuerza de gravedad, perfeccionando el vehículo que es su forma. Por doquier, alrededor de nosotros, vemos cómo la forma evoluciona con los instintos, hasta que se logra la inteligencia y la belleza; estos son esfuerzos de la luz atraída por el encanto del espíritu; son parte del misterio de la generación progresiva y universal.

La luz es el medio eficiente de la forma y la vida, porque es movimiento y calor. Cuando se fija y polariza en torno de un centro, produce un ser vivo y después extrae la sustancia dúctil necesaria para perfeccionarla y preservarla. Esta sustancia dúctil, en postrer análisis, está formada por tierra y agua y, con buena razón se denomina barro de la tierra, en la Biblia. Pero esta luz de ningún modo es espíritu, como lo creyeron los hierofantes de la India y todas las escuelas de la Goecia; es sólo instrumento del espíritu. Tampoco es el cuerpo del *protoplastos,* aunque así lo consideraban los teurgos de la escuela de Alejandría. Es la primera manifestación física del Aliento Divino. Dios lo crea eternamente, y el hombre, que está hecho a imagen de Dios, lo modifica y parece multiplicarlo.

Prometeo, dice la fábula clásica, luego de robar el fuego de los cielos, dio vida con él a imágenes formadas de tierra y agua, por cuyo crimen fue encadenado y destruido por Júpiter. Los espíritus elementales, dicen los cabalistas en sus libros más secretos, son hijos de la soledad de Adán, nacidos en sus sueños cuando ansiaba la mujer que Dios todavía no le había dado. Según Paracelso, la sangre perdida en períodos regulares por el sexo femenino y las emisiones nocturnas a que están sujetos los varones solteros durante el sueño pueblan el aire con fantasmas. El origen hipotético de las larvas, según los maestros, está aquí indicado con suficiente claridad y puede obviarse otra explicación.

Tales larvas tienen cuerpo aéreo formado de vapor de sangre, por cuya razón son atraídas hacia la sangre derramada y en la antigüedad se alimentaban con el humo de los sacrificios. Son los monstruosos engendros de pesadilla que se acostumbraba llamar íncubos y súcubos. Una vez condensados suficientemente como para ser visibles, son como vapor teñido

por el reflejo de una imagen; no tienen vida personal, pero imitan la del mago que los invoca, como la sombra remeda al cuerpo. Sobre todo se reúnen en torno de los idiotas y de las criaturas inmorales cuyo aislamiento los induce a hábitos irregulares. Como la cohesión de las partes es muy leve en sus cuerpos fantásticos, temen al aire libre, un gran fuego y, sobre todo, la punta de una espada. En un sentido, se convierten en apéndices vaporosos de los cuerpos reales de sus padres, puesto que sólo viven tomando vida de quienes los crearon o de quienes se apoderaron de ellos mediante su invocación. Puede suceder de esta manera que si estas sombras de cuerpos son heridas, resulta seriamente mutilado su padre, tal como el feto puede ser herido y desfigurado por la imaginación de su madre. El mundo está lleno de estos fenómenos, que justifican estas extrañas revelaciones y sólo pueden ser explicados por ellas.

Tales larvas extraen el calor vital de personas sanas y consumen rápidamente a las débiles. De allí derivan los relatos de vampiros, cosas de terrífica realidad que se producen cada tanto, como es bien sabido. Esto explica, asimismo, porqué cuando estamos cerca de *médiums*, personas obsesionadas por las larvas, experimentamos un enfriamiento de la atmósfera. Al ver que su existencia se debe a las ilusiones de la imaginación y a la divagación de los sentidos, tales criaturas jamás se manifiestan en presencia de una persona que pueda revelar el misterio de su nacimiento monstruoso.

# Libro II

# FORMACIÓN Y EVOLUCIÓN DE LOS DOGMAS

ב — BETH

## Capítulo I

## SIMBOLISMO PRIMITIVO DE LA HISTORIA

Explicar las Sagradas Escrituras desde el punto de vista religioso y dogmático no forma parte de aquello para lo cual estamos autorizados. Sujetos, sobre todo, al orden jerárquico, sometemos la teología a los doctores de la Iglesia, y la ciencia humana a cuanto está incluido en el dominio de la experiencia y la razón. Por tanto, en ocasiones en que parezca que arriesgamos una nueva aplicación de un pasaje bíblico, ello siempre será con respeto apropiado hacia las decisiones eclesiásticas. Por nuestra parte no dogmatizamos, y sometemos nuestras observaciones e indagaciones a las autoridades legítimas.

Al leer la historia primitiva de la raza humana en el libro sagrado de Moisés, lo que al punto nos sorprende es la descripción del Paraíso terrenal, resumido en la figura de un pentáculo perfecto. Es circular o cuadrado, puesto que es bañado, por igual, por cuatro ríos dispuestos en forma de cruz, mientras en el centro hay dos árboles que representan el conocimiento y la vida, la inteligencia estable y el movimiento progresivo, la sabiduría y la creación. La serpiente de Asclepio y Hermes está enroscada en el Arbol; bajo su sombra están el hombre y la mujer, activo y pasivo, inteligencia y amor. La serpiente, símbolo de la atracción primordial y del fuego central de la tierra, tienta a ella que es más débil, y que provoca la caída del hombre; empero, ella cede ante la serpiente sólo para poder vencerla después; un día le aplastará la cabeza dando un Salvador al mundo. Toda la ciencia está representada en esta escena admirable. El hombre abdica al reino de la inteligencia, cediendo a las solicitudes de la parte sensitiva profana, el fruto del conocimiento, que debería ser alimento del alma, aplicándolo a usos de satisfacción injusta y material; pierde, en consecuencia, el sentido de la armonía y de la verdad. Después se viste con la piel de una bestia, porque la forma física se conforma más tarde o más temprano, e invariablemente, en correspondencia con las disposiciones

morales. Es expulsado del círculo regado por los cuatro ríos de la vida, y un querube, armado con una espada flamígera, en continuo movimiento, le impide regresar al dominio de la unidad.

Como observábamos en *Dogma y Ritual de Alta Magia,* Voltaire descubrió que la palabra hebrea querube significa toro, y se divirtió mucho con la historia. Podría haberse entretenido menos si hubiese reconocido en el ángel con cabeza de toro la imagen de un oscuro simbolismo y en la móvil espada flamígera los destellos de la verdad mal interpretada e ilusoria que, después de la Caída, proporcionó un pretexto para la idolatría de las naciones. La espada llameante tipifica también la luz que el hombre no supo más cómo dirigir, de modo que, en vez de gobernar su fuerza, fue sometido a su fatal influencia. La gran operación mágica, entendida en un sentido absoluto, es la conquista y gobierno de la espada ardiente, y el querube es el ángel o el alma de la tierra, representado invariablemente bajo figura de toro en los Antiguos Misterios. De allí que en el simbolismo mitraísta, se observa al amo de la luz venciendo al toro de la tierra y hundiendo en su flanco la espada que libera la vida, representada por gotas de sangre.

La primera consecuencia del pecado de Eva es la muerte de Abel. Al separar el amor del entendimiento, ella también lo separó del poder, y éste, reducido a la ceguera y en la esclavitud de los deseos terrenales, se tornó celoso del amor y lo mató. Los hijos de Caín perpetúan el crimen de sus padres; las hijas que trajeron al mundo fueron desastrosamente bellas, pero, al estar vacías de amor, nacieron para condenación de los ángeles y escándalo de los descendientes de Seth.

Después del Diluvio, y como secuela de la prevaricación de Cam, una parte de ese misterio ya fue indicada, los hijos de los hombres intentaron realizar un proyecto insensato, construyendo un pentáculo y un palacio universales. Fue un vasto experimento de igualdad socialista y el falansterio de Fourier es un triste concepto en comparación con la torre de Babel. Esta era una activa protesta contra la jerarquía del conocimiento, una ciudadela construida contra los torrentes y las tempestades, un promontorio desde cuya elevación el pueblo deificado se remontaría sobre la atmósfera y sus conmociones. Pero no se asciende al conocimiento por escaleras de piedra; los grados jerárquicos del espíritu no se construyen con mortero como los pisos de una torre. Contra esa jerarquía materializada, esa torre protestó hasta la anarquía, y los hombres cesaron de entenderse —fatal lección, mal interpretada cabalmente por los que en nuestros días soñaron con otra Babel. La negación de la igualdad da respuesta a las doctrinas que son jerárquicas sólo en el sentido de brutalidad y materialismo. Dondequiera la raza humana construya esa torre, se disputará la cima y la multitud abandonará la base. Para satisfacer todas las ambiciones, la cima debe ser más ancha que la base y el resultado es un edificio inestable que se derrumbará ante la menor sacudida.

La dispersión de los hombres fue el primer resultado de la maldición pronunciada contra los profanos descendientes de Cam, pero la raza de

Canaán llevó de manera particular el peso de esa maldición, que en un período posterior convirtió a toda su posteridad en anatema. La castidad que es guardiana de la familia es, asimismo, el carácter distintivo de las iniciaciones jerárquicas; la profanación y la rebelión son siempre sucias; tienden a la promiscuidad y el infanticidio. La profanación de los misterios del nacimiento y la matanza de niños fue la base de las religiones de la antigua Palestina, entregada a los horribles ritos de la Magia Negra; el dios negro de la India, el monstruoso Rutrem priápico, reinaron allí bajo el nombre de Belfegor. Los talmudistas y Filón, el platónico judío, refieren cosas tan vergonzosas respecto del culto de este ídolo que le parecieron increíbles a Seldeno, el erudito jurisconsulto. Se dice que había una imagen barbuda, boquiabierta, con una lengua semejante a un falo gigantesco; los adoradores se exhibían desvergonzadamente en presencia de esa imagen y presentaban ofrendas de excremento. Los ídolos de Moloc y Camos eran máquinas asesinas que a veces aplastaban a desgraciados niñitos contra sus pechos de bronce, y otras los consumían en sus brazos al rojo vivo. Había bailes al son de trompetas y tamboriles, para ahogar los gritos de las víctimas, y estas danzas eran dirigidas por sus madres perversas. El incesto, la sodomía y la bestialidad fueron prácticas autorizadas entre estos pueblos infames, e incluso formaban parte de sus ritos sagrados.

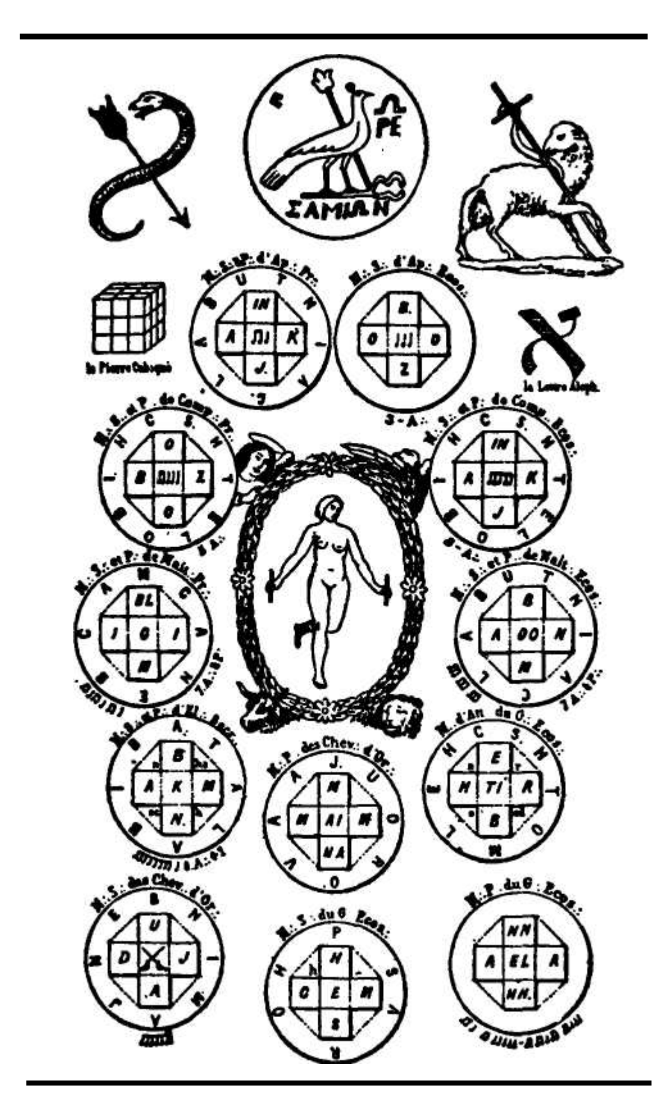
Tal es la consecuencia fatal de ejercer violencia sobre la armonía universal; no se peca contra la unidad impunemente. Rebelado contra Dios, el hombre es inducido a ultrajar a la Naturaleza, a despecho de sí mismo. Causas idénticas producen siempre los mismos efectos, y el Sabbath de las Brujas de la Edad Media es sólo una repetición de las festividades de Camos y Belfegor. Es contra tales crímenes que la Naturaleza misma pronunció un decreto de muerte eterna. Los adoradores de los dioses negros, los apóstoles de la promiscuidad, los predicadores del desenfreno público, los enemigos de la familia y la jerarquía, los anarquistas en religión y política son enemigos de Dios y de la humanidad; no aislarlos del mundo es consentir que éste se envenene, o al menos este fue el criterio de los inquisidores; pero está lejos de nuestra intención desear restablecer las crueles ejecuciones de la Edad Media. En la medida en que la sociedad se cristianice más verdaderamente, más plenamente comprenderá que debemos curar a los enfermos, no destruirlos; ahora bien, los instintos criminales son, con seguridad, las enfermedades mentales más aterradoras.

No ha de olvidarse que la Magia trascendental se llama Arte Sacerdotal y Arte Regio; en Egipto, Grecia y Roma compartió la grandeza y decadencia de la realeza y el sacerdocio. Toda filosofía en pugna con el culto y sus misterios es ruinosa para los grandes poderes políticos, pues estos, a los ojos de la multitud, pierden en grandeza si cesan de ser símbolos del Poder Divino. Toda corona que choca con la tierra, se destruye. El sueño eterno de Prometeo consiste en robar el fuego de los cielos y derribar de allí a los dioses. El popular Prometeo, liberado en el Cáucaso por Hércules, que tipifica el trabajo, llevará siempre consigo grillos y cade-

nas; llevará su buitre inmortal, firme en su herida abierta, hasta que aprenda obediencia a los pies de quien, nacido Rey de reyes y Dios de dioses, escogió, a su vez, que le fuesen clavados manos y pies, y atravesado su costado para la conversión de todos los espíritus rebeldes.

Al iniciar la carrera del poder hacia la intriga, las instituciones republicanas pusieron en peligro los principios de la jerarquía. La tarea de formar reyes ya no fue confiada a la jerarquía y fue reemplazada por el derecho de la herencia —que libra el trono a los desiguales azares del nacimiento— que hace a un lado la influencia religiosa para establecer la monarquía sobre una base de principios republicanos. De esta manera estaban formados los gobiernos que rigieron sucesivamente los triunfos y humillaciones de los estados griegos y romanos. La ciencia reservada para los santuarios quedó relegada, y los audaces' o geniales, no aceptados por quienes dispensan la iniciación, inventaron otra ciencia contraria a la de los sacerdotes, substituyendo la duda o negación por los secretos del templo. En el exceso de su imaginación aventurera esos filósofos aterrizaron pronto en el absurdo e hicieron caer sobre la Naturaleza la culpa perteneciente a sus sistemas. Heráclito se refugió en el llanto y Demócrito en la carcajada; uno fue tan necio como el otro. Pirro terminó creyendo en nada, que apenas lo exculpa por el hecho de que nada supo. Dentro de este caos filosófico, Sócrates aportó cierta luz y sensatez, afirmando la existencia de la moralidad pura y simple. ¿Pero de qué sirve la moralidad cuando la religión está ausente? Al teísmo abstracto de Sócrates el pueblo lo interpretó como ateísmo. Sin embargo, sucedió que Platón, discípulo de Sócrates, intentó proveer una doctrina al sistema de éste, doctrina en la que en realidad Sócrates jamás pensó.

La doctrina de Platón hizo época en la historia del género humano, pero él no la inventó, pues, comprendiendo que fuera de la religión la verdad no existe, acudió para consultar a los sacerdotes de Memfis y obtener la iniciación en sus Misterios. Incluso se le acredita un conocimiento de los libros sagrados judíos. En Egipto, su iniciación pudo ser sólo imperfecta, porque los sacerdotes de entonces habían olvidado el significado prístino de los jeroglíficos, como lo indica la historia de aquel sacerdote que pasó tres días descifrando una inscripción hierática de la tumba de Alcmene, enviado por Agesilao, rey de Esparta. Cornufis, que sin duda era el más erudito de los hierofantes, consultó las viejas recopilaciones de signos y caracteres; al fin descubrió que la inscripción estaba hecha en la escritura de *protheus,* que es el nombre griego del *Libro de Thoth,* consistente en jeroglificos móviles, capaces de variaciones tan numerosas como combinaciones posibles de caracteres, números y figuras elementales. Pero el *Libro de Thot,* al ser la clave de los oráculos y la obra elemental sobre ciencia, no hubiera implicado tan prolongada indagación antes de ser identificados sus signos, si Cornufis hubiese sido realmente experto en el Arte Sacerdotal. Otra prueba de que las verdades prístinas no eran claras en este período radica en el hecho de que los oráculos que registraban sus afirmaciones sobre el particular tenían un estilo que ya nadie entendía.




*Clave vigésimo-primera del Tarot, rodeada de sellos místicos y masónicos*

Luego de regresar de Egipto, Platón viajó con Simmias hasta los confines de Caria donde unos hombres de Delos que le encontraron le rogaron que interpretase un oráculo de Apolo. Este oráculo declaraba que para terminar con las aflicciones de Grecia la piedra cúbica debía ser doblada. Se hizo un intento con una piedra del templo de Apolo; pero la tarea de doblarla por todos lados dio por resultado un poliedro de veinticinco ca-

ras; para restaurar la forma cúbica tenían que aumentar veintiséis veces el volumen original de la piedra, mediante un proceso de dobleces sucesivos. Platón envió emisarios al matemático Eudoxo, diciendo que el oráculo aconsejaba el estudio de la geometría. Si éste no entendió el hondo sentido del símbolo o desdeñó revelarlo a los ignorantes son cuestiones que deben quedar libradas a la conjetura; pero lo cierto es que la piedra cúbica y su multiplicación explica todos los secretos de los números sagrados, incluido el misterio del movimiento perpetuo, ocultado por los adeptos y perseguido por los necios bajo el nombre de cuadratura del círculo. Mediante esta aglomeración cúbica de veintiséis cubos en torno de un solo cubo central, el oráculo indicaba a los delios no sólo los elementos de la geometría sino también la clave de las armonías creadoras, explicada mediante la interrelación de las formas y los números. El plan de todos los grandes templos alegóricos de la antigüedad se halla en la multiplicación a) del cubo por la cruz, b) en torno de qué círculo se describe, y c) con la cruz cúbica desplazándose en un globo. Estas nociones, que se tornan más inteligibles mediante un diagrama, fueron transmitidas hasta nuestros días en las iniciaciones masónicas, y son una justificación perfecta del nombre atribuido a las modernas sociedades en cuestión, pues son asimismo principios radicales de la arquitectura y de la ciencia de la construcción.

Los delios pensaron que resolvían la cuestión geométrica reduciendo su multiplicación por la mitad, pero ya habían obtenido ocho veces el volumen de su piedra cúbica. En cuanto a lo demás, el número de sus experimentos puede extenderse a voluntad, pues el relato mismo es probablemente un problema planteado por Platón a sus discípulos. Si lo dicho por el oráculo debe tomarse como un hecho, podemos hallar un significado aún más profundo en esto: doblar la piedra cúbica es extraer la diada de la unidad, la forma de la idea, la acción del pensamiento. Es realizar en el mundo la exactitud de la matemática eterna, establecer la política sobre la base de las ciencias exactas, armonizar el dogma religioso con la filosofía de los números.

Platón tiene más elocuencia pero menos hondura que Pitágoras: aspira a reconciliar la filosofía de los lógicos con los dogmas inmutables de los videntes; no busca vulgarizar sino reconstruir la ciencia. Así, su filosofía estaba destinada a proporcionar, en fecha posterior, al cristianismo naciente teorías preparadas de antemano y doctrinas vivificantes. Sin embargo, a pesar de que basó sus teoremas en la matemática, Platón fue más bien poeta que geómetra; fue rico en formas armoniosas y pródigo en hipótesis maravillosas. Aristóteles, genio calculador por excelencia, refirió todo al debate de las escuelas; sometió todo a las demostraciones de las evoluciones numéricas y a la lógica de los cálculos. Excluyendo la fe de Platón, buscó demostrarlo todo y, de modo similar, comprenderlo todo dentro de sus categorías; convirtió la tríada en silogismo, y el binario en entimema. Para él la cadena del ser se convirtió en sorites. Redujo todo a una abstracción y razonó sobre todo, introduciéndose, en su proceso, en una abstracción y perdiéndose en medio de hipótesis ontológicas. Pía-

ton estaba destinado a inspirar a los Padres de la Iglesia; Aristóteles a ser el maestro de los escolásticos medievales; Dios sabe qué nubes se congregaron en torno de esta lógica sin fe en nada y, sin embargo, dispuesta a explicarlo todo. Estaba planificándose una segunda Babel y no estaba lejos otra confusión de lenguas. El Ser es el ser, y en el ser está la razón del ser. En el principio está el Verbo, y el Verbo, o Logos, es la lógica formulada en lenguaje, o razón hablada. Pero esta es precisamente una verdad que supera a todas las filosofías y es también, precisamente, lo que debe creerse, so pena de no saber nada y de caer en la duda irracional de Pirro. Como guardián de la fe, el sacerdocio se apoya enteramente en esta base científica, y estamos obligados a saludar en sus alcances el Principio Divino del Verbo Eterno.

Capítulo II

# EL MISTICISMO

La legitimidad del Derecho Divino está tan arraigada en el sacerdocio que el sacerdocio verdadero no existe aparte de ella. La iniciación y la consagración son una verdadera herencia. Así el santuario es inviolable para los profanos e inexpugnable para los sectarios. Por la misma razón las luces esplendorosas de la revelación divina se esparcen de acuerdo con la razón suprema, porque descienden en orden y armonía. Dios no ilumina al mundo por medio de meteoros y relámpagos sino que hace que todo sistema planetario gravite en torno de su sol particular. Es esta misma armonía la que fastidia a ciertas almas, impacientes con el deber, y es así como esas personas se adelantan a posar como reformadoras de la moral, habiendo fracasado en sus esfuerzos de obligar a la revelación a concurrir con sus vicios. Exclaman como Rousseau: "Si Dios habló, ¿por qué no oigo nada?" Y luego añaden: "El habló, pero a mí". Ese es su sueño, y terminan creyendo en sí mismas. Así empiezan los creadores de sectas, fomentadores de la anarquía religiosa: de ningún modo los condenaríamos a las llamas, pero es ciertamente deseable internarlos como enfermos de una locura contagiosa. Precisamente, de esta manera fueron fundadas las escuelas místicas que provocaron la profanación de la ciencia. Hemos visto cómo los fakires de la India conseguían su denominada luz increada, es decir, con la ayuda del eretismo y la congestión cerebral. Egipto también tuvo sus hechiceros y encantadores, mientras Tesalia, en los tiempos de Grecia, abundó en conjuros y brujería. Entrar en comunicación directa con las deidades es suprimir el sacerdocio y subvertir la base del trono —hecho concretado sagazmente por el instinto anárquico del supuesto iluminismo. Mediante este licencioso señuelo dichos conspiradores procuraron reclutar discípulos, absolviendo de antemano toda costumbre escandalosa, con la condición de ser rigurosos contra la rebeldía y enérgicos en su protesta contra la legitimidad sacerdotal.

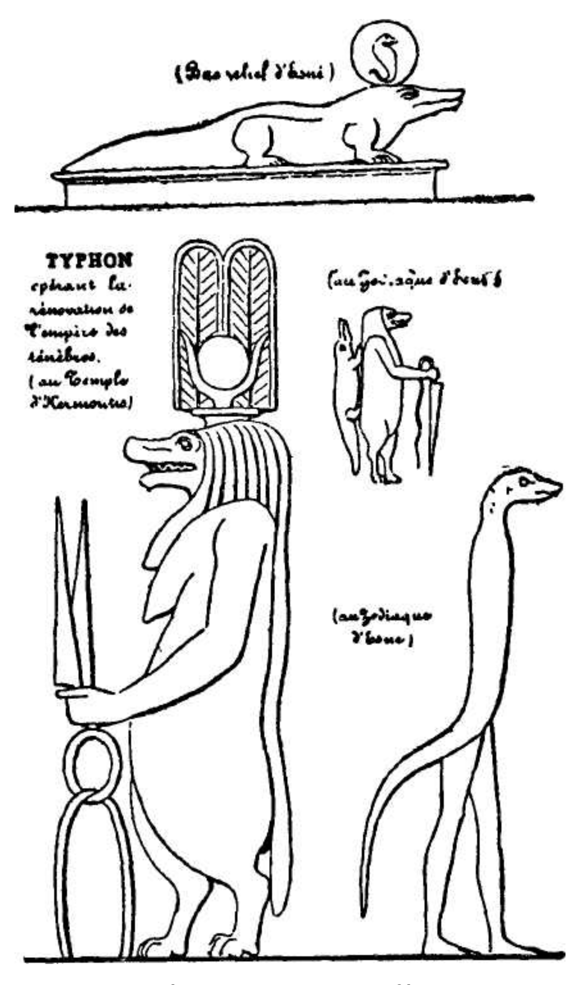
Las bacantes, que desmembraron a Orfeo, se creían inspiradas por un dios, y sacrificaron al gran hierofante a su deificada embriaguez. Las orgías de Baco eran tumultos místicos; los apóstoles de la manía recurrieron siempre a movimientos desordenados, a agitaciones frenéticas y a convulsiones horribles. Desde el afeminado sacerdocio de Baco hasta los

gnósticos, desde los turbulentos derviches hasta los epilépticos en la tumba del diácono Paris, siempre fueron iguales las características de la superstición y de la exaltación fanática. Invariablemente, so pretexto de purificar la doctrina y en nombre de un exagerado espiritualismo, los místicos de todos los tiempos materializaron los símbolos del culto. Lo mismo ocurrió precisamente con quienes profanaron la ciencia de los Magos, pues la Magia trascendental, como es innecesario recordar, es el prístino arte sacerdotal. Condena todo lo que se realiza fuera de la jerarquía legítima, y justifica la condena —aunque no la tortura— de los sectarios y hechiceros. Ambas clases se conectan aquí intencionalmente, porque todos los herejes fueron invocadores de espíritus y fantasmas, a los que introdujeron subrepticiamente en el mundo como dioses; todos se arrogaron el poder de operar milagros en apoyo de sus falacias. Basándose en estas evidencias, todos practicaban la Goecia, es decir, la Magia Negra.

Como la anarquía es el punto de partida y la característica palmaria del misticismo disidente, la concordia religiosa es imposible entre los sectarios, pero se hallan en asombrosa unanimidad en un solo punto: el odio hacia la autoridad jerárquica y legítima. Esto es en realidad toda la raíz de su religión, y el único vínculo que los ata entre sí. Es siempre el crimen de Cam, el desprecio del principio familiar y el ultraje a su padre cuya desnudez y vergüenza exhibe con sacrilega alegría. Todos los místicos anárquicos confunden la Luz Intelectual con la Luz Astral; adoran a la serpiente en vez de honrar la sabiduría respetuosa y pura que aplasta su cabeza. Los embriaga el vértigo y caen inevitablemente en el abismo de la locura.

Todos los locos son visionarios, y creen, sin duda sinceramente, que operan prodigios; en verdad, la alucinación es contagiosa y en su vecindad ocurren o parecen ocurrir con bastante frecuencia cosas inexplicables. Además, los fenómenos de la Luz Astral en el exceso de su atracción o proyección son de un género que confunde a los semieducados. Se centraliza en los cuerpos, y como resultado de una violenta distensión muscular, les imparte tan alto grado de elasticidad que los huesos se retuercen y los músculos se estiran fuera de toda proporción. Forma torbellinos y manantiales, por así decirlo, que levitan los cuerpos más pesados y pueden sostenerlos en el aire durante un lapso proporcional a la fuerza de la proyección. Quienes esto sufren sienten quemazones y reclaman compresión o percusión para aliviarse. Los golpes más violentos y las máximas constricciones, al no equilibrarse con la tensión fluídica, no produce lastimaduras ni lesiones, y alivian en vez de destrozar al paciente.

Así como los locos tienen terror a los médicos, de igual modo los místicos alucinados detestan a los sabios; primero los eluden y luego los persiguen ciegamente, como si fuese contra su voluntad. Son suaves e indulgentes con los vicios; implacables respecto de la razón de someterse a la autoridad; los herejes de apariencia más tolerante sufrirán raptos de furia y odio con sólo mencionar el acatamiento y la jerarquía. Por eso las herejías condujeron invariablemente a las perturbaciones. El falso




*Símbolos egipcios de Tifón*

profeta debe matar si no puede pervertir. Proclama tolerancia para sí pero tiene buen cuidado de ver en qué sentido aquélla se extenderá a los demás. Los protestantes clamaban a viva voz contra las hogueras y piras de Roma en la época misma en que Juan Calvino, basándose en su juicio personal, condenaba a Servet a morir quemado. Los crímenes de los donatistas, los circuncisionistas y otros que son demasiados como para enumerarlos, indujeron el exceso de los gobernantes católicos e hicieron que la Iglesia abandonase a los culpables al brazo secular. ¿No se pensaría que los valdenses, los albigenses y los husitas eran corderos si se prestase atención a los gemidos de la irreligión? ¿Dónde estaba la inocencia de los tene-

brosos puritanos de Escocia e Inglaterra que blandían la daga en una mano y su Biblia en la otra, mientras predicaban el exterminio de los católicos? En medio de tantas represalias y horrores una sola Iglesia postuló y, al menos en principio, mantuvo su odio al derramamiento de sangre: la Iglesia jerárquica y legítima.

Ahora bien, al admitir la posibilidad y realidad de los milagros diabólicos, la Iglesia reconoce la existencia de una fuerza que puede ser aplicada para el bien o para el mal; y por ello, en su gran sabiduría, decidió que aunque la santidad de la doctrina puede legalizar el milagro, éste de por sí jamás puede autorizar innovaciones en la enseñanza religiosa. Decir que Dios, cuyas leyes son perfectas y nunca las falsifica, utiliza un instrumento natural para producir efectos que nos parecen sobrenaturales, es afirmar la razón suprema y el poder inmutable de Dios; es exaltar nuestra noción de su Providencia; y los católicos sinceros deben comprender que tal criterio de ningún modo desafía Su intervención en los milagros que opera en favor de la verdad. Los falsos milagros causados por congestiones astrales tienen invariablemente una tendencia anárquica e inmoral, pues el desorden invoca al desorden. Asimismo, los dioses y familiares de los herejes están sedientos de sangre y extienden comúnmente su protección al precio del asesinato. Los idólatras de Siria y Judea obtenían oráculos de las cabezas de niños, arrancadas de los cuerpecillos de las pobres víctimas. Disecaban las cabezas y luego de colocarles debajo de las lenguas una lámina de oro con caracteres desconocidos, las clavaban en los huecos de los muros, confeccionaban debajo de ellas una especie de cuerpo con plantas mágicas aseguradas con cintas, encendían una lámpara al pie de los terribles ídolos, quemaban incienso ante ellos y procedían a su consulta religiosa. Creían que las cabezas hablaban, y sin duda la angustia de los postreros gritos distraía su imaginación; además, como ya se dijo, la sangre atrae a las larvas. Los antiguos, en sus sacrificios infernales, acostumbraban cavar un foso que llenaban con sangre caliente y humeante; luego, de todas las hondas oquedades de la noche contemplaban cómo unas sombras débiles y pálidas ascendían, descendían, reptaban y pululaban por la cavidad. Con la punta de una espada humedecida en la misma sangre, trazaban el círculo de la invocación y encendían fuego con laurel, aliso y ciprés, sobre altares coronados con asfódelo y verbena. La noche parecía tornarse más fría y oscura; la luna se ocultaba tras las nubes; y oían el suave susurro de los fantasmas que se apiñaban en torno del círculo, mientras los perros aullaban lastimosamente en la campiña.

Todo debe tentarse para lograr todo, tal es el axioma de los encantamientos y sus horrores conexos. Los falsos magos estaban ligados por el crimen y creían poder intimidar a los demás cuando tramaban aterrorizarse a sí mismos. Los ritos de la Magia Negra subsistieron repugnantes como los impíos cultos que aquélla produjo; esto ocurrió por igual en la asociación de criminales que conspiraban contra la vieja civilización como entre las razas bárbaras. Siempre existió la misma pasión por lo tenebroso; existieron las mismas profanaciones, los mismos procedimientos sangui-

narios. La Magia anárquica es el culto de la muerte. El hechicero se consagra a la fatalidad, abjura de la razón, renuncia a la esperanza de la inmortalidad, y luego sacrifica niños. Renuncia al matrimonio y se entrega a la degeneración lisa y llana. En tales condiciones disfruta de su manía en pleno, se embriaga con la iniquidad hasta que cree que el mal es omnipotente y convirtiendo sus alucinaciones en realidad, piensa que su maestría tiene poder para invocar a su antojo a la muerte y el Hades.

Las palabras bárbaras y los signos desconocidos, o incluso cabalmente sin significado, son lo mejor en la Magia Negra. La alucinación se asegura más prestamente con prácticas ridiculas e innovaciones imbéciles que con ritos o fórmulas que mantengan la inteligencia en estado de vigilia. Du Potet dice haber comprobado el poder de ciertos signos sobre el éxtasis, y los publicados en su libro ocultista, con precaución y misterio, tienen analogía, si no son absolutamente idénticos, con las supuestas rúbricas halladas en las viejas ediciones del Gran Grimorio. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y no hay nada nuevo bajo la luna de los hechiceros, tal como ocurre bajo el sol de los sabios.

El estado de alucinación permanente es muerte o abdicación de la consciencia, y entonces el ser se rinde a todos los azares abarcados por la fatalidad de los sueños. Cada recuerdo engendra su propio reflejo, cada deseo malo crea una imagen, cada remordimiento da pábulo a una pesadilla. La vida se animaliza, pero como un animal quisquilloso y atormentado; el sentido de la moral y del tiempo está ausente por igual; las realidades no existen más; hay una danza general en el torbellino de las formas insensatas. A veces una hora parece durar siglos, y un año volar con la velocidad de una hora.

Al tornarse fosforescentes por la Luz Astral, nuestros cerebros son enjambres de innumerables reflejos e imágenes. Cerramos los ojos y puede suceder que se desarrolle bajo nuestros párpados un panorama brillante, sombrío o terrible. Quien tenga fiebre los cerrará apenas en toda la noche sin quedar deslumhrado por un resplandor intolerable. Nuestro sistema nervioso —que es un aparato eléctrico perfecto— concentra la luz en el cerebro, que es el polo negativo del aparato, o lo proyecta por las extremidades que son los puntos designados para que circule nuestro fluido vital. Cuando el cerebro atrae poderosamente una serie de imágenes análogas a cualquier pasión que perturbó el equilibrio de la máquina, el intercambio de luz se detiene, cesa la respiración astral y la luz mal dirigida se coagula, por así decirlo, en el cerebro. Por esta razón sucede que las sensaciones de las personas alucinadas son del orden más falso y perverso. Algunas se complacen en lacerarse la piel con correas y en quemar su carne lentamente; otras comen y saborean cosas impropias como alimento. El doctor Brierre de Boismont recopiló una gran serie de casos, y muchos de ellos son extremadamente curiosos. En la vida todos los excesos —por mala interpretación del bien o por no resistencia del mal— pueden sobreestimular el cerebro y ocasionar allí el estancamiento de la luz. La arrogante ambición, la orgullosa pretensión de santidad, la con-

tinencia llena de escrúpulos y deseos, la indulgencia de las pasiones vergonzosas reiteradas no obstante las advertencias del remordimiento, conducen al colapso de la razón, al éxtasis morboso, a la histeria, a la visión, a la locura. El erudito doctor sigue observando que el hombre no es loco porque esté sujeto a visiones sino porque más bien cree en sus visiones que en su sentido común. Por eso, sólo la obediencia y la autoridad pueden salvar a los místicos; si tienen obstinada confianza en sí mismos no hay cura; son excomulgados ya por la razón y por la fe; son extranjeros respecto de la caridad universal. Se juzgan más sabios que la sociedad; sueñan con fundar una religión, pero están solos; creen haber asegurado para su uso particular las claves secretas de la vida pero su inteligencia se hunde ya en la muerte.

# Capítulo III INICIACIONES Y

# PRUEBAS

Lo que los adeptos distinguieron como la Gran Obra es no sólo la transmutación de los metales sino también, y sobre todo, la Medicina Universal, es decir, el remedio de todos los males, incluida la muerte. Ahora bien, el procedimiento que produce la Medicina Universal es la regeneración moral del hombre. Se trata del segundo nacimiento, aludido por nuestro Salvador en su charla con Nicodemo, doctor de la ley. Nicodemo no comprendió, y como si pretendiese dar a entender que eso pertenecía a los principios fundamentales de la ciencia religiosa, que ningún profesor podía ignorar, Jesús le dijo: "¿Eres maestro de Israel y no conoces estas cosas?"

El gran misterio de la vida y sus pruebas está representado en la esfera celestial y en la sucesión real de las estaciones. Los cuatro aspectos de la esfinge corresponden a estas estaciones y a los cuatro elementos. La figura simbólica del escudo de Aquiles —según la descripción de Hornero— es análoga en su significado a los Doce Trabajos de Hércules. Como éste, Aquiles debe morir, después de vencer a los elementos e incluso librar batalla a los dioses. Hércules, por su parte, triunfante sobre todos los vicios, representados por los monstruos con los que peleó, sucumbe por un momento al amor, el más peligroso de todos. Pero se quita del cuerpo la ardiente túnica de Deyanira, aunque con aquella se arranque la carne de los huesos; y abandona a la mujer culpable y vencida, para morir por su parte, pero liberado e inmortal.

Todo hombre pensante es un Edipo llamado a resolver el enigma de la esfinge o, si fracasa, a morir. Todo iniciado debe convertirse en un Hércules que, al cumplir el ciclo de un gran año de trabajo, con sacrificios del corazón y de la vida, merecerá la gloria de la apoteosis. Orfeo no es rey de la lira y los sacrificios hasta triunfar sucesivamente y aprender cómo perder a Eurídice. Onfala y Deyanira tienen celos de Hércules; una le humillará, la otra cederá a los consejos de un rival abandonado, y de esa manera es inducida a envenenar a quien emancipó al mundo; mas al actuar le cura de un veneno mucho más fatal, que es su propio amor indigno. La llama de la pira purifica su corazón demasiado susceptible; perece con todo su vigor y se sienta, victorioso, junto al trono de Júpiter. De

igual modo, Jacob no fue nombrado patriarca de Israel hasta que luchó con un ángel durante toda una noche.

La prueba es la gran palabra de vida, y la vida misma es una serpiente que nace y devora incesantemente. Debemos escapar de su abrazo; debemos poner nuestro pie sobre su cabeza. Hermes duplicó a la serpiente y la lanzó contra sí misma, y en un equilibrio perpetuo la convirtió en el talismán de su poder, en la. gloria de su caduceo.

Las grandes de Menfis y Eleusis propendían a formar reyes y sacerdotes, confiando la ciencia a hombres fuertes y valientes. El precio de admisión para tales pruebas consistía en someter el cuerpo, el alma y la vida en manos del sacerdocio. El candidato descendía después entre piras ardientes, atravesaba torrentes hondos y rápidos, marchaba sobre puentes que cruzaban abismos, sosteniendo en su mano una lámpara que no debía apagarse. Quien temblaba, quien temía ser vencido, jamás regresaba a la luz; mas quien superaba intrépidamente todos los obstáculos era recibido en las *mystae,* que significa iniciación en los Misterios Menores. Aún debía ratificar su fidelidad y silencio; sólo al término de varios años se convertía en epoptes, título equivalente al de adepto.

La filosofía, émula del sacerdocio, imitaba estas prácticas, sometiendo a prueba a sus discípulos. Pitágoras exigía silencio y abstinencia durante cinco años. Platón sólo franqueaba sus escuelas a los geómetras y los diestros en música; además, reservaba parte de su instrucción a los iniciados, para que su filosofía tuviese sus misterios. Atribuía la creación del mundo a los demonios y representaba al hombre como progenitor de todos los animales. Pero los demonios de Platón significaban los Elohim de Moisés, los poderes por cuya combinación y armonía el Principio Supremo creó. Cuando representa a las bestias como engendradas por la humanidad significa que son el análisis de la forma viviente, cuya síntesis es el hombre. Fue Platón quien primero proclamó la divinidad del Verbo, y pareció prever la cercana encarnación de este Verbo creador sobre la tierra; proclamó los sufrimientos y la ejecución del hombre justo perfecto, condenado por la iniquidad del mundo.

Esta sublime filosofía del Verbo es parte de la Cabala pura, de la que Platón de ningún modo es su inventor. Esto él no lo silencia y proclama que en cualquier ciencia sólo debe recibirse lo que esté en armonía con las verdades eternas y los oráculos de Dios. Dacier, a quien pertenece esta cita, añade: "mediante estas verdades eternas Platón significó una antigua tradición que supone que la humanidad prístina la recibió de Dies, transmitiéndola a generaciones posteriores". Sería imposible hablar con mayor claridad sin nombrar realmente a la Cabala: ésta es definición en vez de nombre, es algo más preciso que el nombre mismo.

Platón también dice que "el tópico radical de este gran conocimiento no se hallará en los libros; debemos buscar en nosotros mismos mediante profunda meditación, descubriendo el fuego sagrado en su propia fuente... Es por ello que nada escribo respecto de estas revelaciones y jamás hablaré de ellas. Quien se proponga popularizarlas encontrará que su in-

tento es fútil pues, salvo en el caso de un número reducidísimo de hombres dotados de entendimiento derivado de Dios para discernir estas verdades eternas dentro de sí mismos, los tornarán despreciables para algunos, llenando a otros de vana e impetuosa infatuación, como si fuesen depositarios de maravillas que no entienden de igual modo".

Platón escribió a Dionisio, el más joven: "Debo dar testimonio a Arquemedo con relación a lo que es más precioso, más divino, y que tú deseas conocer fervorosamente, habiéndole enviado a mí expresamente. Me da a entender que, en su opinión, no expliqué suficientemente lo que sostengo sobre la naturaleza del Primer Principio. Sólo puedo escribir en enigmas, para que si mi carta es interceptada por tierra o por agua, quien la lea no entienda nada: todas las cosas circundan al rey, de quien sacaron su ser, y él es fuente de todas las cosas buenas, segundo para las segundas, y tercero, para las terceras".

Estas pocas palabras son un resumen completo de la teología Sefirótica. El Rey es Ensoph, el Ser Supremo y Absoluto. Todo emana de este centro, y este centro está por doquier, pero lo consideramos de tres maneras especiales y en tres esferas distintas. En el Mundo Divino, que es el de la Causa Primera, el Rey es uno y primero. En el mundo de la ciencia, que es el de las causas segundas, se siente la influencia del Primer Principio, pero sólo se concibe como primera de dichas causas. Allí el Rey se manifiesta mediante la diada, que es el principio creador pasivo. Finalmente, en el tercer mundo, que es el de las formas, se reveía como forma perfecta, como Verbo encarnado, como bondad y belleza supremas, como perfección creada. El Rey es, por tanto, simultáneamente, primero, segundo y tercero, puesto que es todo en todo, centro y causa de todo. Sin mencionar el genio de Platón, reconozcamos solamente el conocimiento exacto del iniciado.

Por eso césese de comentar que nuestro gran apóstol San Juan tomó de la filosofía de Platón la sustancia valiosa de su evangelio. Por el contrario, es Platón quien sacó de las mismas fuentes que San Juan; pero sin recibir el espiritu que confiere vida. Su filosofía que expuso lo máximo de las revelaciones humanas podía aspirar hacia el Verbo hecho hombre, pero sólo el evangelio pudo dar ese Verbo al mundo.

La Cabala que enseñó Platón a los griegos asumió, en un período posterior, el nombre de Teosofía, y terminó abarcando la doctrina mágica en total. Sobre esta suma total de la doctrina secreta gravitaron sucesivamente todos los descubrimientos de la investigación. La ambición debía pasar de la teoría a la práctica y hallar en las obras la realización de las palabras. Las peligrosas experiencias de la adivinación enseñaron a la ciencia cómo prescindir del sacerdocio; el santuario fue traicionado, y los hombres carentes de misión osaron hacer hablar a los dioses. Es por esta razón que la teurgia compartió los anatemas pronunciados contra la Magia Negra, siendo sospechosa de imitar sus crímenes porque no pudo exculparse de su parte de impiedad. El velo de Isis no se alza con impunidad, y la

curiosidad blasfema de la fe cuando se trata de Cosas Divinas. "Bienaventurados quienes no han visto y han creído", dice el Gran Maestro,

Los experimentos de teurgia y nigromancia son siempre fatales para quienes se abandonan a su práctica. Pisar el umbral del otro mundo implica muerte, y ésta a menudo sobreviene de manera extraña y terrible. Se produce el vértigo; la catalepsia y la locura concluyen la obra. Es incuestionable que en presencia de ciertas personas tiene lugar una perturbación del aire, se rajan los paneles, las puertas se sacuden y crujen. Signos fantásticos y hasta manchas, como de sangre, parecen imprimirse en pergamino virgen o en lino. La naturaleza de estas rúbricas es siempre la misma y los expertos las clasifican bajo el nombre de escrituras diabólicas. La mera vista de tales caracteres transporta, a quienes la sufren, de una histeria magnética a convulsiones o éxtasis; creen contemplar espíritus, y Satán, o al genio del error, se transfigura para ellos en ángel de luz. Los falsos espíritus requieren, como condición para manifestarse, alguna clase de contacto entre los sexos, superposición de manos o de pies, aliento cara a cara, y hasta abrazos inmodestos. Los devotos quedan atontados por esta especie de embriaguez; se juzgan elegidos de Dios, intérpretes de los cielos, y respetuosos de la jerarquía a la luz del fanatismo. Son los sucesores de la raza india de Caín, víctimas del haxix y los fakires. De nada les sirven las advertencias; perecen por su propia acción y decisión.

Los sacerdotes griegos recurrían a una especie de homeopatía para curar a quienes padecían esto; aterrorizaban a los pacientes exagerando la enfermedad y para esta finalidad los hacían dormir en la cueva de Trofonio. Prepararse para esta experiencia implicaba ayunos, aspersiones lústrales y vigilias; luego los pacientes eran bajados a la bóveda y encerrados en total oscuridad. La caverna se llenaba de gases embriagadores, como los de la Gruta de Can, cerca de Nápoles, y el visionario caía vencido rápidamente. La asfixia incipiente inducía sueños horribles; la víctima era rescatada a tiempo; se la sacaba sumida en temblores, pálida y con los cabellos erizados. En este estado se la sentaba sobre un trípode y las expresiones proféticas precedían a un completo despertar. Las experiencias de esta índole alteraban de tal modo el sistema nervioso que sus sujetos jamás las recordaban sin temblar y en el futuro no se atrevían a mencionar invocaciones ni fantasmas. Algunos no volvían a reir jamás ni se sentían impulsados a la alegría; la impresión general era tan triste que se acuñó en refrán, y de quien revelaba un estado semejante se decía: "Durmió en la cueva de Trofonio".

En cuanto a los vestigios de la ciencia y la recuperación de sus misterios debemos recurrir al simbolismo religioso de la antigüedad antes que a las obras de los filósofos. Los sacerdotes de Egipto estaban más familiarizados que nosotros con las leyes del movimiento y la vida. Podían atenuar o promover la acción mediante la reacción, y preveían sin dificultad la realización de los efectos cuya causa postulaban. Las columnas de Seth, de Hermes, de Salomón y de Hércules simbolizaban, en las tradiciones mágicas, esta ley universal del equilibrio, mientras la ciencia del

equilibrio conducía a los iniciados hacia la de la gravedad universal en torno de los centros de la vida, el calor y la luz. Así, en los calendarios sagrados egipcios, donde se sabe que cada mes estaba colocado bajo la protección de tres decanos o genios de diez días, el primer decanato del signo de Leo está representado por una cabeza humana con siete rayos, el cuerpo tiene cola de escorpión y el signo de Sagitario se halla bajo la barbilla. Debajo de la cabeza está el nombre de IAO, y la figura se llamaba Khnubis, vocablo egipcio que significa oro y luz. Tales y Pitágoras aprendieron en los santuarios egipcios que la tierra gravitaba en torno del sol, pero no buscaron hacer público este hecho porque, genéricamente, habría implicado la revelación de un gran secreto del templo, que es la ley dual de atracción y radiación, de fijeza y movimiento, que es el principio de la creación y de la causa infalible de la vida. Asimismo, el autor cristiano Lactancio, que supo de esta tradición mágica en cuanto a su efecto, ignorando su causa, se burló estentóreamente de los soñadores teúrgicos que creían en el movimiento de la tierra y en las antípodas, cuyo resultado sería el hecho de que caminaríamos sobre nuestras cabezas con los pies hacia arriba, aunque nuestras cabezas parecieran estar derechas. Además, como añadió, con lógica infantil, en tal caso infaliblemente caeríamos hacia abajo a través del cielo que está debajo de nosotros. Así razonaban los filósofos, mientras los sacerdotes, sin responder ni siquiera sonreir ante los desaguisados de aquéllos, continuaron escribiendo en jeroglíficos sobre todos los dogmas, todas las formas poéticas y todos los secretos de la verdad.

En su descripción alegórica del Hades, los hierofantes griegos ocultaron los secretos palmarios de la Magia. Hallamos allí cuatro ríos, igual que en el Paraíso Terrenal, más un quinto, que se enrosca siete veces en torno de los demás. Había un río de los dolores y del silencio, llamado Cocito; había un río de olvido, o Leteo; y luego un río veloz e irresistible que llevaba todo delante de sí, fluyendo en sentido contrario a otro río de fuego. Los dos últimos se llamaban Aqueronte y Flegeton, uno era el fluido negativo y el otro el fluido positivo, que corrían eternamente uno hacia el otro. Las aguas negras y heladas del Aqueronte humeaban con el calor del Flegeton, mientras las llamas líquidas de éste estaba cubiertas por vapores de aquél. Larvas y lémures, tenebrosas imágenes de cuerpos que vivieron y de quienes tenían aún que venir, salían a miríadas de estos vapores; pero bebiesen o no del torrente de los dolores, todos deseaban las aguas del olvido, para procurarse juventud y paz. Sólo los sabios no buscan olvidar, pues el recuerdo ya es su recompensa; asimismo, sólo ellos son verdaderamente inmortales, puesto que sólo ellos son conscientes de su inmortalidad. Las torturas de Tenaro son descripciones verdaderamente divinas de los vicios y su castigo eterno. La codicia de Tántalo, la ambición de Sísifo, jamás serán expiadas, puesto que nunca podrán satisfacerse. Tántalo está sediento en el agua, Sísifo hace rodar una piedra hasta la cima de una montaña, con la esperanza de sentarse allí, pero la piedra vuelve a caer continuamente y lo arrastra hasta el abismo. Ixion, desenfre-

nadamente lujurioso, quiso violar a la reina de los cielos y fue castigado por las furias infernales. No consumó su crimen porque sólo abrazó a un fantasma. £1 fantasma pudo haber condescendido en apariencia a su amor y satisfecho su pasión, pero cuando él repudió su deber, cuando su satisfacción fue al precio del sacrilegio, lo que juzgó amor demostró ser odio con un disfraz de flores.

No es más allá de la tumba sino más bien en la vida misma donde debemos buscar los misterios de la muerte. La salvación o la condenación empiezan aquí mismo, y esta tierra tiene también su cielo y su infierno. La virtud es recompensada siempre, el vicio es siempre castigado; si la riqueza de los perversos nos inclina a veces a pensar que gozan de impunidad, que aparentemente recibieron por azar el instrumento del bien y del mal, no obstante hay aflicción para los injustos; pueden poseer la llave de oro, pero para ellos sólo está abierta la puerta de la tumba y el infierno.

Todos los verdaderos iniciados reconocieron el inmeso valor del trabajo y el sufrimiento. Un poeta alemán nos dice que el dolor es el perro del pastor desconocido que guía al rebaño de la humanidad. Aprende a sufrir y aprende también a morir, tal es la gimnasia de la eternidad y tal es el noviciado inmortal. Esta es la lección moral de la *Divina Comedia* del Dante, y fue bosquejada en la Tabla alegórica de Cebes, que pertenece a la época de Platón. Se conserva un relato de ella, y muchos pintores de la Edad Media reconstruyeron de allí el cuadro. Es a un tiempo monumento filosófico y mágico, perfecta síntesis moral y, además, la más audaz demostración jamás intentada del Gran Arcano o Secreto, cuya revelación debe subvertir al cielo y la tierra. Nuestros lectores esperarán incuestionablemente que les proporcionemos su explicación, pero quien resolvió este enigma sabe que es inexplicable por su naturaleza y es una sentencia de muerte para quienes lo tomen por sorpresa, igual que para aquellos que lo revelen.

Este secreto es la realeza de la edad y la corona del iniciado que es representado descendiendo victorioso del monte de la prueba en la bella alegoría de Cebes. El Gran Arcano le convirtió en amo del oro y la luz, que fundamentalmente son una sola cosa; resolvió la cuadratura del círculo; dirige el movimiento perpetuo; y posee la Piedra Filosofal. Los adeptos me entenderán. En el proceso de la Naturaleza no hay interrupción ni espacio en blanco en su obra. Las armonías de los cielos están en correspondencia con las de la tierra, y la vida eterna cumple sus evoluciones de acuerdo con las mismas leyes que gobiernan en la vida de un día. La Biblia dice que Dios dispone todas las cosas según peso, número y medida, y esta doctrina luminosa fue también la de Platón. En el *Fedón* representa a Sócrates discurriendo sobre los destinos del alma de una manera que se adecúa cabalmente a las tradiciones cabalísticas. Los espíritus purificados por la prueba se emancipan de las leyes del peso, y vuelan sobre la atmósfera de las lágrimas; otros se hunden en la oscuridad; son los que se manifiestan a los débiles y los criminales. Todos los liberados de las mise-

rias de la vida material no vuelven más a contemplar los crímenes ni a compartir los errores de aquélla: una sola vez es en verdad suficiente.

£1 cuidado de los antiguos respecto de la inhumación de los difuntos se manifestaba vigorosamente contra la nigromancia, y quienes perturbaban el sueño de la tumba eran considerados como impíos. Convocar a los muertos los condenaría a una segunda muerte, y el temor del pueblo fervoroso, de todas las religiones, de quedar insepulto tras la muerte, tenía en vista la posibilidad de que el cadáver fuese profanado por estrigas y empleado en brujería. Después de morir, el alma pertenece a Dios y el cadáver a la madre común, que es la tierra. ¡Ay de quienes osaran invadir estos refugios! Cuando era perturbado el santuario de la tumba, los antiguos ofrecían sacrificios a los airados *manes* y esta práctica tenía como fundamento un pensamiento santo. De hecho, si se permitiese que cualquiera atrajese, por medio de conjuros, a las almas que flotan en la oscuridad pero aspirando a la luz, tal persona estaría engendrando hijos retrógrados y postumos a los que debería alimentar con su sangre y su alma. Los nigromantes son creadores de vampiros y no merecen piedad si mueren devorados por los muertos.

Capítulo IV

# LA MAGIA DE CULTO PUBLICO

Las formas son producto de ideas, y a su vez reflejan y reproducen ideas. En lo referido a los sentimientos, estos se multiplican por asociación en unión de quienes los comparten, de modo que todos están cargados con el entusiasmo común a todos. De esta manera sucede que si uno u otro individuo se engaña fácilmente en cuestiones sobre lo justo y lo bello, no obstante esto, el pueblo en general continuará exaltando en sus mentes lo sublime y lo hará con un anhelo que es también sublime. Estas dos grandes leyes de la naturaleza las conocían los antiguos Magos y los llevaron a ver la necesidad de un culto público que fuese uno en su naturaleza, impuesto a todos, de carácter jerárquico y simbólico, como toda religión, espléndido como la verdad, rico y variado como la Naturaleza, estrellado como los cielos, oloroso como la tierra: de hecho, un culto como el establecido después por Moisés, realizado hoy en día en la gran metrópolis transfigurado una vez más, centralizado hoy en día en la gran metrópolis de San Pedro, en Roma.

De hecho, la humanidad jamás conoció más que una sola religión y un solo culto. Esta luz universal tuvo sus inciertos reflejos y sombras, pero siempre, después de la oscura noche del error, la contemplamos emerger, única y pura como el sol.

La magnificencia del culto es la vida de la religión, y si Cristo escogió ministros pobres, su actividad soberana no exige altares pobres. Los protestantes no lograron entender que el ritual constituye una instrucción y que no debe crearse en la imaginación de la multitud un dios sórdido o desdeñable. Los ingleses, que derrochan tanta riqueza en sus propias casas, que también afectan valorar en alto grado a la Biblia, hallarían sus peculiares iglesias exclusivamente frías y desnudas si recordasen la pompa sin paralelo del Templo de Salomón. Pero lo que marchita sus formas litúrgicas es la aridez de sus corazones; y con un culto carente de magia, esplendor y *pathos*, ¿cómo se formarán con vida sus propios corazones? Obsérvense sus lugares de congregación, que parecen municipalidades, y contémplese a esos honrados pastores —vestidos como ujieres o notarios— ¿y qué otra cosa puede hacerse en presencia de ellos

sino considerar a la religión como una formalidad y a Dios como un juez de paz?

La ortodoxia es el carácter absoluto de la Magia Trascendental. Cuando en el mundo nace la verdad, la estrella de la ciencia anuncia el hecho a los Magos, y estos acuden a adorar al niño, creador del futuro. La iniciación se obtiene mediante el reconocimiento de la jerarquía como asimismo mediante la práctica de la obediencia, y quien es verdaderamente iniciado, jamás se convertirá en sectario. Las tradiciones ortodoxas fueron llevadas de Caldea por Abraham; en combinación con el conocimiento del Dios verdadero, reinaron en Egipto en el período de José. Confucio procuró establecerlas en China, pero el imbécil misticismo de la India, bajo la forma idolátrica del culto Fo, estaba destinado a prevalecer en ese gran imperio. Así como la ortodoxia fue sacada de Caldea por Abraham, de igual modo Moisés la sacó de Egipto, y en las tradiciones secretas de la Cabala hallamos un teologia a la vez completa, perfecta, única y comparable a la nuestra en su máximo esplendor, cuando se la ve interpretada a la luz de los Padres y Doctores de la Iglesia: una totalidad perfecta, que incluye luces que no es dado al mundo entender todavía. El *Zohar*, cabeza y corona de los libros sagrados cabalísticos, revela además todas las honduras e ilumina todas las oscuridades de las mitologías antiguas y de las ciencias ocultas en los santuarios de la antigüedad. Es cierto que debemos conocer el secreto de su significado a fin de poder utilizarlo, y también es cierto que los intelectos más agudos que no estén familiarizados con el secreto hallarán al *Zohar* más allá de toda comprensión e incluso ilegible. Es de esperar que los esmerados estudiosos de nuestras obras sobre Magia alcancen el secreto por sí mismos, para a su vez llegar a descifrar y así poder leer el libro que explica tantos misterios.

Como la iniciación es consecuencia necesaria del principio jerárquico, base de la realización de la Magia, se desprende que los profanos, luego de pugnar en vano por forzar las puertas del santuario, fueron inducidos a erigir un altar frente a otro y a oponer las ignorantes revelaciones cismáticas a la reticencia de la ortodoxia. Se hicieron correr horribles historias respecto de los Magos; hechiceros y vampiros los responsabilizaron de sus propios crímenes; se los representó devorando niños y bebiendo sangre humana. Tales ataques de la presuntuosa ignorancia contra la prudencia de la ciencia triunfaron invariablemente lo suficiente como para perpetuar su uso. ¿Acaso una miserable criatura, en no sé qué panfleto, no expresó que había oído con sus propios oídos, y en el recinto de un club, cómo el autor de este libro pedía la sangre de los ricos para prepararla en budines y alimentar a los famélicos? Cuando más monstruosa es la calumnia, mayor impresión produce en las mentes de los necios.

Quienes calumniaron a los Magos se entregaron a desbordes de los que acusaron a aquéllos, abandonándose a todos los excesos de la des-

vergonzada brujería. Por doquier existió el rumor de apariciones y prodigios, y los dioses mismos descendieron en formas visibles para autorizar las orgías. Los círculos maniáticos de falsos iluminados se remontan hasta las bacantes que asesinaron a Orfeo. Desde los tiempos de aquellos círculos fanáticos y clandestinos donde la promiscuidad y el asesinato se combinaban con éxtasis y plegarias, aumentó continuamente un panteísmo lujurioso y místico.

Pero los destinos fatales de este dogma devastador y destructivo están registrados en una de las más delicadas fábulas de la mitología griega. Ciertos piratas de Tiro sorprendieron dormido a Baco y lo llevaron a bordo de su barco, pensando que el dios de la inspiración se había convertido en esclavo de ellos; pero de repente, en alta mar, su barco se transfiguró, los mástiles se convirtieron en cepas, las jarcias en ramas; se veían sátiros por doquier, bailando con linces y panteras; la tripulación cayó en el frenesí, se sintió transformada en cabras y se lanzó al mar. Luego Baco desembarcó en Beocia y se dirigió a Tebas, la ciudad de la iniciación, donde descubrió que Penteo había usurpado el poder supremo. Este a su vez intentó mantener prisionero al dios, pero la mazmorra se abrió sola y el cautivo salió triunfante. Penteo se enfureció y las hijas de Cadmo, transformadas en Bacantes, lo despedazaron, creyendo que inmolaban un toro joven.

El panteísmo jamás puede formar una síntesis; debe ser desintegrado por las ciencias, tipificadas por las hijas de Cadmo. Después de Orfeo, Cadmo, Edipo y Anfiarao, los grandes símbolos fabulosos del sacerdocio mágico de Grecia son Tiresias y Calcas; pero el primero de estos era un hierofante sin discernimiento ni fe. Un día encontró dos serpientes entrelazadas, pensó que se peleaban y las separó con un golpe de su vara. No comprendió el emblema del caduceo, y por ende procuró dividir las fuerzas de la Naturaleza, separar la ciencia de la fe, la inteligencia del amor, el hombre de la mujer. Confundió su unión con guerra, las hirió en el acto de separarlas, y así perdió su propio equilibrio. Alternadamente se convirtió en varón y hembra, pero no de modo perfecto, pues le estaba vedada la consumación del matrimonio. Los misterios del equilibrio universal y de la ley creadora están aquí plenamente revelados. La generación es, de hecho, una obra del andrógino humano; en su división el hombre y la mujer permanecen estériles, como la religión sin la ciencia y, a la inversa, como la blandura sin la fuerza y la fuerza sin la blandura, la justicia sin la misericordia y la misericordia divorciada de la justicia. La armonía es resultado de la analogía de cosas opuestas; estas deben distinguirse para unirlas, no para separarlas, de modo que podamos escoger entre ellas. Se dice que el hombre cambia incesantemente de blanco a negro en sus opiniones y siempre se engaña. Es así necesariamente, pues la forma visible y real es negra y blanca; se manifiesta mediante una alianza de luz y sombra que no las confunde juntas. Así, todos los opuestos de la Naturaleza se unen, y quien los separe arriesga recibir el castigo de Tiresias. Otros dicen que fue castigado con ceguera

por haber sorprendido desnuda a Minerva, es decir, por haber profanado los Misterios. Esta es otra alegoría, pero siempre se simboliza lo mismo.

Sin duda, teniendo presente esta profanación, Hornero describe al espectro de Tiresias vagando por la oscuridad cimeria, buscando en medio de otras desgraciadas sombras y larvas saciar su sed cuando Ulises consultó a los espíritus, utilizando un ceremonial mágico y terrible de una manera diferente de las contorsiones de nuestros *médiums o* de las inocuas y apresuradas misivas de nuestros modernos nigromantes.

El sacerdocio está casi silencioso en Hornero, pues Calcas, el adivino, no es un pontífice soberano ni un gran hierofante. Parece estar al servicio de los reyes, con su atención fija en su posible enojo, y no se atreve a pronunciar verdades inconvenientes para Agamenón hasta obtener la protección de Aquiles. Así siembra la división entre los jefes y produce desastres en el ejército. Todas las narraciones de Hornero contienen lecciones importantes y profundas; en este caso procuró grabar en los griegos la necesidad de que el ministerio divino fuera independiente de las influencias temporales. La casta sacerdotal debía ser responsable sólo del pontificado supremo, y el sumo sacerdote está incapacitado si falta una corona en su tiara. Para igualarse a los soberanos terrenos debe ser rey temporal, debe ser un rey en conocimiento y ciencia, rey también por su misión divina. Hornero parece decirnos en su sabiduría que cuando se frustra tal sacerdocio, falta algo en el equilibrio de los imperios.

Teoclimenes, otro adivino, que aparece en la Odisea, cumple casi el papel de un parásito, comprando una hospitalidad no demasiado amistosa de los pretendientes de Penélope mediante un consejo inútil y retirándose prudentemente ante el contratiempo que prevé.

Entre estos adivinadores buenos y malos y las sibilas que moran invisibles en sus santuarios, consideradas con temor y temblor, media un abismo. No obstante esto, los sucesores de Circe sólo ceden a los audaces; para entrar en su retiro debe utilizarse la fuerza o la sutileza; deben ser tomadas por los cabellos, amenazadas con la espada y arrastradas hasta el trípode fatal. Entonces, amoratándose y palideciendo, temblorosas y con los cabellos erizados, pronuncian palabras inconexas, se arrebatan en su furor, garabatean sobre hojas de árboles frases que forman versos proféticos cuando se las recopila, y lanzando estas hojas al viento, se encierran en su refugio e ignoran a quienes las reclaman. El oráculo así producido tiene tantos significados como los modos de su variada combinación posible. Si las hojas tienen signos jeroglíficos en lugar de palabras, la interpretación se habrá multiplicado más, mientras que el destino también se consultará mediante su combinación de azar, método seguido frecuentemente en la adivinación de los geománticos mediante números y figuras geométricas. También lo siguen en la actualidad los adeptos de la cartomancia, que emplean los grandes alfabetos mágicos del Tarot, en su mayoría sin estar familiarizados con sus valores. En tales operaciones sólo lo accidental escoge los signos de los que depende el intérprete pa-

ra su inspiración, y a falta de una institución excepcional y una segunda visión, las frases indicadas por las combinaciones de las letras sagradas o las revelaciones de las figuras combinadas profetizan según el azar. Es insuficiente combinar letras; hay que saber cómo leer. La cartomancia en su conocimiento apropiado es una consulta literal de los espíritus, sin nigromancia ni sacrificios; pero postula un buen *médium;* de lo contrario es peligrosa y no la recomendamos a nadie. ¿El recuerdo de nuestros infortunios pasados no es suficiente para amargar los sufrimientos de hoy, y debemos entonces sobrecargarlos con toda la ansiedad del futuro, participando, por adelantado, de las catástrofes que es imposible evitar?

Capítulo V

# LOS MISTERIOS DE LA VIRGINIDAD

El Imperio Romano fue tan sólo la Hélade transfigurada. Italia era una Grecia Mayor, y cuando el helenismo perfeccionó sus dogmas y misterios, la educación de los hijos de la loba fue la próxima tarea que tuvo ante sí: Roma ya estaba en la escena.

El rasgo particular de la iniciación conferida a los romanos por Nutaa fue la importancia típica asignada a la mujer, siguiendo la guía de Egipto que adoraba a la Divinidad Suprema bajo el nombre de Isis. El dios griego de la iniciación es Iacos, el conquistador de la India, el ser andrógino espléndido que lleva los cuernos de Ammón, el Tanteo que sostiene la copa del sacrificio y escancia con ella el vino de la vida universal: Iacos, el hijo del trueno, el conquistador de tigres y leones. Cuanio las bacantes desmembraron a Orfeo, los Misterios de Iacos fueron profanados; y bajo el nombre romano de Baco fue sólo el dios de la embriaguez. Numa buscó su inspiración en Egeria, la diosa del misterio y la soledad, una divinidad sabia y discreta.

Su devoción fue recompensada; Egeria le instruyó sobre el honor q*ue* debía tributarse a la madre de los dioses. Bajo esta consagración, Erigió un templo circular bajo una cúpula, y allí fue encendido un fuego q*ue* jamás se permitió que se extinguiese. Lo conservaban cuatro vírgenes, denominadas vestales, y mientras fueron fieles a su confianza, fueron rodeadas de extraños honores pero, por el contrario, su claudicación era castigada con excepcional rigor. El honor de la doncella también pertenece a la madre, y la santidad de toda familia depende del reconocimiento de la pureza virginal como algo posible y glorioso. Aquí la mujer ya se emancipa de la vieja esclavitud; no es más una esclava oriental sino una divinidad doméstica, guardiana del hogar, del honor de padre y esposo. De esta manera Roma se convirtió en un santuario de la moralidad, y en tal condición fue también la virgen de las naciones y la metrópolis del mundo.

La tradición mágica de todas las edades atribuye cierta cualidad sobrenatural y divina al estado virginal. Las inspiraciones proféticas lo adornan, mientras el odio hacia la inocencia y la virginidad impulsa a la Magia Negra a sacrificar niños, cuya sangre, no obstante, era consi-

derada como dueña de virtud sagrada y expiatoria. Resistir la tentación genésica es graduarse en la conquista de la muerte, y la castidad suprema era la corona más gloriosa puesta ante los hierofantes. Pasar la vida entre abrazos humanos es echar raíces en la tumba. La castidad es una flor atada tan flojamente a la tierra que, cuando las caricias del sol la hacen alzarse, se separa sin esfuerzo y echa a volar como un pájaro.

El fuego sagrado de las vestales era un símbolo de fe y de amor puro. Era también un emblema del medio universal cuya naturaleza terrible y eléctrica Numa podía producir y dirigir. Si por negligencia culpable las vestales permitían que su fuego se apagase, sólo podía ser reencendido por los rayos del sol o por un rayo. Se renovaba y consagraba al comienzo de cada año, costumbre ésta perpetuada y observada entre nosotros la víspera de Pascua.

Se acusó equivocadamente al cristianismo de haberse apropiado de todo lo bello de formas anteriores de culto; es la última transfiguración de la ortodoxia universal, pero rechazando las prácticas peligrosas y las supersticiones vanas.

Además, el fuego sagrado representaba al amor por el país y la religión del hogar. Lucrecia se ofreció en sacrificio a esta religión y a la inviolabilidad del santuario conyugal. Lucrecia personifica toda la majestad de la antigua Roma; sin duda, pudo haber eludido el ultraje abandonando su recuerdo a la calumnia, pero la buena reputación es nobleza que obliga. En cuestión de honor un escándalo es más deplorable que una indiscreción. Lucrecia elevó su dignidad de mujer virtuosa hasta la cima del sacerdocio, sufriendo una violación para así poder después expiarla y vengarla. En memoria de esta ilustre dama romana la elevada iniciación en el culto de la patria y el hogar fue confiada a las mujeres, excluyéndose a los hombres. De esta manera les correspondía aprender que el amor verdadero inspira los sacrificios más heroicos. Se les enseñaba que la real belleza del hombre es el heroísmo y la grandeza; que la mujer capaz de traicionar o abandonar a su esposo destruye su pasado y su futuro y queda marcada, en la frente, con la mancha imborrable de una prostitución retrospectiva, agravada además por el perjurio. Cesar de amor a aquél a quien entregó la flor de su juventud es la máxima tribulación que puede afligir el corazón de una mujer virtuosa; pero hacerlo público afuera es falsificar la inocencia pasada, renunciar a la probidad del corazón y a la integridad del honor; es la vergüenza última y más irreparable.

Esa era la religión de Roma; a la magia de tal código moral ella debía toda su grandeza, y cuando el matrimonio cesó de ser sagrado a sus ojos, se aproximó la decadencia. En los tiempos de Juvenal se dice que los misterios de la *Bona Dea* eran los misterios de la impureza, lo cual tal vez sea posible cuestionar, viendo que, al admitirse sólo mujeres en estas supuestas orgías, ellas deben haberse traicionado a sí mismas; pero suponiendo que la imputación es cierta, porque nada parece imposible después de los reinados de Nerón y Domiciano, sólo podemos sacar

en conclusión que el limpio reinado de la madre de los dioses había concluido, dando lugar al culto, popular, universal y más puro de María, la Madre de Dios.

Iniciado en las leyes mágicas, y conocedor de las influencias magnéticas de la vida comunal, Numa instituyó colegios de sacerdotes y augures, que vivían bajo normas prescriptas. Esta fue la primera idea de las instituciones convencionales, que son uno de los grandes poderes de la religión. Mucho antes que esto, los profetas judíos se reunían con vínculos de simpatía, con plegarias e inspiraciones en común. Parecería que Numa estaba familiarizado con las tradiciones de Judea; sus *flamines* y *salii* trabajaban en un estado de exaltación con evoluciones y danzas que recordaban el comportamiento de David ante el arca. Numa no creó nuevos oráculos tendientes a rivalizar con los de Delfos, sino que instruyó especialmente a sus sacerdotes en el arte de los augurios, lo cual significa que los familiarizó con cierta teoría de los presentimientos y la segunda visión, determinada por las leyes secretas de la Naturaleza. Hoy en día desdeñamos el arte de la adivinación y los portentos, porque hemos perdido la ciencia profunda de la luz y las analogías universales de sus reflejos. En su encantador cuento de Zadig, Voltaire, con un toque ligero y risueño, delinea una ciencia puramente natural de la adivinación, pero no por eso menos maravillosa, presuponiendo, como ocurre, una delicadeza excepcional de observación y el poder de deducción que escapa habitualmente a la lógica limitada del vulgo. Se dice que Parménides, el maestro de Pitágoras, luego de degustar el agua de cierto manantial, predijo que se avecinaba un terremoto. La circunstancia no es extraordinaria, pues la presencia de un sabor a betún y azufre en el agua bien pudo haber indicado al filósofo la existencia de actividades subterráneas en ese sector. Hasta el agua pudo haberse perturbado fuera de lo común. Sea esto como fuere, el vuelo de las aves se considera aún premonitorio de inviernos rigurosos, y es posible prever algunas influencias atmosféricas inspeccionando los aparatos digestivos y respiratorios de los animales. Ahora bien, las perturbaciones físicas del aire tienen con frecuencia una causa moral. Las revoluciones se traducen allí mediante fenómenos de grandes tormentas; el aliento profundo de las naciones mueve hasta el cielo. Coincidentemente, el buen éxito procede con las corrientes eléctricas, y los matices de la luz viva reflejan los movimientos del trueno. "Hay algo en el aire", dice la muchedumbre, con su instinto profético particular. Los adivinadores y augures sabían cómo leer los caracteres que la luz inscribe por doquier y cómo interpretar los sellos de las corrientes y revoluciones astrales. Sabían porqué las aves vuelan solitarias o en bandada, bajo qué influjos se vuelven hacia el Norte o el Sur, el Este o el Oeste, lo cual es precisamente lo que no podemos explicar, aunque nos burlemos de los augures. Es muy fácil burlarse ¡y es tan difícil aprender cabalmente!

Debido a ese descrédito predeterminado y a esa negación de lo que no se entiende, los hombres capaces, como Fontenelle, y los hombres eru-

ditos, como Kircher, escribieron cosas tan destempladas sobre los antiguos oráculos. Para los testarudos de este orden todo es ardid y malabarismo. Suponen la existencia de estatuas automáticas, de trompetas parlantes ocultas y de ecos artificiales en las bóvedas de cada templo. ¿A qué se debe esta eterna calumnia contra el santuario? ¿En el sacerdocio sólo existieron pillerías? ¿Sería imposible hallar hombres rectos y convencidos entre los hierofantes de Ceres y Apolo? ¿O estaban engañados como el resto? Y en tal caso cómo sucedió que los impostores continuaron su tráfico durante siglos sin traicionarse jamás, al no estar los pillos individuales dotados de inmortalidad? Recientes experimentos nos demostraron que los pensamientos pueden ser transferidos, traducidos en escritos e impresos con la sola fuerza de la Luz Astral. Manos misteriosas todavía escriben en nuestras paredes, como en el festín de Baltasar. No olvidemos las sabias observaciones de un erudito que con seguridad no puede ser acusado de fanatismo ni credulidad: "Aparte de la matemática pura", dijo Arago, "quien pronuncia la palabra 'imposible' carece de precaución".

El calendario religioso de Numa se basa en el de los Magos; es una secuencia de fiestas y misterios, recordando cabalmente la doctrina secreta de los iniciados y adaptando perfectamente la vigencia pública del *cultas* a las leyes universales de la Naturaleza. Su ordenamiento de los meses y los días fue preservado por la influencia conservadora de la regeneración cristiana. Igual que los romanos bajo el gobierno de Numa, todavía santificamos con abstinencia los días consagrados a la conmemoración del nacimiento y la muerte, pero para nosotros el día de Venus se santifica mediante las expiaciones del Calvario. El triste día de Saturno es aquel durante el cual nuestro Dios encarnado duerme en Su tumba, pero se levantará, y la vida que El promete embotará la guadaña de Cronos. El mes que los romanos dedicaban a Maya, la ninfa de la juventud y las flores, la joven madre que sonríe con los primeros frutos del año, lo consagramos a María, la rosa mística, el lirio de la pureza, la madre celestial del Salvador. Así nuestras observancias religiosas son antiguas como el mundo, nuestras festividades son como las de nuestros antepasados, pues el Redentor de la Cristiandad no vino a suprimir ninguna de las bellezas simbólicas y sagradas de la vieja iniciación. Vino, como El Mismo lo dijo, al referirse a la Ley figurada de Israel, para reali zar y cumplir todas las cosas.

Capítulo VI

# LAS SUPERSTICIONES

Las supersticiones son formas religiosas que sobreviven a la pérdida de las ideas. Una verdad que ya no se conoce o una verdad que cambió de aspecto es el origen y explicación de todo. Su nombre, en latín *superstes*, significa lo que sobrevive; son los restos muertos de un viejo conocimiento u opinión.

Gobernada siempre más bien por el instinto que por el pensamiento, la gente común asciende hacia las ideas a través de las formas, y dificultosamente modifica sus hábitos. El intento de destruir las supersticiones la afecta siempre como un ataque contra la religión misma, y es por eso que San Gregorio, uno de los más grandes papas del cristianismo, no buscó suprimir las viejas prácticas. Recomendó a sus misioneros que purificasen y no destruyesen los templos, diciendo que "mientras un pueblo tenga sus viejos lugares de culto los frecuentará por fuerza de la costumbre y de esa manera será inducido con mayor facilidad a adorar a Dios." También dijo: "Los bretones fijaron días de festividades y sacrificios; permítaseles disfrutar de sus festivales, pero desde el estado de paganismo condúzcaselos suave y progresivamente hacia el estado de Cristo."

De esta manera sucedió que las observancias piadosas más antiguas fueron reemplazadas por santos misterios apenas con un cambio de nombre. Por ejemplo, existió el banquete anual denominado *Charistia*, al que eran invitados los espíritus ancestrales, constituyendo así un acto de fe en la vida universal e inmortal. La Eucaristía, o *Charistia* suprema, reemplazó a la de la antigüedad, y de una Pascua a otra nos comunicamos con todos nuestros amigos en los cielos y en la tierra. Lejos de mantener las viejas supersticiones con tales adaptaciones, el cristianismo insufló el alma y la vida con los signos sobrevivientes de las creencias universales.

La ciencia de la Naturaleza tan consanguínea con la religión, puesto que inicia a los hombres en los secretos de la Divinidad, la olvidada ciencia de los Magos, todavía vive indivisa en los signos jeroglíficos y, hasta cierto punto, en las vivas tradiciones o supersticiones que externamente dejó intactas. Por ejemplo, la observación de los números y los días es una ciega reminiscencia del primitivo dogma mágico. Como día consagrado a Venus el viernes fue siempre considerado infortunado, porque sig-

nificaba los misterios del nacimiento y la muerte. Los judíos no iniciaban nada en viernes pero en ese día completaban la labor perteneciente a la semana, puesto que precedía al Sabbath, o día de descanso obligatorio. El número 13, puesto que es el que sigue al ciclo perfecto de 12, también representa la muerte, que sucede a las actividades de la vida; y en el *Symbolum* judío el artículo relativo a la muerte está numerado trece. La división de la familia de José en dos tribus introdujo trece invitados en la primera Pascua de Israel en la Tierra Prometida, significando que las trece tribus compartirían las cosechas de Canaán. Una de ellas fue exterminada, la de Benjamín, el más joven de los hijos de Jacob. Por eso nació la tradición de que cuando hay trece en una mesa, el más joven está destinado a morir rápidamente.

Los Magos se abstenían de la carne de ciertos animales y no tocaban sangre. Moisés elevó esta práctica a precepto, basado en que es ilegítimo participar del alma de los animales, la cual existe en la sangre. Allí subsiste después de la matanza, como un fósforo de Luz Astral coagulada y corrompida, que puede ser germen de muchas enfermedades. La sangre de los animales estrangulados es digerida con dificultad y predispone a la apoplejía y las pesadillas. La carne de los carnívoros es también insalubre debido a los instintos salvajes que le están asociados y porque ya absorbió corrupción y muerte.

"Cuando el alma de un animal es separada violentamente de su cuerpo", dice Porfirio, "no se aleja sino que, como la de los seres humanos muertos del mismo modo, permanece en la vecindad del cuerpo." Es retenida así por simpatía y no puede ser alejada. Tales almas han sido vistas gimiendo por sus cuerpos. Lo mismo ocurre con las almas de los hombres cuyos cuerpos no fueron enterrados. Las operaciones mágicas ultrajan a estos, al obligarlos a obedecer, mientras los operadores son dueños del cadáver en todo o en parte. Los teósofos familiarizados con estos misterios, con la simpatía de las almas animales por los cuerpos de los que han sido separadas, y con su placer en acercarse a estos, han prohibido correctamente utilizar ciertas carnes, de manera que no estén infectadas por almas extrañas.

Porfirio añade que es posible adquirir la profecía comiendo corazones de cuervos, topos y halcones; aquí el teurgo alejandrino se dirige a los procedimientos del *Pequeño Alberto,* pero aunque cae rápidamente en la superstición esto ocurre al entrar por una senda equivocada, pues su punto de partida era la ciencia.

Para señalar las propiedades secretas de los animales, los antiguos decían que en la época de la guerra de los gigantes, los dioses asumieron varias formas para ocultarse y luego las volvieron a tomar con gusto. Así, Diana se transformó en una loba; el sol en un toro, un león, un dragón y un halcón; Hécate en un caballo, una leona y una perra.

Según diversos teósofos, el nombre *Ferebates* fue asignado a Proserpina porque vivió de tórtolas, y estas aves eran la ofrenda habitual que las sacerdotisas de Maya tributaban a la diosa, que es la Proserpina de

la tierra, hermana de la bella Ceres, y nodriza de la raza humana. Los iniciados de Eleusis se abstenían de aves domésticas, peces, habichuelas, duraznos y manzanas; también se abstenían de relación sexual con una mujer embarazada como asimismo durante sus períodos normales. Porfirio, de quien procede esta información, añade lo siguiente: "Quien haya estudiado la ciencia de las visiones sabe que hay que abstenerse de toda clase de aves para liberarse de la esclavitud de las cosas terrestres y hallar un lugar entre los dioses celestiales". Pero no da la razón de esto.

Según Eurípides, los iniciados del culto secreto de Júpiter en Creta no tocaban alimentos con carne en el coro dirigido al rey Minos; a los sacerdotes en cuestión se les hace decir: "Hijo de una mujer tiria fenicia, descendiente de Europa y del gran Júpiter, Rey de la Isla de Creta, famoso en cien ciudades, llegamos a ti, abandonando templos construidos con roble y ciprés, modelados con cuchillos; mirad, paladines de una vida pura, aquí llegamos. Puesto que fui ordenado sacerdote de Júpiter-Idaeus, no participo en las fiestas nocturnas de las bacanales, no como alimentos semicocidos, sino que ofrezco candelas a la madre de los dioses. Soy sacerdote entre los curetes vestidos de blanco; me mantengo distante de las cunas de los hombres; también me aparto de las tumbas; y nada como que haya sido animado por el aliento de la vida".

La carne de los peces es fosforescente y por ende afrodisíaca. Las habichuelas inflaman y causan ausencia mental. Es probable hallar para cada forma de abstinencia, incluidas las formas más irregulares, una razón profunda, aparte de toda superstición. Hay ciertas combinaciones de comidas contrarias a las armonías de la Naturaleza. "No hervirás al cabrito en la leche de su madre", dijo Moisés —prescripción conmovedora como alegoría y sabia en lo atinente a la higiene.

Los griegos, como los romanos, no con iguales alcances, creían en los presagios; era buen augurio cuando las serpientes probaban las ofrendas consagradas; era favorable, o a la inversa, cuando tronaba a derecha o izquierda. Había presagios por el modo de estornudar y por otras debilidades naturales que pueden quedar aquí libradas a la conjetura. En el 'Himno a Mercurio", Hornero narra que cuando el dios de los ladrones estaba todavía en su cuna robó el buey de Apolo, quien aprehendió al riño y lo sacudió para hacerle confesar su hurto:

*"Advertido Mercurio de un extraño milagro,*
*De su enfurecido pecho hace oír el oráculo;*
*El vapor ascendió hasta el gran Apolo."*

Entre los romanos eran presagios una piedra con la que se tropezaba, el chillido de una lechuza, el ladrido de un perro, un vaso roto, la mirada de la primera anciana que pasaba. Todos esos vanos terrores tenían como base la gran ciencia mágica de la adivinación que no desdeña señal alguna y que de un efecto pasado por alto por el vulgo asciende a través de una secuencia de causas entrelazadas. Esta ciencia «sabe, por ejemplo, que las influencias atmosféricas que hacen que el perro aulle son

fatales para ciertos pacientes, que la aparición y revoloteo de los cuervos significan la presencia de cadáveres insepultos, lo cual es siempre un augurio siniestro; los sitios de asesinatos y ejecuciones son frecuentados por estas aves. El vuelo de otros pájaros pronostica vientos fuertes, mientras que otros, con sus gritos lastimeros sobre el mar, señalan que se avecinan tormentas. Lo que la ciencia discierne, la ignorancia lo destaca y generaliza; la primera ve advertencias útiles por doquier; la segunda angustias y temores en todo.

Los romanos observaban además los sueños; el arte de su interpretación pertenece a la ciencia de la luz vital, a la comprensión de su manejo y reflejos. Los hombres versados en la matemática trascendental saben bien que no puede existir imagen sin luz, ya sea directa, refleja o refractada; y por la dirección del rayo, cuyos zigzags de retornos saben cómo descubrir, mediante un cálculo exacto llegan invariablemente a la fuente de luz y pueden estimar su fuerza universal o relativa. También tienen en cuenta el estado de salud o enfermedad del mecanismo visual, externo o interno, y atribuir a él la aparente deformidad de la rectitud de las imágenes. Para tales personas los sueños son una completa revelación, puesto que el sueño es semejante a la inmortalidad durante la muerte nocturna que llamamos sueño. En el estado onírico participamos de la vida universal, inconscientes del bien o el mal, del tiempo o el espacio. Saltamos sobre los árboles, bailamos en el agua, soplamos sobre prisiones y estas se desmoronan; o, alternadamente, nos sentimos pesados, tristes, acosados, encadenados según nuestro estado de salud y, a menudo, de nuestra conciencia. Todo esto es útil observarlo, e incuestionable, ¿pero qué pueden inferir de esto los que nada saben y no tienen deseos de aprender ?

La acción omnipotente de la armonía, al exaltar el alma y conferirle gobierno sobre los sentidos, los antiguos sabios la conocían bien; pero lo que ellos empleaban para atemperar, los encantadores se lo apropiaron para excitar e intoxicar. Las hechiceras de Tesalia y Roma creían que la luna podía ser arrastrada por el cielo mediante los versos bárbaros que recitaban y que caía en la tierra pálida y ensangrentada. La monotonía de sus recitados, las magnetizaba, excitaba y llevaba, por etapas, hacia la furia, el éxtasis e incluso la catalepsia. En esta clase de estado de vigilia caían en el ensueño, veían tumbas abiertas, el aire poblado por nubes de demonios, la luna precipitándose desde los cielos.

La Luz Astral es el alma viva de la tierra, un alma material y fatal, controlada en sus producciones y movimientos por las leyes universales del equilibrio. Esta luz, que circunda e impregna todos los cuerpos, puede suspender también su peso y hacerlos girar en torno de un centro potentemente absorbente. Los fenómenos hasta ahora insuficientemente examinados, aunque reproducidos en nuestros tiempos, demuestran la verdad de esta teoría. A la misma ley natural se atribuyen los torbellinos mágicos en cuyo centro se ubicaban los encantadores. Esto explica también la fascinación ejercida sobre pájaros por ciertos reptiles y sobre na-

turalezas sensibles por otros que son negativos y absorbentes. Por lo general, los *médiums* son criaturas enfermas en las que se abre el vacío y que, de esa manera, atraen la luz, como los abismos atraen el agua de los torbellinos. Los cuerpos más pesados pueden ser levantados como paja y llevados lejos por la corriente. Tales naturalezas negativas y desequilibradas, cuyos cuerpos fluidos son amorfos, pueden proyectar su fuerza de atracción, delineando por este medio miembros suplementarios y fantásticos en el aire. Cuando el célebre *médium* Home hace que en su vecindad aparezcan manos sin cuerpos, sus propias manos están muertas y congeladas. Puede decirse que los *médiums* son seres fenoménicos en quienes la muerte lucha visiblemente contra la vida. Lo mismo puede sacarse en conclusión respecto de los encantadores, los adivinos, los que hacen el mal de ojo y los hechizadores. Consciente o inconscientemente son vampiros, que sacan la vida que les falta y así perturban el equilibrio de la luz. Cuando esto se hace conscientemente, son criminales que deberían ser castigados, y cuando esto ocurre inconscientemente pero se trata aún de sujetos excesivamente peligrosos, las personas delicadas y nerviosas deben aislarse cuidadosamente de ellos.

Porfirio ofrece este relato en su vida de Plotino :"Entre quienes profesaban la filosofía, había alguien llamado Olimpio, originario de Alejandría y por un tiempo discípulo de Ommonio. Trataba a Plotino con desdén, pues ambicionaba superarle en reputación. También procuraba herirle con ceremonias mágicas, pero al descubrir que el intento reaccionaba sobre él mismo, admitió a sus amigos que el alma de Plotino debía ser de gran poder, puesto que era capaz de devolver a sus enemigos los malos designios de éstos. Plotino tenía conciencia de los hostiles intentos de Olimpio y hubo veces en que dijo repentinamente: "Ahora tiene convulsiones". Al repetirse estos hechos y descubrir que le afligían los males que quería inducir en Plotino, Olimpio cesó de perseguirle."

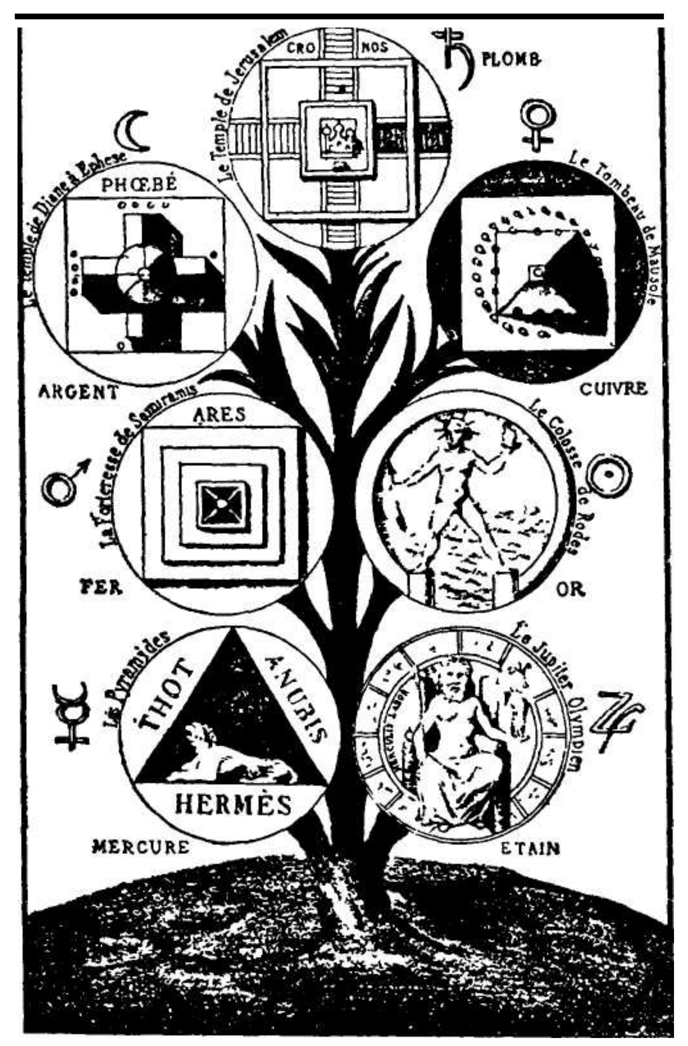
El equilibrio es la gran ley de la luz vital; proyectada con fuerza y repelida por una naturaleza más equilibrada que la nuestra, retorna sobre nosotros con igual violencia. ¡Desgraciados, por tanto, quienes empleen los poderes naturales al servicio de la injusticia, puesto que la Naturaleza es justa y sus reacciones son terribles!

## Capítulo VII

## LOS MONUMENTOS MÁGICOS

Hemos dicho que Egipto era un pentáculo, y lo mismo podría afirmarse respecto del mundo antiguo en general. En la medida en que los grandes hierofantes apenas podían ocultar su ciencia absoluta, procuraron extender y multiplicar cada vez más sus símbolos. Las pirámides triangulares, con sus bases cuadradas, representaban la metafísica fundada en la ciencia de la Naturaleza; y la clave simbólica de esta ciencia asumía la forma fantástica de la prodigiosa esfinge que, en la prolongada vigilia al pie de las pirámides, había excavado para sí un lecho tan profundo en la arena. Los siete grandes monumentos llamados las maravillas del mundo fueron sublimes comentarios sobre las pirámides y las siete puertas misteriosas de Tebas. En Rodas estaba el Pentáculo del Sol, en el que el dios de la luz y la verdad era simbolizado bajo forma humana revestida con oro; en su mano derecha alzaba la antorcha de la inteligencia y en su izquierda sostenía la flecha de la actividad. Sus pies estaban fijos sobre moles que representaban las eternas fuerzas equilibrantes de la Naturaleza, la necesidad y la libertad, lo activo y lo pasivo, lo fijo y lo volátil, en una palabra, las Columnas de Hércules. En Efeso estaba el Pentáculo de la Luna, que era el Templo de Diana Panthea, construido a semejanza del universo. Había un domo que coronaba una cruz, con una galería cuadrada y un recinto circular que recordaba el escudo de Aqui-les. La tumba de Mausolo era el Pentáculo de la Venus Casta y Conyugal; su forma semejaba un *lingam,* con una elevación cuadrada y un recinto circular. En la mitad del cuadrado se elevaba una pirámide trunca, sobre la que había un carro con cuatro caballos, enjaezados para formar una cruz. Las Pirámides eran el Pentáculo de Hermes o Mercurio. El Júpiter Olímpico era el Pentáculo de ese dios. Los muros de Babilonia y la ciudadela de Semíramis eran los Pentáculos de Marte. En fin, el Templo de Salomón —el pentáculo universal y absoluto destinado a reemplazar a los demás— era, para el mundo gentil, el terrible Pentáculo de Saturno.

El septenario filosófico de iniciación, según la mente de los antiguos, puede resumirse como estos tres principios absolutos, reducidos a un solo principio, y cuatro formas elementales, que son una sola forma, la tota-




*Las siete maravillas del mundo*

lidad que constituye una unidad compuesta por forma e idea. Los tres principios son los siguientes: 1) El Ser es el ser; en filosofía esto significa la identidad de la idea y lo que es, o la verdad; en religión es el primer principio, el Padre; 2) El Ser es real; esto significa en filosofía la identidad del conocimiento y lo que es, o la realidad; en religión es el Logos de Platón, el Demiurgos, el Verbo; 3) El Ser es lógico; en filosofía esto significa la identidad de la razón y la realidad; en religión es la Providencia, o la Acción Divina por la que se realiza el Bien, el amor

mutuo de lo verdadero y lo bueno, llamado el Espíritu Santo en el cristianismo.

Las cuatro formas elementales fueron expresión de dos leyes fundamentales: resistencia y movimiento; el estado fijo, o la inercia que resiste, y la vida activa, o la volátil; en otros términos más genéricos, materia y espíritu: la materia es la nada que es formulada por la afirmación pasiva, el espíritu es el principio de necesidad absoluta en lo que es verdadero. La acción negativa de la nada material sobre el espíritu se denominó principio malo; la acción positiva del espíritu sobre la misma nada, de modo que pueda llenarse con creación y luz, se llamó principio bueno. A estos dos conceptos correspondieron, por un lado, la humanidad y, por el otro, la vida racional y salvadora, que redime a los que fueron concebidos en el pecado, es decir, en la nada, debido a su generación material.

Tal era la doctrina de la iniciación secreta, tal era la síntesis admirable que el espíritu del cristianismo vino a vivificar, iluminando con su esplendor, fundando divinamente con su dogma y realizando con sus sacramentos. Bajo el velo con que se pretendió preservarlo, esta síntesis se desvaneció. Está destinada a ser recuperada por el hombre en toda su primitiva belleza y en toda su fecundidad material.

# Libro III

# SÍNTESIS Y REVELACIÓN DIVINAS DE LA MAGIA MEDIANTE LA REVELACIÓN CRISTIANA

ג — GUIMEL

## Capítulo I

## CRISTO ACUSADO DE MAGIA POR LOS JUDÍOS

Al comienzo del Evangelio según San Juan hay una frase que la Iglesia Católica sólo pronuncia mediando una genuflexión: "El Verbo se hizo carne". Allí está contenida la plena revelación del cristianismo. Asimismo, en otra parte el Evangelista proporciona el criterio de la ortodoxia, que es la confesión de Jesucristo manifestado en la carne, es decir, en realidad visible y humana.

Luego de cubrir sus visiones con pentáculos y jeroglíficos de la ciencia esotérica; luego de exhibir ruedas que giran dentro de otras; luego de describir vividos ojos que se vuelven hacia todas las esferas; luego de desplegar las alas batientes de las cuatro misteriosas criaturas vivientes, Ezequiel, el más profundo cabalista de los antiguos profetas, sólo contempla una planicie regada de huesos secos. Ante su palabra se cubren de carne y así se les restituye la forma. Una lastimosa belleza se viste con estos restos mortales, pero esa belleza es fría, sin vida. Así eran las doctrinas y mitologías del mundo antiguo cuando el hálito del amor descendió de los cielos sobre ellas. Entonces las formas muertas se levantaron; los fantasmas de la filosofía cedieron su lugar a los hombres de la sabiduría verdadera; el Verbo se encarnó y vivió; no existió más el tiempo de las abstracciones sino el de la realidad. La fe demostrada con obras reemplazó las hipótesis que sólo concluían en fábulas. La Magia se transformó en santidad, los prodigios pasaron a ser milagros, la gente corriente —excluida por la iniciación antigua— fue convocada a la realeza y el sacerdocio de la virtud. La realización es, de esa manera, esencial en la religión cristiana, y su doctrina corporiza hasta a las alegorías más evidentes. La casa del joven dueño de muchos bienes todavía subsiste en Jerusalén, y de ningún modo sería imposible que una cuidadosa investiga-

ción descubriese una lámpara que, por una tradición similar, perteneció otrora a una de las vírgenes necias. Esas ingenuas creencias no son fundamentalmente muy peligrosas; en verdad, sólo demuestran el poder vivificante y realizador de la fe cristiana. Los judíos acusaron a esa fe de haber materializado la creencia e idealizado terrenalmente las cosas. En nuestro *Dogma y Ritual de Alta Magia* transcribimos la escandalosa parábola del *Sepher Toldos Jeshu,* inventada para apoyar la acusación. En el *Talmud* se narra que Jesús ben Sabta, o el hijo de la mujer divorciada, luego de estudiar misterios profanos en Egipto, alzó en Israel una piedra falsa e indujo al pueblo a la idolatría. Sin embargo, se reconocía que el sacerdocio judío obró mal al maldecirle con ambas manos, y es a este respecto que hallamos en el *Talmud* un bello precepto destinado, de allí en adelante, a unir el Cristianismo e Israel: "Jamás maldigas con ambas manos, para que una de ellas quede siempre libre para perdonar y bendecir". De hecho, el sacerdocio fue culpable de injusticia para con el Maestro pacificador que aconsejaba a sus discípulos obedecer a la jerarquía constituida: "Ocupan el asiento de Moisés", dijo el Salvador; "Haced lo que os digan mas no lo que ellos hagan". En otra ocasión ordenó a diez leprosos que mostrasen sus personas a los sacerdotes, y en el trayecto se curaron. ¡Qué conmovedora abnegación del Divino Realizador de milagros, que de esa manera atribuyó a Sus enemigos más mortales el honor mismo de Sus milagros! En cuanto al resto, ¿quienes acusaban a Cristo de alzar una piedra angular espuria, estaban familiarizados con la verdadera? ¿Los judíos de la época de los fariseos no habían perdido la ciencia de lo que es, a la vez, la piedra angular, la piedra cúbica y la piedra filosofal —en una palabra, la piedra fundamental del Templo Cabalístico, cuadrada en la base y triangular arriba, como las pirámides? ¿Al acusar a Jesús de innovador, no proclamaron que ellos mismos habían olvidado la antigüedad? ¿La luz que Abraham vio y gozó no se había apagado para los infieles hijos de Moisés, y no la recobró Jesús, que la hizo brillar con nuevo esplendor? Para afianzar el tópico, el Evangelio y el *Apocalipsis* de San Juan deben ser comparados con las misteriosas doctrinas del *Sepher Yetzirah* y del *Zohar.* Entonces se comprenderá que el cristianismo, lejos de ser en Israel una herejía, era la verdadera tradición ortodoxa del judaismo, mientras los escribas y los fariseos eran los sectarios. Además, la ortodoxia cristiana es demostrada por el consenso del mundo en general y por la suspensión del sacerdocio soberano, junto con el sacrificio perpetuo, en Israel —las dos señales indiscutibles de una religión verdadera. El judaismo, sin templo, sin Sumo Sacerdote, sin sacrificios, sólo sobrevive como persuasión disidente; ciertas personas son todavía judías, pero el Templo y el Altar son cristianos. Hay una bella exposición alegórica en los evangelios apócrifos de este criterio de certidumbre respecto del cristianismo: su evidencia es la de la realización. Unos niños se divertían modelando pájaros de arcilla; entre ellos estaba Jesús. Cada pequeño artista alababa su obra, y el único que callaba era Jesús; pero cuando modeló sus pájaros, batió palmas

diciéndoles que volaran, ¡y volaron! Así las instituciones cristianas demostraban su superioridad sobre las del mundo antiguo; éstas están muertas, mas el cristianismo vive. Considerado como expresión plenamente realizada y vital de la Cabala —es decir, de la tradición primitiva— el cristianismo es todavía desconocido, y por eso el libro cabalístico y profético llamado *Apocalipsis* queda aún por explicar, siendo incomprensible sin las Claves cabalísticas. La interpretación tradicional la conservaron largo tiempo los juanistas, o discípulos de San Juan; pero intervinieron los gnósticos para la total confusión y pérdida de todo, como se aclarará más adelante.

Leemos en los Hechos de los Apóstoles que San Pablo reunió en Efeso todos los libros que trataban sobre cosas curiosas y los quemó en público. Esto se refiere, sin duda, a los viejos textos goéticos, u obras nigrománticas. La pérdida es seguramente lamentable, pues hasta de las constancias erróneas pueden brillar algunos rayos de verdad, mientras que la información que consiguientemente se derive resultará preciosa para la ciencia. Es bien sabido que, con la llegada de Cristo Jesús, los oráculos fueron silenciados por doquier, mientras una voz gemía sobre el mar, gritando: "El Gran Pan ha muerto". Un escritor pagano, que objeta la información, declara por su parte que los oráculos no cesaron, sino que en un breve lapso ya nadie los consultaba. La rectificación es valiosa, pues una intentada justificación de esa índole es más concluyente que la falsa calumnia. En gran medida se diría lo mismo sobre los prodigios que fueron menospreciados en presencia de los milagros reales. De hecho, si las leyes superiores de la Naturaleza obedecen a la verdadera superioridad moral, les milagros se tornan sobrenaturales como las virtudes que los producen. Esta teoría nada quita del poder de Dios, mientras el hecho de que la Luz Astral obedece a la Luz superior de la Gracia significa en realidad para nosotros que la vieja serpiente de la alegorías pone su cabeza vencida bajo el pie de la Reina de los Cielos.

Capítulo II

# EL TESTIMONIO DE LA MAGIA EN EL CRISTIANISMO

Por ser la Magia la ciencia del equilibrio universal y tener la verdad, la realidad y la razón del ser como principio absoluto, tiene en cuenta todas las antinomias y reconcilia todas las realidades que están en recíproco conflicto mediante el único principio generador de toda síntesis: la armonía resulta de la analogía de los opuestos. Para el iniciado en esta ciencia la religión sin duda es porque existe, y no negamos lo que es. El ser es el ser —אהיה אשר אהיה. La oposición aparente de la religión y la razón es la fuerza de ambas, estableciendo cada una, en su diferente dominio, y haciendo fructificar el aspecto negativo de cada una mediante el aspecto positivo de la otra; como hemos dicho, se trata de lograr el acuerdo por la correspondencia entre cosas que son contrarias. La causa de todos los errores y confusiones religiosos consiste en que, ignorándose esta gran ley, se procuró convertir a la religión en filosofía y a la filosofía, a su vez, en religión, sometiendo las cuestiones de la fe a los procedimientos de la ciencia, lo cual no es menos ridículo que someter la ciencia a la ciega obediencia de la fe. Ya no es jurisdicción de los teólogos afirmar un absurdo matemático o rechazar la demostración de un teorema, como tampoco corresponde al erudito, en nombre de la ciencia, oponerse o sostener los misterios del dogma.

Si preguntamos a la Academia de Ciencias si es matemáticamente cierto que hay Tres Personas en un solo Dios y si, sobre la base de la fisiología, puede certificarse que María, la Madre de Dios, fue concebida inmaculada, la Academia de Ciencias declinará emitir juicio al respecto, y estará en lo correcto. La erudición no está capacitada para pronunciarse en cuestiones pertenecientes al reino de la fe. Un artículo de fe se cree o no, pero en uno u otro caso no es cuestión de discusión: se trata precisamente de fe porque elude el examen de la ciencia.

Cuando José de Maistre nos asegura que uno de estos días hablaremos en términos de maravilla sobre nuestra estupidez actual, sin duda se refiere a quienes, suponiéndose muy inteligentes nos informan diariamente que creerán en la verdad de un dogma cuando se lo haya probado científicamente. Esto equivale a decir que creeremos cuando no quede nada por creer, cuando el dogma como tal esté destruido, habiéndose con-

vertido en un teorema científico, o sea, otro modo de sugerir que daremos fe del infinito una vez que éste haya sido explicado, determinado, circunscripto, definido o, en una palabra, transformado en finito. Creeremos en el infinito cuando estemos seguros de que no existe; admitiremos la inmensidad del océano cuando lo hayamos embotellado. Pero entonces, amigos míos, lo demostrado e introducido en nuestra comprensión será, de allí en más, una cuestión de conocimiento y no de fe. Por el otro lado, si se informase que el Papa decidió que dos más dos no es igual a cuatro y que el cuadrado de la hipotenusa no es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, estaría justificado replicar que el Papa no tiene facultades para decidir sobre ese particular; estas cosas no le conciernen y es mejor que no se entrometa en ellas. Aquí un discípulo de Rousseau exclamará que todo esto está muy bien pero que la Iglesia nos exige creer en cosas formalmente opuestas a la matemática. Toda la ciencia matemática nos dice que el todo es mayor que la parte; no obstante esto, cuando Jesucristo da la comunión a sus discípulos, debió sostener Su cuerpo íntegro en Su mano y poner Su cabeza en Su propia boca. Esta broma miserable aparece textualmente en Rousseau. Es fácil contestar al sofista que está confundiendo ciencia con fe y el orden natural con lo que es sobrenatural o divino. Si la religión proclamase que en la comunión eucarística nuestro Salvador tenía dos cuerpos naturales de igual forma y tamaño, y que uno comió al otro, la ciencia estaría facultada para protestar. Pero la religión establece que el cuerpo del Maestro está contenido divina y sacramentalmente bajo el signo o apariencia natural de un fragmento de pan. Una vez más, es cuestión de creer o no creer; quien razone sobre ello, y discuta esto científicamente, merece ser clasificado como necio.

La verdad científica se demuestra mediante demostraciones exactas; la verdad religiosa se prueba mediante unanimidad de la fe y santidad de las obras. El Evangelio nos autoriza a reconocer que quien pudo decir al paralítico "Levántate y anda" tenía derecho a perdonar los pecados. La religión es verdadera si se trata de una realización de una moralidad perfecta. Las obras son la prueba de la fe. Está permitido preguntar si el cristianismo ha constituido una vasta asociación de hombres para quienes la jerarquía es un principio, la obediencia una regla, y la caridad una ley. Si la ciencia responde, basada en documentos históricos, que esto es lo que ocurre, pero que la asociación de los cristianos fracasó en la cuestión de la caridad, entonces le tomo la palabra, que admite la existencia de la caridad puesto que reconoce que en ella puede haber una deficiencia. La caridad es, a la vez, una gran palabra y una gran cosa; es una palabra que no existió antes del cristianismo y lo que significa es la suma total de la religión. ¿Acaso el espíritu de caridad no es el Espíritu Divino hecho visible sobre la tierra? ¿Este Espíritu no manifestó su existencia sensible con actos, instituciones, monumentos y obras inmortales? Para ser breve, no entendemos cómo un escéptico, que es hombre de buena fe, pueda ver a una hermana de San Vicente de Paúl sin desear arro-

diliarse y rezar. El espíritu de caridad es realmente Dios; es la inmortalidad en el alma; es la jerarquía, la obediencia, el olvido de las injurias, la simplicidad e integridad de la fe.

Las sectas separadas están heridas de muerte en sus raíces porque al separarse carecen de caridad, mientras que al tratar de razonar sobre la fe están necesitadas de simple sentido común. En las sectas el dogma es absurdo porque es seudo-razonable. Como tal debe ser un teorema científico o nada. Ahora bien, en religión sabemos que la letra mata y sólo el espíritu vivifica; ¿pero qué es el espíritu en cuestión a no ser que sea el de caridad? La fe que mueve montañas y soporta el martirio, la generosidad que lo da todo, la elocuencia que habla con la lengua de hombres y de ángeles, todo esto, dice San Pablo, es nada sin caridad. Añade que el conocimiento puede desvanecerse y la profecía cesar, pero la caridad es eterna. De esta manera la filosofía extiende una mano a la religión, pero sin querer jamás usurpar su dominio, y con esta condición, la religión bendice, anima e ilumina a la filosofía con sus amables esplendores. La caridad es el vínculo misterioso que, según el sueño de los iniciados griegos, debe reconciliar a Eros con Anteros. Es la albardilla de la puerta del Templo de Salomón que une las dos columnas, *Jachin* y *Boaz;* es la garantía común entre derechos y deberes, entre autoridad y libertad, entre los fuertes y los débiles, entre el pueblo y el gobierno, entre hombres y mujeres. Es el sentimiento divino, requisito de vida en la ciencia humana; es lo absoluto del bien, como el principio triple del Ser-Realidad-Razón es lo absoluto de la verdad. Estas elucidaciones han sido necesarias para la interpretación apropiada del bello símbolo de los Magos que adoran al Salvador en el pesebre. Los reyes son tres —uno blanco, otro atezado y el tercero, negro; ofrendan oro, incienso y mirra. La reconciliación de los opuestos, es expresada por esta doble tríada, y es precisamente lo que hemos procurado explicar. El cristianismo, como lo esperaban los Magos, era en efecto la consecuencia de su doctrina secreta, pero este Benjamín del antiguo Israel, por el hecho de nacer, causó el deceso de su madre. La Magia de la Luz, la del Zoroastro verdadero, de Melquisedec y Abraham, llegó a su fin con el arribo del Gran Realizador. De allí en adelante, en un mundo de milagros, los meros prodigios no podían ser más que un escándalo y la ortodoxia mágica se transfiguró en ortodoxia religiosa. Quienes disentían sólo podían ser *illuminati* o hechiceros; hasta el nombre de Magia podía ser interpretada sólo según este mal sentido, y es bajo esta inhibición que seguiremos en adelante sus manifestaciones a través de los siglos.

El primer heresiarca mencionado en las tradiciones de la Iglesia fue Simón el Mago; su leyenda abarca una multitud de prodigios; esto es parte integral de nuestro tópico y procuraremos separar su base de la nube de fábulas que la rodearon. Por su nacionalidad Simón era judío y se cree que nació en el pueblo samaritano de Gitton. Su maestro en Magia fue un sectario llamado Dositeo, quien expresaba haber sido enviado por Dios y que era el Mesías que predijeran los profetas. Bajo su

guía Simón no sólo adquirió las artes ilusorias sino también ciertos secretos naturales pertenecientes realmente a la tradición de los Magos. Poseía la ciencia del Fuego Astral y podía atraer grandes corrientes de éste, tornándose impasible e incombustible. También tenía el poder de elevarse y permanecer en el aire. Con frecuencia han realizado hazañas de este tipo, con abstracción de la ciencia y, por así decirlo, accidentalmente, los frenéticos embriagados con Luz Astral, como por ejemplo los convulsionarios de San Medardo; estos fenómenos se repiten en la actualidad en estado mediúmnico. Simón magnetizaba a distancia a quienes creían en él y se les aparecía bajo diversas figuras. Producía imágenes y reflejos visibles; por ejemplo, en una ocasión, todos creyeron ver árboles fantásticos en un desierto. Además, en su vecindad se movían objetos normalmente inanimados, como actualmente se desplazan muebles en torno de la atmósfera del norteamericano Home; y finalmente, cuando intentaba entrar o abandonar una casa, las puertas crujían, se sacudían y terminaban abriéndose solas.

Simón realizaba estos prodigios ante el pueblo principal de Samaría, y como con el tiempo sus logros fueron exagerados, el taumaturgo fue considerado un ser divino. También sucedió que como debía sus poderes a estados de excitación por los que la razón se perturba, llegó a considerarse a sí mismo como un ser tan excepcional que no dudó en reclamar honores divinos y soñó modestamente con usurpar la adoración de todo el mundo. Sus crisis o éxtasis producían extraordinarios resultados físicos. A veces aparecía pálido, ajado, vencido, como un anciano a punto de morir; otras, el fluido luminoso revitalizaba su sangre y sus ojos brillaban, su piel se tornaba tersa y suave, y aparecía regenerado y renovado repentinamente. Los orientales tienen gran capacidad para agrandar los prodigios; afirmaban haber visto a Simón pasar de la niñez a la decrepitud y nuevamente, a su antojo, retornar de la decrepitud a la niñez. Por todas partes se hacía alharaca sobre sus milagros, hasta que no sólo se convirtió en ídolo de la Samaría judía sino también de los países vecinos.

Sin embargo, los cultores de prodigios están por lo general hambrientos de emociones y no dejan de cansarse de lo que al principio los asombra. Cuando el Apóstol San Felipe llegó a Samaría para predicar el evangelio, se inició allí una nueva corriente de entusiasmo, con el resultado de que Simón perdió todo su prestigio. Además, tenía conciencia de que sus estados anormales habían cesado, y pensó haber perdido su poder; se creía superado por magos más ilustrados que él, y su propósito fue unirse a los apóstoles con la esperanza de estudiar, descubrir o comprar su secreto.

Simón no era ciertamente un iniciado de la Magia Trascendental, que le hubiera dicho que la sabiduría y la santidad son necesarias para quienes dirijan las fuerzas secretas de la Naturaleza sin que ellas lo destruyan; que jugar con armas tan terribles, sin entenderlas, era un acto de necios; y que una muerte rápida y terrible aguarda a quienes profanan

el Santuario de la Naturaleza. Simón estaba consumido por una sed inextinguible, como la de un borracho; la suspensión de su éxtasis implicó la pérdida de toda su felicidad, y enfermó por todos sus excesos pasados, pensó volver a ganar la salud con una renovada intoxicación. No se vuelve voluntariamente al estado de simple mortal después de posar como dios. Por ello, para recuperar lo que había perdido, Simón se sometió a todos los rigores de la austeridad apostólica; vigilaba, rezaba, ayunaba, pero los milagros no volvían. Entonces reflexionó que entre judíos podía ser posible alcanzar un entendimiento y ofreció dinero a San Pedro. El jefe de los apóstoles le despidió con indignación; y quien recibiera de tan buen grado las contribuciones de sus discípulos estaba al borde de la inopia; abandonó la sociedad de los hombre que mostraban tanto desinterés, y con el dinero que San Pedro desdeñó compró una esclava llamada Elena.

Los delirios místicos son siempre afines con perversión. Simón se enamoró apasionadamente de su sierva; la pasión, debilitante y exaltadora a la vez, restableció sus estados catalépticos y los fenómenos morbosos que él denominaba dones prodigiosos. De su cerebro surgió plenamente armada una mitología llena de reminiscencias mágicas, combinadas con sueños eróticos. Como los apóstoles, emprendió peregrinaciones, llevando consigo a Elena, dogmatizando y exhibiéndose ante quienes querían adorarle y, sin duda, también pagarle.

Según Simón, la primera manifestación de Dios fue por medio de un esplendor perfecto que produjo su reflejo inmediatamente. Simón era este sol de las almas y su reflejo era Elena, a quien llamaba Selene, nombre griego de la Luna. La luna de Simón cayó al principio de las edades sobre la tierra que el mago diseñara en sus sueños perpetuos. Ella se convirtió en una madre, impregnada por el pensamiento de su sol, y dio a luz ángeles en el mundo, criándolos por sí sin hablar de ellos a su padre. Los ángeles se rebelaron contra ella y la aprisionaron en un cuerpo mortal. Fue entonces cuando el esplendor de Dios se vio obligado a descender a su vez para redimir a Elena, y así Simón el judío se manifestó en la tierra. Tuvo que vencer a la muerte y llevar a su Elena por el aire, seguido por el triunfal coro de los elegidos, mientras el resto de la humanidad fue abandonada en la tierra a la eterna tiranía de los ángeles. Asi el heresiarca, imitando al cristianismo pero en sentido contrario, afirmó el reino eterno de rebeldía y maldad, representó al mundo como creado o, al menos, completado por los demonios, y destruyó el orden y la jerarquía, para exhibirse solo con su concubina, como el camino, la verdad y la vida. He aquí la doctrina del Anticristo, y no moriría con Simón, pues se perpetuó hasta nuestro tiempo. En verdad, las tradiciones proféticas del cristianismo hablan de su reino y triunfo transitorios que llegarán anunciando las más terribles calamidades. Simón reclamó el título de santo y, por curiosa coincidencia, el jefe de una moderna secta gnóstica que recuerda todo el misticismo sensual del primer heresiarca —el inventor de la "mujer libre"— también se llama Saint-Simón. To-

das las falsas revelaciones surgidas de esta fuente impura deberían-haber recibido el nombre de cainismo. Son dogmas de maldición y odio contra la armonía universal y el orden social; son pasiones desordenadas que afirman la licencia en lugar del deber, el amor sensual en lugar del amor casto y devoto, la prostituta en lugar de la madre, y Elena, concubina de Simón, en lugar de María, la madre del Salvador.

Simón se convirtió en una celebridad y se dirigió a Roma, donde el emperador, atraído por todos los espectáculos extraordinarios, estaba dispuesto a darle la bienvenida: el emperador era Nerón. El judío iluminado asombró al loco con corona con un truco común en malabarismo. Fue decapitado y después saludó al emperador, con su cabeza nuevamente sobre los hombros. Hizo que los muebles se moviesen y las puertas se abriesen; en una palabra actuó como un *médium* verdadero y se convirtió en hechicero a la orden en las orgías de Nerón y en los banquetes de Trimalción. Según los forjadores de leyendas, fue para librar a los judíos de Roma de la doctrina de Simón que San Pedro visitó esa capital del mundo. Nerón, por medio de sus espías inferiores, fue informado rápidamente que un nuevo operador de prodigios al estilo israelita había llegado para declararle guerra a su propio encantador, y resolvió enfrentarlos para divertirse. Tal vez Petronio y Tigelino asistieron a esta fiesta.

—La paz sea contigo— dijo el príncipe de los apóstoles al entrar.

—Nada tenemos que hacer con tu paz —respondió Simón—. La verdad se descubre con la guerra. La paz entre adversarios es la victoria de uno y la derrota del otro.

San Pedro contestó: —¿Por qué rechazas la paz? Los vicios de los hombres han creado la guerra, pero la paz siempre mora con la virtud.

—La virtud es poder y habilidad —dijo Simón—. En lo que a mí respecta, enfrento al fuego, me elevo por los aires, restauro las plantas, transformo las piedras en pan. ¿Y tú que es lo que haces?

—Rezo por ti —dijo San Pedro— para que no perezcas víctima de tus encantamientos.

—Guárdate tus oraciones; no ascenderán a los cielos tan rápidamente como yo mismo.

...Y el mago atravesó una ventana y se elevó afuera por los aires. Si esto fue realizado por medio de un aparato aerostático oculto bajo sus largas vestiduras o si realmente se elevó, como los convulsionarios del Diácono Paris, debido a una exaltación de la Luz Astral, no podemos decirlo; pero durante este fenómeno San Pedro estuvo rezando de rodillas y Simón cayó de repente con un fuerte grito, levantándosele con las piernas quebradas. Nerón hizo aprisionar a San Pedro, que parecía un mago mucho menos divertido que Simón; éste murió a consecuencia de su caída. Todo este relato, que pertenece a los rumores populares de esa época, queda ahora relegado, aunque quizá erróneamente, a la región de las leyendas apócrifas. Por tal circunstancia no es menos notable ni menos digno de que se lo preserve.

La secta de Simón no concluyó con él, y su sucesor fue uno de sus

discípulos: Menandro. No se hizo pasar por dios, contentándose con el papel de profeta; mas cuando bautizaba a los prosélitos, un fuego visible descendía sobre el agua. También prometía la inmortalidad del alma y del cuerpo como resultado de esta inmersión mágica, y en los tiempos de San Justino había todavía adeptos de Menandro que se creían firmemente inmortales. Las muertes que ocurrían entre ellos de ningún modo desengañaban a los otros, pues los difuntos eran excomulgados por haber sido falsos hermanos. Para estos creyentes la muerte era real apostasía y sus rangos mortales eran cubiertos enrolándose nuevos prosélitos. Quienes



*La pública disputa entre Simón el Mago, por un lado, y San Pedro y San Pablo, por el otro*

entiendan los alcances de la locura humana no se asombrarán al oír que en el corriente año, en 1858, existe en Norte América y en Francia una secta fanática continuadora de la de Menandro.

El calificativo de mago añadido al nombre de Simón convirtió a la Magia en algo horroroso para los cristianos; pero no por ello cesan de honrar la memoria de los Reyes Magos que adoraron al Salvador en Su cuna.

## Capítulo III EL

## DEMONIO

Mediante su clara formulación de conceptos relativos a Dios, el cristianismo nos conduce a la comprensión de Dios como el amor más absoluto y puro, mientras define, no menos claramente, el espíritu que se opone a Dios, el espíritu de rebelión y odio, o sea, Satán. Pero este espíritu no es una personalidad; tampoco ha de considerársele una especie de dios negro: es una perversidad común a todas las inteligencias descarriadas. "Mi nombre es legión", dice Satán en el Evangelio, "porque somos muchos". El nacimiento de la inteligencia puede compararse con la Estrella de la Mañana, y después de haber brillado un instante, si cae por propia decisión en el vacío de la oscuridad podemos aplicarle el apostrofe proferido por Isaías al rey de Babilonia: "¿Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, Hijo de la Mañana?" ¿Pero esto significa que el Lucifer celestial, la Estrella Matutina de la inteligencia, se transformó en estigma del infierno? ¿El nombre de "Lucífero" puede aplicarse con justicia al ángel transgresor y tenebroso? Pensamos que no, más especialmente si se entiende, como lo entendemos quienes tenemos detrás de nosotros la tradición mágica, que el infierno personificado por Satán y simbolizado por la vieja serpiente, es el fuego central que rodea la tierra, consumiendo todo lo que ésta produce y devorando su propia cola, como la serpiente de Cronos —en una palabra, esa Luz Astral de la que el Todopoderoso habló a Caín cuando dijo: "Si obras mal, el pecado estará en las puertas de tu casa" —es decir, el desorden se apoderará de todos tus sentidos; "empero, a ti he sometido el deseo de la muerte, y a ti te corresponde gobernarlo".

La personificación regia y casi divina de Satán es un error que se remonta al falso Zoroastro o, de otro modo, a la doctrina sofisticada de los posteriores y sofisticados Magos de Persia; ellos representaron los dos polos del mundo intelectual como deidades, ideando una divinidad de fuerza pasiva que se distinguiese de la fuerza activa. Hemos dicho que la mitología de la India incurrió en el mismo error. Ahrimán, o Siva, es el padre del demonio, como entienden a éste los supersticiosos forjadores de leyendas, y por eso nuestro Salvador dijo: "El demonio es mentiroso como su padre". Sobre esta cuestión la Iglesia se contenta con los textos

evangélicos, sin hacer pública decisión dogmática alguna, que defina objetivamente al demonio. Los buenos cristianos evitan incluso nombrarlo, mientras los moralistas religiosos recomiendan a los fieles no preocuparse por él, y procurar resistir sus artes pensando sólo en Dios. No podemos sino admirar esta sabia reserva de parte de la enseñanza sacerdotal. ¿En verdad, por qué debe reflejarse en él la luz de la doctrina cuando es la oscuridad y la noche más tenebrosa del corazón? Que el espíritu que nos distraeria del conocimientos de Dios permanezca desconocido por nosotros. Con seguridad, no es nuestra intención realizar lo que la Iglesia omitió; damos fe de tal cuestión sólo respecto de la instrucción secreta de los iniciados en las ciencias ocultas. Ellos han dicho que el gran Agente Mágico —denominado precisamente Lucifer porque es el vehículo de la luz y el receptáculo de todas las formas— es una fuerza mediadora, esparcida por toda la creación; que sirve para la creación y la destrucción; que la caída de Adán fue una embriaguez erótica que sometió la raza a la luz fatal; que toda pasión amorosa que invade los sentidos es un torbellino de esta luz, que procura hundirnos en el abismo de la muerte; que la locura, las alucinaciones, las visiones, los éxtasis, constituyen una exaltación excesivamente peligrosa de este fósforo interior; finalmente, que la luz en cuestión es de la naturaleza del fuego, cálida y vivificante en su uso prudente, pero que quema, disuelve y destruye en su exceso. Sobre esta luz el hombre está llamado, por un lado, a asumir un imperio soberano, para que gane su inmortalidad, pero, por el otro, es amenazado de intoxicación, absorción y destrucción eterna. En su aspecto devorador, vengador y fatal, la Luz Astral puede llamarse fuego infernal, la serpiente de la leyenda, mientras el atormentado pecado que allí abunda, las lágrimas y el rechinar de dientes por parte de los abortos que ella consume, el fantasma de la vida que escapa de ellos y parece insultar su miseria, pueden denominarse demonio o Satán. Entre las pompas y las obras del infierno puede incluirse, en fin, aquellas acciones, aquellas imágenes ilusorias del placer, la riqueza y la gloria que son mal dirigidas por el vértigo de esta luz.

El Padre Hilarión Tissot considera ciertas enfermedades nerviosas acompañadas por alucinaciones y delirios como posesiones diabólicas, y, entendido en el sentido de los cabalistas, con seguridad está en lo cierto. Quien entregue nuestra alma a la fatalidad del vértigo es verdaderamente infernal, puesto que el cielo es el reino eterno del orden, la inteligencia y la libertad. Los posesos del Evangelio huyeron de Jesucristo; los oráculos se silenciaron en presencia de los apóstoles; mientras quienes fueron presa de enfermedades alucinatorias manifestaron siempre una invencible repugnancia hacia los iniciados y los sabios. La suspensión de los oráculos y las obsesiones demostró el triunfo de la libertad humana sobre la fatalidad. Cuando reaparecen las enfermedades astrales, ese es ominoso signo de enervación espiritual, y las manifestaciones de este tipo concluyen invariablemente en desórdenes fatales. Las perturbaciones aquí referidas continuaron hasta la Revolución Francesa, y los fanáticos de San Medardo

fueron los profetas de sus calamidades sanguinarias. El famoso criminólogo Torreblanca, que llegó hasta la raíz de la Magia Diabólica, describió minuciosamente todos los fenómenos de perturbación astral al clasificar las obras del demonio. He aquí algunos extractos del capítulo XV de su trabajo sobre *Magia Operativa:* 1) El demonio se esfuerza continuamente por inducirnos en el error. 2) Engaña a los sentidos perturbando la imaginación, aunque no puede cambiar su naturaleza. 3) Cuando se manifiestan cosas anormales a la vista humana, un cuerpo imaginario asume forma en la mente, los fenómenos continúan mientras el fantasma permanezca allí. 4) El demonio destruye el equilibrio de la imaginación mediante una perturbación de las funciones vitales, ya sea por irregularidad de la salud o enfermedad real. 5) Cuando una causa morbosa destruyó este equilibrio, y también el de la razón, se posibilita el soñar despierto, y lo que no tiene existencia asume semejanza de realidad. 6) La percepción mental de las imágenes hace que, de esta manera, la visión no sea digna de confianza. 7) Las visiones se corporizan pero son meras formas del pensamiento. 8) Los antiguos distinguían dos órdenes de enfermedad: una era la percepción de formas imaginarias, que se denominaba frenesí; la otra era el coribantismo, o sea, oír voces y otros sonidos que no existen.

De estas afirmaciones, curiosas en diversos aspectos, se desprende que Torreblanca atribuye la enfermedad al demonio, que en verdad es en sí mismo una enfermedad; con esto coincidimos enteramente, si lo permite la autoridad dogmática. Los esfuerzos recurrentes de la Luz Astral tendientes a desintegrar y absorber a las entidades es parte de su naturaleza; sus corrientes incesantes tienen efecto desgastador como el agua, o consuntivo como el fuego, pues se trata de la esencia misma y fuerza disolutiva del fuego. El espíritu de perversidad y el amor por la destrucción que caracterizan a quienes gobierna son los instintos de esta fuerza. Además son consecuentes con el sufrimiento del alma, que no tiene conciencia de su vida incompleta y se siente arrastrada en direcciones contrarias. El alma ansia ponerse fin, pero teme morir sola, y por ello incluye a toda la creación en su destrucción. Esa perversidad astral asume frecuentemente la forma de odio hacia los niños; un poder desconocido impulsa a ciertos sujetos a matarlos, y voces imperiosas parecen pedir su muerte. El doctor Briérre de Boismont cita terribles ejemplos de esta manía, recordando los crímenes de Papavoine y Enriqueta Cornier.

Quienes sufren de perversión astral son malévolos, y tienen celos de la alegría de los demás; son especialmente enemigos de la esperanza y hasta cuando ofrecen consuelo, escogen las figuras del lenguaje más desesperadas y angustiosas. Esto se explica porque sus vidas son sinónimo de sufrimiento y han dado vueltas en la danza de la muerte. Además, la perversión astral y el deseo de muerte abusan del acto genésico, llevando a su perversión o dehonra mediante burlas sacrilegas y chanzas vergonzosas. La obscenidad es una blasfemia contra la vida. Cada uno de estos vicios es personificado por un ídolo negro o por un demonio,

que es el reflejo negativo y tortuoso de la divinidad que comunica la vida, estos son ídolos de muerte. Moloc es la fatalidad devoradora de infantes. Satán y Nisroc son dioses del odio, de la fatalidad y desesperación. Lilith, Nehamah y Ashtaroth son ídolos de la licenciosidad y el aborto. Adramelec es el dios del asesinato, mientras Belial es el de la rebelión y anarquía eternos. Tales son las monstruosas ideaciones de la razón, cuando se detiene a punto de extinguirse, y adora pródigamente a su destructor, para llegar al fin de su tormento mediante el destructor que la absorbe. Según los cabalistas, el verdadero nombre de Satán es el de Jehová al revés; pues Satán no es un dios negro sino la negación de la Deidad. Es la personificación del ateísmo y la idolatría. El demonio no es una personalidad para los iniciados sino una fuerza creada con un buen objeto, aunque puede ser aplicado al mal; en realidad es el instrumento de la libertad. Representaban esta fuerza, que preside la generación física, bajo la figura mitológica del cornudo dios Pan, y de allí deriva el macho cabrío del Sabbath, hermano de la vieja serpiente, el lucífero o fósforo, convertido por los poetas en el falso Lucifer de la leyenda.

Capitulo IV

# LOS ÚLTIMOS PAGANOS

El milagro eterno de Dios es el orden inmutable de su providencia en las armonías de la Naturaleza; los prodigios son trastornos atribuibles únicamente a la degeneración de la criatura. El milagro divino es, de esa manera, una reacción providencial para restaurar el orden interrumpido. Cuando Jesús curaba a los posesos, los calmaba y suspendía los prodigios que estos producían; cuando los apóstoles subyugaban la exaltación de las pitonisas, ponían fin a la adivinación. El espíritu del error es un espíritu de agitación y subversión; el espíritu de la verdad procura tranquilidad y paz en su sendero. Esa fue la influencia civilizadora del cristianismo en su alborada; pero las pasiones amigas de la perturbación no la dejaron, sin lucha, en posesión de la pahua de una fácil victoria. El politeísmo que expiraba sacó poderes de la Magia de los viejos santuarios, a los misterios del Evangelio se oponían aún los de Eleusis. Apolonio de Tiana fue erigido paralelo del Salvador del mundo, y Filóstrato se dedicó a elaborar una leyenda sobre el tema de esta nueva deidad. Después llegó el emperador Juliano, que se habría auto-deificado si la jabalina que lo mató no hubiese propinado el último golpe a la idolatría cesárea. El forzado y decrépito renacimiento de una religión que estaba muerta en sus formas era un aborto al pie de la letra, y Juliano, que lo intentó, se vio condenado a perecer con el senil vastago que pugnó por introducir en el mundo.

No obstante esto, Apolonio y Juliano fueron dos personajes curiosos, e incluso grandes, y su historia hace época en los anales de la Magia. En esa época estaban en boga las leyendas alegóricas. Los maestros encarnaban su doctrina en la personalidad de aquéllos, y los discípulos iniciados escribían fábulas que combinaban los secretos de la iniciación. La historia de Apolonio escrita por Filóstrato, demasiado absurda como para aceptarla literalmente, se torna memorable cuando su simbolismo es examinado según datos científicos. Se trata de una especie de evangelio pagano, opuesto al del cristianismo; es en general una doctrina secreta, y estamos en condiciones de reconstruirla y explicarla.

En el tercer libro de Filóstrato, el capítulo inicial contiene un relato de Hifasis, río prodigioso que nace en cierta llanura y se pierde en regio-

nes inabordables. Ese rio representa el conocimiento mágico, que es simple en sus primeros principios pero difícil de deducir minuciosamente respecto de sus consecuencias finales. Filóstrato nos dice sobre el particular que los matrimonios no son fecundos a no ser que sean consagrados con el bálsamo de los árboles que crecen en las riberas del Hifasis. Los peces de este río son sagrados para Venus; sus aletas dorsales son azules, las escamas, multicolores, y su cola, dorada; pueden subir la cola a su antojo. En el río hay también un animal parecido a un gusano blanco, que cuando se lo cuece produce un aceite inflamable que sólo puede conservarse en vidrio. El animal se preserva solamente para el servicio real, pues tiene el poder de derribar murallas. Cuando su grasa es expuesta al aire, se inflama y entonces en todo el mundo no hay nada que pueda apagar sus llamas.

Con el pez del río Hifasis, Apolonio significa la configuración universal que los experimentos magnéticos revelaron recientemente, que es azul por un lado, dorado en el opuesto, y de muchos colores en el centro. El gusano blanco es la Luz Astral, que se disuelve en aceite cuando se la condensa mediante un fuego triple, y ese aceite es la Medicina Universal. Sólo puede contenerlo el vidrio, pues es no-conductor de la Luz Astral, y su porosidad es inapreciable. Este secreto está reservado para el rey, el cual significa un iniciado del primer orden, pues se relaciona con una fuerza con la que pueden ser destruidas ciudades. Aquí se indica algunos secretos importantes con gran claridad.

En el siguiente capítulo Filóstrato habla de los unicornios y dice que el cuerno de estos animales puede ser modelado como copas para beber, que salvaguardan contra todos los venenos. El cuerno único de la criatura simbólica representa la unidad jerárquica, y por eso Filóstrato añade, basándose en la autoridad de Damis, que las copas en cuestión son también exclusivas de los reyes. Dice Apolonio: "Feliz quien jamás se embriaga y sólo bebe de esa copa".

Damis narra además que Apolonio encontró a una mujer blanca de los pies hasta los pechos, y negra en la parte superior. Sus discípulos se alarmaron ante el prodigio, pero el maestro le extendió su mano, pues la conocía. Les dijo que se trataba de la Venus de la India, cuyos colores eran los del toro Apis, adorado por los egipcios. Este arlequín femenino es la ciencia mágica, cuyos blancos miembros —o formas creadas— revelan la cabeza negra, o la causa suprema desconocida por el hombre en general. Pero Filóstrato y Damis conocían esto y con emblemas de distinta índole expresaban ocultamente la doctrina de Apolonio. El secreto de la Gran Obra está contenido en los capítulos V y X de este tercer libro, y la forma simbólica adoptada es la de dragones que defienden la entrada de un palacio de los sabios. Hay tres especies de dragones: los que habitan respectivamente en pantanos, llanuras y montañas. La montaña es Azufre, el pantano es Mercurio y la llanura es la Sal de los Filósofos. Los dragones de la llanura están punteados en el dorso, como un pez sierra, como referencia a la potencia acida de la sal. Los de las

montañas tienen escamas y barba doradas, y el sonido de su movimiento reptante semeja el tintineo del cobre. En su cabeza hay una piedra con lo que pueden operarse milagros. Toman sol en las costas del Mar Rojo y se los atrapa con la ayuda de una tela roja bordada con letras doradas, posan su cabeza sobre estas letras encantadas y caen dormidos, decapitándoselos con un hacha. ¿Quién no reconoce aquí la Piedra Filosofal, el Magisterio en el Rojo, y el famoso régimen del fuego, representado por las letras doradas? Bajo el nombre de Ciudadela de los Sabios, Filóstrato sigue describiendo el Atanor como una colina rodeada de niebla pero despejada por el lado Sud. Tiene un pozo de cuatro pasos de ancho, del que surge un vapor azul-celeste, atraído por el calor del sol, que exhibe todos los colores del arco iris. El fondo del pozo es una mezcla de arena ron arsénico rojo. Cerca hay un estanque lleno de fuego, y de allí surge una lívida llama, sin olor ni humo, nunca más alta ni más baja que el borde del estanque. También hay dos receptáculos de piedra negra; en uno se almacena la lluvia y en el otro, el viento. La cisterna de la lluvia se abre cuando hay excesiva sequía; entonces llegan las nubes que riegan toda la región. Sería difícil describir con mayor exactitud el Fuego Secreto de los Filósofos y lo que ellos denominan su *Balneum Mariae.* De este relato se colige que los antiguos alquimistas empleaban la electricidad, el magnetismo y el vapor en su Gran Obra.

Luego Filóstrato habla de la Piedra Filosofal, a la que indistintamente llama Piedra y Luz. "A los profanos no les está permitido descubrirla, porque se desvanece si no se la retiene según los procedimientos del Arte. Sólo los sabios, por medio de ciertas fórmulas verbales y ritos, pueden obtener la *Pantarba.* Este es el nombre de la Piedra, que de noche semeja fuego, llameante y chispeante, mientras que de día encandila con su brillo. Esta luz es una materia sutil de virtud admirable, pues atrae todo lo que está cerca de ella."

La revelación antedicha, relativa a las doctrinas secretas de Apolonio, demuestra que la Piedra Filosofal no es sino un imán universal, formado por Luz Astral condensada y fijada en torno de un centro. Es un fósforo artificial que contiene las virtudes concentradas de todo el calor generativo, y las múltiples alegorías y tradiciones subsistentes respecto de ella son como testimonios de su existencia cierta.

Toda la vida de Apolonio, como la documenta Filóstrato, que sigue a Damis de Asiria, es una urdimbre de apólogos y parábolas; como ya se dio a entender, la doctrina oculta de los grandes maestros de la iniciación era escrita de esta manera en aquel período. Por tanto, sabemos porqué la narración toma la forma de fábulas, y bajo el texto de éstas debemos esperar hallar, e incluso buscar entender, el conocimiento secreto de los hierofantes.

No obstante su gran ciencia y conspicuas virtudes, Apolonio no fue un sucesor en la escuela jerárquica de los Magos. Su iniciación tuvo origen en la India y fue adicto a las prácticas enervantes de los brahmines; además, predicó abiertamente la rebelión y el regicidio; fue un gran per-

sonaje ubicado en la senda equivocada. La figura del emperador Juliano parece más poética y bella que la de Apolonio; mantuvo en el trono del mundo toda la austeridad de un sabio; y buscó transferir la joven savia del cristianismo al debilitado cuerpo del helenismo. Fue un noble maniático, sólo culpable de demasiada devoción a las asociaciones de la patria y a las imágenes de sus dioses ancestrales. Para contrabalancear la eficacia realizadora de la doctrina cristiana llamó a la Magia Negra en su ayuda y se sumergió en tenebrosas evocaciones, siguiendo la guía de Jámblico y Máximo de Efeso. Pero los dioses que anheló resucitar jóvenes y bellos, aparecieron ante él fríos v decrépitos, reacios a la vida y la luz, y listos para huir ante el signo de la cruz.

Fue un gran final acorde con la evolución helénica: el Galileo había vencido. Juliano murió como un héroe; no blasfemó contra su vencedor, como falsamente se pretendiera. Ammiano Marcelino describe minuciosamente sus últimos momentos: fueron los de un guerrero y filósofo. Las maldiciones del sacerdotismo cristiano retumbaron largo tiempo sobre su tumba. ¿Acaso el Salvador, amante de las almas nobles, no perdonó a adversarios menos importantes y generosos que el desgraciado Juliano?

Con la muerte de este emperador, la Magia y la idolatría quedaron simultáneamente envueltas en la misma reprobación universal. Entonces nacieron las asociaciones secretas de adeptos, en las que, en un período posterior, gravitaron los gnósticos y los maniqueos. Las asociaciones en cuestión fueron depositarlas de una tradición de errores y verdades admitidas; pero bajo el sello de terribles promesas, transmitieron el Gran Arcano de la antigua omnipotencia, junto con las esperanzas siempre frustradas de cultos extinguidos y sacerdocios caídos.

# Capítulo V LAS

# LEYENDAS

Las extrañas narraciones contenidas en la *Leyenda Dorada,* aunque sean fabulosas, pueden referirse sin embargo a la suprema antigüedad cristiana. Son más bien parábolas que historias; el estilo es simple y oriental, como el de los Evangelios; y su existencia tradicional demuestra que fue ideada una especie de mitología para ocultar los misterios cabalísticos de la iniciación juanista. La *Leyenda Dorada* es un Talmud cristiano expresado en alegorías y apólogos. Estudiada desde este punto de vista, novísimo a fuer de antiguo, la obra resultará de real importancia y de sumo interés. Una de las narraciones de esta Leyenda, tan llena de misterios, caracteriza el conflicto de la Magia y la alborada del cristianismo de manera igualmente dramática y pasmosa. Semeja un anticipo de bosquejo de Los *Mártires*, de Chateaubriand, y el *Fausto,* de Goethe, combinados.

Justina era una doncella pagana, joven y bella, hija de un sacerdote de los ídolos, al estilo de Cimodocea. Su ventana se abría hacia un patio que daba sobre la iglesia cristiana; así, diariamente oía la voz pura y recogida de un diácono que leía en voz alta los santos Evangelios. Esas palabras desconocidas conmovían y agitaban su corazón tan profundamente que una mañana en que su madre observó su seria apariencia y procuró ser depositaría de sus confidencias y preocupaciones, Justina cayó a sus pies, diciéndole: —Madre mía, bendíceme o perdóname: soy cristiana.

La madre lloró y la abrazó; después, volvió con su esposo y le contó lo que oyera. Esa noche los padres tuvieron, al dormirse, el mismo sueño. Una luz divina descendió sobre ellos, y una voz suave los llamó, di-ciéndoles: -

—Venid a mí, todos los afligidos y os confortaré. Venid, amados de mi padre, y os daré el reino que os tengo preparado desde el inicio del mundo.

Amaneció; padre y madre bendijeron a su hija. Los tres se enrolaron entre los catecúmenos, y luego del período habitual de prueba, fueron admitidos para el Santo Bautismo. Justina regresaba blanca y radiante de la iglesia, entre su madre y su anciano padre, cuando dos hombres repul-

sivos, envueltos en sus mantos, pasaron como Fausto y Mefistófeles junto a Margarita. Eran el mago Cipriano y su discípulo Acladio. Se detuvieron, deslumhrados por la aparición, pero Justina siguió su marcha sin verlos y llegó a su hogar con su familia.

La escena ahora cambia. Estamos en el laboratorio de Cipriano. Han sido trazados unos círculos. Una víctima sacrificada palpita todavía junto a un brasero humeante. El genio de las tinieblas está en presencia del mago, y le dice: —Me has llamado; aquí estoy. Habla. ¿Qué es lo que pides?

—Amo a una virgen.

—Sedúcela.

—Ella es cristiana.

—Denúnciala.

—Yo la poseería pero después la perdería. ¿No puedes ayudarme?

—He tentado a Eva, que era inocente, y he conversado diariamente con Dios mismo. Si tu virgen es cristiana, has de saber que fui yo quien hizo que Jesucristo fuese crucificado.

—Entonces... la pondrás en mis manos.

—Toma este ungüento mágico y unta el umbral de su casa; el resto me concierne.

Ahora Justina está dormida en su alcoba pequeña y sencilla. Cipriano está en la puerta; murmura palabras sacrílegas y celebra ritos horribles. El demonio se arrastra hasta la almohada de la jovencita; le instila sueños voluptuosos, en los que abunda la imagen de Cipriano; a ella le parece encontrarlo otra vez a la salida de la iglesia. Sin embargo, esta vez le mira; escucha, y las cosas que Cipriano le susurra llenan de zozobra su corazón. Pero súbitamente se mueve, despierta y se hace la señal de la cruz. El demonio se desvanece y el seductor, que oficia en la puerta de centinela, aguarda en vano durante toda la noche.

A la mañana Cipriano renueva sus invocaciones y abruma a su cómplice infernal con amargos reproches. El demonio confiesa su incapacidad y cae en desgracia. Cipriano invoca a un demonio de clase superior que, alternadamente, se transforma en doncella o en gallardo mancebo, tentando a Justina con consejos y caricias. Ella está a punto de ceder, pero su ángel bueno la auxilia; une su inspiración a la señal de la cruz y aleja al espíritu maligno. Entonces Cipriano invoca al rey del infierno; llega Satán en persona. Acosa a Justina con todas las aflicciones de Job y esparce horrible plaga en toda Antioquía. Instigados por él, los oráculos declaran que aquélla sólo cesará cuando Justina haya complacido a Venus y al amor, a los que ultrajó por igual. Sin embargo, Justina reza en público por el pueblo y la peste cesa. El confundido ahora es Satán; Cipriano le obliga a reconocer la omnipotencia de la señal de la cruz y lo amenaza con trazarla sobre su persona. Abjura de la Magia, se convierte en cristiano, es consagrado obispo y se encuentra con Justina en un convento. Ahora se aman con el amor puro y duradero de la caridad celestial; se desata la persecución sobre ambos; juntos son arrestados.

Condenados a morir el mismo día, ratifican en el seno de Dios su connubio místico y eterno.

Según la leyenda, San Cipriano fue Obispo de Antioquía, pero la historia eclesiástica dice que su sede era la de Cartago. Por lo demás, poco importa si los personajes son los mismos; uno pertenece a la poesía y el otro es un Padre y Mártir de la Iglesia.

En los viejos Grimorios todavía se encuentra una oración atribuida al San Cipriano legendario, que es posiblemente el santo Obispo de Cartago. Sus expresiones oscuras y figuradas pueden dar pábulo a la idea de que, antes de su conversión, era adicto a las letales prácticas de la Magia Negra. Esa plegaria puede traducirse así:

'Yo, Cipriano, siervo de nuestro Señor Jesucristo, he orado a Dios Padre Omnipotente, diciendo: Tu eres el Dios fuerte, mi Dios Todopoderoso, que moras en la gran luz. Eres santo y digno de alabanza, y en los viejos tiempos contemplaste la maldad de tu siervo y las iniquidades en las que se sumergió por los ardides del denomio. Yo ignoraba tu verdadero nombre; pasé en medio de las ovejas y estaban sin pastor. Las nubes no derramaban rocío sobre la tierra; los árboles no daban fruto, y las parturientas no podían dar a luz. Ligué sin desligar; ligué los peces del mar y quedaron cautivos; ligué las sendas del mar y circundé muchos males. Pero ahora, Señor Jesucristo, he conocido tu Santo Nombre, te he amado, y me he convertido con todo mi corazón, con toda mi alma y con todo mi ser interior. Me aparté de la multitud de mis pecados para caminar en tu amor y seguir tus mandamietnos, que en adedante son mi fe y mi oración. Tú eres el Verbo de la verdad, el único Verbo del Padre, y te conjuro ahora a romper la cadena de las nubes y a hacer descender sobre tus hijos tu agradable lluvia semejante a leche, a liberar los ríos y a los que nadan, y también a los que vuelan. Yo te conjuro a romper todas las cadenas y a eliminar todos los obstáculos por la virtud de tu Santo Nombre."

La antigüedad de esta plegaria es evidente y constitutiva de las reminiscencias más notables de índole primitiva, pertenecientes al esoterismo cristiano de los primeros siglos de esta era.

El calificativo de "Dorada" o "Áurea" dado a la fabulosa leyenda de santos alegóricos es señal suficiente de su carácter. El oro, para los ojos de los iniciados, es luz condensada; los números sagrados de la Cabala se llamaban dorados o áureos; las instrucciones morales de Pitágoras estaban contenidas en los *Versos Áureos;* y por la misma razón que la misteriosa obra de Apuleyo en la que un asno tiene un importante papel, se llama el *Asno de Oro.*

Los paganos acusaron a los cristianos de adorar a un asno, y esa calumnia no es de su cosecha; puede conectarse con los judíos de Samaría, que expresaban las ideas cabalísticas sobre la Divinidad por medio de símbolos egipcios. La inteligencia era representada con el símbolo de una estrella mágica, venerada bajo el nombre de *Rempham;* la ciencia era representada con el emblema de *Anubis,* nombre alterado de *Nibbas;* mien-

tras la fe o credulidad del vulgo aparecía bajo la imagen de *Thartac*, dios representado sosteniendo un libro, llevando un manto, y con cabeza de asno. Según los doctores samaritanos, el cristianismo era el reinado de *Thartac*, o la fe ciega y la credulidad del vulgo establecidas como oráculo universal, superior a toda comprensión y conocimiento. Es por eso que, en sus relaciones con los gentiles, cuando oían que se los identificaba con los cristianos, protestaban y suplicaban que no se los confundiese con los adoradores de la cabeza de un asno. La supuesta revelación divertía a los filósofos, y Tertuliano menciona una caricatura romana, conservada en aquellos tiempos, que exhibía a *Thartac* en todo su esplendor, identificado como el dios del cristianismo, para recreo de Tertuliano, aunque éste era el autor del famoso aforismo: *Credo quia absurdum.*

El Asno de Oro, de Apuleyo, es la leyenda oculta de *Thartac*. Se trata de una epopeya mágica y de una sátira contra el cristianismo, que indudablemente el autor profesó durante un lapso, o así parece darlo a entender al menos bajo la alegoría de su metamorfosis en asno. El argumento de la obra es el siguiente: Apuleyo viajaba por Tesalia, país de los encantamientos cuando recibió hospitalidad en casa de un hombre cuya esposa era una hechicera. Sedujo a la sierva de ésta, pensando que así obtendría sus secretos. La joven prometió entregar a su amante una poción con la que la hechicera se transformaba en pájaro pero, al confundir el recipiente, Apuleyo se convirtió en asno. La muchacha sólo pudo consolarle diciendo que, para recobrar su propia forma, bastaba con que comiese rosas, pues la rosa es la flor de la iniciación. Pero la dificultad consistía en hallar rosas de noche, por lo que se decidió esperar hasta la mañana. La sierva puso al asno en la caballeriza con el resultado de que unos ladrones se apoderaron de él y se lo llevaron. Ahora eran escasas las posibilidades de encontrar rosas, impropias de los asnos, y los jardineros ahuyentaban al animal con sus varas.

Durante su prolongado y triste cautiverio oyó la historia de Psique, esa leyenda maravillosa y simbólica semejante al alma y la poesía de su propia experiencia. Psique deseaba apoderarse por sorpresa de los secretos del amor, tal como Apuleyo hiciera lo propio con los de la Magia; ella perdió el amor, *y* él. la forma humana. Ella era una vagabunda expatriada, que vivía bajo la ira de Venus, y él era el esclavo de los ladrones. Mas después de viajar por el infierno, Psique debía regresar al cielo, y los dioses se apiadaron de Lucio. Isis se le apereció en un sueño y prometió que su sacerdote, advertido por una revelación, le daría rosas durante las solemnidades de su festival venidero. Llegó la fecha del festival, y Apuleyo describe *in extenso* la procesión de Isis; el relato es valioso para la ciencia, pues da la clave de los misterios egipcios. Primero llegan hombres disfrazados que llevan animales grotescos: son las fábulas del vulgo. Siguen mujeres que esparcen flores y llevan sobre sus hombros espejos que reflejan la imagen de la gran divinidad. Así, los hombres que marchan al frente formulan dogmas que las mujeres embe-

llecen, reflejando inconscientemente las verdades superiores, debido a sus instintos maternales. Luego seguían hombres y mujeres juntos, portando antorchas; representaban la alianza de los dos términos, los generadores activos y pasivos de la ciencia y la vida. Después de la luz venía la armonía, representada por jóvenes músicos y, al final, las imágenes de los dioses, tres en total, seguidos por el gran hierofante que, en lugar de una imagen, llevaba el símbolo de la gran Isis, consistente en un globo de oro que remataba en un Caduceo. Lucio Apuleyo vio una corona de rosas en manos del sumo sacerdote; se acercó y no fue rechazado; comió las rosas y recobró su forma humana.

Todo esto está escrito doctamente y mezclado con episodios de carácter ora heroico, ora grotesco, acordes con la doble naturaleza de Lucio y el asno. Apuleyo fue, a un mismo tiempo, el Rabelais y el Swedenborg del período final del mundo antiguo.

Los grandes maestros del cristianismo no lograron o rehusaron entender el misticismo del *Asno de Oro.* San Agustín, en *La Ciudad de Dios,* pregunta con suma seriedad si hay que creer que Apuleyo se metamorfoseó literalmente en asno y parece dispuesto a aceptar esa posibilidad, pero sólo como fenómeno excepcional del cual no surgen consecuencias. Si esta es una ironía suya, debe admitirse que es cruel, pero si se tratase de ingenuidad... Sin embargo, San Agustin, el agudo retórico de Madaura, tenía muy poco de ingenuo.

Realmente ciegos e infortunados fueron los iniciados de los Antiguos Misterios que ridiculizaron al asno de Belén sin percibir al niño Dios que brillaba sobre los mansos animales del establo —el Niño en cuya frente reposaba la estrella conciliadora de todo el pasado y el futuro. Mientras la filosofía, convicta de impotencia, ofrecía insultos al cristianismo victorioso, los Padres de la Iglesia asumieron toda la magnificencia de Platón y crearon una nueva filosofía basada en la realidad viviente del Verbo Divino, siempre presente en Su Iglesia, renacido en cada uno de sus miembros, e inmortal en la humanidad. Sería una orgullosa ensoñación mayor que la de Prometeo si, al mismo tiempo, no fuese una doctrina que es toda abnegación y toda devoción, humana porque es divina y divina porque es humana.

Capítulo VI

# ALGUNAS PINTURAS CABALÍSTICAS Y EMBLEMAS SAGRADOS

La Iglesia primitiva, obedeciendo el precepto formal del Salvador, no expuso sus Santísimos Misterios a los azares de la profanación por parte del vulgo. La admiración en el Bautismo y la Eucaristía era en virtud de iniciaciones progresivas; también se mantenía ocultos los libros sagrados; su estudio libre y , sobre todo, su interpretación estaban reservados al sacerdocio. Además, las imágenes, más bien pocas, eran de carácter menos explícito. El sentimiento de la época se abstenía de reproducir la figura de Cristo, y las pinturas de las catacumbas eran, en su mayoría, emblemas cabalísticos. Estaba la Cruz Edénica con los ríos, donde acudían a beber las ciervas; el misterioso pez de Jonás era reemplazado frecuentemente por una serpiente bicéfala; un hombre que se yergue en un ataúd recuerda los cuadros de Osiris. Todas estas alegorías fueron proscriptas, en un período posterior, debido a que el gnosticismo las aplicó erróneamente, materializando y degradando las santas tradiciones de la Cabala.

La denominación de "gnóstico" no fue rechazada siempre por la Iglesia. Los Padres cuya doctrina estaba ligada a las tradiciones de San Juan utilizaban frecuentemente este título para designar al cristianismo perfecto. Aparte del gran Sinesio, consumado cabalista pero de ortodoxia cuestionable, San Ireneo y San Clemente de Alejandría lo aplicaron en este sentido. Todos los falsos gnósticos estaban en rebeldía contra el orden jerárquico; procuraban abolir la ciencia sagrada mediante su difusión general, reemplazar la comprensión con visiones, la religión jerárquica con el fanatismo personal, poniendo, en lugar de la sabia sobriedad cristiana y la obediencia a la ley (madre de los matrimonios castos y la templanza salvadora), la mística licencia de las pasiones sensuales.

Enemigos de la generación y la familia, los falsos gnósticos procuraron asegurar la esterilidad mediante creciente perversión; pretendían espiritualizar a la materia, pero en realidad materializaban al espíritu, y esto del modo más repulsivo. Su teología abunda en cópulas de Eones y abrazos voluptuosos. Como los brahmanes, adoraban a la muerte bajo el símbolo del *lingam*, su creación era un onanismo infinito y su redención un aborto eterno.

Como buscaban escapar de la jerarquía con el auxilio del milagro _como si el milagro aparte de la jerarquía probase otra cosa que no fuese desorden y truhanería— los gnósticos, desde los tiempos de Simón el Mago, fueron grandes realizadores de prodigios. En lugar del culto establecido impusieron los impuros ritos de la Magia Negra, hicieron que apareciese sangre en vez del vino eucarístico y substituyeron la cena pacífica y pura del Cordero Celestial con comuniones caníbales. El heresiarca Marcos, discípulo de Valentino, oficiaba misa con los cálices; escanciaba vino en el más pequeño y, al pronunciar una fórmula mágica, el cáliz más grande se llenaba de licor que semejaba sangre, con burbujeante hervor. No era sacerdote, y quería demostrar de esta manera que Dios le había investido mediante una ordenación milagrosa. Incitaba a sus discípulos a realizar igual prodigio en su presencia. Las mujeres eran las que más especialmente se destacaban en igualarle, y cuando luego caían en convulsiones y raptos, Marcos soplaba sobre ellas, transmitiéndoles su propia manía; de esa manera, por él y por esa religión pactaban olvidar no sólo toda prudencia sino también toda decencia.

La intervención femenina en el sacerdocio fue siempre el sueño de los falsos gnósticos, pues, al igualar los sexos, introducían la anarquía en la familia y alzaban un obstáculo en el sendero de la sociedad. La maternidad es el verdadero sacerdocio de las mujeres; la modestia es el ritual del hogar y de su correspondiente religión. Esto los gnósticos no lograron entenderlo, o lo entendieron demasiado bien, y al guiar equivocadamente los instintos maternos, derribaron la barrera que se alzaba entre ellos y la completa libertad de sus deseos.

Sin embargo, esa triste franqueza lujuriosa no fue don que todos poseyeron. Por el contrario, los montañistas, entre otros gnóticos, exageraban la moralidad para tornarla impracticable. El mismo Montano, cuyas corrosivas doctrinas sedujeron al genio paradójico y extremista de Tertuliano, se había entregado, con Priscila y Maximila, sus profetisas, o —como diríamos ahora— sus sonámbulas, o toda la irrestricta licenciosidad del frenesí y el éxtasis. A sus autores no les faltó el castigo natural de tales excesos; terminaron en delirante locura y suicidio.

La doctrino de los marcosianos era una Cabala profunda y materializada; soñaban que Dios había creado todo por medio de las letras del alfabeto; que estas letras eran igual número de emanaciones divinas, con poder para generar seres; que las palabras eran todopoderosas y operaban prodigios tanto virtual como literalmente. En cierto sentido todo esto es cierto, pero no en el de la herejía marcosiana. Los herejes en cuestión completaban la realidad con la alucinación y se creían invisibles porque se transportaban mentalmente, a voluntad, en estado sonambú-lico. En el caso de los falsos místicos, con frecuencia la vida y el sueño se confunde de modo que, al predominar el estado onírico, éste invade y sumerge la realidad: entonces la locura gobierna cabalmente. la función natural de la imaginación consiste en evocar imágenes y formas. pero en estado de exaltación anormal también puede exteriorizar formas,

como lo demuestran los fenómenos de embarazos monstruosos y una legión de hechos análogos que la ciencia oficial más bien debería estudiar sabiamente que negar con terquedad. De esa índole son las desordenadas creaciones que la religión señala justamente con el nombre de milagros diabólicos, como los de Simón, los menandrianos y Marcos.

En nuestra época, un falso gnóstico llamado Vintras, actualmente refugiado en Londres, hace aparecer sangre en cálices vacíos y sobre hostias sacrilegas. Ese infeliz luego entra en éxtasis, al estilo de Marcos, y profetiza la caída de la jerarquía y el triunfo venidero de un falso sacerdocio, entregado a la promiscuidad sin límites y al amor desenfrenado.

Luego del proteico panteísmo de los gnósticos llegó el dualismo de Marcos, que formulaba como dogma religioso la falsa iniciación prevaleciente entre los seudo—Magos de Persia. La personificación del mal producía un Dios en competencia con Dios mismo, un Rey de la Oscuridad al igual que un Rey de la Luz, y a este período puede referirse la perniciosa doctrina de la ubicuidad y soberanía de Satán contra la que registramos nuestra más enérgica protesta. No pretendemos negar ni afirmar aquí la tradición concerniente a la caída de los ángeles, remitiéndonos sobre esto y todo lo relativo a la fe, a las decisiones supremas e infalibles de la Santa Iglesia, Católica, Apostólica y Romana. Pero dando por sentado que los ángeles caídos tuvieron un jefe antes de su apos-tasía, el hecho en cuestión no pudo sino precipitarlos en una anarquía total, atenuada solamente por la justicia inflexible de Dios. Separado de la Divinidad que es la fuente de todo poder, y mucho más culpable que los demás, el rebelde principe de los ángeles no pudo ser sino el último y el más impotente de los parias.

Pero si en la Naturaleza hay una fuerza que atrae a los que olvidan a Dios hacia el pecado y la muerte, esa fuerza no es otra que la Luz Astral, y no renunciamos a reconocerla como instrumento que sirve a los espíritus caídos. Volveremos sobre este tema, con una explicación completa, para que resulte inteligible en todos sus aspectos y en toda su ortodoxia. La revelación de un gran secreto del ocultismo efectuada de esa manera, patentizará el peligro de las invocaciones, de todas las experiencias curiosas, de abusos del magnetismo, del bailoteo de las mesas y de cuanto se relaciona con prodigios y alucinaciones.

Arrio preparó el camino hacia el maniqueísmo con su hídrica creación de un Hijo de Dios distinto de Dios. Esto equivalía a la hipótesis del dualismo en la Deidad, de la desigualdad en el Absoluto, de la inferioridad en el Poder Supremo, de la posibilidad de conflicto entre el Padre y el Hijo, e incluso de su necesidad. Estas consideraciones, y la disparidad entre los términos del silogismo divino, hacen inevitable el rechazo de esa noción. ¿El Verbo Divino podía ser bueno o malo, podía ser Dios o demonio? Este gran dilema surgía del agregado de un diptongo al vocablo griego ομουσιος. cambiado por ομοιουσιος. Al declarar al Hijo consustancial con el Padre, el Concilio de Nicea salvó al mundo, aun-

que la verdad sólo pueden entenderla quienes conocen que los principios constituyen, en realidad, el equilibrio del universo.

El gnosticismo, el arrianismo y el maniqueísmo nacieron de una errónea interpretación de la Cabala. Por ello, la Iglesia estuvo en lo cierto al prohibir a sus fieles que estudiasen una ciencia tan peligrosa; sus claves debían reservarse únicamente para el sacerdocio supremo. De hecho, parecería que la tradición secreta fue preservada por los soberanos pontífices, al menos hasta el papado de León III, a quien se atribuye un ritual oculto con el que se dice que obsequió al Emperador Carlomagno. Contiene los caracteres más secretos de las Claves de Salomón. Esta obrita, que debería haberse mantenido oculta, entró después en circulación y fue menester la condena eclesiástica pues entró consiguientemente en el dominio de la Magia Negra. Se la conoce bajo el nombre de *Enchiridion* de León III, y obra en nuestro poder un viejo ejemplar muy raro y curioso.

La pérdida de las claves cabalísticas no pudo implicar la de la infalibilidad de la Iglesia, que está siempre asistida por el Espíritu Santo, pero llevó a una gran oscuridad en el orden exegético, tornándose completamente ininteligibles las imágenes sublimes de la profecía de Ezequiel y del Apocalipsis de San Juan. Reciban los legítimos sucesores de San Pedro el homenaje de esta obra y bendigan los afanes de su humildísimo hijo, quien, creyendo haber hallado una de las llaves del conocimiento, viene a ponerla a los pies de los únicos que tienen derecho a abrir y cerrar los tesoros del entendimiento y la fe.

Capítulo VII

# LOS FILÓSOFOS DE LA ESCUELA DE ALEJANDRÍA

En vísperas de su extinción, la escuela de Platón esparció gran luz en Alejandría; pero, victorioso luego de tres siglos de guerra, el cristianismo había asimilado todo lo permanente y verdadero de las doctrinas de la antigüedad. Los últimos adversarios de la nueva religión intentaron contener el progreso de los hombres que vivían, infundiendo efímero vigor a las momias. Había llegado el tiempo en el que la competición no podía ya tomarse en serio, y los paganos de la escuela de Alejandría, renuente e inconscientemente, trabajaban en el monumento sagrado erigido por los discípulos de Jesús de Nazareth, para confrontar todas las edades. Ammonio Saccas, Plotino, Porfirio y Proclo son grandes nombres en los anales de la ciencia y la virtud; su teología era sublime, su doctrina moral y sus costumbres eran austeras. Pero la figura principal y más conmovedora de esta época, la estrella más brillante de toda la constelación, era Hipatia, la hija de Theón —la niña virginal y erudita cuyo conocimiento y virtudes la llevarían a la fuente bautismal, pero que murió mártir por la libertad de conciencia cuando intentaron apartarla de allí. Sinesio de Cirene se educó en la escuela de Hipatia; ungido Obispo, fue uno de los filósofos más ilustrados al igual que el mejor poeta cristiano de los primeros siglos. Observó que el vulgo siempre desdeñó las cosas fáciles de entender y que lo que exige es imposturas. Cuando se propuso conferirle la dignidad episcopal, escribió así en una carta a un amigo: "La mente que es atraida hacia la sabiduría y la contemplación de la verdad, en primera instancia es forzada a disfrazarla, para que se torne aceptable para el vulgo. Hay una analogía real entre la luz y la verdad, como entre nuestros ojos y los conocimientos corrientes. La súbita comunicación de una luz demasiado brillante deslumhra al ojo material, y los rayos moderados por la sombra son más útiles para aquellos cuya vista es débil. De modo que, según mi opinión, las ficciones son necesarias para el pueblo, la verdad es dañina para quienes no son lo suficientemente fuertes como para contemplarla en todo su esplendor. Por tanto, si las leyes eclesiásticas permiten reserva de juicio y alegoría en la modalidad expresiva, puedo aceptar la dignidad que se me ofrece; en otras palabras, la condición es que seguiré siendo filósofo en mi casa, aunque diga apólogos y fábulas en público. De he-

cho, ¿qué puede haber en común entre la muchedumbre vulgar y la sabiduría sublime? La verdad debe ser conservada en secreto; la multitud necesita instrucción proporcionada a su razón imperfecta."

Es lamentable que Sinesio escribiera así, pues nada puede ser más impolítico que dejar aparecer reservas cuando a uno se le confía la enseñanza pública. Como resultado de indiscreciones semejantes, existe hoy en día la observación común de que la religión es necesaria para el pueblo; la cuestión es para qué pueblo, puesto que nadie tolerará ser incluido en esta categoría cuando están implícitos el entendimiento y la moralidad.

La obra más notable de Sinesio es un tratado sobre los sueños, en el que desarrolla las doctrinas cabalísticas mas puras y aparece como un teósofo cuya exaltación y oscuro estilo le hicieron sospechoso de herejía; pero no tuvo la obstinación ni el fanatismo de los sectarios. Murió como vivió —en paz con la Iglesia, confesando francamente sus dudas pero sometiéndose a la autoridad jerárquica; su clero y su grey no podían pedirle nada mejor. Según Sinesio, el estado onírico demuestra la individualidad y la naturaleza inmaterial del alma, que en esta condición crea, por sí, un cielo, un país, palacios resplandecientemente luminosos o tenebrosas cavernas, según sus inclinaciones y deseos. El progreso moral puede ser estimado por la tendencia de los sueños, pues en éstos el libre albedrío quedó en suspenso, mientras la fantasía se abandona por entero a los instintos dominantes. En consecuencia, las imágenes se producen como reflejo o sombra del pensamiento; los presentimientos toman forma corporal; los recuerdos se entremezclan con esperanzas. El libro de los sueños está inscripto unas veces con caracteres radiantes, y otras, con caracteres oscuros, pero pueden establecerse normas precisas con las que sea posible descifrarlos y leerlos. Jerónimo Cardan escribió un largo comentario sobre el tratado de Sinesio e incluso puede decirse que lo completó con un diccionario de todos los sueños, con su complemento explicativo. Todo esto debe distinguirse enteramente de los libritos de baratillo, y en realidad reclama un lugar serio en la biblioteca de la ciencia oculta.

Cierto sector de la crítica atribuyó a Sinesio las obras notables que aparecen suscriptas por Dionisio el Areopagita; de cualquier modo, estas son consideradas apócrifas y pertenecientes al brillante período de la escuela de Alejandría. Son monumentos de la conquista del cabalismo superior por parte del cristianismo, y son inteligibles únicamente para los iniciados en él. Los principales tratados de Dionisio son sobre los Nombres Divinos y las Jerarquías Celestiales y Eclesiásticas. El primero explica y simplifica todos los misterios de la teología rabínica. Según el autor, Dios es el principio infinito e indefinible; en Sí mismo es uno e inexpresable, pero le adscribimos nombres que formulan nuestras aspiraciones hacia su perfección divina. La suma de estos nombres y su relación con los números constituyen lo supremo en el pensamiento humano; la teología es menos la ciencia de Dios que la de nuestros anhelos más sublimes. Los grados de la jerarquía espiritual son establecidos después en la escala primitiva de los números, gobernada por la tríada. Los órdenes angélicos

son tres, y cada orden contiene tres coros. Sobre este modelo debe establecerse la jerarquía sobre la tierra, y la Iglesia es su tipo más perfecto; allí hay príncipes, obispos y, por último, simples ministros. Entre los príncipes están los cardenales-obispos, los cardenales-sacerdotes y los cardenales-diáconos. Entre los prelados están los arzobispos, los simples obispos y los sufragantes. Entre los ministros están los rectores y vicarios, los simples sacerdotes y los que tienen el diaconado. La progresión hasta esta santa jerarquía es mediante tres grados preparatorios: el sub-diaconado, las órdenes menores y la clerecía. Las funciones de todos corresponden a los ángeles y los santos; existen para glorificar los triples Nombres Divinos, en cada una de las Tres Personas, porque la Trinidad Indivisa es adorada en su plenitud en cada una de las Hipóstasis Divinas. Esta teología trascendental fue la de la iglesia primitiva, y posiblemente es atribuida a San Dionisio sólo en virtud de una tradición que se remonta a su tiempo y al de los apóstoles, tal como los editores rabínicos del *Sepher Yezirah* atribuyeron ese texto al patriarca Abraham, porque resu-



*La magia hermética*

me la tradición perpetuada de padre a hijo en la familia de este patriarca. Sea esto como fuera, las obras de San Dionisio son preciosas para la ciencia; consagran el místico connubio de la iniciación antigua con el evangelio del cristianismo, uniendo un conocimiento perfecto de la filosofía suprema con una teología que es absolutamente completa y, en todas las cosas, irreprochable.

Libro IV

# LA MAGIA Y LA CIVILIZACIÓN

ד —DALED

## Capítulo I

## LA MAGIA ENTRE LOS BARBAROS

La Magia Negra retrocedió ante la luz del cristianismo, Roma fue conquistada por la cruz, y los prodigios se refugiaron en el oscuro círculo con que las provincias bárbaras circundaron el nuevo esplendor romano. Entre la gran cantidad de fenómenos extraordinarios hay uno que se verificó en el reinado del emperador Adriano. En Tralles, Asia, una muchacha de la nobleza, llamada Filinnion, originaria de Corinto e hija de Demóstrates y Jarito, se enamoró de Majates, joven de extracción humilde. El matrimonio resultaba imposible pues, como se dijo, Filinnion era noble y, además, hija única y rica heredera. Majates era hombre del pueblo y regenteaba una posada. La pasión de Filinnion aumentó con las dificultades; escapó del hogar paterno y buscó refugio en Majates. Se inició una relación ilícita que se prolongó durante seis meses hasta que la muchacha fue descubierta por sus padres, rescatada por éstos y secuestrada cuidadosamente. Se proyectó abandonar el país y trasladarla a Corinto; pero Filinnion, que decayó visiblemente desde que fue separada de su amante, empezó a languidecer, no sonreía ni dormía, y rechazaba todo alimento. Sucedió que, al fin, murió. Entonces sus padres desecharon la determinación de marcharse y compraron una bóveda donde fue depositada la joven, vestida con riquísimos atavíos. El sepulcro estaba situado en un recinto perteneciente a la familia y, desde las exequias, nadie penetró allí pues los paganos no oraban en las tumbas de los difuntos. La noble familia ansiaba tanto evitar el escándalo que todos los arreglos tuvieron lugar en secreto, y Majates no tuvo idea de lo sucedido con su amante. Pero la noche siguiente al sepelio, ya a punto de acostarse, la puerta se abrió lentamente y, avanzando con una lámpara en la mano, contempló a Filinnion magníficamente vestida, pero pálida y fría, que le clavaba los ojos con horrible mirada. Majates corrió a su encuentro, le formuló mil preguntas en medio de otras tantas caricias, y pasaron la noche juntos.

Antes del amanecer Filinnion se levantó y desapareció, mientras su amante estaba aún sumido en profundo sueño.

Ahora bien, la muchacha tenía una vieja nodriza que la amaba con ternura y lloró amargamente su pérdida. Tal vez haya sido cómplice de su inconducta, y desde el sepelio da la querida joven, como no podía dormir, se levantaba de noche frecuentemente en una especie de delirio y vagaba en torno de la vivienda de Majates. De esta manera sucedió que pocos días después del episodio recién narrado, observó una luz en la alcoba del joven; al aproximarse y mirar a través de las grietas de la puerta, reconoció a Filinnion sentada junto a su amante, mirándole en silencio y cediendo a sus abrazos. Atolondrada, la pobre mujer corrió de vuelta a despertar a la madre y referirle lo que había visto. Al principio, aquella consideró esto como delirio de una persona que veía visiones pero, al final, persuadida por sus súplicas, se levantó y acudió a la casa de Majates. Allí todos dormían y cuando golpeó nadie respondió. La dama miró a través de las grietas de la puerta; la lámpara estaba apagada, pero un rayo de luna iluminaba la alcoba y la madre vio, sobre una silla, las vestimentas de su hija y pudo distinguir dos personas dormidas en el lecho. Tuvo miedo, regresó temblando a su casa, sin atreverse a visitar el sepulcro de su hija, y pasó el resto de la noche entre agitación y lágrimas. Por la mañana se dirigió a la casa de Majates y le interrogó amablemente. El joven confesó que Filinnion le visitaba todas las noches.

—¿Por qué negármela? —dijo a la madre—. Estamos comprometidos ante los dioses.

Entonces, abriendo un cofre, mostró a Jarito el anillo y el ceñidor de su hija, añadiendo: —Ella me dio esto anoche, exigiéndome que le prometiera que yo no pertenecería jamás a nadie salvo a ella. Por eso, no trate de separarnos más, puesto que estamos unidos por una promesa mutua.

—¿Entonces, irás a tu vez a la tumba para buscarla? —dijo la madre—. Filinnion ha estado muerta durante estos cuatro días, y sin duda una hechicera o una estrige asumió su semejanza para engañarte. Eres el esposo de la muerte; mañana tu cabello encanecerá, y pasado mañana tu también estarás sepultado. De esta manera los dioses vengan el honor de una familia ultrajada.

Majates palideció y tembló al oír estas palabras. Empezó a sentir miedo de haber sido burlado por los poderes infernales. Entonces suplicó a Jarito que trajese a su esposo esa noche, que los escondería cerca de su habitación y que cuando llegase el fantasma les haría una señal advirtiéndoles el hecho. Ambos concurrieron, y a la hora señalada también acudió Filinnion a Majates, que estaba en su lecho, pero totalmente vestido, fingiendo tan sólo que dormía. La muchacha se desvistió y se ubicó junto a él; Majates hizo la seña; los padres entraron con antorchas y dieron un fuerte grito al reconocer a su hija. Filinnion, con el rostro pálido, abandonó el lecho, se puso de pie, y con voz grave y terrible dijo: —Padres míos, ¿por qué os habéis mostrado celosos de mi felicidad, persiguiéndome incluso más allá de la tumba? Mi amor obligó a los dioses

infernales. El poder de la muerte quedó en suspenso. Hubieran bastado tres días más para que fuese restaurada mi vida. Pero vuestra cruel curiosidad anula el milagro de la Naturaleza. Me estáis matando por segunda vez...

Luego de estas palabras cayó como una masa inerte sobre el lecho. Se ajó su rostro. Un olor cadavérico llenó la alcoba. .. y lo único que quedó fueron los restos desfigurados de una muchacha muerta hacía cinco días. Por la mañana toda la ciudad se conmovió por el prodigio. El pueblo se apiñó en el anfiteatro, donde se volvió a narrar en público toda la historia, y luego la muchedumbre visitó la bóveda mortuoria de Filinnion. No había rastros de su presencia pero encontraron un anillo de hierro y una copa dorada que ella recibiera como regalos de Majates. El cadáver estaba en el cuarto de la posada pero el joven había desaparecido. Fueron consultados los adivinos quienes dieron instrucciones para que los restos fueran enterrados fuera de los lindes de la ciudad. Ofrecieron sacrificios a las Furias y al Mercurio terrestre, conjuraron a los *manes* celestiales y tributaron ofrendas a Júpiter *Hospitalis.*

Flegon, liberto de Adriano, que fue testigo ocular de estos hechos, y los relata en una carta privada, añade que debió ejercer su autoridad para calmar el lugar perturbado por un suceso tan extraordinario, y concluye su historia con las siguientes palabras: "Si juzgas conveniente informar al emperador, házmelo saber para que yo pueda enviar a algunos de los testigos de estos hechos". La historia de Filinnion, por tanto, está bien comprobada. Un gran poeta alemán la convirtió en tema de una balada que todos conocen por el título de *La Novia de Corinto.* Supone que los padres de la muchacha eran cristianos; esto ofrece al vate la oportunidad de plantear un potente contraste poético entre las pasiones humanas y los deberes religiosos. Los demonógrafos medievales no lograron explicar la resurrección, o posiblemente la muerte aparente, de la joven griega como obsesión diabólica. Por nuestra parte, reconocemos un coma histérico, acompañado de sonambulismo lúcido: los padres de Filinnion la mataron al despertarla bruscamente, y la imaginación popular exageró todas las circunstancias de esta historia.

El Mercurio terrestre, a quien los adivinos ordenaron efectuar sacrificios, no es otro que la Luz Astral personificada. Es el genio fluídico de la tierra, fatal para quienes lo despiertan sin conocer como dirigirlo; es el foco de la vida física y el receptáculo magnetizado de la muerte. Esta fuerza ciega, que el poder del cristianismo encadenó y lanzó al abismo, o sea al centro de la tierra, realizó sus postreros esfuerzos y manifestó sus convulsiones finales mediante nacimientos monstruosos entre los bárbaros. Apenas había distrito donde quienes predicaban el evangelio no tuvieran que luchar con animales de formas horrorosas, encarnaciones de la idolatría en su mortal agonía. *Vouivres, graoudlis,* gárgolas y tarascas no son sólo alegorías; la verdad es que los desórdenes morales producen deformidades físicas y, hasta cierto punto, concretan formas espantosas que la tradición atribuye a los demonios. El problema que se plantea es si los

restos fósiles con los que Cuvier armó sus monstruosos mamuts pertenecen realmente, en todos los casos, a épocas anteriores a nuestra Creación. Asimismo, ¿la representación del gran dragón atacado por Régulo con máquinas de guerra es una mera alegoría? ¿Vivió, según lo afirman Livio y Plinio, en las riberas del Bagrada? Su piel, que medía unos treinta y cinco metros, fue enviada a Roma, conservándosela hasta el período de la guerra con Numancia. Según una antigua tradición, cuando los dioses se encolerizaron por los extraordinarios crímenes enviaron monstruos sobre la tierra, y esta tradición es demasiado universal como para que no se funde en hechos reales; de esto se desprende que los relatos que se le refieren pertenecen más frecuentemente a la historia que a la mitología.

En todas las reliquias de las razas bárbaras, en la época en que el cristianismo las vencía para civilizarlas, encontramos a) los últimos rastros de la suprema iniciación mágica antes esparcida por todo el mundo, y b) pruebas de la degeneración que sobrevino a esa revelación primitiva, junto con la bajeza idolátrica en que cayó el simbolismo del mundo antiguo. Los adivinos, hechiceros y encantadores reinaban por doquier, en lugar de los discípulos de los Magos; Dios estaba olvidado al deificarse los hombres. Roma dio el ejemplo a sus diversas provincias, y la apoteosis de los Césares familiarizaron a todo el mundo con la religión de las deidades sanguinarias. Bajo el nombre de Irminsul, los germanos adoraban y sacrificaban víctimas humanas al Arminio o Hermann que hiciera que Augusto llorara las perdidas legiones de Varrón. Los galos transmitían a Brenno los atributos de Taranis y Teutas, quemando en su honor colosos confeccionados con juncos y rellenados con romanos. El materialismo reinaba por doquier, su sinónimo era la idolatría, como asimismo lo es la superstición siempre cruel porque siempre es baja.

La Providencia, que predestinó a la Galia a convertirse en la cristianísima tierra de Francia, hizo sin embargo que la luz de las verdades eternas refulgiese allí. Los druidas originales eran verdaderos hijos de los Magos; su iniciación derivaba de Egipto y Caldea, o en otras palabras, de las fuentes purísimas de la Cabala primitiva. Adoraban a la Trinidad bajo los nombres de Isis o Ilesus, que era la armonía suprema; Belén o Bel, que significa "el Señor" en asirio y que concuerda con el nombre Adonai; Camul o Camael, nombre que personifica la justicia divina en la Cabala. Debajo de este triángulo luminoso postulaban un reflejo divino, que también consistía en tres emanaciones personificadas: Teutas o Teuth, idéntico al Thoth de los egipcios, y el Verbo o la Inteligencia formulada; luego la Fuerza y la Belleza, cuyos nombres variaban como los emblemas. Finalmente, completaban el septenario sagrado con una imagen misteriosa que representaba el progreso del dogma y sus evoluciones futuras. La forma era la de una muchacha, velada y con un infante en sus brazos; consagraban este símbolo a la virgen que daría a luz un hijo.

Los antiguos druidas vivían en estricta abstinencia, guardaban el más profundo secreto respecto de sus misterios, estudiaban las ciencias naturales, y sólo admitían nuevos adeptos luego de prolongadas iniciaciones.

En Autun había un célebre colegio druida y, según Saint-Foix, sus blasones aún existen en esa ciudad, consistentes en serpientes de plata sobre campo de azur, rematadas con muérdago, y adornos de bellotas verdes, para distinguirlo de otro muérdago, pues es el roble y no el muérdago el que naturalmente da bellotas. El muérdago es una planta parásita que tiene un fruto peculiar.

Los druidas construían templos pero celebraban sus cultos religiosos en dólmenes y bosques. Todavía se especula por qué medios mecánicos alzaban esas piedras colosales para formar sus altares. Todavía es posible ver estos monumentos, oscuros y misteriosos, bajo el nublado cielo de Armorica. Los viejos santuarios tenían secretos que no llegaron a nosotros. Los druidas enseñaban que las almas de los antepasados velaban por los niños; que por la gloria de éstos, se sentían felices, y sufrían con su vergüenza; que los genios protectores superaban en número a árboles y piedras de la patria; que el guerrero que moría por su país expiaba todas sus transgresiones, cumplía su tarea con dignidad, era elevado al rango de genio y de allí en adelante ejercía el poder de los dioses. De esto se desprende que para los galos el patriotismo era una religión; las mujeres, y hasta los niños, portaban armas, si era necesario, para contener la invasión. Juana de Arco y Juana Hachette de Beauvais fueron las únicas que continuaron las tradiciones de las hijas nobles de los galos. La magia de las rememoraciones hiende el suelo de la patria.

Los druidas eran sacerdotes y médicos, curaban mediante magnetismo y cargaban amuletos con su influjo fluídico. Sus remedios universales eran el muérdago y los huevos de serpientes, porque sus sustancias atraen la Luz Astral de manera especial. La solemnidad con que se cortaba el muérdago acordó a esta planta la confianza del vulgo y la convirtió en poderosamente magnética. Así sucedió que operaba curas maravillosas, sobre todo cuando los druidas la fortalecían con conjuros y encantamientos. No acusemos a nuestros antepasados de excesiva credulidad en esas cosas; es posible que conociesen lo que para nosotros se perdió. El progreso del magnetismo nos revelará algún día las propiedades absorbentes del muérdago; entonces entenderemos el secreto de esas esponjosas excrecencias que extraen la insólita virtud de las plantas y se sobrecargan de matices y sabores. Los hongos, las trufas, las excrecencias de los árboles y las diferentes clases de muérdago serán empleados con conocimiento por una ciencia médica que será nueva porque es vieja. Cesaremos de ridiculizar a Paracelso, que recogía moho *(usnea)* de los cráneos de ahorcados; pero no hay que moverse más rápido que la ciencia, que retrocede para poder avanzar más adelante.

Capítulo II

## LA INFLUENCIA FEMENINA

Al imponer a la mujer los deberes rigurosos y tiernos de la maternidad, la Providencia confirió a la mujer el derecho a ser protegida y respetada por el varón. Sometida por la Naturaleza a la consecuencia de sus afectos que son su vida, ella conduce a su dueño con las cadenas que el amor procura, y cuando más plenamente se adecúa a las leyes que constituyen y también defienden su honor, mayor es su influjo, y más hondo el respeto que le pertenece en el santuario de la familia. Rebelarse es para ella abdicar, y tentarla con una falsa emancipación es recomendar su divorcio, condenándola de antemano a la esterilidad y el desdén. Sólo el cristianismo tiene poder para emancipar a la mujer, convocándola a la virginidad y la gloria del sacrificio. Numa previó este misterio cuando instituyó las vestales; pero los druidas se anticiparon al cristianismo al prestar atención a las inspiraciones de las vírgenes y tributar honores casi divinos a las sacerdotisas de la isla de Sayne.

En la Galia, las mujeres no prevalecían por su coquetería y vicios sino que gobernaban con sus consejos; no se concertaba paz ni guerra sin su participación; de esa manera, los intereses del hogar y la familia eran defendidos por las madres y el orgullo nacional brillaba a la luz de la justicia cuando lo atenuaba el amor materno por el país.

Chateaubriand calumnió a Veleda al representarla accediendo al amor de Eudoro; ella vivió y murió virgen. Cuando los romanos invadieron la Galia, ya era anciana y una especie de *Pythia* que profetizaba en medio de grandes solemnidades y cuyos oráculos se preservaban con veneración. Usaba una larga vestimenta negra, sin mangas; cubría su cabeza con un velo blanco, que caía hasta sus pies; ceñía una corona de verbena, y pendía una hoz de su ceñidor; su cetro tenía forma de rueca; tenía calzado su pie derecho con una sandalia y el izquierdo con una especie de bota. En un período posterior las estatuas de Veleda fueron confundidas con las de Bertha, la del pie grande. De hecho, la Suma Sacerdotisa llevaba las insignias de la divinidad protectora de las druidas; era Hertha, o Wertha, la juvenil Isis gala,la Reina de los Cielos, la virgen que daría a luz un hijo. Se la representaba con un pie en la tierra y el otro en el agua, porque era reina de la iniciación y presidía la ciencia universal. Por lo co-

mún, el pie en el agua era sostenido por un barco, analogía de la barca o concha de la Isis antigua. En la rueca de las Parcas tenía enroscado hilo en parte negro y en parte blanco, porque ella presidía todas las formas y símbolos, y tejía la urdimbre de las ideas. También recibía la forma alegórica de las sirenas, mitad mujer, mitad pez, o el torso de una bella muchacha cuyas piernas eran serpientes, significando el fluir de las cosas y la alianza analógica de los opuestos en la manifestación de todas las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Bajo esta última forma Hertha recibía el nombre de Melusina o Melosina, la música, la cantante, es decir, la sirena que revela las armonías. Ese es el origen de las leyendas concernientes a la Reina Bertha y al hada Melusina. Se dice que en el siglo XI Melusina acudió a un señor de Lusignan, quien se enamoró de ella, y sus esponsales tuvieron lugar con la condición de que él no buscase indagar ciertos misterios de su existencia. La promesa fue formulada, pero los celos engendraron curiosidad y llevaron al perjurio. El espió a Melusina y la sorprendió en una de sus metamorfosis, pues una vez por semana el hada recobraba sus piernas de serpientes. El señor lanzó un grito que fue respondido por otro mucho más desesperante y terrible. Melusina desapareció, pero aún vuelve, prorrumpiendo en lamentaciones cada vez que un miembro de la casa de Lusignan está a punto de morir. La leyenda es una imitación de la fábula de Psique y, como ésta, se refiere a los peligros de las iniciaciones sacrilegas, o de la profanación de los misterios de la religión y el amor; está tomada de las tradiciones de los antiguos bardos y deriva evidentemente de la erudita escuela de los druidas. El siglo XI tomó posesión de ella y la puso de relieve, pero ya existía desde un lejano pasado.

Parecería que en Francia la inspiración se atribuía más especialmente a las mujeres; elfos y hadas precedían a los santos, y los santos franceses tenían casi invariablemente cierto carácter *feérico* en su leyenda. Santa Clotilde nos hizo cristianos y Santa Genoveva nos mantuvo franceses, al repeler —con la fuerza de su virtud y su fe— el amago de invasión de Atila. Sin embargo, Juana de Arco pertenece más bien a la familia de las hadas que a la jerarquía de las santas; murió como Hipatia, victima de sus maravillosos dones naturales y mártir de su carácter generoso. Después hablaremos de ella. Santa Clotilde aún realiza milagros en todo el país. En Andelys hemos visto a una muchedumbre de peregrinos apiñarse en torno de una piscina en la que es sumergida anualmente la estatua de la santa, y según la creencia popular, la primera persona enferma que penetra en el agua se cura de inmediato. Clotilde fue una mujer de acción y una gran reina, pero soportó muchas aflicciones. Su hijo mayor murió tras el bautismo, y esa fatalidad fue atribuida a brujería; el segundo hijo enfermó y estuvo a punto de morir. La fortaleza de la santa no cedió, y Sicambro, un día en que necesitaba más que coraje humano, recordó al Dios de Clotilde. Ella enviudó luego de convertir y prácticamente fundar un gran reino, y vio cómo ante su vista asesinaban a los dos hijos

de Clodomiro. En tales tribulaciones, las reinas de la tierra se parecen a la Reina del Cielo.

Después de la figura grandiosa y brillante de Clotilde, la historia nos obsequia con un engendro repugnante en la perniciosa personalidad de Fredegunda, la mujer cuya mirada era brujería, la hechicera que mató príncipes. Acusaba de Magia a sus rivales y las condenaba a torturas que ella sola merecía. A Chilperico le quedaba un hijo de su primera esposa; este joven príncipe, llamado Clovis, fue confiado a una mujer del pueblo, cuya madre era considerada hechicera. Madre e hija fueron acusadas de perturbar la razón de Clovis por medio de filtros y del asesinato de los dos hijos de Fredegunda con hechizos mágicos. Las infelices fueron arrestadas; la hija, Klodswintha, fue apaleada, y una vez cortada su bella cabellera, Fredegunda la colgó en la puerta de la habitación del príncipe. Luego, Klodswintha compareció para la sentencia. Sus respuestas firmes y simples asombraron a los jueces, y cuenta la crónica que se resolvió someterla a la prueba del agua hirviente. Colocaron un anillo consagrado dentro de una tina puesta sobre una gran fogata, y la acusada, vestida de blanco, luego de confesarse y comulgar, debía hundir su brazo en la tina en busca del anillo. Sus facciones impasibles hicieron que todos gritaran que había tenido lugar un milagro, pero hubo otro grito, de reprobación y horror, cuando la infeliz muchacha retiró su brazo espantosamente quemado. Entonces pidió permiso para hablar y dijo a los jueces y al pueblo:
—Habéis pedido a Dios un milagro para determinar mi inocencia. No hay que tentar a Dios pues El no suspende las leyes de la Naturaleza para responder a los caprichos humanos; El da fuerza a quienes creen en El, y ha realizado para mí un prodigio mayor que el que ha rehusado a vosotros. Esta agua me quemó, pero hundí todo mi brazo en ella y saqué el anillo. Bajo esta horrible tortura no lloré, no empalidecí ni temblé. Si yo hubiese sido una maga, como decís, habría recurrido a la brujería para no quemarme; pero soy cristiana y Dios me concedió la gracia de demostrarlo con la constancia de los mártires.

Esa no era lógica que entendieran en aquella época bárbara; Klodswintha fue devuelta a la prisión, para que allí esperase ser ejecutada; pero Dios se apiadó de ella, y la crónica de donde fue extraído este relato dice que El la llamó a su seno. Si se trata tan sólo de una leyenda, debe admitirse que es bella y merece conservarse en la memoria.

Fredegunda perdió una de sus víctimas pero no a ambas. La madre fue sometida a torturas y, vencida por sus sufrimientos, confesó todo lo que se le preguntó, incluida la culpabilidad de su hija y la complicidad de Clovis. Armada con estas confesiones, Fredegunda logró que el feroz Chilperico entregase a su hijo. El joven príncipe fue arrestado y apuñalado en prisión; Fredegunda declaró que había escapado del remordimiento, suicidándose. El cadáver del infeliz Clovis fue exhibido a su padre, con el puñal aún en la herida. Chilperico echó una fría mirada; estaba completamente dominado por Fredegunda, que le engañaba descaradamente con los oficiales de palacio, sin preocuparse siquiera de ocultar la

evidencia de su deshonra ante los ojos del rey, casi a despecho de sí mismo. En vez de matar a la reina y sus cómplices, él se marchó" de cacería sin pronunciar una palabra. Chilperico habría concluido • sufriendo el ultraje por miedo a desagradar a Fredegunda, pero ésta estaba avergonzada de él y le hizo el honor de creerle encolerizado a fin de tener un pretexto para asesinarlo. Chilperico la había saciado con crímenes y bajezas; Fredegunda lo mató por hastío.

Fredegunda, que destruía con el pretexto de hechicería a las mujeres cuya única culpa era haberla desagradado, se especializó en Magia Negra y protegió a algunas de las que juzgó expertas en ella. Agerico, obispo de Verdún, había detenido a una pitonisa que ganaba mucho dinero recuperando objetos substraídos e identificando ladrones; probablemente era una sonámbula. La mujer fue examinada, pero el demonio rehusó salir de ella mientras estuviese encadenada; si la pitonisa era dejada en una iglesia, sin custodia ni vigilancia, estaba dispuesto a abandonarla. Los inquisidores cayeron en la trampa; la que escapó fue la mujer para buscar refugio en Fredegunda, quien la escondió en palacio y terminó salvándola no sólo de ser exorcizada de nuevo sino también, probablemente, de la hoguera. Por ello, en esta ocasión Fredegunda hizo bien sin quererlo, pero más bien por su complacencia en la maldad.

Capítulo III

# LAS LEYES SÁLICAS CONTRA LOS HECHICEROS

Bajo el gobierno de los primeros reyes de Francia, el delito de Magia no implicaba muerte salvo para las personas de alta posición; sin embargo, hubo algunos que se enorgullecían de morir por una transgresión con la que se elevaban por encima del vulgo, convirtiéndose en formidables incluso ante la vista de los reyes. Hay un ejemplo de esto: el general Mummol, ya en el cadalso por orden de Fredegunda, manifestó que no sentía nada; ello provocó torturas más horribles y murió vivando a sus verdugos, que se conmovieron y le perdonaron al ver una fortaleza tan extranatural.

Entre las leyes sálicas, supuestamente promulgadas en 174. y atribuidas a Faramond por Sigeberto, se hallan las siguientes disposiciones:

"Quien atestigüe que otra persona actuó como *héréburge* o *strioporte* —denominación de quienes llevan la copa de cobre hasta el sitio donde los vampiros realizan sus encantamientos— y no logre efectivizar la condena de aquélla, será condenado a una multa de 7500 *deniers*, o sea 180 1/2 *sous*. . . Quien impute vampirismo v prostitución a una mujer libre, sin aportar probanzas de sus dichos, pagará una multa de 2500 *deniers*, o sea 62 1/2 *sous*... La mujer vampiro que devore a un hombre, comprobándose su culpabilidad, deberá pagar una multa de 8000 *deniers*, o sea 200 *sous*".

Se apreciará que en aquellos tiempos el canibalismo era posible v. además, que la cotización de la carne humana no era muy alta. Costaba 180 1/2 *sous* calumniar a un hombre, pero por algo más de esa suma era posible matarlo y comerlo, lo cual era a un tiempo más honesto y cabal. Esta notable legislación recuerda un pasaje igualmente curioso del Talmud, interpretado de manera memorable por el famoso Rabí Jequiel en presencia de cierta reina cuyo nombre no aparece en ese libro. Lo más probable es que se trate de la Reina Blanca, pues el Rabí Jequiel vivió durante el reinado de San Luis. Llamado a responder a las objeciones de un judío converso llamado Douin, que recibiera, al ser bautizado, el nombre de Nicolás, luego de varias discusiones sobre los textos del Talmud, los presentes llegaron al siguiente pasaje: "Quien ofrezca a Moloc sangre de sus hijos, será condenado a muerte". El Talmud hace este comentario: Por tanto, quien ofrezca no una pequeña cantidad de sangre sino toda la sangre y toda la carne de sus hijos, no será sometido al juicio de esta ley

ni será sentenciado a pena alguna". Quienes participaban en el debate protestaron de viva voz por una interpretación que consideraban intelectualmente inadmisible: algunos sonrieron con conmiseración, otros temblaron de indignación. El Rabí Jequiel apenas podía conseguir que le escuchasen mas cuando, al final, pudo hacerlo, los signos totales de desaprobación señalaban una condena de antemano.

El Rabí dijo: "Entre nosotros, la pena de muerte es una expiación y, consiguientemente, una reconciliación, no un acto de venganza. Todos los que mueren por la ley de Israel, mueren en la paz de Israel, participan de la paz en la muerte, y duermen con sus padres. Ninguna maldición desciende con ellos en la tumba, habitan en la inmortalidad de la Casa de Jacob. Por ello, la muerte es una gracia recompensadora, es la cura de una herida emponzoñada mediante el hierro candente. Pero no aplicamos el hierro a quienes son incurables; no tenemos jurisdicción sobre aquellos que, por los alcances de su transgresión, se separaron para siempre de Israel. Ellos están actualmente muertos y, por ende, no nos corresponde acortarles el término de su iniquidad sobre la tierra: están librados a la ira de Dios. Al hombre sólo le compete herir para curar, y no aplicamos remedios a los irrecuperables. El padre de familia sólo castiga a sus hijos y se contenta con cerrar la puerta a los extraños. Los grandes criminales sobre los que nuestra ley no pronuncia sentencia están, por tanto, excomulgados para siempre, y ese castigo es mayor que la muerte".

La explicación del Rabí Jequiel es admirable y exhala todo el genio patriarcal del antiguo Israel. En verdad, los judíos son nuestros padres en la ciencia, y si en \ez de perseguirlos, hubiésemos procurado entenderlos, en la' actualidad no estarían tan apartados de nuestra fe.

Dicha tradición talmúdica demuestra la antigua creencia judía en la inmortalidad del alma. ¿Qué sería esta reintegración del culpable a la familia de Israel mediante una muerte expiatoria si no se tratase de una protesta contra la muerte misma y un acto sublime de fe en la perpetuidad de la vida? El conde José de Maistre entendió bien esta doctrina cuando elevó la sanguinaria misión del verdugo al rango de una especie de sacerdote peculiar. La angustia del castigo es una súplica, dijo este gran escritor, y la efusión de sangro implica un sacrificio. Si la pena capital fuese tan sólo absolución plenaria, se trataría nada más que de represalia por el crimen: el hombre que sufre su sentencia cumple todo su castigo y, mediante la muerte, entra en la sociedad inmortal de los hijos de Dios.

Las leyes sálicas eran las de un pueblo todavía en estado de barbarie, donde todo se redimía con rescate, como en tiempo de guerra. Aún prevalecía la esclavitud y la vida humana tenía un valor discutible y relativo. Podrá adquirirse siempre lo que por derecho pueda venderse, y sólo se deberá dinero por destruir un objeto cuyo precio es monetario. Esa eficaz legislación de la época coincidía con la de la Iglesia, y sus concilios adoptaron medidas estrictísimas contra vampiros y envenenadores catalogados como hechiceros. El Concilio de Agde, en el Languedoc Inferior, celebrado en el 560, pronunció excomunión contra aquéllos. El primer Concilio de

Orleans, celebrado en el 541, condenó las operaciones adivinatorias; el de Narbonne, del 589, no sólo imponia excomunión mayor a los hechiceros sino que también ordenaba que se los debía vender como esclavos en beneficio de los pobres. El mismo concilio decretó los azotes en público para los *amatores diaboli*, lo cual significaba indudablemente a quienes tenían tratos con él, le temían, invocaban y atribuían un poder similar, en cualquier sentido, al de Dios. Felicitamos sinceramente a los discípulos del Conde de Mirville por no haber vivido en aquellos tiempos.

Cuando sucedían estos hechos en Francia, un visionario oriental se dedicaba a fundar una religión que era también un imperio. ¿Mahoma fue un impostor o un alucinado? Para los musulmanes es todavía un profeta, y para los árabes eruditos el Koran será siempre una obra maestra. Un analfabeto, un simple camellero, creó no obstante el monumento literario más perfecto de su país. Su logro podría considerarse milagroso, y el fervor marcial de sus sucesores amenazó por un momento la libertad del mundo entero. Pero llegó el día en que Asia se aplacó bajo la férrea mano de Carlos Martel. Este rudo soldado no se detenía en rezos cuando había que pelear; si quería dinero, saqueaba monasterios e iglesias, y hasta vendía beneficios eclesiásticos a sus guerreros. Por estas razones, como el clero no podía suponer que las armas de Martel contasen con la bendición de Dios, atribuyó sus victorias a la Magia. En verdad, el sentimiento religioso se rebeló de tal modo contra Martel que a San Eucher, venerable Obispo de Orleans, un ángel le informó en una visión que los santos cuyas iglesias habían sido saqueadas o profanadas le habían prohibido entrar al cielo, exhumando incluso su cadáver, que fue hundido con su alma en el abismo. San Eucher comunicó la revelación a Bonifacio, Obispo de Mayence, y a Fulfvad, archicapellán de Pepino el Breve. Se procedió a abrir la tumba de Carlos Martel: faltaba el cadáver, la parte interior de la piedra estaba ennegrecida como por una quemazón y se expandía un humo fétido cuando... salió una gran serpiente. Bonifacio remitió a Pepino el Breve y a Carlomagno, hijos de Carlos Martel, un informe auténtico de cómo fue abierta la tumba, rogándoles que tomasen ese horrible ejemplo como advertencia y respetasen las cosas sagradas. Empero, esta virtud fue más bien escasa en quienes violaron el sepulcro de un héroe, depositando su fe en un sueño, y atribuyendo a obra del infierno la destrucción realizada completa y rápidamente por la muerte.

El reinado de Pepino el Breve se caracterizó por algunos fenómenos extraordinarios que ocurrieron públicamente en Francia. El aire parecía tomar vida con formas humanas; el cielo reflejaba escenas de palacios, jardines, olas tempestuosas, naves a toda vela y huestes en formación de batalla. La atmósfera semejaba un gran sueño, y todos podían ver minuciosamente estos desfiles fantásticos. ¿Una epidemia atacaba los órganos de la visión o una perturbación aérea proyectaba ilusiones sobre el aire condensado? ¿No era más probable que se tratase de una ilusión general ocasionada por un efluvio embriagador y pestilente expandido por toda la atmósfera? Lo probable de esta última explicación se acentúa con el hecho

de que estas visiones irritaban al populacho que, en su imaginación, veía hechiceras en las nubes, espaciendo polvos y venenos mefíticos a troche y moche. La esterilidad afligía al país, el ganado moría y la mortandad se extendía también a los seres humanos.

Lo que ocurría dio ocasión para que se echase a correr una historia, cuyos alcances y verosimilitud eran proporcionales a su extravagancia. En ese entonces, el famoso cabalista Zedekías dirigía una escuela de ocultismo, donde no enseñaba la Cabala sino las entretenidas especulaciones que de ella surgen y forman la parte exotérica de una ciencia siempre oculta respecto de los profanos. Zedekías divertía las mentes de sus oyentes con una mitología de este estilo. Contaba cómo Adán, el primer hombre, creado originariamente en un estado casi espiritual, habitaba encima de nuestra atmósfera, en una luz que hacía nacer, a su antojo, la vegetación más maravillosa. Le servían coros de bellos seres, de formas semejantes a varones y hembras, de quienes eran reflejos animados, formados con la sustancia más pura de los elementos. Eran silfos, salamandras, ondinas y gnomos; pero Adán, en su estado no caído aún, reinaba sobre los gnomos y las ondinas sólo por medio de las salamandras y los silfos, únicos con poder para ascender a su paraíso aéreo.

Nada igualaba la felicidad de nuestros primeros padres en medio del ministerio de los silfos; estos eran espíritus perecederos, pero muy diestros en construir y entretejer la luz, haciendo que floreciese en mil formas, más variadas que lo que ahora puede concebir la imaginación más brillante y fecunda. El paraíso terrenal —denominado así porque reposaba sobre la atmósfera terrestre— era, por tanto, un dominio de los encantamientos. Adán y Eva dormían en palacios de perlas y zafiros; nacían rosas en torno de ellos, formando una alfombra para sus pies; se deslizaban sobre las aguas en conchas marinas jaladas por cisnes; las aves comulgaban con ellos en el delicioso lenguaje de la música; las flores se inclinaban para acariciarlos. Pero todo esto se perdió con la caída, que hizo descender en la tierra a nuestros progenitores, y desde entonces los cuerpos materiales que les sirven de vestidura son las pieles de las bestias mencionadas en la Biblia. Quedaron solos y desnudos; nadie obedecía a los caprichos de sus pensamientos. Olvidaron su vida en el Edén, o sólo la apreciaron como un sueño visto a través del cristal del recuerdo. Sin embargo, los reinos paradisíacos se extienden todavía, eternamente, sobre la atmósfera terrestre, habitados por silfos y salamandras que de esa manera se constituyen en guardianes del dominio del hombre, como tristes sirvientes que aún permanecen en la casa de un amo cuyo regreso no esperan más.

Estas pasmosas ficciones encendieron la imaginación cuando las visiones aéreas empezaron a ser observadas a plena luz del día. Incuestionablemente significaban el descenso de silfos y salamandras en busca de sus anteriores amos. Por todas partes se hablaba de viajes a la tierra de los silfos, como actualmente lo hacemos sobre mesas animadas y manifestaciones fluidicas. La locura se apoderó hasta de los seres sensatos, y era tiempo de que la Iglesia interviniese pues a ésta no le agrada que lo sobre-

natural se pregone por las calles, puesto que tales revelaciones, al hacer peligrar el respeto debido a la autoridad y a la cadena jerárquica del magisterio eclesiástico, no pueden ser atribuidas al espíritu del orden y la luz. Por ello, los nubosos fantasmas fueron acusados de ilusiones de origen infernal, mientras el pueblo —ávido de tener algo nuevo en sus manos— inició una cruzada contra las hechiceras. La locura pública se convirtió en un paroxismo maniático; si aparecían extraños en un campo se los acusaba de descender del cielo y se los mataba sin lástima; los imbéciles confesaban que habían sido secuestrados por silfos o demonios; otros que se habían jactado de algo por el estilo no querían o no podían desdecirse; se les quemaba o ahogaba y, según Garinet, el número de los que perecieron en todo el reino superaban casi lo imaginable. Esta es la catástrofe o el drama común en el que los papeles principales son representados por la ignorancia o el miedo.

Tales epidemias de visiones se repitieron en reinados siguientes, y se puso en acción todo el poder de Carlomagno para calmar la agitación pública. Un edicto, luego renovado por Luis el Piadoso, prohibió a los silfos manifestarse bajo severísimas penas. Es comprensible que, en ausencia de esos seres aéreos, fueron juzgados quienes alardeaban de haberlos visto, y por ende cesasen de verlos. Las naves aéreas retornaron al puerto del olvido, y nadie más proclamó haber viajado por la distancia azul. Otros frenesíes populares reemplazaron a la anterior manía, mientras los románticos esplendores del gran reino de Carlomagno suministraron a los forjadores de leyendas nuevos prodigios para creer y nuevas maravillas para relatar.

Capítulo IV

# LEYENDAS DEL REINADO DE CARLOMAGNO

Carlomagno es el príncipe real de los encantamientos y del mundo de las hadas; su reinado semeja una pausa solemne y brillante entre la barbarie y la Edad Media; mientras él mismo es una aparición grande y majestuosa, que recuerda la mágica pompa de Salomón: es a la vez resurrección y profecía. En él el imperio romano, superando sus orígenes franceses y galos, reapareció en todo su esplendor; asimismo, en él, como en un símbolo, invocado y manifiesto mediante adivinación, se delinea de antemano el imperio perfecto de las edades de la civilización madura, el imperio coronado por el sacerdocio, estableciendo su trono junto al altar.

La era de la caballería y las maravillosas epopeyas romancescas empiezan con Carlomagno; las crónicas de su período son similares a *Los Cuatro Hijos de Aymon,* u *Oberon, Rey de las Hadas.* Los pájaros hablan y dirigen la marcha del ejército francés cuando se extravía en el bosque; aparecen colosos de bronce en mitad del océano e indican al emperador una ruta libre hacia el Este. Rolando, el primer paladín, blande una espada mágica, bautizada como un cristiano, que lleva el nombre de Durandal; el héroe habla a esta espada, que parece entenderle, y nada puede resistir su sobrenatural mandoble. Rolando tiene también un cuerno de marfil, proyectado con tanta artesanía que el menor soplo despierta en su interior una respuesta, y ésta se oye a veinte leguas a la redonda, haciendo que tiemblen hasta las montañas. Cuando el paladín cae en Roncesvalles, mas que vencido, abrumado, incluso entonces se yergue como un gigante bajo un alud de árboles y rocas que ruedan; sopla su cuerno y los sarracenos se refugian en la huida. Carlomagno, a una distancia de más de diez leguas, oye la señal y hubiese corrido en su ayuda, pero se lo impide el traidor Ganelón que vendió el ejército francés a la horda bárbara. Juzgándose abandonado, Rolando abraza por última vez a su Durandal y luego, reuniendo toda su fuerza, la golpea con ambas manos contra una roca, con la esperanza de que la espada se parta, para que no caiga en manos de los infieles; pero es la roca la que se hiende, la espada queda sin mella. Entonces Rolando la afirma en su pecho y entrega su espíritu con una aspecto tan sublime y soberbio que los sarracenos no osan acercarse, pero como aún se estremece, dirigen una nube de flechas contra su conquistador,

que no existe más. En síntesis, Carlomagno, al conferir un trono al Papado y recibir en sus manos en retorno el imperio del mundo, es la más imponente de todas las personalidades de la historia francesa.

Hemos hablado del *Enchiridion*, esa obra minuciosa que combina los símbolos más secretos de la Cabala con las más bellas oraciones cristianas. La tradición oculta atribuye su composición a León III y afirma que este Pontífice se la obsequió a Carlomagno, como el más precioso de todos los dones. El rey que la poseyese y supiese usarla dignamente se convertiría en amo del mundo. Tal vez no haya que desechar a la ligera esta tradición.

El escrito da por sentados: 1) la existencia de una revelación primitiva y universal, explica todos los Secretos de la Naturaleza y los armoniza con los Misterios de la Gracia, y concilia la razón con la fe, puesto que ambas son hijas de Dios y concurren a iluminar la inteligencia con su doble vida; 2) la necesidad —que se impone— de ocultar esta revelación a la multitud, para que no abusen de ella quienes no la entiendan ni vuelvan contra la fe no sólo el poder de la razón sino también el de la fe misma, para confusión de la razón, lo cual jamás es demasiado conveniente para que lo comprenda el vulgo; 3) la existencia de una tradición secreta, reservando el conocimiento de estos misterios al sacerdocio soberano y a los dueños temporales del mundo; y 4) la perpetuidad de ciertos signos o pentáculos, que expresan dichos misterios de manera jeroglífica sólo entendida por los adeptos.

El *Enchiridion*, desde este punto de vista, debe considerarse una colección de oraciones alegóricas y sus pentáculos cabalísticos secretos son sus claves. Algunas figuras principales pueden ser descriptas de la siguiente manera: la primera, que aparece en la cubierta de la obra, representa un triángulo equilátero invertido, inscripto dentro de un doble círculo. Las dos palabras, escritas dentro del triángulo en forma de cruz, son *Elohim* y *Tzabaoth*, que significa Dios de los ejércitos, equilibrio de las fuerzas naturales y armonía de los números. En los tres lados del triángulo están los tres grandes nombres: *Jehová*, *Adonai* y *Agla;* encima del nombre de Jehová está la palabra latina *Formatio;* encima del de Adonai está *Reformado;* y encima de Agla está *Transformatio*. De manera que la creación es atribuida al Padre, la redención o reforma al Hijo, y la santificación o transmutación al Espíritu Santo, en consonancia con las leyes matemáticas de la acción, la reacción y el equilibrio. Además, Jehová ha de entenderse como la génesis o la formación del dogma de acuerdo con el significado elemental de las cuatro letras incluidas en el Tetragrama sagrado; *Adonai* es la realización de este dogma en forma humana; es decir, en el Señor manifiesto, que es el Hijo de Dios u hombre perfecto; y *Agla*, como la explicáramos en forma completa en otra parte, expresaba la síntesis de todo dogma y de toda la ciencia cabalística, pues los jeroglíficos con que se forma este nombre revelan claramente el secreto triple de la Gran Obra.

El segundo pentáculo es una cabeza, con tres rostros, coronada por una tiara, que surge de una vaso lleno de agua. Los iniciados en los místenos del *Zohar* entenderán la alegoría que la cabeza representa. El tercer

pentáculo es un triángulo doble, conocido como la Estrella de Salomón. El cuarto pentáculo es la Espada Mágica, que lleva la divisa: *Deo duce, comité ferro*: es un emblema del Gran Arcano y de la omnipotencia del adepto. El quinto pentáculo es el problema de la forma humana atribuida al Salvador, resuelto por el número cuarenta. Es el número teológico de los *Sephiroth,* multiplicado por el de las realidades naturales. El sexto pentáculo es el del espíritu, representado por huesos, duplicando la letra *E* y la Tau mística, o *T.* El pentáculo séptimo y más importante es el Gran Monograma Mágico, que interpreta las claves de Salomón, el Tetragrama, el signo del *Labarum,* y el santo y seña del estado de adepto. Este pentáculo se lee por su giro en forma de rueda y se prenuncia Rota, Taro o Tora. La letra *A* es reemplazada con frecuencia, en su sello, por el número uno que es su equivalente. El pentáculo en cuestión contiene también la forma y valor de los cuatro emblemas jeroglíficos de los palos del Tarot: Cetro, Copa, Espada y Oros. Estos elementos jeroglíficos se repiten por doquier en los monumentos sagrados de Egipto; Hornero también los describe en el escudo de Aquiles, ubicándolos en el mismo orden que el autor del *Enchiridion.* Las pruebas de estas explicaciones, en caso de ser ofrecidas aquí, nos apartarían de nuestro objetivo inmediato y, además, exigirían un estudio especial que esperamos emprender y publicar en el futuro.

La espada o daga mágica descripta en el *Enchiridion* parace haber sido el símbolo particular del Tribunal Secreto, o Compañía de los Jueces Libres. Tiene forma de cruz y está oculta o envuelta por la divisa o lema que la circunda. Sólo Dios la blande, y quien golpea con ella no es responsable de ninguna de sus acciones. Como tal, es terrible en su amenaza y asimismo en su previlegio. Sabemos que la daga *vehémica* golpeaba en la oscuridad a los culpables, quedando a menudo sin conocerse su crimen. ¿Cuáles son los hechos en relación con esta pasmosa justicia? La respuesta implica una excursión por los reinos de la sombra que la historia no logró iluminar, recurriendo a las tradiciones y leyendas en procura de la luz que la ciencia no puede dar.

Los Jueces Libres eran una sociedad secreta opuesta, pero en intereses de orden y gobierno, a las sociedades anárquicas y revolucionarias que eran secretas de manera similar. Sabemos que las supersticiones son duras de morir y que el degenerado druidismo se arraigó profundamente en las salvajes tierras del Norte. Las insurrecciones recurrentes de los sajones atestiguaron un fanatismo que fue: a) siempre turbulento, y *b)* imposible de ser reprimido sólo con la fuerza moral. Todas las derrotadas formas de culto —el paganismo romano, la idolatría germánica, el rencor judío— conspiraban contra el cristianismo victorioso. Tuvieron lugar asambleas nocturnas; allí los conspiradores cimentaron su alianza con la sangre de víctimas humanas; y un ídolo panteista de forma monstruosa, con cuernos de macho cabrío, presidió los festivales que podrían llamarse ágapes del odio. En una palabra, aún se celebraba el Sabbath en todos los bosques y yermos de provincias todavía salvajes. Los adeptos que asistían, lo hacían enmascarados e irreconocibles; las asambleas se celebraban

con las luces apagadas, interrumpiéndose al amanecer; había culpables por doquier pero resultaban incatalogables. Por eso fue que Carlomagno se decidió a combatirlos con sus mismas armas.

Además, en aquellos tiempos los tiranos feudales se aliaban con los sectarios contra la autoridad legítima; las hechiceras se hallaban adscriptas a los castillos igual que las cortesanas; los bandidos que frecuentaban los Sabbaths dividían con los nobles el sangriento botín de sus rapiñas; las cortes feudales estaban sujetas al mejor postor; y las cargas públicas agobiaban con toda su fuerza sólo a débiles y pobres. La iniquidad alcanzaba su apogeo en Westfalia, y allí Carlomagno despachó fieles agentes, a quienes confió una misión secreta. Estos emisarios, con promesas de secreto y vigilancia en común, unieron la energía de los oprimidos y el amor por la justicia de unos pocos. A los iniciados así reclutados les hicieron conocer los plenos poderes que asumían de parte del mismo emperador, y procedieron a instituir el Tribunal de los Jueces Libres.

Estos eran una especie de policía secreta, con derecho de vida y muerte. El misterio que rodeaba sus juicios, la rapidez de sus ejecuciones, ayudaban a impresionar la imaginación de un pueblo aún en la barbarie. El Santo Vehm asumió proporciones gigantescas; los hombres se estremecían al describir las apariciones de personas enmascaradas, de citaciones clavadas en las puertas de los nobles incluso en medio de sus guardias nocturnos y sus orgías, de jefes de bandidos hallados muertos con la terrible daga cruciforme en sus pechos y en el rollo, allí atravesado, un extracto de la sentencia del Santo Vehm. El Tribunal asumía las formas más fantásticas de procedimiento; la persona culpable, citada para que compareciese en una encrucijada apartada, era llevada a la asamblea por un hombre vestido de negro, que le vendaba los ojos y le conducía en silencio. Esto ocurría invariablemente a una intempestiva hora de la noche, pues jamás se celebraba el juicio salvo a medianoche. El criminal era introducido en una vasta bóveda subterránea, donde una voz le interrogaba. Se le quitaba la capucha, la bóveda era iluminada totalmente y los Jueces Libres se sentaban, enmascarados, vistiendo negros atuendos. Las sentencias no eran invariablemente capitales, pues quienes juzgaban estaban familiarizados con las circunstancias del crimen, aunque nada trascendía sobre sus personas, pues la muerte alcanzaría instantáneamente a quien esto revelase. A veces estas asambleas formidables eran tan numerosas que podían compararse con un ejército de vengadores; una noche el mismo emperador presidió el Tribunal Secreto, y más de mil Jueces Libres se sentaron en círculo en torno de él. En el año 1400 existían diez mil miembros en Alemania. Las personas con mala conciencia sospechaban de sus relaciones y amigos. Está documentado que Guillermo de Brunswick dijo en cierta ocasión: "Si el Duque Alfonso de Schleswig me visita, deberé ahorcarlo sin falta, pues no quiero que me cuelguen". Federico de Brunswick, príncipe de la misma familia, que fue emperador por un momento, rehusó obedecer una citación de los Jueces Libres, y de allí en adelante andaba armado de la cabeza hasta los pies y rodeado por guardias. Sin embargo,

un día se cayó estando un poco alejado de su comitiva, y su armadura se aflojó en una parte. Como no regresaba, sus guardias ingresaron en el bosquecillo donde buscara descansar un momento. El infortunado príncipe estaba a punto de expirar, con la daga de Santo Vehm en su cuerpo y su sentencia ensartada en el arma. Mirando en torno, en todas direcciones, pudieron observar que un hombre enmascarado se alejaba a paso lento, pero nadie osó seguirle.

El Código de la Corte *Véhmica* fue hallado en los antiguos archivos de Westfalia y fue impreso en el *Reichstheater* de Müller, bajo el siguiente título: 'Código y Estatutos del Santo Tribunal Secreto de los Condes Libres y de los Jueces Libres de Westfalia, establecidos en el año 772 por el Emperador Carlomagno y revisados en 1404 por el Rey Roberto, quien efectuó las alteraciones y los agregados necesarios para la administración de la justicia en los tribunales de los iluminados, luego de investirlos con su propia autoridad".

Una nota de la primera página prohibía que cualquier profano echase una mirada en el libro bajo pena de muerte. La palabra "iluminados" aplicada aquí a los miembros del Tribunal Secreto, revela su misión íntegra: debían rastrear en las sombras a los que adoraban a la oscuridad; controlar misteriosamente a quienes conspiraban contra la sociedad amparándose en el misterio; pero eran los soldados secretos de la luz, que arrojaban la luz del día sobre los complots criminales, y era esto lo que significaba el resplandor repentino que iluminaba al Tribunal cuando pronunciaba la sentencia.

Las previsiones públicas de la ley bajo el gobierno de Carlomagno autorizaban esta guerra santa contra los tiranos de la noche. Es posible consultar los documentos para averiguar las penas aplicadas a hechiceras, adivinas, encantadoras, autores de maleficios, y quienes administraban veneno bajo el disfraz de filtros amorosos. Las mismas leyes tornaban punible perturbar el aire, hacer surgir tempestades, confeccionar caracteres y talismanes, echar suertes, practicar la brujería y los encantamientos mágicos, ya fuese sobre hombres o reses. Hechiceros, astrólogos, adivinos, nigromantes y matemáticos ocultos eran declarados execrables y sometidos al castigo de igual modo que los ladrones y asesinos. Se comprenderá esa severidad si se recuerda todo lo dicho sobre los horribles ritos de la Magia Negra y sus sacrificios de niños recién nacidos. El peligro debió haber sido grave de verdad cuando su represión asumió formas tanto severas como numerosas.

Otra institución que puede referirse a la misma raíz era la de la caballería andante. Los caballeros andantes eran una especie de Jueces Libres que apelaban a Dios y sus lanzas contra todas las opresiones de los castellanos y toda la maldad de los nigromantes. Eran misioneros armados, que se protegian con el signo de la cruz y después partían en pos de los herejes; de esa manera ganaban el recuerdo de una noble dama, santificando el amor con el martirio de una vida de cabal auto-ofrenda. Estamos ya lejos de las cortesanas paganas a las que eran ofrendados esclavos como

sacrificio para que los antiguos conquistadores incendiaban ciudades. Para las damas del cristianismo eran necesarios otros sacrificios; la vida debía arriesgarse por la causa de los débiles y oprimidos, los cautivos debían ser liberados, el castigo debía aplicarse a quienes profanaban los santos afectos; y luego, esas damas amables y blancas, cuyos vestidos estaban bordados con escudos heráldicos; cuyas manos eran pálidas y delicadas; esas madonnas vivientes, orgullosas como lirios, que regresaban de la iglesia con los Libros de las Horas bajo sus brazos y rosarios en sus ceñidores, se quitarían un velo bordado en oro o plara y lo darían como pañuelo al caballero que se arrodillase ante ellas, rezándoles a ellas y soñando con Dios. Olvidemos a Eva y sus errores; estos están mil veces perdonados, y se hallan más que expiados por esta gracia inefable de las nobles hijas de María.

# Capítulo V LOS

# MAGOS

El dogma fundamental de la ciencia trascendental que consagra la ley eterna del equilibrio alcanzó su realización plena en la constitución del mundo cristiano. Dos columnas vivientes —el Papa y el Emperador— sostenían la estructura de la civilización. Pero el imperio sufrió cuando se deslizó de las débiles manos de Luis el Piadoso y Carlos el Calvo. El poder temporal, abandonado a los azares de la conquista o la intriga, perdió la unidad providencial que lo conservaba en armonía con Roma. El Papa había intervenido a menudo como gran justiciero, restringiendo, a costa de su propio riesgo y peligro, las ambiciones y la audacia de muchos soberanos competitivos.

En esa época la excomunión era una pena terrible, pues era sancionada por el credo universal, y producía fenómenos que infundían pavor a la muchedumbre, siendo efectos misteriosos de la corriente magnética de la condenación. Está el ejemplo de Roberto el Piadoso quien, al haber incurrido en este castigo terrible por un matrimonio ilegítimo, fue padre de un hijo monstruoso, similar a las efigies de los demonios que el vate medieval representaba con ridículos aspectos de deformidad. El fruto melancólico de una unión prohibida dio testimonio, al menos, de la conciencia torturada y los sueños espantosos que se apoderaron de la madre. Roberto aceptó el hecho como prueba de la ira de Dios y se sometió al juicio papal. Renunció al matrimonio que la Iglesia declarara incestuoso, repudió a Berta para casarse con Constancia de Provenza, y debió reconocer en la cuestionable moral y carácter arrogante de su nueva consorte un segundo castigo de los cielos.

Los autores de crónicas de esa época eran enamorados de las leyendas diabólicas, pero sus constancias revelan más credulidad que buen gusto. Toda enfermedad de los monjes, toda insana pesadilla de las monjas, eran consideradas como un caso de aparición verídica. El resultado es repelente fantasmagoría, estúpidas exhortaciones, transfiguraciones imposibles, a las que el espíritu artístico de Cirano de Bergerac es lo único que les falta para convertirlas en creaciones entretenidas. Sin embargo, desde el reinado de Roberto hasta el de San Luis no hay nada digno de contarse.

El famoso Rabí Jequiel, gran cabalista y médico verdaderamente no-

table, vivió durante el reinado de San Luis. Todo lo que se dice de su lámpara y su clavo mágico va a probar que había descubierto la electricidad, o al menos estaba familiarizado con sus usos más importantes. Antiguo como el de la Magia, el conocimiento de esta fuerza fue transmitido como una de las claves de la iniciación mayor. Al llegar la noche aparecía una estrella radiante en la habitación de Jequiel; la luz era tan brillante que ningún ojo podía mirarla sin encandilarse, mientras el rayo que proyectaba tenía los matices cromáticos del arco iris. Nunca se supo que fallase y jamás se la volvía a llenar con aceite ni con las demás sustancias combustibles de la época. Cuando un importuno o curioso mal intencionado procuraba introducirse en la habitación de Jequiel percutiendo persistentemente el aldabón, el Rabí golpeaba un clavo fijado en su gabinete, produciendo al instante una chispa azul en la cabeza del clavo y en el llamador. El incauto era sacudido de tal manera que gritaba pidiendo misericordia, creyendo que la tierra se abría bajo sus pies. Un día una turba hostil se congregó en la entrada, profiriendo murmuraciones y amenazas, de pie, con los brazos entrelazados, para resistir la sacudida y el supuesto temblor de tierra. Los hombres más audaces golpearon furiosamente el llamador, pero Jequiel oprimió su clavo; en un instante los desaforados cayeron unos sobre otros y huyeron corriendo como gente que se hubiese quemado. Estaban segurísimos que la tierra se había abierto, tragándolos hasta las rodillas; no sabían cómo se habían librado; pero nada podía persuadirlos de volver para renovar su ataque. Así, el hechicero ganaba quietud por el terror que esparcía.

San Luis, gran católico como era, fue un gran rey, y deseoso de conocer de Jequiel, le citó a su corte, tuvo varias conversaciones con él, sus explicaciones le contentaron plenamente, le protegió de sus enemigos y durante el resto de su vida jamás dejó de dar fe de su estima para con Jequiel ni de actuar benevolentemente a su respecto.

Alberto Magno vivió en el mismo período, y el pueblo aún lo considera gran maestro de todos los magos. Los historiadores de la época afirman que poseía la Piedra Filosofal y que, luego de estudiar durante treinta años, había logrado resolver el problema del androide; en otras palabras, que había fabricado un hombre artificial, dotado de vida y habla que, de hecho, podía responder preguntas con tal precisión y sutileza que Santo Tomás de Aquino, enfurecido por no poder silenciar la imagen, la destruyo con un golpe de su bastón. Esta es una fábula popular; veamos ahora lo que esto significa.

El misterio de la formación del hombre y de su primitiva aparición sobre la tierra absorbió continuamente a los investigadores de los problemas de la Naturaleza. De hecho, el hombre aparece en último término en el mundo de los fósiles, y los días mosaicos de la creación depositaron sus restos sucesivos, dando testimonio de que aquellos días fueron en realidad largos periodos de tiempo. ¿Cómo se formó entonces la humanidad? El Génesis atestigua que Dios creó a Adán con barro de la tierra y sopló en sus narices el hálito de vida, declaración cuya verdad no cuestionamos

ni por un momento; pero sin embargo repudiamos la idea herética y antropomórfica de una Deidad que moldea arcilla con sus dedos. Dios, al ser un espiritu puro, no tiene manos, y hace que sus criaturas evolucionen una de otra por el poder que impartió a la Naturaleza. Por tanto, si el Señor creó a Adán con el polvo de la tierra, debemos entender que el hombre salió de la tierra bajo la Influencia Divina y, con todo, de manera natural. El nombre Adán en hebreo significa "tierra roja", ¿pero cuál es esta tierra en realidad? Es la que buscaron los alquimistas, y se desprende que la Gran Obra no era el secreto de la transmutación metálica —un resultado trivial y accesorio—sino el secreto universal de la vida. Se trataba de indagar el punto medio de la transformación en el que la luz se convierte en materia y se condensa en una tierra que contiene dentro de sí el principio del movimiento y de la vida. Se trataba de la generalización del fenómeno que tiñe de rojo a la sangre mediante la creación de esos innumerables corpúsculos magnéticos como los mundos, y vivos como los animales. Para los discípulos de Hermes los metales eran la sangre coagulada de la tierra, que pasaban, como la del hombre, de blanco a negro y de negro a carmesí, siguiendo la operación de la luz. La primera parte de la obra de la sabiduría era poner en movimiento este fluido por medio del calor e impartirle la colorante fructificación de la luz con la ayuda de la electricidad. El fin era más arduo y sublime; era cuestión de recuperar la tierra adámica, que es la sangre coagulada de la tierra vital; y el sueño supremo de los filósofos consistía en realizar el trabajo de Prometeo imitando el trabajo de Dios, es decir, produciendo un hombre que fuese hijo de la ciencia, como Adán fue hijo de la omnipotencia. El sueño tal vez fuese insensato, pero era sublime.

La Magia Negra, que imita siempre a la Magia de la Luz, pero que, por así decirlo, la hace retroceder, también se preocupaba por el androide, para utilizarlo como instrumento de la pasión y oráculo del infierno. Para este objeto era preciso ultrajar a la Naturaleza y obtener una especie de hongo venenoso, lleno de maldad humana concentrada —la realización viviente de todo crimen. Por esta razón los magos buscaban la mandragora debajo de una horca de la que pendiera un cadáver; y la arrancaban con un perro atado a la planta, al que infligían un golpe mortal. Las convulsiones agónicas de la bestia hacían arrancar la mandragora; el alma del perro se introducía en ésta y también atraía allí la del ahorcado. Basta ya de horrores y absurdos; quienes tengan curiosidad por conocer estas cosas pueden consultar el Grimonio común conocido en el país con el nombre de *Pequeño Alberto.* Además, hallarán allí el método de preparar una mandragora en forma de gallo con rostro humano. En todos esos procedimientos la estupidez y la impiedad marchan de la mano, pues la Naturaleza no puede ser ultrajada deliberadamente sin invertir al mismo tiempo las leyes de la razón.

Alberto Magno no fue infanticida ni deicida; no fue culpable del crimen de Tántalo ni del de Prometeo; pero logró crear y armar en todas las cuestiones la teología puramente escolástica, resultado de las categorías

de Aristóteles y de las sentencias de Pedro Lombardo, la lógica del silogismo que consiste en argumentación en vez de razonamiento y en hallar una respuesta para todo mediante sutilezas relativas a los términos. Era menos una filosofía que un autómata filosófico, que replicaba de manera arbitraria y desarrollaba sus tesis como los giros de una máquina. En ningún sentido era el *logo*» humano; era más bien el monótono grito de un mecanismo, el lenguaje inanimado de un androide. Era la fatal precisión de la máquina en lugar de la libre aplicación de las necesidades racionales. Santo Tomás de Aquino, con un solo golpe, destruyó ese andamiaje de palabras cuando proclamó el imperio eterno de la razón en la magnífica sentencia ya tan a menudo citada: "Una cosa no es justa porque Dios la quiera sino que Dios la quiere porque es justa". La consecuencia aproximada de esta proposición, al argumentar de lo mayor a lo menor, era: Una cosa no es verdadera porque la haya dicho Aristóteles sino que Aristóteles no podría decirla razonablemente a menos que fuese verdadera. Buscad pues primero la verdad y la justicia, y la ciencia de Aristóteles os será dada por añadidura. Aristóteles, impulsado por el escolasticismo, fue el verdadero androide de Alberto Magno, mientras la vara de maestro de Santo Tomás de Aquino era la doctrina de la *Summa Totius Theologiae,* obra maestra del poder y la razón que será estudiada nuevamente en nuestras escuelas de teología cuando se decida volver con seriedad a los tópicos sensatos.

En cuanto a la Piedra Filosofal legada por Santo Domingo a Alberto, y por éste a Santo Tomás de Aquino, debemos entender esto como la base filosófica y religiosa de las ideas reinantes en esa época. Si Santo Domingo hubiera podido realizar la Gran Obra, habría asegurado para Roma el imperio del mundo por el que se mostraba tan celoso, y hubiera desviado el fuego que consumía a tantos herejes hacia el calor de sus propios crisoles. Santo Tomás transformaba en oro cuanto tocaba, pero esta es una figura del lenguaje solamente, pues en este caso el oro es el emblema de la verdad.

A esta altura es oportuno decir unas pocas palabras más sobre la ciencia hermética cultivada desde los primeros siglos cristianos por Ostanes, Romano, la reina Cleopatra, el Geber árabe, Alfarabio y Salamanas, Morien, Artefio y Aristeo. Entiéndase de manera absoluta que esta ciencia puede llamarse Cabala de la realización, o Magia de las Obras. Por ello tiene tres grados análogos: realización religiosa, realización filosófica y realización física. El primer grado es la base sólida del imperio y el sacerdocio; el segundo grado es el establecimiento de una doctrina absoluta y una instrucción jerárquica; el último grado es el descubrimiento y la aplicación, dentro de las medidas del Microcosmos o mundo menor, de la ley creadora que puebla incesantemente el universo mayor. La ley en cuestión es la del. movimiento combinado con la sustancia, de lo fijo con lo volátil, - de lo húmedo con lo sólido. Su principio es el impulso divino, su instrumento es la luz universal, etérea en el infinito, astral en las estrellas y

planetas, metálica, específica o mercurial en los metales, vegetal en las plantas, vital en los animales, magnética o personal en los hombres.

Esta luz es la quintaesencia de Paracelso y está latente o activa en todas las sustancias creadas. Tal quintaesencia es el verdadero elixir de la vida, y es extraida de la tierra mediante cultivo; de los metales, mediante incorporación, rectificación, exaltación y síntesis; de las plantas, mediante destilación y cocción; de los animales, mediante absorción; de los hombres, mediante generación; y del aire, mediante respiración. En este sentido Aristeo nos dice que el aire debe derivarse del aire; Khunrath expresa que el mercurio vivo debe obtenerse del hombre perfecto formado por el andrógino; y prácticamente todos los sabios afirman que la medicina de los metales debe derivarse de los metales y que esta medicina —aunque fundamentalmente una en todos los reinos— está graduada y especificada según formas y especies. Su uso es triple —por simpatía, repulsión o equilibrio. La quintaesencia graduada fue el único auxiliar de las fuerzas; la medicina de cada reino debe derivarse del reino mismo, con el agregado del mercurio básico —terrestre o mineral— y del mercurio vivo sintético, o magnetismo humano.

Tal es el rápido y sucinto bosquejo de esta ciencia, vasta y profunda como la Cabala, misteriosa como la Magia, real como las ciencias exactas, pero durante tan largo tiempo y tan a menudo desacreditada por la frustrada codicia de los falsos adeptos y por las oscuridades con las que los sabios de verdad rodearon sus teorías y procedimientos.

# Capítulo VI

## ALGUNOS PROCESOS FAMOSOS

Las sociedades del mundo de la antigüedad perecieron por el egoísmo materialista de las castas, petrificándose, aislando al vulgo en una reprobación sin esperanzas y reservando las riendas del poder a un pequeño número de elegidos, de manera que estuvieron privadas de la circulación que es el principio del progreso, del movimiento y la vida. El poder sin antagonismo, sin competición y, por ende, sin control, demostró ser fatal para las realezas sacerdotales. Las repúblicas, por el otro lado, perecieron por el conflicto de las libertades que, en ausencia de todo deber, sancionado jerárquica y altamente, se convirtieron con rapidez en otras tantas tiranías en recíproca rivalidad. Para hallar un punto estable entre estos dos abismos, la idea de los hierofantes cristianos consistía en crear una sociedad comprometida en la abnegación por votos solemnes, protegida por normas rigurosas, reclutada mediante iniciación y, como única depositaría de los grandes secretos religiosos y sociales, creando reyes y pontífices sin exponerse a las corrupciones del imperio. Ese era el secreto del reino de Cristo Jesús que, sin ser de este mundo, gobernaba sobre todas sus grandezas. La misma idea presidió la fundación de las grandes órdenes religiosas tan frecuentemente en guerra con las autoridades seculares, eclesiásticas o civiles. Una realización similar soñaban las sectas disidentes de los gnósticos e iluminados, que afirmaban fijar su fe en la primitiva tradición cristiana de San Juan. Llegó un tiempo en que este sueño se convirtió en una amenaza real para la Iglesia y el Estado, cuando una Orden rica y disoluta, iniciada en las misteriosas doctrinas de la Cabala, pareció dispuesta a subvertir la autoridad legítima y los conservadores principios jerárquicos, amenazando al mundo entero con una revolución gigantesca. Los templarios, cuya historia se entiende tan poco, fueron los terribles conspiradores en cuestión, y al fin es tiempo de revelar el secreto de su caída, absolviendo de esa manera la memoria de Clemente V y de Felipe el Hermoso.

En 1118 nueve caballeros cruzados, entonces en Oriente —entre quienes estaba Godofredo de Saint-Omer y Hugo de Payens— se consagraron a la religión, depositando sus votos en manos del patriarca de Constantinopla, sede siempre hostil, secreta o abiertamente, a la de Roma desde la

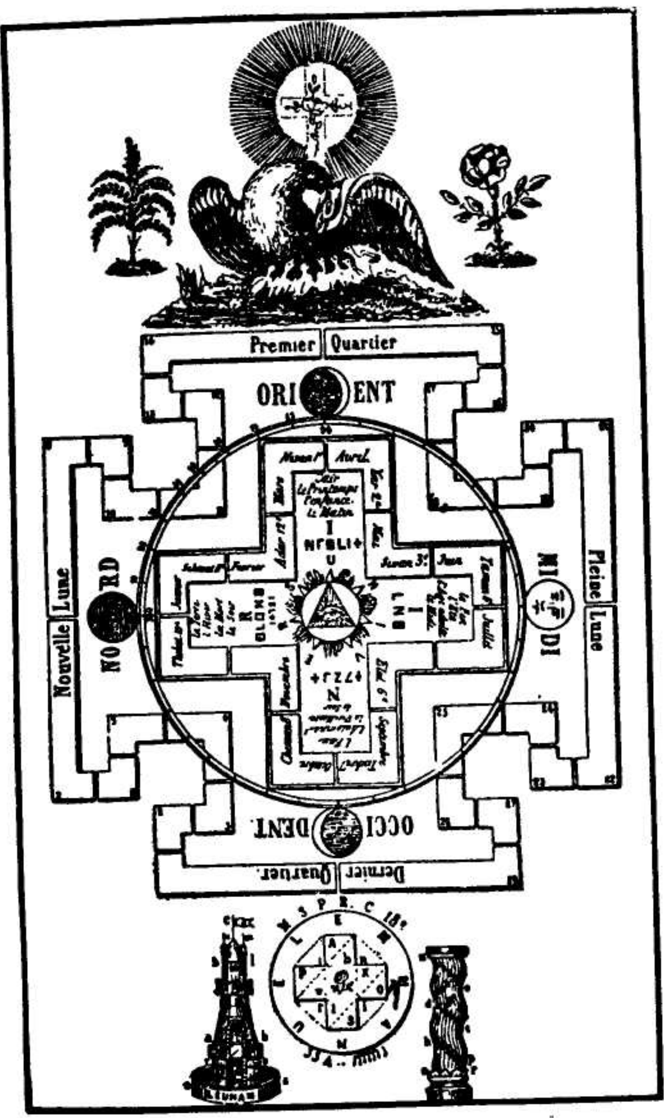
época de Focio. El objetivo declarado de los templarios era proteger a los cristianos en peregrinación a los Santos Lugares; su fin oculto era reconstruir el Templo de Salomón según el modelo anticipado por Ezequiel. Dicha restauración, predicha formalmente por los místicos judaizantes de los primeros siglos del cristianismo, se convirtió en el sueño secreto de los patriarcas de Oriente. Reconstruido y consagrado al culto católico, el Templo de Salomón habría sido, en efecto, la metrópolis del universo. Oriente habría prevalecido sobre Occidente y los Patriarcas de Constantinopla se habrían apoderado del Papado.

Para explicar el nombre de templarios adoptado por esta Orden militar, los historiadores dan por sentado que Balduino II, Rey de Jerusalén, les dio una casa en la vecindad del Templo de Salomón. Pero son culpables de un grave anacronismo, puesto que en esa época el edificio en cuestión no sólo había cesado de existir sino que tampoco quedaba piedra sobre piedra del Segundo Templo de Zerubbabel, y habría resultado difícil señalar el sitio de su ubicación. Ha de sacarse en conclusión que la Casa que Balduino asignó a los Templarios no estaba situada en la vecindad del Templo de Salomón sino del sitio en el que estos misioneros secretos y armados del Patriarca de Oriente pensaban reconstruirlo.

Los templarios tomaron como modelos escriturales a los Albañiles militares de Zerubbabel, que trabajaban con la espada en una mano y la cuchara en la otra. Por eso la espada y la cuchara se convirtieron en insignias cuando en un período posterior, como veremos, se ocultaron bajo el nombre de Hermanos Masónicos. La cuchara de los Templarios es cuádruple; las hojas triangulares están dispuestas en forma de cruz, constituyendo un pentáculo cabalístico conocido como la Cruz de Oriente.

El pensamiento más íntimo de Hugo de Payens, al establecer su Orden, no era precisamente servir la ambición de los patriarcas de Constantinopla. En ese período había una secta de Juanistas Cristianos en Oriente que proclamaban ser los únicos iniciados en los misterios interiores de la religión del Salvador; también afirmaban conocer la historia verdadera de Jesucristo. Al adoptar una parte de las tradiciones judías y de los relatos talmúdicos, consideraban los hechos evangélicos como alegorías, de las que San Juan tenía la clave. La prueba era su expresión de que si fuesen documentadas todas las cosas que Jesús hizo "supongo que el mundo mismo no podría contener los libros que se escribieran". Sostenían que esa afirmación sería una exageración ridicula a no ser que se refiriese a una alegoría y leyenda, que puede modificarse y prolongarse hasta el infinito. En cuanto a los hechos históricos reales, los juanistas narraban lo que sigue.

Una muchacha de Nazareth, llamada Miriam, prometida con un joven de su tribu, llamado Jochanan, fue sorprendida por cierto Pandira, o Panther, que entró en su alcoba con la apariencia y el nombre de su amante y por la fuerza satisfizo sus deseos. Al enterarse Jochanan de su infortunio, la abandonó sin hacer público lo ocurrido porque, de hecho, ella era inocente; la muchacha dio a luz un hijo, que recibió el nombre de Joshua




*La cruz filosófica, o plano del tercer templo*

o Jesús. El infante fue adoptado por un Rabí llamado José, que lo llevó a Egipto, donde fue iniciado en las ciencias secretas, y los sacerdotes de Osiris, reconociendo que él era la verdadera encarnación de Horus tan largamente prometida a los adeptos, le consagraron pontífice soberano de la religión universal. Joshua y José regresaron a Judea, donde el conoci-

miento y la virtud del joven excitaron muy pronto la envidia y el odio de los sacerdotes, que un dia le reprocharon públicamente la ilegitimidad de su nacimiento. Joshua, que amaba y veneraba a su madre, interrogó a su maestro y se enteró de toda la historia relativa al crimen de Pandira y los infortunios de Miriam. Su primer impulso fue negarla en público cuando dijo en medio de una fiesta de bodas: "Mujer, ¿qué hay en común entre tú y yo?" Pero después, comprendiendo que una mujer infortunada no debe ser castigada por haber sufrido lo que no pudo impedir, expresó: "Mi madre de ningún modo pecó, ni perdió su inocencia; es virgen y, con todo, mi madre: tribútesele doble honor. En cuanto a mí, no tengo padre sobre la tierra; soy el hijo de Dios y de la humanidad".

No proseguiremos más adelante con una ficción tan afligente para los corazones cristianos; baste decir que los juanistas llegaron hasta a responsabilizar a San Juan de esta tradición espuria, atribuyendo al apóstol en cuestión la fundación de su iglesia secreta. Los grandes pontífices de esta secta asumieron el titulo de Cristo y proclamaron una transmisión ininterrumpida desde los tiempos de San Juan. La persona que se jactó de estos privilegios imaginarios en la época de la fundación del Templo se llamaba Teocleto. Amigo de Hugo de Payens, a quien inició en los misterios y esperanzas de su falsa iglesia, le sedujo con ideas de un sacerdocio soberano y de una realeza suprema; en fin, le designó su sucesor. De esa manera, desde el principio la orden de los Caballeros del Templo estuvo infectada de cisma y conspiración contra los reyes. Estas tendencias se encubrían con un profundo misterio, pues la Orden profesaba externamente la más cabal ortodoxia. Sólo sus jefes conocían sus designios; el resto los seguía de buena fe.

Adquirir riqueza e influencia, intrigar sobre la base de éstas y necesariamente luchar por el establecimiento del dogma juanista fueron los medios y el fin propuestos por los hermanos iniciados. "Observad", argumentaban entre sí, "al papado y a las monarquías rivales enfrascados en regateos y ventas, cayendo en la corrupción y tal veza mañana destruyéndose mutuamente. Todo esto indica una herencia del Templo, aguardad un poco y las naciones escogerán entre nosotros sus soberanos y pontífices; seremos el equilibrio del universo, los arbitros y amos del mundo".

Los Templarios tenían dos doctrinas; una era oculta y reservada para los líderes, o sea, la del juanismo; la otra era pública, o sea, la doctrina católica romana. De esta manera engañaban a los enemigos a los que esperaban suplantar. El juanismo de los adeptos era la Cabala de los gnósticos, pero rápidamente degeneró en un panteísmo místico llevado hasta la idolatría de la Naturaleza y el odio hacia todo dogma revelado. Para un mejor logro, y a fin de asegurarse partidarios, fomentaban la pesadumbre por todos los cultos caídos y las esperanzas por todos los cultos nuevos, prometiendo a todos libertad de conciencia y una nueva ortodoxia que sería la síntesis de todas las creencias perseguidas. Llegaron hasta reconocer el simbolismo panteista de los grandes maestros de la Magia Negra, y para aislarse mejor de obedecer a una religión por la que estaban conde-

nados de antemano, tributaron honores divinos al ídolo monstruoso Bafomet, tal como en la antigüedad las tribus disidentes adoraban al Becerro de Oro de Dan y Bethel. Ciertos documentos descubiertos hace poco y ciertos documentos preciosos pertenecientes al siglo XIII ofrecen abundantes pruebas de todo lo dicho aquí. Otras evidencias se ocultan en los anales y símbolos de la Masonería Oculta.

Con las semillas de la muerte sembradas en su principio mismo, y anárquica porque era herética, la Orden de los Caballeros del Templo concibió una gran obra que fue incapaz de ejecutar, porque no entendía de humildad ni de abnegación personal. En cuanto al resto, como los templarios carecían en su mayoría de educación y sólo eran capaces de manejar exitosamente la espada, no estaban calificados como para regir ni compeler a voluntad a la reina del mundo llamada opinión pública. Hugo de Payens no tenía la hondura de juicio que, en un período posterior, distinguió al fundador militar de una milicia no menos formidable para los reyes. Los templarios fueron jesuítas fracasados. Su principio era enriquecer para comprar el mundo y, de hecho, lo consiguieron, pues en 1312 poseían sólo en Europa más de 9000 señorías. La riqueza fue también la roca en la que zozobraron; se tornaron insolentes, permitiendo que aflorara en público el desdén hacia las instituciones religiosas y sociales que esperaban subvertir. Todos conocen la respuesta de Ricardo Corazón de León al sacerdote que le dijo confidencialmente: "Señor, tienes tres hijas que te cuestan muy caras y tendrías gran beneficio si te librases de ellas: son la ambición, la avaricia y la lujuria". "Eso es verdad", dijo el rey. "Bien, bien, casémoslas. Doy la ambición a los templarios, la avaricia a los monjes, y la lujuria a los obispos. Estoy de antemano seguro del consentimiento de todas las partes".

La ambición de los templarios fue fatal para éstos; sus proyectos fueron adivinados y pronosticados. El Papa Clemente V y el Rey Felipe el Hermoso advirtieron a Europa, y los Templarios, atrapados, por así decirlo, en una red, fueron arrestados, desarmados y arrojados en prisión, lamas se cumplió un golpe de estado con uniformidad tan pasmosa. El mundo entero, alelado, esperó las extrañas revelaciones de un proceso cuyos ecos resonarían a través de las edades. Pero era imposible exhibir ante el pueblo el plan de la conspiración de los templarios; obrar así habría iniciado a la multitud en los secretos reservados a los maestros. Por ello debió recurrirse a acusarlos de Magia, para lo cual estaban preparados tanto acusadores como testigos. Los templarios, en la ceremonia de su recepción, escupían la imagen de Cristo, negaban a Dios, daban besos obscenos al Gran Maestro, adoraban una cabeza de bronce con ojos de carbunclo, celebraban la comunión con un gran gato negro y tenían relaciones sexuales con demonios hembras. Tales fueron los hechos planteados seriamente en el acta de acusación. El fin de este drama es sabido; Santiago de Molay y sus compañeros perecieron en la hoguera, pero antes de morir el gran maestro del Templo organizó e instituyó la Masonería Oculta. Dentro de los muros de su prisión fundó cuatro Logias Metropolitanas:

en Nápoles, para el Este, en Edinburgo, para el Oeste, en Estocolmo, para el Norte, y en París, para el Sud. El Papa y el Rey perecieron rápidamente de manera extraña y repentina. Squin de Florian, acusador en jefe de la Orden, fue asesinado. Al romperse, la espada de los templarios se convirtió en un puñal, y sus proscriptas cucharas de albañilería de allí en adelante fueron utilizadas solamente para erigir tumbas. Dejémosles en esta cuestión entrar en las tinieblas, donde se refugiaron para madurar su venganza. Los veremos reaparecer en la gran época de la Revolución y los reconoceremos por sus signos y sus obras.

Después del proceso del Templo, el máximo de la historia es el juicio de una doncella que, además, era casi una santa. La Iglesia, en este caso, fue acusada de servir al bajo resentimiento de un partido vencido y se le requirió encarecidamente hiciese llover los anatemas de la Silla de San Pedro sobre los asesinos de Juana de Arco. A quienes conocen realmente esto puede decirse de inmediato que Pedro Cauchon, el indigno Obispo de Beauvais, muerto súbitamente por la mano de Dios, fue excomulgado *post mortem* por Calixto IV, y sus restos fueron sacados de tierra consagrada y arrojados en las cloacas públicas. No fue por tanto la Iglesia la que juzgó y condenó a la Doncella de Orleans sino un mal sacerdote y un apóstata.

Carlos VII, que entregó esta noble muchacha a sus matadores, cayó después en manos de una vengadora providencia; murió de hambre por propia decisión, temeroso de ser envenenado por su hijo. El miedo es el tormento de los ruines. El rey en cuestión entregó su vida a una cortesana, y por ella agobió con deudas a un reino que le salvara una virgen. La cortesana y la virgen fueron celebradas por nuestros poetas nacionales: Inés Sorel por Béranger y Juana de Arco por Voltaire.

Juana murió en su inocencia, pero las leyes contra la Magia fueron vindicadas poco después en el caso de un reo por excelencia. El personaje en cuestión fue uno de los más valientes capitanes de Carlos VII, pero los servicios que prestó al estado no podrían equilibrar la extensión y enormidad de sus crímenes. Todos los cuentos del Ogro y Pulgarcito fueron realizados y superados por los actos de este fantástico bribón, cuya historia quedó en el recuerdo infantil bajo el nombre de Barba Azul. Gilles de Laval, Señor de Raiz, tenía barba tan renegrida que parecía casi azul, como lo demuestra su retrato en la *Salle de Maréchaux*, del Museo de Versalles. Mariscal de Bretaña, era valiente porque era francés; al ser rico, era también ostentoso; y se convirtió en hechicero porque era loco.

El desorden mental del Señor de Raiz se manifestaba en primer lugar por una devoción suntuosa y una extravagante magnificencia. Al salir era precedido invariablemente por una cruz y un estandarte; sus capellanes estaban cubiertos de oro y vestidos como prelados; tenía un colegio de pajecillos o pequeños coristas, siempre ricamente engalanados. Pero cada día uno de estos niños debía comparecer ante el Mariscal y sus compañeritos no le veían más; un recién llegado reemplazaba al desaparecido, y las criaturitas tenían severamente prohibido preguntar por la suerte de los que

faltaban o siquiera mencionarlos entre ellos. El mariscal conseguía los niños de padres pobres, a los que deslumhraba con sus promesas, dándoles seguridades para que no se preocuparan más por sus hijos; según sus dichos, éstos contaban con la seguridad de un futuro brillante.

El caso es que la aparente devoción era máscara y salvaguardia de infames prácticas. Arruinado por su prodigalidad imbécil, el mariscal deseaba labrar fortuna a cualquier precio. La alquimia agotó sus últimos recursos y los préstamos tomados con condiciones de usura estaban a punto de fundirle; por eso se decidió a intentar los experimentos últimos y más execrables de la Magia Negra, con la esperanza de obtener oro con la ayuda del infierno. Un sacerdote apóstata de la diócesis de Saint-Malo, un florentino llamado Prelati, y Sillé, mayordomo del mariscal, se convirtieron en sus confidentes y cómplices. Se había casado con una joven de alcurnia y la mantuvo prácticamente encerrada en su castillo de Machecoul, que tenía una torre con la entrada emparedada. El mariscal hizo correr la voz de que el sitio estaba en ruinas y nadie procuró entrar allí. No obstante esto, la Señora de Raiz, frecuentemente sola durante la noche, veía luces rojas que se desplazaban por aquella torre pero no se animó a interrogar a su marido, cuyo carácter excéntrico y sombrío la llenaba de extremo terror.

El día de Pascua del año 1440, el mariscal, luego de comulgar solemnemente en su capilla, se despidió de la señora de Machecoul, diciéndole que se marchaba hacia Tierra Santa; la pobre criatura, que llevaba varios meses encinta, no atinó a hacer preguntas y se limitó a temblar en su presencia. El mariscal permitió que la hermana de aquélla la visitara, en su ausencia, para hacerle compañía. La señora de Raiz aprovechó este favor, luego de lo cual Gilles de Laval montó a caballo y partió. La señora de Raiz comunicó a su hermana sus temores y ansiedades. ¿Qué sucedía en el castillo? ¿Por qué era tan tétrico su señor? ¿Qué significaban sus reiteradas ausencias? ¿Qué ocurría con los niños que desaparecían día tras día? ¿Qué eran las luces nocturnas de la torre tapiada? Estos y otros problemas excitaban la curiosidad de ambas mujeres en sumo grado. Asimismo, ¿qué podía hacerse? El mariscal les había prohibido expresamente aproximarse a la torre, y antes de partir había repetido la orden. Con seguridad debía tener una entrada secreta, y la señora de Raiz y su hermana Ana procedieron a buscar por las salas inferiores del castillo, rincón por rincón, piedra por piedra. Al fin, en la capilla, detrás del altar, hallaron un botón de cobre, oculto en una escultura. Cedió bajo presión; se deslizó una piedra y las dos curiosas indagadoras en un temblor distinguieron los peldaños más bajos de una escalera que las llevó hasta la torre maldita.

En el primer rellano había una especie de capilla, con una cruz inver-tida y velas encendidas; en el altar había una horrible figura de pie, que sin duda representaba al demonio. En el segundo piso encontraron hornos, retortas, alambiques y carbón... en una palabra, todo el aparato de la alquimia. El tercer rellano conducía a una oscura habitación, donde la

atmósfera densa y fétida obligó a las jóvenes a retirarse. La señora de Raiz llevó por delante un vaso que se cayó y advirtió que sus vestidos y pies se humedecían con un líquido espeso y desconocido. Al volver a la luz, en lo alto de las escaleras, descubrió que estaba bañada en sangre.

Ana habría huido del palacio, pero en la señora de Raiz la curiosidad era más fuerte que la repugnancia o el miedo. Descendió por las escaleras, tomó una lámpara de la capilla infernal y regresó al tercer piso, donde le aguardaba un espantoso espectáculo. Los vasos de cobre, llenos de sangre, estaban encolumnados a todo lo largo de los muros, con marbetes individuales que tenían fecha, y en medio de la habitación había una mesa de mármol negro, en la que yacía el cadáver de un niño asesinado hacía muy poco. Lo que había caído era una de esas jofainas, y la sangre negruzca se había esparcido por todo el piso de madera, sucio y carcomido.

Las dos mujeres estaban ahora semimuertas de terror. La señora de Raiz se esforzó a toda costa por borrar la evidencia de su indiscreción. Fue en busca de una esponja y agua, para lavar las tablas, pero lo único que logró fue extender la mancha y lo que al principio pareciera negro tomó un matiz totalmente escarlata. De pronto, una fuerte conmoción retumbó en el castillo, mezclada con los gritos de gente que llamaba a la señora de Raiz. Esta captó las pavorosas palabras: "El Señor ha vuelto". Las dos mujeres corrieron a la escalera pero al mismo tiempo oyeron ruido de pasos y el sonido de voces en la capilla del demonio. Ana huyó hacia la torre almenada; la señora de Raiz descendió temblando y se encontró frente a frente con su esposo,' que subía acompañado por el sacerdote apóstata y por Prelati.

Gilles de Laval asió a su esposa por un brazo y sin decir palabra la arrastró dentro de la capilla infernal. Entonces Prelati observó al mariscal:
— Como veis, es necesario, y la víctima llegó por propia voluntad.

— Así sea, —respondió su señor.

— Comenzad la Misa Negra.

El sacerdote apóstata se dirigió hacia el altar, mientras Gilles de Laval abrió una cajita de donde sacó un gran cuchillo, luego de lo cual se sentó junto a su esposa, que estaba a punto de desvanecerse y caída en un banco, contra la pared. Se inició la sacrilega ceremonia.

Es menester explicar que el mariscal, lejos de viajar a Jerusalén, sólo se dirigió a Nantes, donde vivía Prelati; allí atacó a este miserable con toda furia y amenazó matarle si no le proporcionaba los medios de arrancarle al demonio lo que había estado pidiendo durante tan largo tiempo. Con el objeto de obtener una demora, Prelati declaró que el amo infernal exigía condiciones terribles, la primera de las cuales consistía en sacrificar el hijo del mariscal, arrancándolo por la fuerza del vientre materno. Gilles de Laval no respondió, pero de inmediato regresó a Machecoul, mientras el hechicero florentino y su cómplice, el sacerdote, le seguían. El resto ya lo sabemos.

Mientras tanto, Ana, librada a su suerte en el techo de la torre, sin atreverse a bajar, se quitó el velo y empezó a efectuar señales de auxilio

al azar. Dos caballeros que cabalgaban hacia el castillo, acompañados por una partida de hombres armados, respondieron a sus señales; eran sus dos hermanos que, al enterarse de la espuria partida del mariscal para Palestina, acudían a visitar y consolar a la señora de Raiz. Con gran alboroto llegaron muy pronto al patio del castillo, por lo que Gilles de Laval suspendió la espantosa ceremonia y dijo a su esposa: —Señora, os perdono, y la cuestión está concluida entre nosotros si obráis como os digo. Volved a vuestros aposentos, cambiáos de ropas y reunios conmigo en la sala de recepción, donde recibiré a vuestros hermanos. Pero si decís una sola palabra, o despertáis en ellos la menor sospecha, os traeré aquí cuando se marchen; seguiremos la Misa Negra en la etapa en que ha sido interrumpida y, en la consagración, moriréis. Observad dónde coloco este cuchillo.

El mariscal se levantó, llevó a su esposa hasta la puerta de su habitación y luego recibió a sus parientes y acompañantes, diciendo que su señora se preparaba para llegar a saludar a sus hermanos. Casi de inmediato apareció la señora de Raiz, pálida como un espectro. Gilles de Laval no apartó sus ojos de ella, procurando controlarla con su mirada. Cuando sus hermanos sugirieron que estaba enferma, ella respondió que se trataba de la fatiga del embarazo, pero añadió en voz baja: Salvadme; me quiere matar.

En ese preciso instante Ana irrumpió en la sala, gritando: Sacadnos de aquí; salvadnos, hermanos míos: ¡este hombre es un asesino! —y señaló a Gilles de Laval.

El mariscal convocó a su gente y la escolta de los dos visitantes rodeó a las mujeres con sus espadas desenvainadas, pero la gente del mariscal le desarmó en lugar de obedecerle. La señora de Raiz, con su hermana y sus hermanos, cruzaron el puente y abandonaron el castillo.

Por la mañana, el duque Juan V puso sitio a Machecoul, y Gilles de Laval, que ya no podía contar con defensores, cedió sin resistir. El parlamento de Bretaña decretó su arresto por homicida; el tribunal eclesiástico se preparó en primera instancia a juzgarlo por hereje, sodomita y hechicero. Las voces de los padres, silenciados largo tiempo por el terror, surgieron por todos lados, reclamando sus hijos; en toda la provincia la aflicción y el clamor eran generales. Los castillos de Machecoul y Chantocé fueron saqueados; el resultado fue el descubrimiento de doscientos esqueletos de niños; el resto había sido consumido por el incendio.

Gilles de Laval compareció con suprema arrogancia ante sus jueces. A la pregunta habitual: —¿Quién sois?—, respondió: —Soy Gilles de La-vaL Mariscal de Bretaña, Señor de Raiz, Machecoul, Chantocé y otros feudos. ¿Y quién sois vos que os atrevéis a interrogarme?

Se le replicó: —Somos vuestros jueces, magistrados del Tribunal Eclesiástico.

- ¡Vosotros... mis jueces! Idos, os conozco bien, maestros míos. Sois cofrades simoníacos y obscenos, que vendéis vuestro Dios para comprarle goces al demonio. No habléis, por tanto, de juzgarme pues si yo

soy culpable, vosotros, que me debéis dar buen ejemplo, sois mis instigadores.

—Poned fin a vuestros insultos y respondednos.

—Que me cuelguen antes que responderos. Me asombra que el presidente de Bretaña soporte que manejéis asuntos de esta índole. Me interrogáis para sonsacarme información y luego obrar peor de como lo habéis hecho.

Pero esta altiva insolencia fue demolida con la amenaza de torturarlo. Ante el Obispo de Saint-Brieuc y el Presidente Pedro de l'Hópital, Gilles de Laval confesó sus crímenes y sacrilegios. Dio a entender que asesinaba a los niños por el execrable deleite que buscaba durante la agonía de estos pobrecitos. El presidente apenas podía dar crédito a lo declarado } volvió a preguntarle.

—¡Ay! —dijo el mariscal abruptamente— os atormentáis y me atormentáis para nada.

—Yo no os atormento —replicó el presidente— sino que estoy asombrado de vuestras palabras, que no me conforman. Lo que busco y necesito es la pura verdad.

El mariscal contestó: —En verdad no hubo otra causa. ¿Cuál otra podría existir? Con seguridad he admitido lo suficiente como para condenar a diez mil hombres.

Lo que Gilles de Laval se abstenía de confesar era que buscaba la Piedra Filosofal en la sangre de los niños asesinados, y que fue la codicia la que lo indujo a esta monstruosa perversión. Confiado en sus nigromantes, creía que el agente universal de la vida podía coagularse súbitamente mediante la acción y reacción combinadas de actos contra natura y asesinatos. Después recogía la tornasolada película que se forma en la sangre al enfriarse; la sometía a diversas fermentaciones, y resumía el producto en el huevo filosofal del atanor, combinándolo con sal, azufre y mercurio. Sin duda había extraído su receta de uno de los viejos Grimorios hebreos que, si hubiesen sido conocidos en aquella época, habrían bastado para endilgar a los judíos en general la execración de toda la tierra. Persuadidos como estaban de que el acto de la fecundación humana atrae y coagula la Luz Astral en su reacción por simpatía sobre las cosas sujetas al magnetismo del hombre, los hechiceros israelitas se hundieron en las barbaridades de las que los acusa Filón, según la cita del astrólogo Garfarel. Hacían que las mujeres injertasen árboles y, mientras hacían esto, un hombre cumplía en sus personas actos contra natura. Dondequiera interviene la Magia Negra se repiten los mismos horrores, porque el espíritu de las tinieblas no tiene inventiva.

Gilles de Laval fue quemado vivo en el prado de la Magdalena, cerca de Nantes; obtuvo permiso para que le acompañase hasta la ejecución toda la cohorte que estuvo con él durante su vida, como si desease involucrar en la ignominia de su castigo la ostentación y codicia con las que se degradó tan cabalmente y se perdió tan fatalmente.

## Capítulo VII

## SUPERSTICIONES RELATIVAS AL DEMONIO

Hemos dado testimonio de las sobrias decisiones pronunciadas por la Iglesia sobre el genio del mal; recomendaba a sus hijos que no le temiesen, no se preocupasen por él y ni siquiera pronunciasen su nombre. No obstante esto, la propensión de las imaginaciones enfermizas y las mentes débiles hacia lo monstruoso y horrible, acordaron, durante los últimos tiempos de la Edad Media, una importancia formidable y formas muy portentosas al ser tenebroso que sólo merece el olvido, porque rechazó la verdad y la luz para siempre. Esta aparente concreción del fantasma que expresa la perversión fue una encarnación del frenesí humano; el demonio se convirtió en pesadilla de los claustros, la mente humana cayó presa de su propio miedo, y aunque se creyese razonable, temblaba ante las quimeras que ella misma invocaba. Un monstruo negro y deforme desplegó sus alas de murciélago, entre el cielo y la tierra, para impedir que la juventud y la vida confiasen en las promesas del sol y en la tranquila paz de las estrellas. Esta harpía de la superstición envenenó todas las cosas con su. aliento, infectó todo con su contacto. Temíase comer y beber no fuera que se ingiriese los huevos del reptil; mirar lo bello era tal vez cortejar una ilusión engendrada por el monstruo; reir sugería las befas del atormentador eterno como un eco funerario; llorar era como si se insultase las lágrimas del sufrimiento. El demonio parecía mantener prisionero a Dios en los cielos mientras imponía la blasfemia y la desesperación sobre los hombres de la tierra.

Las supersticiones conducen rápidamente al absurdo y la alienación mental; nada es más deplorable ni fastidioso que los relatos múltiples con que los autores populares de la historia de la Magia cargaron sus recopilaciones. Pedro el Venerable observó al demonio que miraba salazmente los lavatorios; otro cronista le reconoció bajo la forma de un gato que, sin embargo, parecía un perro y saltaba como un mono; cierto señor de Corasse era servido por un diablillo llamado Ortón, que aparecía como una cerda, pero muy flaca y casi sin carnes. El prior de Saint Germain de Prés, llamado Guillermo Edeline, atestigua haberle visto en forma de oveja que, por lo que le pareció, debía ser besada debajo de la cola, como señal de reverencia y honor.

Las viejas prostitutas confesaban haberlo tenido de amante; el ma-

riscal Trivulcio murió de terror, defendiéndose a cuchilladas contra los demonios que pululaban en su alcoba. Cientos de degenerados y locos fueron quemados al admitir su comercio anterior con el espíritu maligno; por todos lados se oía rumores de íncubos y súcubos; los jueces deliberaban con gravedad sobre las revelaciones que más bien debían haberse girado a los médicos; además, sufrían la presión irresistible de la opinión pública, y ser indulgente con los hechiceros los exponía a toda la furia del pueblo. La persecución de los Jocos tornó contagiosa la insania y los maníacos se despedazaban entre ellos; la gente era golpeada hasta morir, quemada a fuego lento, sumergida en agua helada con la esperanza de obligarla a romper los hechizos que lanzara, mientras la justicia intervenía para completar en el cadalso lo que se iniciara con la furia ciega de la multitud.

Al narrar la historia de Gilles de Laval hemos indicado suficientemente que la Magia Negra no sólo puede ser un crimen real sino también la más grave de las transgresiones; por desgracia, el método de la época confundía a los enfermos con los malhechores y castigaba a los que debía haber cuidado con paciencia y caridad.

¿Dónde empieza y dónde termina la responsabilidad del hombre? El problema puede perturbar con frecuencia a los virtuosos depositarios de la justicia humana. Calígula, hijo de Germánico, pareció heredar todas las virtudes de su padre, pero un veneno le alteró la razón y se convirtió en terror del mundo. ¿Era realmente culpable, o sus crímenes no deberían achacarse a los cobardes romanos que le obedecieron en vez de arrojarle en prisión?

E1 padre Hilarión Tissot, antes citado, va mucho más allá que nosotros, e incluiría hasta el crimen voluntario en la categoría de locura, pero lamentablemente explica la locura como obsesión del espíritu maligno. Le preguntaríamos a este buen eclesiástico qué pensaría del padre de familia que, tras cerrar la puerta a un granuja capaz de toda maldad, le permitiese frecuentar, aconsejar, raptar y obsesionar a sus hijitos? Admitimos, por tanto, como verdaderos cristianos, que el demonio, sea lo que fuere, sólo obsesiona a quienes se le entregan voluntariamente, y que son responsables de cuanto les impulse a hacer, tal como el borracho es responsable de los desórdenes de que es culpable bajo la influencia de la bebida. La ebriedad es una locura pasajera y la locura es una intoxicación permanente; ambas son causadas por una congestión fosfórica de los nervios cerebrales, que destruye nuestro equilibrio etérico y priva al alma de su instrumento de precisión. El alma espiritual y personal se parece entonces a Moisés atado y fajado en su cuna de juncos, y abandonado al balanceo de las aguas del Nilo. Es llevado lejos por el alma fluídica y material del mundo, el agua misteriosa sobre la que se cernían los Elohim cuando fue formulada la Palabra Divina con la frase luminosa: "Hágase la luz".

El alma del mundo es una fuerza que tiende automáticamente hacia el equilibrio; la voluntad debe predominar sobre ella o ella vence a la

voluntad. Una vida incompleta la atormenta, como si fuese una monstruosidad, y por ello pugna por absorber los abortos intelectuales. Por esa causa los maniacos y alucinados experimentan un ansia irresistible de destrucción y muerte; la aniquilación les parece una bendición, y no sólo obtendrían la muerte para sí sino que se deleitarían presenciando la de los demás. Comprenden que la vida se les escapa; la conciencia los azota y punza hasta desesperarlos; su existencia sólo percibe la muerte y es un tormento infernal. Uno oye una voz imperiosa que le ordena matar a su hijo en la cuna. Lucha, llora, solloza pero termina apoderándose de un hacha para asesinar a la criatura. Otro (y esta es una historia terrible, ocurrida hace poco) es inducido por voces que piden corazones a gritos; golpea a sus padres hasta matarlos, les abre los pechos, les arranca los corazones y empieza a devorarlos. Quien por su libre albedrío es culpable de una mala acción, con ese hecho contrata su destrucción eterna sin prever hasta dónde le llevará este fatal convenio.

El ser es sustancia y vida; la vida se manifiesta mediante el movimiento; el movimiento se perpetúa mediante el equilibrio; el equilibrio es, por tanto, la ley de la inmortalidad. La conciencia es la intima captación del equilibrio, que es equidad y justicia. Todo exceso, cuando no es mortal, es corregido por un exceso opuesto; esta es la ley eterna de reacción; pero si el exceso subvierte todo equilibrio, se pierde en la oscuridad externa y se convierte en muerte eterna.

El alma de la tierra lleva consigo en el vértigo del movimiento astral todo lo que no ofrece resistencia en virtud de las fuerzas equilibradas de la razón. Dondequiera se manifieste una vida imperfecta y deforme, esta alma dirige sus energías para destruirla, tal como la vitalidad se derrama para curar las heridas. A ello obedecen los trastornos atmosféricos que ocurren cerca de ciertas personas enfermas, las conmociones fluídicas, el movimiento automático de las mesas, las levitaciones, las pedreas, y la proyección visible y tangible de manos y pies astrales por parte de obsesos. La Naturaleza trabaja sobre un cáncer que procura extirpar, sobre una herida que busca cerrar, o sobre un vampiro cuya muerte se desea, para que vuelva a la fuente común de la vida.

El movimiento espontáneo de los objetos inertes sólo puede resultar de la actividad de fuerzas que magnetizan la tierra; un espíritu, o en otras palabras, un pensamiento, nada puede levantar en ausencia de una palanca. Si fuese de otro modo, el trabajo infinito —por así decirlo— de la Naturaleza para crear y perfeccionar los órganos carecería de objeto. Si el espíritu liberado de los sentidos pudiese hacer que la materia le obedeciese a voluntad, los ilustres difuntos serían los primeros en manifestarse de acuerdo con el orden y la armonía, pero en lugar de esto sólo hay actividades incoherentes y febriles producidas en torno de seres enfermos y caprichosos. Estos son imanes irregulares que alteran el alma de la tierra; más cuando ésta se halla en delirio por las erupciones de tales seres abortivos, ello ocurre porque atraviesa una crisis, que culminará en conmociones violentas.

En algunas personas consideradas serias hay una extraordinaria puerilidad. Por ejemplo, el marqués de Mirville relaciona todos los fenómenos inexplicables con el demonio. Pero, mi querido señor, si el demonio pudiese intervenir en el orden natural, ¿no lo destruiría todo? Si nos basamos en la hipótesis sobre su carácter, casi ningún escrúpulo le detendría. Se responderá que el poder de Dios es restrictivo en este aspecto, y es evidente que actúa o no actúa; pero en el primer supuesto el demonio se torna impotente, mientras que en el segundo él es el amo. El señor de Mirville podría decir, además, que Dios lo aguanta un poco. ¿Quiere decir que lo soporta lo suficiente como para que engañe a los pobres hombres, y trastorne sus cabezas bastante duras, como es sabido? En este caso el demonio ya no sería el amo sino más bien Dios... Pero no nos atrevemos a continuar. Seguir más adelante sería una blasfemia.

No entendemos apropiadamente las armonías del ser, que siguen una ordenada secuencia, como bien dijo el ilustre maníaco Fourier. El espíritu actúa sobre los espíritus por medio de la Palabra; la materia recibe las impresiones del espíritu y se comunica con él por medio de un organismo perfecto. La armonía de las formas se relaciona con la armonía de las ideas, y la luz es el mediador común. La luz es espíritu y vida; es la síntesis de los colores, el acuerdo de las sombras, la armonía de las formas; y sus vibraciones son matemática viva. Pero la oscuridad y sus ilusiones fantásticas, los fosforescentes errores del sueño y las palabras pronunciadas en medio del delirio... todo esto nada crea, nada realiza; en una palabra, no existe. Tales cosas pertenecen al limbo de la vida, son vapores de intoxicación astral e ilusiones de la vista cansada. Seguir estos fuegos fatuos es caminar por un callejón sin salida; creer en sus revelaciones es rendir culto a la muerte: ese es el testimonio de la Naturaleza.

La incoherencia y el abuso son los únicos mensajes de las mesas que bailan; son ecos de las honduras vitales del pensamiento, sueños absurdos y anárquicos, palabras que la escoria del pueblo utiliza para expresar su desafío. Hay un libro del Barón de Guldenstubbé que pretende establecer un contacto con ese otro mundo, y dice haber logrado respuestas como éstas: dibujos obscenos, jeroglíficos indescifrables y una firma en griego, que dice **πνευμα θανατος**, y puede traducirse como "espíritu de la muerte". Esa es la última palabra de las revelaciones fenomenales según los doctores norteamericanos; así es la doctrina que se aparta de la autoridad sacerdotal e intenta establecerse independientemente del control jerárquico. De ningún modo se niega la realidad e importancia de los fenómenos, ni la buena fe de quienes les dan crédito; pero debemos advertir, a todos los que con esto se relacionan, contra los peligros que afrontan si no prefieren el espíritu de sabiduría, comunicado divina y jerárquicamente a la Iglesia, antes que todas estas imágenes desordenadas y oscuras, en las que el alma fluida de la tierra refleja automáticamente el espejismo de la inteligencia y los sueños de la razón adormilada.

# Libro V

# LOS ADEPTOS Y EL SACERDOCIO

ה — HEI

## Capítulo I

## SACERDOTES Y PAPAS ACUSADOS DE MAGIA

Hemos explicado que debido a las profanaciones e impiedades de los gnósticos la Iglesia proscribió la Magia. La condenación de los caballeros templarios completó la ruptura, y desde entonces en adelante, obligada a ocultarse y maquinar su venganza en las sombras, la Magia a su vez proscribió a la Iglesia. Más prudentes que los heresiarcas que demostraban su oposición a la luz del día, con la secuela de denuncias y del hacha del verdugo sobre sus cabezas, los adeptos disimularon su resentimiento al igual que sus doctrinas. Aliados por horribles juramentos y sabedores de la importancia de asegurarse en primer lugar una opinión favorable en el tribunal de la opinión pública, volvieron sobre sus acusadores y jueces los rumores con que se les perseguía y denunciaron ante el pueblo que el sacerdocio era una escuela de Magia Negra.

En la medida en que sus convicciones y creencias no se arraigan en los firmes cimientos de la razón, el hombre desea ardiente e indiferentemente la verdad y la falacia; en una y otra descubre reacciones crueles. ¿Quién pondrá fin a esta guerra? Sólo el espíritu de quien dijo: "No devuelvas mal con mal; vence al mal con el bien."

Al sacerdocio católico se le imputó espíritu persecutorio aunque su misión es la del buen samaritano, por cuya razón suplantó a los indiferentes levitas que seguían su camino sin compadecerse de quien había caído víctima de los ladrones. En el ejercicio de la humanidad los sacerdotes demuestran su consagración divina. Por ello es una suprema injusticia endilgar al clero en general los delitos de ciertos hombres desgraciadamente ungidos sacerdotes. Un hombre, como tal, es siempre posible que sea inicuo; mas el sacerdote de verdad es, por el contrario, siempre caritativo. Ahora bien, los falsos adeptos no contemplaban la cuestión desde este punto de vista; para ellos el sacerdocio cristiano estaba vacío

y, por ende, era un poder usurpador desde la proscripción de los gnósticos. Decían: ¿de qué sirve una jerarquía cuyos grados ya no son regulados por la conciencia? La misma ignorancia de los Misterios y la misma fe ciega conducen al mismo fanatismo o a la misma hipocresía tanto a los líderes de primer orden como a los ministros más bajos del santuario. Los ciegos guían a los ciegos. La supremacía entre iguales no existe: es el resultado de la intriga y el azar. Los pastores consagran los elementos sagrados con fe burda y desordenada; hacen malabarismos con el pan y comen carne humana; no son ya taumaturgos sino hechiceros. Tal era el veredicto sectario. Para sostener la calumnia, inventaban fábulas, afirmando, por ejemplo, que los Papas se habían entregado al espíritu de las tinieblas desde el siglo X. Se decía que el erudito Gerberto, coronado como Silvestre II, lo había confesado en su lecho de muerte. Honorio III, quien confirmara la Orden de Santo Domingo y predicara las Cruzadas, era un abominable nigromante, autor de un Grimorio que aún lleva su nombre, reservado exclusivamente para sacerdotes. Los mismos falsos adeptos estudiaban y comentaban este Grimorio, procurando de esa manera volcar contra la Santa Sede el más terrible de todos los prejuicios populares de la época: el odio mortal hacia quienes, justa o injustamente, eran considerados en público como hechiceros.

Algunos historiadores malévolos o crédulos favorecieron estas embusteras invenciones. Así Platina, escandaloso cronista del Papado, reproduce de Martín Polonio las calumnias contra Silvestre II. Según esta fábula, Gerberto, experto en matemática y Cabala, invocó al demonio y le pidió ayuda para lograr el pontificado. El demonio no sólo le prometió satisfacer su ambición sino que también le dijo que no moriría salvo en Jerusalén, lugar al que de inmediato el mago decidió interiormente que jamás se dirigiría. Según lo prometido fue Papa, pero cierto día en que celebraba Misa en una iglesia de Roma, se sintió gravemente enfermo y, al recordar de pronto que la capilla en que oficiaba estaba consagrada a la Santa Cruz de Jerusalén, comprendió lo que sobrevendría. Dispuso que colocaran un lecho en esa capilla y, luego de citar a sus cardenales, confesó públicamente que había mantenido tratos con los demonios. Después ordenó que su cadáver fuese colocado en un carruaje de madera verde, tirado por dos caballos vírgenes, uno negro y el otro blanco; que se los hiciera andar sin conducirlos; y que sus despojos fuesen enterrados donde los animales se detuvieran. El carruaje avanzó de ese modo cruzando Roma y se detuvo frente a San Juan de Letrán. Durante unos instantes se oyeron gritos y gemidos y, cuando estos callaron, tuvo lugar la inhumación. Así concluye una leyenda cuyo sitio apropiado corresponde a una feria de libros de baratillo.

Martín Polonio, dando crédito a las ensoñaciones que Platina repite, las tomó de: o) un personaje llamado Galfrido, y *b)* de Gervasio, cronista a quien Naudé denomina "el más grande falsificador de fábulas y el embustero más notable que empuñó la pluma". De fuentes de valor semejante los protestantes derivaron una historia escandalosa y evidente-

mente apócrifa sobre la supuesta Papisa Juana, que también era hechicera, como lo hemos oído todos: en realidad, todavía se le atribuyen libros de Magia Negra. Hemos leído unas memorias sobre esta Papisa, escritas por un historiador protestante, tomando nota de dos curiosos grabados que allí figuran. Se los presenta como retratos de la heroína pero en realidad son Tarots antiguos, con Isis coronadas con una tiara. Es bien sabido que la figura jeroglífica del segundo Tarot todavía se llama La Papisa, que es una mujer con una tiara en la que aparecen las puntas de la luna creciente, o los cuernos de Isis. Hay un ejemplo más notable aún en este libro protestante: el cabello de la figura es largo y escaso; en el pecho hay una cruz solar; está sentada entre las dos columnas de Hércules; y detrás de ella fluye el océano, con flores de loto que brotan sobre la superficie del agua. El segundo retrato representa a la misma divinidad, con atributos del sacerdocio soberano; sostiene en sus brazos a su hijo Horus. Como documentos cabalísticos, ambos grabados tienen singular valor, pero guardan muy escasa relación con la Papisa Juana.

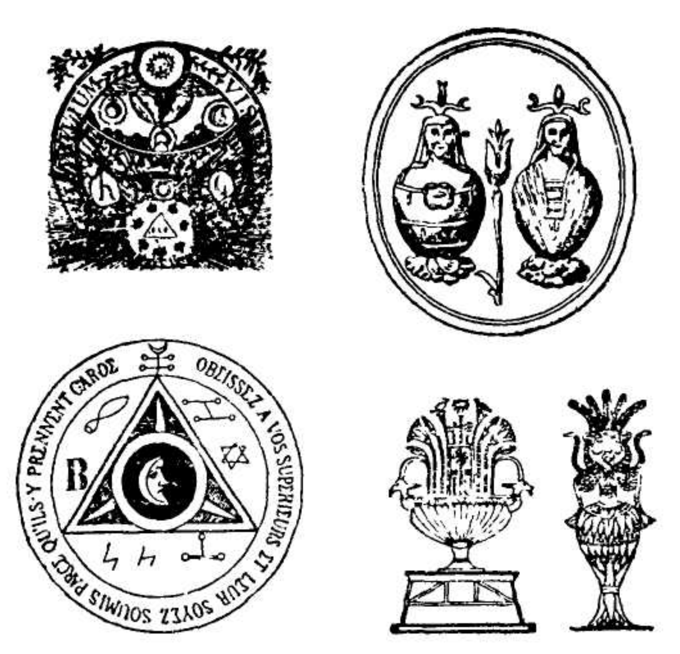
Para desechar la acusación de hechicería respecto de Gerberto, suponiendo que se la tomase seriamente, bastaría mencionar que fue el más ilustrado de su siglo, y como preceptor de dos soberanos debió su elección a la gratitud de sus augustos discípulos. Era experto matemático y sus conocimientos de física superaban los de su época; en una palabra, era hombre de erudición universal y gran capacidad, como lo atestiguan sus cartas, aunque no denunció reyes como el terrible Hildebrando. Prefirió instruir príncipes en vez de excomulgarlos, y como disfrutaba del favor de dos reyes franceses y tres emperadores, no necesitaba (como lo señalara criteriosamente Naudé) venderse al demonio por los arzobispados de Reims y Ravena, ni por el Papado como sucesión de estos cargos. Es verdad que logró puestos sucesivos, hasta cierto punto a pesar de su mérito; esa era una época en la que los políticos hábiles eran considerados posesos y los eruditos, encantadores. Gerberto no sólo fue un gran matemático, como dijimos, y un distinguido astrónomo, sino que también se destacó en mecánica y —según Guillermo de Malmesbury— construyó en Reims máquinas hidráulicas tan maravillosas que el agua ejecutaba sinfonías y tocaba los sones más encantadores. Además, según Ditmare, adornó la ciudad de Magdeburgo con un reloj que registraba todos los movimientos de los cielos y las horas con el orto y ocaso de los astros.. Finalmente, como lo demuestra Naudé, a quien citamos complacidos una vez más, realizó "la prueba del bronce con tanta ingeniosidad que hasta el mismo Guillermo de Malmesbury antes citado se engañó, relacionándola con la Magia. Asimismo, Onufrio declara haber visto en la biblioteca Farnese un libro erudito sobre geometría escrito por el mismo Gerberto; y en lo que a mí concierne estimo que, sin pronunciarme sobre la opinión expresada por Erfordiense y otros, que le consideran creador de relojes y obras sobre matemática aún existentes entre nosotros, todas estas evidencias son suficientemente válidas como para respaldar la conclusión de que quienes jamás oyeron hablar de cubo, paralelogramo, dodecaedro,

almicántara, valsagora, almagripa, *cathalzem* y otros nombres, bastante familiares en estos tiempos para los entendidos en matemática, concibiesen que pertenecían a ios espíritus invocados por Gerberto y que una multitud de cosas tan raras no podía emanar de una sola personalidad a falta de beneficios extraordinarios, de cuya posesión colegían por tanto que aquél debía ser un mago."

Para señalar los alcances de la impertinencia y mala fe de los cronistas, queda por decir que Platina —eco maliciosamente ingenuo de todos los pasquines romanos —afirma que la tumba de Silvestre II se convirtió en hechicera, que llora proféticamente al aproximarse la caída de cada Papa y que los huesos réprobos de Gerberto se sacuden y golpetean cuando uno de aquellos está a punto de morir. Un epitafio grabado en la tumba matiza estos prodigios... así agrega desvergonzadamente el bibliotecario de Sixto IV. Esas fueron las pruebas que los historiadores consideraron suficientes para certificar la existencia de un curioso documento histórico. Platina fue bibliotecario del Vaticano; escribió su historia de los Papas por orden de Sixto IV; escribió también en Roma, donde nada podía ser más fácil que verificar la verdad o falacia de una aseveración de esa índole que, no obstante el supuesto epitafio, jamás existió fuera de la imaginación de los autores de donde Platina la tomó con increíble falta de precaución —circunstancia que impulsa con justicia la indignación del honrado Naudé quien formula estas observaciones: "Es pura impostura y falsedad manifiesta, respecto de la experiencia (de los supuestos prodigios de la tumba de Silvestre II, jamás presenciados por nadie) y de la falsa inscripción de su tumba; la inscripción, como realmente existe, fue redactada por Sergio IV y lejos de sostener esas fábulas mágicas es, por el contrario, uno de los más excelentes testimonios que podrían desearse sobre la vida íntegra y honrada de Silvestre. Es verdaderamente vergonzoso que tantos católicos convaliden una calumnia respecto de la cual nada dicen Mariano Scoto, Glaber, Ditmare, Helgando, Lambert y Hermán Contract, que fueron sus contemporáneos".

Sigamos ahora con el Grimorio de Honorio. Este libro impío es atribuido al tercero que lleva este nombre, o sea a uno de los más celosos pontífices del siglo XIII. Con seguridad, es muy probable que los sectarios y nigromantes odiasen a Honorio III, y que procurasen deshonrarle representándole como cómplice de ellos. Censio Savelli, coronado Papa en 1216, confirmó la Orden de Santo Domingo, tan formidable para los albigenses y valdenses, esos hijos de los maniqueos y los hechiceros. También fundó las órdenes franciscana y carmelita, predicó una Cruzada, gobernó la Iglesia con sabiduría y dejó muchos decretos. Imputar Magia Negra a un Papa tan eminentemente católico implica echar similar sospecha sobre las grandes órdenes religiosas que él instituyera, con lo que el demonio difícilmente dejaría de sacar provecho.

Algunos viejos ejemplares del Grimorio de Honorio llevan, sin embargo, el nombre de Honorio II quien, luego de ser elevado al soberano pontificado, se rodeó de poetas, a quienes concedió obispados a cambio




*Sellos ocultos y primitivos Tarots egipcios*

de elegías, como ocurrió con Hildeberto, Obispo de Mans, o con teólogos eruditos, como Hugo de Saint-Víctor. Pero sucede que el nombre de Honorio II es para nosotros un rayo de luz que señala al verdadero autor del horrendo Grimorio en cuestión. En 1061, cuando el imperio empezó a malquistarse con el Papado y buscó usurpar la influencia sacerdotal fomentando problemas y divisiones en el Sacro Colegio, los obispos de Lombardía, acuciados por Gilberto de Parma, protestaron contra la elección de Anselmo, Obispo de Lucca, que había sido elevado a la silla papal como Alejandro II. El Emperador Enrique IV se inclinó por los disidentes y los autorizó a elegir otro Papa, prometiendo apoyarlos. Eligieron a Cadulo, o Cadalo, un intrigante Obispo de Parma, hombre capaz de todo crimen y escándalo público por su simonía y concubinato. Tomó el nombre de Honorio II y marchó a la cabeza de un ejército contra Roma. Fue derrotado y condenado por todos los prelados de Alemania e Italia. Nuevamente en su cargo, tomó posesión de parte de la Ciudad Santa y entró en San Pedro; fue expulsado y se refugió en el Castillo de Sant'Angelo, de donde fue autorizado a marcharse sólo con el pago de un fuerte rescate. Fue entonces cuando Otón, Arzobispo de Colonia, enviado del Emperador, se atrevió a reprochar en público a Alejandro II el haber usurpado la Santa Sede; pero un monje llamado Hildebrando asumió la defensa del pontífice legítimo con tan vigorosa elocuencia que el Emperador quedó confundido y pidió perdón por sus criminales intentos. El Hildebrando

en cuestión era ya en la visión de la Providencia aquel Gregorio VII fuiminador que había de venir y que de esa manera dio inicio a la obra de su vida. El antipapa fue depuesto por el Concilio de Mantua y Enrique IV obtuvo su perdón. Cadalo volvió a la oscuridad, y fue entonces probablemente que se decidió a convertirse en sumo sacerdote de los hechiceros y apóstatas; con esa facultad y con el nombre de Honorio II escribió el Grimorio que lleva este nombre.

Lo que se sabe sobre el carácter del antipapa pone de relieve una acusación de esta índole: era audaz en presencia de los débiles, humilde ante los fuertes, perverso e intrigante, carente de fe y moral; en la religión sólo veía una maquinaria de impunidad y rapiña. Para una persona así las virtudes cristianas eran obstáculos, y la fe en el clero, una dificultad que había que vencer; por eso creaba sacerdotes a su medida, es decir, capaces de todo crimen y todo sacrilegio. Ahora bien, esta parecería la finalidad primordial del Grimorio llamado de Honorio.

La obra en cuestión no carece de importancia para los interesados por la ciencia. A primera vista parece una trama de absurdos repugnantes, pero para los iniciados en los signos y secretos de la Cabala es literalmente un monumento de perversión humana, pues allí el demonio aparece como instrumento de poder.

Utilizar la credulidad humana y dejar librado el cuco que la domina a merced del adepto y sus caprichos es el secreto de la obra. Aspira a entenebrecer más la oscuridad ante los ojos de la multitud, usurpando la antorcha de la ciencia que necesariamente, y en manos audaces, puede convertirse en antorcha de carniceros e incendiarios. Identificar la fe con la servidumbre, reservando el poder y la libertad para uno mismo, es en realidad imaginar, el reinado de Satán sobre la tierra, y no es de asombrarse que los autores de tal conspiración contra la sensatez pública y contra la religión esperasen manifestar y, en un sentido, encarnar en la tierra al fantástico soberano del imperio diabólico.

La doctrina de este Grimorio es igual a la de Simón y la mayoría de los gnósticos: es la substitución del principio pasivo por el activo. Un pentáculo que sirve de frontispicio a la obra expresa esta doctrina, en la que la pasión predomina sobre la razón, la sensualidad se deifica y la mujer tiene prioridad sobre el varón, tendencia que se reitera en todos los sistemas místicos anticristianos. La luna creciente de Isis ocupa el centro de la figura y la rodean tres triángulos, uno dentro del otro. El triángulo es rematado por una *crux ansata* con un travesaño doble. Está inscripta dentro de un círculo y dentro del espacio formado por los tres segmentos del círculo, en un lado está el signo del espíritu y el sello cabalístico de Salomón, en los otros el cuchillo mágico y la letra inicial del binario, debajo una cruz invertida que forma la figura del *lingam*, y el nombre de Dios אל = AL, también invertido. En torno del círculo está escrito: Obedece a tus superiores y sométete a ellos, pues ellos verán lo que hagas".

Traducido en símbolo o profesión de fe, este pentáculo se lee textualmente así: "La fatalidad reina en virtud de la matemática, y no hay

otro Dios que la Naturaleza. Los dogmas son auxilios del poder sacerdotal, impuestos a la multitud para justificar los sacrificios. El iniciado está por encima de cualquier religión y utiliza todas las religiones, mas lo que dice es la antítesis de lo que cree. La ley de obediencia prescribe y no explica; los iniciados están hechos para mandar, y los profanos para obedecer.

Quienes estudiaron las ciencias ocultas saben que los antiguos magos jamás expresaban su doctrina por escrito sino que la formulaban mediante los caracteres simbólicos de los pentáculos. En la segunda página del libro hay dos sellos mágicos circulares. En el primero está el cuadrado del Tetragrama con una inversión y sustitución de nombres. En vez de יהוה = EIEIE; אהיה = JEHOVAH; אדני= ADONAI; אגלא = AGLA: las cuatro palabras sagradas que significan: El Ser Absoluto es Jehová, el Señor en Tres Personas, Dios y la jerarquía de la Iglesia, el autor del Grimorio las substituyó por יהוה, JEHOVAH; אדני, ADNI; דראר D'RAR; y אהיה, EIEIE, que significan: Jehová, el Señor, no es otro que el principio fatal del renacimiento eterno, personificado por este mismo renacimiento en el Ser Absoluto.

En torno del cuadrado dentro del círculo está el nombre de Jehová en su forma correcta, pero al revés; a la izquierda está el de Adonai y a la derecha están las tres letras אחו, ACHV, seguidas por dos puntos; todo significa: El cielo y la tierra son cada cual el reflejo de cada cual; lo que está arriba es como lo que está debajo; Dios es humanidad; la humanidad es expresada por las letras ACHV, que son las iniciales de Adán y Eva.

En el sengundo sello está el nombre אראריתא, ARARITA, y debajo

cabalísticos. Debajo del sello están diez letras hebreas, en el siguiente orden:
יב מבהברררר. Todo esto es una fórmula de materialismo y fatalidad, que resulta demasiado larga y tal vez demasiado peligrosa explicarla en este sitio. El prólogo del Grimorio sigue en orden y puede reproducirse integramente.

"La Santa Silla Apostólica, que recibió las Llaves del Reino de los Cielos mediante las palabras que Cristo Jesús dirigió a San Pedro: 'Te doy las Llaves del Reino de los Cielos, y a ti solo el poder de mandar al Príncipe de las Tinieblas y sus ángeles, que como esclavos de su amo,. le deben honor, gloria y obediencia,' por la virtud de las otras palabras de Cristo Jesús dirigidos a Satán: 'Adorarás al Señor tu Dios y a El solo servirás', por tanto por el poder de estas Llaves el Jefe de la Iglesia ha sido convertido en el Señor del infierno. Pero teniendo en cuenta que hasta el presente los Soberanos Pontífices fueron los únicos encargados de invocar y ordenar a los espíritus, Su Santidad Honorio II, impulsado por su pastoral cuidado, ha deseado benignamente comunicar la ciencia y el poder de las invocaciones y del imperio sobre los espíritus a sus venerables Hermanos en Jesucristo, con los conjuros que deberán usar en

cada caso; por tanto, todo ello se halla contenido en la Bula que a continuación se transcribe."

He aquí en toda su verdad el pontificado del infierno, el sacerdocio sacrilego de los antipapas que Dante parece estigmatizar en el ronco grito de uno de sus príncipes de la perdición: *Papa Satán, Papa Satán; Aleppe.* Que el pontífice legítimo siga siendo el príncipe de los ciellos; ya basta con que el antipapa Cadalo sea el soberano del infierno. "Sea El el Dios del bien, pues el dios del mal soy yo; estamos divididos, pero mi poder es igual".

La Bula del pontífice infernal continúa, y allí está expuesto el misterio de las invocaciones tenebrosas con un terrible conocimiento bajo formas supersticiosas y sacrilegas. Ayunos, vigilias, profanación de misterios, ceremonias alegóricas y sacrificios sangrientos se mezclan con maldades arteras. Las invocaciones no exentas de poesía y fervor se combinan con horrores. Por ejemplo, el autor ordena que un oficiante se levante en la medianoche del viernes de la primera semana de invocaciones, rocíe su habitación con agua bendita y encienda una vela de cera amarilla, preparada él día anterior y perforada en forma de cruz. Bajo la incierta luz de la vela deberá entrar solo en una iglesia, y leer el Oficio de Difuntos en voz baja, reemplazando la novena lección de Maitines por la siguiente invocación rítmica que aquí es traducida del latín, conservando su forma extraña y sus estribillos, que recuerdan los monótonos encantamientos de los hechiceros de la antigüedad:

Líbrame, Señor, de los terrores infernales, Exime
mi espíritu de las larvas sepulcrales; Para señalarlas
descenderé, impávido, al infierno: Mi voluntad cual
ley impondré sobre ellas.

Convocaré a la noche y sus tinieblas a generar la luz:
Surge, oh Sol; Luna, sé blanca y brillante; A las sombras
del infierno hablaré, sin confesar terror; Mi voluntad cual
ley impondré sobre ellas.

Su aspecto es terrible, sus formas, de apariencia fantástica: Quiero
que los demonios se conviertan una vez más en ángeles. De donde
hablo a su deformidad sin nombre, jamás temo: Mi voluntad cual ley
impondré sobre ellas.

Estas sombras son ilusiones evocadas por el ojo despavorido;
Yo, sólo yo puedo curar su belleza destruida,
Y en los abismos del infierno, impávido me hundo:
Mi voluntad cual ley impondré sobre ellas.

Luego de muchas otras ceremonias sigue la noche de la invocación. En un sitio siniestro, a la luz de un fuego encendido con cruces rotas, se

traza un círculo con los rescoldos de una cruz, recitando un himno mágico que contiene versículos de diversos salmos. Puede traducirse así:

"Oh Señor, el rey se regocija en Tu poder; permíteme concluir la obra de mi nacimiento. Que las sombras del mal y los espectros de la noche sean como polvo soplado por el viento… Oh Señor, el infierno se ilumina y resplandece en Tu presencia; por Ti todas las cosas terminan y todo empieza contigo: JEHOVAH, TSABAOTH, ELOHIM, ELOI, HELION, HELIOS, JODHEVAH, SHADDAI. El León de Judá se eleva en Su gloria; llega para completar la victoria del rey David. Abro los siete sellos del libro pavoroso. Satán cae en los cielos, como un rayo de verano. Tú me has dicho: Aléjense de ti el infierno y sus torturas; no se acercarán a tus cuerpos puros. Tus ojos resistirán la mirada del basilisco; tus pies caminarán intrépidos sobre la trampa; alzarás serpientes y las vencerás con tu sonrisa; beberás venenos que no te perjudicarán. ELOHIM, ELOHAB, TSABAOTH, HELIOS, EHYEH, E1EAZEREIE, O THEOS, TSEHYROS. La tierra es del Señor, y su plenitud; El la fundó sobre la boca del abismo. ¿Quién ascenderá a la montaña del Señor? Los inocentes de manos y puros de corazón; quien no mantuvo la verdad en cautiverio ni la recibió para que permaneciese ociosa; quien concibió en su alma lo sublime y no juró con palabra mentirosa. Ellos recibirán fuerza de su dominio, este es el infinito del nacimiento humano, la generación por tierra y fuego, el parto divino de quienes buscan a Dios. Príncipes de la Naturaleza, ensanchad vuestras puertas; yugo de los cielos, te levanto. Venid a mí, santas cohortes; contemplad al Rey de la Gloria. El ganó su nombre: sostiene en su mano el sello de Salomón. El señor rompió la negra esclavitud de Satán y sometió la cautividad a cautiverio. El Señor solo es Dios, y El sólo es Rey. A Ti sólo la gloria, oh Señor; gloria y gloria a Ti."

Parecería escucharse a los sombríos puritanos de Walter Scott o Víctor Hugo acompañando, con una fantástica salmodia, la infame obra de los hechiceros de *Fausto o Macbeth.*

En un conjuro dirigido a la sombra del gigante Nimrod, el salvaje cazador que empezó la Torre de Babel, el adepto de Honorio amenaza al antiguo réprobo con remachar sus cadenas y aumentar diariamente sus torturas si no obedece de inmediato a la voluntad del oficiante. Esto es el *summum* del orgullo delirante, y este antipapa, que sólo consideraba sumo sacerdote al gobernante del infierno, parece anhelar el derecho usurpado y lúgubre de atormentar eternamente a los difuntos, como vengándose del desprecio y rechazo de los vivos.

Capítulo II

## APARICIÓN DE LOS NÓMADES BOHEMIOS

A principios del siglo XV empezaron a esparcirse por Europa hordas de desconocidos vagabundos morenos. Unas veces denominados bohemios, porque afirmaban provenir de Bohemia, otras, egipcios, porque su jefe asumió el título de Duque de Egipto, ejercían el arte de la adivinación, del latrocinio y del merodeo. Eran tribus nómades, que acampaban en chozas que ellas mismas construían; su religión era desconocida; se pregonaban cristianos, pero su ortodoxia era más que dudosa. Entre ellos practicaban el comunismo y la promiscuidad, y en sus adivinaciones empleaban una extraña secuencia de signos, de formas alegóricas, y que depndían de las virtudes de los números. ¿De dónde llegaban? ¿De qué mundo maldito y desaparecido eran estos náufragos sobrevivientes? ¿Eran, como lo creía el vulgo supersticioso, hijos de hechiceras y demonios? ¿Qué Salvador agonizante y traicionado los había condenado a vagar eternamente? ¿Esta era la familia del Judío Errante, o los restos de las diez tribus de Israel, perdidas de vista en el cautiverio y largo tiempo encadenadas por Gog y Magog en regiones desconocidas? El paso de estos extranjeros misteriosos suscitaba estas dubitativas preguntas; sólo parecían conservar las supersticiones y vicios de civilizaciones extinguidas. Enemigos del trabajo, no respetaban propiedad ni familia; arrastraban tras ellos mujeres e hijos; infectaban la paz de los honrados habitantes con sus falsas adivinaciones. Sea esto como fuere, un autor refiere así cómo acamparon por primera vez cerca de París:

"Al año siguiente, 1427, el sábado 27 de agosto, llegaron a los alrededores de París doce penitenciarios: un duque, un conde y diez hombres, todos a caballo, diciendo que eran buenos cristianos, originarios del Egipto Inferior. Además declararon que en otros tiempos habían sido vencidos y convertidos al cristianismo; quienes se opusieron, fueron condenados a muerte, mientras que los que aceptaron el bautismo quedaron como gobernantes del país. Más tarde, los invadieron los sarracenos, y muchos que no estaban firmes en la fe no intentaron resistir ni defender su país, como correspondía, sino que se sometieron, se hicieron sarracenos y abjuraron de nuestro Salvador. El Emperador de Alemania, el Rey de Polonia y otros gobernantes, sabedores de que el pueblo renunciaba tan fá-

cilmente a su fe, convirtiéndose en sarraceno e idólatra, cayeron sobre ellos y los vencieron nuevamente con facilidad. Al principio pareció que tenían la intención de dejarlos en su país, para que volviesen al cristianismo, pero luego de deliberar en consejo, el emperador y el resto de los reyes ordenaron que jamás fuesen dueños de tierra en su país natal sin consentimiento del Papa, para obtener lo cual debían viajar a Roma. Marcharon hacia allá en gran número, jóvenes y ancianos, con gran sufrimiento de los niños. En Roma confesaron sus pecados, y el Papa, luego de considerar el asunto con sus consejeros, les impuso, a modo de penitencia, que vagasen durante siete años por el mundo sin dormir en lecho. Además ordenó que cada obispo y abad con báculo les entregase la suma total de diez libras de la moneda de Tours como contribución para sus gastos. El pidió cartas a este efecto, les dio su bendición y durante cinco años vagaron por el mundo.

"Unos días después, en la fecha del martirio de San Juan Bautista, o sea el 29 de agosto, llegó toda la horda; no se le permitió entrar en París y se la alojó en la Capilla de San Dionisio. Eran unas 120 personas, incluidos mujeres y niños. Manifestaron que al abandonar su país sumaban mil o mil doscientas almas; los demás habían muerto en el camino, con su rey y su reina entre ellos; los sobrevivientes aún esperaban convertirse en dueños de bienes mundanos pues el Santo Padre les había prometido tierras buenas y fértiles cuando concluyeran su penitencia.

"Una vez reunidos en la capilla, jamás hubo una multitud tan grande para la bendición, pues el pueblo acudió en masa para verlos desde San Dionisio, París y los suburbios. Tanto las niñas como los niños eran habilísimos en toda clase de ardides. Casi todos tenían agujereadas las orejas de las que pendían uno o dos aros de plata; según decían, estos eran señal de alcurnia en su país; eran de tez muy oscura y de cabello lanudo. Las mujeres eran lo más feo y negro jamás visto; tenían el rostro cubierto de llagas, el cabello era negro como la cola de un caballo, sus vestidos consistían en una vieja *flaussoie* o esclavina atada sobre los hombros con una cuerda o un trozo de tela, y debajo llevaban una pobre camisa. En una palabra, eran las más miserables criaturas jamás vistas en Francia, por lo que recordaban los más viejos. No obstante su pobreza, tenían entre ellos hechiceras que observaban la mano, deciéndole lo sucedido a quien las consultaba sobre su vida pasada y lo que le aguardaba en el futuro. Perturbaban la tranquilidad de los hogares, pues ponían de manifiesto al esposo la infidelidad de su mujer, y viceversa. Y lo peor era que, mientras hablaban con la gente sobre su arte mágico, se las ingeniaban para llenar sus bolsas vaciando las de sus escuchas. Un ciudadano de París que da cuenta de estos hechos añade que en dos o tres ocasiones habló con ellas sin perder un centavo; pero la especie antedicha corría entre el pueblo y llevó a conocimiento del obispo de París quien envió al lugar un fraile menor, llamado Jacobín, quien, por orden del obispo, predicó un gran sermón y excomulgó a todos los hombres y mujeres que predijeron la fortuna, al igual que a todos los que mostraron sus manos.

Se dispuso el destierro de la horda que se marchó el 8 de setiembre, dirigiéndose a Pontoise,"

No se sabe si siguieron su viaje hacia el Norte de la capital, pero su recuerdo ha sobrevivido en un rincón del Departamento del Norte. "En un bosque cercano al villorrio de Hamel, a unos ciento cincuenta metros de un monumento druida consistente en seis piedras, hay una fuente llamada la Cocina de la Hechicera, y fue allí, según la tradición, donde los *Cara Maros* descansaron y aplacaron su sed. Estos fueron, con seguridad, los *Caras'mar*, es decir los bohemios, o hechiceros y adivinos errantes, a quienes los antiguos códigos flamencos concedían el derecho de ser alimentados por los habitantes."

Abandonaron París pero llegaron otros en su lugar, y se enseñorearon en Francia igual que en muchos otros países. Su arribo a Inglaterra y Escocia no está documentado pero pronto sumaron en ésta última más de cien mil. Se les llamaba *seard* o *caird,* como si dijésemos artesanos, artífices, pues el vocablo escocés deriva del sánscrito k + r, de donde proviene el verbo "hacer", el *Ker-aben* de los gitanos y el latín *cerdo* o zapatero remendó, lo cual no lo eran. En igual período no hay rastros de ellos en España, donde los cristianos se refugiaban de la dominación musulmana; esto obedeció, sin duda, a que los árabes del Sud eran más de su agrado; sin embargo, bajo el reinado de Juan II. se distinguían claramente de aquéllos, aunque nadie sabía de dónde habían llegado. Resumiendo, sucedió que, desde entonces en adelante, se los conoció en todo el continente europeo. Una de las bandas del rey Sindel apareció en Ratisbona en 1433, mientras el mismo Sindel, acompañado por sus tropas, acampó en Bavaria en 1439. Aparentemente llegó de Bohemia pues los bávaros, sin saber que esos grupos se anunciaban como egipcios, ios denominaron bohemios; bajo ese nombre reaparecieron en Francia y así se les conoció allí. Por las buenas o por las malas, se los toleraba. Algunos recorrían las montañas, buscando oro en los ríos; otros forjaban herraduras y cadenas para perros; otros —más merodeadores que peregrinos— se deslizaban aquí y allá, fisgoneando por todas partes, robando y hurtando. Unos pocos, cansados de armar y desarmar sus tiendas continuamente, se establecieron y cavaron sus cobertizos bajo tierra, cuadrados, de un metro y medio por dos metros, cubiertos con un techo de ramas verdes, cuyo caballete sostenido por dos estacas, en forma de una *Y,* apenas sobresalían unos sesenta centímetros del suelo. En esta madriguera, de la que en Francia apenas queda el nombre, se apiñaba promiscuamente toda la familia. En esa vivienda, sin otra abertura que la puerta \ un orificio para el humo, el padre martillaba, los hijos —agazapados junto al fuego— manejaban el fuelle, y la madre hacía hervir el caldero que solo contenía el producto de la caza furtiva. Entre viejos trapos, colgaban de largos clavos de madera una brida y una alforja, sin otro mobiliario que un yunque, tenazas y un martillo: allí se daban cita la credulidad y el amor, la doncella y el caballero, la castellana y el paje. Allí exhibían sus blancas manos desnudas ante la mirada penetrante de la

sibila; allí se compraba amor, se vendía felicidad, y el embuste hallaba su recompensa. De allí surgieron los saltimbanquis y tahúres, el sombrero puntiagudo y tachonado de estrellas del mago, los vagabundos con su jerga, los bailarines callejeros y las hijas del placer. Ese era el reino del ocio y la mentira, de crápulas y vividores. Esa era gente continuamente ocupada en no hacer nada, como la denominó un simple narrador de la Edad Media. El señor Vaillant, erudito modesto y distinguido, autor de una historia de los *Rom-Muni.* o bohemios, algunas de cuyas páginas citamos, no ofrece un retrato más halagador, aunque atribuye gran importancia a los gitanos en la historia sacerdotal de la antigüedad. Cuenta cómo estos extraños protestantes de la civilización primitiva, viajando en el tiempo con una maldición en sus frentes y la rapiña en sus manos, primero excitaban la curiosidad, luego la desconfianza, y finalmente la proscripción y el odio de parte de los cristianos medievales. Es fácil colegir qué peligros implicaba este pueblo sin patria, parásito del mundo entero, con ciudadanos de ninguna parte. Eran beduinos que recorrían imperios como desiertos; eran ladrones nómades que se desplazaban por doquier sin permanecer en parte alguna. Pronto sucedió que el pueblo empezó a considerarlos hechiceros, demonios, echadores de suertes, raptores de niños… y esto tenía algún fundamento. Además, los nómades fueron acusados en todas partes de celebrar horrendos misterios en secreto; se les responsabilizó de todos los asesinatos sin descubrir, de todos los secuestros misteriosos, como los griegos de Damasco acusaban a los judíos de matar a los de su hermandad y beber su sangre. Se afirmaba que preferían niños y niñas de doce a quince años de edad. Había un modo efectivo de asegurarse de que los jovencitos les tuviesen horror y les evitasen; pero se trataba de algo odioso pues las criaturas y el vulgo son demasiado crédulos, y el miedo engendra odio que, al mismo tiempo, tiende a fomentar la persecución. Esto fue lo que sucedió; no sólo se los evitaba y rehuía sino que se los rechazaba con fuego y agua; Europa pasó a ser como la India a su respecto y cada cristiano era un brahmán armado contra ellos. En algunos países, si una jovencita se acercaba a uno de ellos para darle limosna, su distraída gobernanta le advertía que tuviera cuidado, pues el gitano era un *katkaon*, un ogro, que le chuparía la sangre al dormirse por la noche. La niña retrocedía temblando. Si un niño al pasar tocaba con su sombra la de un bohemio sentado y donde tal vez toda una familia de esa raza estaba comiendo o tomando sol, su maestro le gritaba: "Aléjate, niño; los vampiros te robarán la sombra y tu alma bailará en su Sabbath por toda la eternidad". Así el odio de los cristianos hizo resucitar lémures y duendes, vampiros y ogros, para fundar sus acusaciones. "Descendían de Mambres, cuyos milagros competían con los de Moisés; el rey de Egipto los envió por todas partes a espiar a los hijos de Israel y tornar intolerable su suerte; eran los asesinos que Heredes utilizó para exterminar a los primogénitos de Belén; eran en realidad paganos, para los demás, pero no entendían una sola palabra de egipcio; su lenguaje, por el contrario, incluía una buena porción de hebreo, y por

tanto eran el desecho de la raza abyecta que dormía en las tumbas de Judea luego de devorar los cadáveres que aquellas contenían; eran los judíos herejes torturados, cazados y quemados en 1348 por haber envenenado pozos y cisternas, que volvieron una vez más a su faena. Como posibilidad final, ya fuesen judíos o egipcios, esenios o cusios, faraonios o caftorios, asirios balistaros o filisteos de Canaán, eran renegados y en Sajonia, Francia y en todas partes sólo eran aptos para ser quemados y ahorcados."

Su proscripción recayó también sobre el raro libro con que acostumbraban consultar el destino y obtener oráculos. Sus cartas de colores, con figuras incomprensibles, son indudablemente el resumen monumental de todas las revelaciones antiguas, la clave de los jeroglíficos egipcios, las claves de Salomón, las prístinas escrituras de Enoc y Hermes. El autor a quien nos referimos demuestra aquí sagacidad nada común al hablar del Tarot como un hombre que, sin entenderlo aún perfectamente, efectúa un profundo estudio. Dice lo siguiente:

"La forma, disposición, y orden de estas tablas, y de las figuras que representan, aunque modificados considerablemente por el tiempo, son tan manifiestamente alegóricos, y las alegorías guardan tan estrecha correspondencia con la doctrina civil, filosófica y religiosa de la antigüedad, que nos sentimos impulsados a considerar esas tablas como una síntesis del credo de los pueblos antiguos. Ya hemos procurado evidenciar que el Tarot es una deducción del sideral *Libro de Enoc*, que es *Henochia;* que como el *Ot-tara* de la India, que es la osa polar o *Arc-tura* del hemisferio Norte, es la fuerza mayor *(tarie)* sobre la que reposa la solidez del mundo y el firmamento sideral de la tierra. En consecuencia, como la Osa polar, que es considerada como el carro del sol, el carro de David y Arturo, es la fortuna griega, el destino chino, el azar egipcio y la suerte de los bohemios; y que, en su giro incesante en torno de la Osa polar, las estrellas derraman sobre la tierra auspicios y fatalidades, luz y sombra, frío y calor, de donde fluyen el bien y el mal, el amor y el odio, que constituyen la felicidad humana.

"Si el origen de este libro se halla tan perdido en la noche de los tiempos que nadie sabe dónde ni cuándo fue inventado, todo nos induce a creer que es de origen indo-tartárico y que, variadamente modificado entre las naciones antiguas, según las fases de sus doctrinas y las características de sus sabios, fue uno de sus libros de ciencia oculta, posiblemente incluso uno de sus libros sibilinos. Hemos indicado suficientemente el camino por el que llegamos a esto; hemos visto que los romanos debieron conocerlo y que llegó hasta ellos no sólo desde los primeros días del imperio sino también de la República misma, mediante la intervención de aquellos numerosos extranjeros de origen oriental, iniciados en los misterios de Baco e Isis, que brindaron su conocimiento a los herederos de Numa."

Vaillant no dice que los cuatro signos jeroglíficos del Tarot —Cetros, Copas, Espadas y Oros, o círculos dorados— se hallan en Hornero,

esculpidos en el escudo de Aquiles; pero según él "las Copas son los arcos o arcadas del tiempo; los bajeles o naves de los cielos. Los Oros son las constelaciones, las estrellas fijas y móviles. Las Espadas son fuegos, llamas y rayos; los Cetros son sombros, piedra, árboles y plantas. El As de Copas es el vaso del universo, el arco de la verdad celestial, el principio de la tierra. El As de Oros es el sol, el gran ojo del mundo, la sustancia y el elemento de la vida. El As de Espadas es la lanza de Marte, de donde derivan las guerras, los infortunios y las victorias. El As de Cetros es el ojo de la serpiente, el cayado pastoral, la picana del boyero, la maza de Hércules y el emblema de la agricultura. El dos de Copas es la vaca, Io o Isis, y el toro Apis o Mnevis. El tres de Copas es Isis, la luna, la señora y reina de la noche. El tres de Oros es Isis, el sol, el señor y el rey del día. El nueve de Oros es el mensajero Mercurio, o el ángel Gabriel. El nueve de Copas es la gestación del buen destino, de donde deriva la felicidad."

Finalmente, el señor Vaillant nos dice que hay un diagrama chino consistente en caracteres que forman grandes compartimentos oblongos, de igual tamaño y precisamente del de las cartas del Tarot. Estos compartimentos están ordenados en seis columnas perpendiculares, consistiendo los cinco primeros en catorce compartimentos cada uno, que suman setenta en total; mientras que el sexto está semilleno y contiene siete compartimentos. Además, este diagrama está formado según la misma combinación del número siete; cada columna completa es dos veces siete o catorce compartimentos, mientras la media columna contiene siete compartimentos. Es tan parecido al Tarot que los cuatro palos de éste ocupan las cuatro primeras columnas; en la quinta columna hay veintiún arcanos, mientras los siete arcanos restantes están en la sexta columna; la última representa los siete días que constituyen la semana de la creación. Ahora bien, según los chinos, este diagrama se remonta a la primera época de su imperio, o sea cuando IAO secó las aguas del diluvio. Por tanto, la conclusión es que se trata del Tarot original o de una copia de éste; que de cualquier manera el Tarot es anterior a Moisés y puede remontarse al inicio de los tiempos, o a la época de la formulación del Zodíaco; y que su antigüedad es consiguientemente de seis mil seiscientos años.

"Ese es el Tarot de los Bohemios del que, por transposición, los hebreos formaron la palabra *Torah*, que significa la Ley de Jehová. Entonces, lejos de ser un juego, como en la actualidad, se trataba de un libro, de un libro serio, del libro de los símbolos y emblemas, de las analogías o relaciones entre las estrellas y el hombre; del libro del destino con cuya ayuda el hechicero revelaba los misterios de la fortuna. Sus figuras, sus nombres, su número, y los oráculos obtenidos de éstos hicieron que los cristianos lo considerasen naturalmente instrumento de arte diabólico, cuando lo conocieron por el abuso de confianza que la irreflexión de los *Sagi* cometió contra la opinión pública. De esta manera, al perderse la fe en su mensaje, el Tarot se convirtió en juego, mientras sus figuras sufrieron modificaciones según el gusto de las naciones y el espíritu sucesivo

de los siglos. Al obrar de este modo trivial tenemos nuestro moderno juego de cartas, cuyas combinaciones pueden compararse con las del Tarot tal como el juego de damas es comparable al juego de ajedrez. De esto se desprende que el origen de las carias es atribuido erróneamente al reinado de Carlos VI, y pueden notarse que los iniciados de la Orden de la Banda, creada antes de 1332 por Alfonso XI, rey de Castilla, prestaron juramento de no jugar a las cartas. Le Sage nos cuenta que en los tiempo de Carlos V San Bernardino de Siena condenó las cartas a la hoguera entonces se las llamaba *triumphales,* de acuerdo con el juego del triunfo, que se jugaba en honor del victorioso Osiris u Ormuz, representado por una de las cartas del Tarot. Además, ese mismo rey prohibió las cartas en 1369. y el pequeño Jean de Saintré disfrutó de sus favores porque no jugaba a las cartas. En aquellos tiempos, éstas se denominaban *Naipes* en español y *Naibi* en italiano; las *Naibi* eran los demonios hembras, las sibilas y las pitonisas.

El señor Vaillant, a quien citamos nuevamente, considera, por tanto, que el Tarot fue modificado y alterado, lo cual es cierto sobre las cartas alemanas que tienen figuras chinas, pero no sobre las italianas sólo alteradas en detalles ni sobre las de Besançon donde subsisten los rasgos de los jeroglíficos egipcios. En *Dogma y Ritual de Alta Magia,* hemos demostrado hasta dónde llegaron los trabajos de Etteilla y Alliette sobre el Tarot, este peluquero iluminado, cuyas Claves estaban trastrocadas, de modo que los números ya no correspondían a los signos. En un palabra, es un Tarot adecuado a Etteilla y a la medida de su inteligencia, que no era mucha.

Apenas concordamos con el señor Vaillant cuando sugiere que los gitanos eran propietarios legítimos de esta clave de las iniciaciones. Sin duda, la debían a la infidelidad o imprudencia de algún judío cabalista. Los gitanos se originaron en la India; al menos, su historiador demostró lo probable de esta teoría. El Tarot actualmente subsistente es el de los gitanos y llegó a nosotros a través de Judea. De hecho, sus claves concuerdan con las letras del alfabeto hebreo, y algunas de sus figuras reproducen hasta sus formas. ¿Qué eran entonces los gitanos? Como dijo un poeta: Eran los degradados restos de un mundo antiguo; una secta de gnósticos de la India, cuyo comunismo obligaba a proscribirlos en todos los países; como casi ellos mismos lo admitieron, eran los profanadores del Gran Arcano, alcanzados por una maldición fatal. De horda regida por un fakir entusiasta, se convirtieron en vagabundos del mundo entero, que protestaban contra toda civilización en nombre de una supuesta lev natural que les eximía de casi todo deber. La ley que procura prevalecer violando el deber es la agresión, el pillaje v la rapiña; es la mano de Caín alzada contra su hermano, y la sociedad, al defenderse, parece estar vengando la muerte de Abel.

En 1840, unos obreros del barrio de San Antonio, cansados de la explotación de los periodistas y de servir de instrumentos de la ambición de hábiles charlatanes, resolvieron fundar y editar un diario de radica-

lismo y lógica puros, exento de evasivas y circunloquios. Se pusieron de acuerdo y resolvieron establecer firmemente sus doctrinas; tomaron como base de sus propósitos la consigna de libertad, igualdad y lo demás. Pero la libertad les parecía incompatible con el deber de trabajar, la igualdad incompatible con la ley de propiedad, y por eso se decidieron por el comunismo. Sin embargo, uno de ellos señaló que en el comunismo el más inteligente dirigiría el reparto y se quedaría con la parte del león; por ello se dispuso que nadie tendría derecho a la superioridad intelectual. Incluso se observó que hasta la belleza física podría constituir aristocracia, por lo que decretaron que debían existir en una igualdad de fealdad. Finalmente, como quienes trabajan el suelo sufren su yugo, determinaron que los comunistas de verdad no podían dedicarse a la agricultura, debían tener al mundo como patria y a la humanidad como familia, por lo que tenían que integrarse en caravanas y recorrer el mundo eternamente. No estamos relatando una parábola; conocimos a los que participaron de esta convención y leímos el primer número de su diario, titulado *El Humanitario,* que fue suprimido en 1841. En cuanto a esto, puede consultarse los informes de prensa de la época. Si el diario hubiese seguido apareciendo y la secta incipiente hubiese reclutado prosélitos para esa emigración estilo Icaro, como lo estaba haciendo en esa época el viejo procurador Cabet, se habría organizado una nueva raza de bohemios, con el resultado de una progenie más de vagabundos.

Capítulo III

# LEYENDA E HISTORIA DE RAIMUNDO LULIO

Hemos explicado que la Iglesia proscribió la iniciación porque era indigna ante las profanaciones de la Gnosis. Cuando Mahoma armó el fanatismo contra la fe, opuso una credulidad bélica y salvaje contra la piedad que es ignorante pero reza. Sus sucesores hicieron pie en Europa y amenazaron con invadirla rápidamente. Los cristianos dijeron: la Providencia nos está castigando; y los musulmanes contestaron: la Fatalidad está de nuestro lado.

Los cabalistas judíos, temerosos de que los quemaran como hechiceros en los países llamados católicos, buscaron asilo entre los árabes, pues para ellos éstos eran herejes pero no idólatras. Admitieron a algunos de ellos en el conocimiento de sus misterios, y el Islam, que venciera ya por fuerza, pronto estuvo en condiciones de esperar que también podría prevalecer mediante la ciencia sobre los que la educada Arabia denominaba con desdén bárbaros de Occidente. A los furiosos ataques de la fuerza física, el genio de Francia opuso los golpes de su terrible martillo. Ante la marea de las huestes mahometanas, un dedo con cota de malla trazó una clara línea y una potente voz de victoria gritó al torrente: No irás más adelante. El genio científico hizo surgir a Raimundo Lulio quien reclamó la heredad de Salomón para el Salvador que era Hijo de David; fue él quien primero convocó a los hijos de la fe ciega a los esplendores del conocimiento universal. Los seudoeruditos y los sabios en infatuación siguen hablando desdeñosamente de este gran hombre de verdad; pero el instinto popular le reivindicó. El romance y la leyenda se adueñaron de su historia; el resultado es que se le describió como un apasionado igual que Abelardo, como un iniciado igual que Fausto, como un mártir igual a San Esteban, y como alguien glorioso en su muerte, a semejanza del Salvador del mundo.

Empecemos con el relato novelesco, que es el más conmovedor y bello que conocemos.

Un día domingo de 1250, una dama bella y honrada, llamada Ambrosia di Castello, originaria de Genova, se dirigía, como de costumbre, a oír misa en la iglesia de Parma, pueblo de la isla de Mallorca. En ese momento pasó por la calle un jinete, de aspecto distinguido y ricas vesti-

duras que, al verla, se sintió sacudido como por un rayo. La dama entró en la iglesia y desapareció rápidamente en la sombra del gran pórtico. El caballero, sin saber lo que hacía, espoleó su cabalgadura y entró con ésta en medio de los fieles espantados. El asombro y el escándalo fueron mayúsculos. El caballero era muy conocido; se trataba del Señor Raimundo Lulio, Senescal de las Islas y Mayor del Palacio. Tenía esposa y tres hijos, mientras Ambrosia di Castello también estaba casada y gozaba, además, de irreprochable reputación. Por ello, Raimundo Lulio fue considerado tremendo libertino. Su entrada ecuestre en la iglesia de Parma fue pregonada por todo el pueblo, y Ambrosia, muy confusa, pidió consejo a su esposo. Este era aparentemente un hombre sensato y no consideró que su consorte hubiese sido agraviada porque su belleza trastornara la cabeza de un noble joven y brillante. Propuso que Ambrosia curase a su admirador con una locura tan grotesca como la por él protagonizada. Mientras tanto, Raimundo Lulio ya había escrito a la dama, para disculparse, o más bien para acusarse aún más. Lo que le impulsara, decía, era algo "extraño, sobrenatural, irresistible". Respetaba su honor y los afectos que pertenecían a otro; pero estaba anonadado. Juzgaba que su imprudencia debía expiarse con abnegación, grandes sacrificios y milagros por cumplir, con la penitencia de un estilita y las hazañas de un caballero andante.

Ambrosia le contestó: "Responder adecuadamente a un amor que vos denomináis sobrenatural requeriría una existencia inmortal. Si este amor se sacrificase heroicamente ante nuestros respectivos deberes mientras vivan quienes amamos, creará sin duda, de por sí, una eternidad en el instante en que la conciencia y el mundo nos permitan amarnos mutuamente. Se dice que hay un elixir de vida; procurad descubrirlo, y cuando tengáis la seguridad de haberlo logrado, venid a verme. Hasta entonces, vivid para vuestra esposa y vuestros hijos, como yo misma viviré para el esposo a quien amo; y si me encontráis en la calle no déis muestras de reconocerme."

Evidentemente, la misiva implicaba un sutil abur, que despedía al amante hasta el Día del Juicio Final; pero aquel no lo entendió así y desde entonces el noble alegre desapareció para dar lugar al alquimista serio y reflexivo. Don Juan se convirtió en Fausto. Transcurrieron muchos años; la esposa de Raimundo Lulio falleció; Ambrosia di Castello enviudó; el alquimista parecía haberla olvidado, enfrascado únicamente en su labor sublime.

Al fin, un día, estando sola la viuda, Raimundo Lulio fue anunciado, e ingresó en la casa un anciano calvo y macilento, que sostenía en su mano una redoma llena con un elixir brillante y rojizo. Avanzó con paso inseguro, buscándola con los ojos. Lo que buscaba estaba ante él, pero no reconoció a la que, en su imaginación, permaneciera siempre joven y bella.

—Soy yo —dijo al fin—. ¿Qué queréis de mí?

Al oír la voz, el alquimista quedó azorado. Reconoció a la mujer

que tiernamente juzgara inmutable. Se arrodilló a sus pies, y le ofreció su redoma, diciendo: —Tomad, bebed, es vida. Aquí se encierran treinta años de mi existencia. Yo lo he ensayado y sé que es el elixir de la inmortalidad.

—¿Qué? —preguntó Ambrosia, con una triste sonrisa— ¿Vos mismo lo habéis bebido?

—Después de beber —replicó Raimundo— una cantidad del elixir aquí contenido, me abstuve durante dos meses de todo otro alimento. El hambre me atormentó pero no sólo no morí sino que tengo conciencia que entraron en mí fuerza y vida sin paralelo.

—Os creo —dijo Ambrosia— mas este elixir, que preserva la existencia, es impotente para restaurar la juventud perdida. Pobre amigo mío, miráos.

Entonces alzó un espejo ante él. Raimundo Lulio retrocedió pues según afirma la leyenda jamás había reparado en su persona durante sus treinta años de trabajos.

—Y ahora, Raimundo —continuó Ambrosia— miradme.

Entonces ello soltó su cabello, blanco como la nieve; aflojó los cierres de su vestido y le exhibió su seno corroído por un cáncer.

—¿Es esto —dijo lastimeramente— lo que deseáis inmortalizar?

Luego, al ver la consternación del alquimista, continuó: —Os he amado durante treinta años y no os condenaría a prisión perpetua en el cuerpo de un débil anciano. Haz lo propio: no me condenes entonces a mí. Ahórrame esta muerte que denominas vida. Déjame sufrir el cambio necesario antes que pueda yo vivir nuevamente de verdad: renovemos nuestra naturaleza con una juventud eterna. No ansio tu elixir que sólo prolonga la noche de la tumba: yo aspiro a la inmortalidad.

Entonces, Raimundo Lulio arrojó al suelo su redoma, que se despedazó.

—Os libero —dijo— y por vos permanezco en prisión. Vivid en la inmortalidad de los cielos, mientras yo soy condenado para siempre a vivir la muerte en la tierra.

Luego, Raimundo ocultó su rostro con las manos y se marchó llorando. Unos meses después, un monje de la Orden de San Francisco asistió a Ambrosia di Castello en sus últimos momentos. Este monje era el alquimista Raimundo Lulio. Aquí termina el relato novelesco y sigue la leyenda. Esta leyenda funde en una sola personalidad distintos Raimundo Lulio de diversas épocas, acordando al alquimista arrepentido unos pocos siglos de existencia y expiación. El día en que el infortunado adepto expiró naturalmente, experimentó todas las agonías de la disolución; luego, en la crisis suprema, sintió que la vida se apoderaba nuevamente de su cuerpo, como el buitre de Prometeo que reiniciaba su festín. El Sal vador del mundo, que le extendiera su mano, volvió entristecido a los cielos, y Raimundo Lulio se halló de nuevo en la tierra, sin esperanzas de morir.

Se consagró a la oración, y dedicó su existencia a las buenas obras; Dios le concedió todas las gracias, salvo la de morir, ¿pero de qué sirve todo lo demás si falta lo que debe completarlo y coronarlo todo? Un día contempló el Arbol del Conocimiento, cargado de frutos luminosos; entendió el ser y sus armonías; adivinó la Cabala; sentó las bases y bosquejó el plano de una ciencia universal, y desde entonces se le saludó como doctor iluminado. Así obtuvo la gloria, esa fatal recompensa del trabajo que Dios, en su misericordia, raras veces confiere a los grandes hasta después de su muerte, porque intoxica y envenena a los vivos. Pero Raimundo Lulio, al serle imposible que la gloria sucediese a su muerte, debió temer que aquélla pereciese antes que él, considerando esto tan sólo como una irrisión de su inmortal infortunio.

Supo fabricar oro para comprar el mundo y todos sus reinos, pero no pudo asegurarse la tumba más humilde. Fue el mendigo de la inmortalidad. Mendigaba la muerte por doquier *y* nadie podía dársela. El noble cortesano se había convertido en concentrado alquimista, el alquimista en monje: el monje se convirtió en predicador, en filófoso, en asceta. en santo y, por último, en misionero. Discutió mano a mano con los eruditos de Arabia; combatió victorioso contra el islamismo y sufrió la furia de sus sectarios. Temió, es decir, tu\o algo que esperar, y lo que esperó fue la muerte.

Tomó como sirviente a un joven árabe de los más fanáticos y se alzó ante él como azote de la religión de Mahoma. El árabe intentó matar a su amo, según las esperanzas de éste, pero Raimundo no murió; el frustrado criminal, a quien perdonó, se suicidó por su fracaso, de modo que la conciencia de Lulio tuvo un agobio adicional en vez de liberación y paz.

Apenas curado de sus heridas, embarcó para Túnez, donde predicó abiertamente el cristianismo: pero el Rey, admirado de su erudición y valentía, le protegió contra la enloquecida muchedumbre, y le hizo reembarcar con todos sus libros. Poco después volvió a la región, predicando en Bone, Bougia y otros pueblos africanos; los musulmanes, azorados, temían ponerle las manos encima. Al fin, regresó a Túnez, reunió al pueblo en las calles y proclamó que, aunque expulsado del lugar, había retornado para confundir las impías doctrinas de Mahoma y para morir por Jesucristo. Esta vez no había protección posible. El pueblo enfurecido le persiguió; estalló una verdadera insurrección. Su persecución exaltó más a la multitud. Destrozado por los múltiples golpes, desangrándose y cubierto de heridas, todavía vivía. Finalmente, se hundió enterrado —hablando en sentido literal— bajo una montaña de piedras.

Dice la leyenda que esa misma noche dos mercaderes genoveses, Esteban Colón y Luis de Pastorga, que navegaban en alta mar, vieron una gran luz brillante sobre el puerto de Túnez. Modificaron su rumbo y, al acercarse a la orilla, descubrieron un promontorio de piedras que esparcía en todas direcciones un resplandor milagroso. Desembarcaron embargados de asombro y finalmente descubrieron el cuerpo de Raimundo Lulio, destrozado pero respirando todavía. Le llevaron a bordo y lo trasladaron

a Mallorca, donde, a la vista de su tierra natal, el mártir pudo expirar. Dios le libró con un milagro y así concluyó su penitencia.

Esa es la odisea del fabuloso Raimundo Lulio; pasemos ahora a la realidad histórica.

Raimundo Lulio, el filósofo y adepto, que mereció el título de doctor iluminado, era el hijo de aquel senescal de Mallorca, famoso por su malhadada pasión hacia Ambrosia di Castello. No descubrió el elixir de la inmortalidad, pero en Inglaterra fabricó oro para el rey Eduardo III, y a este oro se lo denominó *aurum Raymundi*. Todavía existen unas monedas rarísimas llamadas *raimundinas* por los expertos. Luis Figuier las identifica con las *nobles de la rosa*, acuñadas durante el reinado en cuestión, y sugiere, algo a la ligera, que la alquimia de Raimundo Lulio era un remedo de oro difícil de determinar en un período en el que los procedimientos químicos eran mucho menos perfectos que los actuales. No obstante esto, reconoce la importancia científica de Lulio y este es el juicio que emite sobre su persona:

"Raimundo Lulio, cuyo genio abarcó todas las ramas del conocimiento, y que unió en la *Ars Magna* un vasto sistema filosófico, que resume los principios enciclopédicos de la ciencia entonces existentes, legó una valiosa herencia a los químicos. Perfeccionó y describió esmeradamente los diversos compuestos utilizados ampliamente en química; a él le debemos la preparación del carbonato de potasio por medio de tártaro y cenizas de madera; la rectificación del espíritu del vino, la preparación de aceites esenciales, la copelación de la plata y la preparación del mercurio dulce."

Otros científicos, seguros de que aquellas *nobles de la rosa* eran monedas de oro puro, especularon que, considerando los imperfectísimos procedimientos de la química práctica de la Edad Media, las transformaciones de Raimundo Lulio, y de otros adeptos, consistían en la mera separación del oro hallado en las minas de plata, y purificado por medio del antimonio, lo cual se halla realmente indicado en gran cantidad de símbolos herméticos, como el elemento eficiente y principal del Polvo de Proyección. Coincidimos con ellos en que la química no existía en el período en cuestión, y podemos añadir que fue creada por los adeptos, o más bien que los adeptos, mientras conservaban para sí los secretos que eran el tesoro de los santuarios mágicos, instruían a sus contemporáneos sobre algunos procedimientos analíticos. Estos fueron perfeccionados después, pero no condujeron todavía a los científicos a lograr la antigua síntesis que constituye la filosofía hermética, en el sentido apropiado del término.

En este *Testamento* filosófico, Raimundo Lulio planteó todos los principios de esta ciencia, pero de manera velada, siguiendo la práctica y ciertamente el deber de los adeptos. Asimismo, escribió una *Clave* del *Testamento* mencionado, y finalmente una *Clave* de la *Clave*, o más definidamente, un cuadernillo, que según nuestra opinión es el más importante de sus escritos sobre alquimia. Sus principios y modalidades de proce-

dimiento nada tienen en común con el remedo de metales puros ni con la separación de las aleaciones. Como teoría, está de acuerdo con los principios de Geber y, como práctica, con los de Arnaldo de Villanova; respecto de la doctrina está de acuerdo con las ideas más sublimes de la Cabala. Las mentes fervorosas que rehusan desanimarse por el descrédito que la ignorancia proyecta sobre las grandes cosas, deben estudiar cabalísticamente el cuadernillo de Raimundo Lulio, si buscan llevar adelante la indagación del absoluto que siguieran los hombres máximos de la antigüedad.

Toda la vida de este adepto eminentísimo, el primer iniciado después de San Juan que se consagró al apostolado jerárquico de la santa ortodoxia —toda su vida, repetimos, transcurrió entre pías fundaciones, prédicas, y trabajos científicos inmensos. Así, en 1276, fundó en Pahua un colegio de franciscanos consagrado al estudio de los idiomas orientales, y el árabe en especial, con el objeto de refutar las obras de los doctores mahometanos y de predicar la fe cristiana entre los moros. Juan XXI confirmó esta institución mediante una carta pastoral fechada en Viterbo, el 16 de diciembre, en el primer año de su pontificado.

Desde 1293 hasta 1311 Lulio solicitó y obtuvo del Papa Nicolás IV y de los reyes de Francia, Sicilia y Mallorca la fundación de muchos otros colegios con la misma finalidad. Dondequiera se dirigió, dio instrucciones sobre su Arte Magna, que es una síntesis universal del conocimiento humano, y tiene como primer objetivo la institución de un solo idioma entre los hombres al igual que de un solo modo de pensar. Visitó París y allí asombró a los doctores más eruditos; después, cruzó España, se detuvo en Alcalá de Henares, donde fundó una academia central para el estudio de idiomas y ciencias. Reformó un número de conventos, marchó a Italia y reclutó soldados para una nueva orden militar, por cuya institución abogó en el Concilio de Viena que condenó a los Templarios. Con ello la ciencia católica y la iniciación verdadera intentaron rescatar de manos de los infieles la protectora espada del Templo. Los grandes de este mundo se burlaron del pobre Raimundo Lulio, y a despecho de ellos mismos hicieron todo lo que él deseaba. Esta personalidad iluminada, denominado como ludibrio Raimundo el Fantástico, parece haber sido papa de papas y rey de reyes; fue pobre como Job y dio limosna a los soberanos; se le llamó loco, y tuvo el género de locura que confunde a los sabios. El máximo político de la época, el Cardenal Ximénes, cuya mente campeaba en vastedad y seriedad, sólo le mencionó como el divino Raimundo Lulio y el doctor más iluminado. Murió en 1314, según Genebrardo, o en 1315, según el autor del prefacio de las *Meditaciones* del ermitaño Blaquerne. Tenía ochenta años, y el fin de su trabajosa y santa existencia tuvo lugar en la fecha de recordación del martirio de San Pedro y San Pablo.

Discípulo de los grandes cabalistas, Raimundo Lulio procuró estable cer una filosofía absoluta y universal, reemplazando las convencionales abstracciones de los sistemas con una noción fija de las realidades natu-

rales, y sustituyendo con un modo de expresión simple y natural, los términos ambiguos del escolasticismo. Condenó las definiciones de los eruditos de la época porque perpetuaban las disputas con su inexactitud y anfibología. Según Aristóteles, el hombre es un animal racional, pero puede replicarse que no es un animal y que es racional sólo raramente. Además, los vocablos "animal" y "racional" no pueden armonizarse; un loco, en este sentido, no sería hombre, y así sucesivamente. Raimundo Lulio definió las cosas por sus nombres correctos y no mediante sinónimos ni aproximaciones; después explicó los nombres por etimología. Ante la pregunta: ¿Qué es el hombre?, respondía que la palabra, en su acepción genérica, significaba el estado de ser humano, pero que tomada en una acepción particular designaba la personalidad humana. Sin embargo, ¿qué es la personalidad humana? Originalmente, es la personalidad que Dios creó; soplando vida en un cuerpo compuesto por tierra (*humus)*; literalmente, es usted, soy yo, es Pedro, Pablo, etc. Los que estaban acostumbrados a la jerga científica protestaron al doctor iluminado porque nadie podía hablar así; y porque el sentido común popular sería preferido a la doctrina de las academias. "Eso es precisamente lo que deseo", fue la respuesta de Raimundo Lulio en su gran simplicidad. De allí deriva el reproche de puerilidad lanzado contra su iluminada teoría; y pueril era en un sentido, pero con la puerilidad del consejo de quien dijo: "A no ser que os convirtáis en uno de estos pequeñuelos, no entraréis en el Reino de los Cielos". ¿Acaso el Reino de los Cielos no es el Reino de la ciencia, puesto que la vida celestial de Dios y los hombres es comprensión y amor?

El designio de Raimundo Lulio era colocar la Cabala cristianizada contra la *magia* fatalista de los árabes, las tradiciones egipcias contra las de la India, la Magia de la Luz contra la Magia Negra. Atestiguó que, en los días postreros, las doctrinas del Anticristo serían un realismo materializado y que existía un recrudecimiento de todas las monstruosidades de la Magia maligna. Por ello procuró preparar las mentes para el retorno de Enoc, o de otro modo, para la revelación final de la ciencia cuya clave está en los alfabetos jeroglíficos de Enoc. Esta luz armonizante de la razón y la fe ha de preceder al reinado mesiánico y universal del cristianismo sobre la tierra. Así fue como Lulio se constituyó en gran profeta para los cabalistas y videntes de verdad, y en sublime soñador para los escépticos que, al menos, pueden respetar las personalidades sublimes y las aspiraciones nobles.

Capítulo IV

## SOBRE CIERTOS ALQUIMISTAS

Nicolás Flamel pertenece exclusivamente a la alquimia, y sólo nos ocupamos de él debido al libro jeroglífico de Abraham el Judío, en el que el autor de la calle Saint-Jacques-La-Boucherie descubrió las claves absolutas de la Gran Obra. Este libro se fundó en las Claves del Tarot y fue simplemente un comentario jeroglífico y hermético sobre el *Sepher Yetzirah.* Por la descripción de Flamel descubrimos que tenía un total de veintiuna hojas, veintidós con el título, y que estaba dividido en tres septenarios, con una hoja en blanco cada siete páginas. Tengamos presente aquí que el Apocalipsis, sublime resumen cabalístico y profético de todas las formas ocultas, también dividió sus símbolos en tres septenarios, entre cada uno de los cuales hay silencio en los cielos, instituyendo de esa manera una asombrosa analogía con la hoja en blanco del libro místico de Flamel. Los septenarios del Apocalipsis son a) siete sellos para abrir, que significan los siete misterios que hay que aprender y las siete dificultades que hay que vencer; *b)* siete trompetas para hacer sonar, que son siete expresiones que hay que entender, y c) siete redomas para vaciar, que significan las siete sustancias que deben volatilizarse y fijarse.

En la obra de Flamel la primera hoja séptima tiene como jeroglífico la vara de Moisés que vence a las serpientes creadas por los magos del Faraón. Se las ve devorándose mutuamente, y la figura en conjunto es análoga a la del Conquistador del Tarot, unciendo a su carruaje cúbico las esfinges blanca y negra de la Magia egipcia. El símbolo en cuestión corresponde al séptimo dogma del credo de Maimónides: sólo reconocemos un profeta, que es Moisés. Representa la unidad de la ciencia y el trabajo y, además, el Mercurio de los Sabios, formado por la disolución de los compuestos y por la acción recíproca del Azufre y la Sal de los metales.

El emblema de la página número catorce era la Serpiente de Bronce ubicada sobre una cruz. La cruz representa el matrimonio del Azufre y la Sal purificados, y asimismo, la condensación de la Luz Astral. El Arcano XIV del Tarot describe un ángel, que es el espíritu de la tierra que mezcla los líquidos en dos vasos, uno de oro y el otro de plata. Es el mismo símbolo formulado de otra manera. En la hoja número 21 del libro

de Flamel estaba la imagen del espacio y de la vida universal, representada por un desierto con manantiales y serpientes que se deslizan por doquier. En el Tarot, el espacio es tipificado por los cuatro signos asignados a los puntos cardinales de los cielos, y la vida es representada por una muchacha desnuda que baila en un círculo. Flamel no especifica la cantidad de manantiales y serpientes, pero es probable que aquéllos fueran cuatro, surgidos de una sola fuente, como en el Pentáculo del Edén; las serpientes debían ser cuatro, siete, nueve o diez.

En la hoja número cuatro estaba la figura del Tiempo, preparándose para cortar los pies del Mercurio. Cerca había un rosal florecido, de raíz azul, tallo blanco, hojas rojas y flores doradas. El número cuatro es el de la realización elemental. El Tiempo es el nitro atmosférico; su guadaña es el ácido extraído del nitro, y el Mercurio se fija allí, transformándose en sal. El rosal representa la Obra y los colores sucesivos que caracterizan sus etapas: es el dominio que atraviesa los aspectos negro, blanco y rojo, de los que se produce el oro como una flor que brota y se expande.

El número cinco es el del Gran Misterio, y en la página número cinco están representados unos ciegos que cavan en derredor del rosal en busca del gran agente que está presente por doquier. Otros, mejor avisados, están pesando agua blanca, que semeja aire solidificado. En el reverso de esta página aparecía la masacre de los inocentes, con el sol y la luna descendiendo para bañarse en su sangre. Esta alegoría, que es el secreto literal del arte hermético, se relaciona con el procedimiento de introducir aire en el aire, como lo expresa Aristeo; o, para decirlo inteligiblemente, de usar el aire como fuerza, expandiéndolo por medio de la Luz Astral, tal como el agua se transforma en vapor mediante la acción del fuego. Esto puede realizarse con la ayuda de la electricidad, de imanes y de una potente proyección de la voluntad del operador, dirigidos científicamente y con buena intención. La sangre de los niños representa la luz esencial que se extrae de los cuerpos elementales mediante el fuego filosófico. Cuando se dice que el sol y la luna descienden para bañarse, se significa que allí la plata toma los matices del oro, y que el oro adquiere un grado de pureza por el cual su azufre se transforma en el verdadero Polvo de Proyección.

No estamos escribiendo un tratado sobre alquimia, aunque esta ciencia es realmente Magia Trascendental puesta en práctica; reservamos sus revelaciones y prodigios para otras obras especiales y más extensas.

La tradición popular afirma que Flamel no murió y que enterró un tesoro bajo la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie. Según los adeptos iluminados, este tesoro, contenido en una caja de cedro cubierta con láminas de siete metales, fue la copia original del famoso libro atribuido a Abranam el Judío, con comentarios escritos de Flamel y muestras suficientes del Polvo de Proyección como para transmutar el mar en oro, suponiendo que el mar fuese Mercurio.

Después de Flamel vinieron Bernardo Trevisan, Basilio Valentino y otros alquimistas famosos. Las doce Claves de Basilio Valentino son, a

la vez, cabalísticas, mágicas y herméticas. Luego, en 1480, apareció Tritemio, maestro de Cornelio Agrippa y máximo mago dogmático de la Edad Media. Tritemio era abad de la Orden de San Benito, de ortodoxia irreprochable y conducta inobjetable. No fue tan imprudente como para escribir abiertamente sobre filosofía oculta, como su aventurero discípulo Agrippa. Todas sus obras mágicas giran sobre el arte de ocultar los misterios; su doctrina estaba expresada en un pentáculo, según el estilo de los verdaderos adeptos. Este pentáculo es excesivamente raro, y sólo se halla en unos pocos ejemplares manuscritos de su tratado *De Septem Secundéis.* Un caballero polaco y hombre de elevada mentalidad y noble corazón, el conde Alejandro Branistki, posee un curioso ejemplar que tuvo la gentileza de mostrarnos. El pentáculo consiste en dos triángulos unidos en la base, uno blanco y el otro negro. En el ápice del triángulo negro, un loco acostado, que gira dificultosamente su cabeza, mira despavorido dentro del triángulo, donde se refleja su imagen. En el ápice del triángulo blanco hay un joven de pie, armado como un caballero, de mirada firme y actitud de mando fuerte y pacífica. En este triángulo figuran las letras del Tetragrama divino. El sentido natural y exotérico del emblema puede explicarse así mediante un aforismo: El sabio reposa en el temor del verdadero Dios, mas el necio es avasallado por el terror de un dios falso hecho a su imagen. Meditando sobre el pentáculo en conjunto y luego sobre sus componentes sucesivamente, los adeptos hallarán allí, sin embargo, la última palabra del Cabalismo y la fórmula inefable del Gran Arcano. En otras palabras, se trata de la distinción entre milagros y prodigios, el secreto de las apariciones, la teoría universal del magnetismo y la ciencia de todos los misterios.

Tritemio escribió una historia de la Magia, redactada íntegramente en pentáculos bajo el título: *Veterum Sophorum Sigilla et Imagines Magicae.* En su *Estenografía y Poligrafía* da la clave de todos los escritos ocultos y explica en términos velados la ciencia real de los encantamientos e invocaciones. Tritemio es en Magia el maestro de maestros, y no dudamos en proclamarle el más sabio y erudito de los adeptos.

Con Cornelio Agrippa sucedió todo lo contrario: buscó toda su vida, sin lograr la ciencia ni la paz. Sus libros están llenos de erudición y seguridad; por su carácter independiente y fantástico se le tomó por abominable hechicero, y sacerdotes y príncipes le persiguieron. Al final escribió contra las ciencias con las que no pudo obtener para sí la felicidad, y murió en la miseria y el abandono.

Pasemos ahora a la figura mansa y agradable del erudito y sublime Postel, sólo conocido por su amor super-místico hacia una mujer anciana pero iluminada. Postel es mucho más discípulo de la Madre Juana, pero las mentes vulgares prefieren desacreditar antes que aprender, y no desean ver en él nada mejor. No es en beneficio de aquellas que nos proponemos hacer conocer el genio de Guillermo Postel.

Fue hijo de un pobre campesino, perteneciente al distrito de Barenton, en Normandía; a fuerza de perseverancia y mucho sacrificio pudo

instruirle, convirtiéndose en el hombre más erudito de su tiempo; pero la pobreza le persiguió siempre y la inopia le obligó en ocasiones a vender sus libros. Lleno de resignación y dulzura, trabajó de obrero para ganarse un mendrugo de pan y regresar luego a sus estudios. Aprendió todos los idiomas y ciencias conocidos en su época; descubrió manuscritos raros y valiosísimos, incluidos los evangelios apócrifos y el *Sepher Yetzirah;* se inició en los misterios de la Cabala trascendental, y en su simple admiración por esa verdad absoluta, por esa razón suprema de todas las filosofías y dogmas, su ambición consistió en revelarla al mundo. Por ello habló el lenguaje de los misterios abiertamente y escribió un libro titulado *La Clave de las Cosas Mantenidas en Secreto desde la Fundación del Mundo.* Dedicó esta obra a los padres reunidos en el Concilio de Trento, suplicándoles que ingresasen en el sendero de la conciliación y la síntesis universal. Nadie le entendió; algunos le acusaron de herejía y los más moderados se contentaron con decir que estaba loco.

Según Postel, la Trinidad creó al hombre a su imagen y semejanza. El cuerpo humano es dual y su unidad triádica es a través de la unión de las dos mitades. El alma humana es también dual; es *ánimus* y *anima,* o intelecto y emoción: también tiene dos sexos, el masculino se halla en la cabeza y el femenino en el corazón. La redención completa debe ser también dual en la humanidad; la mente, por su pureza, torna buenos los errores del corazón, y luego la generosidad del corazón debe rescatar la esterilidad egoísta del cerebro. El cristianismo, desde el punto de vista de Postel sólo había sido entendido por la mente racional, sin entrar en el corazón. El Verbo se hizo hombre, pero el mundo sería salvado cuando el Verbo se hiciese mujer. Las sublimes grandezas del espíritu del amor serán enseñadas por el genio materno de la religión, y luego la razón se armonizará con la fe, porque abarcará, interpretará y restringirá los excesos sagrados de la devoción.

Observa, subraya Postel, cómo la mayoría de los cristianos entiende la religión; sólo como parcialidad ignorante y perseguidora, testadurez supersticiosa y estúpida, y miedo —bajo miedo— sobre todo. ¿Por qué ocurre esto? Porque quienes la profesan no tienen corazón femenino, porque son extraños a los divinos entusiasmos del amor materno que explica toda religión. El poder que invadió el cerebro y ata al espíritu no es el del bien manso, comprensivo y largamente sufriente; es el del inicuo, imbécil y cobarde Satán. Sucede así para que se tenga mucho más miedo al demonio que amor a la Divinidad. El cerebro frío y rugoso pesa sobre el corazón muerto como una lápida. ¡Qué despertar para la comprensión, que renacimiento para la razón, qué victoria para la verdad, cuando el corazón sea elevado por la gracia!, ¿Por qué soy yo la primera y casi única persona que comprende esto? ¿Qué puede hacer uno solo resucitado entre los difuntos que nada pueden oír? ¡Ven, ven pronto, oh espíritu materno, que apareciste ante mí en Venecia en el alma de una virgen inspirada por Dios; desciende y enseña a las mujeres del mundo nuevo su misión redentora y su apostolado de vida santa y espiritual!

Es un hecho que Postel debió estas nobles inspiraciones a una mujer piadosa, llamada Juana, a la que conoció en Venecia. El era el consejero espiritual de esta alma escogida y fue impulsado dentro de la corriente de la poesía mística que se arremolinaba en torno de ella. Al administrarle la Eucaristía, Juana se tornó resplandeciente, transfigurándose ante su vista, y aunque ella tenía más de cincuenta años de edad, el pobre sacerdote confesó inocentemente que le hubiera dado menos de quince: de esa manera la simpatía de sus corazones la transformó ante los ojos de Postel. Habría que seguir la vida ascética para entender esas alucinaciones celestiales, esas puerilidades líricas, un matrimonio místico entre dos seres virginales, los extraordinarios arrebatos del amor en dos almas puras. Postel vio en ella el espíritu vivo de Jesucristo por el que el mundo sería regenerado, por eso dijo: He visto esta luz del corazón que apartará el horrible espectro de Satán de todas las mentes; no es quimera de mis sueños; ella apareció en el mundo, se hizo carne en una doncella, en la que saludé a la madre del mundo por venir. Este es más bien un análisis que una traducción de Postel, mas el rápido resumen de sus sentimientos y lenguaje revelará que hablaba figuradamente, y como lo sostuviera el erudito jesuíta Desbillons en su nota sobre la vida y obras de Postel, que nada estaba más lejos de sus pensamientos que representar, como algunos pretendieron, una segunda encarnación de la divinidad en esta pobre hermanita de caridad que sólo le atrajera por el resplandor de sus humildes virtudes. Estoy cabalmente seguro de que todos los que difamaron y ridiculizaron a Postel valían menos que la Madre Juana.

Las relaciones místicas de Postel con la monja continuaron durante unos cinco años, al fin de los cuales ella murió, asegurándole a su confesor que jamás se alejaría de él, y que le ayudaría cuando se liberase de la atadura de la vida material. "Mantuvo su promesa"; dice Postel, "estuvo conmigo en París, me iluminó con su luz y armonizó mi razón y mi fe. Dos años después de su ascenso a los cielos, su cuerpo y sustancia espirituales descendieron en mí e impregnaron sensiblemente todo mi cuerpo, ya que en mí es más bien ella quien vive, antes que yo." Después de esta experiencia, Postel siempre se consideró un ser resucitado, autodesignándose *Postellus Restitutus.* De hecho, sobrevino un curioso resultado: sus blancos cabellos se ennegrecieron, desaparecieron sus arrugas y su rostro pálido y macilento por sus austeridades y vigilias tomó el color rojizo de la juventud. Sus biógrafos burlones afirman que se teñía los cabellos y pintaba la cara; no bastaba representarle como un loco; por ello convirtieron su carácter noble y generoso en un malabarista y charlatán. En verdad, la imbecilidad o mala fe de las mentes frías y escépticas, cuando enjuician a los corazones entusiastas, es más maravillosa que la elocuente irracionalidad de éstos últimos.

"Se imaginó y todavía se cree", escribe el Padre Desbillons, "que la regeneración supuestamente realizada por la Madre Juana es el fundamento de su sistema; sin embargo, éste estaba completamente desarrollado antes que él conociese la existencia de Juana, y jamás se apartó de él,

salvo unos pocos años antes de morir. Entendía que el reinado evangélico de Jesucristo, establecido por los Apóstoles, no podía mantenerse más entre los cristianos ni propagarse entre los infieles sino mediante la luz de la razón. A este principio, que le afectaba personalmente, añadió otro, el destino del Rey de Francia a la monarquía universal. El camino de la Segunda Venida debía prepararse conquistando los corazones y convenciendo a las mentes, para que de allí en más sólo hubiese una fe y Jesucristo reinase sobre todo el mundo en la persona de un solo rey y en virtud de una sola ley". Según el Padre Desbillons, esto demuestra que Postel estaba loco. Loco por pensar que la religión debe reinar sobre las mentes mediante la razón suprema de su doctrina, y que la monarquía, para ser fuerte y permanente, debe atar los corazones con las victorias de la prosperidad pública bajo el dominio de la paz. Loco por creer en la venida de ese reino de que diariamente decimos: Venga a Nos el Tu Reino. Loco por creer en la razón y la justicia sobre la tierra. Bien, bien, dijeron la verdad; el pobre Postel estaba loco. La prueba de su locura es que escribió, como se dijo, a los Padres del Concilio de Trento, suplicándoles que bendijesen a todo el mundo y no anatematizasen a nadie. Como otro ejemplo, trató de convertir a los jesuítas y hacerles predicar la concordia universal entre los hombres —paz entre los soberanos, razón entre los sacerdotes, y bondad entre los príncipes de este mundo. En fin, como locura última y suprema, desechó los beneficios de este mundo y el favor de los grandes, vivió siempre humildemente y en la pobreza, nada poseyó salvo su conocimiento y sus libros, y nada deseó salvo la verdad y la justicia. ¡Dé Dios paz al alma del pobre Guillermo Postel!

Era tan tierno y bueno que sus superiores eclesiásticos se apiadaron de él y, juzgándolo probablemente, como dijeran después sobre La Fontaine, que era más tonto que perverso, se contentaron con encerrarle en su convento por el resto de sus días. Postel les estuvo agradecido por esa segura quietud hasta el término de su vida, y murió pacíficamente, retractándose de todo lo que le pidieron sus superiores. El hombre de la concordia universal no podía ser un anarquista; ante todo era el más sincero de los católicos y el más humilde de los cristianos. Las obras de Postel serán redescubiertas uno de estos días y se las leerá con asombro.

Pasemos a otro maníaco llamado Teofrastro Aureolo Bombasto, conocido en el Mundo de la Magia bajo el nombre famoso de Paracelso. No es necesario recapitular lo dicho sobre el particular en nuestra obra *Dogma y Ritual de Alta Magia*, pero algo puede añadirse sobre la medicina oculta restaurada por Paracelso. Esta Medicina verdaderamente Universal se basa en una vasta teoría de la luz, llamada por el adepto fluido u oro potable. La luz, agente creador, cuyas vibraciones son movimiento y vida de todas las cosas; la luz, latente en el éter universal, irradiándose en torno de los centros absorbentes, que, al saturarse allí, proyecta a su vez movimiento y vida, formando de ese modo corrientes creadoras; la luz, astralizada en las estrellas, animalizada en los animales, humanizada en los seres humanos; la luz, que vegeta en las plantas, brilla en los metales,

produce todas las formas de la Naturaleza y equilibra todo mediante las leyes de la simpatía universal —esta es la luz que manifiesta los fenómenos del magnetismo, adivinados por Paracelso, que cromatiza la sangre, al desprenderse del aire inhalado y descargado por el fuelle hermético de los pulmones. La sangre se convierte entonces en verdadero elixir de la vida, los glóbulos rojos y magnéticos de la luz vital flotan en un fluido levemente dorado. Estos glóbulos son semillas reales, listas para asumir todas las formas del mundo del que el cuerpo humano es resumen. Asi pueden rarificarse y coagularse, renovando los humores que circulan en los nervios y en la carne que circundan los huesos. Se irradian hacia afuera, o más bien, al rarificarse, son impulsados por las corrientes de la luz y circulan en el cuerpo astral —ese cuerpo interior y luminoso, dilatado por la imaginación de los extáticos, de modo que la sangre de estos a veces colorea los objetos a una distancia en la que se impregnan e identifican con el cuerpo astral. En una obra especial sobre medicina oculta se demostrará lo aquí afirmado, por más extraño y paradójico que parezca a primera vista a los hombres de ciencia. Esas fueron las bases de la medicina, expuestas por Paracelso; curaba por la simpatía de la luz; no administraba medicamentos al cuerpo material externo (que es enteramente pasivo, que es posible desgarrar y cortar sin que sienta nada una vez retirado el cuerpo astral), sino al medio interno, al vehículo que es fuente de las sensaciones. Renovó la quintaesencia de éstas mediante quintaesencias simpáticas. Por ejemplo, curaba heridas aplicando potentes reactivos a la sangre derramada, devolviendo al cuerpo de ese modo su alma física y su savia purificada. Para curar un miembro enfermo, confeccionaba un miembro de cera, y mediante el poder de la voluntad, transfería allí el magnetismo del miembro enfermo. Luego trataba la cera con vitriolo, hierro y fuego, reaccionando así mediante imaginación y correspondencia magnética sobre la persona enferma, para la que el miembro de cera se había convertido en apéndice y suplemento. Paracelso conoció los misterios de la sangre; supo porqué los sacerdotes de Baal efectuaban incisiones con cuchillos en su carne, y luego hacían descender fuego de los cielos; supo porqué los orientales derramaban su sangre ante una mujer para inspirarle amor físico; supo cómo la sangre derramada reclama venganza o misericordia, y llena el aire con ángeles o demonios. La sangre es el instrumento de los sueños y multiplica las imágenes en el cerebro durante el sueño, porque está llena de Luz Astral. Sus glóbulos son bisexuales, magnetizados y metalizados, simpáticos y repelentes. Todas las formas e imágenes del mundo pueden ser invocadas a través del alma física de la sangre.

El respetable viajero Tavernier refiere que "un día llegué con el presidente inglés a una residencia de Baroche, en mi viaje de Agra a Surat. Ante la curiosidad de mi acompañante, ciertos prestidigitadores solicitaron permiso para dar muestras de su habilidad profesional. En primer lugar encendieron una gran hoguera, calentaron cadenas de hierro, luego se las enroscaron en sus cuerpos y dieron muestras de dolor, pero no su-



*Los siete planetas y sus genios*

frieron daño alguno. Después tomaron un trozo de madera, lo fijaron en el suelo y preguntaron a uno de los espectadores qué fruta le gustaba. Aquél dijo que los mangos; entonces, uno de esos hombres se envolvió en una sábana y golpeó el piso cinco o seis veces. Por curiosidad me corrí hasta una habitación de arriba, desde donde pude ver a través de una hendidura de la tela lo que ese hombre estaba haciendo. En realidad se cortaba la carne debajo de los sobacos con una navaja, impregnando la madera con su sangre. Cada vez que se levantaba, la madera crecía visiblemente; en la tercera ocasión había ramas y yemas, en la cuarta el árbol estaba cubierto de hojas, y en la quinta estaba florecido.

"El presidente inglés, que oficiaría de padrino, había traído consigo a su capellán desde Amadabat para que bautizase a un hijo del comandante holandés. Hay que aclarar que los holandeses no tienen capellanes, salvo donde se congregan soldados y mercaderes. El clérigo inglés empezó a protestar pues no podía consentir que los cristianos asistiesen a tales espectáculos, y cuando vio cómo los malabaristas hacían surgir de un

trocito de madera, en menos de media hora, un árbol de cuatro o cinco pies de alto, con hojas y flores como en primavera, consideró que era su deber poner coto a tal situación. Por ello anunció que no administraría la comunión a quienes siguiesen presenciando tales hechos. Así fue como el presidente se vio obligado a despedir a los prestidigitadores."

El doctor Clever de Maldigny, a quien debo este resumen, lamenta que hubiera sido detenido tan abruptamente el crecimiento de los mangos, pero no explica lo sucedido. Según mi criterio se trató de un caso de fascinación por magnetismo de la luz radiante de la sangre, fenómeno de la electricidad magnetizada, idéntico a lo que se denomina palingenesia, por el cual una planta viva se hace aparecer en un vaso que contiene cenizas de la misma planta muerta hace mucho tiempo.

Tales eran los secretos que Paracelso conocía, y en la aplicación de estas fuerzas naturales ocultas con fines medicinales concitó muchos admiradores y enemigos. En cuanto al resto, de ningún modo fue una personalidad simple como Postel; era naturalmente agresivo y al estilo de los saltimbanquis; así afirmó que su espíritu familiar estaba oculto en el pomo de su enorme espada que siempre llevaba consigo. Su vida fue lucha incesante; viajó, discutió, escribió y enseñó. Le interesaban más los resultados físicos que las conquistas morales, y si bien se trató del primero de los magos prácticos, fue el último de los adeptos de la sabiduría. Su filosofía implicaba sagacidad y él mismo la denominó *philosophia saga*. Adivinaba más que nadie sin saber nada absolutamente. Nada igualaba sus intuiciones, a no ser la temeridad de sus comentarios. Fue hombre de intrépidas experiencias, embriagado con sus propias opiniones y su propia charla, y si hemos de dar crédito a algunos de sus biógrafos, embriagado también de otra manera. Las obras que legó son preciosas para la ciencia, pero deben leerse con precaución. Puede llamársele el divino Paracelso, entendiendo esto en el sentido de adivinador; era un oráculo, no un maestro de verdad. Por sobre todo, era grande como médico, pues descubrió la Medicina Universal. No obstante esto, no pudo prolongar su propia vida, y murió, siendo joven, gastado por el trabajo y los excesos. Dejó un nombre que refulge con resplandor fantástico y ambiguo, debido a los descubrimientos que sus contemporáneos no lograron aprovechar. No pronunció su última palabra, y es uno de los seres misteriosos de los que puede decirse, como de Enoc y San Juan: No ha muerto, y nuevamente volverá a la tierra antes del último día.

Capítulo V

# ALGUNOS HECHICEROS Y MAGOS FAMOSOS

Por lo que conocemos, entre los múltiples comentarios y estudios sobre la obra del Dante, nadie señaló su característica fundamental. La obra maestra del glorioso gibelino es una declaración de guerra contra el papado mediante una audaz revelación de los misterios. La epopeya del Dante es juanista y gnóstica; es una temeraria aplicación de las figuras y números cabalísticos a los dogmas cristianos, y además una negación secreta del elemento allí contenido; su visita a los mundos sobrenaturales tiene lugar como una iniciación en los Misterios de Eleusis y Tebas. Es guiado y protegido por Virgilio en medio de los círculos del nuevo Tártaro, como si el tierno y melancólico profeta de los destinos del hijo de Polión fuese, a los ojos del poeta florentino, el padre ilegítimo pero verdadero de la epopeya cristiana. Gracias al genio pagano de Virgilio, Dante emerge de ese abismo sobre cuya puerta se lee la frase de la desesperanza: escapa cabeza abajo, lo cual significa: invirtiendo el dogma. Así asciende a la luz, usando al demonio, como monstruosa escalera; mediante la fuerza del terror emerge del terror, de lo horrible mediante el poder del horror. Parece atestiguar que el infierno carece de salida sólo para quienes no pueden volver sobre sus pasos: toma al demonio a contrapelo, para utilizar una expresión familiar, y logra emanciparse mediante audacia. Esto es más que protestantismo, y el poeta de los enemigos de Roma ya adivinaba a Fausto ascendiendo a los cielos sobre la cabeza del derrotado Mefistófeles. Obsérvase también que el infierno del Dante es un purgatorio negativo, con lo que se significa que su purgatorio parece tomar forma en su infierno, como si se tratase de un molde; es como la tapa o tapón del abismo, y se entiende que el titán florentino al escalar el Paraíso quiso lanzar de un puntapié el purgatorio en el infierno.

Su cielo está compuesto por una serie de círculos cabalísticos divididos por una cruz, como el pentáculo de Ezequiel; en el centro de esta cruz florece una rosa, manifestando así, por primera vez en público, y casi explicando categóricamente el símbolo de los rosacruces. Decimos por primera vez porque Guillermo de Lorris, que murió en 1260, cinco años antes que naciera el Dante, no completó su *Romance de la Rosa*, y la tarea de concluirlo recayó en Clopinel unos cincuenta años después. Se descubrirá

con cierto asombro que el *Romance de la Rosa y La Divina Comedia* son dos formas opuestas de una sola obra: iniciación mediante la independencia del espíritu, sátira sobre todas las instituciones contemporáneas y fórmula alegórica de los grandes secretos de la Hermandad Rosacruz.

Estas importantes manifestaciones del ocultismo coinciden con la caída de los templarios, puesto que Juan de Meung, o Clopinel, contemporáneo del Dante en la vejez de éste, vivió sus mejores años en la corte de Felipe el Hermoso. El *Romance de la Rosa* es la epopeya de la antigua Francia, una obra profunda en forma trivial, una revelación de los misterios ocultos tan ilustrada como la de Apuleyo. Las rosas de Flamel, Juan de Meung y el Dante pertenecen a la misma planta.

Un genio como Dante no podía ser un heresiarca. Los grandes hombres imprimen ímpetu a la inteligencia, el ímpetu se efectiviza subsiguientemente en las actividades puestas en movimiento por mediocridades inquietas. Dante nunca pudo haber sido leído por Lutero, y menos comprendido. No obstante esto, la misión de los gibelinos, que fructificó por el potente pensamiento del poeta, alzó al imperio contra el papado muy lentamente; de un siglo a otro fue continuada bajo diversos nombres, y al fin convirtió a Alemania en protestante. Con seguridad no fue Lutero quien produjo la Reforma; fue ésta la que se apoderó de Lutero y le impulsó hacia adelante. Este monje robusto sólo pudo jactarse de obstinación y audacia, pero fue instrumento necesario de las ideas revolucionarias. Lutero fue el Dantón de la teología anárquica; supersticioso y temerario, se creía obsesionado por el demonio; era el demonio quien dictaba sus razonamientos contra la Iglesia, le hacía declamar, barbotar sus necedades y, sobre todo, escribir. El genio inspirador de todos los Caínes a la sazón sólo pedía tinta, convencido de que, al fluir ésta de la pluma de Lutero, se convertiría en un mar de sangre. Lutero sabía esto, y odiaba al demonio porque era otro maestro; un día le arrojó el tintero por la cabeza, como para saciarlo con esa violenta libación. El episodio recuerda al jocoso regicida que embadurnó a sus cómplices con tinta al firmar la pena de muerte de Carlos I.

"Antes turco que papista", es el lema de Lutero; y en la práctica, el protestantismo en sus raíces es, como el islamismo, siemple deísmo organizado en un culto convencional, o si difiere en ello es sólo por sus restos de catolicismo imperfectamente borrado. Desde el punto de vista de la negación del dogma católico, los protestantes son musulmanes con unas pocas supersticiones más y un profeta menos.

Los hombres son más proclives a renunciar a Dios que a entregarse al demonio, como los apóstatas lo han demostrado en abundancia y en todos los tiempos. Rápidamente subdivididos por la anarquía, los discípulos de Lutero sólo tuvieron en común un nexo de fe; todos creían en Satán, y este espectro, agigantado a medida que su espíritu de rebeldía los apartaba de Dios, al final adquirió proporciones terribles. Carlostad, archidiácono de Würtemberg, vio desde el pulpito a un hombre de negro que entraba en el templo, se sentaba frente a él y lo miraba con horrenda fijeza durante

todo su sermón. Carlostad se trastornó, abandonó el pulpito e interrogó a los presentes; nadie había visto al fantasma. Carlostad regresó a su casa espantado; su hijo menor le dijo que un extranjero de negro había preguntado por él, prometiendo regresar en tres días. En la mente del alucinado archidiácono ya no había lugar a dudas; el extranjero era el espectro de su visión. El terror le provocó fiebre, cayó en cama y murió al tercer día.

Estos infelices herejes tenían miedo hasta de sus sombras; sus conciencias seguían siendo católicas y los condenaban sin piedad al infierno. Una noche en que Lutero paseaba con su esposa Catalina de Bora, contempló el brillante cielo estrellado y dijo en voz baja, como suspirando: —¡ Ay, qué bello cielo que nunca veré!

—¿Qué dices? —exclamó su esposa—. ¿Piensas entonces que estás condenado ?

Lutero respondió: —¿Quién sabe si Dios no nos castigará por no haber sido fieles a nuestros votos?

Tal vez si Catalina, ante la falta de confianza en sí mismo manifestada por Lutero, le hubiera maldecido y abandonado, es posible que el reformador, agobiado por la Advertencia Divina, hubiese reconocido su criminal transgresión de traición a la Iglesia, que fuera su primera esposa, y hubiese vuelto sollozando al claustro que abandonara a sabiendas. Pero Dios, que resiste a los soberbios, sin duda le halló indigno de esta aflicción salvífica. La comedia sacrilega del casamiento de Lutero fue el castigo providencial de su orgullo, y al obstinarse en su pecado, el castigo permaneció siempre en él, sometiéndole a ludibrio hasta el fin. Murió entre el demonio y su esposa, aterrorizado ante aquél y cabalmente perturbado por ésta.

La corrupción y la superstición marchan juntos. La época del disoluto Renacimiento, igualmente perseguidor y crédulo, no fue en verdad la del segundo nacimiento de la razón. Catalina de Médici era una hechicera, Garlos IX consultaba a los nigromantes, Enrique III se entretenía entre devociones y libertinaje. Era a la sazón el apogeo de los astrólogos, aunque unos pocos fuesen torturados de vez en cuando para que modificasen sus predicciones. Además, existían los hechicheros de la corte, aficionados a los envenenamientos, y que merecían la horca. *Trois-Echelles,* el mago de Carlos IX, era un charlatán y un pillo; un día cantó su palinodia ante el rey y sus trapisonadas no eran pecadillos; el rey le perdonó, pero prometió curarle en las mazmorras si reincidía; pero reincidió y terminó ahorcado.

Cuando la Liga decretó la muerte del débil y miserable Enrique III, recurrió a la brujería y a la Magia Negra. L'Etoile declara que, con una imagen del rey confeccionada en cera, los sacerdotes de la Liga celebraban Misa, traspasando la imagen con un cuchillo durante una oración que incluia maldiciones y anatemas. Como el rey no murió con suficiente celeridad, se llegó a la conclusión de que también era brujo. Publicáronse panfletos que representaban a Enrique III celebrando convenciones en las que los crímenes de Sodoma y Gomorra eran tan sólo preludio de otros

más espantosos e inauditos. Se decía que entre los efebos del rey había uno que era el demonio en persona, y que las jóvenes vírgenes eran raptadas y violadas en honor de Belcebú. El vulgo creía en estas fábulas y al fin hubo un fanático que ejecutó esos arrestos brujeriles. Santiago Clement sufrió visiones y oyó voces imperiosas que le ordenaban matar al rey; se aferró al regicidio como un mártir, y murió sonriente, como los héroes de la mitología escandinava. Las crónicas escandalosas sugirieron que una gran dama de la corte complementaba las solitarias inspiraciones de ese monje con el magnetismo de sus caricias; pero la anécdota carece de probabilidad. Fue la continencia del monje la que promovió su exaltación; pues si hubiese empezado a llevar una ciega vida pasional, un apetito insaciable de placer se habría apoderado de toda su naturaleza, rehusando morir.

Mientras las guerras religiosas ensangrentaron el mundo, se incorporaron en Alemania asociaciones iluministas secretas, que no eran sino escuelas teúrgicas y mágicas. La más antigua de éstas parece haber sido la de los rosacruces, cuyos símbolos se remontan a la época de güelfos y gibelinos, como lo vemos por las alegorías del poema del Dante y por los emblemas del *Romance de la Rosa.*

La rosa, desde siempre modelo de belleza, vida, amor y placer, expresaba místicamente el pensamiento secreto de todas las protestas manifestadas por el Renacimiento. Era la carne en rebeldía contra la opresión del espíritu; era la Naturaleza dando testimonio de que, como la gracia, ella era hija de Dios: era el amor que rehusaba ser sofocado por el celibato; era la vida en rebelión contra la esterilidad; era la humanidad aspirando a la religión natural, llena de razón y amor, fundada en las revelaciones de la armonía del ser, de la cual la rosa, para los iniciados, era el símbolo floral viviente. En verdad se trata de un pentáculo; es circular, las hojas de la corola son en forma de corazón y descansan armoniosamente entre sí; su tinte ofrece los matices más armoniosos de los colores primigenios; su cáliz es de púrpura y oro. Hemos visto que Flamel, o más bien *El Libro de Abraham el Judío,* la representa como el signo jeroglífico de la consumación de la Gran Obra. He aquí la clave del romance de Clopinel y Guillermo de Lorris. La conquista de la rosa fue el problema que la iniciación planteó a la ciencia, mientras la religión se ocupaba de preparar y establecer el triunfo universal, exclusivo y final de la Cruz.

La alta iniciación planteó el problema de unir la Rosa con la Cruz, y en efecto, la filosofía oculta, por ser la síntesis universal, debía tener en cuenta todos los fenómenos del ser. La religión, considerada únicamente como hecho psicológico, es la revelación y la satisfacción de una necesidad de las almas. Su existencia real es un hecho científico; negarla implicaría negar a la humanidad misma. Nadie la inventó; igual que las leyes y las civilizaciones, la forman las necesidades de la vida moral. Desde este punto de vista meramente filosófico y restringido la religión debe ser considerada como fatal si todo lo explicamos por la fatalidad, y como divina, si creemos en una Inteligencia Suprema, que es manantial de las leyes

naturales. De allí se desprende que si la característica de toda religión propiamente dicha consiste en depender directamente de la Divinidad a través de una revelación sobrenatural, pues para que el dogma sea sancionado no puede existir otro modo de transmisión, deberá concluirse que la verdadera religión natural es la religión revelada; es decir, es natural adoptar una religión siempre que se la entienda como revelada, ya que toda religión verdadera exhorta al sacrificio, y el hombre no tiene facultades ni derechos para imponer lo mismo a sus semejantes, fuera y especialmente por encima de las condiciones corrientes de la humanidad.

Partiendo de este principio estrictamente racional, los rosacruces tendieron a respetar la religión dominante, jerárquica y revelada. Por eso no podían ser ya enemigos del Papado ni de la monarquía legítima y, si conspiraban contra papas y reyes, ello obedecía a que consideraban a éstos o aquéllos personalmente como apóstatas respecto del deber y supremos instigadores de la anarquía. Porque el déspota, espiritual o temporal, ¿no es un anarquista con corona? De esta manera es posible explicar el protestantismo e incluso el radicalismo de ciertos grandes adeptos (que con seguridad fueron más católicos que algunos papas y más monárquicos que algunos reyes) y de ciertos adeptos excéntricos, como Enrique Khunsrath y los verdaderos iluminados de su escuela.

Khunsrath es prácticamente desconocido por todos, salvo por quienes efectuaron un estudio particular del ocultismo; no obstante, es un gran maestro y de primer orden. Es un príncipe soberano de la Rosa-Cruz, digno de todo el respeto que merece este título científico y místico. Sus pentáculos son gloriosos como la luz del *Libro de los Esplendores,* llamado *Zohar;* son esclarecidos como Tritemio, precisos como Pitágoras, completos en su revelación de la Gran Obra como el libro de Abraham y Nicolás Flamel.

Khunsrath, químico y médico, nació en 1502, y a los cuarenta y dos años de edad obtuvo la iniciación teosófica trascendental. *El Anfiteatro de la Sabiduría Eterna,* su obra más notable, fue publicada en 1598, pues la aprobación del Emperador Rodolfo allí incluida fue fechada el 1° de junio del año en cuestión. Aunque da fe de un protestantismo radical, el autor se proclama católico ortodoxo; atestigua poseer, pero guardar debidamente en secreto, una clave del Apocalipsis, la cual es una y triple como la ciencia universal. La división de la obra es séptuple, y en las siete partes están distribuidos los siete grados de la iniciación en la filosofía trascendental. El texto es un comentario místico sobre los oráculos de Salomón, y la obra concluye con una serie de cuadros sinópticos que son la síntesis de la Magia y la Cabala oculta —hasta donde es lícito hacer revelaciones. El resto, o sea la parte esotérica e inefable de la ciencia, se formula mediante magníficos pentáculos, dibujados y grabados con esmero. Son nueve en total, a saber: 1) el dogma de Hermes; 2) la realización mágica; 3) el sendero de la sabiduría y el procedimiento inicial de la obra; 4) la Puerta del Santuario iluminado por los siete rayos místicos; 5) una Rosa de Luz, en cuyo centro una figura humana extiende sus brazos

en forma de cruz; 6) el laboratorio mágico de khunrath, que demuestra la unión necesaria de la oración y el trabajo; 7) la síntesis absoluta de la ciencia; 8) el equilibiro universal; y 9) un resumen de la doctrina personal de Khunrath, que implica una enérgica protesta contra todos sus detractores. Es un pentáculo hermético rodeado por una caricatura alemana, llena de vida e ingenua cólera. Los enemigos del filósofo son representados como insectos, ánsares, bueyes y asnos; todo está adornado con leyendas latinas y burdos epigramas alemanes. Khunrath aparece a la derecha con ropas civiles, y a la izquierda en su morada de estudiante; en ambos lados hace frente a sus adversarios. En su atuendo de calle, blande una espada con la que golpea la cola de una serpiente; como estudiante, blande unas tenazas con las que aplasta la cabeza de la serpiente. En público demuestra y en privado instruye, pero como lo indican sus gestos, la verdad es siempre la misma, y expresa desdén hacia el aliento impuro de sus adversarios. No obstante esto, ese aliento es tan pestilente que las aves del cielo caen muertas a sus pies. Esta lámina curiosísima no aparece en muchos ejemplares de la obra.

El libro contiene todos los misterios de la suprema iniciación. Como lo anuncia el título, es cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, triple y universal. Es un verdadero manual de Magia Trascendental y Filosofía Hermética. No es posible hallar otra iniciación más completa y perfecta, a no ser en el *Sepher Yetzirah* y el *Zohar.* En los cuatro importantes corolarios que siguen a la explicación de la tercera figura, Khunrath establece: "Que el costo de la realización de la Gran Obra (aparte de la manutención del operador y de sus gastos personales) no debe superar la suma de treinta táleros". Añade: "Hablo con autoridad; lo que sé lo obtuve de quien era dueño del conocimiento; quienes gasten más, se engañan y derrochan su dinero". De esto se colige que Khunrath no obtuvo la Piedra Filosofal o no deseó admitirlo por temor a que le persiguieran. Luego sigue estableciendo el deber del adepto de no consagrar a su uso personal más que la décima parte de su fortuna; el resto debía dedicarse a la gloria de Dios y a obras de caridad. Finalmente, afirma que los misterios del cristianismo y la Naturaleza se interpretan e iluminan mutuamente, y que el reino futuro del Mesías reposará sobre el doble cimiento de la ciencia y la fe. Como los oráculos del Evangelio están de esa manera confirmados por el libro de la Naturaleza, será posible convencer a los judíos y mahometanos respecto de la verdad del cristianismo sobre la base de la ciencia y la razón, de modo que —con el auxilio de la Gracia Divina— se convertirán infaliblemente a la religión de la unidad. Concluye con esta máxima: "El sello de la Naturaleza y del Arte es la simplicidad".

Contemporáneo de Khunrath fue otro doctor iniciado, filósofo hermético y discípulo de la medicina de Paracelso; se trata de Osvaldo Crollio, autor del *Libro de las Firmas, o Anatomía Veraz y Viviente del Mundo Mayor y Menor.* El prefacio de esta obra es un esbozo de filosofía hermética, muy bien realizado: Crollio procura demostrar que Dios y la Naturaleza, han firmado, por así decirlo, todas sus obras y que todo producto

de una fuerza natural dada lleva el sello de esa fuerza impreso con caracteres indelebles, de modo que el iniciado en los escritos ocultos pueda leer, como en un libro abierto, las simpatías y antipatías de las cosas, las propiedades de las sustancias y todos los demás secretos de la creación. Los caracteres de los diferentes escritos fueron tomados primitivamente de estas firmas naturales existentes en las estrellas y las flores, o montañas y pedruzcos. Las figuras de los cristales, las marcas de los minerales, eran impresiones del pensamiento que tuviera el Creador al formarlos. La idea es rica en poesía y grandeza, pero carecemos de una gramática de este misterioso lenguaje de los mundos y de un vocabulario metódico de esta habla primitiva y absoluta. Sólo el rey Salomón se atribuye haber realizado esa labor dual; pero los libros de Salomón se perdieron. La empresa de Crollio no era la reconstitución de éstos sino un intento de descubrir los principios fundamentales subsistentes en el lenguaje universal del Mundo creador.

Sobre estos principios se reconocía que los jeroglíficos originales, basados en los prístinos elementos de la geometría, guardaban correspondencia con las leyes constitutivas y esenciales de las formas, determinadas por movimientos alternados o combinados que, a su vez, eran fijados por atracciones equilibradoras. Los simples se distinguían de los compuestos por sus figuras externas; y mediante la correspondencia entre figuras y números fue posible efectuar una clasificación matemática de todas las sustancias reveladas por las líneas de sus superficies. En la base de estos esfuerzos, que son reminiscencias de la ciencia edénica, hay un mundo entero de descubrimientos a la espera de las ciencias. Paracelso los había adivinado, Crollio los indica, otro vendrá que los comprenda y aporte su demostración. Lo que parecía locura de antaño será genialidad de mañana, y el progreso saludará alborozado a los sublimes buscadores que por primera vez bucearon en este mundo perdido y redescubierto, en esta Atlántida del conocimiento humano.

El comienzo del siglo XVII fue la gran época de la alquimia; fue el período de Felipe Muller, Juan Torneburg, Miguel Maier, Ortelio, Poterio, Samuel Notron, Barón de Beausoleil, David Planis Campe, Juan Duchesne, Rober Fludd, Benjamín Mustafá, D'Espagnot, el Cosmopolita —que está en primera fila— de Nuisement, que tradujo y publicó los escritos del Cosmopolita, Juan Bautista von Helmont, Ireneo Fílateles, Rodolfo Glauber, y el sublime zapatero Jacobo Bóheme. Estos iniciados principales se consagraron a indagar la Magia Trascendental, pero ocultaron muy cuidadosamente ese detestado nombre bajo el velo de los experimentos herméticos. El Mercurio de los Sabios, que deseaban descubrir y legar a sus discípulos, era la síntesis científica y religiosa, la paz que mora en la unidad soberana. Los místicos eran tan sólo ciegos creyentes en los verdaderos iluminados, mientras el iluminismo, propiamente dicho, era la ciencia universal de la luz.

En la primavera de 1623 apareció esta extraña proclama en las calles de Paris: "Nosotros, autorizados mensajeros de los Hermanos de la Rosa-

Cruz, de estada visible e invisible en esta ciudad, por gracia del Altísimo, hacia quienes se vuelven los corazones de los sabios, damos instrucción, sin medios externos, al hablar el lenguaje de los países donde moramos, y rescatamos del terror y la muerte a los hombres que son colaboradores. Si alguien nos busca por mera curiosidad, jamás se comunicará con nosotros; pero si actúa con el fervoroso deseo de ser inscripto en el registro de nuestra fraternidad, nosotros, que discernimos el pensamiento, le manifestaremos la verdad de nuestras promesas, sin revelar el sitio donde habitamos, pues el pensamiento unido a la firme voluntad del lector será suficiente para que le conozcamos y para que él nos conozca".

La opinión pública reparó en este misterioso manifiesto, y si alguien preguntaba abiertamente quiénes eran los Hermanos de la Rosa-Cruz, era posible que un desconocido personaje llevase aparte al curioso y le dijese gravemente: "Predestinados a la reforma que debe tener lugar muy pronto en todo el universo, los rosacruces son depositarios de la sabiduría suprema, y como imperturbados dispensadores de todos los dones de la Naturaleza, pueden dispensar éstos a su antojo. En cualquier lugar en que estén, conocen todas las cosas que ocurren en el resto del mundo, mejor que si estuviesen presentes entre ellas; son superiores al hambre y la sed, y no tienen edad ni enfermedad que temer. Pueden ordenar a los espíritus y genios más poderosos. Dios les ha cubierto con una nube para protegerlos de sus enemigos, y no pueden ser vistos, salvo con su consentimiento, si se tiene ojos más penetrantes que los del águila. Sus asambleas generales son celebradas en las pirámides de Egipto; pero igual que la roca de donde brotó el manantial de Moisés, estas pirámides marchan con ellos en el desierto y les seguirán hasta que entren en la Tierra Prometida".

## Capítulo VI

## ALGUNOS JUICIOS POR MAGIA

El autor griego de la alegórica Tabla de Cebes expresa esta admirable conclusión: "Hay un solo bien real que desear, y es la sabiduría; hay un solo mal que temer, y es la locura". El mal moral, la iniquidad y el crimen son real y literalmente manía. El padre Hilarión Tissot tiene pues, nuestra sentida simpatía cuando proclama sin cesar en sus folletos extravagantemente audaces que, en lugar de castigar a los criminales, deberíamos encargarnos de ellos y curarlos. Pero no obstante la simpatía, la razón se alza en protesta contra las interpretaciones excesivamente caritativas respecto del crimen, cuya consecuencia sería destruir la sanción de la moralidad, desarmando a la ley. Parangonamos la manía a la intoxicación, y viendo que ésta es casi siempre voluntaria, aplaudimos la sabiduría de los jueces que castigan las transgresiones y crímenes cometidos en estado de ebriedad, sin tener en cuenta la pérdida voluntaria de la razón como excusa. Día llegará en que ese estado inducido por propia decisión se repute como circunstancia agravante y en que el ser inteligente que por sí mismo se substraiga a la razón descubra que también se halla fuera del palio de la ley. ¿No es ley la razón de humanidad? ¡Ay de quien se embriaga con vino, orgullo, odio o incluso amor! Se torna ciego, injusto, juguete de las circunstancias; es un desecho andante y la fatalidad viviente; puede matar o violar; es un loco desencadenado, y hay que denunciarlo como tal. La sociedad tiene derecho a defenderse; y esto es más que un derecho, es un deber, pues la sociedad tiene niños.

Estas reflexiones son generadas por los juicios por magia de los que hemos dado ya algunas referencias. A la Iglesia y a la Sociedad se les ha imputado muy a menudo el asesinato judicial de los locos. Admitimos que los hechiceros eran locos, pero la suya era una locura perversa. Si entre ellos murieron algunos inocentes pero enfermos, estos fueron infortunios de los que no fueron responsables ni la Sociedad ni la Iglesia. Todo hombre condenado según las leyes de su país y las formalidades judiciales de su tiempo es condenado justamente, y de allí en más su posible inocencia está en mano de Dios: ante los hombres es y debe seguir siendo culpable.

En una notable novela, llamada "El Aquelarre de las Brujas", Ludwig Tieck describe a una sana mujer, a una pobre criatura agotada por el

cilicio, mentalmente debilitada por ayunos y oraciones, llena de horror hacia la brujería, pero dispuesta, por exceso de humildad, a acusarse de todos los crímenes, que termina creyéndose bruja, lo confiesa, resulta convicta por el error y el prejuicio, y finalmente es quemada viva. ¿Qué probaría ese relato, en caso de ser cierto? Ni más ni menos que la posibilidad de un error judicial. Pero si tales errores son de hecho posibles, no pueden serlo en orden a equidad, pues de lo contrario ¿qué sería de la justicia humana? Sócrates condenado a muerte podría haber recurrido a la huida y sus propios jueces le habrían proporcionado los medios, pero respetaba las leyes y, por ello, resolvió morir.

La severidad de ciertas sentencias debe imputarse a las leyes y no a los tribunales de la Edad Media. ¿Gilles de Laval, cuyos crímenes y castigo ya narramos, fue condenado injustamente y debe ser absuelto como loco? ¿Eran inocentes los horribles imbéciles que preparaban filtros con la grasa de criaturitas? Además, la Magia Negra fue la manía general de esta época desgraciada. Al consagrarse incesantemente a cuestiones de brujería, hasta los mismos jueces en ocasiones terminaban pensando que ellos también habían cometido los mismos crímenes. La plaga pasó a ser epidémica y las ejecuciones parecían multiplicar los culpables.

Demonógrafos como Delancre, Delrío, Sprenger, Bodin y Torreblanca mencionan muchos procesos, cuyos detalles son igualmente tediosos y repugnantes. Las criaturas condenadas eran, en su mayoría, alucinadas e idiotas, pero inicuas en su idiotez y peligrosas en su alucinación. La pasión erótica, la codicia y el odio eran las causas principales que perturbaban su razón: eran en verdad capaces de cualquier cosa. Sprenger dice que las hechiceras andaban en tratos con las comadronas para conseguir cadáveres de criaturas recién nacidas. Las comadronas mataban a estas inocentes en el momento mismo de nacer, clavándoles largas agujas en el cerebro. Se declaraba que el niño había nacido muerto y se le inhumaba como tal; a la noche siguiente, las brujas cavaban la tumba y retiraban el cadáver, que cocían en un caldero con hierbas narcóticas y venenosas, destilando luego esta gelatina humana. El licor oficiaba de elixir de la longevidad, y la parte sólida —amasada con hollín y grasa de gato negro—- se utilizaba para frotaciones. El estómago se contrae de asco ante esas abominables revelaciones, y la piedad es silenciada por la ira; pero cuando nos referimos a los juicios mismos, vemos la credulidad y crueldad de los jueces, las embusteras promesas de misericordia empleadas para extraer admisiones, las atroces torturas, los exámenes obscenos, las precauciones vergonzosas y ridiculas, y finalmente la ejecución pública, con los irrisorios servicios de un sacerdote que se sometía al brazo secular y pedía misericordia para quienes éste había condenado a muerte; en medio de todo este caos nos vemos obligados a sacar en conclusión que sólo la religión mantiene su santidad, pero que los seres humanos, todos por igual, son idiotas o bribones.

En 1598, un sacerdote de Limousin, llamado Pedro Aupetit, fue quemado vivo por ridiculas confesiones obtenidas con tortura. En 1599 una

mujer llamada Antide Collas fue quemada en Dole porque había algo anormal en su conformación sexual, lo cual sólo se explicaba a través de vergonzosas relaciones con Satán. Sometida reiteradamente a tortura, desnuda, examinada minuciosamente por médicos y jueces, abrumada por la vergüenza y el sufrimiento, la infortunada confesó todo para acabar de una vez y para siempre. Enrique Boguet, juez de Saint-Claude, relata cómo hizo torturar a una mujer como bruja porque en su rosario faltaba un trozo de la cruz, lo cual para este feroz maniático era signo cierto de brujería. Un niño de doce años, citado por los inquisidores, acusó a su propio padre de llevarle al aquelarre. El padre murió en prisión como resultado de sus sufrimientos, y se dispuso quemar al niño, a lo cual Boguet se opuso, haciendo gala de clemencia. Rolanda de Vernios, de treinta y cinco años, fue encerrada en tan gélida mazmorra que prometió declararse culpable de Magia si se le permitía estar cerca del fuego. Tan pronto sintió el calor, cayó en horribles convulsiones, declaró cuanto quisieron y, moribunda, fue arrastrada hasta el patíbulo. Estalló una tormenta que apagó el fuego y entonces Boguet se complació con la sentencia que pronunciara puesto que si ella aparentemente había sido protegida por el cielo, debía contar real e irrefutablemente con el auxilio del demonio. Este mismo juez quemó a Pedro Gaudillon y Pedro le Gros por viajar de noche, uno en forma de liebre y el otro en forma de lobo.

Mas el juicio que más agitó causó a comienzos del siglo XVII fue el de Luis Gaufridi, cura de la parroquia de Accoules, en Marsella. El escándalo de este asunto creó un precedente fatal, que fue seguido con demasiada fidelidad. Fue un caso de sacerdotes que acusaban a otro sacerdote, de un clérigo llevado ante un tribunal de sus colegas en el ministerio. Constantino había dicho que si encontrase a un sacerdote que deshonrase su oficio con un pecado vergonzoso, le cubriría con su propia púrpura; esta era una expresión bella y regia pues el sacerdocio debe ser inmaculado, tal como la justicia es infalible en presencia de la moralidad pública.

En diciembre de 1610, una joven de Marsella fue en peregrinación a Sainte-Baume, en Provenza, y allí cayó en éxtasis y convulsiones. Se llamaba Magdalena de la Palud. Luis Capeau, otra devota, cayó en trance similar poco después. Los dominicos y capuchinos atribuyeron esto a posesión diabólica, por lo que recurrieron a exorcismos. El resultado fue que Magdalena de la Palud y Capeau ofrecieron un espectáculo que se renovó bastante a menudo un siglo después durante la epidemia de convulsiones. Chillaban, se contraían, suplicaban que las golpeasen y pisoteasen. Un día, seis hombres caminaron sucesivamente sobre el pecho de Magdalena, sin el mínimo sufrimiento de su parte. Mientras se hallaba en ese estado, confesó la más extraordinaria lujuria, diciendo que se había entregado, de cuerpo y alma, al demonio, con quien se había comprometido por medio de un sacerdote llamado Gaufridi. En lugar de encerrar a esta enajenada, le prestaron oídos, y los monjes exorcizantes despacharon a tres capuchinos hacia Marsella con el fin de informar secretamente a sus superiores eclesiásticos sobre la marcha de los acontecimientos en Sainte-

Baume, y con el objeto, en lo posible, de lograr la comparecencia del cura Gaufridi para carearlo con los supuestos demonios.

Por lo demás, los monjes documentaron las infernales inspiraciones de las dos histéricas, que eran discursos llenos de devoción ignorante y fanática, que presentaban a la religión tal como la entendían los mismos exorcistas. En una palabra, las posesas parecían relatar los sueños de quienes las exorcizaban: se trataba precisamente de los fenómenos de torbismo y mediumnidad de nuestra época. Los demonios asumían nombres no menos incoherentes que los de los espíritus de Norte América; declamaban contra las imprentas y los libros, pronunciando sermones dignos de los capuchinos más fervorosos e iletrados. En presencia de los demonios hechos a su imagen y semejanza, los padres se convencieron de la posesión y veracidad de los espíritus infernales. Los fantasmas de sus imaginaciones enfermas asumieron forma corporal y manifestación viviente en ambas mujeres cuyas obscenas admisiones estimulaban a la par su curiosidad y su indignación, llenos de secreto lujuria. Tal era el estado de ánimo de esos frailes cuando al fin se hizo comparecer ante ellos al infeliz Luis Gaufridi.

Gaufridi era un sacerdote mundano, de agradable presencia, carácter débil y moralidad más que dudosa. Confesor de Magdalena de la Palud, le inspiró una pasión insaciable que, al cambiar por celos en odio, se tornó fatal y condujo al infortunado sacerdote al vórtice de la locura, por la que, en última instancia, fue condenado a muerte. Cuanto decía el acusado en su defensa, era tomado en su contra. Invocaba a Dios, Jesucristo, la Bendita Madre de Cristo y el precursor San Juan Bautista; pero le contestaron: "Eres excelente recitando las letanías del Sabbath. Con Dios quieres decir Lucifer; con Jesucristo, Belcebú; con la Santa Virgen, la apóstata madre del Anticristo; con San Juan Bautista, el falso profeta y precursor de Gog y Magog".

Gaufridi fue sometido a tortura, prometiéndosele misericordia si fir maba las declaraciones de Magdalena de la Palud. Enloquecido, engañado y abrumado, el pobre sacerdote firmó todo lo que se le pidió: fue suficiente para que se le quemase, y este era el objetivo en vista. Este fue también el horrendo espectáculo que los capuchinos de Provenza dieron al pueblo como lección, violando los privilegios del santuario. Mostraron el modo de matar sacerdotes, para que el pueblo después recordase. Un rabino que presenció los prodigios que sucedieron antes de la destrucción de Jerusalén por parte de Tito, exclamó: "Oh Templo Santo, ¿qué te ocurre? ¿Por qué te infundes ese miedo?" Ni la Silla de Pedro ni los obispos protestaron contra el asesinato de Gaufridi, pero ya llegaría el siglo XVIII trayendo consigo la Revolución.

Una de las posesas que destruyó al cura de Accoules atestiguó que el demonio la abandonaba para preparar el asesinato de otro sacerdote, a quien nombró proféticamente, anticipándose a todo conocimiento personal: se trataba de Urbano Grandier. Mandaba entonces el terrible Cardenal Richelieu, cuya autoridad absoluta era la única que podía garantizar la salvación de los estados; lamentablemente sus tendencias eran políticas

*y* sutiles antes que verdaderamente cristianas. Una limitación que caracterizó a este gran hombre fue su escasa magnanimidad que le tornó sensible ante las ofensas personales, y también implacable en la venganza. Y además, lo que menos estaba dispuesto a perdonar era la independencia; si bien prefería a los hombres de los partidos como auxiliares antes que como gente que le halagase, experimentaba cierto placer destruyendo a quien desease brillar aparte de él. Su ambición era dominarlo todo; el padre José era su mano derecha, y Laubardemont, su mano izquierda.

A la sazón vivía en provincia, en Loudon, un eclesiástico de genio notable y carácter exaltado, dueño también de erudición y talento, pero carente de circunspección. Capaz de complacer a las multitudes y de atraer las simpatías de los grandes, eventualmente podría convertirse en un político peligroso; para ese entonces el protestantismo estaba agitando Francia, y el cura de San Pedro, en Loudun, predispuesto hacia las nuevas ideas por su disgusto para con el celibato eclesiástico, demostraría ser, al frente de una facción de esa índole, un predicador más brillante que Calvino y no menos audaz que Lutero. Se llamaba Urbano Grandier. Graves desinteligencias con su obispo ya habían dado muestras de su capacidad y carácter inflexible, pero, por desgracia, su capacidad seguía un mal rumbo puesto que, ante enemigos que eran poderosos, había apelado al Rey y no al Cardenal. El Rey sostuvo que el sacerdote estaba en lo cierto pero le correspondía al Cardenal enseñarle hasta dónde estaban equivocados Mientras tanto, Grandier había vuelto triunfante a Loudun, complaciéndose en la exhibición nada clerical de entrar en la ciudad llevando una rama de laurel. Desde ese momento estaba perdido.

La superiora de las ursulinas de Loudun, Madre Juana de los Angeles en religión y Juana de Belfiel en el mundo, era nieta del Barón de Cose. No podía considerársela muy fervorosa y su convento no se destacaba entre los más rigurosos del país; en particular, tenían lugar "escenas" nocturnas atribuidas a los espíritus. Los padres de las pupilas empezaron a retirarlas y la casa estaba a punto de quedarse sin recursos. Grandier era responsable de ciertos devaneos amorosos, que no ocultaba, mientras que su personalidad era demasiado conocida como para que el ocio de un pueblecito no pregonase sus flaquezas. Las pupilas de las ursulinas oían misteriosas conversaciones entre sus padres; las monjas hablaban del escándalo y, preocupadas por Grandier, lo que hablaban de día lo soñaban de noche; y así sucedió que de noche le vieron aparecer en sus dormitorios bajo circunstancias acordes con la supuesta moral del clérigo; prorrumpieron en gritos, se juzgaron obsesas y, de esta manera, el demonio anduvo suelto entre ellas.

Los directores espirituales de las monjas, enemigos mortales de Grandier, no dejaron de advertir la ventaja que podían obtener del asunto a favor de su rencor y de los intereses del convento. Empezaron a efectuar exorcismos, primero en privado y después en público. Los amigos de Grandier, al advertir que se tramaba un complot, se mostraron ansiosos para que Grandier permutase sus beneficios y abandonase Loudun, cre-

yendo que todo se tranquilizaría con su partida. Pero Grandier era valiente y no podía doblegarse ante la calumnia; por eso se quedó y una mañana le arrestaron al entrar en su iglesia, revestido con sus hábitos sacerdotales Se le dio el trato de un prisionero del Estado; le incautaron sus documentos, selláronse sus efectos personales y, bajo fuerte guardia, se le condujo a la fortaleza de Angers. Mientras tanto se le preparaba en Loudun una mazmorra más apta para una bestia salvaje que para un hombre. Richelieu, informado de todo, había despachado a Laubardemont para terminar con Grandier y prohibió al parlamento que interviniese en la cuestión.

Si la conducta del cura de Saint-Piérre era la de un mundano, la de Grandier, prisionero acusado de Magia, era la de un héroe y un mártir: así la adversidad pone de manifiesto a las grandes almas, y es más fácil soportar el sufrimiento que la prosperidad. Grandier escribió a su madre: "Soporto mi aflicción con paciencia, y lamento más la tuya que la mía. Estoy muy mal, no tengo cama; procura traerme la mía; pues si el cuerpo no descansa, la mente perece. Envíame también mi breviario, una Biblia y Santo Tomás para mi consuelo. En cuanto al resto, no te aflijas; espero que Dios vindique mi inocencia".

Es indudable que Dios, tarde o temprano, defiende a los inocentes, pero no los libra invariablemente de sus enemigos de la tierra, salvo con la muerte. Grandier estaba a punto de aprender esta lección. De nuestra parte, no representemos a los hombres peores de lo que realmente son; sus enemigos no creyeron en su inocencia; le persiguieron con fura; para ellos el perseguido era un gran criminal.

En ese entonces los fenómenos histéricos eran poco conocidos y nada se sabía sobre el sonabulismo; las convulsiones de las monjas, los movimientos corporales que superaban todo poder humano normal, y las evidencias asombrosas de segunda visión eran cosas capaces de convencer hasta a los menos crédulos. Un famoso ateo de la época, el señor de Kériolet, consejero del parlamento de Bretaña, acudió a presenciar los exorcismos y burlarse de ellos. Las monjas, que jamás le habían visto, le llamaron por su nombre e hicieron públicos los pecados que él suponía que nadie conocía. Quedó tan abrumado que pasó de un extremo a otro, como ocurre con todos los temperamentos impulsivos; lloró, se confesó y consagró el resto de sus días al más estricto ascetismo.

El sofisma de los exorcistas de Loudun fue el absurdo que Mirville tiene el coraje de sostener en la actualidad: el demonio es el autor de todos los fenómenos que no pueden ser explicados mediante leyes conocidas de la Naturaleza. A esta máxima ilógica agregaron otra que era, por así decirlo, un artículo de fe: el demonio que ha sido exorcizado es obligado a decir verdad y por ello puede admitírsele como testigo en los juicios.

El desgraciado Grandier no fue puesto en manos de delincuentes sino de locos furiosos que, enquistados en su rectitud de conciencia, dieron máxima publicidad a este proceso increíble. Jamás afligió a la Iglesia un escándalo de esa índole; con monjas que aullaban y retrocedían, hacían los gestos más obscenos, blasfemaban y pugnaban por arrojarse sobre

Grandier como las bacantes sobre Orfeo; lo más sagrado de la religión se mezcló con este horrendo espectáculo, revolcándolo en el fango; en medio de todos, el único que mantenía la calma era Grandier, que se encogía de hombros y se defendía con dignidad y temple; en fin, los jueces, pálidos, enajenados y sudorosos, y Laubardemont vistiendo su roja toga, se cernían sobre el conflicto, como buitres a la espera de un cadáver; así fue el proceso de Urbano Grandier.

En honor de la humanidad digamos que estamos obligados a suponer la buena fe de los exorcistas y jueces por igual, pues resulta imposible una confabulación tal en el asiento legal del acusado. Los monstruos son tan raros como los héroes; la masa está integrada por mediocres, igualmente incapaces de grandes virtudes y de grandes crímenes. Los personajes más santos de Loudun creían en la posesión diabólica; ni siquiera San Vicente de Paúl desconocía el hecho y se le pidió que opinara al respecto. El mismo Richelieu, que en todo caso podría haberse librado de Grandier, terminó creyéndolo culpable. Su muerte era el crimen surgido de la ignorancia y el prejuicio de la época; era más bien una catástrofe que un asesinato.

Ahorramos a nuestros lectores los pormenores de sus torturas; se mantuvo firme, resignado, paciente, aunque sin confesar nada; ni siquiera mostró desprecio hacia sus jueces y pidió dulcemente que los exorcistas le perdonasen. A estos les dijo: "Padres míos, rebajad el rigor de mis tormentos y no me reduzcáis a la desesperación". A través de este gemido de disculpa apreciamos toda la mansedumbre del cristiano que perdona. Para ocultar su emoción, los exorcistas replicaron con invectivas, y los verdugos lloraban. Tres monjas, en uno de sus instantes de lucidez, se lanzaron ante el tribunal, gritando que Grandier era inocente, pero se creyó que el demonio hablaba por boca de ellas, y esa declaración sólo sirvió para apresurar el fin. Cuando se lo sacó del carro, tenía quebradas las piernas y cayó de bruces en tierra sin proferir un grito ni un gemido. Un franciscano, llamado Padre Grillau, se deslizó entre la muchedumbre y alzó al sufriente, al que abrazó llorando.

—Te traigo la bendición de tu madre; —le dijo— ella y yo rogamos a Dios por ti.

—Gracias, padre mío; —respondió Grandier— eres el único que se apiada de mí; consuela a mi pobre madre y sé un hijo para ella.

El lugarteniente del preboste, hondamente conmovido, le dijo: —Señor, perdóname el papel que estoy obligado a desempeñar en tu angustia.

Y Grandier contestó: —No me has ofendido y estás obligado a cumplir con el deber de tu cargo.

Habían prometido estrangularlo antes de quemarle pero cuando el verdugo quiso ajustar la soga, ésta estaba rota y el desgraciado cura de St. Piérre fue arrojado vivo en las llamas.

Los principales exorcistas, los padres Tranquilo y Lactancio, murieron poco después en medio del delirio de un violento frenesí; el padre Surin, que les seguía en orden, quedó imbécil; Manoury, el cirujano que ayudó

a torturar a Grandier, murió acosado por el fantasma de su víctima. Laubardemont perdió a su hijo de manera trágica y cayó en desgracia con su señor; las monjas también quedaron idiotas. Todo esto obedeció realmente a una enfermedad terrible y contagiosa: la enfermedad mental del falso fervor y de la devoción falsa. La Providencia castiga a la gente con BUS propias faltas y la instruyó con las tristes consecuencias de sus errores.

Diez años después de morir Grandier, los escándalos de Loudun se repitieron en Normandía, donde las monjas de Louviers acusaron a dos sacerdotes de haberlas embrujado. De estos sacerdotes, uno ya habia muerto, pero violaron la santidad de su tumba para desenterrar el cadáver. Los pormenores de la posesión eran idénticos a los de Loudun y Sainte-Baume. Las histéricas mujeres tradujeron en sucio lenguaje las pesadillas de sus directores. Ambos sacerdotes fueron condenados a las llamas y —para aumentar el horror— un hombre vivo y un cadáver fueron atados en el mismo patíbulo. El castigo de Mezencio, ficción de un poeta pagano, llegó así a concretarse a través de los cristianos; un pueblo cristiano asistió fríamente a la sacrilega ejecución, y la clerecía no comprendió que al ultrajar de esa manera al ministerior sacerdotal y a los difuntos, creaba un horrible precedente para la impiedad. Cuando llegó el tiempo, vino el siglo XVIII a apagar las llamas con la sangre de los sacerdotes y, como sucede casi invariablemente, los buenos pagaron por los malos. A principios de ese siglo todavía se procedía a incinerar seres humanos; aunque la fe había muerto, la hipocresía abandonó al joven Labarre a las torturas más terribles porque rehusó descubrirse al paso de una procesión. Entonces se destacaba Voltaire, íntimamente consciente de una vocación similar a la de Atila. Mientras las pasiones humanas profanaban la religión, Dios envió a este nuevo destructor para que eliminase la religión de un mundo que ya no era digno de ella.

En 1731, una joven de Toulon, llamada Catalina Cadiére, acusó a su confesor, el jesuita Girard, de seducción y Magia. Catalina era una extática estigmatizada, a la que largo tiempo se consideró como una santa. Su historia rebosaba lascivos desmayos, flagelaciones secretas y lujuriosas sensaciones. ¿Es que acaso es posible comparar el sumidero de la infamia y sus misterios con la imaginación célibe y desordenada por un peligroso misticismo? No se dio crédito a las palabras de la mujer y el padre Girard se libró de la condena; el escándalo no fue menos grande, pero el ruido que suscitó tuvo el eco en una carcajada: hemos dicho que Voltaire estaba entre nosotros.

Hasta entonces la gente supersticiosa había explicado los fenómenos extraordinarios con la intervención del demonio y los espíritus; igualmente absurda de su parte, la escuela de Voltaire. frente a todas las evidencias, negó los fenómenos mismos. Por un lado se decía que cuanto resultaba inexplicable procedía del demonio; la respuesta del otro bando era que lo inexplicable no existe. Al reproducir bajo circunstancias análogas la misma serie de hechos excéntricos y maravillosos, la Naturaleza protestaba en

un caso contra la presuntuosa ignorancia y en el otro contra la ciencia deficiente.

En todas las épocas, los trastornos físicos se acompañaron de ciertas dolencias nerviosas; los locos, epilépticos, catalépticos y víctimas de histeria tienen facultades excepcionales, están sujetos a infecciosas alucinaciones y ocasionalmente producen, en la atmósfera o en objetos circundantes, ciertas conmociones y desarreglos. El alucinado exterioriza sus sueños y se atormenta con su propia sombra; el cuerpo se rodea con sus reflejos, se distorsiona con los sufrimientos del cerebro; el sujeto observa su propia imagen en la Luz Astral; las poderosas corrientes de esa luz, al actuar como un imán, desplazan y vuelcan muebles; entonces se oye ruidos y sonidos de voces como en sueños. Estos fenómenos, tan repetidos en esta época que son comunes, nuestros padres los atribuían a fantasmas y demonios. La filosofía volteriana consideró más fácil negarlos, tratando a los testigos oculares de los hechos más irrefutables como si fuesen imbéciles e idiotas. Por ejemplo, ¿hay algo más cierto que las extraordinarias convulsiones en la tumba del diácono París, o en las reuniones de los extáticos de San Medardo? ¿Cómo se explican las bofetadas que reclaman los convulsionarios, los golpes que llueven de a miles sobre la cabeza, las compresiones que aplastarían a un hipopótamo, los pechos retorcidos con pinzas de hierro, y hasta la crucifixión con clavos fijos en manos y pies? ¿Y las contorsiones y levitaciones sobrehumanas? Los adherentes de Voltaire sólo veían en eso diversión y locura; los jansenistas lo denominaban milagros; los católicos de verdad suspiraban, y la ciencia, que era la única que debía intervenir para explicar esa enfermedad fantástica, se mantenía aparte. No obstante, ahora le pertenecen las ursulinas de Loudun, las monjas de Louviers, los convulsionarios y los *médiums* norteamericanos. Los fenómenos del magnetismo ubicaron a la ciencia en la senda de nuevos descubrimientos, y la síntesis química venidera llevará a nuestros médicos al conocimiento de la Luz Astral. Una vez conocida esta fuerza universal ¿qué les impedirá determinar la fuerza, número y dirección de sus imanes? Llegará una revolución científica y se volverá a la Magia Trascendental de Caldea.

Mucho se ha hablado sobre el presbiterio de Cideville; De Mirville, Gougenot Desmou seaux y otros creyentes nada críticos vieron en los extraños sucesos que allí tuvieron lugar una revelación contemporánea del demonio; pero las mismas cosas sucedieron en Saint-Mur en 1706, y allí se congregó todo París. Hubo fuertes golpeteos en las paredes, camas que se mecían sin que nadie las tocara, muebles que se desplazaban. Las manifestaciones concluyeron en un climax en el que el dueño de casa, un joven de 24 ó 25 años, de débil constitución, cayó en un profundo desmayo y creyó oir que los espíritus le hablaban desde larga distancia, aunque luego no pudo repetir una sola palabra de lo que le dijeron.

He aquí un relato sobre una aparición de comienzos del siglo XVIII; su sencillez demuestra su autenticidad; hay ciertas características de la verdad que los embusteros no pueden disimular.

Un piadoso sacerdote de Valognes, llamado Bézuel, fue invitado a cenar el 7 de enero de 1708 por una dama emparentada con el abad de Saint Piérre, quien también participó de la velada; a pedido de ellos, el sacerdote narró cómo uno de sus difuntos compañeros se le había aparecido a pleno día unos doce años atrás. Les dijo que en 1695 él era un joven estudiante, de unos quince años de edad, que mantenía amistad con dos muchachos, hijos de un procurador llamado Abaquene, que eran estudiantes como él. "El mayor tenía mi edad y el otro, un año y medio menor, se llamaba Desfontaines; caminábamos juntos y juntos nos divertíamos; y ya fuera porque Desfontaines era más amigo mío o más vivaz, afable e inteligente que su hermano, sé que me preocupaba más por él. Un día en que deambulábamos por el claustro de los capuchinos, en 1696, me dijo que había estado leyendo el relato de dos amigos que se habían prometido que el primero que muriese le traería noticias de su estado al que le sobreviviese; que el que falleció cumplió su promesa y narró al sobreviviente cosas asombrosas. Desfontaines luego me dijo que debía pedirme un favor, o sea, que le formulase esa promesa, que él la haría también de su parte. Sin embargo, yo me mostré renuente y poco inclinado a esa proposición; transcurrieron unos meses, durante los cuales volvió con frecuencia a hablar de su idea, mientras yo seguía sin aceptar. Para agosto de 1696, a punto de marcharse para continuar sus estudios en Caen, me presionó tanto, con lágrimas en los ojos, que al final acepté. Me alcanzó entonces dos esquelitas en las que había escrito y firmado con su sangre que, en caso de muerte, me prometía informarme sobre su estado; la otra contenía un pacto similar. Me pinché el dedo y con la sangre firmé mi nombre. Le complació recibir mi promesa y me abrazó dándome mil gracias. Un tiempo después se marchó, acompañado por su hermano; la separación fue triste para nosotros; nos escribíamos cada tanto y luego hubo un silencio durante seis semanas, luego de lo cual sucedió lo que voy a relatar. El 31 de julio de 1697, jueves, día que siempre recordaré, el finado señor de Sortoville, con quien me alojaba y que siempre fue muy bueno conmigo, me pidió que acudiese al prado anexo al monasterio franciscano a ayudar al personal en la cosecha del heno. Hacía apenas un cuarto de hora que estaba yo allí cuando, cerca de las dos y media, de pronto me sentí mareado y con gran debilidad. De nada sirvió que yo tratase de apoyarme en mi horquilla; debí dejarme caer en el heno y permanecí así una media hora, tratando de recuperar mis fuerzas. Ese estado desapareció pero como nunca había yo experimentado algo semejante, estaba sorprendido y temeroso de que se tratase del comienzo de una enfermedad. No tengo un recuerdo especial sobre el resto del día, pero a la noche siguiente dormí menos de lo habitual.

"Al día siguiente, a la misma hora, mientras caminaba por el prado con el señor de Saint-Simón, nieto del señor de Sortoville, a la sazón de unos 10 años de edad, tuve exactamente la misma sensación y me senté a la sombra de un peñasco. Eso pasó nuevamente y seguí mi caminata; ese día no ocurrió nada más y a la noche siguiente apenas dormí. Finalmente,

en la mañana del 2 de agosto, hallándome en el cobertizo donde se almacena el heno, precisamente a la misma hora, sentí un mareo y una debilidad similares, pero con mayor fuerza que antes. Me desmayé y perdí el sentido. Uno de los sirvientes me vio y preguntó qué ocurría, y se dice que yo contesté que había visto lo que jamás creyera. Sin embargo, no recuerdo la pregunta ni la respuesta. El recuerdo que conservo es el de alguien desnudo hasta la cintura, pero no se trataba de alguien a quien yo reconociese. Me ayudaron a descender por una escalera; yo me aferraba a los escalones; pero cuando vi a mi compañero Desfontaines al pie de la escalera, me sentí débil otra vez, mi cabeza cayó entre dos peldaños *y* perdí nuevamente la conciencia. Me colocaron sobre un tronco ancho que servía de banco en la gran plaza de los capuchinos; no vi al señor de Sortoville ni a sus sirvientes, aunque estaban presentes, pero observé a Desfontaines todavía al pie de la escalera, indicándome que me acercara a él, y me corrí en mi asiento para hacerle lugar. Quienes estaban junto a mí, pero que yo no veía, aunque tenía los ojos abiertos, observaron este movimiento. Desfontaines no respondió y me levanté para ir hacia él. entonces se adelantó y, tomando mi brazo izquierdo con su brazo derecho, me llevó unos pasos adelante por una calle tranquila, tomados del brazo Los sirvientes, pensando que mi mareo había pasado y que yo me dirigía a cumplir alguna tarea personal, volvieron a su trabajo, con excepción de un joven, que dijo al señor de Sortoville que yo estaba hablando conmigo mismo, por lo que se acercó *y* escuchó mis preguntas y respuestas, como después me contó. Estuve allí casi tres cuartos de hora, charlando con Desfontaines, quien me dijo: —Te prometí que si moría antes que tu. volvería para contarte. Anteayer me ahogué en el río, en Caen. Fue para esta hora; yo caminaba con unos amigos; hacía mucho calor y decidimos bañarnos; perdí las fuerzas y me hundí hasta el fondo. Mi compañero, el abad de Menil-Jean, se echó al agua para rescatarme. Me tomó de una pierna y, como me aferré fuerte, debió pensar que se trataba de un sal món y que tenía que salir pronto a la superficie; luego me golpeó tan rudamente con su pierna en el pecho que me lanzó al fondo, en un lugar donde la hondura es considerable.

"Desfontaines me contó luego todo lo sucedido en su paseo y los te mas sobre los que discutieron entre ellos. Yo ansiaba saber si se había salvado, si estaba condenado, si estaba en el purgatorio, si yo estaba en estado de gracia y si les seguiría pronto; pero él siguió hablando como si no oyera o rehusara escuchar. Procuré varias veces abrazarle, pero me pareció abrazar la nada; empero, sentía que aferraba mi brazo y cuando intenté girar mi cabeza, para no verle por la aflicción que me causaba, me apretó más como si me obligase a mirarle y escucharle Parecía más alto que la última vez que le vi, e incluso más alto que en el momento de morir, aunque había crecido mucho en los últimos dieciocho meses. Sólo le vi hasta la cintura, estaba desnudo, con la cabeza descubierta y un papel blanco retorcido en su bello cabello rubio sobre la frente; el papel tenía un escrito pero sólo pude leer la palabra: IN, etc. Su voz era la misma,

no parecía alegre ni triste sino en un estado calmo y plácido. Me pidió que cuando volviese su hermano le diese ciertos mensajes para sus padres; también me pidió que recitase los siete salmos penitenciales, que le impusieran como penitencia el domingo anterior y que no había recitado. Finalmente, me advirtió que hablase con su hermano; luego se despidió diciendo al marcharse: —Hasta que te vuelva a ver. . .

"Esa era nuestra fórmula habitual cuando nos separábamos al fin de un paseo. También me dijo que en el momento de ahogarse, su hermano, que estaba haciendo una traducción, se lamentaba de haberlo dejado ir solo, por si ocurría un accidente. Describió tan bien el lugar donde se ahogó y el árbol de la avenida de Louvigny donde grabara unas palabras, que dos años después, hallándome en compañía del extinto Caballero de Gotot, que a la sazón estuvo con él, señalé el sitio exacto, y contando los árboles de un lado, como me lo especificara Desfontaines, me dirigí directamente hacia el árbol, encontrando allí la inscripción. Supe asimismo que era cierto lo de los siete salmos que recibiera como penitencia al confesarse. Su hermano también me dijo que estaba preparando una traducción y que se reprochó por no haberle acompañado.

"Transcurrió un mes antes que yo pudiese cumplir con lo que Desfontaines me pidiera respecto de su hermano v se me apareció en otras dos ocasiones antes de cenar, en una casa de campo, a unas pocas millas de distancia, donde me había invitado. Como me sentí mal, me excusé diciendo que estaba cansado, que no era nada y que pronto regresaría. Me dirigí a un rincón del jardín y Desfontaines me reprochó por no haber hablado con su hermano; me habló durante un cuarto de hora, sin responder a mis preguntas. La segunda aparición tuvo lugar de mañana, cuando me dirigía a Nuestra Señora de la Victoria, pero la aparición duró menos tiempo; me insistió para que hablase con su hermano y se marchó repitiéndome "Hasta que te vuelva a ver", sin responder a mis preguntas. Un hecho notable es que siempre me dolía el brazo que me aferrara la primera vez y el dolor siguió hasta que hablé con su hermano. Durante tres días no tuve sueño debido al estado de azoramiento en que me hallaba. Después de la primera conversación, conté a Varonville, condiscípulo y vecino mío. que Desfontaines se había ahogado, se me había aparecido y me había dicho esto y aquello. Varonville acudió a sus relaciones para averiguar si eso era cierto; tenían noticias sobre lo ocurrido pero debido a un malentendido, creían que se trataba del hermano mayor. Me aseguró haber visto la carta de Desfontaines y juzgó que eso era correcto; yo sostuve que estaba equivocado pues era Desfontaines quien se me había aparecido. Varonville se dirigió nuevamente a sus parientes y volvió llorando; entonces me dijo: —Lamentablemente tienes razón.

"Desde entonces nada me sucedió y esa fue mi única experiencia. La han relatado de muchas maneras pero no es sino como yo la cuento. El extinto Caballero de Gotot declaró que Desfontaines también se apareció a Menil-Jean, pero no lo conozco. Vive a cincuenta millas de aquí, cerca de Argentan, y no les puedo decir nada más".

Debemos notar las características oníricas que prevalecen en esta visión de un hombre que está despierto pero en estado de semi-asfixia producido por las emanaciones del heno. Se reconocerá la intoxicación astral que sigue a la congestión del cerebro. El estado sonambúlico que sobrevino reveló a Bézuel el último reflejo viviente dejado por su amigo en la Luz Astral. Estaba desnudo y visible sólo hasta la cintura porque el resto de su cuerpo se hallaba sumergido en el agua del río. El supuesto papel en su cabello era probablemente un pañuelo utilizado para retener el cabello al bañarse. Bézuel tuvo luego una intuición sonambúlica de todo lo que sucedió, y le pareció enterarse de ello de labios de su amigo. Este no parecía triste ni alegre, lo cual indica la impresión causada en él por una imagen sin vida, consistente únicamente en una reminiscencia y un reflejo. En oportunidad de la primera visión, Bézuel, intoxicado por las emanaciones del heno, cayó de la escalera y se lastimó el brazo; con la lógica de los sueños, le pareció que su amigo le tomaba del brazo y, al volver en sí, todavía sentía dolor, muy naturalmente explicable por la lesión recibida. En cuanto al resto, la conversación del difunto era simplemente retrospectiva; nada se dijo sobre la muerte ni la otra vida, quedando demostrado una vez más cuan intraspasable es la barrera que separa este mundo del otro.

En el libro de Ezequiel la vida es representada por ruedas que giran una dentro de la otra; las formas elementales están simbolizadas por cuatro bestias, que ascienden y descienden con la rueda y se persiguen mutuamente sin sobrepasarse, como los signos del Zodíaco. Las ruedas del movimiento perpetuo nunca vuelven sobre sí mismas; las formas jamás retroceden a los sitios que abandonaron; para volver al lugar de donde venimos deberá atravesarse todo el círculo en un avance siempre igual y siempre nuevo. La conclusión es que cuanto se nos manifiesta en esta vida es un fenómeno perteneciente a esta vida y que aquí abajo nuestro pensamiento, nuestra imaginación, nuestras alucinaciones y nuestros sueños no pueden traspasar ni por un instante las formidables barreras de la muerte.

## Capítulo VII

# ORIGEN MÁGICO DE LA FRANCMASONERÍA

La gran sociedad cabalistica conocida en Europa bajo el nombre de Masonería apareció repentinamente en el mundo cuando la rebelión contra la Iglesia logró desmembrar la unidad cristiana. Los historiadores de la Orden se hallan en dificultades cuando buscan explicar su origen. Según algunos, provino de una cofradía de masones que se unieron para construir la catedral de Estrasburgo. Otros atribuyen su fundación a Cromwell, sin detenerse a considerar si los Ritos de la masonería inglesa en la época del Protector no se desarrollaron más probablemente como un contragolpe hacia este jefe de la anarquía puritana. En fin, algunos son tan ignorantes que atribuyen a los jesuítas el mantenimiento y dirección, si no la invención, de una sociedad conservada largo tiempo en secreto y envuelta siempre en el misterio. Dejando a un lado esta última opinión, que se refuta por sí misma, podemos conciliar las otras, admitiendo que los Hermanos Masones tomaron su nombre y algunos emblemas de su arte de constructores de la catedral de Estrasburgo, y que su primera manifestación pública tuvo lugar en Inglaterra, debido a las instituciones radicales y a pesar del despotismo de Cromwell. Puede añadirse que los templarios fueron sus modelos, los rosacruces sus progenitores inmediatos, y los sectarios juanistas sus antepasados más remotos. Su doctrina es la de Zoroastro y Hermes, su ley es la iniciación progresiva, su principio es la igualdad, regimentada por la jerarquía y la fraternidad universal. Son sucesores de la escuela de Alejandría, y de todas las iniciaciones antiguas, custodios del *Apocalipsis* y del *Zohar*. La verdad es el objeto de su culto, y representan a la verdad como la luz; toleran todas las formas de credo, profesan una sola filosofía, buscan únicamente la verdad, enseñan la realidad, y su plan consiste en dirigir toda la inteligencia humana, mediante pasos graduales, dentro del dominio de la razón. El fin alegórico de la Francmasonería es la reconstrucción del Templo de Salomón; el fin real es la restauración de la unidad social mediante una alianza entre la razón y la fe, y la vuelta al principio de la jerarquía, basada en la ciencia y en la virtud, el sendero de la iniciación y sus pruebas que sirven como escalones de ascenso. Se apreciará que nada es más bello, nada más grande que tales ideas y consagraciones; desgraciadamente, las doctrinas de unidad y sumi-

sión a la jerarquía no fueron mantenidas en la masonería universal. Además de la ortodoxa, surgió la masonería disidente, y las peores calamidades de la revolución francesa fueron resultado de este cisma.

Ahora bien, los francmasones tienen su leyenda sagrada, que es la de Hiram, completada por otra relativa a Ciro y Zerubabel. La leyenda de Hiram es como sigue. Cuando Salomón proyectó su Templo, confió los planos a un arquitecto llamado Hiram. Este maestro constructor, para imponer orden a su obra, dividió a los artesanos según sus grados de capacidad. Eran muchísimos y a fin de reconocer a los artesanos para poder clasificarlos según su mérito o remunerarlos en proporción a su labor, asignó Contraseñas y Signos particulares a cada una de las tres categorías, o sea, para los Aprendices, los Compañeros y los Maestros. Sucedió que los tres Compañeros codiciaron el grado de Maestro sin ganárselo con su capacidad. Tendieron una emboscada en las tres puertas principales del Templo, y cuando Hiram salía por una de ellas, el primero de estos Compañeros pidió la Palabra-Maestra, amenazándolo con su regla. Hiram respondió: "No la recibí así". Entoces el Compañero le golpeó, enfurecido, con su herramienta y le infligió la primera herida. El constructor corrió hacia la segunda puerta, donde se encontró con el segundo Compañero, que le efectuó igual reclamo y recibió igual respuesta. En esta ocasión Hiram fue golpeado con una escuadra o, como dicen otros, con una palanca. En la tercera puerta estaba el tercer asesino, que completó su obra con un mazo. Los tres compañeros ocultaron el cadáver bajo un montón de basura, plantaron en la improvisada tumba una rama de acacia y luego huyeron como Caín luego de asesinar a Abel. Sin embargo, cuando Salomón vio que su constructor no aparecía, envió a los nue\e Maestros en su busca y la rama de acacia indicó dónde estaba su cadáver. Lo sacaron de entre los desperdicios, y como había permanecido allí largo tiempo, pronunciaron una palabra que significaba que la carne se caía de sus huesos. A Hiram le fueron tributadas las debidas exequias, despachando Salomón veintisiete Maestros en busca de los asesinos. El primero fue sorprendido en una caverna; cerca de él ardía una lámpara, un arroyuelo corría a sus pies y tenía a su lado un puñal para defenderse. El Maestro que entró primero reconoció al asesino, se apoderó del arma y le apuñaló exclamando *Nekam,* vocablo que significa "venganza". Le llevaron la cabeza a Salomón, quien tembló ante el espectáculo y dijo al vengador: —Infeliz. ¿no sabes que me reservo el derecho de castigar?

Entonces todos los Maestros cayeron de rodillas ante el rey y le suplicaron perdonase a aquél cuyo celo había descarriado. El segundo asesino fue traicionado por quien le prestó asilo. Estaba escondido en una rota cerca de una zarza ardiente; brillaba el arco iris sobre la roca y cerca de él había un perro. Eludiendo la vigilancia del perro, los Maestros atraparon al criminal, le ataron y condujeron a Jerusalén, donde murió sometido a las mayores torturas. El tercer asesino fue muerto por un león, y hubo que matar a la bestia antes de poder apoderarse del cadáver. Otras versiones dicen que se defendió con un hacha cuando los Maestros cayeron

sobre él, pero que lograron desarmarle y conducirle ante Salomón quien le hizo expiar su crimen.

Esta es la primera leyenda; ahora sigue su explicación. Salomón personifica a la ciencia y la sabiduría supremas. El Templo es la realización y el emblema del reino jerárquico de la verdad sobre la tierra. Hiram es el hombre que, mediante la ciencia y la sabiduría, alcanzó el imperio. Gobierna con justicia y orden, retribuyendo a cada uno según sus obras. Cada Grado guarda correspondencia con una palabra, que expresa su sentido. Para Hiram la palabra es una sola, pero se expresa de tres maneras. Una es para los Aprendices y estos pueden expresarla; significa la Naturaleza y es explicada por la Obra. Otra es para los Compañeros; en su caso significa el pensamiento y es explicada por el Estudio. La tercera es para los Maestros; en su boca significa la verdad y es explicada por la Sabiduría. En cuanto a la palabra en sí, se usa para designar a Dios, cuyo verdadero nombre es impronunciable e incomunicable. Así hay tres grados en la jerarquía y tres entradas en el Templo; hay tres modalidades de luz y tres fuerzas de la Naturaleza; estas son simbolizadas por la Regla que mide, la Palanca que eleva y el Mazo que consolida. La rebelión de los instintos brutales contra la aristocracia jerárquica de la sabiduría se arma exitosamente con estas tres fuerzas y las vuelca para sus fines personales. Hay tres rebeldes típicos: el rebelde contra la Naturaleza, el rebelde contra la Ciencia y el rebelde contra la Verdad. En el Hades clásico fueron representados por las tres cabezas de Cerbero; en la Biblia, por Koran. Dathan y Abiram; y en la leyenda masónica se distinguen por los nombres que varían en los diferentes Ritos. El primero, que habitualmente se llama Abiram, o asesino de Hiram, es quien golpea al Gran Maestro con la regla: esta es la historia del hombre justo inmolado por la pasión humana bajo la pretensión de la ley. El segundo, denominado Mephibosheth, luego ridículo *y* débil pretendiente del trono de David, ataca a Hiram con la palanca o la escuadra. Así la escuadra o la palanca populares de la igualdad insensata se convierten en instrumento de la tiranía en manos de la multitud, y atacan, con mayor fiereza aún que la regla, la realeza de la sabiduría y la virtud. En fin, el tercero remata a Hiram con un mazo, así actúan los instintos brutales cuando procuran establecer el orden, en nombre de la violencia y el miedo, aplastando a la inteligencia.

La rama de acacia sobre la tumba de Hiram semeja la cruz sobre nuestros altares; es un signo del conocimiento que sobrevive al conocimiento mismo; es la verde ramita que presagia otra primavera. Cuando los hombres han perturbado de esta manera el orden de la Naturaleza, la Providencia interviene para restaurarlo, como Salomón para vengar la muerto del Maestro Constructor. Quien asesinó con la regla, perecerá con el puñal. Quien atacó con la palanca o la escuedra, expiará su crimen con el hacha de la ley; esta es la sentencia eterna que cae sobre los regicidas. Quien asesinó con el mazo será víctima del poder que empleó malamente. Quien mató con la regla es traicionado por la misma lámpara que le alumbra y por el arroyuelo del que bebe: esta es la ley de represalia. Quien

destruyó con la palanca es sorprendido cuando su vigilia fracasa como un perro dormido, y es entregado por sus propios cómplices, pues la anarquía es madre de la traición. Quien golpeó con el mazo es devorado por el león, que es una variante de la esfinge de Edipo, mientras que quien venza al león merecerá suceder a Hiram. El cuerpo corrupto del Constructor indica que las formas pueden cambiar mas el espíritu subsiste. El manantial en la vecindad del primer asesino recuerda el Diluvio que castigó los crímenes contra la Naturaleza. La zarza ardiente y el arco iris que delatan al segundo asesino tipifican la vida y la luz denunciando el pecado de pensamiento. Finalmente, el león vencido representa el triunfo de la mente sobre la materia y la sujeción absoluta de la fuerza a la inteligencia. Desde la alborada del trabajo intelectual por el que fue erigido el Templo de la unidad, Hiram fue asesinado a menudo, pero siempre se levantó de entre los muertos. Es Adonis destruido por el jabalí, Osiris asesinado por Tifón, Pitágoras proscripto, Orfeo despedazado por las Bacantes, Moisés abandonado en las cavernas del Monte Nebo, Jesús crucificado por Judas, Caifás y Pilatos. Ahora bien, son masones de verdad quienes buscan persistentemente reconstruir el Templo de acuerdo con el plan de Hiram.

Esa es la leyenda grandiosa y principalmente de la masonería; hay otras no menos bellas y profundas; pero no creemos justificado divulgar sus misterios. Aunque sólo hemos recibido la iniciación de Dios y de nuestras indagaciones, mantendremos los secretos de la francmasonería trascendental tal como lo hacemos con nuestros propios secretos. Habiendo llegado, por nuestro esfuerzo, a un nivel de conocimiento que impone silencio, nos consideramos más comprometidos por nuestras convicciones que por un juramento. La ciencia es nobleza que obliga, y de ningún modo dejaremos de merecer la principesca corona de la Rosa-Cruz. También creemos en la resurrección de Hiram.

Los Ritos de la masonería tienden a transmitir un recordatorio de las leyendas de la iniciación y a preservarlas entre los Hermanos. Ahora bien, si la masonería es tan santa y sublime, puede preguntársenos cómo es que tan a menudo la Iglesia la proscribió y condenó; pero ya hemos replicado a estas preguntas al mencionar sus divisiones y profanaciones. La masonería es la Gnosis y los falsos gnósticos provocaron la condenación de lo verdadero. Esta fue ocultada, no por miedo a la luz, sino porque la luz es lo que anhelan, buscan y adoran; pero temieron el sacrilegio, o sea, a los falsos intérpretes, a los calumniadores, al ludibrio de los escépticos, a los enemigos de toda creencia y toda moralidad. Además, en la actualidad, hay muchos que piensan que son masones pero no conocen el significado de sus Ritos, habiendo perdido la Clave de los Misterios. Interpretan erróneamente hasta sus dibujos simbólicos y los signos jeroglíferos que blasonan las alfombras de sus Logias. Estos dibujos y signos son las páginas de un libro de la ciencia absoluta y universal. Pueden leer por medio de las claves cabalísticas sin que quede nada oculto para el iniciado que posee ya las de Salomón.

La masonería no fue meramente profanada sino que sirvió de velo y pretexto de conspiraciones anárquicas que dependían de la influencia secreta de los vengadores de Santiago de Molay y de quienes continuaron la labor cismática del Templo. En lugar de vengar la muerte de Hiram. vengaron la de sus asesinos. Los anarquistas retomaron la regla, la escuadra y el mazo, escribiendo en ellos las palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad: Libertad, es decir, para toda codicia, Igualdad en la degradación, y Fraternidad en la labor de destrucción. Esos son los hombres a los que la Iglesia condenó con justicia y condenará eternamente.

# Libro VI

# LA MAGIA Y LA REVOLUCIÓN

## ו — VAU

## Capítulo I

## AUTORES NOTABLES DEL SIGLO XVIII

China era prácticamente desconocida en el exterior hasta fines del siglo XVII, cuando su vasto imperio, explorado en parte por nuestros misioneros, empezó a ser revelado por ellos y apareció como una necrópolis de todas las naciones del pasado. Los chinos pueden compararse con una raza de momias; nada progresa entre ellos, pues viven en la inmovilidad de sus tradiciones, de la que hace tiempo que fueron extraídos el espíritu y la vida. Ya no conocen nada más y tienen un vago recuerdo de todo. El genio de China es el dragón de las Hespérides, que defiende las manzanas doradas en el jardín de la ciencia. Su tipo humano de divinidad, en vez de vencer al dragón, como Cadmo, se asusta, fascinado y magnetizado por el monstruo que hace fulgurar ante ella el mutable espejismo de sus escamas. En China sólo está vivo el misterio; la ciencia se halla en un estado de letargo, o al menos en un sueño profundo y sólo habla en sueños. Hemos dicho que el Tarot chin o se basa en los mismos datos cabalísticos y absolutos que el *Sepher Yetzirah* hebreo; pero China tiene también un libro jeroglífico que consiste exclusivamente en combinaciones de dos figuras; es el *Y-Kim*, atribuido al emperador Fo-Hi, y Maison, en sus *Cartas sobre China*, declara que es cabalmente indescifrable. Sin embargo, sus dificultades no son mayores que las del *Zohar*, del que parece ser un curioso complemento y es, en verdad, su valioso apéndice. El *Zohar* explica la obra del Equilibrio, o del equilibrio universal, y el *Y-Kim* es su demostración jeroglífica y cifrada. La clave de la obra es un pentáculo conocido como los Trigramas de Fo-Hi. Según la leyenda relatada en el *Vay-Ky*, colección de gran autoridad en China, compuesto por Leon-Tao-Yuen, bajo la dinastía de los Soms, hace unos setecientos u ochocientos años, el emperador Fo-Hi meditaba un día a orillas de un río sobre los grandes secretos de la Naturaleza, cuando vio que del agua salía una esfinge, es decir, un animal alegórico, de forma combinada de caballo y dra-

gón Su cabeza era alargada como la de un caballo, tenía cuatro patas y remataba en una cola de serpientes; tenía el dorso cubierto de escamas, en cada una de las cuales brillaba el símbolo de los Trigramas misteriosos ; hacia las extremidades eran más pequeños que los del pecho y el dorso, pero guardaban en total una armonía perfecta. El dragón se reflejaba en el agua pero con todas sus características el revés. Este caballo serpentino, inspirador o más bien portador de inspiraciones, como el Pegaso de la mitología griega, el símbolo de la luz universal, o como la serpiente de Cronos, inició a Fo-Hi en la ciencia universal. Los Trigramas le sirvieron de introducción; numeró las escamas y combinó los Trigramas de tal manera que concibió una síntesis de las ciencias comparadas y unidas una con otra por las armonías preexistentes y necesarias de la Naturaleza. Las tablas del Y-Kim fueron resultado de esta combinación maravillosa. Los números de Fo-Hi son los mismos de la Cabala, y su pentáculo es análogo al de Salomón, como ya se explicó en nuestro *Dogma y Ritual de Alta Magia.* Sus tablas corresponden a los treinta y dos Senderos y cincuenta Puertas de la Luz; consiguientemente, el *Y-Kim* no puede ser oscuro para quienes tienen la clave del *Sepher Yetzirah* y del *Zohar.*

Por ello, en China existía la ciencia de la filosofía absoluta; los Kims son comentarios de este Absoluto oculto a los profanos, y su relación con el *Y-Kim* semeja la del Pentateuco de Moisés con las Revelaciones del *Sepher Dzenioutha,* que es el *Libro de los Misterios* y la clave del *Zohar* hebreo. Kong-fu-tzee, o Confucio, fue quien reveló o veló esta Cabala, cuya existencia tal vez la negó para desviar las indagaciones de los profanos por un sendero equivocado, tal como el erudito talmudista Maimónides negó la realidad de la Clave de Salomón. A Confucio le siguió el materialista Fo, quien substituyó las tradiciones de la hechicería de la India por los restos de la Magia egipcia trascendental. El culto de Fo paralizó en China el progreso de las ciencias, y la abortiva civilización de este gran pueblo cayó en la rutina y la modorra.

Un filósofo de sagacidad y profundidad admirables, el erudito Leibnitz, quien con seguridad más mereció la iniciación en las verdades supremas de la ciencia absoluta, juzgó que podría discernir en el *Y-Kim* su propio descubrimiento del cálculo diferencial, y en la línea recta y dividida reconoció los caracteres I O, empleados en sus propios cálculos. Estaba en el umbral de la verdad, pero al ver sólo uno de sus detalles, no pudo captarla en su conjunto.

Los importantísimos descubrimientos de reliquias religiosas en China fueron resultados de disputas teológicas. Esto ocurrió con la cuestión de si los jesuítas estaban justificados al permitir el culto de los cielos (culto ancestral entre los chinos convertidos al cristianismo); en otras palabras, si los chinos educados consideraban su cielo como Dios o simplemente como espacio y Naturaleza. Era razonable haber recurrido a la gente educada y a la sensatez pública, pero éstas no constituyen autoridades teoló-

gicas. Pero eso se debatió escribió e intrigó mucho; los jesuítas estaban fundamentalmente en lo cierto pero equivocados en su modo de proceder, con el resultado de que se crearon nuevas dificultades todavía no vencidas y que en China continúan costando la sangre de nuestros infatigables mártires.

Mientras los triunfos de la religión se disputaban de esa manera en Asia, un gran espiritu de desasosiego agitaba Europa; la fe cristiana parecía a punto de extinguirse, aunque por todos lados había rumores de nuevas revelaciones y milagros. Un hombre de clara posición en la ciencia y en el mundo, a saber, Emmanuel Swedenborg, asombraba a Suecia con sus visiones, y Alemania rebosaba nuevos iluminados. El misticismo disidente conspiraba para reemplazar los misterios de la religión jerárquica con los misterios de la anarquía; se preparaba una catástrofe inminente. Swedenborg, el más sincero y manso profeta del falso iluminismo, no era por eso menos peligroso que los demás. De hecho, la pretensión de que todos los hombres están llamados a comunicarse inmediatamente con los cielos reemplaza la instrucción religiosa regular, y la iniciación progresiva es suplantada por todo género de divagación entusiasta, por todos los excesos de la imaginación y los sueños. Los inteligentes iluminados creían que la religión era muy necesaria para la humanidad y que por eso jamás debía ser destruida; sin embargo, debía utilizarse como un arma para derribar a la autoridad jerárquica de la Iglesia, reconociendo ellos que de la guerra contra el fanatismo surgiría una nueva perarquía, de la que esperaban ser fundadores y jefes. "Seréis como dioses, lo conoceréis todo sin la dificultad de aprender nada; seréis como reyes, lo poseeréis todo sin la dificultad de adquirir nada". En resumen, así son las promesas que el espíritu revolucionario formula a las multitudes envidiosas. El espíritu revolucionario es el espíritu de la muerte; es la vieja serpiente del Génesis, que no obstante es generadora del movimiento y el progreso, que ve que los linajes sólo se renuevan con la muerte. Por esta razón los hindúes adoran a Siva, el cruel destructor, cuya forma simbólica era la del amor físico y la generación material.

El sistema de Swedenborg es igual al de la Cabala, menos el principio de la jerarquía; es el templo sin piedra angular ni base; es un vasto edificio, felizmente todo aéreo y fantástico, pues si se intentase construirlo en esta tierra, se derrumbaría sobre la cabeza de la primera criatura que procurase, no derribarlo, sino tan sólo apoyarse en una de sus columnas principales. Organizar la anarquía es el problema que los revolucionarios procuraron resolver sin librarse de él jamás; es el peñón de Sísifo que invariablemente caerá sobre ellos. Para existir un solo instante, están y estarán siempre obligados fatalmente a improvisar un despotismo sin otro justificativo que la necesidad, ciego y violento como la anarquía. La emancipación de la armónica monarquía de la razón sólo se logra pasando bajo la desorbitada dictadura de la locura.

Los medios que Swedenborg propuso para comunicarse con el mundo sobrenatural constituyen un estado intermedio, aliado con los sueños, el




*El gran Arcano hermético*

éxtasis y la catalepsia. El sueco iluminado afirmó la posibilidad de tal estado, sin dar razón alguna de las prácticas necesarias para lograrlo. Quizá sus discípulos, para suplir la omisión, recurrirían a la Magia ceremonial de la India, cuando un genio se adelantó a completar las intuiciones proféticas y cabalísticas de Swedenborg con una taumaturgia nanatural. Este hombre fue un médico alemán llamado Mesmer. Tuvo la gloria de redescubrir, iniciación y conocimiento oculto aparte, el agente universal de la luz y sus prodigios. Sus *Aforismos*, que los eruditos de su época consideraron un conjunto de paradojas, formarán en última instancia la base de la síntesis física.

Mesmer postuló dos modalidades del ser natural; estas son las sustancias y la vida, que producen la inmovilidad y el movimiento que constituyen el equilibrio de las cosas. Reconoció además la existencia de una materia prístina, que es fluídica, universal, capaz de inmovilidad y movimiento; su inmovilidad determina la constitución de las sustancias y su movimiento continuo modifica y renueva las formas. Esta materia fluídica es activa y pasiva; como pasiva, atrae, y como activa, se proyecta. En virtud de esta materia, el mundo y los que moran en él se atraen y rechazan; lo atraviesa todo mediante una circulación comparable a la de

la sangre. Mantiene y renueva la vida de todos los seres, es el agente de su fuerza y puede convertirse en el instrumento de su voluntad. Los prodigios son resultados de voluntades o energías excepcionales. El fenómeno de la cohesión y la elasticidad, de la densidad o sutileza de los cuerpos, es producido por varias combinaciones de estas dos propiedades en el fluido universal o materia prístina. La enfermedad, como todos los desórdenes físicos, se debe a un desarreglo del equilibrio normal de la materia prístina en este o aquel cuerpo organizado. Los cuerpos organizados son cuerpos simpáticos o antipáticos entre sí, en razón de su equilibrio particular. Los cuerpos simpáticos pueden curarse entre sí, restaurando su equilibrio mutuamente. Esta capacidad de los cuerpos de equilibrarse unos con otros por la atracción o proyección de la materia prístina es llamado magnetismo por Mesmer, y como varía según las formas en que actúa, lo denominó magnetismo animal al estudiar sus fenómenos en los seres vivos.

Mesmer demostró su teoría con sus experimentos, que fueron coronados con un triunfo completo. Luego de observar la analogía entre los fenómenos del magnetismo animal y los de la electricidad, utilizó conductores metálicos, conectándolos con un depósito común que contenía tierra y agua, para que absorbiese y proyectase ambas fuerzas. El complicado aparato, constituido por tinas, fue ahora abandonado, pues puede reemplazárselo con una cadena viviente de manos superpuestas en un cuerpo circular no conductor, como una mesa de madera, o sobre seda o lana. Luego aplicó a los seres orgánicos vivos los procedimientos de la magnetización metálica y obtuvo la certeza sobre la realidad y semejanza de los fenómenos que sobrevenían. Sólo le quedaba un paso por dar, y era el de afirmar que los efectos atribuidos en física a los cuatro fluidos imponderables son diversas manifestaciones de una misma fuerza diferenciada por sus usos, y que esta fuerza —inseparable de la materia prístina y universal que pone en movimiento— ora resplandeciente, ígnea, eléctrica o magnética, tiene un solo nombre, indicado por Moisés en e' Génesis, cuando describe su manifestación con el *fiat* del Todopoderoso ante todas las sustancias y formas: esa palabra es LA LUZ — יהי אור.

Tengamos ahora el valor de afirmar una verdad que, de aquí en más, será aceptada. Lo grande del siglo XVIII no es la Enciclopedia, ni la burlona y ridiculizante filosofía de Voltaire, ni la metafísica negativa de Diderot y D'Alembert, ni la filantropía maligna de Rousseau: es la física simpática y milagrosa de Mesmer. Mesmer es grandioso como Prometeo; dio a los hombres el fuego de los cielos que sólo Franklin pudo dirigir. Al genio de Mesmer no le faltó ni la sanción del odio ni la consagración de la persecución y el insulto; se le persiguió en Alemania, se le ridiculizó en Francia la que, sin embargo, le procuró fortuna, pues sus curas fueron evidentes y los pacientes que acudieron a él le pagaron, aunque luego declararan que su restablecimiento fue cuestión de azar, para que no cayese sobre ellos la hostilidad de los eruditos. Los organismos autorizados ni siquiera honraron hasta ahora al taumaturgo, examinando su descubri-

miento, y el gran hombre se resignó por la fuerza a pasar por un hábil impostor. Sólo los realmente instruidos no fueron hostiles al mesmeriszno; las personas sinceramente religiosas se alarmaron por los peligros del nuevo descubrimiento, y las supersticiosas pregonaron el escándalo y la Magia. Los prudentes previeron abusos; sólo los imbéciles tolerarían el ejercicio de este poder maravilloso. Algunos pensaron que los milagros del Salvador y sus santos serían negados en nombre del magnetismo; otros se preguntaron en qué quedaría el poder del demonio. No obstante, la religión verdadera nada tiene que temer del descubrimiento de la verdad; y además, al limitar el poder humano ¿el magnetismo no da una nueva sanción a los milagros divinos en vez de destruirlos? De esto se desprende que los necios atribuirán menos prodigios al demonio, lo cual les dará menos oportunidad de ejercitar su odio y furor; pero las personas realmente piadosas no hallarán en esto motivo de queja. El demonio deberá perder terreno cuando se manifieste la luz y la ignorancia se disipe; pero los triunfos de la ciencia y de la luz extienden, fortalecen y acrecientan cada vez más nuestro amor por el imperio y la gloria de Dios.

Capítulo II

# PERSONALIDADES TAUMATÚRGICAS DEL SIGLO XVIII

El siglo XVIII sólo creía en la Magia, y esto se explica porque las vagas creencias son la religión de las almas que carecen de fe verdadera. Se negaban los milagros de Jesucristo y se atribuían resurrecciones al Conde de Saint-Germain. Este personaje excepcional fue un teósofo misterioso a quien se consideraba dueño de los secretos de la Gran Obra, y de la fabricación de diamantes y piedras preciosas. En cuanto al resto, era un hombre de mundo, agradable en su conversación y de modales muy distinguidos. La señora de Genlis, que el trató casi diariamente en su juventud, dice que hasta sus representaciones de gemas en cuadros tenían un fuego y un brillo naturales, cuyo secreto ningún químico ni pintor pudo adivinar. No subsiste ninguno de sus cuadros y sólo puede suponerse que se las ingenió para fijar la luz en la tela o empleó un preparado de madreperla, o una cobertura metálica.

El Conde de Saint-Germain profesaba la religión católica y cumplía sus prácticas con gran fidelidad. No obstante esto, hubo informes de invocaciones sospechosas y extrañas apariciones; también afirmaba poseer el secreto de la juventud eterna. ¿Esto era misticismo o locura? Sus relaciones familiares eran desconocidas y cuando se le oía hablar de acontecimientos pasados daba la impresión de haber vivido muchos siglos. Poco decía sobre todo lo relacionado con el ocultismo, y al pedírsele que impartiera los beneficios de la iniciación, pretendía no saber nada sobre el particular. Escogía a sus discípulos, les exigía obediencia pasiva y luego les hablaba de una realeza a la que habían sido convocados, realeza de Melquisedec y Salomón, realeza de iniciación, que es al mismo tiempo un sacerdocio. "Sed la antorcha del mundo", decía. "Si vuestra luz es sólo la de un planeta, nada seréis ante la vista de Dios. Os reservo un esplendor, del cual el fulgor del sol es una sombra. Guiaréis el curso de las estrellas y gobernaréis a quienes rigen imperios".

Estas promesas, cuyo significado pueden entender muy bien los verdaderos adeptos, han sido registradas, si no con estas palabras, por el autor anónimo de una *Historia de las Sociedades Secretas en Alemania* y evidencian la escuela iniciática con que estuvo relacionado el Conde de Saint-Germain.

El Conde de Saint-Germain nació en Lentmeritz, Bohemia, a fines del siglo XVII. Fue hijo natural o adoptado de un rosacruz llamado *Comes Cabalicus* —el Compañero Cabalista— ridiculizado bajo el nombre de Conde de Gabalis por el infortunado Abate de Villars. Saint-Germain jamás habló de su padre, pero menciona que llevó una vida de desterrado y vagabundo, en una región boscosa, teniendo a su madre por compañía. Esto ocurrió a los siete años de edad, lo cual sin embargo debe entenderse simbólicamente pues se trata del término del iniciado cuando es promovido al Grado de Maestro. Su madre era la ciencia de los adeptos, y el bosque, dentro del mismo género de lenguaje, significa los imperios carentes de civilización y luz verdaderas. Los principios de Saint-Germain eran los de la Rosa-Cruz, y en su propio país estableció una sociedad de la que luego se separó cuando prevalecieron doctrinas anárquicas en las sociedades que incorporaron nuevos adherentes de la Gnosis. Por eso fue exonerado por los hermanos, quienes le acusaron incluso de traición, y diversos memoriales sobre el iluminismo parecen sugerir que fue emparedado en las mazmorras del Castillo de Ruel. Por el otro lado, la señora de Genlis nos cuenta que murió en el Ducado de Holstein, cautivo de su propia conciencia y terrores sobre la vida del más allá. En uno u otro caso es cierto que desapareció súbitamente de París, sin saberse con exactitud hacia dónde, y que sus compañeros de iluminación permitieron que el velo del silencio y del olvido cayese lo más posible sobre su recuerdo.

La asociación que fundó bajo el título de San Jakin —convertida en San Joaquín— continuó hasta la Revolución; entonces se disolvió o transformó como tantas otras. A ella se refiere un folleto contra el iluminismo: deriva de una correspondencia de Viena y, aunque vale la pena reproducirlo, no hay nada que pueda denominarse cierto o auténtico en ese escrito.

"Debido a su presentación, tuve una cordial bienvenida de parte de M.N.Z. quien ya había sido informado de mi llegada. Aprobó mucho lo de la armónica. Primero me habló de ciertas pruebas, pero no entendí nada de esto; sólo más tarde pude captar el significado. Ayer, al anochecer, le acompañé a su casa de campo, dotada de bellos terrenos. Tiene templos, grutas, cascadas, laberintos y cuevas que forman un vasto panorama de cosas encantadoras; pero lo que más me desagradó fue un gran terreno rodeado por un elevado muro; más allá hay un panorama maravilloso... Yo había traído mi armónica, a pedido de M.N.Z., con la idea de tocarla durante unos pocos minutos en un sitio señalado y al recibir una señal convenida. Una vez recorrido el jardín, me llevó a un cuarto ubicado frente a la casa y me dejó allí, con cierta prisa y bajo un pretexto trivial. Era muy tarde; no regresaba: empecé a sentir cansancio y ganas de dormir cuando me interrumpió la llegada de siete carruajes. Abrí la ventana pero, como era de noche, no pude ver nada; me desconcertó el cuchicheo quedo y misterioso de quienes parecían ingresar en la casa. Me dormí y habría transcurrido una hora cuando me despertó un criado enviado para conducirme llevando mi instrumento. Caminaba

muy de prisa y delante de mí. Le seguí mecánicamente y oí el sonido de cuernos que parecía surgir de las profundidades de una cueva. En ese instante perdí de vista a mi guía y, siguiendo en dirección al lugar de donde procedía ese ruido, descendí por una escalera que llevaba a una bóveda de la que, para mi cabal asombro, salía un cántico funerario. Vi claramente un cadáver en un ataúd abierto.

"En un ángulo había un hombre de pie, con blanco ropaje cubierto de sangre; me pareció que tenía una vena cortada en su brazo derecho. Con excepción de quienes le rodeaban, todos los presentes estaban envueltos en largas vestimentas negras y armados con espadas. Por lo que pude apreciar en mi estado de terror, la entrada de la bóveda tenía huesos humanos esparcidos, amontonados uno sobre otro. La única luz que iluminaba ese lúgubre espectáculo era la de una llama, como la que produce el espíritu del vino.

"Como no estaba seguro de si había antecedido a mi guía, me retiré de prisa y le hallé buscándome unos pasos más allá; su mirada era lánguida, me tomó de la mano con cierta torpeza y me llevó hasta un jardín singular, donde empecé a pensar que había sido transportado mágicamente. Al principio mi imaginación se exaltó con el brillo producido por muchísimas lámparas, por el murmullo de cascadas, por el canto de ruiseñores mecánicos y por el perfume que parecía exhalarse por doquier. Yo estaba escondido detrás de una verde glorieta, ricamente decorada; hasta allí trajeron de inmediato a una persona desmayada, aparentemente la que ocupaba el ataúd en la bóveda. Muy perturbado por toda la escena, sin duda no advertí muchas cosas pero pude ver que la persona desmayada volvía en sí tan pronto toqué la armónica; luego empezó a formular preguntas con muestras de asombro, diciendo: "¿Dónde estoy? ¿Cuál es esta voz?" La única respuesta fueron gritos jubilosos, acompañados de trompetas y tamboriles. Luego todos se lanzaron hacia el jardín y se perdieron rápidamente de vista. Todavía estoy azorado al escribir estas líneas; y si no hubiese tomado la precaución de tomar mis notas en el lugar, hoy consideraría esto como un sueño."

La parte más inexplicable de esta escena es la presencia de la persona no iniciada que narra la historia. Cómo la sociedad pudo arriesgar de esa manera la traición de sus misterios es una pregunta imposible de contestar, pero los misterios en sí pueden explicarse fácilmente. Los sucesores de los viejos rosacruces, modificando poco a poco los métodos austeros y jerárquicos de sus predecesores en la iniciación, se habían convertido en una secta mística, abrazando celosamente las doctrinas mágicas templarías, como resultado de lo* cual se consideraban únicos depositarios de los secretos revelados por el Evangelio según San Juan. Consideraban las narraciones de ese Evangelio como una secuencia alegórica de los ritos ideados para completar la iniciación, y creían que la historia de Cristo debía realizarse en la persona de cada uno de los adeptos. Además, contaban una leyenda gnóstica, según la cual el Salvador, en vez de ser inhumado en la nueva tumba de José de Arimatea, luego de amortajado

y perfumado, había resucitado en casa de San Juan. Este era el supuesto misterio que celebraban con el son de trompetas y armónica. El Candidato era invitado a ofrendar su vida y era realmente sometido a una sangría que le provocaba el desvanecimiento. A este desvanecimiento se lo llamaba muerte, y al volver en sí, la resurrección era celebrada en medio de gritos jubilosos. Las variadas emociones producidas, los escenarios y los giros de la imaginación, fúnebres y brillantes, debían impresionar permanentemente la mente del candidato, volviéndole fantástico y lúcido. Muchos creían que tenía lugar en ellos una resurrección real y se convencían de no estar más sujetos a la muerte. De esa manera los jefes de la sociedad tenían al servicio de sus proyectos ocultos el instrumento más formidable, o sea la locura, y se aseguraban de parte de sus adeptos la devoción ciega e incansable que la sinrazón produce más a menudo y con mayor seguridad que la buena voluntad.

La secta de San Jakin fue, por tanto, una orden gnóstica empapada con las ilusiones de la Magia de la Fascinación; surgió de los rosacruces y los templarios; y su nombre particular fue uno de los dos nombres —*Jachin y Boaz*— grabados en las dos columnas principales del Templo de Salomón. En hebreo la letra inicial de *Jachin* es *Yod*, letra sagrada del alfabeto hebreo, y también la inicial de Jehová, nombre divino, velado realmente para los profanos bajo el de *Jachin*, de donde deriva la designación de San Jakin. Los miembros de esta orden eran teósofos, imprudentemente adictos a los procedimientos teúrgicos.

Todo lo dicho sobre el misterioso Conde de Saint-Germain apoya la idea de que fue un médico diestro y un químico distinguido. Se dice que sabia cómo fundir los diamantes sin que quedasen vestigios de la operación; también podía purificar piedras preciosas, convirtiendo a la más vulgar e imperfecta en otra de alto precio. El autor imbécil y anónimo que ya citamos le acredita esto último pero niega que jamás haya fabricado oro, como si no lo hubiese logrado al fabricar piedras preciosas. Saint-Germain también inventó, según la misma autoridad, y legó a las ciencias industriales, el arte de acordar mayor brillo y ductilidad al cobre, otra invención suficiente para comprobar la fortuna de quien ideó esto. Logros de esta índole nos hacen perdonar al Conde de Saint-Germain por sus relaciones con la reina Cleopatra y por sus charlas familiares con la reina de Saba. Por lo demás, era galante y de buen temperamento; los niños le querían y se divertía regalándoles deliciosas golosinas y juguetes maravillosos; era morocho y de baja estatura, vestía ricamente y con gran gusto, y cultivaba todos los refinamientos del lujo. Se dice que era recibido familiarmente por Luis XV, enfrascándose con él en conversaciones sobre diamantes y otras piedras preciosas. Es probable que este monarca, enteramente gobernado por cortesanas y entregado al placer, cediese más bien a un capricho de curiosidad femenina que a una seria preocupación por la ciencia cuando invitaba a Saint-Germain a ciertas audiencias privadas. El Conde era la moda del momento, y se trataba de un Matusalén amistoso y joven que sabía cómo combinar la charla

mundana con los éxtasis de un teósofo; por eso hizo furor en ciertos círculos aunque fue reemplazado rápidamente por otras fantasías. Así es el mundo.

Se dice que Saint-Germain era el misterioso Althotas, Maestro de Magia de otro adepto de quien estamos a punto de ocuparnos y que tomó el nombre cabalístico de Acharat. Esta suposición carece de fundamento, como lo veremos a su debido tiempo.

Cuando el Conde de Saint-Germain era así solicitado en París, recorría el mundo otro adepto misterioso, que reclutaba apóstoles para la filosofía de Kermes. Era un alquimista llamado Lascaris, y se declaraba archimandrita oriental, encargado de recoger óbolos para un convento griego. La diferencia consistía en que, en vez de pedir dinero, Lascaris parecía ocuparse, por así decirlo, en sembrar su sendero con oro y dejar detrás de sí su huella por dondequiera fuese. Sus apariciones eran sólo momentáneas y muchos sus disfraces; aquí era un anciano y, en el siguiente lugar, un joven. Por su parte, no fabricaba oro en público, pero hacía que lo fabricasen sus discípulos, entre quienes dejó al partir una pequeña cantidad de polvo de proyección. Nada se halla mejor establecido que las transmutaciones de estos emisarios de Lascaris. Luis Figuier, en su erudita obra sobre los alquimistas, no cuestiona su realidad ni su importancia. Ahora bien, en física sobre todo, no hay nada más inexorable que los hechos y por ende debe sacarse en conclusión de éstos que la Piedra Filosofal no es una cuestión de ensoñaciones, si la vasta tradición ocultista, las antiguas mitologías y las serias investigaciones de grandes hombres de todos los tiempos no bastan para establecer su existencia real. Un químico moderno, que no dejó de publicar su secreto, llegó a extraer oro de la plata mediante un procedimiento ruinoso, pues la plata que sacrificó no produjo en oro más que la décima parte de su valor, o algo así. Agrippa, que jamás consiguió el disolvente universal, era no obstante más afortunado que nuestro químico, pues obtuvo oro equivalente a la plata empleada en su procedimiento y por ello no perdió su trabajo en absoluto, si emplearlo en indagar los grandes secretos de la Naturaleza puede llamarse pérdida.

Empeñar a los hombres con el señuelo del oro en una búsqueda que los condujese a la filosofía absoluta parecería haber sido el fin de la propaganda conectada con el nombre de Lascaris; la reflexión sobre los libros herméticos llevaría necesariamente a quienes los estudiasen hacia el conocimiento de la Cabala. De hecho, los iniciados del siglo XVIII juzgaron que había llegado el tiempo: unos para fundar una nueva jerarquía, otros para subvertir la autoridad y establecer en las cimas del orden social el nivel de la igualdad. Las Sociedades Secretas enviaron exploradores por todo el mundo para sondear la opinión y, si era necesario, despertarla. Luego de Saint-Germain y Lascaris vino Mesmer, y a éste le sucedió Cagliostro. Saint-Germain fue el embajador de los teósofos iluminados, y Lascaris representó a los naturalistas apegados a la tradición

de Hermes. Cagliostro fue el agente de los templarios, y es por ello que llegó a anunciar, en una circular dirigida a todos los masones de Londres, que ya era hora de construir el Templo del Eterno. Como los templarios, Cagliostro era adicto a las prácticas de la Magia Negra y a la ciencia fatal de las invocaciones. Adivinaba pasado y presente, predecía las cosas futuras, obtenía curas maravillosas y pretendía fabricar oro. Introdujo un nuevo rito bajo el nombre de Masonería Egipcia y buscó restaurar el culto misterioso de Isis. Usando una *nemys* como la de la esfinge tebana, presidía personalmente reuniones nocturnas, en recintos adornados con jeroglíficos e iluminados con antorchas. Sus sacerdotisas eran jovencitas, a las que llamaba palomas, y las hacía entrar en éxtasis por medio de la hidromancia para obtener oráculos, pues el agua es excelente conductor, poderoso reflector y medio altamente refractante de la Luz Astral, como lo demuestran el mar y los espejismos de las nubes.

Es evidente que Cagliostro fue sucesor de Mesmer y tuvo la clave de los fenómenos mediumnísticos; era un *médium,* lo cual significa que era un hombre de constitución nerviosa excepcionalmente impresionable, y a esto unía un fondo de ingenuidad y seguridad; la exageración y la imaginación del público —especialmente de las mujeres— hacían el resto. Cagliostro tuvo un éxito fuera de lo común; por doquier se veía su busto con la inscripción: "El Divino Cagliostro". Por supuesto, era de prever una reacción equivalente al entusiasmo; luego de ser dios, se convirtió en intrigante e impostor, y en corruptor de su esposa; en fin, en un bribón, a quien la Inquisición Romana le demostró su gracia condenándolo meramente a prisión perpetua. El hecho de que su mujer le delatara respalda la idea de que él previamente vendió a su mujer. Cayó en el ludibrio, le sobrevino la persecución y sus acusaciones dieron publicidad al proceso en la medida de su antojo. Entretanto llegó la revolución y todos se olvidaron de Cagliostro.

Sin embargo, este adepto de ningún modo careció de importancia en la historia de la Magia; su Sello es tan significativo como el de Salomón y atestigua su iniciación en los supremos secretos de la ciencia. Como lo explican las letras cabalísticas de los nombres Acharat y Althotas, expresa las características principales del Gran Arcano y de la Gran Obra. Es una serpiente atravesada por una flecha, que representa la letra *Aleph.* imagen de la unión entre lo activo- y lo pasivo, entre espíritu y vida, entre voluntad y luz. La flecha es la del antiguo Apolo, y la serpiente es la Pitón de la fábula, el dragón verde de la filosofía hermética. La letra *Aleph* representa la unidad equilibrada. Este pentáculo es reproducido bajo diversas formas en los talismanes de la antigua Magia, pero ocasionalmente la serpiente es reemplazada por el pavo real de juno, el pavo real con la regia cabeza y la cola multicolor. Este es un emblema de la luz analizada, el ave del *Magnum Opus,* cuyo plumaje es todo resplandeciente en oro. En otras ocasiones, en vez del ornamentado pavo real, hay un blanco cordero, el joven becerro solar que lleva la cruz, como todavía

se lo ve en la heráldica de la ciudad de Rouen. El pavo real, el becerro y la serpiente tienen el mismo significado jeroglífico, el del principio pasivo y el cetro de Juno. La cruz y la flecha significan el principio activo, la voluntad, la acción mágica la coagulación del disolvente, la fijación de lo volátil mediante la proyección, y la penetración de la tierra por el fuego. La unión de ambos es el equilibrio universal, el Gran Arcano, la Gran Obra, el equilibrio de *Jachin* y *Boaz*. Las iniciales L.P.D., que acompañan a esta figura, significan Libertad, Poder, Deber, y también Luz, Proporción, Densidad; Ley, Principio y Derecho. Los francmasones cambiaron el orden de estas iniciales, y en forma de L.·. D.·. P.·. las interpretan como Libertad de Pensamiento, inscribiéndolas en un puente simbólico, pero para los no iniciados reemplazan esto con Libertad de Paso. En los documentos del proceso de Cagliostro se dice que su interrogatorio descubrió otro significado: *Lilia destrue pedibus*, pisotea los lirios con los pies; y en apoyo de esta versión puede citarse una medalla masónica del siglo XVI *o XVII*, que representa un ramo de lirios cortado por una espada, con estas palabras como leyenda: *Talem dabit ultio messem*, Vindicaré esta cosecha.

El nombre Acharat, tomado por Cagliostro, cabalísticamente se escribe así: אש, אר, את y expresa la unidad triple: אש, la unidad de principio y comienzo; אר la unidad de vida y perpetuidad del movimiento regenerador; y את la unidad del fin en una síntesis absoluta.

El nombre Althotas, o el del maestro de Cagliosro, está compuesto por la palabra *Thot*, con las sílabas *Al* y *As* que, si se leen cabalísticamente, son *Sala*, que significa mensajero o enviado. El nombre en conjunto significa pues *Thot*, el mensajero de los egipcios, y a él reconocía Cagliostro como su maestro por encima de todos los demás.

Otro título adoptado por Cagliostro fue el del Gran Copto, y su doctrina tiene el doble objeto de la regeneración moral y física. Los preceptos de regeneración moral según el Gran Copto eran los siguientes: "Ascenderás al Monte Sinaí con Moisés; subirás al Calvario; con Faleg escalarás el Tabor y estarás con Elias en el Carmelo. Construirás tu tabernáculo en la cima de la montaña; consistirá en tres alas o divisiones, que estarán ensambladas, y en el centro tendrá tres pisos. El refectorio se hallará en planta baja. Encima habrá una cámara circular con doce lechos en torno de los muros y un lecho en el centro: este será el sitio del sueño y las ensoñaciones. El cuarto superior será cuadrado, con cuatro ventanas en cada uno de los lados; este será el cuarto de la luz. Sólo allí orarás durante cuarenta días y dormirás cuarenta noches en el dormitorio de los Doce Maestros. Luego recibirás las rúbricas de los siete genios y el pentagrama trazado sobre una hoja de pergamino virgen. Este es el signo que ningún hombre conoce, salvo quien lo recibe. Es el rasgo secreto inscripto en la piedra blanca mencionada en la profecía del más joven de los Doce Maestros. Tu espíritu será iluminado por el fuego divino y tu cuerpo se tornará tan puro como el de un niño. Tu penetración no tendrá límites y grande será también tu poder; entrarás en el re-

poso perfecto que es el comienzo de la inmortalidad; te será posible decir en verdad, exento de todo orgullo: Yo soy el que es."

Este enigma significa que, a fin de lograr la regeneración moral, debe estudiarse la Cabala trascendental, entendiéndola y realizándola. Las tres cámaras son la alianza de la vida física, las aspiraciones religiosas y la luz filosófica; los Doce Maestros son el gran revelador, cuyos símbolos deben entenderse; las rúbricas de los siete espíritus significan el conocimiento del Gran Arcano. El conjunto es, por tanto, alegórico, y en la masonería no se trata de construir una casa de tres pisos sino de construir un templo en Jerusalén.

Volvamos ahora al secreto de la regeneración física, para lograr la cual —según la prescripción oculta del Gran Copto— cada cincuenta años deberá efectuarse un retiro de cuarenta días, a modo de jubileo, empezando en la luna llena de mayo, en compañía de una persona fiel solamente. También deberá haber un ayuno de cuarenta días, debiendo el rocío de mayo, recogido de las espigas de trigo en un trozo de lino puro y blanco, comiendo hierbas nuevas y tiernas. La comida se iniciará con un gran vaso de rocío y concluirá con un bizcocho o corteza de pan. El séptimo día habrá una ligera sangría. Luego se beberá por la mañana y por la noche bálsamo de mercurio, empezando con una dosis de seis gotas que se irán aumentando de a dos gotas diariamente hasta el fin del trigésimo segundo día. A la alborada siguiente se renovará la ligera sangría; luego habrá que acostumbrarse, permaneciendo en el lecho hasta el cuadragésimo día.

Al despertar por primera vez después de la sangría, se tomará el primer grano de Medicina Universal. Tendrá lugar un desmayo seguido de convulsiones, sudores y mucha diarrea, siendo necesario cambiar de lecho y sábanas. Entonces se ingeniará un caldo de carne magra, sazonado con ruda, salvia, valeriana, verbena y melisa. Al día siguiente se ingerirá el segundo grano de Medicina Universal, que es Mercurio Astral combinado con Azufre de Oro. Al día siguiente se tomará un baño caliente. El día trigésimo sexto se beberá un vaso de vino egipcio, y el día trigésimo séptimo se ingerirá el tercero y último grano de Medicina Universal, Sobrevendrá un sueño profundo, durante el cual se renovarán el cabello, los dientes, las uñas y la piel. La prescripción para el trigésimo octavo día consiste en un baño caliente, con hierbas aromáticas en el agua, de igual clase que las especificadas para el caldo. El día trigésimonoveno se beberá gotas del Elixir de Acharat, en dos cucharadas de vino tinto. La obra concluirá el día cuadragésimo y el anciano se convertirá en joven.

Por medio de este régimen de jubileo, Cagliostro afirmaba haber vivido durante muchos siglos. Se apreciará que esta es una variación del famoso Baño de la Inmortalidad en boga entre los gnósticos menandrianos. La cuestión consiste en si Cagliostro creía en esto seriamente. Sea esto como fuere, ante sus jueces mostró mucha firmeza y presencia de ánimo, profesando que era un católico que honraba al Papa como jefe

supremo de la jerarquía religiosa. En los asuntos relativos a ciencias ocultas replicó enigmáticamente y, al acusársele de ser absurdo e incomprensible, dijo a sus examinadores que no tenían fundamento para juzgarle, por lo que se ofendieron y le ordenaron enumerar los siete pecados capitales. Luego de mencionar la codicia, la avaricia, la envidia, la gula y la lujuria, le recordaron que había omitido el orgullo y la ira. A esto el acusado replicó: —Perdonadme; no los olvidé sino que no los incluí por respeto a vosotros y por temor de ofenderos más.

Fue condenado a muerte, luego conmutada por prisión perpetua. En su celda Cagliostro pidió confesarse y designó al sacerdote, que era un hombre de su mismo aspecto y estatura. El confesor le visitó y se le vio partir después de un rato. Unas horas después, el carcelero entró en la celda y halló el cuerpo de un hombre estrangulado, vestido con las ropas de Cagliostro, pero al sacerdote no se lo volvió a ver más. Los aficionados a lo maravilloso declaran que el Gran Copto vive actualmente en América, siendo el pontífice supremo e invisible de quienes creen en los espíritus generadores de "raps".

Capítulo III

# LAS PROFECÍAS DE CAZOTTE

La escuela de filósofos desconocidos, fundada por Martines de Pasqually y continuada por L. C. de Saint-Martin, parece haber incorporado los últimos adeptos de la verdadera iniciación. Saint-Martin estaba familiarizado con la antigua clave del Tarot, es decir, el misterio de los alfabetos sagrados y los jeroglíficos hieráticos. Dejó muchos pentáculos curiosísimos, jamás grabados, y de los que poseemos copias. Uno de ellos es la clave tradicional de la Gran Obra, y Saint-Germain la llamó la clave del infierno, porque es la de la riqueza. Los martinistas fueron los últimos cristianos de la hueste de iluminados y fueron ellos quienes iniciaron al famoso Cazotte.

Hemos dicho que durante el siglo XVIII tuvo lugar un cisma en el iluminismo: por un lado, los custodios de las tradiciones relativas a la Naturaleza deseaban restaurar la jerarquía; por el contrario, hubo otros que anhelaban nivelar todas las cosas revelando el Gran Arcano, tornando así imposibles por igual, en el mundo, a la realeza y al sacerdocio. Entre los últimos, algunos eran ambiciosos e inescrupulosos, y buscaban alzar para sí un trono sobre las ruinas del mundo. Otros eran incautos y simplones. Los verdaderos iniciados contemplaban desanimados cómo la sociedad era lanzada al abismo y preveían todos los terrores de la anarquía. La revolución destinada a manifestarse ante el genio agonizante de Vergniaud, bajo la tétrica figura de Saturno devorando a sus hijos, ya se había revelado plenamente armada en los sueños proféticos de Cazotte. Una noche, rodeado por. los ciegos instrumentos de un jacobinismo futuro, predijo el destino final de todos —el cadalso para los más fuertes y los más débiles, y el suicidio para los entusiastas— y su profecía, que para entonces más bien pareció una broma lúgubre, estaba destinada a cumplirse ampliamente. De hecho, sólo se trató de un cálculo de probabilidades que ya habían tenido consecuencias fatales. La Harpe, impresionado por la predicción, amplió los detalles, para que pareciese más maravillosa. Por ejemplo, mencionó la cantidad exacta de cortes de navaja que se infligiría en el cuello un convidado. Es posible perdonar una licencia poética de este estilo a los narradores de historias extrañas; esos adornos pertenecen más bien a. estilística y poesía que a embustes.

Acordar a los hombres, desiguales por Naturaleza, una libertad absoluta es organizar una guerra social; cuando quienes reprimen los crueles instintos del vulgo son tan necios como para aflojar, no es menester ser un gran mago para prever que serán los primeros a quienes devorarán, puesto que la codicia animal obliga a que unos devoren a otros hasta que aparezca un cazador audaz y diestro que termine con ellos con disparos y señuelos. Cazotte previó a Marat, como Marat previó a su vez la reacción y un dictador. Cazotte apareció en público por primera vez como autor de unas frivolidades literarias, y se dice que debió su iniciación a la novela *Le Diable Amoureux.* Sin duda, rebosa intuiciones mágicas, y el amor, esa prueba suprema de la vida, está descripto en sus páginas bajo la verdadera luz de la doctrina del estado de adepto. Pasión en estado de delirio y locura invencible para los esclavos de la imaginación, el amor físico no es sino muerte disfrazada de seducción, buscando renovar su cosecha por medio de la muerte. La Venus física es la muerte, pintada y vestida como una cortesana; Cupido es también un destructor, como su madre, para quien recluta víctimas. Cuando la cortesana se sacia, la muerte se quita la máscara y reclama su presa. Por eso la Iglesia —que salvaguarda el nacimiento, santificando el matrimonio— desnuda en sus verdaderos matices las degradaciones mortales, al condenar sin piedad todos los desórdenes del amor. Si la amada no es un ángel, y gana la inmortalidad sacrificando al deber en brazos de aquél a quien ama, es una *stryge* que lo desgasta, agota y asesina, revelándosele finalmente en todo el horror de su egoísmo animal. ¡Ay de las víctimas de *Le Diable Amoureux* y, peor todavía, ay de los seducidos por las lascivas caricias de Biondetta! Rápidamente el gracioso aspecto de la muchacha se transformará en la cabeza de camello que aparece tan trágicamente en el final de la novela de Cazotte.

Según los cabalistas, en el *Sheol* hay dos reinas de las *stryges:* una es Lilith, madre de los abortos, y la otra es Nehamah, fatal y asesina en su belleza. Cuando un hombre engaña a la esposa que el cielo le deparó, cuando se entrega a los desórdenes de una pasión estéril, Dios le quita su esposa legítima y le entrega a los abrazos de Nehamah, que asume todos los encantos de la doncellez y el amor; trastorna los corazones de los padres e instigados por ella abandonan todos sus deberes para con sus hijos; hace enviudar a los casados, y a los consagrados a Dios los impulsa a un matrimonio sacrilego. Cuando representa el papel de esposa queda, sin embargo, fácilmente desenmascarada, pues el día de su casamiento aparece calva, pues para esta ocasión le está vedado el cabello que es velo de la modestia en la mujer. Luego da muestras de desesperación y disgusto para con la vida; predica el suicidio, abandona a quien cohabita con eJ]a, sellándole primero, entre los ojos, con una estrella infernal. Los cabalistas dicen, además, que Nehamah puede ser madre pero nunca cría a sus hijos pues se los entrega a su hermana fatal para que los devore.

Estas alegorías cabalísticas, que aparecen en el libro hebreo relativo a la Revolución de las Almas, incluidas por Rosenroth en la colección de

la *Kabbala Denudata* y que se encuentran también en los comentarios talmúdicos sobre el *Sota*, debió conocerlas o adivinarlas el autor de *Le Diable Amoureux*. Por eso tenemos referencias de que, luego de publicar esta novela, Cazotte fue visitado por un desconocido envuelto en un manto, según la manera tradicional de los emisarios del Tribunal Secreto. El visitante hizo señales a Cazotte que éste no entendió y luego le preguntó si no había sido iniciado. Al recibir respuesta negativa, el extraño adoptó una expresión menos sombría y luego le dijo: —Percibo que no eres infiel receptor de nuestros secretos sino más bien vaso escogido preparado para el conocimiento. ¿Deseas realmente regir las pasiones humanas y los espíritus impuros?

Cazotte puso de manifiesto su curiosidad; siguió una larga charla; fue preludio de otras entrevistas; y el autor de *Le Diable Amoureux* fue al fin un iniciado. Se convirtió en devoto sostenedor del orden y la autoridad como una consecuencia de ello y, asimismo, en formidable enemigo de los anarquistas.

Hemos visto que, según el simbolismo de Cagliostro, hay una montaña que deben ascender quienes buscan la regeneración; esta montaña es blanca y luminosa como el Tabor, o roja e ígnea y sangrienta, como el Sinaí y el Calvario. El Zohar dice que hay dos síntesis cromáticas; una es blanca, de paz y luz moral; la otra es roja, de guerra y vida material. Los jacobinos complotaron para desplegar el estandarte sangriento, y su altar lo alzaron sobre la montaña roja. Cazotte se enroló bajo el estandarte de la luz, y su tabernáculo místico fue establecido en la montaña blanca. Lo que estaba manchado con sangre triunfó por un momento, y Cazotte fue proscripto. Su hija, muchacha heroica, le salvó de ser asesinado en la Abadía; no llevaba el prefijo que denotaba su nobleza y se libró del brindis de la fraternidad que inmortalizó la piedad filial de la señorita de Sombreuil quien, para eludir la acusación de aristócrata, bebió a la salud de su padre en el ensangrentado vaso de los guillotinadores.

Cazotte estaba en condiciones de predecir su propia muerte, porque su conciencia le impulsaba a luchar contra la anarquía hasta el final. Obedeció a su conciencia, fue arrestado por segunda vez y conducido ante el tribunal revolucionario como alguien ya condenado. El Presidente que pronunció su sentencia añadió un discurso lleno de estimación y pena, prometiendo a su víctima ser digna de ella hasta el fin y morir noblemente como había vivido. Hasta en los episodios tribunalicios, la revolución era una guerra civil y los hermanos intercambiaban saludos mientras se condenaban mutuamente a muerte. Esto se explicaba porque había una sincera convicción en ambos bandos, que mutuamente debían respetar. Quien muere por lo que juzga cierto es un héroe aunque esté engañado, y los anarquistas de la montaña sanguinolenta no sólo eran intrépidos al enviar a los demás al cadalso sino que también ascendían a este sin palidecer. Que Dios y la posteridad sean sus jueces.

Capitulo IV

# LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Hubo una vez en el mundo un hombre amargado que descubrió sus tendencias cobardes y viciosas, y luego proyectó su repugnancia sobre la sociedad. Era un malhadado amante de la Naturaleza, y ésta, airada, le armó con una elocuencia que pareció un azote. Se atrevió a defender la ignorancia contra la ciencia, el salvajismo contra la civilización, y la bajeza integral de la vida contra todo lo excelso de la sociedad. El populacho condenó por instinto a este maniático, pero los magnates le dieron la bienvenida y las mujeres le pusieron en boga. Su triunfo fue tan significativo que su odio hacia la humanidad aumentó con asco, y terminó suicidándose como solución final de su rabia y revulsión. Después de su muerte el mundo se conmovió en sus intentos de concretar los sueños de Juan Jacobo Rousseau, y aquella silenciosa conspiración, que desde el asesinato de Molay se juramentara para destruir el edificio social, inauguró en la calle Platriére, y en la misma casa donde viviera Rousseau, una Logia masónica, erigiendo al fanático ginebrino en su santo patrono. Esta Logia llegó a ser centro de la propaganda revolucionaria, y hasta allí llegó un príncipe de sangre real para jurar la destrucción de los sucesores de Felipe el Hermoso sobre la tumba del templario.

La nobleza del siglo XVIII corrompió al pueblo; la aristocracia de ese periodo estaba dominada por una manía de igualdad, que asumió su apogeo en las orgías de la Regencia; se aceptaba la baja compañía por placer y la corte se divertía utilizando el lenguaje de los arrabales. Los archivos de la Orden del Temple testifican que el Regente fue su Gran Maestro, y que tuvo como sucesores al Duque de Maine, a los príncipes de Boubon-Condé y Boubon-Conti, y al Duque de Cossé-Brissac. Cagliostro extrajo auxiliares de la clase media para que engrosasen la sociedad de su Rito Egipcio; todos ansiaban obedecer el impulso secreto e irresistible que conducía a una civilización decadente hacia su destrucción. Los acontecimientos no se detienen, pero como impulsados por manos invisibles, se amontonaban unos sobre otros, del modo que Cazotte previera. El desgraciado Luis XVI era manejado por sus peores enemigos que otrora prepararan y abortaran el ruin proyecto de evasión que produjo la catástrofe de Varennes, tal como hicieran con la orgía de

Versalles y la masacre del 10 de agosto. Por todas partes comprometían al rey; en cada ocasión le salvaban de la furia del pueblo, para fomentar esa furia y afianzar ese horrendo acontecimiento que se preparara durante siglos. Un cadalso era esencial para completar la venganza de los templarios.

En medio de la presión de la guerra civil, la Asamblea Nacional suspendió los poderes del rey y le asignó Luxemburgo como residencia; pero era otra asamblea más secreta la que gobernaba. Una prisión sería la residencia del monarca caído, y esa prisión no era otra que el viejo palacio de los templarios, que sobreviviera, con torres y almenas, para aguardar a la víctima inmemorial, condenada por memorias inexorables. Allí era un prisionero, mientras la flor y nata de la clerecía francesa estaba en el exilio o en la Abadía. La artillería retumbaba en Pont Neuf, carteles amenazadores proclamaban que el país estaba en peligro, personajes desconocidos organizaban sucesivas matanzas, mientras un ser horrendo y gigantesco, de larga barba, aparecía dondequiera hubiese sacerdotes para asesinar. "Mirad", gritaba con befa salvaje, "esto es por los albigenses y valdenses; esto es por los templarios, esto por San Bartolomé y esto por los exiliados de Cevennes". Si alguien estaba a su lado, lo golpeaba sin cesar, ora con el sable, ora con un hacha o con una porra. Las armas se rompían y aparecían otras nuevas en sus manos; chorreaba sangre de la cabeza hasta los pies, y prorrumpía en terribles blasfemias diciendo que sólo se lavaría con sangre. Fue este hombre quien propuso el brindis de la nación a la angelical señorita Sombreuil. Mientras tanto, otro ángel oraba y lloraba en la torre del Temple, ofreciendo a Dios sus propios sufrimientos y los de sus hijos para obtener perdón para la realeza de Francia. Todas las agonías y todas las lágrimas de esa virgen mártir, la santa señora Elizabeth, eran necesarias para expiar las imbéciles orgías que caracterizaran a cortesanas como Madame de Pompadour y Madame du Barry.

El jacobinismo había recibido su nombre distintivo antes que la vieja Iglesia de los Jacobinos hubiese sido escogida como cuartel general de la conspiración; derivaba del nombre *Jacques,* símbolo ominoso que significaba revolución. Siempre se llamó *Jacques* a los iconoclastas franceses; el filósofo cuya fatal celebridad preparaba nuevas *jacqueries* y que era el gancho del que los cismáticos juanistas colgaban sus proyectos sanguinarios, llevaba el nombre de Jean Jacques, mientras los primeros agitadores de la Revolución Francesa habían jurado la destrucción del trono y del altar sobre la tumba de *Jacques* de Molay. En el preciso instante en que Luis XVI padecía bajo el hacha de la revolución, el hombre de luenga barba —ese judío errante, signo de venganza y asesinato— ascendió al cadalso y, enfrentando a los pasmados espectadores, tomó la sangre real en sus manos, la roció sobre las cabezas del pueblo y gritó con voz terrible:
—Pueblo de Francia, yo te bautizo en nombre Jacques *y* la libertad.

Así terminó mitad de la obra; de allí en adelante el ejército del

Temple dirigió todos sus esfuerzos contra el Papa. El saqueo de las iglesias, la profanación de las cosas sagradas, el ludibrio de las procesiones, y la inauguración del culto de la razón en la metrópolis de París fueron señales principales de la guerra en su nueva fase. El Papa fue quemado en efigie en el Palacio Real, y los ejércitos de la República se prepararon para marchar contra Roma. Santiago de Molay y sus compañeros posiblemente fueron mártires, pero sus vengadores deshonraron su memoria. La realeza se regeneró en el cadalso de Luis XVI: la Iglesia triunfó en el cautiverio de Pío VI, cuando fue llevado prisionero a Valencia, pereciendo de fatiga y sufrimiento. Pero los indignos sucesores de la vieja caballería del Temple perecieron a su vez, aplastados por una victoria desastrosa.

Los abusos que caracterizaron a la clerecía y los graves escándalos tuvieron como consecuencia el infortunio que se abatió sobre las grandes riquezas pero cuando las riquezas se esfumaron, retornaron las virtudes preeminentes. Esos desastres transitorios y ese triunfo espiritual estaban anticipados en el Apocalipsis de San Metodio, al que ya hemos hecho referencia. Tenemos un ejemplar en letra gótica de la obra mencionada, impreso en 1527 y embellecido con asombrosos dibujos. Los sacerdotes indignos aparecen en el momento en que arrojan los elementos sagrados a los cerdos; se observa al populacho rebelado que asesina sacerdotes y rompe sus vasos sacramentales sobre sus cabezas; el Papa está representado como prisionero en manos de soldados; un caballero coronado se alza con la bandera de Francia en una mano y desenvainando su espada contra Italia, con la otra. Finalmente, a ambos lados de un gallo aparecen dos águilas; aquél tiene una corona sobre su cabeza y una doble flor de lis sobre su pecho. Una de las águilas se une a grifos y unicornios para desalojar al buitre de su nido, y hay muchísimas otras maravillosas. Este libro singular puede ser comparado con una edición ilustrada de las profecías atribuidas al Abate Joaquín, el calabrés, donde aparecen retratos de todos los papas que vendrán, con los signos alegóricos de sus respectivos pontificados, hasta la llegada del Anticristo. Estas son extrañas crónicas del futuro, representadas como cosas del pasado; parecen dar a entender una sucesión de mundos en los que los acontecimientos se repiten, de modo que la previsión de cosas por venir es la evocación de sombras que ya se perdieron en el pasado.

Capitulo V

## FENÓMENOS DE MEDIUMNIDAD

En el año 1772, un habitante de Saint-Mandé, llamado Loiseaut, estando en la iglesia, creyó ver a una persona extraordinaria arrodillada junto a él; se trataba de un hombre muy moreno, cuya única ropa consistía en unos pantalones de lana burda. Tenía luenga barba, cabello ensortijado y en torno de su cuello una rojiza cicatriz circular. Llevaba un libro, con la siguiente inscripción en letras doradas: *Ecce Agnus Dei.*

Loiseaut observó asombrado que nadie advirtió esta extraña presencia; concluyó sus devociones, regresó a su hogar y allí le esperaba el mismo personaje. Se acercó para preguntarle quién era y a qué se dedicaba, cuando el fantástico visitante desapareció. Loiseaut se acostó con fiebre y no pudo dormir. Esa misma noche descubrió que un rojizo resplandor iluminaba su cuarto; saltó del lecho creyendo que el sitio se incendiaba; entonces, sobre una mesa, en el centro mismo de la habitación, vio un plato dorado en el que la cabeza de su visitante nadaba en sangre, rodeada por una nube roja. Los ojos giraron con horrible expresión, se abrió la boca y una voz extraña y sibilante dijo: —Aguardo las cabezas de las cortesanas de los reyes; aguardo a Herodes y Herodías.

La nube se esfumó y el pobre hombre no vio nada más. Días después se restableció lo suficiente como para reiniciar sus ocupaciones habituales y, al cruzar la plaza Luis XV, un mendigo le pidió una limosna; Loiseaut, sin mirar arrojó una moneda en su sombrero.

—Gracias —le dijo el pordiosero— es una cabeza de rey, pero aquí. Y señalando la mitad de la plaza, agregó: —Allá caerá otra, y es esa la que aguardo.

Loiseaut miró atónito a quien le hablaba y descubrió en él a la extraña figura de su visión.

—Calla —le dijo el mendigo— te tomarán por loco. Te confieso que soy Juan Bautista, el Precursor. Estoy aquí para predecir el castigo que caerá sobre los sucesores de Herodes y los herederos de Caifas. Puedes repetir cuanto te digo.

Desde entoces Loiseaut creyó que San Juan estaba presente en forma visible a su lado, un día tras otro. La visión le hablaba largamente y con frecuencia sobre la aflicciones que se abatirían sobre Francia y la Iglesia.

Loiseaut relató su visión a varias personas, que no sólo quedaron impresionadas sino que también vieron lo mismo que él. Formaron entoces una sociedad mística que se reunía con gran secreto. Acostumbraban sentarse en círculo, estrecharse las manos y aguardar las comunicaciones en silencio. Esta actitud podía durar horas, y luego aparecía en medio de ellos la figura del Bautista. En forma concurrente y sucesiva caían en un sueño magnético, y veían cómo desfilaban ante sus ojos las escenas futuras de la Revolución, con la restauración que luego sobrevendría.

El director espiritual de esta secta o círculo era un monje llamado Dom Gerle, que también se convirtió en su jefe al morir Loiseaut en 1788. Sin embargo, en la época de la Revolución, presa de euforia republicana, Dom Gerle fue expulsado por los demás miembros, que actuaron por inspiración de su principal sonámbula, conocida como Hermana Francisca André. Tenía una sonámbula propia y en una buhardilla de París seguía lo que a la sazón era el nuevo arte del mesmerismo. La vidente en cuestión era una mujer anciana y casi ciega, llamada Catalina Théot; profetizaba, y sus predicciones se cumplían; curaba a muchos enfermos; y como sus predicciones tenían invariablemente pronósticos políticos, la policía del *Comité de salud pública* no tardó en tomar cartas en el asunto.

Una noche en que Catalina Théot estaba en éxtasis, rodeada por sus adeptos, exclamó: —Escuchad. Oigo el sonido de sus pasos. Es el misterioso escogido de la Providencia, el ángel de la revolución, a un tiempo su salvador y víctima, rey de las ruinas y la regeneración. ¿Le veis? Se acerca. Está circundado por la rojiza nube del Precursor. El es quien llevará todos los crímenes de quienes están a punto de inmolarle. Grandes son tus destinos, ¡oh tú que clausurarás el abismo lanzándote en él! ¿No le veis, adornado como para una fiesta, con flores en sus manos, guirnaldas que son coronas de su martirio?

Luego, sollozando y derramando lágrimas, dijo: —¡Cuan cruel es tu prueba, hijo mío, y cuántos ingratos maldecirán tu memoria a través de los tiempos! De pie y arrodillaos: él viene, viene el rey, él es el rey de los sacrificios sangrientos.

En ese instante la puerta se abrió rápidamente; entró un hombre envuelto en una capa, con el sombrero echado sobre los ojos. Los presentes se pusieron de pie; Catalina Théot extendió sus brazos hacia el recién llegado y dijo mientras sus manos temblaban: —Yo sabía que debías venir y esperé tu llegada. Quien está a mi derecha, invisible para ti, te señaló ayer, cuando se formuló una acusación contra nosotros. Se nos imputa conspirar en favor del rey, y en verdad he hablado de un rey; es el rey que en este instante el Precursor me revela con una corona empapada en sangre, y sé sobre qué cabeza está ubicada: la tuya, Maximiliano.

Ante este nombre el desconocido se estremeció, como si un acero al rojo vivo hubiese penetrado en su pecho. Echó una mirada rápida y ansiosa alrededor de si, después de la cual su expresión se tornó nuevamente impasible.

_ ¿Qué dices? No llego a entender... —murmuró de manera lacónica y abrupta.

—Digo —replicó Catalina Théot— que el sol resplandecerá el día en que un hombre vestido de azul y con un cetro de flores sea por un momento rey y salvador del mundo. Digo que serás grande como Moisés y Orfeo cuando, pisoteando la cabeza del monstruo que está presto para devorarte, atestigües ante los guillotinadores y las víctimas que Dios existe. Quítate la máscara, Robespierre; muéstranos sin palidecer esa valiente cabeza que Dios está a punto de echar dentro del vacío platillo de su balanza. La cabeza de Luis XVI es pesada y sólo la tuya puede servirle de contrapeso.

—¿Me amenazas? —preguntó Robespierre fríamente, dejando caer su capa. —¿Piensas con este juego sobresaltar mi patriotismo e influir sobre mi conciencia? ¿Esperas con actitudes fanáticas y fábulas de comadres imponerte de mis decisiones como fisgoneaste mis procedimientos? Me has vigilado, parece, y ¡ay de ti porque lo hiciste! Puesto que me obligas para que este curioso, este visitante anónimo, se convierta en Maximiliano Robespierre, representante del pueblo, como tal te denunciaré al Comité de Salud Pública y procederé a disponer tu arresto.

Una vez pronunciadas estas palabras, Robespierre echó su capa en torno de su empolvada cabeza y caminó erguido hacia la puerta. Nadie se animó a detenerle ni a hablarle. Catalina Théot batió palmas y dijo:
—Respetad su voluntad pues es rey y pontífice de la nueva era. Si nos golpea, es Dios quien quiere golpearnos; desnudad el cuello ante el cuchillo de la Providencia.

Los iniciados de Catalina Théot esperaron ser arrestados durante toda la noche, pero nadie apareció. Al día siguiente se separaron. Transcurrieron dos o tres días y noches, durante los cuales los miembros de la secta no intentaron ocultarse. Al quinto día Catalina Théot y los que fueron llamados sus cómplices, fueron denunciados a los jacobinos por un enemigo secreto de Robespierre, quien insinuó arteramente a quienes le escucharon ciertas dudas contra el tribuno: habían mencionado una dictadura, pronunciando incluso el nombre de rey. Si Robespierre lo sabía ¿cómo lo toleraba? Robespierre se encogió de hombros, pero a la mañana siguiente Catalina Théot, Dom Gerle y varios otros fueron arrestados y recluidos en las celdas que, una vez que entraron, sólo se abrieron para proveer su tarea cotidiana al verdugo.

El relato de la entrevista de Robespierre con Catalina Théot se filtró no se sabe cómo. Los espías de los termidorianos ya vigilaban al presunto dictador, a quien acusaron de misticismo porque creía en Dios. No obstante, Robespierre no era amigo ni enemigo de la secta de los Neo-Juanistas. Concurrió a lo de Catalina Théot para ver si podía interiorizarse de esos fenómenos y, contrariado porque le reconocieron, se marchó profiriendo amenazas que no pretendió cumplir; quienes convirtieron el convertículo del viejo monje y de la mujer extática en una secta conspiradora esperaban derivar del proceso una duda o una oportunidad para

poner en ridículo la reputación del incorruptible Maximiliano. La profecía de Catalina Théot se cumplió al inaugurarse el culto del Ser Supremo y sobrevenir la rápida reacción de Termidor.

Durante este lapso la secta que se congregara en torno de la Hermana André, cuyas revelaciones fueron registradas por una tal Hermana Ducy, siguió con sus visiones y milagros. El objetivo fijo que abrigaban era preservar la legitimidad del futuro reinado de Luis XVII. Infinidad de veces salvaron en sueños al pobre huerfanito del Temple y también creyeron haberle salvado literalmente. Las viejas profecías prometían el trono de las flores de lis a un joven otrora cautivo. De igual modo Santa Brígida, Santa Hildegarda, Bernardo Tollard y Lichtemberger predijeron una restauración milagrosa después de grandes desastres. Los neojuanistas fueron intérpretes y multiplicadores de estos pronósticos; nunca les faltó un Luis XVII; tenían siete u ocho en sucesión, todos perfectamente auténticos y no menos perfectamente preservados. A la influencia de esta secta le debemos un posterior período de revelaciones del campesino Martín de Gallardon y los prodigios de Vintras.

En este círculo magnético, como en las reuniones de cuáqueros y temblorosos de Gran Bretaña, el entusiasmo resultaba contagioso, y se propagaba de uno a otro. Luego de la muerte de la Hernana André, la segunda visión y el don de profecía recayeron sobre un tal Legros, que estaba en Charenton cuando Martín fue encarcelado y allí provisionalmente. Reconoció como a un hermano suyo al campesino de Beaucerron, a quien nunca había visto. Todos estos campesinos, a fuerza de desear un Luis XVII, le crearon en cierto sentido; es decir, creaban alucinaciones tan eficaces que los *médiums* se formaban a imagen y semejanza del tipo magnético, y creyéndose literalmente la regia criatura que escapaba del Temple, atraían todos los reflejos de esta dulce y frágil víctima, de modo que hasta recordaban circunstancias que sólo conocía la familia de Luis XVI. Por más increíble que parezca esto, este fenómeno no es imposible ni inaudito. Paracelso declara que, si con un extraordinario esfuerzo de la voluntad, nos figuráramos ser otra persona, por ese medio conoceríamos de inmediato el pensamiento íntimo de aquélla, y atraeríamos sus recuerdos más secretos. A menudo, después de conversar con una persona con la que mantenemos una afinidad de pensamiento, soñamos reminiscencias de su vida privada. Entre quienes estimulaban esa imagen de Luis XVII debemos reconocer, por tanto, a algunos que no fueron impostores sino seres alucinados, y entre estos últimos se cuenta el suizo llamado Naündorff, visionario como Swedenborg, tan contagioso en sus convicciones que viejos criados de la familia real le reconocieron y se arrojaron sollozando a sus pies. Tenía las señas particulares y cicatrices de Luis XVII; narraba su infancia con pasmosa apariencia de verdad y entraba en detalles insignificates, decisivos para los recuerdos íntimos. Sus rasgos eran los del huérfano de Luis XVI, si realmente hubiera vivido. En fin, sólo faltaba una cosa para que quien eso pretendía fuese verdaderamente Luis XVII: que no hubiese sido Naündorff.

Fue tan contagioso el poder magnético de este equivocado que ni siquiera su muerte desengañó a quienes creían en su reinado futuro. Hemos visto a uno de los más convencidos en este aspecto, a quien tímidamente objetamos —cuando habló de la cercana restauración de lo que llamaba la verdadera legitimidad— que su Luis XVII había muerto. Nos replicó: —¿Entonces para Dios es más difícil resucitarle de entre los muertos que, para quienes nos precedieron, salvarle del Temple?

Esa fue la respuesta que recibimos, con una sonrisa tan triunfal que casi parecía desdeñosa. Nada le pudimos contestar y más bien nos sentimos impulsados a inclinarnos en presencia de una convicción semejante.

Capitulo VI

# LOS ILUMINADOS ALEMANES

Alemania es un país de misticismo metafisico y de fantasmas. Un fantasma del viejo Imperio Romano parece invocar siempre al poderoso espectro de Hermann, consagrando en su honor el simulacro de sus águilas cautivas. El patriotismo de la joven Alemania es invariablemente el de los germanos de los antiguos tiempos. No han pensado en invadir a la sonriente Italia; aceptan la situación, tal como está, simplemente como una cuestión de venganza; pero morirían mil veces en defensa de PUS hogares. Aman a sus viejos castillos, sus viejas leyendas de las riberas del Rhin; leen con suma paciencia los oscuros tratados de su filosofía; contemplan en las nieblas de su cielo y en el humo de sus pipas mil cosas inexplicables, con las que se inician en las maravillas del otro mundo. Mucho antes que existieran *médiums* e invocaciones en Norteamérica y Francia, Prusia tenía sus iluminados y videntes, que se comunicaban habitualmente con los difuntos. En Berlín, una gran noble construyó una casa destinada a las invocaciones; el rey Federico Guillermo sentía mucha curiosidad por todos esos misterios y a menudo se encerraba en esta casa con un adepto llamado Steinert. Sus experiencias eran tan notables que le sobrevenía un estado de agotamiento y debía recuperarse con gotas de un elixir mágico similar al de Cagliostro. Hay una correspondencia secreta perteneciente a ese rey, citada por el Marqués de Luchet en su obra contra los iluminados, y contiene una descripción del oscuro cuarto en el que se realizaban las invocaciones. Era un recinto cuadrado, dividido por un velo transparente; frente al velo se alzaba el horno mágico o altar de los perfumes, y detrás había un pedestal sobre el que se manifestaba el espíritu. En esta obra alemana sobre Magia, Eckartshausen describe todo un aparato fantástico, que era un sistema de máquinas y operaciones con el que la imaginación era ayudada para que crease los fantasmas deseados, comparable a la excitación nerviosa producida por el opio o el haxix. Quienes se contenten con las explicaciones dadas por el autor antes citado considerarán las apariciones como efectos de una linterna mágica, pero hay con seguridad algo más que esto, mientras la linterna mágica era sólo un instrumento accesorio en la operación y en ningún sentido necesario para que se produjese el fenómeno. Las imágenes de personas otrora cono-

cidas en la tierra y a la sazón invocadas mediante el pensamiento no aparecen como reflejos de vidrio coloreado; las imágenes que hace aparecer una linterna no hablan, ni responden a preguntas sobre cuestiones de conciencia. El rey de Prusia, a quien pertenecía la casa, estaba bien familiarizado con todo ese aparato y por tanto, no se engañaba con juegos de prestidigitación como lo pretende dar a entender el autor de la correspondencia secreta. Los medios naturales cimentaban la ruta hacia el prodigio pero no lo concretaban; y las cosas que ocurrían eran de tal índole que asombraban y perturbaban al escéptico más inveterado. Además, Schroepfer no utilizaba linterna mágica ni velo, pero quienes acudían a él ingerían una bebida que él preparaba; las formas que aparecían con su mediación eran similares a las del norteamericano Home —es decir, parcialmente materializadas— y producían una curiosa sensación en las personas que procuraban tocarlas. La experiencia era análoga a !a de la perturbación eléctrica, producía hormigueos en la carne y tal sensación no habría existido si la gente se hubiese humedecido las manos antes de tocar esa aparición. Schroepfer obraba de buena fe, como lo hace también el norteamericano Home; creía en la realidad de los espíritus que invocaba y se mató cuando empezó a dudar de ello.

Lavater, que también murió violentamente, estaba cabalmente entregado a las invocaciones; tenía dos espíritus a sus órdenes y pertenecía a un círculo que cultivaba la catalepsia con ayuda de una armónica. Se formaba una cadena mágica; una especie de imbécil servía como intérprete del espíritu y escribía bajo su control. Este espíritu expresaba ser un cabalista judío fallecido antes del nacimiento de Jesucristo, y las cosas que el *médium* registraba bajo su influencia eran dignas de los sonámbulos de Cahagnet. Por ejemplo, había una revelación sobre los sufrimientos en la vida del más allá, y el espíritu comunicante declaraba que el alma del Emperador Francisco estaba obligada a calcular el número y estado exacto de caracoles que existen y existieron en todo el universo. Hizo saber que los nombres verdaderos de los tres Magos, como nos lo narra la tradición, no eran Gaspar, Melchor y Baltazar sino por el contrario Vrasafarmion, Melquisedec y Balcatrasaron; es como leer los nombres escritos mediante nuestro moderno procedimiento de las mesas que se mueven. El espíritu también atestiguó que estaba castigado por amenazar a su padre con la espada mágica y que se sentía dispuesto a regalar a sus amigos un retrato suyo. A su pedido se colocó papel, pinturas y pinceles detrás de una pantalla; entonces se vio cómo dibujaba sobre la pantalla el perfil de una mano pequeña; se oía una leve fricción en el papel; cuando esto ceso, todos se acercaron y descubrieron, pintado toscamente, un dibujo semejante a un viejo rabino vestido de negro, con un blanco gorguero sobre los hombros y una gorra negra, vestimenta excéntrica para un personaje anterior a Jesucristo. Por lo demás, el dibujo estaba manchado y mal hecho; parecía el trabajo de una criatura que se divertía garabateando con los ojos cerrados. Las instrucciones escritas del *médium* bajo la inspiración de Gablidone compiten en su oscuridad con las características de

los metafísicos alemanes. Esta autoridad dice que "el atributo de la majestad no debe conferirse a la ligera pues majestad deriva de Mago, puesto que los Magos eran pontífices y reyes; por tanto, fueron las majestades prístinas. Ofendemos la majestad de Dios cuando pecamos mortalmente; le lesionamos como Padre, echando muerte en las fuentes de vida. La fuente del Padre es luz y vida; la del Hijo es sangre y agua; mientras el esplendor del Espíritu Santo es fuego y oro. Pecamos contra el Padre mediante falsedad, contra el Hijo mediante odio, y contra el Espíritu Santo mediante lujuria, que es la obra de la muerte y la destrucción." El buen Lavater recibió estas comunicaciones como oráculos y, cuando se le pedía una ulterior iluminación, Gablidone procedía así: "El gran revelador de los misterios llegará y nacerá en el siglo venidero. Entonces la religión de los patriarcas será conocida en la tierra; explicará a la humanidad la tríada de *Agion, Helion, Tetragrammaton;* y el Salvador cuyo cuerpo está rodeado por un triángulo aparecerá en la cuarta grada del altar; el ápice del triángulo será rojo y allí estará configurado el misterio: *Venite ad paires osphal.* Uno de los que le escuchaban preguntó el significado de esta última palabra, y el *médium* escribió lo siguiente, sin otras explicaciones: *Alphos, M: Aphon, Eliphismatis.* Ciertos intérpretes sacaron en conclusión que el mago cuya llegada era anunciada en el curso del siglo XIX se llamaría Maphon y sería el hijo de Eliphisma, pero esta lectura puede ser algo conjetural.

No hay nada más peligroso que el misticismo, pues la manía que engendra desconcierta todas las combinaciones de la sabiduría humana. Los locos siempre trastornan al mundo y los grandes estadistas jamás prevén la obra desesperada de un maníaco. El arquitecto del templo de Diana en Efeso se prometió gloria eterna, pero no contó a Eróstrato. Los girondinos no previeron a Marat. ¿Qué se necesita para alterar el equilibrio del mundo? —preguntó Pascal respecto de Cromwell. La respuesta es: una piedrecilla formada por la casualidad en las entrañas de un hombre. Así los grandes acontecimientos ocurren a través de causas que en sí mismas nada representan. Cuando se desmorona cualquier templo de la civilización, ello siempre obedece a la obra de un ciego, como Sansón, que conmueve sus columnas. Un inicuo predicador, perteneciente a la hez del pueblo, padece de insomnio y se cree elegido para librar al mundo del Anticristo. Por tanto, apuñala a Enrique IV y revela a Francia consternada el nombre de Ravaillac. Los taumaturgos germanos consideraban a Napoleón como el Apolyon mencionado en el Apocalipsis y uno de sus neófitos, llamado Stabs, se adelantó a matar al Atlas militar, que en un momento dado llevaba sobre sus hombros un mundo arrancado del caos de la anarquía. Pero la influencia magnética, a la que el Emperador llamaba su estrella, fue más potente que el impulso fanático de los círculos ocultistas alemanes. Stabs no pudo ni se animó a atacar; el mismo Napoleón le interrogó; admiró su resolución y valor; pero, como comprendía su propia grandeza, no le libró del nuevo Escévola, perdonándole; le demostró su estima tomándole en serio y permitiendo que se le fusilase

Carl Sand, que mató a Kotzebue, fue una desgraciada víctima del misticismo, desorientado por sociedades secretas, en las que se juraba venganza sobre puñales. Kotzebue tal vez merecía ser apuñalado pero el arma de Sand se regeneró y le convirtió en mártir. En verdad, es grandioso perecer como enemigo y víctima de quienes perpetran la venganza por medio de emboscadas y asesinatos. Las sociedades secretas de Alemania practicaban ritos más o menos comparables a los de la Magia. En la fraternidad de los Mopsos, por ejemplo, los misterios del Sabbath y la recepción secreta de los Templarios se renovaban en formas mitigadas y casi humorescas. El Cabrón de Bafomet fue reemplazado por un perro, como si Hermanubis fuese sustituido por Pan, o la ciencia por la Naturaleza —siendo esta última un cambio equivalente, puesto que la Naturaleza se conoce únicamente por intermediación de la ciencia. Ambos sexos eran admitidos por los mopsos, como ocurría en el Sabbath; la recepción iba acompañada de ladridos y muecas y, como entre los templarios, el neófito era invitado a escoger entre besar el trasero del demonio, del Gran Maestro o del Mopso, que era una pequeña imagen de cartón cubierta de seda y representaba a un perro, llamado *Mops* en alemán. La salutación era condición para ser recibido y recuerdo de lo que se ofrecía al Cabrón de Mendes en las incisiones del Sabbath. Los mopsos sólo se comprometían con su palabra de honor, que es el más sagrado de todos los juramentos para la gente que se respete. Sus reuniones eran ocasiones para bailar y divertirse —nuevamente igual a las del Sabbath— salvo que las mujeres estaban vestidas y no colgaban gatos vivos de sus ceñidores ni comían criaturitas: se trataba de un Sabbath completamente civilizado.

La magia tenía su epopeya en Alemania y el Sabbath su gran poeta; la epopeya era el colosal drama de *Fausto* —esa completa Babel del genio humano. Goethe estaba iniciado en todos los misterios de la filosofía mágica; en su juventud incluso había practicado la parte ceremonial. El resultado de sus audaces experimentos fue producir en él, en ese entonces, una profunda repugnancia hacia la vida y una fuerte inclinación hacia la muerte. De hecho, no se suicidó literalmente sino en un libro; compuso *Werther,* obra fatal que predica la muerte y que contó con tantos prosélitos; luego, tras vencer su descorazonamiento y repugnancia, e ingresar en los serenos reinos de la paz y la verdad, escribió *Fausto.* Es un magnífico comentario de uno de los más bellos episodios del Evangelio: la parábola del hijo pródigo. Es la iniciación en el pecado mediante la ciencia rebelde, en el sufrimiento mediante el pecado, en la expiación y la ciencia armoniosa mediante el sufrimiento. El genio humano, representado por Fausto, emplea de lacayo al espíritu del mal, que aspira a convertirse en amo; agota rápidamente todos los goces que la imaginación atribuye al amor ilegítimo; celebra locas orgías; luego, atraído por el encanto de la belleza soberana, surge del abismo de la desilusión hasta la cima de la abstracción y la belleza imperecedera. Allí Mefistófeles ya no está cómodo; el implacable ser de la carcajada está triste; Voltaire cede lugar a Chateaubriand. En proporción a la luz que te manifiesta, el ángel de las Tinieblas se re-

tuerce y sacude; los ángeles celestiales le dominan; les admira contra su voluntad; ama, llora y es vencido.

En la primera parte del drama vemos a Fausto separado violentamente de Margarita; las voces celestiales proclaman que se ha salvado aunque la lleven para ejecutarla. ¿Pero puede perderse ese Fausto que es amado siempre por Margarita? ¿Acaso su corazón no está ya unido al cielo? La gran obra de la redención en la virtud de la solidaridad se desplaza hacia su realización. ¿Cómo la víctima ha de consolarse eternamente de sus sufrimientos, si no convierte a quien la ejecuta? ¿No es perdón vengar a los hijos del cielo? El amor que primero alcanzó el empíreo, atrae a la ciencia tras de sí mediante la compasión; el cristianismo se yergue en su síntesis admirable. La nueva Eva lavó la marca de la frente de Caín con la sangre de Abel, y llora de júbilo sobre sus dos hijos, que la retienen en un abrazo total. Para dar lugar a la extensión del cielo, el infierno —que se tornó inútil—cesa de existir. El problema del mal halló su solución final, y el bien —el único necesario y el único triunfante— reinará de allí en adelante eternamente.

He aquí el sueño glorioso del más grande de todos los poetas, pero el filósofo, lamentablemente, olvida las leyes del equilibrio; ahogaría la luz en un esplendor sin sombras y el movimiento en un reposo absoluto, lo cual significaría el cese de la vida. Mientras sea visible la luz, existirá sombra proporcional. El reposo jamás será felicidad a menos que se equilibre con un movimiento análogo y contrario. Mientras haya libre bendición, seguirá siendo posible la blasfemia; mientras subsista el cielo, también habrá infierno. Esta es la ley inmutable de la Naturaleza y la voluntad eterna de la justicia cuyo nombre es Dios.

## Capítulo VII

## EL IMPERIO Y LA RESTAURACIÓN

Napoleón llenó el mundo de prodigios, y en ese mundo él fue el mayor prodigio de todos. La Emperatriz Josefina, su esposa, curiosa y crédula como una criolla, pasó de un encanto a otro. Como hemos dicho, una vieja gitana le había prometido este esplendor y la gente de la campaña todavía creía que ella era el genio bueno del Emperador. De hecho, era una consejera dulce y modesta que le hubiera salvado de muchos peligros, si él hubiese escuchado siempre sus advertencias, pero Napoleón se sentía impulsado por la fatalidad, o más bien por la providencia, y lo que debía sobrevenirle ya estaba decretado de antemano. En una profecía atribuida a San César pero firmada Juan de Vatiguerro, que se encuentra en el *Líber Mirabilis,* colección de predicciones impresa en 1524, existen los siguientes conceptos asombrosos:

"Las iglesias serán manchadas y profanadas, y suspendido el culto público. El águila volará sobre el mundo y vencerá a muchas naciones. El príncipe máximo y el más augusto soberano de todo Occidente será expulsado después de una derrota sobrenatural. Un príncipe muy noble será enviado a cautiverio por sus enemigos y se lamentará pensando en quienes le son devotos. Antes que se restablezca la paz en Francia, se repetirán los mismos acontecimientos una y otra vez. El águila será coronada con una triple diadema, volverá victoriosa a su nido y sólo lo dejará para ascender a los cielos".

Luego de predecir el saqueo de las iglesias y el asesinato de los sacerdotes, Nostradamus presagia el nacimiento de un emperador en la vecindad de Italia y dice que su reinado costará a Francia un gran derramamiento de sangre, mientras que quienes le pertenezcan le traicionarán, imputándole esa efusión de sangre.

"Nacerá un Emperador cerca de Italia,
Que caro costará al Imperio:
Dirán: ¡Con qué gente se acompaña!
Antes que príncipe se le considerará asesino.

De simple soldado llegará a asumir el comando supremo,
Su breve túnica la reemplazará por el manto, Valiente en
las armas, nadie habrá peor para la Iglesia; Absorberá a
los sacerdotes, como la esponja al agua".

Esto equivale a decir que cuando la Iglesia experimente las máximas calamidades, abrumará a los sacerdotes con beneficios. En una recopilación de profecías publicadas en 1820, de la que poseemos un ejemplar, aparece esta frase luego de una predicción relativa a Napoleón I: "Y el sobrino realizará lo que el tio no logró hacer". La célebre señorita Lenormand tenia en su biblioteca un tomo encuadernado en pergamino, con el *Tratado de Olivario sobre las Profecías,* seguido de diez páginas mansucritas, donde se anunciaba formalmente el reinado de Napoleón y su caída. La vidente impuso del contenido de esta obra a la Emperatriz Josefina. Habiendo mencionado a la señorita Lenormand, pueden añadirse unas pocas palabras más sobre esta mujer singular: tenía un modo de hablar firme y extremadamente llano y enfático, de estilo burlón, pero se trataba de una sonámbula de notable lucidez. Fue la vidente de moda durante el Primer Imperio y la Restauración. No hay nada más aburrido que sus escritos, pero se destacó como echadora de cartas.

La cartomancia, tal como la restauró Etteilla en Francia, es literalmente interrogar al destino a través de signos convenidos de antemano. Estos signos, combinados con números, sugieren oráculos al *médium,* que se magnetiza al contemplarlos. Los signos aparecen por azar, luego de barajarlos lentamente; se ordenan según los números cabalísticos, y responden invariablemente a los pensamientos de quienes los interrogan, con seriedad y buena fe, pues todos llevamos dentro un mundo de presentimientos que cualquier pretexto formulará Los temperamentos susceptibles y sensitivos reciben de nosotros un choque magnético que les transmite la impresión de nuestro estado nervioso. Entonces el *médium* puede leer nuestros temores y esperanzas en las ondas del agua, en las formas de las nubes, en cuentas echadas al azar en el suelo, en las marcas que deja en el plato la borra del café, en las peripecias de un juego de cartas o en los símbolos del Tarot.

Como erudito libro cabalístico, la totalidad de cuyas combinaciones revela las armonías, preexistentes entre signos, letras y números, el valor práctico del Tarot es verdaderamente (y sobre todo) maravilloso. Pero con esos medios no podemos arrancarnos impunemente los secretos de nuestra comunicación íntima con la luz universal. Interrogar a las cartas y al Tarot es una invocación literal, que no puede realizarse aparte del peligro y del crimen. Mediante invocaciones obligamos a nuestro cuerpo astral a que se nos aparezca; con la adivinación lo forzamos a hablar. Al obrar así procuramos un cuerpo a nuestras quimeras, y creamos una realidad aproximada del futuro que será nuestro cuando se lo convoque con el poder de la palabra y se lo abrace con la fe. Adquirir el hábito de la

adivinación y de las consultas magnéticas es formular un pacto con el vértigo, y ya hemos establecido que el vértigo es el infierno.

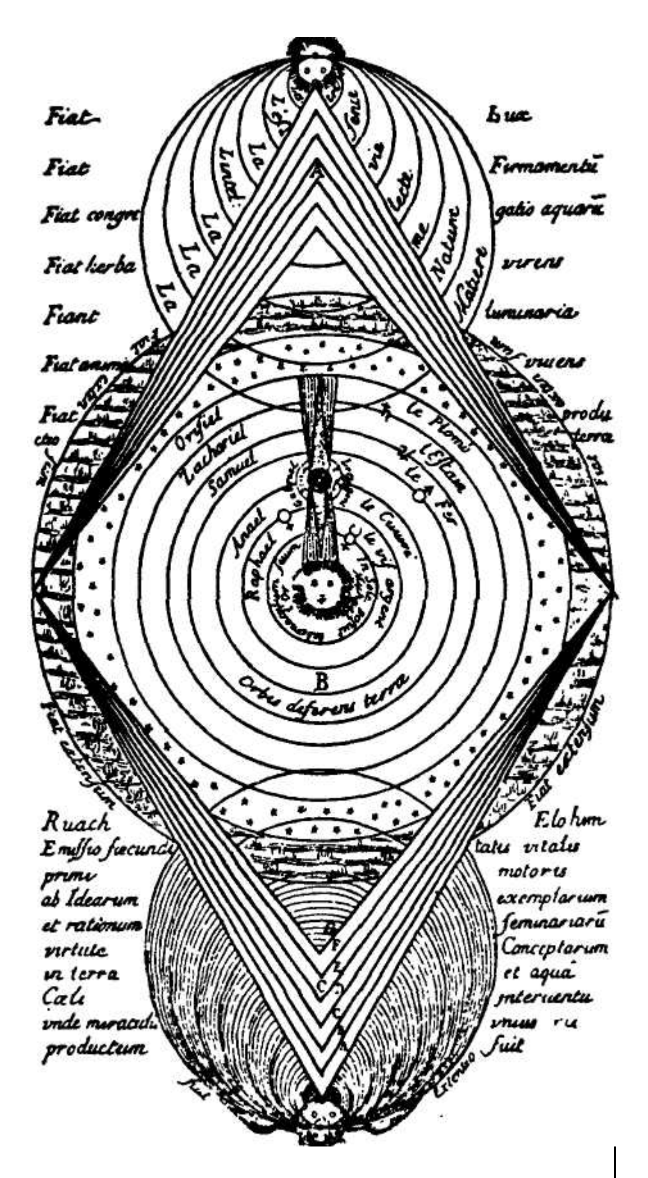
La señorita Lenormand estaba infatuada con su persona y su arte; pensaba que el mundo no podía seguir sin ella y se creía necesaria para el equilibrio de Europa. En el Congreso de Aquisgrán, la vidente apareció con todo su mobiliario, dio trabajo a todas las aduanas y molestó a todas las autoridades, para que en un sentido se viesen obligados a prestarle atención. Fue un moscardón, ¡y qué moscardón! Al regresar publicó sus impresiones con una viñeta en la que estaba representada rodeada por todos los personajes que la consultaron y temblaron en su presencia.

Los grandes acontecimientos que acababan de ocurrir en el mundo volvieron a todas las mentes hacia el misticismo; comenzó una reacción religiosa y las realezas que constituían la Santa Alianza creyeron necesario unir sus cetros a la cruz. El Emperador Alejandro en particular creía que había llegado la hora para que la Santa Rusia convirtiera al mundo a la ortodoxia universal. La secta intrigante y turbulenta de los Salvadores de Luis XVII procuró aprovechar esta tendencia para fundar un nuevo sacerdocio y logró llamar la atención del Emperador de Rusia sobre una de sus videntes. Madame Bouche era el nombre de esta nueva Catalina Théot, pero la secta la llamaba Hermana Salomé. Pasó 18 meses en la Corte Imperial y sostuvo muchas conferencias secretas con Alejandro, pero éste tenía más imaginación piadosa que verdadero entusiasmo; le deleitaba lo maravilloso y pretendía que esto le divertía. Sucedió que sus confidentes sobre estas cuestiones le presentaron otra profetisa, y la Hermana Salomé fue olvidada. Su sucesora fue Madame de Krudener, la amable coqueta llena de piedad y virtud, que creó a Valeria sin llegar a serlo. Sin embargo, ambicionaba hacerse pasar como la heroína de su libro, y cuando una de sus íntimas amigas la instó a que identificara al héroe, mencionó a una eminente personalidad de la época.

—Entonces —dijo su amiga— la catástrofe de tu libro no concuerda con los hechos, pues el caballero en cuestión no ha muerto.

Pero Madame de Krudener replicó: —Querida, poco le beneficia no estar muerto.

Su respuesta redundó en su fortuna. La influencia de Madame de Krudener sobre la mente algo débil de Alejandro era lo bastante fuerte como para preocupar a sus consejeros; a menudo se encerraba con él para orar, pero al fin la perdió un exceso de celo. Un día en que el Emperador se despedía de ella, se lanzó sobre él y le conjuró a no salir, explicándole cómo Dios le había hecho saber que estaba en gran peligro, que había un complot contra su vida y que en el palacio se ocultaba un asesino. El Emperador se alarmó y llamó a sus guardias; tras una búsqueda, al fin fue descubierto un pobre infeliz con un puñal, quien en su confusión terminó confesando que lo había introducido en palacio la misma Madame de Krudener. ¿Sería cierto? ¿Había desempeñado esa mujer el papel de Latude, en la vecindad de Madame de Pompadour? ¿Sería mentira? ¿No seria la misión de ese hombre, complicado por los enemigos del Empera-




*Plan general de la doctrina cabalística*

dor, la de destruir a Madame de Krudener, en el caso de que el asesinato fracasara? De uno u otro modo la pobre profetisa estaba perdida pues el Emperador, por vergüenza a que se le tomase por un embaucado, la expulsó sin escucharla, y ella tuvo buenas razones para juzgarse afortunada por escapar con vida tan fácilmente.

La iglesita de Luis XVII no sacó en conclusión que había sido sacudida por la desgracia de Madame Pompadour y en lo ocurrido con Madame de Krudener vio un castigo divino. Las profecías continuaron y, como era necesario, fueron reforzadas con milagros. Bajo el reinado de Luis XVIII destacaron a un labriego de La Beauce, llamado Martín, quien declaró que había visto a un ángel.

Por la descripción que dio, el ángel en cuestión vestía como un lacayo perteneciente a una buena familia; llevaba un sobretodo muy ceñido en la cintura y de color amarillo; era pálido y delgado, con un sombrero adornado probablemente con una cinta dorada. Lo raro es que el vidente logró que le tomaran en serio y obtuvo una entrevista con el rey, dando una muestra más de lo que puede la tenacidad y la audacia. Se dice que el rey quedó atónito por las revelaciones concernientes a su vida privada, en lo cual no hay nada imposible ni extraordinario, ahora que los fenómenos del magnetismo se certifican y conocen mejor. Además, Luis XVIII era bastante escéptico como para ser crédulo. Dudar en presencia de la existencia y sus armonías, ser escéptico ante la matemática eterna y las leyes inmutables de la vida, por las que la Divinidad se manifiesta por doquier, constituye con seguridad la más imbécil de las supersticiones y la menos excusable, pues es la más peligrosa de todas las credulidades.

Libro VII

# LA MAGIA EN EL SIGLO XIX

## I — ZAIN

### Capítulo I

### MÍSTICOS Y MATERIALISTAS MAGNÉTICOS

La negación de la doctrina fundamental de la religión católica, formulada magníficamente en el poema *Fausto*, dio sus frutos en el mundo. La moralidad, privada de su sanción eterna, se tornó dudosa e insegura. Un místico materialista invirtió el sistema de Swedenborg para crear en la tierra un paraíso de atracciones en proporción a los destinos. Con la palabra "atracciones" entendió Fourier las pasiones sensuales, y prometió a éstas una expansión integral y absoluta. Dios, que es la Razón Suprema, marca con un sello terrible esas doctrinas condenadas; los discípulos de Fourier empezaron con el absurdo y terminaron en la locura.

Creían seriamente que el océano se transformaría en un inconmensurable cuenco de limonada; creían también en la creación futura de anti-leones y anti-serpientes, en correspondencia epistolar que se establecería entre los planetas. Y nada decimos de la famosa cola, *de* 32 pies de largo, con la que se decia que se adornaría la especie humana, pues parecería que tuvieron la generosidad de hacer a un lado esta noción como una cuestión puramente hipotética, según su maestro. La misma razón que exige el sufrimiento en la humanidad, torna indispensable que el agua de mar sea amarga; concédase la expansión integral de los instintos y ya no se podrá admitir la existencia de bestias salvajes; dótese al hombre de la capacidad de satisfacer sus apetitos como suma de toda moralidad, y aún tendrá algo que envidiar de los orangutanes y los monos. Negar el infierno es negar también el cielo puesto que, según la muy sublime interpretación del Gran Dogma Hermético, el infierno es la razón equilibradora del cielo, pues la armonía resulta de la analogía de los contrarios. *Quod superius, sicut quod inferios*. La superioridad presupone inferioridad; la hondura determina la cima, y llenar los valles es borrar las montañas; asimismo, apartar las sombras seria destruir la luz, pues ésta es sólo visible mediante el graduado contraste de oscuridad y día; un resplandor que todo lo encandilase pro-

duciria una oscuridad universal. La existencia misma de los colores bajo la luz se debe a la presencia de la sombra; esta es la triple alianza del día y la noche, de la imagen luminosa del dogma, de la luz hecha oscuridad, como el Salvador es el Verbo hecho hombre. Todo esto reposa sobre la misma ley, que es la primera ley de la creación, la única ley absoluta de la Naturaleza, que es la de la distinción y el armonioso equilibrio de fuerzas opuestas en el equilibrio universal.

Lo que revolucionó la conciencia pública no es el dogma del infierno sino su temeraria interpretación. Los sueños bárbaros de la Edad Media, las torturas atroces y obscenas, esculpidas en los pórticos de las iglesias, el infame caldero para cocinar carne humana que vive eternamente, para que sufra eternamente, mientras los elegidos se regocijan con el humo... todo esto es absurdo e impío; pero nada de esto pertenece a la sagrada doctrina de la Iglesia. La crueldad atribuida a Dios constituye la más horrenda de las blasfemias, y es precisamente por esta razón que el mal es eternamente irremediable mientras la voluntad del hombre rechaza la bondad divina. Dios inflige las torturas de la reprobación a quienes están condenados únicamente pues El provoca la muerte del suicida.

—Trabaja para poseer, y serás feliz... —la Justicia Suprema dice al hombre.

—Quiero poseer y gozar sin trabajar.

—Entonces serás un ladrón y sufrirás.

—Me rebelaré.

—Serás destruido y sufrirás más.

—Me rebelaré eternamente.

—Entonces, sufrirás eternamente.

Tal es el decreto de la Razón Absoluta y la Justicia Soberana: ¿qué puede responder a esto el orgullo y la locura humanos?

La religión no tiene enemigo mayor que el misticismo desenfrenado, que confunde sus visiones febriles con revelaciones divinas. No fueron los teólogos quienes crearon el imperio del demonio sino los falsos devotos y hechiceros. Creer en una visión del cerebro y no en la autoridad de la razón o piedad públicas fue siempre comienzo de herejías en el orden religioso y de locura en el orden de la filosofía humana; un loco dejaría de serlo si creyese en la razón de los demás. Nunca faltaron visiones a la piedad en rebeldía, ni quimeras a la razón que se excomulga y proscribe. Desde este punto de vista, el magnetismo tiene con seguridad sus peligros, pues el estado que induce produce tan fácilmente la alucinación como la intuición lúcida. Por un lado, en este capítulo tratamos sobre los magnetizadores místicos, y por el otro, sobre los magnetizadores materialistas previniéndolos en nombre de la ciencia respecto de los riesgos que corren. Las adivinaciones, las experiencias magnéticas y las invocaciones pertenecen a un mismo orden de fenómenos, que no pueden emplearse equivocadamente sin peligro para la razón y la vida.

Hace unos 30 ó 40 años un director de coro de Notre Dame, que por lo demás era muy piadoso y digno de estima, se aficionó al mesmerismo,

entregándose a sus experiencias; también consagró más tiempo que el razonable a estudiar a los místicos y, por sobre todo, a Swedenborg. Sobrevino un agotamiento mental, acompañado de insomnio que lo estimuló a continuar sus estudios; como esto no lograba aquietar su mente, tomaba la llave de la iglesia, entraba por la *Porte Rouge*, se dirigia hacia el coro, que estaba sólo iluminado por la débil lámpara del Altar Mayor, se refugiaba en su recinto y permanecía allí hasta la mañana, inmerso en plegarias y profunda meditación.

Sucedió que, una noche, el tópico de sus reflexiones estaba integrado por la condenación eterna y su relación con la formidable doctrina del pequeño número de los elegidos. No pudo conciliar esa rigurosa exclusión de la mayoría con la bondad infinita de ese Dios que, según sus Sagradas Escrituras, quiere la salvación de todos y que todos lleguen a la verdad. Meditó también sobre los feroces tormentos que, si fuera posible, no infligirían ni los tiranos más crueles de la tierra un solo dia a su peor enemigo. La duda penetró en su corazón por todos lados y debió recurrir a conciliar las explicaciones de la teología. La Iglesia no define el fuego del infierno; según el Evangelio ese fuego es eterno, pero en ninguna parte está escrito que la mayoría de los hombres esté destinada a sufrir eternamente. Muchos condenados sólo pueden padecer verse privados de Dios; sobre todo la Iglesia prohibe absolutamente suponer la condenación individual. Las paganos pueden salvarse mediante el bautismo de deseo, los pecadores escandalosos mediante una contrición repentina y perfecta, y en fin debemos tener esperanzas por todos, salvo uno solamente, que es aquel de quien el Salvador dijo que más le habría valido no haber nacido.

Este último pensamiento provocó un alto en las reflexiones del director de coro, y de pronto se le ocurrió que un solo hombre llevaba sobre sí oficialmente durante siglos el peso de la condenación: Judas Iscarioste, el mencionado en el citado pasaje de las Escrituras, luego de arrepentirse de su crimen y morir a causa de éste, se había convertido en el chivo emisario de la humanidad, en el Atlas del infierno, en el Prometeo de la condenación. Empero, el Salvador, en el umbral de su muerte, denominó su amigo a Judas Iscariote. Los ojos del maestro de coro se llenaron de lágrimas, la redención parecíale nula si no lograba salvar a Judas. En su exaltación exclamó: —Si yo hubiese sido el Salvador, habría muerto por segunda vez por él, por él solamente. ¿Pero Jesucristo no es mil veces mejor que yo? ¿Qué debería estar haciendo El en el cielo, si yo lloro en la tierra a su desventurado apóstol?...

Luego, con creciente exaltación, el sacerdote añadió: —Lo que El hace es apiadarse de mí y consolarme; lo siento. Le dice a mi corazón que el paria del Evangelio está salvado y que, por la prolongada maldición que aún pesa sobre su memoria, se convertirá en el redentor de todos los parias... Ahora bien, de ser así, deberá proclamarse al mundo un nuevo evangelio, que será de misericordia infinita y universal... en nombre del Judas regenerado… Pero estoy perdido, soy un hereje, un réprobo… y sin embargo, no… porque soy sincero".

Después, uniendo sus manos fervorosamente, el director del coro añadió: —Dios mío, concédeme lo que no negaste a la fe de la antigüedad ni negarás tampoco en la actualidad: un milagro para que me convenza y asegure, un milagro como testimonio de una nueva misión.

Se levantó eufórico, y en el silencio de la noche, que es tan formidable al pie de los altares, en la vastedad de esa iglesia silenciosa y oscura, pronunció la siguiente invocación en alta voz, pero lenta y solemnemente: —Tú que has sido maldecido durante siglos, tú por quien lloro, pues pareces haberte llevado solo contigo el infierno, para que a nosotros nos quede el cielo; tú, infortunado Judas, si es cierto que la sangre de tu Maestro te ha purificado, para que también seas salvo, ven y pon tus manos sobre mí, por el sacerdocio de la misericordia y el amor.

Mientras el eco de estas palabras aún resonaba a través de las arcadas, el director de coro se puso de pie, cruzó el recinto y se arrodilló bajo la lámpara ante el Altar Mayor. Nos cuenta —pues éste es su relato— que sintió positiva y realmente que dos manos cálidas y vivas se apoyaban en su cabeza, como las imponen los obispos el día de la ordenación. No estaba dormido ni desmayado, y las sintió; fue un contacto real que duró varios minutos. Tuvo la certeza de que Dios le había escuchado, que había ocurrido un milagro, que le habían sido impuestos nuevos deberes, y que había empezado para él una nueva vida; desde el día siguiente debía ser un hombre nuevo. Pero por la mañana el infeliz maestro de coro estaba loco.

El sueño de un cielo sin infierno, el sueño de Fausto creó otras innumerables víctimas en este desventurado siglo de duda y egoísmo, que por su parte sólo logró realizar un infierno sin cielo. Hasta el mismo Dios quedó invalidado en un sistema en el que todo está permitido, en el que todas las cosas se tienen por buenas. Los hombres que llegaron a un punto en el que no temen más un Juez Supremo, hallan fácil prescindir de ese Dios de la gente sencilla, que en realidad tiene menos de Dios que la misma gente sencilla. Los locos, que se jactan de vencedores del demonio, terminan convirtiéndose en dioses. Nuestra era es, sobre todo, la de estos bufones seudodivinos, y los hemos conocido de toda clase: el buen Ganneau, de temperamento apacible y demasiado poético, que daba su camisa a los pobres, que rehabilitaba a los ladrones, que admiraba a Lacenaire y no mataba ni una mosca; el buen Cheneau, que comerciaba botones en la calle Croix des Petits-Champs, un visionario como Swedenborg, y que registraba sus inspiraciones al estilo de Jeannot; el buen Tourreil, excelente personaje que endiosaba a la mujer y pontificaba que Adán había sido extraído de Eva; el buen Augusto Comte, que preservaba intacta a la religión católica, sólo con dos excepciones, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; el buen Wronski, verdadero erudito que tuvo la gloria y la felicidad de redescubrir los primeros teoremas de la Cabala y que, luego de vender su comunicación por 150.000 francos a un adinerado imbécil llamado Arson, atestiguó en una de sus obras más serias que dicho Arson, al rehusar pagarle todo, se había convertido real y literalmente en la bestia del Apocalipsis. Con el propósito de asegurarse el pago,

Wronski publicó un folleto titulado: Sí *o No* —es *decir, ¿usted me ha comprado, sí o no, por 150.000 francos mi descubrimiento del absoluto?*

Para que no se nos tilde de injustos respecto de una obra suya que nos resultó útil y que elogiamos en nuestras anteriores publicaciones, citaremos al pie de la letra el pasaje de *La Reforma de la Filosofía,* de Wronski, página 512, que llama la atención sobre un universo indiferente al folleto antes mencionado. Sólo ofreceré un curioso ejemplo del estilo adoptado por este mercader del Absoluto.

"Este hecho del descubrimiento del Absoluto, contra el que la gente pareció rebelarse tan vigorosamente, ya ha sido establecido innegablemente con un gran escándalo, el del famoso 5í *o No,* no menos decisivo y notable por la brillante victoria de la verdad que luego sobrevino a través de la repentina manifestación de los símbolos presagiados en el Apocalipsis, el monstruo de la creación que lleva en su frente el nombre "Misterio" y que en esta ocasión, temeroso de ser mortalmente herido, no puede ocultar más sus horrendas contorsiones en la oscuridad y aparece a través de los diarios y otras modalidades publicitarias para exhibir a pleno día su rabia infernal y el colmo de su impostura, etcétera".

Bueno es saber que este infortunado Arson, aquí acusado, ya había gastado con el hierofante unos 40 ó 50 francos. Nosotros conseguimos el Absoluto que Wronski vendió tan caro y se lo entregamos gratis a nuestros lectores, pues el mundo merece la verdad y nadie tiene derecho a apropiarse de ello ni comerciarlo y mercantilizarlo. Ojalá este acto único de justicia sirva para expiar el error de un hombre que murió casi en la indigencia después de haber trabajado arduamente aunque, en realidad, no para la ciencia, sino para enriquecerse por medio del conocimiento que tal vez fue indigno de entender o poseer.

## Capítulo II

## LAS ALUCINACIONES

Bajo el fanatismo de todas las sectas aparecen invariablemente las raices de la ambición o la codicia. A menudo Jesucristo reprendió con severidad a los discípulos que, en la época de sus privaciones y exilio en su propia tierra, se unían a él con la esperanza de penetrar en un reino en el que ocuparían los sitiales de los poderosos. Cuando más sublimes son las expectativas, más se enceguece la imaginación; y entonces la gente se prepara a pagar la felicidad de la esperanza con todo lo que tiene e incluso con toda su personalidad. Así el dios Wronski arruinó a los imbéciles a quienes prometió el Absoluto, así el dios Augusto Comte obtuvo una entrada anual de 6000 francos a costa de sus cultores, entre los cuales distribuyó fantásticas dignidades por adelantado, que se tornarían en algo concreto cuando su doctrina conquistase el mundo. Así ciertos *médiums* obtuvieron dinero de innumerables embaucados, prometiéndoles tesoros que los espíritus siempre destruyen. Algunos de estos impostores creen realmente en sus promesas, y son ellos precisamente los más infatigables y audaces en sus intrigas. No les falta dinero, milagros ni profecías porque poseen el absoluto de la voluntad y la acción que opera realmente prodigios, de modo que son magos sin saberlo.

Desde este punto de vista, la secta que puede denominarse los Salvadores de Luis XVII pertenece a la historia de la Magia. La manía de esta gente es tan contagiosa que atrae dentro del círculo de sus creencias hasta a quienes se adelantan a combatirla. Consiguen los documentos más importantes y raros, recopilan los testimonios más excepcionales, evocan memorias olvidadas, gobiernan el ejército de los sueños, aseguran la aparición de ángeles a Martín, de sangre a Rosa Temisier, de un ángel andrajoso a Eugenio Vintras. Esta última historia es curiosa, teniendo en cuenta sus extraordinarias consecuencias, y por eso la narraremos.

En 1839, los Salvadores de Luis XVII, que habían llenado los almanaques con profecías para 1840, dieron muestras de dar por sentado que si podía hacerse que todo el mundo esperase una revolución, esa revolución no dejaría de cumplirse pero como ya no tenían a su profeta Martín, salieron a procurarse otro. A la sazón se hallaban en Normandía algunos de sus agentes más celosos, ciudad de la que el falso Luis XVII manifes-

taba ser Duque. Repararon en un devoto obrero, demente excitable pero débil, y maquinaron la siguiente argucia. Falsificaron una carta llena de enfáticas promesas sobre el reinado futuro, combinadas con expresiones misticas tendientes a influir en una persona de mentalidad débil, y luego se la ingeniaron para que cayera en manos del obrero, que se llamaba Eugenio Vintras, en circunstancias que dejamos que él mismo nos las refiera:

"6 de agosto de 1839.

"Eran las nueve en punto; yo estaba sentado, escribiendo en mi habitación, cuando golpearon la puerta. Supuse que era un obrero que venía a verme y dije más bien con brusquedad: 'Entre'. En vez del obrero que esperaba, vi asombrado a un hombre harapiento. Me limité a preguntarle qué quería. Me respondió con mucha tranquilidad: 'No se moleste, Pedro Miguel'. Ahora bien, nadie se dirigió nunca a mí con estos nombres, porque en todas partes me conocen como Eugenio y ni siquiera los uso al firmar documentos. Sentía cierta emoción ante la respuesta del anciano, que aumentó cuando me dijo: 'Estoy exhausto y dondequiera me presento me tratan con desdén, o como un ladrón'. Las palabras me alteraron mucho, aunque fueron pronunciadas con un tono triste y lastimero. Me levanté y deposité diez *sous* en su mano, diciendo: 'Yo no lo considero de ese modo, mi buen señor', y mientras hablaba, le hice entender que deseaba que se marchase. Recibió el dinero en silencio y me dio la espalda con aire contristado. No le oí bajar, por lo que llamé a un obrero y le dije que subiera a mi habitación. Con un pretexto cualquiera yo deseaba revisar con él todos los lugares posibles en que pudiera haberse ocultado el anciano, a quien no *había* visto salir. El obrero llegó y salí con él de mi habitación, cerrando nuevamente la puerta. Revisé por todos los rincones pero no vi nada.

"Estaba a punto de entrar en la fábrica cuando de repente oí el tañido de la campana llamando a misa y me sentí contento de que, a pesar de ese trastorno, pudiera asistir a la ceremonia sagrada. Corrí a mi cuarto para tomar mi devocionario y, sobre la mesa sobre la que yo había estado escribiendo, encontré una carta dirigida a Madame de Generes, de Londres; estaba escrita y firmada por Paul de Montfleury, de Caen, y constituía una refutación de la herejía junto con una profesión de fe ortodoxa. No obstante la dirección, esta carta tenía el propósito de exponer al Duque de Normandia las verdades más importantes de nuestra religión católica, apostólica y romana. Sobre el documento estaban los diez *sous* que yo le diera al anciano".

En otra comunicación, Pedro Miguel admite que el rostro del visitante le era desconocido, pero que su repentina aparición le produjo un temor extraño, que atrancó la puerta cuando se marchó y escuchó largo tiempo, esperando oirle bajar. Como Vintras no oyó nada, no hay duda que el mendigo se quitó los zapatos para descender sin hacer ruido. Vintras corrió a la ventana pero no le vio partir, y la explicación de esto es que se había marchado un rato antes. Al final nuestro testigo se altera, pide

ayuda, mira por todas partes y se encuentra con la carta que debía leer, pero que para él era evidentemente una carta caída de los cielos. Obsérvese a Vintras, de allí en adelante devoto de Luis XVII, obsérveselo también como un visionario por el resto de sus días, pues la aparición del viejo mendigo de allí en más nunca le abandona. Luego, viendo que el pordiosero se dirigió a Vintras como Pedro Miguel, éste se considera el arcángel Miguel, por una asociación de ideas que es análoga a la de los sueños. Los engañados adherentes de Luis XVII habían adivinado, con la segunda visión de los maníacos, que ese era el momento correcto para impresionar al débil magín de Vintras y convertirle con una sola experiencia y de inmediato en un iluminado y un profeta.

La secta de Luis XVII consiste más especialmente en personas pertenecientes al servicio de la realeza legítima, y cuando Vintras se convirtió en su *médium* fue fiel espejo de la imaginación de aquéllas, llena de recuerdos novelescos y misticismo obsoleto. En las visiones del nuevo profeta había por todas partes lirios teñidos de sangre, ángeles vestidos como caballeros, santos con disfraces de trovadores. Después aparecían hostias pegadas sobre seda azul. Vintras tenía sudores de sangre; su sangre aparecía sobre hostias, configurando corazones con inscripciones con la escritura y ortografía de Vintras; cálices vacíos llenábanse de repente con vino, y donde éste caía las manchas eran semejantes a las de sangre. Los iniciados creían oír una música deliciosa y respirar perfumes desconocidos; los sacerdotes, invitados a presenciar los prodigios, se dejaban llevar por esa corriente de entusiasmo. Uno de ellos, de la diócesis de Tours, un eclesiástico anciano y venerable, abandonó su parroquia para seguir al profeta. Nos hemos entrevistado con este sacerdote; nos narró las maravillas de Vintras con el acento más perfecto de su convicción; nos mostró hostias tintas en sangre de manera totalmente inexplicable; nos exhibió copias de actas oficiales firmadas por más de 50 testigos, todos honorables personas, que ocupaban puestos destacados: artistas, médicos, abogados, un Caballero de Razac y una Duquesa d'Armaillé. Los médicos analizaron ese líquido carmesí que fluía de las hostias, certificando que era sangre humana; los mismos enemigos de Vintras —y tiene crueles enemigos— no discuten los milagros pero los relacionan con el demonio. El Abate Chavoz, sacerdote de Touraine de quien ya hicimos mención, dijo: "Ahora bien, ¿puede tolerarse la noción de que el demonio falsifique la sangre de Jesucristo en hostias regularmente consagradas?" El Abate Chavoz es un sacerdote real, y los signos en cuestión aparecieron en hostias consagradas por él. No obstante esto, la secta de Vintras es anárquica y absurda, y por ello Dios no realizaría milagros en su favor. Queda la explicación natural de tales fenómenos, y en el curso de la presente obra se ha señalado lo suficiente como para tornar innecesario desarrollar más la cuestión.

Vintras, a quien sus partidarios representan como un nuevo Cristo, también tuvo sus Iscariotes; dos miembros de la secta, un tal Gozzoi y otro llamado Alejandro Geoffroi, publicaron las más escandalosas revelaciones contra él. Según ellos, los devotos de Tilly-sur-Seules —que era su lugar

de residencia— se entregaban a las prácticas más obscenas; en su capilla privada, que denominaban la cámara superior, celebraban misas sacrilegas, a la que los elegidos asistirían totalmente desnudos. En un momento dado todos los presentes caían en un paroxismo, y con lágrimas y gritos de "Amor, Amor", se lanzaban unos en brazos de otros; permítasenos suprimir el resto. Esto se parecía a las orgías de los viejos gnósticos, pero sin tomar siquiera la precaución de apagar las luces. Alejandro Geoffroi atestigua que Vintras le inició en una especie de oración que consistía en el monstruoso acto de Onán, cometido al pie del altar, pero aquí el acusador es demasiado repugnante como para creer en su palabra. El Abate Chavoz, a quien mencionamos estas infames acusaciones, nos explicó que debían atribuirse al odio de ambos hombres expulsados de la asociación por haber sido culpables, de su parte, de los actos que atribuían a Vintras. Sea esto como fuere, los desórdenes morales engendran naturalmente los de índole física, y las excitaciones anormales del sistema nervioso producen casi invariablemente desorbitadas irregularidades en la moral: por ello, si Vintras es inocente, podría haber sido y puede ser aún culpable. Su secta fue condenada formalmente por Gregorio XVI en su Breve fechado el 8 de noviembre de 1843.

Anexamos una muestra del estilo que este iluminado adoptó; es un hombre sin educación cuyos escritos rimbombantes rebosan errores gramaticales (en su idioma):

"Dormid, dormid, mortales indolentes; descansad, seguid descansando en vuestros muelles lechos; sonreíd en vuestros sueños de fiestas y grandezas. El ángel de la alianza ha descendido en vuestras montañas; ha escrito su nombre incluso en los cálices de vuestras flores; los anillos que adornan sus pies han tocado los ríos que son su orgullo y esperanza; los robles de vuestros bosques han tomado el matiz de una nueva mañana del resplandor de su frente; el mar ha dado respuesta a su mirada con un salto anhelante. Le ha precedido; postraos en tierra y no os alarméis por el persistente sonido que resuena en las tumbas. Dormid, seguid durmiendo. El graba su nombre en las altas colinas; reclama al tiempo que apresure su barca; he visto en él la más antigua de las sonrisas. Por ello, dormid, dormid; Elias, en Occidente, fija una cruz en la puerta del templo'; la sella con fuego y con el acero de su daga".

Otra vez el templo, el fuego y el puñal. Es extraño cómo los locos son mutuo reflejo; todos los fanatismos entrelazan sus inspiraciones, y el profeta de Luis XVII es aquí un eco del grito de venganza de los templarios.

Es cierto que Vintras no se responsabiliza de lo que escribe; es así como escribe sobre el tema: "Si mi mente tuviese algo que ver con estas condenadas obras, inclinaría mi cabeza y temería que poseyese a mi alma. Pero la obra no es mi obra, y no participé en ella, ni con búsquedas ni deseos. Dentro de mí hay calma; mi lecho no sabe de vigilias; las vigilias no han fatigado mis ojos; mi sueño es puro, como cuando Dios lo dio por primera vez; puedo decirle a mi Dios con corazón libre: *Custodi animam meara et erue me: non erubescam, quoniam speravi in te.*

Otro célebre reformador, que posó como el Mesías de las prisiones y el cadalso, o sea Lacenaire, con quien seguramente no buscamos comparar a Vintras, escribió en su prisión de esta manera: "Como una virgen casta y pura, me despierto y duermo, siempre en sueños de amor. ¿Quién me enseñará el significado del remordimiento?" El argumento de Vintras, a fin de legalizar sus inspiraciones, no es por tanto concluyente, pues es el mismo que utilizó Lacenaire, para excusar e incluso legitimar no sólo los ensueños sinto también los crímenes.

Condenada por el Papa, la secta de Tilly-sur-Seules, condenó a su vez al Papa, y Vintras, por propia decisión, se constituyó en soberano pontífice. La forma de sus vestimentas sacerdotales le fue revelada; usa una diadema de oro, con un *lingam* de la India en la frente; viste un manto purpúreo y lleva un cetro mágico que remata en una mano, cuyos dedos están cerrados, salvo el pulgar y el meñique, que están consagrados a Venus y Mercurio, emblema del antiguo hermafrodita, emblema de las viejas orgías ceremoniales y de los obscenos desfiles del Sabbath. De esa manera los recuerdos y reflejos de la Magia Negra, transmitidos por la Luz Astral, conectan los misterios de la India y el culto profano de Baphomet con los éxtasis de este ser contagioso cuya enfermería está en Londres, y que continúa allí haciendo prosélitos y víctimas.

La exaltación del infortunado profeta de ningún modo está exenta de terrores y remordimientos, por más que alegue lo contrario, y de vez en cuando se le escapan tristes confesiones. "Estoy siempre esperando nuevos tormentos. Mañana vendrá la familia Verger, y contemplaré en sus rostros la pureza de sus almas manifestada en su espíritu jubiloso. Eso me recordará mi felicidad pasada; se mencionará nombres que pronuncié amorosamente en días no muy lejanos. Lo que para otros será deleite, me procurará nuevas torturas. Me sentaré a la mesa, y mientras mi corazón sea atravesado con una espada, tendré que sonreír. Si por casualidad esas terribles palabras que debí oir no fueran eternas, abrazaría aún más mi cruel tormento. Perdóname, querido mío, no puedo vivir sin amar a Dios. Escucha, si tu caridad humana te lo permite, como ministro del Dios vivo; no protesto; aquel a quien tu Maestro escupió de su boca, deberá ser anatematizado por tí: En la noche del lunes 17 ó 18 de mayo un sueño horroroso me asestó un golpe mortal al alma y al cuerpo por igual. Yo estaba en Sainte-Paix y en la casa no había nadie, aunque las puertas estaban abiertas. Ascendí de prisa hacia la santa capilla y estaba a punto de abrir la puerta cuando vi unos ribeteados caracteres de fuego: 'No oses entrar en este Jugar, tú a quien escupí de mi boca.'... No pude retirarme; caí vencido en el primer escalón; y puedes juzgar mi terror cuando vi por todos lados un abismo vasto y profundo, con horribles monstruos que me saludaban como si yo fuese su hermano. Se me ocurrió en ese instante que en una ocasión el santo arcángel también me llamó su hermano. ¡ Qué diferencia! Su salutación hizo que mi alma brincase con el más intenso jubilo; mas cuando escuché la de aquellos monstruos me retorcí entre con-

vulsiones similares a las que ellos experimentaron por el poder con que Dios dotó a mi cruz de gracia al aparecerse el 28 de abril último.

"Traté de aferrarme a algo para no caer en el abismo sin fondo. Me volví hacia la Madre de Dios, la divina María, y le pedí su ayuda. Fue sorda a mi llamado. Durante todo este tiempo continué retorciéndome, dejando tiras de mi piel en las filosas puntas que orillaban este terrible abismo. De repente surgió hacia mí un torbellino flamígero desde la hondura en la que estaba a punto de caer. Oí chillidos de júbilo feroz y no pude rezar más, cuando una voz más terrible que los largos ecos del trueno en medio de una violenta tempestad llenó mis oídos, profiriendo estas palabras: 'Crees vencerme pero ere tú el vencido. Te enseñé humillarte a mi modo. Ven, prueba mi dulzura; cuéntate entre mis elegidos, y aprende también a conocer al tirano del cielo; únete a nosotros, profiriendo blasfemias e imprecaciones contra él; todo lo demás es inútil, en lo que a ti concierne'. Luego de una carcajada, la voz añadió: 'Mira a María, a la que llamaste tu escudo contra nosotros; contempla su graciosa sonrisa y escucha su dulce voz'.

"Querido amigo, la vi por encima del abismo; sus ojos de un azul celestial estaban llenos de fuego, sus labios rojos eran color violeta, su voz dulce y divina se había tornado dura y terrible, y como un trueno me dirigió estas palabras: 'Retuércete, orgulloso, en esas feroces regiones habitadas por los demonios'.

"Toda mi sangre afluyó a mi corazón; me pareció que había sonado la hora en que un infierno terrenal reemplazaría al infierno que es eterno; todavía pude pronunciar unas pocas palabras del Ave María. No supe cómo transcurrió el tiempo, pero, al regresar, el sirviente estaba dormido y dijo que era tarde. ¿Si revelase a los enemigos de la Obra de Misericordia lo que ocurre dentro de mí, no darían gritos de victoria? Dirian que hay aquí ciertamente pruebas de monomanía. Si Dios así lo quisiera, ten dría menos de qué lamentarme. Pero no temáis; si Dios no oye mi voz cuando ruego por mí, le rezaré para que duplique mis sufrimientos, con tal que los oculte de mis enemigos".

Aquí la alucinación triunfal llega a lo sublime; Vintras acepta ser condenado, siempre que no se le clasifique como loco. Este es el último instinto del inestimable valor de la razón, que sobrevive a la razón misma El ebrio sólo teme que le consideren ebrio; el monomaniaco prefiere morir antes que admitir su delirio. La explicación consiste en que, según la bella frase de Ceres, ya citada, hay un solo bien deseable para el hombre: la sabiduría, que es la práctica de la razón; asimismo, hay que temer una sola desgracia verdadera y suprema: la locura.

## Capítulo III

## MESMERISTAS Y SONAMBULOS

La Iglesia, en su gran sabiduría, nos prohibe consultar a los oráculos y violar por indiscreta curiosidad los secretos del futuro. En nuestra época ya no se le presta atención a la voz de la Iglesia; el pueblo vuelve a acudir a los adivinos y pitonisas; los sonámbulos se convirtieron en profetas para quienes ya no creen en los preceptos evangélicos. No se comprende que la preocupación por un acontecimiento predicho suprime nuestra libertad en un sentido, y paraliza nuestros medios de defensa; al consultar a la Magia, para prever acontecimientos futuros, damos pábulo a la fatalidad. Las sonámbulas son las sibilas de nuestra época, tal como las sibilas eran las sonámbulas de la antigüedad; felices los consultantes que no ponen su credulidad al servicio de magnetistas inmorales o insensatos, pues por el mismo hecho de sus amigables consultas entran en comunión con la inmoralidad o la locura de quienes inspiran el oráculo; la labor del mesmerista es fácil y sus embaucados son múltiples. Por ello, es importante conocer qué hombres, entre los consagrados al magnetismo, son serios.

Entre estos, el Barón Du Potet debe ubicarse en primera fila, pues su trabajo concienzudo ya hizo avanzar mucho a la ciencia de Mesmer. Abrió en París una escuela de magnetismo práctico, donde se admite al público para instruirlo sobre los procesos y verificación de los fenómenos obtenidos.

El Barón Du Potet es de naturaleza excepcional y altamente intuitiva. Como todos nuestros contemporáneos, incluidos los más instruidos, nada sabe de la Cabala y sus misterios, pero no obstante el magnetismo le reveló la ciencia de la Magia; por temor, ha ocultado sus descubrimientos aunque crea necesario revelarlos. El libro que escribió sobre el tema lo vende sólo a sus adeptos y con la consigna de reserva absoluta. No mantenemos contacto con Du Potet pero conservaremos su secreto por respeto hacia sus convicciones de hierofante. Basta decir que su obra es la más notable de todos los productos de la intuición pura. No la consideramos peligrosa porque el autor señala fuerzas sin dar precisiones sobre su uso. Sabe que mediante procedimientos magnéticos podemos hacer bien o mal, destruir o salvar, pero no revela clara ni prácticamente la naturaleza de aquéllos, por lo que le felicitamos pues el derecho de vida y muerte presupone una sobe-

ranía divina, y a quien lo poseyese lo consideraríamos indigno si lo vendiese, de cualquier manera que fuere.

Du Potet establece triunfalmente la existencia de la luz universal en la que los lúcidos perciben todas las imágenes y todos los reflejos del pensamiento. Efectúa la proyección vital de esta luz por medio de un aparato absorbente que llama Espejo Mágico; se trata simplemente de un círculo o un cuadrado cubierto con carbón pulverizado y tamizado. En este aspecto negativo la luz combinada proyectada por el sujeto magnético y el operador pronto colorea y concreta las formas correspondientes a sus impresiones nerviosas. La sonámbula ve manifestados allí los sueños del opio y el haxix y de no ser distraída, sobrevendrían convulsiones.

Los fenómenos son análogos a los de la hidromancia como la practicaba Cagliostro; el método de mirar fijamente el agua deslumhra y perturba la visión; la fatiga ocular, a su vez, favorece las alucinaciones del cerebro. Cagliostro buscó para sus experimentos sujetos vírgenes en estado de perfecta inocencia, para apartar la interferencia debida a las divagaciones nerviosas ocasionadas por reminiscencias eróticas. El Espejo Mágico de Du Potet es tal vez más fatigante para el sistema nervioso en conjunto, pero el deslumbramiento de la hidromancia tendría un efecto más peligroso sobre el cerebro.

Du Potet es uno de esos hombres profundamente convencidos que sufren con valor el desdén de la ciencia y el prejuicio de la opinión, repitiendo para su coleto la profesión de fe secreta que albergaba Galileo: *E pur si muove*. Hace muy poco se descubrió que las mesas giran igual que la tierra, y que la magnetización humana imparte a los elementos móviles, sujetos a la influencia del *médium,* un movimiento específico de rotación. Mediante esta fuerza es posible levantar y transportar por el espacio objetos de peso extraordinario, pues el peso sólo existe en razón del equilibrio existente entre las dos fuerzas de la Luz Astral. Si se aumenta la acción de uno de ellos, el otro cederá de inmediato. Ahora bien, si el aparato nervioso atrae y rechaza esta luz, tornándolo positivo o negativo según la superexcitación personal del sujeto, todos los cuerpos inertes sometidos a su acción e impregnados con su vida se tornarán más livianos y más pesados, siguiendo el flujo y reflujo de la luz que —en el nuevo equilibrio de su movimiento— atrae a los cuerpos porosos y no conductores en torno de un centro vital, como los planetas en el espacio se atraen, equilibran y gravitan en torno de su sol.

Este poder excéntrico de atracción o proyección supone invariablemente un estado enfermizo en quien lo sufre; todos los *médiums* son excéntricos y muy desequilibrados; la mediomanía supone u ocasiona una serie de manías nerviosas, ideas fijas, apetitos desordenados, erotomanía desenfrenada, tendencias al asesinato o al suicidio. En las personas que padecen de esto, no existe más la responsabilidad moral; hacen mal convencidas de que hacen bien; lloran de emoción en la iglesia y es posible encontrarlas en bacanales. Siempre tienen argumentos para explicarlo todo: el demonio o los espíritus las obsesionan y descarrían. ¿Qué puede

hacerse con ellas? No viven por sí mismas; una criatura misteriosa las anima y actúa por ellas; este ser se llama "Legión".

Los esfuerzos reiterados de una persona sana para desarrollar facultades mediúmnicas causa fatiga, enfermedad e incluso puede alterar la razón. Esto le sucedió a Víctor Hennequin, ex-director de *La Démocratie Pacifique* y, después de 1848, miembro de la Asamblea Nacional. Era un joven abogado, lleno de fluida elocuencia, a quien no le faltaba educación ni talento, pero estaba infatuado por los delirios de Fourier. Proscripto después de los hechos del2 de diciembre, durante su forzada inactividad se dedicó a operar con la mesa giratoria; demasiado pronto cayó víctima de la mediomanía y llegó a creerse instrumento de las revelaciones del alma de la tierra. Publicó un libro titulado "Salvemos a la Raza Humana"; se trataba de una mezcla de reminiscencias socialistas y cristianas; allí titiló el último rayo de su razón; pero siguió con sus experiencias y la que triunfó fue la locura. En una obra final de la que se publicó un solo tomo, Víctor Hennequin representa a Dios con la apariencia de un pulpo inmenso ubicado en el centro de la tierra, con antenas y trompas vueltas hacia adentro como barrenas que pasan por su cerebro y también el de su esposa Octavia. Poco después fue noticia que Víctor Hennequin había muerto en un manicomio como consecuencia de un paroxismo maníaco.

También hemos oído hablar de una dama perteneciente a la aristocracia que se dedicó a comunicarse con supuestos espíritus mediante mesas y que, muy escandalizada por las inapropiadas respuestas de su particular pieza del mobiliario, emprendió un viaje a Roma para presentar esa mesa hereje ante la silla de San Pedro. La llevó consigo y en la capital del mundo cristiano formuló un auto de fe. Mejor era que quemara su mesa antes que coqueteara con la locura pues para decir verdad, la dama en cuestión corría un peligro inminente. No nos riamos de ese episodio; somos hijos de una edad de la razón en la que los hombres considerados serios, como el Conde de Mirville, atribuyen al demonio los inexplicados fenómenos de la Naturaleza.

En un melodrama muy conocido en los barrios hay un mago que, como necesitaba un ayudante, creó un autómata, que era un monstruo con garras de león, cuernos de toro y escamas de leviatán. Infundió vida a esta esfinge híbrida pero huyó de inmediato, aterrorizado ante su propia creación. El monstruo le siguió, apareció ante él y sus seres queridos, incendió su casa, quemó a su padre, raptó a su hijo y, continuando su cacería hasta el mar, hizo que éste devorara a la nave en que viajaba y finalmente lo mató en medio de un rayo. Este horrible espectáculo, que el miedo tornó visible, se ha concretado en la historia de la humanidad; la poesía personificó al fantasma del mal y lo dotó con todas las fuerzas de la Naturaleza. Procuró incluir a la quimera como ayuda de la moralidad, y luego llegó a tener la fealdad engendrada por sus propios sueños. Desde entonces el monstruo nos persiguió a través de las edades; hace muecas entre nosotros y los objetos que amamos; impura pesadilla, estrangula a nuestros hijos mientras duermen; lleva a través de la creación, esa casa paterna de

la humanidad, la antorcha inextinguible del infierno; quema y tortura a nuestros padres eternamente; expande sus negras alas para ocultar el cielo a nuestros ojos; chilla: "No tengáis más esperanzas". Monta en la grupa y galopa detrás de nosotros como el remordimiento; hunde en el océano de la desesperación la última roca de nuestras esperanzas; es el viejo Ahrimán persa, el Tifón egipcio, el tenebroso dios confesado por los herejes de Manes, el Conde de Mirvine y la Magia Negra del demonio; es el horror del mundo y el ídolo de los malos cristianos. Los hombres trataron de reírse de él y tuvieron miedo; le caricaturizaron y temblaron, pues los bosquejos parecieron tomar vida y burlarse de quienes los confeccionaron. No obstante todo esto, su reino ya pasó, aunque no parezca avasallado por un rayo del cielo; la ciencia venció al rayo y lo convirtió en antorchas; el monstruo se disolverá ante el brillo de la ciencia y la verdad; el genio de la ignorancia y la oscuridad sólo será destruido por la luz.

Capítulo IV

# EL ASPECTO FANTÁSTICO DE LA LITERATURA MÁGICA

Hace veinte años que Alfonso Esquiros, amigo de nuestra infancia, publicó una obra de elevada fantasía, titulada "El Mago". En ese relato estaba encarnado lo más extraño que el romanticismo de la época podía concebir; el autor dotó a su mago con un harén de mujeres muertas, embalsamadas según un procedimiento que luego descubrió Gannal. Los personajes incluían un autómata de bronce que predicaba la castidad, un hermafrodita enamorado de la luna que mantenía correspondencia regular con el satélite y había otras cosas prodigiosas que ya olvidamos. Puede decirse que Alfonso Esquiros fundó una escuela de fantasistas de la Magia después de publicar esta novela, cuyo representante más distinguido es el joven e interesante Enrique Delaage, escritor fecundo, taumaturgo desconocido y fascinador dotado.' Su estilo no es menos asombroso que los conceptos de Alfonso Esquiros, su iniciador y maestro. En su libro que trata sobre quienes resucitaron de entre los muertos, hace esta observación respecto de alguna objeción contra el cristianismo: "Tomaré esta objeción por el cuello y, cuando la suelte, la tierra retumbará bajo el peso de su cuerpo estrangulado". En verdad, muy poco es lo que responde a esta objeción, pero ¿qué puede contestarse a una objeción estrangulada con la tierra retumbando bajo el peso de su cadáver?

Hemos dicho que Enrique Delaage es un taumaturgo desconocido. De hecho, informó a un conocido nuestro que durante el invierno, cuando prevalecía la gripe, bastaba que entrara en una habitación para que cuantos en ella se encontraban curaran de inmediato. Desgraciadamente él mismo se convirtió en víctima del milagro, pues contrajo una ligera ronquera que no le abandonó jamás. Muchos amigos nuestros declaran que tiene el don de la ubicuidad: se le deja en la oficina de *La Patrie* y se le halla otra vez con su editor Dantu; uno se retira azorado a la propia casa para encontrarse con que allí Delaage está esperando su llegada. Es un diestro fascinador. Una dama de la sociedad que leyó uno de sus libros atestiguo que no conocía nada mejor escrito ni más bello, pero Delaage no imparte belleza a sus palabras. Hemos leido un artículo firmado "Fiorentmo que decía que el atractivo físico del joven mago igualaba o incluso superaba al de los ángeles. Nos encontramos con Delaage y le interroga-

mos con curiosidad sobre esta singular revelación. Se puso la mano en el chaleco y miró al cielo sonriendo; afortunadamente llevábamos el *Enchiridion* de León III que, como se sabe, preserva de los encantamientos, por lo que la belleza angelical del fascinador quedó oculta a nuestros ojos. Ofrezcamos de nuestra parte un elogio más serio a Enrique Delaage que el que le tributan quienes admiran su buena apariencia; es sincero cuando dice que es católico y cuando proclama en voz alta su amor y respeto hacia la religión. Ahora bien, la religión puede convertirlo a uno en santo, y este titulo es más estimable y glorioso que el de hechicero.

Debido a su prominencia como publicista ubicamos a este joven en primer lugar entre los fantasistas de la Magia, pero en todo lo demás este puesto destacado pertenece al Conde d'Ourches, hombre de venerable edad que consagró su vida y fortuna a los experimentos mesméricos. Mujeres en estado de sonambulismo y cualquier mueble que haya en la casa se entregan a danzas frenéticas; los muebles se deterioran y rompen, pero se dice que, en cuanto a esos giros, las mujeres son las mejores.

Durante largo tiempo una idea fija dominó al Conde d'Ourches: el miedo de ser enterrado vivo. Escribió una cantidad de recordatorios sobre la necesidad de verificar su deceso del modo más preciso posible. Ese temor tiene algún justificativo de su parte porque es de temperamento pletórico y de extrema susceptibilidad nerviosa, y al estar continuamente sobreexcitado por experimentos que realiza con bellas sonámbulas, puede exponerse a ataques de apoplejía. En cuanto al magnetismo, es discípulo del Abate Faría y en cuanto a la nigromancia pertenece a la escuela del Barón de Guldenstubbé. Este publicó una obra titulada: "Neumatología positiva y experimental; la realidad de los espíritus y el maravilloso fenómeno de su escritura directa". Narra así su descubrimiento: "Fue en el curso del año 1850, o unos tres años antes de la epidemia de "raps", que el autor procuró introducir en los círculos de Francia adeptos del espiritualismo norteamericano, los misteriosos "raps" de Rochester y la escritura puramente automática de los *médiums*. Desgraciadamente debió afrontar muchos obstáculos de parte de otros mesmeristas. Los que convalidaban la hipótesis de un fluido magnético, y hasta los que se calificaban como Mesmeristas Espirituales, pero que en realidad eran inferiores a quienes inducían el sonambulismo, consideraban que los misteriosos "raps" del Espiritualismo Norteamericano eran locuras visionarias. Fue por ello que sólo después de seis meses el autor pudo formar su primer círculo según el plan norteamericano, y luego gracias a la fervorosa concurrencia del señor Roustan, miembro fundador de la Sociedad de Magnetizadores Espiritualistas, hombre secillo y lleno de entusiasmo por la causa sagrada del espiritualismo. Muchas otras personas se nos unieron, entre ellas el Abate Chátel, fundador de la Iglesia Francesa quien, a pesar de sus tendencias racionalistas, terminó admitiendo la realidad de la revelación objetiva y sobrenatural, como condición indispensable del espiritualismo y de todas las religiones prácticas. Dejando de lado las condiciones morales, que constituyen igualmente un requisito, es sabido que los círculos norte-

americanos se basan en la distinción de corrientes magnéticas o positivas y eléctricas o negativas.

"Los círculos consisten en doce personas, que representan en igual proporción los elementos positivo y negativo o sensitivo. Esta distinción no concuerda con el sexo de los miembros, aunque generalmente las mujeres son negativas y sensitivas, mientras los hombres son positivos y magnéticos. Antes de formar los círculos debe ser estudiada la constitución mental y física de cada individuo, pues algunas mujeres delicadas tienen cualidades masculinas, mientras algunos hombres recios son, moralmente hablando, mujeres. Se coloca una mesa en un lugar amplio y ventilado; el *médium* se sienta en un extremo, enteramente aislado; con su quietud calma y contemplativa sirve de conductor de la electricidad, y puede señalarse que una buena sonámbula es comúnmente una *médium* excelente. Las seis disposiciones eléctricas o negativas, que generalmente se conocen por sus cualidades emocionales y su sensibilidad, se ubican a la derecha del *médium,* la más sensitiva de todas está más próxima a éste. La misma norma se sigue con las personalidades positivas, que están a la izquierda del *médium,* con la más positiva de todas más próxima a éste. A fin de formar una cadena, las doce personas colocan individualmente su mano derecha sobre la mesa y su mano izquierda sobre la de su vecino, formando así un círculo en torno de la mesa. Obsérvese que el *médium* o los *médiums,* si hay más de uno, estén enteramente aislados de los que forman la cadena.

"Luego de una cantidad de sesiones se obtienen ciertos fenómenos notables, como sacudidas simultáneas, sentidas por todos los presentes en el momento de la invocación mental por parte de las personas más inteligentes. Lo mismo ocurre con los golpes misteriosos y otros sonidos extraños; muchas personas, incluidas las menos sensitivas, han tenido visiones simultáneas, aunque permaneciendo en el estado corriente de vigilia. Las personas sensitivas han adquirido el más maravilloso don de la mediumnidad, a saber: la escritura automática, como resultado de una atracción invisible que usa el instrumento no-inteligente de un brazo humano para expresar sus ideas. En cuanto al resto, las personas no-sensitivas experimentan la misteriosa influencia de un viento externo, pero el efecto no es lo bastante fuerte como para poner sus miembros en movimiento. Todos estos fenómenos, obtenidos según la modalidad del esplritualismo norteamericano, tienen el defecto de ser más o menos indirectos, porque en estas experiencias es imposible prescindir de la mediación de un ser humano o *médium.* Lo mismo ocurre con las mesas giratorias que invadieron Europa a mediados de 1853.

El autor ha efectuado muchas experiencias con mesas, con su honorable amigo, el Conde d'Ourches, una de las personas más instruidas en Magia y Ciencias Ocultas. Gradualmente llegamos a un punto en que las mesas se movían aparte de cualquier contacto, mientras el Conde d'Ourches las hizo elevarse, también sin contacto. El autor ha hecho que las mesas atravesasen una habitación con gran rapidez, y no sólo sin contacto sino

también sin la ayuda magnética de un círculo de asistentes. El 20 de enero de 1856 también tuvo lugar la vibración de las cuerdas de un piano, en presencia del Conde de Szapary y del Conde d'Ourches. Todos esos fenómenos son prueba positiva de ciertas fuerzas ocultas, pero no demuestran adecuadamente la existencia real y sustancial de inteligencias invisibles, independientes de nuestra voluntad e imaginación, aunque los límites de estas últimas se hayan extendido vastamente respecto de sus posibilidades. A ello obedece el reproche que se hace a los espiritualistas norteamericanos porque sus comunicaciones con el mundo de los espíritus son de carácter tan insignificante al reducirse a golpes misteriosos y otras vibraciones sonoras. De hecho, no hay un fenómeno directo inteligente y material a la vez, independiente de nuestra voluntad e imaginación, comparable con la escritura directa de los espíritus, que no han sido invocados ni evocados, y esto solo es lo que ofrece una prueba irrefutable de la realidad del mundo sobrenatural.

"El autor, siempre en busca de esa prueba, inteligente y palpable, relativa a la realidad sustancial del mundo sobrenatural a fin de demostrar con hechos ciertos la inmortalidad del alma, jamás cesó de dirigir fervientes plegarias al Eterno para que se sirviese indicar un medio infalible de fortalecer la fe en la inmortalidad que es la base eterna de la religión. El Eterno cuya misericordia es infinita, respondió pródigamente a esta débil plegaria. El 1º de agosto de 1856, al autor se le ocurrió ensayar si los espíritus podían escribir directamente —es decir, aparte de la presencia de un *médium*. Recordando la maravillosa escritura directa del Decálogo, comunicado a Moisés, y la otra escritura, igualmente directa y misteriosa, en el festín de Baltasar, registrado por Daniel; habiendo oído además sobre los modernos misterios de Stratford, en Norte América, donde aparecieron en hojas de papel ciertos caracteres extraños e ilegibles, aparentemente aparte de los *médiums*, el autor buscó establecer la realidad de esos importantes fenómenos, si es que realmente se hallaban dentro de los límites de lo posible.

"Por ello colocó una hoja de papel de carta, color blanco, y un lápiz de punta aguda en una caja, que luego cerró, llevándose la llave, sin informar a nadie sobre sus propósitos. Esperó en vano doce días, pero cuál sería su asombro cuando el 13 de agosto de 1856, halló trazados en el papel ciertos caracteres misteriosos. Repitió el experimento diez veces ese día, colocando una nueva hoja de papel cada vez en la caja, con el mismo resultado invariablemente. Al día siguiente efectuó veinte experimentos pero dejó abierta la caja, sin perderla de vista. Presenció la formación de caracteres y palabras en lengua estoniana, sin que el lápiz se moviera. Como éste era evidentemente inútil, decidió prescindir de él y colocó hojas de papel ora sobre su propia mesa, ora sobre los pedestales de viejas estatuas, sobre sarcófagos, urnas, etc., en el Louvre, en St. Denis, en la iglesia de St. Etienne du Mont, etc. Fueron efectuados experimentos similares en diferentes cementerios de París, pero al autor no le agradaban los cementerios, y los espíritus, en su mayoría, prefirieron los lugares en que vivieron

durante su estada terrena y no donde fueron depositados sus restos mortales".

Lejos estamos de discutir los singulares fenómenos observados por el Barón de Guldenstubbé, pero le señalamos que el descubrimiento fue hecho antes por Lavater y que el retrato pintado a la acuarela por el cabalista Gablidone es de mayor importancia que las pocas líneas escritas que obtuvo el Barón. Hablando luego en nombre de la ciencia, le diríamos, no ciertamente para su beneficio, viendo que no nos creería, sino en bien de los serios observadores de estos extraños fenómenos, que las escrituras que obtuvo no procedieron del otro mundo sino que él mismo las efectuó inconscientemente. Le diríamos que sus experimentos, tan indebidamente multiplicados, y la excesiva tensión de su voluntad, destruyeron el equilibrio de su cuerpo fluido y astral, obligándolo a realizar sus sueños y trazando, en caracteres tomados de sus propios recuerdos, los reflejos de su imaginación y sus pensamientos. Si se hubiese colocado en un estado perfectamente lúcido de sueño magnético, habría visto una contraparte luminosa de su mano, alargada como una sombra en el sol poniente; la habría visto trazar en el papel preparado por él o sus amigos los caracteres que tanto le sorprendieran. Esa luz corpórea que emana de la tierra y de él es contenida por una envoltura fluídica de extrema elasticidad, y esa envoltura está formada por la quintaesencia de sus espíritus vitales y su sangre. Esta quintaesencia deriva de la luz un color determinado por su voluntad secreta; se crea a semejanza de su sueño, y los caracteres se imprimen en el papel como se imprime en los cuerpos de los niños por nacer lo que sus madres imaginan. Lo que le parece tinta es su sangre ennegrecida y transfigurada. El Barón se gasta en la medida que multiplica sus escrituras. Si continúa sus experimentos, su cerebro se debilitará gradualmente y su memoria se resentirá. Experimentará dolores indescriptibles en las articulaciones y los dedos, y finalmente morirá, de ataque súbito y tras una larga agonía, caracterizada por alucinaciones y locura. Esto es suficiente respecto del Barón de Guldenstubbé.

Al Conde d'Ourches le diríamos: No será enterrado vivo, pero correrá el riesgo de morir por las mismas precauciones que toma contra esa posibilidad. El despertar de quienes son enterrados vivos sólo puede ser rápido y breve, pero pueden vivir largo tiempo bajo tierra, conservados por la Luz Astral en completo estado de sonambulismo lúcido. Sus almas están entonces atadas al cuerpo dormido mediante una cadena invisible, y si esas almas son codiciosas y criminales pueden sacar la quintaesencia de la sangre de personas que están naturalmente dormidas; éstas pueden transmitir esta savia a sus cuerpos enterrados para hacer más prolongada su preservación, con la vaga esperanza de que en última instancia volverán a la vida. A este horrible fenómeno se lo llama vampirismo, y su realidad ha sido establecida por muchos casos tan bien atestiguados como lo más serio de la historia. Si se pone en duda la posibilidad de esta vida magnética del cuerpo humano bajo tierra, léase el siguiente relato de un oficial inglés,

llamado Osborne, cuya buena fe fue certificada por el Barón Du Potel y el general Ventura:

"El 6 de junio de 1838", dice Osborne, "la monotonía de nuestra vida de cuartel fue felizmente interrumpida por el arribo de un individuo que era famoso en todo Punjab. Era sujeto de gran veneración entre los *sikhs* debido a su facultad de permanecer sepultado bajo tierra durante tanto tiempo como quisiera. Se contaban historias tan extraordinarias de este hombre, y tantas personas de reputación garantizaban su autenticidad, que estábamos muy ansiosos de verle. Nos dijo que se había dedicado durante una cantidad de años, en diversas parte de la India, a que lo enterraran vivo. Entre las personas serias y dignas de crédito que habían atestiguado a su favor puedo mencionar al capitán Wade, funcionario político en Lodhran. Este oficial me dijo muy seriamente que había asistido a la resurección de dicho fakir después del entierro que tuvo lugar unos meses antes, en presencia del general Ventura, del Maharajá y de los principales jefes *sikhs.* Estos son los pormenores del entierro, según los datos recibidos por el capitán Wade y otros que añadió sobre la base de su propia autoridad:

"Luego de ciertas precauciones que duraron varios días y cuyos detalles son desagradables, el fakir anunció que estaba listo para afrontar la prueba. El Maharajá, los jefes sikhs y el general Ventura se congregaron en torno de una tumba de piedra, construida con esa finalidad expresa. En presencia de ellos, el fakir cerró con cera todos los orificios de su cuerpo por los que pudiera entrar aire, con excepción de la boca; luego se quitó las ropas, fue envuelto en una bolsa de tela y, por propia voluntad, arrolló su lengua para que obstruyese la garganta. Después cayó en una especie de letargo. La bolsa que lo contenía fue cerrada y en la parte superior el Maharajá colocó un sello. Luego la bolsa fue puesta en un cajón sellado y con candados, y se la hizo descender en la tumba. Se arrojó encima gran cantidad de tierra, que fue apisonada, sembrándose allí cebada. Finalmente se estacionaron alrededor del sitio unos centinelas con órdenes de vigilar día y noche.

"No obstante estas precauciones, el Maharajá tenía sus dudas; en tres ocasiones durante el lapso de diez meses que el fakir quedaría enterrado, visitó la tumba, que fue abierta en su presencia, pero el cuerpo estaba en la bolsa, tal como se lo había colocado, frío e inanimado en toda su apariencia. Una vez transcurridos los diez meses, finalmente el fakir fue exhumado. El general Ventura y el capitán Wade abrieron los candados, rompieron los sellos e hicieron subir el cajón de la tumba. Se sacó al fakir pero no había señales de vida en el corazón ni en el pulso. Como primer medio para reanimarlo, uno de los espectadores introdujo muy suavemente un dedo en la boca y volvió a poner la lengua en su posición natural. La coronilla era el único sitio con algún calor sensible. Cuando se le echó lentamente agua tibia en el cuerpo, se obtuvieron gradualmente algunos signos de vida. Luego de dos horas de atención, el fakir se levantó y empezó a caminar, sonriendo.

Este ser extraordinario declaró haber tenido sueños deliciosos durante su entierro, pero que el momento de despertar era excesivamente doloroso y que se hallaba en un estado de vértigo antes de regresar a la consciencia; su edad es de unos treinta años, no es bien parecido y su expresión es algo artera. Conversamos con él largamente, y ofreció ser enterrado en nuestra presencia. Le tomamos la palabra y le dimos una cita en Lahore donde prometió que permanecería bajo tierra durante toda nuestra estada en esa ciudad".

Ese fue el relato de Osborne. La cuestión era si el fakir permitiría realmente que lo enterrasen una vez más. Esa nueva experiencia bien podría ser decisiva. Pero sucedió lo siguiente:

"Quince días después que el fakir visitó nuestro campamento, los oficiales ingleses llegaron a Lahore. Escogieron un sitio que parecía favorable para la experiencia, hicieron construir una tumba amurada y un cajón muy sólido, y luego aguardaron al fakir. Llegó al día siguiente, expresando su ardiente deseo de demostrar que no era un impostor. Declaró además que había hecho los preparativos necesarios para el experimento, pero su conducta evidenciaba cierto desasosiego y desaliento. Empezó a poner sus cláusulas sobre lo que se le pagaría y se le fijó la suma de mil quinientas rupias al contado y dos mil rupias anuales, que los oficiales obtendrían del rey. Satisfecho con esta cuestión, quiso que le informaran sobre las precauciones que se iban a tomar. Los oficiales le mostraron el ataúd y sus llaves, y le advirtieron que durante una semana vigilarían el lugar centinelas escogidos entre los soldados ingleses. El fakir protestó y señaló los muchos abusos de *Firinghees* y escépticos, que buscaban robarle su reputación. También expresó su temor de que se atentase contra su vida y rehusó confiarse enteramente a la vigilancia de los europeos, exigiendo que se entregase un duplicado de las llaves a uno de sus correligionarios; insistió además —y esto sobre todo— que los centinelas no debían ser enemigos de su fe. Los oficiales no aceptaron estas condiciones; hubo otras entrevistas pero sin resultado; y finalmente el fakir dio a entender, a través de uno de los jefes sikhs, que habiéndole amenazado el Maharajá con su ira si no cumplía su compromiso con los ingleses, deseaba afrontar la prueba, aunque tenía la seguridad de que el único objetivo de los oficiales era quitarle la vida, y que jamás saldría de su tumba. Los oficiales admitieron que, en cuanto a esta última cuestión, todos compartían su convicción, añadiendo que como no deseaban que se les reprochase una muerte, lo revelaban de su compromiso.

"¿Esas vacilaciones y temores son prueba positiva contra el fakir? ¿Se desprende que todos cuantos antes atestiguaron haber contemplado con sus propios ojos los hechos a los que debió su celebridad fueron culpables de engaño o víctimas de un hábil truco? Confesamos que, por la extensión y calidad de las evidencias, no podemos dudar que el fakir fue frecuente y literalmente enterrado; y aunque admitiendo que después de su inhumación en cada ocasión continuara comunicándose con el mundo de arriba, sería todavia inexplicable cómo pudo estar sin respirar durante el lapso

que medió entre su sepelio y el momento en que sus segundos llegaron en su ayuda. Osborne añade en una nota una cita de *Medical Topography of Lodhiana,* del Dr. MacGregor, médico inglés, que asistió a una de las exhumaciones, fue testigo del letargo del fakir, de su retorno gradual a la vida, y que trata seriamente de explicar esto. Boileau, oficial inglés, en una obra publicada hace años, vuelve a narrar cómo presenció otra experiencia que reprodujo todos los hechos precisamente de la misma manera. Quienes ansien satisfacer más cabalmente su curiosidad, quienes entrevean en el relato una indicación de un curioso hecho fisiológico, pueden remitirse con confianza a las fuentes aquí señaladas".

Todavia existe una cantidad de constancias oficiales sobre la exhumación de vampiros. En cada caso la carne se hallaba en notable estado de conservación, el cuerpo exudaba sangre, el cabello había crecido de manera anormal y por las grietas del ataúd salían mechones. No había signos de vida en el aparato respiratorio, salvo en el corazón únicamente, que parecía más bien un órgano vegetal que animal. Para matar al vampiro debía clavársele una estaca en el pecho, y luego un grito horrendo señalaba que el sonámbulo de la tumba despertaba para sumirse en una muerte verdadera. Para que esa muerte fuese definitiva, se ponían espadas con las puntas hacia arriba en la tumba del vampiro, pues los fantasmas de la Luz Astral se desintegran por la acción de las puntas metálicas, que atraen esa luz hacia el condensador común y disipan sus concentraciones coaguladas. Para dar tranquilidad a las personas nerviosas puede añadirse que los casos de vampirismo son muy raros y que nadie sano de mente y cuerpo puede resultar víctima, a no ser que le haya entregado al vampiro, cuando éste vivía, su cuerpo y su alma por una complicidad criminal o una pasión irregular.

Tournefort, en su obra "Un Viaje al Levante" narra la siguiente historia de un vampiro:

"En la isla de Mycona presenciamos una escena muy singular: el supuesto regreso de un difunto luego de inhumado. En el Norte de Europa, quienes así retornan se llaman vampiros, pero los griegos los designaban *Broucolaques.* El caso en cuestión fue el de un campesino de Mycona, sombrío y pendenciero. Esta es una circunstancia digna de nota, en vista de casos paralelos. Lo mataron en el campo; nadie supo porqué ni quién. Dos días después de su inhumación en una iglesia de la ciudad, se rumoreó que le habían visto de noche vagando apresuradamente. También visitaba las casas, volcaba los muebles, apagaba las luces, abrazaba a la gente por detrás y realizaba otras innumerables triquiñuelas. Al principio todo fue cuestión de risa, que pasó a ser algo serio cuando gente digna de crédito empezó a quejarse. Hasta los sacerdotes certificaron el hecho y sin duda tenían sus razones. Se recurrió a la celebración de misas, con esa finalidad, pero el campesino seguía con lo mismo, sin dar muestras de corregirse. Luego de varias reuniones de personas principales, sacerdotes y monjes del pueblo, se llegó a la conclusión que había que esperar nueve días después del entierro, siguiendo no sé qué antiguo procedimiento. Al

décimo día se celebró una misa en la iglesia donde fuera inhumado el cadáver, con el fin de expulsar al demonio que se juzgaba había entrado en él. Una vez finalizada la misa, el cadáver fue desenterrado, sacándosele el corazón. Fue necesario quemar incienso debido al mal olor, pero esa mezcla empeoró las cosas y hasta casi sofocó a los presentes. El cadáver exhalaba un humo espeso, y los presentes no nos aventuramos a sugerir que se tratase del humo del incienso. Estaban también los que afirmaban que la sangre de ese desgraciado era anormalmente escarlata, mientras otros declaraban que la carne estaba todavía caliente, por lo que se concluyó que el difunto había cometido el grave error de no morirse como debía o más bien que había permitido que el diablo le restituyese la vida. Esta era precisamente la idea sobre el vampiro y empezó a repetirse esa especie con persistencia. Se reunió una multitud protestando porque el cadáver evidentemente no estaba rígido cuando lo llevaron a la iglesia para inhumarlo y que, por eso, era un vampiro de verdad.

"Cuando se nos consultó, expresamos la opinión de que esa persona estaba indudablemente muerta y en cuanto a la supuesta sangre escarlata, era fácil ver que se trataba solamente de cieno hediondo. En cuanto al resto, intentamos curar o por lo menos no provocar más la excitada imaginación de la gente, dando explicaciones sobre los vahos y el calor atribuidos al cadáver. No obstante tales argumentos, se decidió inhumar el corazón del difunto, pero después de esto no se mostró más tratable que antes y provocó una agitación mayor. Se le acusó de golpear de noche a la gente, de derribar puertas y ventanas, de arrancar las ropas y de vaciar jarras y botellas. La conducta del finado era muy objetable. Hay razones para creer que no dejó una sola casa sin perturbar, salvo la del cónsul, donde otrora se alojara. La imaginación popular estaba exaltada y hasta la gente sensata resultó tan afectada como los demás. Parecía flotar en el ambiente una enfermedad cerebral tan peligrosa como la locura; familias enteras abandonaron sus casas y llevaron sus jergones a las afueras, para pasar allí la noche. Incluso entonces se quejaron de nuevos insultos, y los más sensatos se marcharon al campo. Unos ciudadanos imbuidos de celo público decidieron que había dejado de observarse un detalle esencial; según su punto de vista, la misa debía haberse celebrado después, y no antes de sacar el corazón del cadáver. Se suponía que con esta precaución el demonio habría sido tomado por sorpresa, sin intentar regresar; pero lamentablemente habían empezado con la misa, lo cual le dio tiempo a marcharse, pudiendo volver a su antojo. Estas consideraciones dejaron la cuestión en un atolladero igual que al comienzo. Hubo muchas reuniones, por la noche y por la mañana; hubo procesiones que duraron tres días y tres noches; a los sacerdotes se les impuso ayunos; los clérigos visitaban las casas con el aspersorio en mano; rociaban con agua bendita y purificaban las puertas. Hasta llenaron la boca del miserable vampiro con agua bendita.

"En medio de todos esos prejuicios debimos limitarnos a no emitir nuestra opinión; nos habrían considerado burlones o infieles. Sin embargo, ¿qué había que hacer para ayudar a los habitantes? Cada mañana

traía una nueva escena a esta comedia con el recitado de nuevas travesuras de este vampiro, que era acusado incluso de cometer los crímenes más abominables. Con todo, expusimos más de una vez al gobernador del pueblo que en nuestro país, en tales circunstancias, no dejaba de ponerse una guardia, para tomar nota de lo que ocurriese. Al fin hicieron caso, y arrestaron a algunos vagabundos que estaban sin duda en el pozo del descarrío. Por supuesto, salieron en libertad demasiado pronto y dos días después, para expiar el ayuno que dichos perdidos sufrieron en prisión, se dedicaron a vaciar las jarras de vino de algunas casas abandonadas. Luego de colocar innumerables espadas desenvainadas sobre la tumba, la gente volvió a sus plegarias y a desenterrar el cadáver cuando se le antojaba. Fue entonces cuando un albano que estaba allí señaló con tono autoritario que era sumamente ridículo, en un caso de esa índole, usar espadas de cristianos; como sus empuñaduras era en cruz, impedían que el demonio abandonase el cuerpo, por lo que recomendó que empleasen sables turcos. De nada sirvió el consejo de este experto; el vampiro no se mostró más tratable, y ya ni sabían a qué santo invocar cuando todos al unísono, como si hubieran recibido una orden, gritaron por toda la ciudad que el vampiro debía ser quemado por completo, después de lo cual desafiarían al demonio, y que en verdad ese era mejor arbitrio antes que la isla quedase desierta. De hecho, ciertas familias ya se aprestaban para marcharse.

"Por orden de los gobernadores el vampiro fue llevado al extremo de la Isla de San Jorge. Prepararon una gran pira con brea, no fuera que la madera seca no se encendiese con bastante rapidez. Lo que quedó del cadáver miserable fue arrojado allí, consumiéndose prestamente. Esto ocurrió el 1º de enero de 1701. De allí en adelante no hubo quejas contra el vampiro; todos estuvieron de acuerdo en que en esa ocasión el demonio había sido vencido, y se compusieron canciones burlándose de él".

Ha de observarse en este relato de Tournefort que éste admite la realidad de las visiones que paralizaron a todo el pueblo. No niega la flexibilidad ni el calor del cadáver sino que procura explicar estas cosas con el objeto, digno de encomio, de infundir confianza a quienes se le refieren. No menciona la descomposición del cadáver sino tan sólo su mal olor, el cual no es menos característico en los cadáveres de vampiros que en los de los hongos venenosos. Finalmente, admite que una vez quemado el cadáver, cesaron los prodigios y visiones. Pero nos hemos alejado mucho del tema de los Fantasistas de la Magia; volvamos a estos y, olvidando el problema de los vampiros, digamos una palabra sobre el cartomántico Edmond, hechicero de damas en el barrio de Notre Dame de Lorette, con su cuarto primoroso en el n° 30 de la calle Fontaine St. Georges, donde su vestíbulo está siempre lleno de clientes, incluidos ocasionalmente los del sexo masculino. Edmond es hombre alto, algo corpulento, de tez pálida, aspecto franco y voz simpática. Parece creer en su propio arte y ejecuta a conciencia los métodos populares de Etteilla y la señorita Lenormand. Cuando le interrogamos sobre sus procedimientos, nos respondió con franqueza y cortesía que desde su niñez se había consagrado apasionadamente

a las ciencias ocultas; que empezó la adivinación desde muy joven; que está familiarizado con los secretos filosóficos del conocimiento trascendente; y que no posee las claves de la Cabala de Salomón. Sin embargo, declara que es muy sensible y que la mera proximidad de sus clientes le impresiona con tanta agudeza que, en un sentido, siente el destino de aquellos. "Me parece oir ruidos singulares y golpeteos de cadenas en torno de quienes están destinados al cadalso, gritos y gemidos en torno de quienes morirán violentamente. Los olores sobrenaturales me acometen y casi me ahogan. Un día, en presencia de una dama velada, vestida de negro, empecé a temblar ante un olor de paja y sangre. 'Señora', grité, 'tened a bien marcharos, pues estáis rodeada por una atmósfera de crimen y prisión'. 'Decís la verdad', me contestó, quitándose el velo de su pálida faz, 'me acusaron de infanticidio y acabo de salir de prisión. Puesto que habéis visto el pasado, decidme también el futuro' ".

Uno de nuestros amigos y discípulo en el Cabalismo, totalmente desconocido para Edmond, acudió un día a consultarle, y luego de pagar por adelantado los esperados oráculos, Edmond, levantándose respetuosamente, le suplicó que tomase de vuelta su dinero. "Nada tengo que decirle", explicó; "su destino está cerrado contra mí por la llave del ocultismo; cuanto pudiera decirle, usted ya lo sabría tan bien como yo". Le despidió con muchas inclinaciones.

Edmond también se ocupa de astrología judicial; prepara horóscopos y juzga natividades a precios muy moderados. En una palabra, se encarga de todo lo atinente a su negocio, lo cual es, por el otro lado, algo fatigoso y desencantador. Con cuántos cerebros desordenados y corazones enfermos deberá estar en relación continuamente, y con cuántos imbéciles pedidos de unos, injustos reproches de otros, cansadoras confidencias, solicitudes de filtros y hechizos, obsesiones de locos... En fin, todo este se junta para hacer que gane sus ingresos arduamente. En resumen, Edmond es un sonámbulo como Alexis; se automagnetiza con sus cartas y las figuras diabólicas que las adornan; viste de negro y brinda sus consultas en una habitación negra; en una palabra, es el profeta del misterio.

Capítulo V

## ALGUNOS RECUERDOS PRIVADOS DEL AUTOR

Cierta mañana de 1839, el autor de este libro recibió la visita de Alfonso Esquiros, quien le dijo: —Tributemos nuestros respetos a Mapah.

Surgió la pregunta natural: —Pero, de cualquier forma, ¿quién o qué es Mapah?

—Es un dios —fue la respuesta.

—Muchas gracias —le dije al autor— pero yo sólo rindo mis devociones a los dioses invisibles.

—No obstante eso, venga conmigo; es el loco más elocuente, radiante y magnífico en el orden visible de las cosas.

—Amigo mío, me aterrorizan los locos; la enfermedad de estos es contagiosa.

—Concedido, dilectísimo, pero insisto. . .

—Está bien. Que sea así. Tributaremos nuestros respetos a Mapah.

En una espantosa buhardilla había un hombre barbudo, de porte majestuoso, que invariablemente vestía sobre sus ropas una andrajosa capa de mujer y que, en consecuencia, tenía más bien el aire de un derviche en la indigencia. Le rodeaban varios hombres, barbudos y extáticos como él, a los que se sumaba una mujer de rasgos inmóviles, que parecía una sonámbula en trance. Los modales del profeta eran abruptos pero simpáticos; tenía ojos alucinados y una contagiosa elocuencia. Hablaba con énfasis, se entusiasmaba rápidamente con su tema, y se exaltaba hasta que en sus labios se formaba una espuma blanca. En una ocasión se denominó al Abate Lamannais "los noventa y tres años cumpliendo sus deberes de Pascua". Esa llamativa frase se adecúa más a Mapah y su misticismo, como lo demostrará un fragmento de uno de sus arrebatos líricos.

—La transgresión fue inevitable para el hombre: la decretó su destino para que fuese instrumento de su propia reconstrucción, para que se manifestase la grandeza y majestuosidad de Dios en la majestuosidad y grandeza del trabajo humano, atravesando sus fases sucesivas de luz y oscuridad. Pero la Caída destruyó la unidad prístina; el sufrimiento entró en el mundo disfrazado de serpiente, y el Arbol de la Vida se convirtió en el Arbol de la Muerte. En estas circunstancias, Dios dijo a la mujer: 'Parirás con dolor', pero añadió después: 'Aplastarás la cabeza de la serpiente'.

Y una mujer fue la primera esclava; aceptó su misión divina, y comenzaron los dolores del parto. Desde la primera hora de la Caída, la tarea de la humanidad ha sido, por esta razón, una tarea grande y terrible de iniciación. Por esto también los términos de esa iniciación son todos igualmente sagrados ante los ojos de Dios. Su *Alfa* es nuestra madre común, Eva, y la *Omega* es la Libertad, que es también nuestra madre común. Contemplé un gran navio, con un mástil gigantesco y un nido de cuervo en su cima; un extremo del navio miraba hacia el Oeste, el otro hacia el Este. En el lado Oeste se apoyaban las cimas nubosas de tres montañas, con sus bases perdidas en un mar furioso. Sobre la ladera de cada montaña estaba inscripto su nombre ominoso. El primero era Gólgota, el segundo Monte San Juan, pero el tercero era Santa Elena. A mitad del camino del mástil, en el lado Oeste, se alzaba una cruz de cinco brazos, sobre la que expiraba una mujer. La inscripción que había sobre su cabeza decía FRANCIA: 18 DE JUNIO DE 1815: VIERNES SANTO. Los cinco brazos de la cruz representaban las cinco divisiones del mundo: la cabeza de la mujer reposaba sobre Europa y estaba rodeada por una nube. Pero en el extremo del navio, hacia el Este, no había oscuridad; y la quilla se detuvo en el umbral de la ciudad de Dios, junto a la cima de un arco triunfal bajo los plenos rayos del sol. Aquí reapareció la mujer, pero esta vez transfigurada y gloriosa. Hizo rodar la lápida del sepulcro, y en esa piedra estaba escrito: RESTAURACIÓN, días de la tumba: 29 de julio de 1830: PASCUA.

Se apreciará que Mapah era sucesor de Catalina Théot y Dom Gerle; empero —tal es la extraña simpatía que existe entre los locos— un día nos dijo, a modo de confidencia, que él era Luis XVII que regresaba a la tierra para cumplir una labor de regeneración, mientras que la mujer que compartía su vida era María Antonieta de Francia. Además explicó que sus teorías revolucionarias eran la última palabra de las violentas pretensiones de Caín, destinadas como tales a asegurar, mediante una reacción fatal, la victoria del justo Abel. Esquiros y yo visitamos a Mapah para disfrutar de sus extravagancias, pero nuestra imaginación fue avasallada por su elocuencia. Nosotros éramos colegas y amigos, como Luis Lambert y Balzac, y habíamos alimentado sueños comunes sobre renunciamientos imponibles y heroísmos inauditos. Luego de visitar a Ganneau —pues éste era el nombre de Mapah— creímos que sería algo grandioso comunicar al mundo la ultima palabra de la revolución y clausurar el abismo de la anarquía. como Curcio, arrojándonos en él. Nuestra extravagancia de estudiantina dio nacimiento al *Evangelio del Pueblo* y a la *Biblia de la Libertad,* locuras que Esquiros y su malhadado amigo pagaron muy caras. He aquí el peligro de las manías arrebatadas; atrapan; no es posible acercarse impunemente al borde del precipicio de la locura.

El incidente que ahora sigue es una fatalidad diferente y más terrible. Entre los discípulos de Mapah se contaba un joven nervioso y delicado, llamado Sobrier; perdió la razón por completo y se creyó predestinado a salvar al mundo, provocando la crisis suprema de una revolución univer-

sal. Se acercaban los días de 1848. Una crisis produjo un cambio de gabinete, pero el episodio pareció terminar allí. París estaba feliz con sus barriadas iluminadas. De pronto apareció un joven en las populosas calles del Barrio Saint-Martin. Le precedían dos muchachitos, uno con una tea y el otro lla(mando con un • tambor. Se congregó una gran multitud; el joven subió a un pilar y arengó al pueblo. Sus palabras eran incoherentes e incendiarias, pero en sustancia decía que había que marchar hasta el barrio de los capuchinos e informar al ministerio sobre la voluntad del pueblo. Como un energúmeno repitió la misma arenga en cada esquina y marchó a la cabeza de una muchedumbre, con una pistola en cada mano, mientras la antorcha y el tambor anticipaban su paso. Los transeúntes se reunieron por pura curiosidad, pero luego todo dejó de ser una aglomeración de personas para convertirse en una marea humana que avanzaba a través del barrio de los italianos. En medio de todos estaba el joven, los muchachitos que le acompañaban desaparecieron, y ante el *Hotel des Capucines* se disparó un pistoletazo sobre el pueblo. Este disparo dio comienzo a la revolución; lo había efectuado un loco.

Durante esa noche dos carros cargados de cadáveres recorrieron las calles bajo la luz de las antorchas; a la mañana todo París tenía barricadas, y Sobrier estaba en su casa, en estado de inconsciencia. Sin saber lo que hacía, había conmovido al mundo por un momento. Ganneau y Sobrier están muertos; nada les perjudica contar este terrible ejemplo del magnetismo de los eufóricos y las fatalidades que pueden provocar las enfermedades nerviosas de ciertas personas. Este relato procede de una fuente fidedigna y sus revelaciones tal vez alivien la conciencia de aquel Belisario de la poesía que es el autor de la "Historia de los Girondinos".

Los fenómenos magnéticos producidos por Ganneau siguieron incluso después de su muerte. Su viuda, una mujer sin educación y poco inteligente, hija de un honrado campesino de Auvergne, permaneció en el sonambulismo estático en que la colocara su esposo. Igual que la criatura que asume la forma de la imaginación de su madre, ella se había convertido en una imagen viva de María Antonieta, cuando estaba prisionera en la Conserjería. Sus modales son los de una reina viuda y desconsolada para siempre; a veces se le escapa una queja, como si estuviese cansada de su sueño, pero se muestra soberanamente indignada si alguien procura despertarla. En cuanto al resto, no ofrece síntomas de alienación mental; su conducta externa es razonable, su vida, perfectamente honorable y regular. A nuestro entender, no hay nada más patético que esta persistente obsesión de un ser cálidamente amado que se sobrevive nuevamente en una alucinación conyugal. Si Artemis hubiese vivido realmente, estaría permitido creer que Mausolo fue también poderoso mesmerista, y que consiguió y fijó para siempre los efectos de una mujer extremadamente sensitiva, fuera de todos los límites del libre albedrío y la razón.

Capitulo VI

## LAS CIENCIAS OCULTAS

El secreto de las ciencias ocultas es el de la Naturaleza misma; es el secreto de la generación de los ángeles y los mundos; es el de la propia omnipotencia de Dios. "Seréis como los Elohim, conocedores del bien y del mal". Así lo atestiguó la serpiente del Génesis, y así el Arbol del Conocimiento se convirtió en el Arbol de la Muerte. Durante 600 años los mártires de la ciencia trabajaron y murieron al pie de este Arbol para que se convierta una vez más en el Arbol de la Vida.

El Absoluto que buscan los necios y sólo hallan los sabios es la verdad, la realidad y la razón del equilibrio universal. Ese equilibrio es la armonía que procede de la analogía de los opuestos. Hasta ahora la humanidad buscó equilibrarse como con una sola pierna, ora con una, ora con otra. Surgieron y cayeron civilizaciones, a través de la anárquica alienación del despotismo, o alternadamente a través de la despótica anarquía de la revuelta. La euforia supersticiosa y las lastimosas maquinaciones del instinto materialista descarriaron a las naciones; pero al fin es Dios mismo quien impulsa al mundo hacia una razón creyente y una creencia razonable. Nos han sobrado profetas carentes de filosofía, y filósofos desnudos de religión. Los ciegos creyentes y los escépticos marchan de la mano; están alejados por igual de la salvación eterna.

En el caos de la duda universal y en medio del conflicto de la ciencia y la fe, los grandes hombres y los videntes figuran como artistas enfermos, que buscan la belleza ideal con riesgo de su razón y de su vida. Contémplese incluso ahora a estas criaturas sublimes. Son caprichosas y nerviosas como las mujeres; una sombra las incapacita; la razón las lesiona; son injustas hasta entre ellas; y aunque se hallan con seguridad en busca de sus coronas, en sus fantásticos excesos son las primeras culpables de lo que Pitágoras prohibe en uno de sus símbolos admirables; son las primeras en vilipendiar las coronas y pisotearlas. Son fanáticas de la gloría; pero el buen Dios les ató con las cadenas de la opinión, para que no sean francamente peligrosas.

El genio es juzgado por el tribunal de la mediocridad, y este juicio es sin apelación porque, al ser la luz del mundo, el genio es considerado algo nulo y vacío cuando cesa de iluminar. El éxtasis del poeta es con-




*La clave apocalíptica*

trolado por la indiferencia de la multitud prosaica, y todo entusiasta rechazado por el buen sentido general es un loco, no un genio. No consideremos a los grandes artistas esclavos de la multitud ignorante, pues es ésta la que imparte al talento de aquéllos el equilibrio de la razón.

La luz es el equilibrio entre la sombra y el resplandor. El movimiento es el equilibrio entre la inercia y la actividad. La autoridad es el equilibrio entre la libertad y el poder. La sabiduría es el equilibrio del pensamiento; la virtud es el equilibrio de los afectos; la belleza es el equilibrio de la forma. Los perfiles bellos son perfiles verdaderos, y la magnificencia de la Naturaleza es álgebra de las gracias y los esplendores. El cielo y el infierno son el equilibrio de la vida moral; el bien y el mal son el equilibrio de la libertad.

La Gran Obra es la realización de ese punto medio en el que mora la fuerza equilibradora. Además, las reacciones de la fuerza equilibrada conservan por doquier la vida universal mediante el movimiento perpetuo del nacimiento y la muerte. Es por esta razón que los filósofos compararon su oro con el del sol. Por esa misma razón ese mismo oro cura todas las enfermedades del alma y comunica la inmortalidad. Quienes hallaron este punto medio son adeptos verdaderos y taumatúrgicos de la ciencia y la razón. Son dueños de la riqueza de los mundos, confidentes y amigos de los príncipes del cielo mismo, y la Naturaleza les obedece porque quieren lo que quiere la ley, que es poder motor de la naturaleza. De esto habló el Salvador del mundo llamándolo Reino de los Cielos; este es también el *Sanctum Regnum* de la Santa Cabala. Es la Corona y el Anillo de Salomón; es el Cetro de José que obedecen las estrellas del cielo y las mieses de la tierra.

Hemos descubierto este secreto de la omnipotencia; no se vende en el mercado; pero si Dios nos ordena ponerle precio, preguntaríamos si equivaldría a toda la fortuna de los compradores. No para nosotros, sino para ella misma, les pediríamos además toda su alma y toda su vida.

Capítulo VII

# RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Sólo nos resta un resumen y una conclusión, y por ello recapitularemos la historia de la ciencia, en resumen la ciencia misma, y por ello recapitularemos los grandes principios de la iniciación, tal como se conservaron y transmitieron a través de todas las edades. La ciencia mágica es la ciencia absoluta del equilibrio. Es esencialmente religiosa; presidía, en la formación de los dogmas, en el mundo de la antigüedad, y de esa manera fue madre nutricia de todas las civilizaciones. ¡Oh casta y misteriosa madre, que al brindar la leche de la poesía y la inspiración a las generaciones que nacían, cubriste tu rostro y tu pecho! Ante todo nos lleva a creer en Dios y a adorar sin buscar definirle, puesto que un Dios definido es, hasta cierto punto, un Dios limitado. Y luego de la Deidad, señala a la matemática eterna y a las fuerzas equilibradas como principios soberanos de las cosas. En la Biblia se dice que Dios ordenó todas las cosas según peso, número y medida. *Omnia in pondere et numero et mensura disposuit Deas*. El peso es equilibrio, el número es cantidad, la medida es proporción: estos tres son la base eterna o divina de la ciencia de la Naturaleza. He aquí la fórmula del equilibrio: la Armonía resulta de la analogía de los opuestos. El número es la escala de las analogías, cuya proporción es la medida. Toda la filosofía oculta del *Zohar* podría denominarse la ciencia del equilibrio. La clave de los números se halla en el *Sepher Yetzirah;* su generación es análoga a la de la afiliación de las ideas y la producción de las formas. Según este cómputo, los iluminados hierofantes de la Cabala combinaban en su alfabeto sagrado los signos jeroglíficos de los números, las ideas y las formas. Las combinaciones de este alfabeto dan ecuaciones de ideas, y abarcan, a modo de indicación, todas las combinaciones posibles de las formas naturales. Según el Génesis, Dios hizo al hombre a Su imagen, pero como el hombre es la síntesis viviente de la creación, se desprende que la creación está hecha a semejanza de Dios. En el universo hay tres cosas: el Espíritu, el mediador dúctil y la materia. Los antiguos asignaban al espíritu, como su instrumento inmediato, el fluido ígneo al que dieron el nombre genérico de Azufre; al mediador dúctil le dieron el nombre de Mercurio, debido al simbolismo representado por el Caduceo; a la materia le dieron el nom-

bre de Sal, debido a la sal fija que queda después de la combustión, resistiendo la acción ulterior del fuego. El Azufre se comparaba con el Padre, debido a la acción generativa del fuego; el Mercurio con la Madre, debido a su poder de atracción y reproducción; y la Sal era el Hijo, o la sustancia que la Naturaleza somete a la educación. Para ellos la sustancia creadora era también una, y el nombre que le dieron fue Luz. La luz positiva o ígnea era Azufre volátil; la luz en estado negativo, o visible mediante las vibraciones del fuego, era el Mercurio fluídico o etéreo; y la luz neutralizada, o sombra, el compuesto coagulado o fijado bajo forma de tierra, era denominada Sal.

Así fue como Hermes Trismegisto formuló su símbolo, que se llama la Tabla de Esmeralda: "Lo que está arriba es como lo que está debajo, y lo que está debajo es como lo que está arriba para las operaciones de los prodigios de la cosa única." Esto significa que el movimiento universal es producido por las analogías de lo fijo y lo volátil; lo volátil tiende a fijarse y lo fijo se torna volátil, produciendo así un continuo intercambio entre las modalidades de la sustancia única y, del hecho del intercambio, las combinaciones de la forma universal en un renovación eterna.

El fuego es Osiris, o el sol; la luz es Isis, o la luna; son el padre y la madre del gran Telesma que es la sustancia universal, —no es que sean sus creadores, sino más bien sus poderes generadores, cuyo esfuerzo combinado produce lo fijo o la tierra, por lo que Hermes dice que esta fuerza llegó a su manifestación plena cuando con ella se formó la tierra. Por tanto, Osiris no es Dios, ni siquiera para los grandes hierofantes del santuario egipcio; es la sombra ígnea o luminosa del principio intelectual de la vida, y por ende, en el momento supremo de la iniciación, una voz musitaba en el oído del adepto esa dudosa revelación: "Osiris es un dios negro". ¡Ay del recipiendario cuya comprensión no hubiese sido elevada por la fe por encima de los símbolos puramente físicos de la revelación egipcia. Tales palabras serían para él una fórmula atea, y su mente se cegaría. Más para el creyente, de inteligencia más elevada, esas mismas palabras sonarían como una de las más sublimes esperanzas. Era como si el iniciado le dijese: "Hijo mío, confundiste una lámpara con el sol, esa lámpara es sólo una estrella de la noche. Empero, el sol verdadero existe; deja por tanto la noche y busca el día."

Lo que los antiguos entendían por los cuatro elementos, de ningún modo significaba a los cuerpos simples, sino más bien a las cuatro manifestaciones elementales de la sustancia única. Estas modalidades eran representadas por la esfinge, sus alas correspondían al aire, los pechos de mujer al agua, el cuerpo del toro a la tierra, y las garras del león al fuego. La sustancia única, tres veces triple en su modalidad esencial y tetrádica en la forma de manifestación, es el secreto de las tres pirámides, triangulares respecto de su elevación, cuadradas en la base, y custodiadas por la esfinge. Al construir estos monumentos, Egipto intentó erigir las columnas de Hércules de la ciencia universal. Se acumularon arenas, pasaron siglos, pero las pirámides, en su eterna grandeza, proponen aún a las

naciones el enigma cuya solución se ha perdido. En cuanto a la esfinge, parece haberse hundido en el polvo de las edades. Los grandes imperios de Daniel reinaron sucesivamente sobre la tierra y cayeron en la tumba, vencidos por su propio peso. Los triunfos en el campo de batalla, los monumentos de esfuerzos, resultados de las pasiones humanas, se hundieron con el cuerpo simbólico de la esfinge; ahora sólo sobresale en el desierto la cabeza humana como si esperase el imperio universal del pensamiento.

Divinízate o muere: tal era el terrible dilema planteado por la esfinge a los Candidatos de la realeza tebana. La razón es que los secretos de la ciencia son realmente los de la vida; las alternativas son reinar o servir, ser o no ser. Las fuerzas naturales nos destruirán si no nos ponemos a utilizarlas para conquistar al mundo. No hay término medio entre la cima de la realeza y el abismo del estado de víctima, a no ser que nos contentemos con incluirnos entre los que nada son porque no preguntan porqué ni qué son.

La forma compuesta de la esfinge representa también, mediante una analogía jeroglífica, las cuatro propiedades del agente universal: es decir, la Luz Astral, de disolver, coagular, calentar y enfriar. Estas cuatro propiedades, dirigidas por la voluntad del hombre, pueden modificar todas las fases de la Naturaleza, produciendo vida o muerte, salud o enfermedad, amor u odio, riqueza o pobreza, según el impulso dado. Pueden poner todos los reflejos de la luz al servicio de la imaginación; son la solución paradójica de las más feroces preguntas que pueden plantearse a la Magia Trascendental. He aquí muestras de estas preguntas paradójicas junto con sus respuestas: 1) ¿Es posible escapar de la muerte? 2) ¿Existe la Piedra Filosofal? ¿Qué puede hacerse para hallarla? 3) ¿Es posible que los espíritus nos sirvan? 4) ¿Qué significan la Clave, el Anillo y el Sello de Salomón? 5) ¿Es posible predecir el futuro con cálculos fidedignos? 6) El bien y el mal pueden emplearse a voluntad por medio del poder mágico? 7) ¿Qué hay que hacer para llegar a ser un mago de verdad? 8) ¿Cuáles son las fuerzas precisas que la Magia Negra pone en funcionamiento?

Denominamos paradójicas a estas preguntas porque se hallan fuera de todo lo que se entiende como ciencia, aunque al mismo tiempo parecen negadas por la fe. Si las plantea una persona no iniciada, son meramente temerarias, y si su solución completa es dada por un adepto, parecería un sacrilegio. Dios y la Naturaleza clausuraron el Santuario de la Ciencia Trascendental y de tal manera que, más allá de cierto límite, quien conoce hablaría sin finalidad alguna, porque nadie le entendería. Por eso es felizmente imposible revelar el Gran Secreto Mágico. Las respuestas que estamos a punto de dar serán la última expresión posible de la palabra en Magia, y serán presentadas con toda claridad, pero no garantizamos que sean comprensibles para nuestros lectores.

En relación con la primera y segunda preguntas: es posible escapar de la muerte de dos maneras: en el tiempo y en la eternidad. Escapamos

de ella en el tiempo mediante la cura de enfermedades y evitando los achaques de la vejez; escapamos de ella en la eternidad, perpetuando en la memoria la identidad personal en medio de las transformaciones de la existencia. Quede certificado: 1) que la vida resultante del movimiento sólo puede mantenerse mediante la sucesión y perfeccionamiento de las formas; 2) que la ciencia del movimiento perpetuo es la ciencia de la vida; 3) que la finalidad de esta ciencia es la captación correcta de las influencias equilibradas; 4) que toda renovación opera mediante destrucción, cada generación implica por tanto una muerte y cada muerte una generación. Certifiquemos ahora, además, con los antiguos sabios, que el principio universal de la vida es un movimiento sustancial o una sustancia que es eterna y esencialmente movida y motora, invisible e impalpable, en estado volátil y que se manifiesta materialmente cuando se fija mediante los fenómenos de la polarización. Esta sustancia es indefectible, incorruptible y consiguientemente inmortal; pero sus manifestaciones en el mundo de la forma están sujetas a la mutación eterna por la perpetuidad del movimiento. Así todo muere porque todo vive, y si fuese posible eternizar cualquier forma, entonces el movimiento se detendría y de esa manera sólo se crearía una muerte real. Aprisionar un alma para siempre en un cuerpo humano modificado sería la terrible solución de la paradoja mágica concerniente a la pretendida inmortalidad en el mismo cuerpo o en la misma tierra. Todo es regenerado por el disolvente universal de la primera sustancia. La fuerza de este disolvente está concentrada en la quintaesencia, es decir, en el centro equilibrador de una polaridad dual. Los cuatro elementos de los antiguos son las cuatro fuerzas del imán universal, representadas por la figura de una cruz, la cual gira indefinidamente en torno de su centro y así plantea el enigma respecto de la cuadratura del círculo. El Verbo Creador habla desde el medio de la cruz y grita: "Está consumado". En la proporción exacta de las cuatro formas elementales debemos buscar la Medicina Universal de los cuerpos, aunque esa Medicina del Alma es ofrecida por la religión en quien se entrega eternamente en la cruz para salvar al mundo. El estado magnético y la polarización de los cuerpos celestes resulta de su equilibrada gravitación en torno de los soles, que son los receptáculos comunes de su electromagnetismo. La vibración de la quintaesencia en torno de los receptáculos comunes se manifiesta mediante la luz, y la polarización de la luz se revela mediante los colores. El blanco es el color de la quintaesencia; este color se condensa hacia su polo negativo como azul y se fija como negro, mientras se condensa hacia su polo positivo como amarillo y se fija como rojo. Así la vida centrífuga pasa siempre de rojo a negro, a través del blanco, y la vida centrípeta vuelve del rojo al negro, siguiendo el mismo camino. Los cuatro matices intermedios o mixtos producen con los tres colores primarios lo que se denomina siete colores del prisma y espectro solar. Estos siete colores forman siete atmósferas o siete zonas luminosas en torno de cada sol, y el planeta que domina en cada zona es magnetizado de manera análoga forman como los planetas en el cielo,

mediante las particulares influencias de una luz latente que se descompone al atravesar ciertas regiones. El secreto total de la Gran Obra consiste en tomar posesión de un sujeto en el que la luz metálica está latente, antes de especializarse, y llevarlo hasta el polo extremo positivo, es decir, al rojo vivo, con la ayuda de un fuego derivado de la luz misma. Se comprenderá que esta luz positiva en su grado extremo de condensación es la vida misma en un estado fijo, que sirve como disolvente universal y como medicina para todos los Reinos de la Naturaleza. Pero para extraer de la marcasita, del estibio y del arsénico filosofal el esperma metálico vivo y bisexual, debemos tener un primer disolvente que es un menstruo mineral salino, y debe existir, además, la concurrencia del magnetismo y la electricidad. El resto se produce de por sí en un solo recipiente, el atanor, mediante el fuego graduado de una lámpara. Los adeptos dicen que este es un trabajo de mujeres y niños.

El calor, la luz, la electricidad y el magnetismo de los químicos y físicos modernos eran, para los antiguos, manifestaciones fenoménicas

**אוב, אור.**

compuesto bisexual y equilibrado, significado cuando los filósofos herméticos hablan del oro. El oro vulgar se metaliza. El *Aour* y el oro filosofal es el mismo *Aour* en el estado de gema soluble. Teóricamente, según la ciencia trascendental de la antigüedad, la Piedra Filosofal que cura todas las enfermedades y realiza la transmutación de los metales existe por ello irrefutablemente. Sin embargo, de hecho ¿puede existir o existe? Si la respuesta es afirmativa, nadie creerá, y la simple afirmación será una solución paradójica de las paradojas expresadas por las dos primeras preguntas, sin encarar el problema como es debido a fin de hallar la Piedra Filosofal. De la Palisse replicaría en nuestro lugar que, a fin de hallar, debemos necesariamente buscar, a no ser que descubrir sea cuestión de la casualidad. Ya se ha dicho bastante para dirigir y facilitar la búsqueda.

Las preguntas tercera y cuarta se refieren al ministerio de los espíritus y a la Clave, el Sello y el Anillo de Salomón. Cuando el Salvador del mundo, al ser tentado en el desierto, venció los tres deseos que mantienen al alma en la esclavitud —es decir, la carnalidad, la ambición y la codicia— está escrito que los ángeles descendieron para servirle. La explicación es que los espíritus están sujetos al espíritu soberano, y es el espíritu soberano quien ata la rebelde turbulencia y las propensiones ilegítimas de la carne. Al mismo tiempo, ha de notarse que invertir el orden natural de la comunicación existente entre las cosas es contrario a la ley de la Providencia. No encontramos que el Salvador del mundo y sus apóstoles hayan invocado a las almas de los difuntos. La inmortalidad del alma, uno de los dogmas más consoladores de la religión, está reservada a las aspiraciones de la fe y jamás será demostrada con hechos accesibles a la crítica de la ciencia. La pérdida de la razón, y por lo menos su alienación, es y será siempre el castigo de quienes se atreven a escudriñar la otra vida con ojos de este mundo solamente. Por eso también las tradi-

ciones mágicas representan siempre a los espíritus de los muertos como respondiendo a las invocaciones con aspecto triste y airado. Se quejan de que se los perturba en su reposo y sólo profieren reproches y amenazas. Las Claves de Salomón son fuerzas religiosas y racionales expresadas mediante signos, y su uso no consiste tanto en la invocación de los espíritus sino en protegernos contra la aberración de experiencias relativas a las ciencias ocultas. El Sello es la síntesis de las Claves y el Anillo indica el uso de estas. El Anillo de Salomón es a la vez redondo y cuadrado, y representa el misterio de la cuadratura del círculo. Está compuesto por siete cuadrados dispuestos de modo tal que forman un círculo. Sus biseles son redondo y cuadrado, uno de oro y el otro de plata. El Anillo debe ser una filigrana de siete metales. En la aleación de plata está ubicada una piedra blanca, y en la de oro, una piedra roja. La piedra blanca lleva el signo del Macrocosmos, y el Microcosmos aparece en la piedra roja. Cuando el Anillo es usado en el dedo, una de las piedras debe quedar hacia adentro y la otra hacia afuera, según se desee mandar sobre los espíritus de la luz o la oscuridad. Los poderes totales de este Anillo pueden reseñarse en pocas palabras. La voluntad es omnipotente cuando está armada con las fuerzas vivas de la Naturaleza. El pensamiento es fútil y muerto hasta que se manifieste con palabras o signos; por eso no puede acicatear ni dirigir a la voluntad. El signo, forma indispensable del pensamiento, es el instrumento necesario de la voluntad. Cuando más perfecto es el signo, más potentemente se formula el pensamiento, *¿y* de que será capaz la fe si la ilumina una ciencia completa e indubitable? Si el sol pudiese concentrar su conocimiento y energía plenos en la expresión de una sola palabra, ¿esa palabra no sería omnipotente? El Anillo de Salomón, con su doble sello, tipifica la ciencia y la fe de los Magos, expresada por un solo signo. Simboliza los poderes del cielo y de la tierra, y la ley sagrada que los gobierna, en el Macrocosmos celestial o en el Microcosmos del hombre. Es el talismán de talismanes y el pentáculo que se halla por encima de los pentáculos. Como signo de vida es omnipotente, pero carece de eficacia como signo muerto. La inteligencia y la fe, la inteligencia de la Naturaleza y la fe en su Causa eternamente Activa' de ellas es la vida de los signos.

El estudio profundo de los misterios naturales puede alienar al observador casual de Dios porque la fatiga mental paraliza las aspiraciones del corazón. Es en este sentido que las ciencias ocultas pueden ser peligrosas y hasta fatales para ciertas personalidades. La exactitud matemática, el rigor absoluto de las leyes naturales, su armonía y simplicidad, sugieren a muchos un mecanismo inevitable, eterno e inexorable, y para ellos la Providencia retrocede detrás de las ruedas de hierro de un reloj en movimiento perpetuo. No llegan a reflexionar sobre el hecho indubitable de la libertad y la autocracia en los seres pensantes. El hombre dispone a su arbitrio de criaturas organizadas como él mismo; puede cazar pájaros en el aire, peces en el agua y bestias salvajes en el bosque: puede talar o incendiar bosques enteros; puede minar y fragmentar rocas, o incluso mon-

tañas; puede modificar todas las formas que le rodean; empero, a pesar de las analogías supremas de la Naturaleza, rehusa creer que otros seres inteligentes podrían, a su arbitrio, desintegrar y consumir los mundos, extinguir los soles con un soplo o reducirlos a polvo de estrellas... seres tan grandes que superan la capacidad de nuestra vista tal como nosotros, a la vez, somos tal vez inapreciables para el ojo del ácaro o del gusano. Y si tales seres existen sin que el universo haya sido destruido mil veces, ¿no debemos admitir que están sometidos a obedecer a una voluntad suprema, una fuerza sabia y omnipotente, que les prohibe aniquilar los mundos, tal como nos prohibe destruir los nidos de golondrinas y las crisálidas de las mariposas? Para el Mago que es consciente de este poder existente en las profundidades de su naturaleza, y que discierne en la ley universal los instrumentos de la justicia eterna, el Sello de Salomón, sus Claves y su Anillo son prendas de realeza suprema.

Las siguientes preguntas se refieren a la predicción de cosas futuras por medio de cálculos fidedignos y del accionar del bien o el mal mediante influjos mágicos. Las respuestas son de este modo. Entre dos jugadores de ajedrez, de igual destreza, sentados ante la mesa e iniciado el juego, ¿quién de ellos ganará? Con seguridad, quien esté más alerta. Si ya conociese las preocupaciones de ambos, con seguridad podría prever el resultado de su partida. Prever es ganar en ajedrez, y lo mismo ocurre en el juego de la vida. En la vida nada ocurre por casualidad; la casualidad es lo imprevisto, pero lo que el ignorante no logra percibir de antemano, el sabio ya lo anticipó. Todos los acontecimientos, igual que todas las formas, resultan de un conflicto o de un equilibrio de fuerzas y esas fuerzas pueden ser representadas con números. Así el futuro puede ser determinado de antemano con cálculos. Toda acción extrema es equilibrada por una reacción equivalente. Así, la carcajada presagia lágrimas, y por esta razón nuestro Salvador dijo: "Bienaventurados los que lloran". También dijo, y por la misma razón: "Quien se ensalce será humillado, y quien se humille será exaltado". Hoy en día Nabucodonosor es un dios; mañana se transformará en bestia. Hoy Alejandro realiza su entrada triunfal en Babilonia y se le ofrece incienso en todos los altares; pero mañana morirá en estado de degradada ebriedad. El futuro está en el pasado, y el pasado está también en el futuro. Cuando el genio prevé, recuerda. Los efectos se vinculan tan inevitable y exactamente con sus causas, y de su parte se convierten en causas de otros efectos en tal conformidad con las primeras como respecto de su modalidad de producción, que un solo hecho puede revelar a un vidente una sucesión íntegra de misterios. La llegada de Cristo convierte en certidumbre la del Anti-Cristo; mas el advento del Anti-Cristo precederá el triunfo del Espíritu Santo. La época mercantilizada en que ahora vivimos es precursora de caridad más desprendida y de obras buenas mayores que el mundo conocido.

Pero debe entenderse que la voluntad del hombre modifica las causas ciegas y que un solo impulso iniciado por él puede cambiar el equilibrio

de un mundo entero. Si tal es el poder del hombre en el mundo que él domina, ¿cuál deberá ser el de las inteligencias que gobiernan a los soles? El último de los *Egrégores*, con un soplo y dilatando de repente las calorías latentes de nuestra tierra, podría destruirla y reducirla a una nube de polvo. Asimismo, el hombre, con un soplo puede disipar toda la felicidad de uno de sus semejantes. Los seres humanos están magnetizados como los mundos; como los soles, irradian su luz particular; algunos son más absobentes, otros se proyectan más libremente. Nadie está aislado en este mundo; cada uno es una fatalidad o una providencia. Augusto y Cina se encuentran; ambos son orgullosos e implacables; y he allí la fatalidad. La fatalidad hace que Cina busque a Augusto para matarle, y que éste se sienta fatalmente impelido a castigarle; pero Augusto escoge perdonar. Aquí la fatalidad se transforma en providencia, y la época de Augusto, inaugurada con esta buena obra sublime, fue digna de presenciar el nacimiento de quien dijo: "Perdonad a vuestros enemigos." Al extender su misericordia para con Cina, Augusto expió por todos la venganza de Octavio. Mientras el hombre está sujeto a los dictados de la fatalidad, es profano —es decir, un hombre que debe ser excluido del santuario del conocimiento, porque en sus manos el conocimiento se convertiría en terrible instrumento de destrucción. Por el contrario, el hombre libre, que gobierna con el entendimiento los ciegos instintos de la vida, es esencialmente preservador y reparador, pues la Naturaleza es el dominio de su poder y el templo de su inmortalidad. Cuando el no iniciado busca hacer bien, el resultado es el mal. Por el otro lado, el verdadero iniciado jamás puede hacer el mal; sólo pugna por corregir y curar. El aliento del no iniciado es letal, el del iniciado es vitalizador. Quien es profano sufre para que los demás también sufran, pero el iniciador sufre a fin de que los demás se libren del sufrimiento. Quien es profano hunde sus flechas en su sangre y las envenena; quien es iniciado cura las heridas más crueles con una sola gota de su sangre.

Las últimas preguntas versan sobre lo que debe hacerse para convertirse en mago de verdad y en qué consisten precisamente los poderes de la Magia Negra. Ahora bien, quien dispone de las fuerzas secretas de la Naturaleza y no se arriesga a ser aplastado por ellas, ese es un mago de verdad. Se le conoce por sus obras y por su fin que es siempre un gran sacrificio. Zoroastro creó la doctrina primitiva y las civilizaciones de Oriente, después de lo cual desapareció en una tempestad como Edipo. Orfeo dio poesía a Grecia y, con esa poesía, la belleza de las cosas elevadas; luego pereció en una orgía a la que rehusó participar. No obstante todas sus virtudes, Juliano fue sólo un iniciado en la Magia Negra, su muerte fue la de una víctima y no la de un mártir; fue aniquilación y derrota; fracasó en comprender a su época. Aunque familiarizado con la doctrina de la Magia Trascendental, aplicó erróneamente el Ritual. Apolonio de liana y Sinesio fueron simplemente filósofos prodigiosos; cultivaron la verdadera ciencia pero nada hicieron para la posteridad. En su época,

los Magos del Evangelio reinaron en tres partes del mundo conocido, y los oráculos fueron silenciados por los gritos del niñito de Belén. El Rey de Reyes, el Mago de todos los Magos, llegó al mundo y cambiaron los cultos, las leyes y los imperios. Hay un vacío en el mundo de prodigios entre Jesucristo y Napoleón. El verbo bélico encarnado, el armado Mesías que llevó este último nombre, llegó ciega e inconscientemente para completar el mensaje cristiano. Esta revelación nos enseñó hasta ahora cómo morir, pero la civilización napoleónica nos enseñó a vencer. Los dos mensajes —sacrificio y victoria, cómo sufrir, morir, y luchar y vencer— contrarios en apariencia, abarcan en su unión el gran secreto del honor. Cruz del Salvador y cruz del honor: sois incompletas cuando os mantenéis separadas, pues sólo quien sabe cómo vencer aprendió la abnegación hasta la muerte, ¿y cómo puede lograrse esto sino creyendo en la vida eterna? Aunque aparentemente murió, Napoleón está destinado a retornar en la persona de quien realice su espíritu. Salomón y Carlomagno retornarán también en la persona de un solo monarca; y luego San Juan Evangelista, que según la tradición renacerá al fin de los tiempos, aparecerá como soberano pontífice, como el apóstol de la comprensión y del amor. La combinación de estos dos gobernantes, anunciada por todos los profetas, producirá el prodigio de la regeneración del mundo. La ciencia del mago verdadero estará entonces en su cénit, pues hasta ahora nuestros milagreros han sido, en su mayoría, hechiceros y siervos, es decir, ciegos instrumentos de la casualidad. Ahora bien, los maestros a quienes la fatalidad arroje sobre el mundo serán pronto vencidos por éste, y los que venzan en nombre de sus pasiones caerán presas de esas pasiones. Cuando Prometeo, celoso de Júpiter, robó el rayo de los dioses, procuró crear un águila inmortal pero lo que creó e inmortalizó fue un buitre. En otra fábula, el impío rey Ixion raptó a la reina de los cielos pero lo que tuvo en sus manos fue una nube falaz y fue atado por ardientes serpientes a la inexorable rueda del destino. Estas profundas alegorías son una advertencia para los falsos adeptos, los profanadores de la Ciencia Mágica y los partidarios de la Magia Negra. El poder de la Magia Negra es contagio de vértigo y epidemia de sinrazón. La fatalidad de la pasión es como la serpiente ardiente que se enrosca y retuerce en torno del mundo, devorando a sus almas. Pero la inteligencia —pacífica, sonriente y llena de amor— representada por la Madre de Dios, pone su pie sobre la cabeza del áspid. La fatalidad se consume y es la vieja serpiente de Cronos, devorando eternamente su propia cola. Más bien hay dos serpientes hostiles que luchan entre sí, hasta que llegue el tiempo de la armonía para seducirlas y hacer que se entrelacen pacíficamente en torno del Caduceo de Hermes.

El más desordenado y absurdo de todos los credos consiste en creer que no hay un principio inteligente universal y absoluto. Es un credo, puesto que implica la negación de lo indefinido e indefinible; es desordenado, pues es aislante y desolador; es absurdo, porque supone una nada completa en lugar de la perfección más completa. En la Naturaleza todo está preservado por el equilibrio y renovado por la actividad. El equilibrio en el orden y la actividad significa progreso. La ciencia del equilibrio y del movimiento es la ciencia absoluta de la Naturaleza. Con su ayuda el hombre puede producir y dirigir los fenómenos naturales al elevarse hacia la inteligencia que es superior y más perfecta que la suya propia. El equilibrio moral es la concurrencia de la ciencia y la fe, distintas en sus fuerzas pero unidas en su acción para dotar al espíritu y al corazón del hombre con la regla que es la razón. La ciencia que niega la fe no es menos irrazonable que la fe que niega la ciencia.

El objeto de la fe no puede ser definido y mucho menos negado por la ciencia; la ciencia, por el contrario, está llamada a concretar la base racional de las hipótesis de la fe. Una fe aislada no constituye fe, porque carece de autoridad y por ende de garantía moral; tiende al fanatismo y a la superstición. La fe es la confianza que la religión imparte —es decir, la comunión del credo. La religión verdadera está constituida por el sufragio universal. Por ello es siempre y esencialmente católica, es decir, universal. Es una dictadura ideal, proclamada generalmente en el dominio revolucionario de lo desconocido. Cuando la ley del equilibrio sea entendida más adecuadamente, pondrá fin a todas las guerras y revoluciones del mundo viejo. Se acusa al papado de aferrarse al poder temporal, pero se olvida la tendencia protestante a usurpar el poder temporal. Mientras las realezas antepongan su pretensión al papado, durante ese mismo tiempo los papas pretenderán, por esa misma ley del equilibrio, ser reyes. Todo el mundo sigue soñando con la unidad del poder político, pero no entiende el poder que reside en el dualismo equilibrado. Confrontado por los usurpadores regios del poder espiritual, si el Papa dejase de ser Rey, ya no sería nada. En el orden temporal, igual que los demás, está sometido a los prejuicios de su tiempo; por ello no se atreve a renunciar a su poder temporal, si tal abdicación escandalizase a una parte considerable del mundo. Cuando la opinión soberana del universo haya proclamado públicamente que un príncipe temporal no puede ser Papa; cuando el Zar de todas las Rusias y el Rey de Gran Bretaña hayan renunciado a su ridículo sacerdocio, el Papa sabrá lo que por su parte le queda por hacer. Hasta entonces debe luchar, y si es necesario debe morir, para mantener la integridad del patrimonio de San Pedro.

La ciencia del equilibrio moral pondrá fin a las disputas religiosas y

a las blasfemias filosóficas. Los hombres eruditos también serán hombres religiosos cuando se reconozca que la religión no discute la libertad de conciencia, y cuando los verdaderamente religiosos respeten la ciencia que reconoce de su parte la existencia y la necesidad de una religión universal. Tal ciencia inundará con una nueva luz la filosofía de la historia, y proveerá un plan sintético de todas las ciencias naturales. La ley de las fuerzas equilibradas y de la compensación orgánica revelará una nueva química y una nueva física. Así. de descubrimiento en descubrimiento, volveremos a la filosofía hermética, y nos asombraremos de los prodigios de simplicidad y brillo durante tanto tiempo olvidados.

Entonces la filosofía será exacta como la matemática, pues las ideas verdaderas —idénticas a los órdenes vivos y constitutivas de la ciencia de la realidad— se unirán a la razón y la justicia para proveer proporciones y ecuaciones exactas, tan rigurosas como los números. De allí en adelante, el error sólo será posible para la ignorancia, y el conocimiento verdadero será libre de auto-engaño. La estética no se subordinará más a los caprichos del gusto que cambia como la moda. Si lo bello es el esplendor de lo verdadero, podremos calcular sin error la radiación de una luz cuya fuente será ciertamente conocida y determinada con precisión exacta. La poesía no abundará más en tendencias necias y alborotadoras, y los poetas dejarán de ser los peligrosos fascinadores a quienes Platón coronaba con flores y proscribía de su república; serán más bien magos de la razón y graciosos matemáticos de la armonía. ¿Esto significa que la tierra se convertirá en Eldorado? No, pues mientras la humanidad exista habrá criaturas, es decir, débiles, pequeños, ignorantes y pobres. Pero la sociedad será gobernada por sus verdaderos maestros, y en la vida humana no habrá un mal irremediable. Se comprenderá que los milagros divinos son de orden eterno, y los fantasmas de la imaginación dejarán de ser adorados basándose en la fe hacia los prodigios inexplicados. El carácter anormal de ciertos fenómenos es sólo una prueba de nuestra ignorancia en presencia de las leyes de la Naturaleza. Cuando Dios se propone comunicar su conocimiento, ilumina nuestra razón y no busca confundirla ni sorprenderla. Ese día conoceremos el límite supremo del poder del hombre creado a imagen de Dios; comprenderemos que también es un creador en su propia esfera y que su bondad, dirigida por la Razón Eterna, es una providencia inferior para los colocados por la Naturaleza bajo su influencia y dominio. La religión entonces y para siempre nada tendrá que temer del progreso, y seguirá en su mismo rumbo. El Beato Vicente de Lerins, doctor justamente venerado en la cadena áurea del catolicismo, expresa admirablemente este acuerdo entre el progreso y la autoridad conservadora. Según él, la fe verdadera es digna de nuestra confianza sólo respecto de la autoridad invariable que salvaguarda sus dogmas de los caprichos de la ignorancia humana. "No obstante esto", añade Vicente de Lerins, "esa inmovilidad no es muerte; por el contrario, preserva un germen de vida para el futuro. Lo que hoy creemos sin entender, lo entenderá el futuro, que se regocijará con su conocimiento. *Posteritas intellectum*

*gratuletur, quod ante vetustas non intellectum venerabatur.* Por ello, si nos preguntan si la religión de Cristo Jesús excluye todo progreso, nuestra respuesta es negativa porque es grande el progreso esperado. ¿Quién sería tan celoso de la humanidad y tan enemigo de Dios como para obstaculizar el progreso? Pero la condición es que sea progreso real y no cambio de creencia. El progreso es el crecimiento y evolución de cada cosa según su clase y naturaleza. Indudablemente, debe existir una diferencia en los grados de la inteligencia, la ciencia y la sabiduría, tanto respecto de los hombres en general como del hombre en particular, según la sucesión natural de las épocas de la Iglesia, pero sólo de manera que se conserve todo y que el dogma abrigue el mismo espíritu y mantenga la misma definición. La religión debe desarrollar las almas sucesivamente, como la vida desarrolla los cuerpos que siguen siendo los mismos a través de todas las etapas de su crecimiento. ¡Cuan grande es la diferencia entre el infantil retoño de los primeros años y la edad madura! No obstante, los ancianos, en cuanto a su personalidad, son los mismos que en su infancia; cambiaron el exterior y las apariencias. Los miembros de un infante en su cuna son excesivamente frágiles, pero son los mismos órganos, con los mismos principios fundamentales, que los del hombre; y esto debe ser así, pues de otro modo hay deformidad o muerte.

"La analogía subsiste en la religión de Jesucristo, pues en ella el progreso se cumple según las mismas condiciones y siguiendo leyes similares. Crece con los años, y con los años aumenta su fuerza, pero nada se añade a la suma total de su ser. Nació completa y perfecta respecto de sus proporciones, y crece y se extiende sin cambiar. Nuestros padres sembraron el trigo, y nuestros sobrinos no cosecharán cizaña. Las cosechas intermedias nada cambian en la naturaleza del grano; debemos dejarlo tal cual lo tomamos. El catolicismo plantó rosas y ¿vamos a substituirlas por zarzas? Incuestionablemente, no; de lo contrario, ¡ay de nosotros! El bálsamo y la canela de este paraíso espiritual no deben transformarse en nuestras manos en acónito y veneno. Todo cuanto en la Iglesia, esa amorosa tierra de Dios, fue sembrado por los padres, deberá ser cultivado y nutrido por los hijos. Esto solo debe crecer, y esto solo debe florecer; pero debe ser aumentado y desarrollado. De hecho, Dios permite que los dogmas de esta filosofía celestial sean estudiados, desarrollados, pulidos en cierto sentido; pero lo prohibido es cambiarlos, y es un crimen truncarlos o mutilarlos. Que la nueva luz descienda sobre ellos y que las sabias distinciones se multipliquen, pero que preserven por siempre su plenitud, su integridad y su cualidad autóctona."

Aceptemos entonces que todas las conquistas de la ciencia en el pasado fueron logradas para beneficio de la Iglesia universal y, con Vicente de Lerins, asignemos a ella la heredad indivisa de todo el progreso venidero. A ella le pertenecen las grandes aspiraciones de Zoroastro y todos los descubrimientos de Hermes; de ella es la Clave del Arca Sagrada y el Anillo de Salomón, pues ella representa a la jerarquía santa e inmutable. Es mas fuerte en razón de sus luchas, y se afirma, por sus aparentes caí-

das, en una estabilidad aún mayor. Sufre para poder reinar; cae para ser exaltada en su caída; y muere para surgir de nuevo. "Debemos estar preparados", dice el Conde José de Maistre, "para un gran acontecimiento en el orden divino; marchamos hacia él a paso acelerado; deberá mani festarse a todos cuanto lo observen y asombrosos oráculos anuncian que la hora está cercana. Muchas profecías del *Apocalipsis* se refieren a estos tiempos modernos. Un autor llegó a decir que ese acontecimiento ya co menzó y que la nación francesa está destinada a convertirse en gran ins- tumento de la más potente de todas las revoluciones. Tal vez no haya en toda Europa un hombre verdaderamente religioso —hablo de las clases educadas— que no espere algo extraordinario en este momento actual. ¿De nada sirve un presentimiento general de esta índole? Remontémonos a siglos pasados, incluso hasta el nacimiento de nuestro Salvador. En esa época una voz alta y misteriosa, que empezó en los reinos de Oriente, pro clamó que éste estaba a punto de triunfar, que surgiría en Judea un con quistador, que habíamos recibido un niño divino, que descendería de lo alto del cielo para restaurar la Edad Dorada sobre la tierra. Tales ideas se esparcieron en el exterior por todas partes, y como se prestaban a la poesía, sobre todas las cosas, las hizo suyas el máximo poeta latino, ador nándolas con brillantes matices en su *Pollion.* Hoy, como en la época de Virgilio, el universo aguarda, ¿y cómo desdeñaremos esa fuerte persua sión, o con qué derecho condenaremos a quienes se consagran a búsquedas sagradas, basándose en las indicaciones de los signos divinos? Si se busca una prueba de lo que se espera, habrá que volver la vista hacia las cien cias mismas, considerar el progreso de la química y de la astronomía, y ver hacia dónde se dirigen. Por ejemplo, ¿se creería que Newton nos retrotrae a Pitágoras y que quedará ahora demostrado que los cuerpos celestes son puestos en movimiento, como los cuerpos humanos, por inte ligencias existentes en ellos? No sabemos cómo, pero esto es lo que está a punto de verificarse fuera de toda discusión. Esa doctrina puede ser paradójica y hasta ridicula, porque la opinión corriente impone este cri terio; pero esperemos hasta que la afinidad natural de la religión y la ciencia se unan en la mente de un solo hombre genial. Su llegada no puede estar lejana, y entonces las opiniones que ahora parecen extravagantes o irracionales se convertirán en axiomas que nadie cuestionará, mientras la gente hablará de nuestra actual estupidez como ahora habla de la supersti ción medieval." »

Según lo expresa Santo Tomás con una bella frase, "Todo lo que Dios quiere es justo, pero lo que es justo no ha de designarse así sólo porque Dios lo quiere" *(Non ex hoc dicitur justum quod Deus illud vult.)* La doctrina moral del futuro está contenida allí, y de este fértil principio se desprende de inmediato una deducción: no sólo está bien desde el punto de vista de la fe hacer lo que Dios ordena, sino incluso desde el punto de vista de la razón es excelente y racional obedecerle. Por tanto, el hombre puede decir: obro bien no sólo porque Dios lo quiere sino también porque yo lo quiero. Así la voluntad de la humanidad puede ser a un tiempo

libre y sometida, pues la razón —que demuestra de modo irrecusable la sabiduría de las prescripciones de la fe— actuará según su apropiado impulso al seguir la ley divina, de la cual la razón se convierte así, por así decirlo), en la sanción humana. Desde entonces en adelante la superstición y la impiedad ya no serán posibles, mientras que de estas consideraciones se desprende que en la religión y en la filosofía práctica —es decir, en la filosofía moral— habrá una autoridad absoluta, y sólo serán revelados y establecidos dogmas morales. Hasta entonces tendremos el dolor y la consternación de ver diariamente en pugna las muy simples y universales cuestiones del derecho y el deber, mientras que si las blasfemias son reducidas al silencio, una cosa es imponer ese silencio y otra persuadir y convertir. Mientras la Magia Trascendental fue profanada por la iniquidad de los hombres, la Iglesia necesariamente la proscribió. Los falsos gnósticos desacreditaron el nombre del gnosticismo, otrora tan puro; los hechiceros ultrajaron a los hijos de los Magos; pero la religión, amiga de la tradición y guardiana de los tesoros de la antigüedad, ya no puede rechazar una doctrina anterior a la Biblia y en perfecto acuerdo con el respeto tradicional hacia el pasado y hacia nuestras vitalísimas esperanzas de progreso en el futuro. La gente común es iniciada por el trabajo y la fe en el derecho de propiedad y conocimiento. Siempre existirá esa gente, como siempre existirán niños; mas cuando la aristocracia, dotada de sabiduría, se convierta en madre del pueblo, se abrirá para todos el sendero de la emancipación personal, sucesiva y gradual, y los llamados se capacitarán de ese modo, mediante sus propios esfuerzos, para lograr el rango de los elegidos. Este es el misterio del futuro que la iniciación antigua ocultaba en sus oscuros meandros. Los milagros de la Naturaleza, sometidos a la voluntad del hombre, están reservados para los elegidos venideros. El báculo del sacerdocio se convertirá en la vara de los milagros; así ocurrió en la época de Moisés y de Hermes; así sucederá nuevamente. El cetro del Mago será el del rey o emperador del mundo; y esa persona será, por derecho, primera entre los hombres y se revelará como la máxima de todas en conocimiento y en virtud. En ese entonces, la Magia ya no será una ciencia oculta, salvo para los ignorantes; será para todos una ciencia indiscutible. Entonces la revelación universal volverá a soldar todos los demás eslabones de su cadena áurea; la epopeya humana concluirá y hasta los esfuerzos de los Titanes habrán sólo servido para restaurar el altar del Dios verdadero. Todas las formas que vistieron el pensamiento divino Tenacerán sucesivamente inmortales y perfectas. Todos los rasgos bosquejados por el arte sucesivo de las naciones se unirán para formar la imagen perfecta de Dios. Una vez purificado y extraído del caos, el dogma dará a luz naturalmente una ética infalible, y el orden social se constituirá sobre esta base. Los sistemas ahora en guerra serán sueños crepusculares; dejémoslos pasar. El sol brilla y la tierra sigue su curso; es un insensato quien dude que ese día ya llega. También son insensatos los que dicen que el catolicismo es sólo un tronco muerto y que hay que darle hacha. No ven que debajo de su seca corteza se renueva incesantemente el árbol vivo.

La verdad no tiene pasado ni futuro; es eterna; no es lo que concluye; esto es sólo nuestro sueño. El martillo y el hacha, que destruyen ante la vista del hombre, son en la mano de Dios como la podadera, y las ramas muertas —las supersticiones y herejías en religión, ciencia y política— sólo pueden ser arrancadas de cuajo del árbol de las convicciones y creencias eternas.

El propósito de esta historia de la Magia fue demostrar que, al principio, los símbolos de la religión eran también los de la ciencia, que entonces estaba oculta. Que la religión y la ciencia, reunidas en el futuro, se ayuden y amen mutuamente, como dos hermanas, pues ambas tuvieron una misma cuna.

NOMINA DE ILUSTRACIONES

## ÍNDICE

LIBRO IV

LA MAGIA Y LA CIVILIZACIÓN



LIBRO V

LOS ADEPTOS Y EL SACERDOCIO



LIBRO VI

LA MAGIA Y LA REVOLUCIÓN



LIBRO VII

LA MAGIA EN EL SIGLO XIX